SNOW CRASH

Neal Stephenson

Biblioteca de Vilamartín

Snow crash, escrita antes del 11-S, es quizá la mejor novela de ciencia ficción desde Blade Runner. La privatización de lo público ha terminado por equiparar los gobiernos a franquicias de las muchas multinacionales que el liberalismo ha implantado. EEUU se ha quedado reducida a los Fed. El Metaverso, la Calle, basada en la banda ancha es lo que marca la cultura y el reverendo Wayne ha conseguido instaurar la nueva religión a la sombra de Bob Rife, el señor del ancho de banda.
El héroe protagonista, Hiro Protagonist, es un hacker que en su día ayudó a programar el Metaverso. Ayudado por su compañera de reparto de pizzas T.A. lucha por desmantelar esa nueva inquisición ultraconservadora.

Se ha añadido título a los capítulos y diferenciado tipográficamente los momentos en que la acción se desarrolla en el Metaverso. Confío con esto acercar la novela a más gente que la pueda disfrutar.

Se encontrarán guiones de final de línea incorrectos. Agradecézselo a Microsoft, he sido incapaz de encontrar un diccionario que lo haga bien.

Neal Stephenson
Título original: Snow Crash
Traduccion: Juanma Barranquero
© 2000 by Neal Stephenson
© 2000 Editorial Gigamesh S.A.
ISBN: 84-930-6635-4
Edición digital: Walter lopez
R4 06/03
Edición corregida por adelgado@acta.es en enero de 2018
Bajada de https://fortegaverso.files.wordpress.com/2010/11/descarga-snow-crash.pdf
Preparada en A Biblio(**teca**) de Vilamartín de Valdeorras, Galicia.

PRESENTACIÓN

En 1984 vieron la luz dos novelas que iban a tener muy distinta resonancia. Una de ellas, Neuromante, del canadiense William Gibson, renovó la SF y prácticamente inventó una visión de la tecnología y su interacción con el ser humano que, plasmada más tarde en creaciones tanto literarias como cinematográficas e incluso musicales, se convertiría en uno de los memos contraculturales de más éxito de los ochenta: el ciberpunk. Aunque Neuromante no surgió de la nada (pensemos, por ejemplo, en el film Blade Runner, de 1982), el impacto que provocó su publicación la llevó a acaparar todos los premios imaginables y la convirtió en el libro de SF de referencia del último cuarto del siglo xx. Todavía se sigue reeditando.

La otra novela pasó sin pena ni gloria. A juzgar por los datos disponibles, no era una obra de ciencia ficción sino más bien se trataba de una comedia juvenil. Su título era The Big U, y había sido escrita por un tal Neal Stephenson. Hoy en día los catálogos la listan como «agotada», y lleva varios años así.

Entre la publicación de ambas novelas y la aparición de Snow Crash, la tercera novela de Stephenson y la primera de este autor que se puede considerar un gran éxito, transcurrieron ocho años. En ese periodo, el ciberpunk, un movimiento renovador y con cierta tendencia al rompe y rasga y a quemar etapas, pasó como en fast-forward por todas las fases de cualquier corriente artística o literaria, hasta el punto de ser dada por muerta y a todos los efectos abandonada por casi todos aquellos que en su día abanderaron el Movimiento. Naturalmente, dejó a su paso algunos cadáveres hermosos (pensemos en la obra de Pat Cadigan, Bruce Sterling o Walter Jon Williams, por citar algunos ciberpunks notables) y una influencia duradera. Pero sobre todo generó una imparable marea de imitadores que inundaron las estanterías con aventuras más o menos clásicas a las que se había aplicado un barniz posmoderno y aderezado con términos como «red», «ciberespacio» o «IA»: nomenclatura informática y sueños digitales para disimular el agotamiento del impulso renovador, para tapar la absoluta carencia de ideas nuevas. Autoplagio. El fin de la revolución.

Hasta Snow Crash, claro Stephenson es un provocador nato; lejos de él la idea de imitar o repetir los esquemas de otros autores, y en Snow Crash se encarga de demostrarlo a lo grande. Esta obra tiene la extraña habilidad de ser, simultáneamente, la más creíble y a la vez la más especulativa y fantasiosa de las novelas ciberpunk. En vez de los tecnodelirios acerca de implantes cerebrales e inteligencias artificiales ultrahumanas en los que el subgénero abunda, Stephenson diseña una extensión lógica y perfectamente plausible de las redes informáticas actuales: tanto, que en realidad es difícil explicar por qué no podría funcionar hoy en día. Y con la misma mirada racionalista extrapola otras tendencias, no ya tecnológicas sino sociales y culturales, de forma tan certera que, aunque nos parezcan exageradas o caricaturescas, no dejan de provocarnos un escalofrío.

Sus personajes, lejos del tópico del héroe impasible y de recursos inagotables, piensan en sus madres, sienten miedo, meten la pata y en ocasiones querrían estar muy lejos de donde los ha llevado la acción. Son personas. Sí, claro, también son héroes (como Stephenson no deja de recordarnos de forma socarrona al llamar a uno de los principales personajes Hiro Protagonist, Héroe Protagonista). Pero, ¿cuándo fue la última vez que leíste una aventura en que el héroe no le quita el ojo de encima a su antagonista para poder huir aterrorizado si éste intenta acercarse?

El mundo que nos pinta Stephenson es extraño, pero a la vez tan familiar que al leer llegamos a tener la sensación de que hemos encontrado accidentalmente el periódico de pasado mañana o del año que viene. Y las ideas con las que nos bombardea son tan sugerentes, están tan bien imbricadas, son tan..., rayos, tan originales que uno no puede sino cerrar a veces el libro por unos instantes y dejar vagar la mente por las infinitas posibilidades que nos regala generosamente Stephenson. Añádansele a la mezcla unas gotas de romance, no poca dosis de acción y grandes, inmensas cantidades de ironía aderezadas con cierta amarga reflexión, y tendremos una idea bastante aproximada de lo que nos depara Snow Crash.

Así que pasa página y no pierdas el tiempo. Te reto a que al terminar me digas que la novela te ha dejado indiferente.

Juanma Barranquero

SNOW CRASH

Neal Stephenson

snow *n. [...] 2.a. Cualquier cosa similar a la nieve. b. Puntos blancos que aparecen en la pantalla del televisor como resultado de una recepción débil de la señal.*

crash *v. [...] —intr [...] 5.a. Fallar de forma repentina, como un negocio o la economía.*

The American Hefitage Dictionary

virus *[...] [L. virus líquido fangoso, veneno, olor o sabor desagradable.] 1. Veneno, como el que segregan algunos animales ponzoñosos. 2. Pat. a. Principio mórbido o substancia tóxica producidos en el cuerpo como consecuencia de una enfermedad, especialmente aquellos susceptibles de ser traspasados a otras personas o animales mediante inoculación u otros medios y de desarrollar en ellos la misma enfermedad. [...] 3. fig. Veneno moral o intelectual, influencia perniciosa.*

The Oxford English Dictionary

1 El Repartidor de pizza rápida

El Repartidor pertenece a un cuerpo de élite, una orden sagrada. Rebosa *esprit de corps*[1]. En este momento se prepara para llevar a cabo su tercera misión de la noche. Su uniforme, negro como el carbono acti-

[1] Espíritu corporativo.

vado, absorbe la mismísima luz del aire. Las balas rebotan en el tejido de aracnofibra como un gorrión al chocar con una puerta, pero el exceso de sudoración lo atraviesa como brisa que soplase sobre una selva recién bombardeada con napalm. Allá donde su cuerpo tiene articulaciones óseas, el traje tiene armagel sinterizado; es como ir cubierto de jalea grumosa, pero protege como un montón de guías telefónicas.

Al darle el trabajo, le dieron también un arma. El Repartidor jamás negocia en efectivo, pero de todas formas alguien podría intentar darle caza para quedarse con su coche o su carga. La pistola es diminuta, ligera y aerodinámica, el tipo de arma que llevaría un diseñador de modas; arroja dardos minúsculos que vuelan cinco veces más deprisa que un avión espía SR- 71, y después de disparar hay que enchufarla al encendedor del coche, porque funciona con electricidad.

El Repartidor jamás ha desenfundado el arma por ira o por miedo. Sí, una vez, en las Montañas de Gila. Unos macarras de las Montañas de Gila, un barclave[2] de lujo, querían una entrega sin tener que pagar por ella. Creyeron que podrían impresionar al Repartidor con un bate de béisbol. El Repartidor empuñó la pistola, centró la mira láser en el inmóvil Bateador de Louisville y disparó. El retroceso fue inmenso, como si el arma le hubiese estallado en las manos. El tercio central del bate de béisbol se convirtió en una nube de serrín ardiente que salió disparado en todas direcciones como una nova al estallar. El macarra se quedó allí plantado con una mirada estúpida en el rostro, sosteniendo el mango del bate del cual manaba un humo lechoso. Lo único que sacó del Repartidor fueron problemas.

Desde entonces, el Repartidor deja la pistola en la guantera y prefiere valerse de un par de espadas de samurai, que al fin y al cabo siempre han sido su arma favorita. A los macarras de las Montañas de Gila no les asustó la pistola, así que el Repartidor tuvo que hacer una demostración. Pero una espada no necesita demostración.

El vehículo del Repartidor acumula en sus baterías energía potencial suficiente para enviar medio kilo de beicon al cinturón de asteroides. A diferencia de un bollicoche o un pateabarrios, el automóvil del Repartidor desata toda esa potencia a través de centelleantes esfínteres cromados. Cuando el Repartidor pisa el acelerador, el mundo tiembla.

---

[2] "Burbclave" en el original, de "suburban enclave", enclave suburbano. Es decir: barriada, suburbio.

Por no hablar de las superficies de contacto. Los neumáticos de tu coche tienen superficies de contacto minúsculas, besan el asfalto en cuatro puntos del tamaño de una lengua. Los del automóvil del Repartidor son anchos y adherentes, con superficies de contacto grandes como los muslos de una gorda. El Repartidor se pega a la carretera; arranca como un mal día, frena en una peseta.

¿Por qué va así de equipado el Repartidor? Porque la gente depende de él. Es un modelo a imitar. Esto es América. La gente hace lo que le da la puñetera gana, ¿algo que objetar? Porque tienen derecho. Y porque tienen pistolas y no hay quien coño pueda pararlos. El resultado es que este país tiene una de las peores economías del mundo. En resumen, y ahora hablamos de la balanza comercial, que después de haber dejado escapar nuestra tecnología a otros países y de que todo se uniformice, haciendo posible fabricar automóviles en Bolivia y microondas en Tayikistán para venderlos aquí; ahora que los buques y los dirigibles gigantes de Hong Kong transportan mercancía entre Dakota del Norte y Nueva Zelanda por una miseria y han conseguido reducir nuestra ventaja en recursos naturales a la nada; una vez que la Mano Invisible ha tomado todas las desigualdades históricas y las ha untado sobre el globo formando una gruesa capa de lo que un albañil pakistaní consideraría prosperidad... ¿Sabes qué? Que sólo hay cuatro cosas que hagamos mejor que nadie:

música
películas
microcódigo (programas)
repartir pizzas a toda hostia

Antes el Repartidor programaba, y de vez en cuando aún lo hace. Pero si la vida fuese una tranquila escuela primaria dirigida por maestros bienintencionados, el informe de evaluación del Repartidor diría: «Hiro es muy brillante y creativo, pero tiene que esforzarse más por desarrollar su capacidad de cooperación».

Así que ahora tiene otro trabajo. De acuerdo, no requiere inteligencia ni creatividad; pero tampoco cooperación. Tan sólo hay un principio: El Repartidor en tu puerta y la pizza entregada en treinta minutos, o puedes comértela gratis, pegarle un tiro al conductor, quedarte su coche y meter una demanda judicial de primera. El Repartidor lleva seis meses en este trabajo, lo que para él representa todo un récord, y jamás ha entregado una pizza en más de veintiún minutos.

Oh, antes se solía discutir acerca de los retrasos, lo que representaba pérdidas de muchos años para la empresa: clientes enrojecidos y sudorosos a causa de sus propias mentiras, apestando a Old Spice[3] y al estrés laboral, que esperaban en porches iluminados de amarillo blandiendo su Seiko y señalando el reloj de la cocina: ¿Joder, tío, es que no ves la hora que es?

Eso se acabó. El reparto de pizzas es un gran negocio. Un negocio bien llevado. Hubo gente que fue cuatro años a la Universidad de Pizzas Cosa Nostra sólo para aprenderlo. Entraron sin saber escribir ni una frase en inglés, gente de Abjasia, Ruanda, Guanajuato, South Jersey, y salieron sabiendo más de pizzas que un beduino de arena. Y estudiaron el problema; hicieron gráficas que mostraban la frecuencia de peleas en los porches a la hora de la entrega. Cargaron con sensores a los primeros Repartidores para registrar y posteriormente analizar las técnicas de discusión, los histogramas de tensión en la voz, las estructuras gramaticales características de los residentes blancos de clase media de los barclaves que, en contra de toda lógica, habían decidido que ése era el momento para una última resistencia heroica contra todo lo rancio y moribundo que había en sus vidas: que iban a mentir, o engañarse a sí mismos, acerca de la hora de la llamada telefónica, e iban a conseguir una pizza gratis; no, que se merecían una pizza gratuita y junto con ella su vida, libertad y la búsqueda de algún puñetero nosequé inalienable. Enviaron psicólogos a sus casas, les regalaron televisores a cambio de someterlos a encuestas anónimas, los conectaron a polígrafos, estudiaron sus ondas cerebrales mientras les mostraban películas inconexas e ininteligibles de reinas del pomo, accidentes automovilísticos nocturnos y a Sammy Davis Jr., los metieron en habitaciones de olor agradable, empapeladas en color malva, mientras les hacían preguntas sobre ética tan complejas que ni un jesuíta las podría haber respondido sin cometer un pecado venial.

Los analistas de la Universidad de Pizzas Cosa Nostra llegaron a la conclusión de que así era la naturaleza humana y no había forma de cambiarla, de modo que se contentaron con un apaño técnico, rápido y barato: las cajas inteligentes. Ahora, las cajas de pizzas son caparazones de plástico, corrugado para darle más resistencia, con un pequeño display LED en el costado que le indica al Repartidor cuántos costosos minutos se han desvanecido desde la fatídica llamada de te-

[3] Empresa de desodorantes.

léfono. Dentro hay chips y toda clase de trastos. Las pizzas, en un pequeño montón, descansan en unos compartimientos tras la cabeza del Repartidor. Cada pizza se desliza a través de una ranura, similar a las de los circuitos impresos de los ordenadores, ajustándose en su sitio de forma que la caja inteligente se conecte con los sistemas de a bordo del vehículo del Repartidor. La dirección del cliente ya se ha deducido a partir de su número de teléfono y grabado en la RAM de la caja inteligente. De ahí pasa al automóvil, que calcula la ruta óptima y la proyecta en una pantalla de manos libres, un mapa de brillantes colores dibujado contra el parabrisas de modo que el Repartidor ni siquiera tenga que agachar la cabeza.

Si el plazo de treinta minutos expira, la noticia del desastre se transmite al cuartel general de Pizzas Cosa Nostra, y de ahí al mismísimo Tío Enzo, ese Coronel Sanders[4] siciliano, el Andy Griffith[5] de Bensonhurst[6], la imagen siniestra de las pesadillas de más de un repartidor, el Capo y principal testaferro de la Corporación Pizzas Cosa Nostra... quien a los cinco minutos estará hablando por teléfono con el cliente, disculpándose profusamente. Al día siguiente. Tío Enzo aterrizará en el patio del cliente con su helicóptero a reacción y se disculpará aún más y le regalará un viaje a Italia; lo único que tiene que hacer es firmar unos cuantos papeles que lo convierten en una figura pública y portavoz de Pizzas Cosa Nostra, y a todos los efectos terminan con su vida privada para siempre. Saldrá de todo el asunto con la vaga sensación de que, de algún modo, le debe un favor a la Mafia.

El Repartidor no sabe con certeza qué le ocurre al conductor en esos casos, pero ha oído rumores. La mayoría de las pizzas se entregan al anochecer, momento que Tío Enzo considera parte de su bien merecido descanso. ¿Y cómo te sentirías tú si tuvieses que interrumpir una cena con tu familia para atender a un capullo revoltoso de un barclave, si te molestasen por culpa de una puñetera pizza que se ha retrasado? Tío Enzo no ha servido durante cincuenta años a su familia y a su patria para que ahora, a una edad en la cual mucha gente está jugando al golf o entreteniendo a sus nietas, tenga que salir chorreando de la bañera y tirarse al suelo a besar los pies de algún patinador punk

[4] Fundador de Kentucky Fried Chicken, vamos el mismísimo rey del pollo frito.
[5] Humorista americano.
[6] Barrio tranquilo de Brooklyn, Nueva York.

de dieciséis años cuya pizza de pepperoni tardó treinta y un minutos. Oh, Dios. Al Repartidor se le acelera la respiración sólo de pensarlo.

Pero de no ser así no conduciría para Pizzas Cosa Nostra. ¿Y sabes por qué? Porque tener tu vida en la línea de fuego es algo especial. Es como ser un piloto kamikaze. La mente se despeja. Otras personas (dependientes de tiendas, empleados de búrguers, ingenieros de software, toda la gama de trabajos sin sentido que componen el Modo de Vida Americano) confían pura y simplemente en la competencia. Más vale que prepares las hamburguesas o depures tus subprogramas más rápido y mejor que tu antiguo compañero de clase, que ha montado un negocio un poco más allá, porque esos tíos son la competencia, y esas cosas se notan.

Qué jodida carrera de ratas. En Pizzas Cosa Nostra no se compite. Va en contra de la ética de la Mafia. Uno no trabaja más porque compita con un negocio idéntico en la puerta de al lado, sino porque todo está en juego. Tu nombre, tu honor, tu familia, tu vida. Quizá quienes sirven hamburguesas tengan mayor esperanza de vida, pero cabe preguntarse: ¿qué clase de vida es ésa? Por eso nadie, ni siquiera los nipones, reparten pizzas más rápido que Cosa Nostra. El Repartidor se siente orgulloso de vestir el uniforme, de conducir el vehículo, orgulloso de franquear el umbral de los hogares de innumerables barclaves, una torva visión ataviada de negro ninja, con una pizza al hombro, y los dígitos rojos del LED lanzando sus números a la noche con orgullo: 12:32, o 15:15, o a veces 20:43.

El Repartidor está asignado a Pizzas Cosa Nostra núm. 3569, en el Valle. El sur de California parece a punto de estrangularse a sí mismo. No hay carreteras suficientes para tanta gente. BellaRuta, Inc. no para de construir más y más. Tienen que derribar barrios enteros, pero todos esos edificios de los setenta y ochenta están para eso, para derribarlos, ¿verdad? No tienen aceras, ni escuelas, ni nada. No tienen policía propia, ni control de inmigración; los indeseables pueden colarse sin que nadie los cachee y ni siquiera los interrogue. No como un barclave; eso sí es un sitio para vivir. Una ciudad estado con su propia constitución, frontera, leyes, policía, de todo.

El Repartidor fue, en tiempos, cabo de las Fuerzas de Seguridad del Estado de las Granjas de Vallealegre. Lo despidieron por atacar con una espada a un intruso reconocido. Le rajó la camiseta, deslizó la hoja de la espada, por la parte plana, sobre la base del cuello y lo dejó clavado

a la ondulada superficie de vinilo de la pared de la casa en la cual intentaba colarse. Le pareció una reacción muy adecuada, pero lo despidieron igualmente porque el intruso resultó ser el hijo del vicecanciller de las Granjas de Vallealegre. Oh, los muy cabrones tenían una excusa: dijeron que las espadas samurai de 90 centímetros no estaban incluidas en sus Protocolos de Armamento. Dijeron que había violado el CCPI, el Código de Captura de Presuntos Intrusos. Dijeron que el intruso había sufrido un trauma psicológico. Ahora sentía miedo hasta de los cuchillos de cocina; tenía que untar la mermelada con el reverso de una cucharilla de té. Dijeron que los había expuesto a una demanda.

El Repartidor tuvo que pedir dinero prestado para pagar. A la Mafia, concretamente. Así que ahora él consta en sus bases de datos: patrones retínales, ADN, voz, huellas digitales, de las plantas de los pies, de las palmas de las manos, las muñecas... Esos cabrones le embadurnaron de tinta (casi) cualquier puñetera parte del cuerpo que tuviese pliegues, y la grabaron y escanearon en sus ordenadores. Pero al fin y al cabo es su dinero; es lógico que sean cuidadosos respecto a quién se lo prestan. Así que cuando solicitó trabajo como Repartidor estuvieron encantados de aceptarlo, porque lo conocían. Cuando pidió el préstamo tuvo que tratar personalmente con el vicecapo auxiliar del Valle, quien más tarde lo recomendó para el puesto de Repartidor. Así que es como ser de la familia; una realmente pavorosa, retorcida, abusiva.

Pizzas Cosa Nostra núm. 3569 está en Vista Road, justo enfrente de los almacenes Kings Park. Vista Road pertenecía anteriormente al Estado de California y ahora se llama BellaRuta CSV-5. Su principal competidora solía ser una autopista que ha pasado a denominarse Carretera Tiramillas Cal-12. Ambas llegan a cruzarse en una zona remota del Valle. Antaño hubo allí encarnizadas disputas, y la intersección se cerraba ocasionalmente debido al fuego de los francotiradores. Finalmente, un gran empresario compró la intersección entera y la convirtió en almacenes para comprar sin bajarse del auto. Ahora, ambas carreteras simplemente desembocan en un sistema de aparcamientos (no un solar, ni una rampa, sino un sistema), donde pierden su identidad. Para cruzar la intersección es necesario recorrer tortuosos caminos a través del sistema de aparcamientos, filamentos entrelazados como la ruta de Ho Chi Minh. CSV-5 ofrece mayores prestaciones, pero Cal-12 tiene mejor asfalto. Es lo típico: las carreteras BellaRuta ponen el énfasis en

llevarte a tu destino; son para conductores Tipo A. Por el contrario, Tiramillas resalta el goce del viaje, para los conductores Tipo B.

El Repartidor es un conductor Tipo A de pies a cabeza. Se aproxima a su base, Pizzas Cosa Nostra núm. 3569, rodando por el carril izquierdo de la CSV-5 a ciento veinte kilómetros por hora. Su vehículo es un rombo negro invisible, apenas un vacío oscuro que refleja el túnel de letreros luminosos de las franquicias, el loglo. Una fila de luces anaranjadas se agita y burbujea en su frontal, donde estaría la rejilla si el coche tragara aire. La luz naranja semeja un fuego de gasolina; atraviesa los parabrisas traseros de la gente, rebota en los retrovisores, proyecta una máscara ardiente sobre sus rostros, alcanza los subconscientes desenterrando el miedo oculto de ser atados, totalmente conscientes, a un tanque de gasolina a punto de explotar, y los obliga a desear apartarse y dejar que el Repartidor los adelante en su negro carro de fuego de pepperoni.

Sobre su cabeza, el loglo, que ilumina la CSV-5 formando dos estelas gemelas, es una masa de luz eléctrica constituida por innumerables celdas, todas ellas diseñadas en Manhattan por ingenieros de imagen que ganan más creando un único logo que el Repartidor en toda su vida. Pese a sus esfuerzos por destacar, se funden en un todo homogéneo, especialmente a ciento veinte kilómetros por hora. Aun así, es fácil distinguir Pizzas Cosa Nostra núm.3569 por el cartel, ancho y alto aun para los actuales estándares inflacionarios. De hecho, la compacta franquicia parece poco más que una plataforma para los grandes pilares de fibra de aramida que empujan el cartel hacia el firmamento de las marcas comerciales. Registered Trademark, colega.

El cartel es un clásico de los de toda la vida, no el invento de ninguna efímera campaña publicitaria de la Mafia. Es una declaración de principios, un monumento construido para durar. Sencillo y con clase. Muestra a Tío Enzo en uno de sus magníficos trajes italianos. Las rayas centellean y se ondulan como tendones. El bolsillo es luminoso. El cabello perfecto, peinado hacia atrás, cada mechón recto y bien cortado, un corte de Art el Barbero, el primo de Tío Enzo, dueño de la segunda mayor cadena de barberías baratas del mundo. Tío Enzo permanece allí, no exactamente sonriendo, con una mirada comprensiva, sin posar como un modelo sino simplemente estando ahí, como lo haría tu propio tío, y debajo pone:

La Mafia

¡Tienes un amigo en La Familia!
(Pagado por la Fundación Cosa Nuestra)

El cartel hace de estrella polar para el Repartidor. Sabe que cuando llega al lugar de la CSV-5 en el cual la esquina inferior del cartel queda tapada por los arcos de vidrieras pseudogóticas del establecimiento local de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne, es hora de que se desplace al carril derecho, donde los pisahuevos y los bollicoches se deslizan indecisos, aparentemente al azar, mirando el desvío de cada franquicia que se cruzan como si no supiesen si es una promesa o una amenaza.

Adelanta a un bollicoche (una furgoneta familiar), gira una vez pasado el Buy'nFly[7] de la puerta de al lado, y se desliza hacia el interior de Pizzas Cosa Nostra núm. 3569. Las amplias superficies de contacto se quejan, chirriando un poco, pero se agarran con firmeza al pavimento de alta tracción patentado de BellaRuta, Inc. y lo guían hasta la rampa. No hay ningún otro Repartidor esperando. Eso es bueno, representa una salida rápida, acción a toda máquina, que no paren las pizzas. Se detiene con un crujido mientras el cierre electromecánico del lateral de su auto se abre para dejar al descubierto las ranuras para pizza, vacías; la puerta chasquea y se repliega sobre sí misma como el ala de un escarabajo. Las ranuras esperan; esperan a que llegue la pizza caliente.

Y esperan. El Repartidor hace sonar el claxon. Algo no va según el procedimiento habitual.

La ventana se abre. Eso jamás debería ocurrir. Uno puede consultar la carpeta con el manual de la Universidad de Pizzas Cosa Nostra, buscar en los índices cruzados las palabras «ventana», «rampa», «expendedor», y ahí encontrará todos los procedimientos relacionados con esa ventana; y jamás debería estar abierta. Nunca, a menos que algo vaya mal.

La ventana se abre y (¿estás sentado?) de dentro sale humo. El Repartidor oye un ruido discordante sobre el huracán metálico de su equipo de sonido, y comprende que se trata de la alarma de incendios del interior del establecimiento.

Pulsa el botón de cortar el sonido. El silencio es opresivo; sus tímpanos se dilatan; la ventana vibra debido al estruendo de la alarma de incen-

[7] Buy and Fly, compra y vuela. Comprar al vuelo, sobre la marcha.

dios. El coche ronronea a la espera. El compartimiento lleva demasiado tiempo abierto; los contaminantes atmosféricos se están depositando sobre los contactos eléctricos de las interfaces de las ranuras de las pizzas, y tendrá que limpiarlos antes de lo previsto. Todo está yendo exactamente al revés de como debería ir según los manuales que detallan los ritmos del universo de las pizzas.

Dentro, un abjasio con aspecto de balón de rugby corretea de un lado para otro, mientras sostiene un manual abierto y usa un neumático de recambio como repisa para evitar que se cierre. Se mueve con los andares de alguien que llevase un huevo en una cuchara. Grita en dialecto abjasio; todos los que dirigen las franquicias de Pizzas Cosa Nostra en esta parte del valle son inmigrantes abjasios.

No parece un incendio grave. El Repartidor vio uno de verdad una vez, en las Granjas de Vallealegre, y el humo no dejaba ver nada. Eso era lo único que había: humo, saliendo a borbotones de ninguna parte, y destellos ocasionales de luz anaranjada en la parte inferior, como los relámpagos en la base de una nube de tormenta. Este incendio no es así; es más bien de los que apenas producen humo suficiente para hacer saltar las alarmas. Y por su culpa, él está perdiendo tiempo.

El Repartidor mantiene el claxon apretado. El encargado abjasio se asoma por la ventana. En teoría, para hablar con los conductores tiene que usar el intercomunicador, y cualquier cosa que diga se transmitirá de inmediato al automóvil del Repartidor, pero no, éste se pone a hablar cara a cara, como si el Repartidor fuese el conductor de una puta carreta de bueyes. Está enrojecido y sudoroso, y sus ojos vagan mientras intenta encontrar las palabras en inglés.

— El Repartidor no contesta, porque sabe que todo lo que sucede se está grabando en vídeo. La grabación se envía directamente a la Universidad de Pizzas Cosa Nostra, donde la analizarán en un laboratorio científico de gestión de pizzas. Se la enseñarán a los estudiantes, quizá incluso a los que acabarán sustituyendo a este tipo cuando lo echen, como ejemplo de libro de texto sobre cómo joder tu vida.

—Un empleado nuevo —explica el encargado—. Puso la cena en el microondas. Tenía papel de aluminio y... ¡bum!

Abjasia había sido parte de la puñetera Unión Soviética. Un inmigrante recién llegado de Abjasia tratando de usar un microondas es como un gusano de las fosas abisales realizando una operación de neurocirugía.

¿De dónde coño sacan a esos tipos? ¿Es que ya no quedan americanos que puedan cocinar una puta pizza?

—Simplemente déme una pizza —exige el Repartidor.

Al oír la palabra pizza, el tipo regresa al siglo actual y reacciona. Cierra la ventana de un golpe, estrangulando el incansable lamento de la alarma de incendios.

Un brazo robótico japonés empuja una pizza y la introduce por la ranura superior. La compuerta se cierra para protegerla.

Cuando el Repartidor está saliendo de la rampa, ganando velocidad, comprobando la dirección que parpadea en su parabrisas, decidiendo si girar a la izquierda o a la derecha, sucede. El estéreo vuelve a callar, esta vez bajo las órdenes del sistema de navegación. Las luces de la cabina se iluminan en color rojo. Rojo. Comienza a oírse un zumbido repetitivo. La pantalla LED del parabrisas, sincronizada con la de la caja de pizza, parpadea: 20:00.

Acaban de darle al Repartidor una pizza con veinte minutos de retraso. Comprueba la dirección; está a casi veinte kilómetros.

2 El reparto. Entrega accidentada

El Repartidor suelta un gemido involuntario y pisa el acelerador a fondo. Sus emociones le gritan que vuelva atrás y se cargue al encargado, que saque las espadas del maletero, se lance como un ninja por la pequeña ventana corredera, lo busque a través del hirviente caos de la franquicia microondizada y se enfrente a él en un apocalipsis final. Pero también piensa lo mismo cuando alguien le corta el paso en la autopista, y nunca lo ha hecho. Aún.

Puede conseguirlo. No es imposible. Pone las luces de aviso naranjas a máxima potencia y los focos en autoflash. Desconecta el zumbido de alerta y sintoniza el estéreo en modo taxiscan, que recorre todas las frecuencias de los taxistas en busca de cosas interesantes. No se entiende una puta palabra. Se puede aprender a hablar taxilinga con una de esas cintas de «aprenda mientras conduce». En ese negocio es imprescindible. Dicen que deriva del inglés, pero no se reconoce una palabra de cada cien. Aun así, es posible hacerse una idea. Si hay problemas en la carretera, estarán parloteando sobre ello en taxilinga y le servirá de aviso, le permitirá tomar una ruta alternativa para que no se meta en un atasco, aprieta el volante, se le dilatan los ojos, y

siente cómo la presión los devuelve al interior de su cráneo o quede atrapado detrás de una autocaravana le va a reventar la vejiga y entregue la pizza Oh, Dios, oh. Dios mío. Tarde

En el parabrisas se lee 22:06. Todo lo que ve, todo lo que puede imaginar ahora mismo es 30:01.

Los taxistas cuchichean acerca de algo. La taxilinga es un parloteo melifluo con unos cuantos ásperos sonidos extranjeros, como mantequilla sazonada con vidrios rotos. No deja de oír la palabra «pasajero». Siempre están farfullando sobre sus putos pasajeros. Vaya asunto. ¿Qué pasa si tu pasajero llega tarde que no te dan tanta propina? Menuda gilipollez.

Una gran retención en la intersección de CSV-5 con Oahu Road, como siempre; la única forma de esquivarla es cruzar a través de las Caballerizas en las Cumbres de Windsor.

Todas las CCW tienen el mismo trazado. A la hora de crear un nuevo barclave, la Corporación de Desarrollo de las CCW aplanará cualquier cordillera y desviará cualquier río, por caudaloso que sea, que amenace con interferir en su plan de edificación, diseñado ergonómicamente para estimular la conducción segura. Un Repartidor puede meterse en unas CCW en cualquier sitio, de Fairbanks a Yaroslaví o a la zona económica especial del Shenzhen, y orientarse sin problemas.

Cuando has entregado pizzas varias veces en todos y cada uno de los hogares de unas CCW, llegas a aprenderte sus pequeños secretos. Ese es el caso del Repartidor. Sabe que en unas CCW estándar, únicamente un metro, ¡un metro!, te impide meterte directamente por una entrada, cruzar todo el barclave y salir por el otro lado. Si sientes aprensión por chafar el césped, te harán falta diez minutos para recorrer los vericuetos serpenteantes de las CCW. Pero si tienes pelotas para dejar tus huellas sobre ese metro, hay un camino que cruza directamente por el centro.

El Repartidor se conoce ese metro. Ha entregado pizzas ahí. Lo ha mirado, estudiado, aprendido de memoria la posición de la sombrilla y de la mesa de picnic, podría encontrarlo incluso de noche; sabía que si algún día ocurría esto, una pizza con veintitrés minutos, a kilómetros de distancia, y una retención entre CSV-5 y Oahu, podría adentrarse en unas CCW (su pasaporte electrónico de repartidor le franqueará el paso automáticamente), cruzar a toda velocidad Hermitage Boulevard, forzar el giro hacia Strawbridge Place (sin hacer caso de la señal de

CALLEJÓN SIN SALIDA y del límite de velocidad y de los ideogramas de NIÑOS JUGANDO tan alegremente repartidos por todas las CCW), atravesar las bandas limitadoras de velocidad con sus potentes neumáticos radiales, subir a toda velocidad el camino particular del número 15 de Strawbridge Circle, girar bruscamente a la izquierda alrededor del cobertizo trasero, desplazarse al patio trasero del 84 de Mayapple Place, esquivando la mesa de picnic (asunto delicado), entrar en su camino particular y desembocar en Mayapple, que lo lleva a Bellevue Valley Road, que sigue recto hasta salir del barclave. Probablemente a la salida lo esté esperando el cuerpo de seguridad de las CCW, pero sus DGN, sus dispositivos de Daño Grave a los Neumáticos, sólo apuntan en una dirección; mantienen a la gente fuera, no dentro.

Este coche es tan rápido que si un poli le diese un mordisco a su dónut cuando el Repartidor entra en Heritage Boulevard, posiblemente no llegaría a tragárselo hasta que el Repartidor saliese de nuevo en Oahu.

Tump. En el parabrisas se encienden más luces rojas: han traspasado el perímetro de seguridad del vehículo del Repartidor.

No. No puede ser.

Alguien lo sigue, justo a su izquierda. Una persona en monopatín, rodando por la autopista inmediatamente detrás de él, justo en el preciso instante en que está trazando su vector de aproximación a Heritage Boulevard.

El Repartidor, distraído, ha permitido que lo cacen. Con un arpón. Es un gran electroimán redondo y almohadillado sujeto al extremo de un cable de aracnofibra. Acaba de golpear en la parte trasera del coche del Repartidor, y se ha adherido. Tres metros atrás, el dueño de ese maldito dispositivo se desliza, dejándose arrastrar por él, patinando como un esquiador acuático tras una lancha.

Reflejos naranjas y azules en el retrovisor. El parásito no es un simple gamberro pasando un buen rato. Es un hombre de negocios trabajando. El mono naranja y azul, voluminoso debido al acolchado de armagel sintetizado, es el uniforme de un korreo. Un Korreo de Sistemas de Korreo RadiKs; como los mensajeros en bicicleta, pero un centenar de veces más molestos, porque no pedalean por sí mismos, sino que se cuelgan de ti y te frenan.

Naturalmente. El Repartidor iba con prisas, haciendo parpadear las luces, forzando los neumáticos. El objeto más rápido de la carretera. Es lógico que el korreo haya decidido pegarse a él.

No nos pongamos nerviosos. Si toma el atajo a través de las CCW, tiene tiempo de sobra. Adelanta a un coche más lento en el carril central, y a continuación se coloca bruscamente delante de él. El Korreo tendrá que soltarse o se estrellará contra el costado del otro vehículo.

Hecho. El korreo ya no está tres metros detrás de él; está ahí mismo, mirando a través del parabrisas trasero. Anticipándose a la maniobra, el Korreo ha recogido cable, sujeto a un mango con carrete eléctrico, y ahora está prácticamente encima del pizzamóvil, con la rueda delantera del patín metida debajo del parachoques trasero del Repartidor.

Una mano enguantada de naranja y azul, cubierta con una lámina de plástico transparente, se adelanta y palmea la ventana del lado del conductor. Al Repartidor lo acaban de etiquetar. La pegatina autoadhesiva tiene treinta centímetros de lado, y en grandes letras de molde de color naranja, impresas al revés para que pueda leerlas desde dentro, pone:

ESO HA ESTADO FEO

Casi se salta el desvío de las CCW. Para poder entrar al barclave se ve obligado a pisar el freno, dejar que se despeje un poco el tráfico y cruzar por la cuneta. La verja fronteriza está bien iluminada, los agentes de aduanas preparados para registrar a quienes llegan, incluso las cavidades corporales, si no son la clase de gente adecuada; pero la puerta se abre como por arte de magia en cuanto el sistema de seguridad detecta que se trata de un vehículo de Pizzas Cosa Nostra, traigo un pedido, señor. ¡Y al entrar, el korreo, aún pegado a su culo, saluda a la policía fronteriza con la mano! ¡Qué capullo! ¡Como si viniese aquí muy a menudo!

Probablemente venga aquí muy a menudo, para recoger mierdas importantes de gente importante de las CCW, y entregarlas en otras ECNOF, Entidades Cuasi Nacionales Organizadas en Franquicias, pasándolas por las aduanas. Para ésos trabajan los korreos. Pero aun así...

Va demasiado lento, ha perdido todo el impulso, su planificación se ha venido abajo. ¿Dónde está el korreo? Ah, ha soltado algo de cable y vuelve a seguirlo desde detrás. El Repartidor imagina que ese imbécil se va a llevar una buena sorpresa. ¿Se aguantará en el puñetero monopatín mientras lo arrastran sobre los restos aplanados del triciclo de plástico de algún crío, a cien kilómetros por hora? Enseguida lo sabremos.

El korreo se echa hacia atrás —el Repartidor no puede dejar de verlo en el retrovisor—, como un esquiador acuático, pisa con fuerza su monopatín y se balancea detrás del coche, se pone a su lado mientras cruzan Heritage Boulevard y plonk, ¡otra pegatina, y esta vez en el parabrisas! Dice:

BUEN INTENTO, EX LAX

El Repartidor ha oído hablar de esos adhesivos. Cuesta horas sacarlos. Tendrá que llevar el coche a lavar y le costará billones de dólares. Pero ahora, el Repartidor tiene dos prioridades en su agenda: Sacarse de encima a esa escoria barriobajera, cueste lo que cueste, y entregar la puta pizza, todo en

24:23

los próximos cinco minutos y treinta y siete segundos.

Aquí está: tiene que prestar más atención a la carretera; tuerce sin previo aviso hacia la calle lateral, con la esperanza de que el korreo se estrelle contra el poste con el nombre de la calle. No ha funcionado. Los más inteligentes se fijan en tus neumáticos delanteros, se dan cuenta de cuándo vas a girar; no hay forma de pillarlos desprevenidos. ¡Strawbridge Place abajo!.

Parece muy largo, mucho más de lo que recordaba; es normal si tienes prisa. Ve brillar automóviles delante de él, automóviles aparcados en los laterales; deben de estar estacionados en el círculo. Y ahí está la casa de tablilla de vinilo color azul claro, dos pisos y un garaje adosado. Convierte ese camino privado en el centro del universo, se saca de la mente al korreo, intenta no pensar en Tío Enzo, en qué estará haciendo ahora mismo; quizá esté en el baño, o cagando, o tirándose a alguna actriz, o enseñando canciones sicilianas a una de sus veintiséis nietas.

La pendiente del camino privado empuja la suspensión casi hasta el compartimiento del motor, pero para eso están los amortiguadores. Esquiva el coche que hay en el camino (debe de haber visitas, no recuerda que esos vecinos tuviesen un Lexus), ataja a través del seto, entra en el patio lateral, busca el cobertizo con la vista, ese cobertizo con el que no debe chocar bajo ningún concepto no está, lo han quitado

Siguiente problema: la mesa de picnic del próximo patio un momento, hay una verja, ¿cuándo han puesto una verja ahí? Este no es momento para pisar el freno. Tiene que ganar velocidad, atravesarla sin perder

la inercia que lleva. No es más que un engorro de madera de poco más de un metro de altura.

Derriba la verja fácilmente, sin perder más que un diez por ciento de velocidad. Pero lo raro es que parecía una verja vieja, debe de haber girado mal en algún sitio, comprende, mientras se catapulta a una piscina vacía.

De haber estado llena de agua, no habría sido tan grave; quizá se habría podido salvar el coche y no le debería uno nuevo a Pizzas Cosa Nostra. Pero no, se abalanza como un Stuka contra el lado opuesto de la piscina, con un sonido más parecido a una explosión que a un choque. El airbag se hincha y un instante después se deshincha de nuevo, como una cortina que se apartase para mostrarle la realidad de su nueva vida: atascado en un coche averiado en una piscina vacía de unas CCW, con las sirenas de la policía de seguridad del barclave aproximándose, y detrás de él, una pizza, como la cuchilla de una guillotina, en la que se puede leer 25:17.

—¿Adonde va? —pregunta alguien. Una mujer.

Él mira a través del deformado marco de la ventana, ahora ribeteado por un patrón fractal de vidrio de seguridad cristalizado. Quien le habla es el Korreo. No es un hombre, sino una joven. Una puñetera adolescente, ilesa y tan tranquila. Ha avanzado hasta el borde de la piscina, y ahora oscila arriba y abajo, de un lado de la piscina al otro, patinando por una orilla, casi hasta el margen, girando, y luego bajando y cruzando y subiendo por el otro lado. Sostiene el arpón en la mano derecha, con el electroimán recogido hasta la empuñadura de modo que parece un extraño rayo mortal intergaláctico de amplia dispersión. Su pecho reluce como el de un general con cien medallas y condecoraciones, pero los rectángulos no son medallas, sino códigos de barras, con números de identificación que le permiten entrar en diversas empresas, autopistas o ECNOF.

—¡Eh! —grita ella—. ¿Adonde va la pizza? Él es hombre muerto y ella está de guasa.

—Columnas Blancas, Ogiethorpe Circle, 5 —contesta.

—Puedo llegar. Abre la compuerta.

Su corazón se vuelve el doble de grande. Se le saltan las lágrimas. Quizá sobreviva. Pulsa un botón y la escotilla se abre.

En su siguiente órbita alrededor de la piscina, la korreo saca la pizza del compartimiento de un tirón. El Repartidor da un respingo, imaginando

el ajo amontonándose al fondo de la caja. A continuación se pone la pizza debajo del brazo; es más de lo que cualquier Repartidor puede soportar.

Pero ella la entregará. Tío Enzo no tiene que pedir disculpas por las pizzas pochas, arruinadas y frías, sólo por las retrasadas.

—Oye —le dice a la korreo—, toma esto.

El Repartidor saca un brazo revestido de negro a través de la ventana destrozada. Un rectángulo blanco brilla en la pálida luz del patio: una tarjeta de visita. En la siguiente vuelta, la korreo se la arrebata de la mano y la lee. Dice:

HIRO PROTAGONIST.
Ultimo de los hackers independientes El mejor espadachín del mundo
Cazadatos,
Corporación Central de Inteligencia Especialista en íntel sobre software (música, películas y microcódigo)

En el reverso hay un galimatías que detalla cómo ponerse en contacto con él: un número de teléfono, un código universal de localización de teléfono vocal, un apartado de correos, su dirección en media docena de redes electrónicas de comunicaciones. Y una dirección en el Metaverso.

—Qué nombre tan idiota —comenta ella, guardándose la tarjeta en uno del centenar de pequeños bolsillos que cubren su mono.

—Pero no se olvida —replica Hiro.

—Si eres un hacker...

—¿Cómo es que entrego pizzas?

—Exacto.

—Porque soy un hacker independiente. Oye, seas quien seas, te debo una.

—Me llamo T.A. —contesta ella, dándose impulso varias veces con un pie sobre el borde de la piscina, ganando velocidad. De repente se aleja de la piscina como si la hubiesen catapultado, y desaparece. Su monopatín tiene intelirruedas; multitud de radios se extienden y retraen para adaptarse a la configuración del terreno, llevándola sobre el césped como un trozo de mantequilla deslizándose sobre teflón caliente.

Hiro, que desde hace treinta segundos ya no es el Repartidor, sale del automóvil, saca las espadas del maletero, se las sujeta al cuerpo y se prepara para una sobrecogedora huida nocturna a través del territorio de las CCW. La frontera con Los Robledales está apenas a unos minutos de distancia, se conoce el terreno (más o menos) y sabe cómo trabajan los polis del barclave porque él lo fue anteriormente, así que sus posibilidades de escapar son buenas. Pero va a ser interesante.

Sobre él se ha encendido una luz en la casa de los propietarios de la piscina, y unos niños lo miran desde la ventana de su dormitorio, calentitos y abrigados en sus pijamas de PequeTulli y Guerrero Ninja de la Almadía, que pueden ser ignífugos o no cancerígenos, pero no ambas cosas a la vez. Papá sale ya por la puerta trasera, enfundándose en una bata. Es una familia agradable, una familia segura en una casa llena de luz, como la familia a la que él pertenecía hasta hace treinta segundos.

3 El GuardaTrastos y el Metaverso

Hiro Protagonist y Vitaly Chernobyl, compañeros de piso, se pelan de frío en su hogar, un espacioso cuarto de 6x9 metros en un GuardaTrastos de Inglewood, California. La habitación tiene suelo de bloques de hormigón, paredes de acero corrugado que la separan de las unidades vecinas y, toda una señal de distinción y lujo, una puerta de acero deslizante orientada hacia el noroeste, que les permite captar unos cuantos rayos rojizos en momentos como éste, cuando el sol se pone sobre LAX. De tanto en tanto, un 777 o un transporte hipersónico Sukhoi/Kawasaki cruza por delante del sol y bloquea el ocaso con el timón, o destroza la luz rojiza con el humo de sus reactores, trenzando los rayos paralelos en un dibujo moteado sobre la pared.

Pero hay sitios peores para vivir. Incluso en este mismo GuardaTrastos hay sitios mucho peores. Sólo los compartimientos grandes como éste tienen su propia puerta. A la mayoría de ellos se accede desde una plataforma de carga comunal que conduce a un laberinto de vestíbulos de acero corrugado y ascensores de servicio. Son habitáculos marginales, de 1,5x3 o de 3x3, en los que nativos yanoamos preparan alubias e hierven puñados de coca sobre hogueras de billetes de lotería.

Se rumorea que antaño, cuando el GuardaTrastos se usaba realmente para su propósito original (es decir, proporcionar espacio de almacena-

miento extra a bajo precio a los californianos con un exceso de bienes materiales), ciertos empresarios con iniciativa llegaron a las oficinas, alquilaron compartimientos de 3x3 con identidades falsas, los llenaron de bidones de acero repletos de residuos químicos tóxicos y los abandonaron para que la Corporación GuardaTrastos se hiciese cargo del muerto. Según esos rumores, GuardaTrastos simplemente les echó el candado a los compartimientos y los dio por perdidos. Todavía, dicen los inmigrantes, ciertos compartimientos permanecen encantados por ese fantasma químico. Es una historia que cuentan a sus hijos para impedir que se cuelen en los compartimientos cerrados con candado.

Nadie ha intentado nunca entrar en el cuarto de Hiro y Vitaly, porque ahí no hay nada que robar, y a estas alturas de sus vidas ninguno de los dos es lo suficientemente importante como para que lo asesinen, secuestren o interroguen. Hiro posee un par de estupendas espadas japonesas, pero siempre las lleva encima, y la idea de robarle a alguien unas armas extremadamente peligrosas representa para el presunto ladrón peligros y contradicciones inherentes: cuando se pelea por el control de una espada, siempre gana quien sostiene la empuñadura. Hiro tiene también un ordenador bastante bueno que normalmente se lleva cuando va a cualquier parte. Vitaly es propietario de medio cartón de Lucky Strike, una guitarra eléctrica y una resaca.

En este momento, Vitaly Chernobyl dormita, tumbado en un futón, e Hiro Protagonist se sienta, con las piernas cruzadas al estilo japonés, junto a una mesa baja que en realidad es un palet apoyado en ladrillos de hormigón.

A medida que el sol se pone, su resplandor rojizo va siendo sustituido por la luz que emana de los múltiples logos de neón del gueto de franquicias que constituye el habitat natural del GuardaTrastos. Esa luz, denominada loglo, ilumina las esquinas umbrías de la unidad con su mosaico de colores sobresaturados.

Hiro tiene la piel de color capuchino y trenzas cortas y puntiagudas. El pelo ya no le cubre la cabeza como antes, pero es joven, y no es ni mucho menos calvo ni está en proceso de serlo, y el ligero retroceso del nacimiento del cabello únicamente le resalta aún más los altos pómulos. Lleva puesto un reluciente visor que le rodea la mitad de la cabeza; las patillas del visor tienen pequeños auriculares que se introducen en sus oídos.

Los auriculares disponen de sistemas de cancelación del ruido. Funcionan mejor con ruidos constantes. Cuando los Jumbos despegan en la pista del otro lado de la calle, el sonido queda reducido a un zumbido bajo; pero si Vitaly Chernobyl puntea un solo experimental de guitarra, a Hiro le duelen los oídos.

El visor proyecta una ligera bruma sobre sus ojos y refleja una visión distorsionada, de ojo de pez, de un bulevar brillantemente iluminado que se extiende hacia una negrura infinita. Ese bulevar no existe en la realidad; es una visión generada por ordenador de un lugar imaginario.

Bajo esa imagen se pueden distinguir los ojos de Hiro, de apariencia asiática. Son de su madre, que es coreana vía Japón. En el resto se parece más a su padre, que era africano vía Texas y el Ejército, en la época anterior a que se disgregase en una miríada de organizaciones competidoras, como el Sistema de Defensa del General Jim y la Seguridad Nacional del Almirante Bob.

En el palet hay cuatro cosas: una botella de cerveza cara del área de Puget Sound, que en realidad Hiro no se puede permitir; una espada larga de las que en Japón se denominan katana y una espada corta llamada wakizashi, que el padre de Hiro consiguió en Japón tras la radicalización atómica de la Segunda Guerra Mundial, y un ordenador.

El ordenador es una cuña negra sin características distintivas. No tiene cable de alimentación, pero de una abertura en su parte trasera surge un delgado tubo de plástico translúcido, cuya espiral se extiende sobre el palet y el suelo, y se enchufa a un conector de fibra óptica descuidadamente instalado en la pared sobre la cabeza del dormido Vitaly Chernobyl. En el centro del tubo de plástico hay un cable de fibra óptica delgado como un cabello. El cable transmite información en ambos sentidos entre el ordenador de Hiro y el resto del mundo. Para poder transmitir la misma información en papel, tendría que hacer aterrizar en el cuarto un 747 de carga atestado de guías telefónicas y enciclopedias cada par de minutos de forma ininterrumpida.

Hiro tampoco se puede permitir ese ordenador, pero lo necesita; es la herramienta básica de su oficio. En la comunidad mundial de hackers, Hiro es un vagabundo con talento. Es el estilo de vida que le habría parecido romántico hasta hace tan sólo cinco años. Pero a la desolada luz de la madurez, que es, comparada con los veintipocos años como el domingo por la mañana respecto al sábado noche, comprende con claridad en qué consiste: está arruinado y en el paro. Pocas semanas

antes, su etapa como repartidor de pizza (el único empleo cutre y sin sentido que realmente le gustaba) terminó bruscamente. Desde entonces ha puesto mucho más empeño en su trabajo auxiliar de emergencia: caza-datos independiente para la CCI, la Corporación Central de Inteligencia de Langley, Virginia.

El asunto es sencillo. Hiro caza información, ya sean chismorreos, vídeo, audio, datos de un disco de ordenador, fotocopias de documentos; incluso chistes sobre el último desastre que se haya puesto de moda.

Luego descarga la información en la base de datos de la CCI, la Biblioteca, antaño conocida como la Biblioteca del Congreso, pero ya nadie la llama así. La mayoría de la gente no tiene claro el significado de «congreso», e incluso «biblioteca» empieza a ser algo nebuloso. Solía tratarse de un sitio lleno de libros, sobre todo viejos. Luego empezaron a incluir vídeos, grabaciones y revistas. Después pasaron toda la información a formatos accesibles por ordenador, es decir, a unos y ceros. Y a medida que crecía el número de medios soportados, el material comenzaba a estar más al día y los métodos de búsqueda de la Biblioteca se hacían más y más sofisticados. Se llegó a un punto en el que no había diferencia perceptible entre la Biblioteca del Congreso y la Agencia Central de Inteligencia. Por suerte, ocurrió justo cuando el gobierno se disgregaba, así que ambas organizaciones se fusionaron y lanzaron una gran oferta de acciones.

Millones de cazadatos de la CCI descargan en cada momento millones de fragmentos de datos. Los clientes de la CCI, principalmente grandes corporaciones y estados soberanos, saquean la Biblioteca en busca de información útil, y si encuentran un uso para algo que haya puesto Hiro, él cobra.

Hace un año descargó en la base de datos el primer borrador completo de un guión de cine que robó de la papelera de un agente de Burbank. Media docena de estudios se mostraron interesados, y durante seis meses Hiro comió y se permitió vacaciones a costa de ello.

Desde entonces no ha vuelto a tener suerte. Ha aprendido por la vía dura que el noventa y nueve por ciento de la información de la Biblioteca jamás se usa para nada.

Por ejemplo: Después de que cierta korreo le diese la pista de la existencia de Vitaly Chernobyl, dedicó unas pocas semanas de intensa actividad a investigar un nuevo fenómeno musical, el ascenso de los colectivos ucranianos fuzz-grunge nucleares en L.A. Ha descargado infor-

mación exhaustiva sobre esa moda en la Biblioteca, incluyendo vídeo y audio. Ni una sola discográfica, agente o crítico de rock se ha molestado en acceder a ella.

La parte superior de su ordenador es lisa a excepción de la lente de ojo de pez, una cúpula de cristal pulido con una cobertura óptica purpúrea. Siempre que Hiro usa la máquina, esa lente emerge y se coloca en posición con un chasquido; su base se pone a ras de la superficie del ordenador. El vecino loglo se refleja achatado sobre su superficie.

A Hiro le parece erótico. Eso se debe en parte a que lleva varias semanas sin un polvo como Dios manda, pero hay algo más. El padre de Hiro, que pasó muchos años destinado en Japón, estaba obsesionado con las cámaras. Continuamente las traía de sus periodos de servicio en el Lejano Oriente, envueltas en múltiples embalajes protectores, de forma que cuando las sacaba para enseñárselas a Hiro, verlas surgir de todo aquel nailon y piel negra, cremalleras y cierres, era como contemplar un exquisito strip-tease. Y cuando finalmente la lente quedaba expuesta, una pura ecuación geométrica hecha realidad, tan poderosa y vulnerable a la vez, lo único que Hiro podía pensar es que era como meter la nariz a través de unas faldas y ropa interior y labios mayores y menores... Le hacía sentir desnudo, y débil, y atrevido.

La lente puede ver la mitad del universo: la mitad que está sobre el ordenador, lo cual incluye la mayor parte del propio Hiro. De modo que puede seguirle la pista a la posición de Hiro y ver en qué dirección está mirando.

En el interior del ordenador hay tres láseres: rojo, verde y azul. Son lo bastante potentes para proyectar una luz brillante, pero no tanto como para quemarte el fondo de los ojos y asarte el cerebro, freír tu frontal, perforar tus lóbulos. Como hemos aprendido todos en la escuela primaria, esos tres colores, combinados en diversas intensidades, pueden producir cualquier color que el ojo de Hiro sea capaz de ver.

De ese modo es posible disparar un delgado haz de color desde el interior del ordenador, a través de la lente de ojo de pez, en cualquier dirección. Mediante la utilización de espejos electrónicos en el ordenador, se consigue que el haz barra los cristales del visor de Hiro, de forma similar a como el haz electrónico de un televisor pinta la superficie interior del tubo. La imagen resultante flota en el espacio enfrente de la visión de la Realidad que tiene Hiro.

Dibujando una imagen ligeramente distinta frente a cada ojo se puede producir el efecto de una visión tridimensional. Cambiando la imagen setenta y dos veces por segundo, la imagen se mueve. Dibujando la imagen tridimensional en movimiento con una resolución de 2K pixels en cada dimensión, se puede lograr que sea tan nítida como el ojo es capaz de percibir, y enviando sonido estéreo digital a través de los pequeños auriculares, la película en 3D dispone de una banda sonora perfectamente realista.

Así que Hiro en verdad no está ahí. Está en un universo generado informáticamente, que el ordenador dibuja sobre el visor y le lanza a través de los auriculares. En la jerga de los entendidos, ese lugar imaginario se denomina Metaverso. Hiro pasa mucho tiempo en el Metaverso. No tiene ni punto de comparación con el GuardaTrastos.

Hiro se aproxima a la Calle. La Calle es el Broadway del Metaverso, sus Campos Elíseos. Es el bulevar brillantemente iluminado que se distingue, un reflejo miniaturizado e invertido, en los cristales de su visor. En realidad no existe, pero en ese mismo instante la recorren millones de personas.

Las dimensiones de la Calle se fijan por un protocolo diseñado por los señores ninjas de la infografía, los integrantes del Grupo de Protocolos Globales Multimedia de la Association for Computing Machinery. La Calle semeja un gran bulevar que recorre por completo el ecuador de una esfera negra de radio ligeramente superior a los diez mil kilómetros. Eso le da una circunferencia de 65.536 kilómetros, bastante mayor que la Tierra.

El número 65.536 es extraño para cualquiera excepto para un hacker, que lo reconocerá con más rapidez que la fecha de nacimiento de su madre: es una potencia de 2 ($2^{\wedge 16}$, para ser exactos), e incluso el exponente 16 es igual a 2^4, y 4 es 2^2. Junto con 256, 32.768 y 2.147.483.648, el 65.536 es una de las piedras angulares del universo hacker, en el cual el 2 es el único número realmente importante porque indica cuántos dígitos puede reconocer un ordenador. Uno de esos dígitos es el O, y el otro el 1. Cualquier número que pueda construirse multiplicando doses entre sí de forma fetichista, y quizá restando 1 de vez en cuando, será reconocido al instante por un hacker.

Como cualquier lugar de la Realidad, la Calle está en proceso de crecimiento. Los constructores pueden crear callejones que se alejen de la calle principal, construir edificios, parques, carteles y cosas que no ex-

isten en la Realidad, como vastos espectáculos luminosos flotantes, barrios especiales donde las reglas del espaciotiempo tridimensional no son válidas y zonas de combate donde la gente puede ir a matarse entre sí.

La única diferencia es que, puesto que la Calle no existe realmente, sino que es un protocolo infográfico escrito en papel en algún sitio, ninguna de esas cosas se construye físicamente. Son, más bien, fragmentos de software, puestos a disposición del público a través de la red mundial de fibra óptica. Cuando Hiro va al Metaverso y mira la Calle y ve edificios y carteles luminosos que se extienden hacia la oscuridad, desapareciendo tras la curva del horizonte, lo que en realidad contempla es la representación gráfica, las interfaces de usuario, de una miríada de programas diseñados por las grandes corporaciones. Para poder poner esas cosas en la Calle han tenido que conseguir el permiso del Grupo de Protocolos Globales Multimedia, han tenido que comprar espacio en la Calle, conseguir licencias de urbanización, pedir permisos, sobornar inspectores, todo el cotarro. El dinero que pagan esas corporaciones para poder construir en la Calle va a un fondo fiduciario controlado y gestionado por el GPGM, que sirve para pagar el desarrollo y la actualización de la maquinaria que permite que la Calle exista.

Hiro tiene una casa en un barrio justo a la salida del distrito más concurrido de la Calle. Para los estándares de la Calle, es un barrio antiguo. Unos diez anos antes, cuando se diseñó el protocolo de la Calle, Hiro y varios colegas suyos reunieron dinero y compraron una de las primeras licencias de edificación, creando una coqueta zona residencial para hackers. En aquellos tiempos era tan sólo un pequeño mosaico de luz en medio de una vasta negrura. Por aquel entonces, la Calle no era más que un collar de farolas que rodeaba una bola negra en el espacio.

Desde aquella época, el barrio no ha cambiado demasiado, pero la Calle sí. Gracias a que comenzaron muy pronto, Hiro y sus colegas salieron muy bien librados de todo el asunto. Varios incluso se hicieron ricos gracias a ello.

Es por eso que Hiro tiene una casa grande y hermosa en el Metaverso pero tiene que compartir un 6x9 en la Realidad. La perspicacia en la compra de terrenos no siempre es aplicable a otros universos.

El cielo y el suelo son negros, como una pantalla en la que aún no se haya dibujado nada; en el Metaverso siempre es de noche, y la Calle es siempre chillona y está llena de luces, como un Las Vegas libre de las

restricciones de la física y las finanzas. Pero los habitantes del vecindario de Hiro son muy buenos programadores, así que es de buen gusto. Las casas parecen auténticas. Hay un par de reproducciones de Frank Lloyd Wright y varios caprichos Victorianos.

Por eso es un shock salir a la Calle, donde todo parece tener kilómetros de altura. Esto es el Centro, el área más intensamente urbanizada. Si uno se aleja unos cuantos centenares de kilómetros en cualquier dirección, las infraestructuras se reducen hasta prácticamente nada, apenas una delgada cadena de farolas que arrojan charcos de luz sobre el terciopelo negro del suelo. Pero el Centro es como una docena de Manhattans, recamados en neón y apilados uno sobre otro.

En el mundo real (planeta Tierra, Realidad) hay entre seis y diez mil millones de habitantes. En cualquier momento que se tome, la mayoría de ellos está fabricando ladrillos de barro o desmontando y limpiando sus AK-47. Quizá mil millones de personas tengan dinero suficiente para poseer un ordenador; esa gente tiene más dinero que todos los demás juntos. De esos mil millones de usuarios potenciales del ordenador, puede que una cuarta parte se moleste realmente en tener uno, y a su vez, una cuarta parte de estos últimos tendrán un ordenador que sea lo bastante potente para manejar los protocolos de la Calle. Eso hace unos sesenta millones de personas que pueden estar en la Calle en un momento dado. Si sumamos otros sesenta millones o así que en realidad no pueden permitírselo, pero que se conectan de todas formas, bien sea a través de ordenadores públicos, o bien pertenecientes a sus centros de estudio o a sus empresas, tenemos que, a cualquier hora del día, la Calle está ocupada por el doble de la población que tiene la ciudad de Nueva York.

Por eso el maldito lugar está tan urbanizado. Pon un cartel o un edificio en la Calle, y los cien millones de personas más ricas, modernas y bien conectadas del planeta lo verán todos los días.

Tiene un centenar de metros de anchura, con una estrecha pista de monorraíl en el centro. El Monorraíl es un programa gratuito de utilidad pública que permite a los usuarios cambiar su posición en la Calle de forma rápida y suave. Mucha gente lo recorre en ambos sentidos, simplemente admirando la vista. Cuando Hiro vio este lugar por primera vez, hace diez años, el Monorraíl no había sido escrito aún; sus colegas y él tuvieron que escribir programas de automóviles y motocicletas pa-

ra poder moverse. Solían sacar sus programas y hacer carreras en el desierto negro de la noche electrónica.

4 La entrega

T.A. ha tenido el privilegio de observar a muchos jóvenes Clints dar con sus dulces rostros en la piscina vacía de un barclave durante una correría nocturna no autorizada, pero siempre en monopatín, jamás en coche. El paisaje de la noche suburbana rebosa una belleza misteriosa, si se sabe mirar.

A patinar de nuevo. Rueda por el patio sobre un juego de Intelirruedas RadiKS modelo IV. Se compró esas ruedas mágicas después de leer en la revista Surfistas del Asfalto el anuncio siguiente:

CARNE PICADA

es lo que verás al mirarte en el espejo si surfeas sobre una tabla barata equipada con ruedas fijas no inteligentes y entras en contacto con un tubo de escape, neumático, montón de nieve, animal muerto, eje, mediana de autopista o peatón inconsciente.

Si eso te parece improbable, es que llevas demasiado tiempo surfeando calles desiertas. Todos esos obstáculos y muchos más se observaron recientemente en una franja de kilómetro y medio de la autopista de peaje de Nueva Jersey. Cualquier patinador que intente surcar esa vía en una plancha común acabará con los sesos esparcidos.

No hagas caso de los pretendidos puristas que aseguran que es posible saltar cualquier obstáculo. Los korreos profesionales lo saben: si has arponeado por placer o por trabajo un vehículo que se mueve a gran velocidad, tu tiempo de reacción se reduce a décimas de segundo, o menos aún si has soltado mucho cable.

Compra las Intelirruedas RadiKS modelo IV: son más baratas que una cara nueva y mucho más divertidas. Las Intelirruedas usan sonar, telemetría láser y radar milimétrico para identificar tubos de escape y otros obstáculos antes de que tengas que preocuparte de ellos.

No te comas un tubo de escape: ¡actualízate hoy mismo!

Sabias palabras. T.A. compró las ruedas. Consisten en un eje provisto de muchos radios de gran resistencia, cada uno de los cuales se proyecta telescópicamente en cinco secciones. En el extremo dispone de una rechoncha pata cubierta de suela de goma y articulada mediante una rótula. A medida que la rueda gira, las patas se plantan en el suelo una tras otra, casi fundiéndose en un neumático continuo. Al patinar sobre un obstáculo, los radios se retraen para pasar sobre él. Si se patina sobre un bache, los radios robóticos se sumergen en sus profundidades asfálticas. En cualquier caso se absorbe el impacto: ningún choque, porrazo, vibración ni golpe llega hasta la tabla o a las zapatillas Converse con las que la pisas. El anuncio tenía razón: no se puede ser surfista profesional de la carretera sin intelirruedas.

Entregar la pizza a tiempo va a resultar trivial. T.A. se desliza saliendo del césped húmedo y cruza sobre el borde del camino sin el más mínimo choque, coge velocidad en el hormigón y patina pendiente abajo hacia la calle. Con una sacudida del trasero reorienta la plancha; luego desciende por Homedale Mews en busca de una víctima. Un automóvil negro, cubierto de luces desagradables, pasa junto a ella con un zumbido, en dirección al desventurado Hiro Protagonist. Su visor RadiKS modelo Knight Visión se oscurece estratégicamente para protegerla del nocivo resplandor; sus pupilas permanecen dilatadas sin peligro, recorriendo la carretera en busca de signos de movimiento. La piscina está en la cima del barclave y a partir de ahí es cuesta abajo, pero no lo suficiente.

A medio bloque de distancia, en una calle lateral, se pone en marcha un bollicoche, una furgoneta familiar, que hace chirriar sus cuatro patéticos cilindros. La ve cruzar en diagonal desde sus actuales coordenadas. Al instante, las luces de marcha atrás parpadean: el conductor quita la marcha atrás y pone la primera. T.A. se dirige al bordillo y lo alcanza a gran velocidad; los radios de las intelirruedas lo ven llegar y se retraen con precisión de forma que se desliza de la calle al césped sin problemas. Las patas dejan en el césped un rastro de pisadas hexagonales. La cagada de un perro callejero, roja debido a los colorantes cárnicos indigestibles, queda grabada en relieve con el logo de RadiKS, cuya imagen especular está impresa en el extremo de cada radio.

El bollicoche se separa del bordillo y entra en la calle. Sus llantas chillan como ardillas al rozarlo; estamos en zona residencial, donde es mejor aceptar la pérdida de mil kilómetros de vida útil de tus Goodyear y res-

tregarlos invariablemente contra el bordillo, que arriesgarse al ostracismo social y a estallidos de histeria colectiva por aparcar a varios centímetros de distancia, en mitad de la calle («No hay problema, mamá, puedo caminar hasta la acera»), ser una amenaza para el tráfico y un obstáculo mortal para los jóvenes ciclistas inexpertos. T.A. ha pulsado el botón del mangocarrete del arpón, liberando cable y permitiendo que se desenrolle un metro. Lo hace girar alrededor de la cabeza como un gaucho en la cordillera austral. Está a punto de lacear ese sobado transporte. El cabezal del arpón, del tamaño de una ensaladera, silba al girar; es innecesario, pero guay.

Para pinchar un bollicoche hace falta más habilidad de la que jamás imaginaría un peatón, a causa de su innata falta de mérito para la carretera, su carencia congénita de acero o de otros materiales férricos que el magnarpón pueda morder. Hay arpones superconductores capaces de pegarse a las carrocerías de aluminio generando corrientes inducidas en la propia carne del coche y forzándola a comportarse como un electroimán, pero T.A. no usa uno de ésos. Son la marca característica de los patinadores especializados en barclaves, cosa que T.A. no es, a pesar de la aventura de esta noche. Su arpón sólo se adhiere al acero, al hierro o (ligeramente) al níquel. El único acero de este modelo de bollicoche es el del bastidor.

Se decide por un lanzamiento a baja altura. El plano orbital de su arpón es casi vertical; durante la parte inferior de cada órbita prácticamente roza el centelleante firme suburbano. Cuando oprime el botón de liberación, el arpón despega desde una altitud de alrededor de un centímetro, curvándose ligeramente hacia arriba, a través de la calle y bajo el suelo de la furgoneta, hasta que encuentra acero. Es un mordisco firme, todo lo firme que se pueda llegar a conseguir en esa nebulosa de aire, tapicería, pintura y marketing denominada furgoneta familiar.

La reacción es instantánea, muy rápida para los estándares de los barclaves. Ese tipo quiere librarse de T.A. La furgoneta despega como un toro hormonado al que acabe de pinchar en el culo la serrada banderilla de un picador. No conduce mamá, sino el joven Brutus, el adolescente, quien, como cualquier otro chico del barclave, ha recibido chutes de testosterona para caballos en el vestuario del instituto todas las tardes desde los catorce años. Ahora es pesado, estúpido, profundamente previsible.

Conduce de forma errática, pues no controla por completo sus músculos potenciados artificialmente. El volante marrón, moldeado y con incrustaciones de cuero, huele a la loción hidratante de su madre, cosa que lo pone furioso. El bollicoche acelera y frena, acelera y frena, porque no cesa de pisar y soltar el acelerador, ya que mantenerlo apretado no parece surtir efecto. Quiere que el vehículo sea como sus músculos: con más potencia de la que sabría usar. Y en vez de eso, le estorba. Como compromiso, pulsa el botón en el que se lee POTENCIA. Otro botón, en el que está inscrita la palabra ECONOMÍA, salta y se desconecta, recordándole, como en una demostración educativa, que ambas cosas son mutuamente excluyentes. El minúsculo motor de la furgoneta reduce, lo que hace que parezca más potente. Mantiene el pie firmemente sobre el pedal y, al descender por Cottage Heights Road, la velocidad de la furgoneta casi alcanza los cien kilómetros por hora.

Cuando se acerca al final de Cottage Heights Road, donde conecta con Bellewoode Valley Road, ve una boca de incendio. Las bocas de incendio de las CCW son numerosas por motivos de seguridad, y obras de diseño para aumentar el valor de la propiedad, no esas cosas rechonchas de hierro impresas con el nombre de alguna fundición ya olvidada de la Revolución Industrial, astrosas debido a los centenares de capas desconchadas de pintura barata. Son tuberías de bronce dignas, pulimentadas robóticamente los jueves por la mañana; se elevan rectas sobre el césped perfecto y químicamente tratado del barclave, destacan y presentan a los posibles bomberos un menú con tres tipos distintos de conexión para sus mangueras. Fueron diseñadas mediante ordenador por los mismos estetas que imaginaron las casas Dina Victorianas y los artísticos buzones y los inmensos carteles de mármol con el nombre de las calles que se elevan como lápidas en todas las intersecciones. Diseñadas por ordenador, pero sin perder de vista la elegancia de las cosas pasadas y ya olvidadas. Bocas de incendio que ninguna persona de buen gusto se avergonzaría de tener en el césped de su casa. Bocas de incendio que los agentes de la propiedad no sienten necesidad de borrar de las fotografías promocionales con aerógrafo.

Ese korreo cabrón va a morir, anudado en torno de una de esas bocas de incendios. Brutus el Testosterónico se encargará de ello. Es una maniobra que ha visto en la tele, y la tele nunca miente; un truco que ha practicado mentalmente muchas veces. Acelerando al máximo en Cot-

tage Heights, dará un tirón del freno de mano mientras tuerce el volante. El extremo posterior de la furgoneta girará bruscamente. Ese molesto Korreo restallará como un látigo al extremo de su cable irrompible, yéndose contra la boca de incendio. Brutus el Adolescente saldrá victorioso, libre para descender triunfalmente por Bellewoode Valley hacia el gran mundo de los adultos dueños de coches guay, libre para volver a su vídeo atrasado, Guerreros de la Almadía IV: La batalla final.

T.A. no sabe nada de todo esto, pero lo sospecha. No es real, sino su reconstrucción del entorno psicológico en el interior de esa furgoneta. Detecta la boca de incendio a kilómetros, ve cómo Brutus desplaza una mano dejándola descansar sobre el freno de mano. Es tan evidente. Siente lástima por Brutus y los de su calaña. Suelta carrete, dándose mucho margen de maniobra. Él gira el volante y da un tirón al freno. La furgoneta se desliza lateralmente y falla su objetivo sin lanzarla despedida como pretendía; de hecho, ella tiene que ayudar. Mientras la trasera de la furgoneta se desliza, T.A. recoge cable con rapidez, convirtiendo el impulso angular que le han obsequiado en velocidad lineal, y adelanta a la furgoneta como una exhalación, a casi dos kilómetros por minuto. Se dirige a una lápida de mármol en la que se lee BELLEWOODE VALLEY ROAD. Se inclina en dirección contraria a ella, realizando un giro brusco, y las ruedas se agarran al pavimento y la alejan de la lápida. Está tan inclinada que puede tocar el asfalto con una mano; los radios de las intelirruedas la empujan hacia la calle deseada. Mientras tanto ha desconectado la energía electromagnética que la mantenía adherida a la furgoneta. El cabezal del arpón se suelta, rebota en el asfalto tras ella mientras se rebobina automáticamente para reunirse con el mango. T.A. va directa hacia la salida del barclave a gran velocidad.

Tras ella, un sonido explosivo que resuena en sus tripas le indica que la furgoneta se ha estrellado de costado contra la lápida.

Se agacha para pasar bajo la barrera de seguridad y se zambulle en el tráfico de Oahu. Pasa entre dos BMW que giran con grandes chirridos y estruendos. Los conductores de los BMW emprenden acciones evasivas de inmediato, imitando a los conductores de los anuncios de esa marca: es su forma de convencerse de que no los han timado. T.A. adopta una postura fetal para colarse por debajo de un remolque; va lanzada hacia la medianera como si fuese a matarse, pero las medianeras no

son problema para las intelirruedas. La parte inferior de la medianera tiene una rampa suave, como si la hubiesen diseñado para surfístas del asfalto. T.A. sube la rampa a medias, gira para descender suavemente hacia el carril y se reincorpora al tráfico justo al lado de un automóvil, así que ni siquiera tiene que lanzar el arpón; simplemente se adelanta y lo planta en la tapa del maletero.

El conductor está resignado a su destino y no le importa, así que no la molesta. La lleva hasta la entrada del siguiente barclave, un Columnas Blancas. Muy sureño, tradicional, uno de los barclaves del apartheid, con un gran cartel ornamentado sobre la puerta principal:

SÓLO PERSONAS DE RAZA BLANCA. LOS NO CAUCÁSICOS DEBEN PEDIR AUTORIZACIÓN.

T.A. dispone de un visado de Columnas Blancas. Tiene visados para todas partes. Es un pequeño código de barras sobre su pecho. Al desviarse hacia la entrada, un láser lo explora y la puerta de inmigración se abre ante ella. Es de carpintería metálica y muy recargada, pero los residentes de Columnas Blancas en peligro no tienen tiempo para sentarse tranquilamente a la entrada del barclave viendo cómo la puerta se abre lentamente con la majestuosidad del Viejo Sur, así que está montada sobre una especie de raíl electromagnético.

Rueda a través de los carriles de Columnas Blancas, de estilo preguerra y flanqueados por árboles, una microplantación tras otra, deslizándose aún con la energía cinética residual que se originó en la gasolina del depósito de Brutus el Adolescente.

El mundo está lleno de energía y potencia, y con una pequeña parte de esa potencia se puede llegar muy lejos.

Los LED de la caja de pizza señalan 29:32, y el tipo que la encargó, el señor Gordinflas y sus vecinos, los Cursi y el clan Culogordo, están reunidos en el césped delantero de su microplantación, celebrándolo prematuramente, como si acabase de tocarles la lotería. Desde la puerta de su casa tienen una vista despejada de todo el camino hasta Oahu Road, y por lo que pueden ver no se está aproximando nada que se parezca ni remotamente a un coche de reparto de Cosa Nostra. Oh, sí, hay cierta curiosidad, un interés desdeñoso, hacia ese Korreo que se acerca con una gran cosa cuadrada bajo el brazo, quizá un cartapacio, un diseño publicitario nuevo para algún jefazo de marketing supremacista blanco de uno de los terrenos adyacente, pero...

Los Gordinflas y Cursis y Culogordos la miran boquiabiertos. T.A. tiene la energía residual justa para girar hacia la rampa que conduce a sus casas. El impulso la lleva hasta arriba. Se detiene junto al Acura del señor Gordinflas y el bollicoche de la señora Gordinflas, y salta de la plancha. Al detectar su marcha, las ruedas se equilibran, plantándose en el camino y negándose a rodar cuesta abajo.

Una luz cegadora procedente del cielo los ilumina. Las gafas Knight Visión la protegen de quedar cegada, pero los compradores doblan las rodillas y encogen los hombros como si la luz pesase. Los hombres aprietan sus peludos antebrazos contra la frente, moviendo sus cuerpos grandes y tubulares adelante y atrás, tratando de hallar la fuente del foco luminoso, susurrándose frases entrecortadas unos a otros, breves teorías acerca de su origen, simulando comprender el desconocido fenómeno. Las mujeres gorjean y revolotean de aquí para allá. Gracias a la influencia mágica de los Knight Visión, T.A. todavía puede leer los LED: 29:54, señalan mientras ella deja caer la pizza sobre las zarpas del señor Gordinflas.

La luz misteriosa se apaga.

Los otros aún están cegados, pero T.A. puede penetrar la noche con sus Knight Visión, hasta el infrarrojo próximo, y observa la fuente de esa luz, un helicóptero stealth de palas dobles a diez metros sobre la casa del vecino. Es de un elegante color negro y sin adornos, no pertenece a las cadenas de noticias, aunque en esos momentos otro helicóptero, uno anticuado y audible, brillantemente festoneado con el logo de un programa de noticias en directo, cruza ruidosamente el espacio aéreo de Columnas Blancas, iluminando las plantaciones con su propio reflector, con la esperanza de ser el primero en obtener esta gran noticia: una pizza se entregó tarde hoy, en la tele a las once. Más tarde, nuestro experto en personalidades especulará acerca de dónde se alojará Tío Enzo cuando haga su obligado viaje a nuestra Área Estadística Metropolitana Estándar. Pero el helicóptero negro vuela a oscuras y sería prácticamente invisible de no ser por la huella infrarroja que brota de sus turborreactores gemelos.

Es un helicóptero de la Mafia, y lo único que éstos buscaban era registrar el suceso de vídeo de forma que el señor Gordinflas no tuviese ningún argumento en que basarse en caso de que pretendiese llevar su caso al Sistema Judicial del Juez Bob para conseguir una pizza gratis.

Otra cosa. Hay mucha mierda en el aire esta noche, unos cuantos megatones de humus arrastrados por el viento desde Fresno, de forma que cuando el láser se activa resulta alarmantemente visible, una delgada línea geométrica, un millón de resplandecientes cuentas rojas ensartadas en un hilo de fibra óptica, materializándose instantáneamente entre el helicóptero y el pecho de T.A. Luego parece ensancharse formando un delgado abanico, un triángulo agudo de luz roja cuya base abarca el torso de T.A.

Dura sólo un instante. Están escaneando los múltiples códigos de barras de su pecho. Averiguando quién es. Ahora, la Mafia lo sabe todo acerca de T.A.: dónde vive, qué hace, el color de sus ojos, su historial financiero, vínculos familiares y grupo sanguíneo.

Una vez lo ha hecho, el helicóptero se ladea y se desvanece en la noche como un disco de hockey deslizándose al interior de un cuenco de tinta china. El señor Gordinflas está diciendo algo, haciendo un chiste sobre cuan cerca han estado; los otros ríen sin ganas, pero T.A. no puede oírlos: quedan sofocados por el atronador golpeteo del helicóptero de noticias, y luego congelados y cristalizados por el fogonazo de su foco proyector. El aire nocturno está lleno de insectos y T.A. puede verlos todos, volando en misteriosas formaciones, viajando a caballo de las personas o las corrientes de aire. Tiene uno en la muñeca, pero no le da un manotazo.

El foco se demora unos momentos. El ancho cuadrado de la caja de pizza, con el logo de Cosa Nostra, es un mudo testimonio. El helicóptero flota y graba algo de vídeo, por si acaso.

T.A. se aburre. Se sube a la tabla. Las ruedas florecen y se tornan circulares. T.A. traza un ajustado y bamboleante rumbo alrededor de los automóviles, hacia la calle. El proyector la sigue durante un instante, quizá grabando un poco de metraje de archivo. La cinta de vídeo es barata. Nunca se sabe cuándo algo va resultar útil, así que bien vale la pena grabarlo.

Hay gente que se gana la vida así: los cazadores de intel. Gente como Hiro Protagonist. Saben cosas, o van por ahí y las filman. Las ponen en la Biblioteca. Cuando la gente quiere saber qué han averiguado, o ver sus grabaciones, les pagan dinero y sacan su información de la Biblioteca, o directamente la compran. Es un negocio raro, pero a T.A. le gusta la idea. Normalmente, la CCI no presta ninguna atención a los korreos. Pero al parecer, Hiro ha hecho un trato con ellos. Quizá ella pueda

hacer un trato con Hiro. Porque T.A. sabe un montón de trivialidades interesantes.

Una de ellas es que ahora la Mafia le debe un favor.

5 Avatares. El Sol Negro. En la Calle del Metaverso

Al acercarse a la Calle, Hiro ve salir a dos parejas de jóvenes de Puerto Cero, el puerto local de entrada y parada del Monorraíl; es probable que estén usando los ordenadores de sus padres para una doble cita en el Metaverso.

No está viendo gente de verdad, claro. Todo es parte de la imagen en movimiento dibujada por su ordenador según las especificaciones que le llegan por el cable de fibra óptica. Las personas son piezas de software llamadas avatares. Son los cuerpos audiovisuales que usa la gente para comunicarse en el Metaverso. El avatar de Hiro está también en la calle, y si las parejas que salen del Monorraíl miran en su dirección pueden verlo igual que Hiro los ve a ellos. Podrían conversar, Hiro en el Guarda-Trastos de Los Angeles y los cuatro adolescentes quizá en algún sofá de algún barrio de Chicago, cada uno con su portátil. Pero no es probable que entablen conversación, no más de lo que lo harían en la Realidad. Son buenos chicos, y no querrán hablar con un mestizo solitario con un elegante avatar a la medida y un par de espadas.

Tu avatar puede tener el aspecto que desees, según las limitaciones de tu equipo. Si eres feo, puedes hacer que tu avatar sea atractivo. Aunque acabes de salir de la cama, tu avatar puede lucir ropas hermosas y un maquillaje profesional. En el Metaverso puedes ser un gorila o un dragón o un enorme pene parlante. Si recorres el Metaverso durante cinco minutos verás ejemplos de todas esas cosas.

El avatar de Hiro tiene la misma apariencia que Hiro, con la excepción de que, lleve lo que lleve Hiro en la Realidad, su avatar siempre viste un kimono de cuero negro. A la mayoría de hackers no les van los avatares llamativos, porque saben que hace falta mucha más sofisticación para mostrar un rostro humano realista que un pene parlante. Más o menos como la gente que realmente entiende de moda y puede apreciar los pequeños detalles que diferencian un traje de lana gris barato de un traje de lana gris caro y hecho a medida.

No puedes materializarte en el Metaverso donde quieras, como el capitán Kirk teleportándose desde las alturas. Provocaría confusión y moles-

taría al resto de la gente; rompería la metáfora. Se considera que materializarse saliendo de ninguna parte (o desvanecerse de vuelta a la Realidad) es un asunto privado, y que es mejor realizarlo en Casa. Hoy día, casi todos los avatares son anatómicamente correctos y se crean desnudos como un niño, así que hay que adecentarse antes de salir a la Calle. Salvo que tu avatar sea intrínsecamente indecente y no te importe.

Los currantes y quienes no disponen de su propia Casa, por ejemplo, la gente que se conecta desde una terminal pública, se materializa en un Puerto. En la Calle hay 256 Puertos Exprés, espaciados regularmente alrededor de su circunferencia a intervalos de 256 kilómetros. Cada uno de esos intervalos está a su vez subdividido 256 veces mediante Puertos Locales distanciados exactamente un kilómetro unos de otros (los estudiantes de Semiótica Hacker más avispados notarán la obsesiva repetición del número 256, que es 2_8, e incluso ese 8 tiene bastante jugo, ya que es 2_2 multiplicado por otro 2 por si las moscas). Los Puertos cumplen una función análoga a la de los aeropuertos: es la forma de llegar al Metaverso procedentes de algún otro sitio. Una vez te has materializado en un Puerto, puedes caminar por la Calle o subirte al Monorraíl o lo que quieras.

Las dos parejas que han salido del Monorraíl no se pueden permitir avatares a medida y no saben cómo escribirse uno ellos mismos; han tenido que comprar avatares hechos en serie. Una de las chicas lleva uno bastante mono. Entre la gente de K-Tel sería considerado toda una declaración de gustos en materia de moda. Parece que se ha comprado el Juego de Construcción de Avatares y ha montado su propio modelo personalizado a partir de componentes estándar. Probablemente incluso se parezca a su propietaria. Su acompañante tampoco tiene mal aspecto.

La otra chica es una Brandy y su compañero es un Clint. Brandy y Clint son modelos en serie muy populares. Cuando las adolescentes blancas sin demasiados recursos económicos tienen una cita en el Metaverso, invariablemente se van a la sección de juegos de ordenador del Wal-Mart local y compran una Brandy. El usuario puede seleccionar tres tamaños de pecho: improbable, imposible y ridículo. Brandy tiene un limitado repertorio de expresiones faciales: mona con pucheros, mona y voluptuosa, vivaracha e interesada, sonriente y receptiva, mona y colgada. Sus pestañas miden más de un centímetro, y el software es

tan barato que están dibujadas como astillas sólidas de ébano. Cuando una Brandy agita las pestañas casi puedes sentir el aire que desplazan.

Clint es la contrapartida masculina de Brandy. Es tosco y guapo y su gama de expresiones faciales también es extremadamente breve.

Hiro se pregunta ociosamente por qué se habrán juntado esas dos parejas. Está claro que proceden de clases sociales distintas. O quizá sean hermanos de diferentes edades. Por fin llegan a la parte inferior de la escalera mecánica y se mezclan con la multitud de la Calle, en la que hay Clints y Brandys suficientes para fundar un nuevo grupo étnico.

La Calle está concurrida. Casi todos americanos y asiáticos; en Europa aún es de madrugada. Debido a la abundancia de americanos, la multitud tiene una apariencia chillona y surrealista. Para los asiáticos es mediodía y visten trajes azul oscuro. Para los americanos es tiempo de ocio, así que tienen cualquier apariencia que el ordenador sea capaz de dibujar.

En el instante en que Hiro cruza la línea que separa su barrio de la Calle, formas coloreadas se abalanzan sobre él de todas direcciones, como buitres sobre un atropello reciente. En el barrio de Hiro no se permiten animanuncios, pero en la Calle se permite casi todo.

Un caza de combate que sobrevuela el gentío estalla en llamas, sale despedido de su trayectoria y se desploma en dirección a Hiro a dos veces la velocidad del sonido. Se hunde en el suelo de la Calle a quince metros de él, se desintegra y estalla, floreciendo en una intrincada nube de fuego y restos que se desliza hacia él por el pavimento, creciendo y envolviéndolo hasta que lo único que puede ver son sus llamaradas turbulentas, perfectamente simuladas y dibujadas.

Entonces la imagen se congela, y un hombre se materializa frente a Hiro. Es el clásico hacker barbudo, pálido y delgado, que trata de aparentar más tamaño vistiendo una voluminosa cazadora adornada con el logo de uno de los grandes parques de atracciones del Metaverso. Hiro conoce al tipo; solían coincidir a menudo en las convenciones. Lleva dos meses tratando de contratar a Hiro.

—Hiro, no entiendo por qué rechazas mi oferta. Ganamos mucha pasta, kongpavos y yenes, y somos flexibles a la hora de pagar y con las anfetas. Estamos montando un asunto de espada y brujería, y un hacker con tus habilidades nos vendría bien. Ven y charlamos un rato, ¿vale?

Hiro atraviesa la imagen, y ésta se desvanece. Los parques de atracciones del Metaverso pueden ser fantásticos, y ofrecen una amplia gama de películas interactivas tridimensionales; pero a la hora de la verdad no son más que videojuegos. Hiro no es aún tan pobre como para escribir juegos para esa compañía. Pertenece a los nipones, lo cual no es raro; pero además está dirigida al estilo japonés, y eso significa que todos los programadores tienen que llevar camisetas blancas y presentarse en la oficina a las ocho de la mañana, trabajar en cubículos y asistir a reuniones.

Quince años atrás, cuando Hiro empezó, un hacker podía sentarse y escribir él solo un programa. Ahora eso ya no es posible. El software se produce en fábricas y los hackers son, en mayor o menor medida, trabajadores de una cadena de montaje. O, lo que es aún peor, pueden acabar transformándose en directivos y no escribir ni una línea más de código en toda su vida.

La perspectiva de convertirse en trabajador de una cadena de montaje incentiva a Hiro lo suficiente para ir esta noche a la caza de intel realmente buena. Trata de estimularse, de romper el letargo típico de quien lleva mucho tiempo en el paro. Esto de la intel puede ser un buen chanchullo, una vez te has creado tu nicho en la red. Y con sus contactos, eso no debería ser un problema. Simplemente tiene que tomárselo en serio. «Tómatelo en serio. Tómatelo en serio.» Pero es tan difícil tomarse algo en serio.

Le debe a la Mafia el coste de un automóvil. Es una buena razón para tomárselo en serio.

Cruza directamente la Calle, bajo la línea del Monorraíl, en dirección a un gran edificio negro de baja altura. Resulta extraordinariamente sombrío para la Calle, como un descampado en el que se hubieran olvidado edificar. Es una achaparrada pirámide negra con la cima truncada. Sólo tiene una puerta; como todo es imaginario, no hay leyes que dicten el número mínimo de salidas de emergencia. No hay guardias, ni carteles, ni nada que impida a la gente entrar; y aun así, millares de avatares se arremolinan alrededor, espiando el interior, intentando ver algo. Esa gente no puede cruzar la puerta porque no han sido invitados a hacerlo.

Sobre la puerta hay un hemisferio negro mate de alrededor de un metro de diámetro, incrustado en el frontal del edificio. Es lo más parecido a

una decoración que hay en ese sitio. Debajo, en letras talladas en la substancia negra de la pared, se lee el nombre del lugar: EL SOL NEGRO.

De acuerdo, no es una obra maestra arquitectónica. Cuando David, Hiro y los otros hackers escribieron el Sol Negro no tenían dinero para arquitectos ni diseñadores, así que optaron por formas geométricas sencillas. A los avatares que se apiñan en la puerta no parece importarles.

Si se tratase de gente real en una calle real, Hiro no podría llegar hasta la entrada. Está demasiado atestado. Pero el sistema informático que gestiona la Calle tiene cosas mejores que hacer que monitorizar a cada una de los millones de personas que hay ahí para impedir que choquen entre sí. Ni siquiera intenta resolver ese problema increíblemente difícil. En la Calle, los avatares pueden pasar unos a través de otros.

Así que cuando Hiro atraviesa la multitud en dirección a la entrada, está literalmente atravesando la multitud. Cuando se forman congestiones así, el ordenador simplifica las cosas dibujando avatares fantasmagóricos y translúcidos para que puedas ver hacia dónde te diriges. Hiro se ve a sí mismo sólido, pero cualquier otra persona le parece un espectro. Camina a través del gentío como si éste fuese un banco de niebla, viendo el Sol Negro nítido frente a él.

Cruza el límite de la propiedad y llega al portal. Y en ese instante se convierte en sólido y visible para todos los avatares arracimados fuera, que comienzan a gritar al unísono. No es que tengan ni la más remota idea de quién es él; Hiro no es más que un muerto de hambre, un cazadatos de la CCI que vive en un GuardaTrastos junto al aeropuerto. Pero en el mundo no hay más que unos pocos millares de personas que puedan cruzar la línea y entrar en el Sol Negro.

Se gira y contempla a los diez mil chillones groupies. Ahora que está solo en la entrada, no inmerso en el enjambre de avatares, puede ver con perfecta claridad a la gente de la primera fila de la multitud. Todos ellos lucen los avatares más lujosos y descabellados, con la esperanza de que David, propietario y hacker en jefe del Sol Negro, los invite a entrar. Con un parpadeo se funden en un muro histérico. Mujeres pasmosamente hermosas, dibujadas por ordenador y retocadas a setenta y dos imágenes por segundo, como pósters tridimensionales de Playboy: deben de ser aspirantes a actrices esperando ser descubiertas. Extravagantes dibujos abstractos, tornados de luz giratoria: hackers que esperan que David note su talento, los invite a pasar y les dé trabajo. Un abundante rocío de gente en blanco y negro: personas que acceden al

Metaverso a través de terminales públicas de bajo coste, dibujadas en espasmódico y granuloso blanco y negro; muchos son fans psicópatas corrientes y molientes, obsesionados con la fantasía de matar a cuchilladas a alguna actriz en particular; en la Realidad no pueden ni acercarse, así que se conectan al Metaverso para acechar a su presa. Hay también aspirantes a estrellas del rock, trazados con láser como si acabasen de bajar del escenario, y avatares de hombres de negocios japoneses, exquisitamente dibujados por sus carísimos equipos, pero profundamente reservados y con trajes aburridos.

Hay uno en blanco y negro que destaca porque es más alto que el resto. El protocolo de la Calle dicta que tu avatar no puede ser más alto que tú, para impedir que la gente vaya por ahí midiendo kilómetros de altura. Además, si el tipo está usando una terminal pública, y así debe de ser, a juzgar por la calidad de la imagen, no hace un gran trabajo con su avatar. Lo muestra como es, pero no tan bien. Hablar con un blanco y negro en la Calle es como hablar con una persona que haya metido la cara en una foto-copiadora y vaya pulsando repetidamente el botón mientras tú te quedas junto a la bandeja de salida sacando las hojas y mirándolas una a una.

Eleva el cabello largo, dividido por el centro como una cortina que muestra un tatuaje en su frente. Con esa puñetera resolución no hay forma de ver claramente el tatuaje, pero parece estar formado por palabras. Luce un fino bigote a lo Fu Manchú.

Hiro se da cuenta de que el tipo ha reparado en él y también lo mira, de arriba abajo, prestando particular atención a sus espadas.

Una sonrisa se extiende por la cara del tipo en blanco y negro. Una sonrisa satisfecha, de reconocimiento. La sonrisa de un hombre que sabe algo que Hiro ignora. El tipo en blanco y negro ha permanecido con los brazos cruzados sobre el pecho, como si se aburriera o esperase algo, y ahora los deja caer, sacudiendo los hombros como un atleta en fase de precalentamiento. Se acerca tanto como puede y se inclina hacia delante; es tan alto que lo único que se ve tras él es el vacío cielo negro, roto por los brillantes rastros de vapor de los animanuncios que lo surcan.

—Eh, Hiro —dice el tipo en blanco y negro—, ¿quieres probar un poco de Snow Crash?

Mucha gente haraganea frente al Sol Negro y dice cosas raras; normalmente no se les hace caso. Pero el tipo logra atraer la atención de Hiro.

Primera cosa extraña: sabe el nombre de Hiro. Pero hay formas de obtener esa información; probablemente no signifique nada.

Segunda: suena como la oferta de un traficante de drogas, lo que sería muy normal en un bar de la Realidad; pero esto es el Metaverso. No se pueden vender drogas en el Metaverso porque no hay forma de colocarse mirando algo.

Tercera: el nombre de la droga. Hiro jamás ha oído hablar de una droga llamada Snow Crash. En sí, eso no tiene nada de particular; todos los años se inventan miles de drogas nuevas, y todas ellas se venden con media docena de nombres distintos.

Pero «snow crash» es jerga informática. Significa un cuelgue del sistema, un error, pero a un nivel tan fundamental que jode la parte del ordenador que controla el haz de electrones del monitor, haciendo que se pasee erráticamente por la pantalla y transforme la perfecta retícula de pixels en una ventisca remolineante. A Hiro le ha pasado infinidad de veces. Pero como nombre para una droga resulta francamente peculiar.

Lo que en realidad atrae la atención de Hiro es su aplomo. Es una presencia flemática, profundamente tranquila. Es como hablar con un asteoide, cosa que estaría muy bien si estuviese haciendo algo que tuviese el más mínimo sentido. Hiro trata de leer alguna pista en el rostro del tipo, pero cuanto más se aproxima, más parece que esa porquería de avatar en blanco y negro se rompa en bastos pixels parpadeantes. Es como apretar la cara contra el vidrio de un televisor averiado; hace que te duelan los dientes.

—Perdone —dice Hiro—. ¿Qué ha dicho?

—¿Quieres probar un poco de Snow Crash?

Habla con un acento seco que Hiro no acaba de situar. Su audio es tan malo como su vídeo. Hiro oye de fondo los coches que pasan junto al tipo. Debe de estar conectado en una terminal pública al lado de una autovía.

—No lo pillo —dice Hiro—. ¿Qué es Snow Crash?

—Una droga, gilipollas —dice el tipo—. ¿Qué va a ser si no?

—No entiendo; esto es nuevo para mí —explica Hiro—. ¿De verdad crees que te voy a dar dinero aquí? Y luego, ¿qué? ¿Espero a que me envíes la droga por correo?

—He hablado de probar, no de comprar —aclara el tipo—. No tienes que darme dinero, es una muestra gratuita. Y tampoco tienes que esperar el correo; puedes probarla ahora mismo.

Mete la mano en el bolsillo y saca una hipertarjeta.

Se parece a una tarjeta de visita convencional. Las hipertarjetas son una especie de avatares. Se usan en el Metaverso para representar un conjunto de información. Puede tratarse de texto, audio, vídeo, una imagen estática o cualquier otra información que pueda representarse de forma digital.

Piensa en un cromo de béisbol, con una foto, un poco de texto y unos cuantos datos numéricos. Una hipertarjeta de béisbol contendría un vídeo con los mejores momentos del jugador, en perfecta alta definición; una biografía detallada narrada por el propio jugador, en sonido digital estéreo; y una completa base de datos estadística, así como software especializado para que uno pueda buscar las cifras que le interesen.

Una hipertarjeta puede almacenar una cantidad de información prácticamente infinita. Por lo que a Hiro respecta, esta hipertarjeta podría contener todos los libros de la Biblioteca del Congreso, o todos los episodios de Hawai 5-0 jamás filmados, o las obras completas de Jimi Hendrix, o el censo de 1950.

O, más probablemente, una amplia gama de virus informáticos. Si Hiro extiende la mano y toma la hipertarjeta, los datos que ésta representa se transferirán del sistema de ese tipo al ordenador de Hiro. Naturalmente, Hiro no la tocaría bajo ninguna circunstancia, como tampoco se aceptaría jamás una jeringa de un desconocido en Times Square para pincharse el cuello con ella.

Sea como sea, no tiene sentido.

—Es una hipertarjeta. Creía que habías dicho que Snow Crash era una droga —dice Hiro, cada vez más desconcertado.

—Lo es —dice el tipo—. Pruébala.

—¿Afecta al cerebro, o al ordenador? —pregunta Hiro.

—A ambas cosas. O a ninguna. ¿Qué diferencia hay? Por fin Hiro comprende que acaba de desperdiciar sesenta segundos de su vida en una

conversación sin sentido con un esquizofrénico paranoide. Se da la vuelta y entra en el Sol Negro.

6 Metapolicía

A la salida del Columnas Blancas hay un vehículo negro, aovillado como una pantera, una lente de acero bruñido que refleja el loglo de Oahu Road. Es una Unidad. Una Unidad Móvil de MetaPol Unlimited. En su puerta hay grabada una insignia plateada, una placa cromada de policía del tamaño de un plato, con el nombre de la citada organización privada de seguridad e inscrita:

LLAME AL 1-800-METAPOL Se aceptan las principales tarjetas de crédito

MetaPol Unlimited es la fuerza de seguridad oficial de Columnas Blancas, y también de las Caballerizas en las Colinas de Windsor, las Fuentes del Arroyo del Oso, Cinnamon Grove y las Granjas de Cloverdelle. Además hacen cumplir las leyes de tráfico en todas las autopistas y carreteras secundarias gestionadas por BellaRuta, Inc. Asimismo los emplean unas cuantas ECNOF diferentes: Caimán Plus y Los Alpes, por ejemplo. Pero las naciones franquicia prefieren tener fuerzas de seguridad privadas. Ni que decir tiene que Metazania y Nueva Sudáfrica se encargan de su propia seguridad; para eso se apuntan sus ciudadanos, para que puedan llamarlos a filas. Obviamente, Nova Sicilia tiene también seguridad propia. Narcolombia no necesita seguridad porque a la gente le da miedo incluso pasar junto a la franquicia a menos de ciento sesenta kilómetros por hora (T.A. siempre consigue un buen acelerón en los barrios en los que abundan los consulados narcolombianos), y el Gran Hong Kong de Mr. Lee, la abuela de todas las ECNOF, lo gestiona con robots, de forma típicamente hongkonesa.

WorldBeat Security, el principal competidor de MetaPol, controla todas las carreteras de Tiramillas, y además tiene contratos a nivel mundial con Tradicionalistas del Dixie, La Plantación de Pickett, Los Altos del Arco Iris (fíjate: dos barclaves de apartheid y uno para hombres de negro), Riberas del [insértese nombre de río] y Brickyard Station. WorldBeat es menor que MetaPol, se encarga de contratos de más alto nivel, y se dice que tiene un departamento de espionaje importante...,

aunque si alguien está interesado en eso, es mejor ponerse en contacto con un comercial de la Corporación Central de Inteligencia.

Luego están los Garantes del Orden, pero son caros y no aceptan que los supervisen de buen grado. Se rumorea que debajo de los uniformes llevan camisetas con el escudo de armas no oficial de los Garantes: un puño que blande una cachiporra, y el lema DENÚNCIAME.

Así pues, T.A. desciende por una rampa suave hacia la pesada puerta de hierro de Columnas Blancas, esperando que se abra, y esperando, y esperando... pero no parece que la puerta vaya a abrirse. Ningún pulso de láser ha surgido de la caseta de los guardas para averiguar quién es T.A. El sistema ha sido desactivado. Si T.A. fuese un peatón estúpido iría al metapoli y le preguntaría por qué. El metapoli diría: «La seguridad de la ciudad estado», y nada más. ¡Estos barclaves! ¡Estas ciudades estado! Tan pequeñas, tan inseguras, que prácticamente todo, desde que no hayas cortado el césped hasta que pongas la música muy alta, se convierte en un asunto de seguridad nacional.

No hay forma de rodear la verja; de hierro y robofacturada, rodea Columnas Blancas hasta una altura de dos metros y medio. T.A. rueda hasta la puerta, agarra los barrotes y trata de sacudirla, pero es demasiado grande y sólida.

No está permitido que los metapolis se apoyen sobre su Unidad; les daría una apariencia perezosa y débil. Pueden casi apoyarse, tener la pinta de estar apoyándose, incluso adoptar una clara actitud de me-estoy-apoyando-en-el-coche, como hace este individuo en concreto, pero no pueden apoyarse. Además, los majestuosos y centelleantes Equipos Completos Portátiles Personales, que cuelgan de los Arneses Modulares Personales de Equipo, le rayarían el barniz a la Unidad.

—Quita esta barrera al comercio, colega, que tengo entregas que hacer — le suelta T.A. al metapoli.

Un estallido brusco y húmedo, no lo bastante fuerte para una explosión, restalla en la parte trasera de la Unidad Móvil. Es el tenue sonido de un escupitajo proyectado a través de una lengua doblada; el ruido distante y amortiguado de un bebé tirándose un buen pedo. La mano de T.A., aún agarrada a los barrotes de la puerta, escuece durante un momento y luego siente a la vez frío y calor. Apenas puede moverla. Huele a vinilo.

El compañero del metapoli sale del asiento trasero de la Unidad Móvil. La ventana de la puerta trasera está abierta, pero la Unidad Móvil es tan

negra que uno no se da cuenta hasta que la puerta se mueve. Bajo sus relucientes cascos negros y gafas de visión nocturna, ambos metapolis sonríen burlonamente. El que sale de la Unidad Móvil va armado con un Proyector de Sujeción Química de Corto Alcance: una encoladora. Su truquito ha funcionado. A T.A. no se le ha ocurrido usar sus Knight Visión para comprobar que en el asiento trasero no hubiese un francotirador preparado para encolarla.

La cola, cuando se expande en el aire como ahora, tiene el tamaño aproximado de un balón de fútbol. Kilómetros y kilómetros de fibras fuertes pero delgadas, como espaguetis. La salsa de esos espaguetis es una substancia pegajosa que permanece fluida unos instantes tras el disparo de la encoladora, e inmediatamente después se solidifica.

Los metapolis llevan ese tipo de equipo porque los fransulados[8] son tan pequeños que resulta imposible perseguir a nadie por ellos. Los intrusos, casi siempre inocentes surfistas, están a tres segundos en monopatín de conseguir asilo en el fransulado vecino. Además, la mole increíble del Arnés Modular Personal de Equipo, que es el soporte donde se lleva el equipo, y todo lo que cuelga de él los frena tanto que cuando intentan correr lo único que consiguen es que la gente se ría de ellos. Así que en vez de librarse de unos kilos, simplemente cuelgan unas cuantas cosas más de sus arneses, como la encoladora.

El chorro de fibrosas mucosidades ha envuelto la mano y el antebrazo de T.A., pegándolos a la barra de la puerta. La substancia pegajosa sobrante ha chorreado barra abajo un pequeño trecho, pero ya está secándose, convirtiéndose en goma. Unas cuantas hebras sueltas han salpicado, quedando adheridas a su hombro, pecho y barbilla. Se aparta y el adhesivo se separa de las fibras, estirándose en largos hilos infinitamente delgados, como mozzarella caliente. Se secan y se vuelven sólidas al instante, y luego se parten, rizándose como volutas de humo. Ahora que no tiene cola en la cara ya no es tan desagradable, pero su mano sigue perfectamente inmovilizada.

—Se le hace saber que cualquier movimiento que no sea respaldado explícitamente por una autorización verbal por mi parte puede representar un riesgo físico de carácter inmediato para usted, así como un riesgo psíquico colateral y, dependiendo de su escala de valores personal, un riesgo espiritual derivado de su reacción personal al citado riesgo físico. Cualquier movimiento por su parte constituye una aceptación

[8] Contracción de franquicias y consulados.

implícita e irrevocable de tal riesgo —dice el primer metapoli. En su cinturón hay un pequeño altavoz que traduce simultáneamente todo lo dicho al castellano y al japonés.

—O, como preferimos decir —aclara el otro metapoli—: ¡quieta ahí, gilipollas!

La palabra no se traduce correctamente y resuena en el pequeño altavoz como «lipolias» y «farfollas», respectivamente.

—Somos comisarios autorizados de MetaPol Unlimited. Según la sección 24.5.2 del Código de Columnas Blancas, estamos autorizados para desempeñar el papel de fuerza policial en este territorio.

—Por ejemplo, molestar a inocentes surfístas —acota T.A.

—Al hablar en inglés acepta usted implícita e irrevocablemente que todas nuestras conversaciones futuras se desarrollen en esa lengua —dice el metapoli, desactivando el traductor.

—Si ni siquiera entiendes a T.A. —dice T.A.

—Ha sido usted identificada como Foco de Investigación de un Suceso Delictivo Registrado que presuntamente ha tenido lugar en otro territorio, a saber, las Caballerizas en las Colinas de Windsor.

—Pero si eso es otro país, tío. ¡Esto es Columnas Blancas!

—Según las cláusulas del Código de las Caballerizas en las Colinas de Windsor, estamos autorizados a proteger la seguridad nacional y hacer respetar la ley y la armonía social en dicho territorio. Un tratado entre las Caballerizas en las Colinas de Windsor y Columnas Blancas nos autoriza a ponerla a usted bajo custodia temporal en tanto no se resuelva su condición de Foco de Investigación.

—La cagaste —aclara el segundo metapoli.

—Ya que su conducta no ha sido agresiva y no lleva armas visibles, no estamos autorizados a emplear medidas heroicas para garantizar su cooperación —sigue el primer metapoli.

—Sé buena chica y nosotros seremos buenos chicos —traduce el segundo.

—No obstante, estamos equipados con dispositivos, que incluyen aunque no se limitan a armas de proyectiles, que, en caso de usarse, pueden representar una amenaza extrema e inmediata para su salud y bienestar.

—Un movimiento raro y te volamos la cabeza —termina el segundo metapoli.

—Despégame la mano de una puta vez —dice T.A. He oído todo esto millones de veces.

Columnas Blancas, como la mayoría de barclaves, no tiene comisaría ni cárcel: son tan antiestéticas y anticomerciales. Imagínate que les metieran un pleito. MetaPol tiene una franquicia carretera abajo que le sirve de cuartel general. En cuanto a celdas, un lugar para hábeus el ocasional corpus descarriado, cualquier zona de franquicias medio decente tiene una.

Viajan en la Unidad Móvil. T.A. tiene las manos esposadas delante de ella. Una mano está aún medio cubierta de moco gomoso, y despide un olor tan intenso a vapores de vinilo que ambos metapolis han bajado las ventanillas. Dos metros de fibras sueltas le recorren el regazo, cruzan el suelo de la Unidad Móvil, salen por la puerta y se arrastran por el pavimento. Los metapolis se lo toman con calma, viajando por el carril central, sin desperdiciar la oportunidad de poner una multa por exceso de velocidad aquí y allá mientras permanezcan en su jurisdicción. Los automovilistas que los rodean conducen con lentitud y prudencia, aterrados por la posibilidad de tener que detenerse y escuchar media hora de cláusulas legales y las enmarañadas justificaciones de esos tipos. De vez en cuando un repartidor de Cosa Nostra los adelanta por el carril izquierdo con las luces anaranjadas encendidas, y ellos fingen no darse cuenta.

—¿Adonde vamos, a una Jaula o a un Talego? —pregunta el primer metapoli. A juzgar por su forma de hablar, se dirige al otro metapoli.

—A una Jaula, por favor —pide T.A.

—¡Al Talego! —dice el otro metapoli, girándose y riendo sarcástico a través del cristal antibalas, refocilándose en su poder.

Al pasar junto a un Buy'nFly todo el interior del coche se ilumina. Holgazanea en el aparcamiento de un Buy'nFly y acabarás moreno. Y luego te detendrán los de WorldBeat Security. La sobreabundancia de focos de seguridad hace que los adhesivos de VISA y MasterCard que hay en la ventanilla del conductor brillen durante un momento.

—T.A. lleva tarjetas —dice T.A.—. ¿Cuánto cuesta terminar con esto?

—¿Por qué te llamas a ti misma «tía»? —pregunta el segundo metapoli. Como muchos hombres, ha entendido mal el nombre.

—No es tía, sino T. A. —aclara el primer metapoli.

—T.A. se llama así —explica T.A.

—Eso he dicho —insiste el segundo metapoli—. Tía.

—T. A. —dice el primero, acentuando tanto la T que lanza un chorro brillante de saliva contra el parabrisas—. Veamos... ¿Teresa Álvarez?

—No.

—¿Thelma Albright?

—No.

—Entonces, ¿qué coño significa?

—Nada.

En realidad significa Tuya Afectísima, pero si no pueden adivinarlo, que sejodan.

—No puedes permitírtelo —continúa el primer metapoli—. Te enfrentas a las CCW.

—No tiene por qué ser oficial. Podría escaparme.

—Esto es una Unidad con clase. No aceptamos fugas —señala el primer metapoli.

—¿Sabes qué? —ofrece el segundo—. Nos pagas un billón de pavos y te llevamos a una Jaula. Una vez allí puedes negociar con ellos.

—Medio billón —dice T.A.

—Setecientos cincuenta mil millones —concluye el metapoli—. Es la última oferta. Joder, llevas esposas; ni siquiera deberías estar regateando.

T.A. abre la cremallera de un bolsillo de la pernera de su mono, saca la tarjeta con la mano limpia, la pasa por un lector situado en el respaldo del asiento delantero, y se la guarda de nuevo en el bolsillo.

La Jaula parece nueva y resulta bastante agradable. T.A. ha visto hoteles donde se duerme mucho peor. Su logo, un cactus saguaro que lleva puesto un sombrero vaquero negro con una garbosa inclinación, es nuevo y está limpio.

LA JAULA

Servicios de encarcelamiento y retención de primera ¡Aceptamos grupos!

En el aparcamiento hay otro par de autos de MetaPol, y un furgón de los Garantes cruzado al fondo, ocupando diez plazas consecutivas. Esto llama mucho la atención de los metapolis. Los Garantes son para los metapolis lo que la Fuerza Delta para el Cuerpo de Paz.

—Una entrada —informa el segundo metapoli. Están en la zona de recepción. Las paredes están cubiertas de carteles luminosos, cada uno con la imagen de algún forajido del Viejo Oeste. Annie Oakley[9] mira inexpresivamente a T.A.; es un ejemplo a seguir. El mostrador de entrada

[9] Tiradora que participaba en los espectáculos de Búfalo Bill. Una especie de Llanero Solitario en femenino. Murió en 1926.

imita el estilo rústico; los empleados llevan todos sombreros de vaquero y estrellas de cinco puntas con sus nombres grabados. Al fondo hay una puerta de anticuados (y falsos) barrotes de hierro. Una vez dentro tiene el aspecto de un quirófano. Una hilera de pequeñas celdas, redondeadas y blancas como cabinas de ducha prefabricadas; de hecho, sirven también de duchas: uno se baña en mitad de la celda. Luces brillantes que se apagan automáticamente a las once en punto. Televisor a monedas. Línea telefónica privada. T.A. se muere de ganas de entrar.

El vaquero que hay tras el mostrador apunta un escáner a T.A. y lee su código de barras. Centenares de páginas de información personal acerca de T.A. brotan en la pantalla del ordenador.

—Uf—dice—. Hembra.

Los metapolis se miran entre sí como diciendo «menudo genio, este tío jamás podría ser metapoli».

—Lo siento, chicos, pero estamos completos. Esta noche no hay sitio para hembras.

—Oh, vamos...

—¿Veis ese furgón? Ha habido un tumulto en un Soba y Sigue. Unos narcolombianos estaban vendiendo un lote de vértigo caducado. El sitio se convirtió en un manicomio. Los Garantes enviaron media docena de escuadras y detuvieron a unos treinta, así que estamos llenos. Probad un poco más abajo, en el Talego.

A T.A. no le gusta nada el cariz que va tomando todo esto.

La devuelven al coche y activan el aislamiento acústico del asiento trasero, de forma que ella no oye nada excepto los ruidos y borboteos que le salen de las tripas vacías y los crujidos cada vez que mueve la mano encolada. Con las ganas que tenía de comer algo en la Jaula: Chiles a la Brasa o Hamburguesas Forajido.

Los dos metapolis hablan entre sí en el asiento delantero, y luego se incorporan al tráfico. Frente a ellos hay un logo cuadrado iluminado, un Código Universal de Producto gigante en blanco y negro con las palabras BLJY'N'FLY debajo.

En el mismo poste indicador, bajo el cartel del Buy'n'Fly, hay otro más pequeño, una tira delgada en letras vulgares: EL TALEGO.

La llevan al Talego. Cabrones. Golpea en el cristal con las manos esposadas, dejando marcas pegajosas. Que lo limpien esos hijos de puta. Se

giran y la miran por encima del hombro, esa escoria culpable, como si hubiesen oído algo pero no lograsen imaginar de qué puede tratarse.

Se adentran en el halo azul radiactivo de las luces de seguridad del Buy'nFly. El segundo metapoli entra y habla con el tío del mostrador. Hay un tipo blanco y gordo comprando una revista de camiones gigantes que lleva una gorra de béisbol de Nueva Sudáfrica con la bandera de la Confederación, y al oírlos mira por la ventana, deseando posar sus ojos sobre un auténtico delincuente. Un segundo hombre, del mismo grupo étnico que el tipo del mostrador, sale de atrás; otro hombre moreno de ojos ardientes y cuello delgado. Este lleva un manual con el logo de Buy'nFly. Para encontrar al director de una franquicia no hace falta que te esfuerces en leer el cargo en su identificación, basta con que busques al que lleva el manual.

El director habla con el metapoli, hace un gesto de asentimiento y saca un llavero del cajón.

El segundo metapoli sale, deambula hasta llegar al automóvil y de repente abre la puerta trasera con brusquedad.

—Silencio, o la próxima vez te disparo la encoladora en la boca.

—Me alegro de que te guste el Talego —dice T.A.—, porque mañana noche estarás aquí, tiramocos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Por fraude con tarjeta de crédito.

—Un poli contra una surfista. ¿Cómo vas a defender tu caso en el Sistema Judicial del Juez Bob?

—Trabajo para RadiKS. Sabemos cuidar de los nuestros.

—No, esta noche no. Esta noche has cogido una pizza del escenario de un accidente automovilístico y has abandonado el lugar del accidente. ¿Te ordenó entregar esa pizza RadiKS?

T.A. no contraataca. El metapoli tiene razón; RadiKS no le ordenó entregar la pizza; lo hacía ella por propia voluntad.

—RadiKS no va a ayudarte, así que cierra el pico.

Tira del brazo de T.A. y el resto de ella sale detrás. El de la carpeta le echa una mirada rápida, apenas suficiente para comprobar que es realmente una persona, y no un saco de harina, o un motor o un tronco de árbol. La guía hasta la maloliente trastienda del Buy'nFly, un sombrío lugar repleto de montones de hediondas basuras en cubos cubiertos de gusanos. Abre el cerrojo de la puerta trasera, un aburrido

trasto de acero con marcas de ganzúas en los bordes como si bestias de garras metálicas hubiesen intentado colarse dentro.

Llevan a T.A. al sótano. Los sigue el primer metapoli, que lleva el patín golpeándolo descuidadamente contra las puertas y sucios estantes de policarbonato llenos de botellas.

—Más vale que le quite el uniforme y todo ese equipo —sugiere el segundo metapoli, no sin lascivia.

El director estudia a T.A., intentando que su mirada no se deslice de modo pecaminoso por todo su cuerpo. Durante miles de años, su pueblo ha sobrevivido en estado de alerta: esperando que los mongoles llegaran galopando desde más allá del horizonte, esperando que los criminales reincidentes agiten escopetas recortadas por encima de sus mostradores. En estos momentos, su alerta es palpable y penosa; es como un frasco de nitroglicerina caliente. Además, el miedo a una denuncia por abusos sexuales lo complica aún más. Para él no es una broma.

T.A. se encoge de hombros, intentando decir algo molesto y ocurrente. Se supone que en esas circunstancias debería acurrucarse y gritar, agitarse y lloriquear, desvanecerse y suplicar. Están amenazando quitarle la ropa. Qué horrible. Pero no se altera porque sabe que es justo lo que esperan.

Un korreo tiene que abrirse hueco en el asfalto. Una conducta previsible de respeto de las leyes adormece a los conductores. Mentalmente, te asignan una pequeña caja en el carril y suponen que vas a permanecer ahí; cuando la abandonas son incapaces de enfrentarse a ello.

A T.A. no le gustan las cajas. T.A. crea su propio espacio en el asfalto zigzagueando con fuerza de carril a carril, estableciendo una pauta de temible aleatoriedad. Eso hace que la gente permanezca atenta, los obliga a reaccionar ante ella, en vez de ser al revés. Ahora, estos tipos están intentando meterla en una caja, forzarla a seguir sus reglas.

Se baja la cremallera del mono hasta mostrar el ombligo. Debajo no hay nada excepto temblorosa carne pálida.

Los metapolis arquean las cejas.

El director retrocede de un salto, levanta ambas manos para formar un escudo visual que lo proteja de esa dañina imagen.

—¡No, no, no! —grita.

T.A. se encoge de hombros y vuelve a subir la cremallera.

No tiene miedo; lleva dentata.

El director la esposa a una tubería de agua fría. El segundo metapoli retira sus esposas, más modernas y cibernéticas, y las cierra de nuevo sobre su arnés con un chasquido. El primer metapoli deja el patín apoyado contra la pared, justo fuera del alcance de T.A. El director patea una lata de café oxidada lanzándola desde el otro lado de la habitación y haciéndola rebotar con pericia contra T.A., de forma que ella tenga donde mear.

—¿De dónde es usted? —pregunta T.A.

—De Tayikistán.

Un tayiko. Debería haberlo supuesto.

—Bueno, supongo que jugar al fútbol con latas de mierda debe de ser el deporte nacional allí.

El director no pilla el chiste. Los metapolis lanzan risitas de circunstancias.

Se firman papeles. Todos se van escaleras arriba. De camino a la puerta, el director apaga la luz; en Tayikistán, la electricidad es un asunto serio.

T.A. está en el Talego.

> El Sol Negro tiene el tamaño de varios campos de fútbol puestos uno junto a otro. La decoración consiste en mesas negras cuadradas que flotan en el aire (sería inútil dibujarles patas), espaciadas regularmente formando una cuadrícula. Como pixels. La única excepción está en el centro, donde los cuatro cuadrantes del bar coinciden ($4=2^2$). Esa parte está ocupada por un bar circular de dieciséis metros de diámetro. Todo es de color negro mate, lo cual facilita que el sistema informático dibuje cosas encima: no tiene que preocuparse por rellenar un fondo complicado. Y además, así la atención se centra en los avatares, que es lo que todo el mundo quiere.
>
> En la Calle no sale a cuenta tener un hermoso avatar, ya que está tan abarrotada que todos los avatares se mezclan y fluyen unos a través de otros. Pero el Sol Negro es un programa mucho más elegante. En el Sol Negro no está permitido que los avatares choquen. Sólo puede haber cierto número de personas a la vez, y no pueden atravesarse unas a otras. Todo es sólido, opaco y realista. Y la clientela tiene muchísima más clase; nada de penes parlantes. Los avatares

parecen personas reales. Y, en su mayor parte, los demonios también.

«Demonio» es un antiguo término de la jerga del sistema operativo Unix, que hacía referencia a un programa de utilidad de bajo nivel, una parte fundamental del sistema. En el Sol Negro, un demonio es como un avatar, pero no representa a un ser humano. Es un robot que vive en el Metaverso. Un fragmento de software, una especie de espíritu que habita en la máquina, normalmente con alguna función concreta asignada. El Sol Negro tiene cierto número de demonios que sirven bebidas imaginarias a los clientes y llevan a cabo pequeños recados para la gente.

Hasta tiene demonios porteros para librarse de los indeseables: agarran sus avatares y los echan por la puerta, aplicando ciertos principios básicos de la física de avatares. David incluso ha modificado la física del Sol Negro para hacerla un poco más caricaturesca, de forma que las personas especialmente aborrecibles pueden recibir el golpe de un martillo gigante en la cabeza, o bien ser aplastadas por una caja fuerte que se desploma sobre ellos. Eso le ocurre a cualquiera que resulte molesto, que acose o grabe a una celebridad, y también a cualquiera que parezca contagioso. Es decir, si tu ordenador personal está infectado de virus y pretendes propagarlos mediante el Sol Negro, más vale que tengas cuidado con el techo.

—Pizarrón —murmura Hiro. Es el nombre de un programa escrito por él, una potente herramienta para un cazadatos de la CCI. Excava en el sistema operativo del Sol Negro, saquea su información y luego muestra un plano cuadrado frente al rostro de Hiro, dándole una rápida visión general de quién hay y quién está hablando con quién. Es información no autorizada a la cual Hiro en teoría no debería tener acceso. Pero Hiro no es un actor guaperas que llega aquí para hacer contactos. Es un hacker. Si quiere información, la roba directamente de las entrañas del sistema: chismorreo ex machina.

Pizarrón le muestra que David está refugiado en su sitio habitual, una mesa en el Cuadrante Hacker, cerca del bar. El

Cuadrante de las Estrellas Cinematográficas tiene la mezcla usual de soberanos y aspirantes. El Cuadrante de las Estrellas de Rock está muy animado hoy; Hiro puede ver que ha venido de visita un rapero japonés de moda, un tal Sushi K. Y hay un montón de tipos de la industria musical alrededor del Cuadrante Japonés, que tiene el mismo aspecto que cualquier otro excepto que es más silencioso, con las mesas más cerca del suelo y lleno de demonios geisha que mariposean de aquí para allá y hacen reverencias. Probablemente mucha de esa gente pertenezca al séquito de representantes, agentes de prensa y abogados de Sushi K.

Hiro cruza el Cuadrante Hacker, en dirección a la mesa de David. Reconoce a mucha gente pero, como es habitual, se sorprende ante la cantidad de gente que no reconoce, todos esos rostros agudos y perceptivos de veintiún años. El desarrollo de software comparte con el deporte profesional la característica de lograr que los treintañeros se sientan decrépitos.

Al mirar hacia la mesa de David, ve que está hablando con una persona en blanco y negro. Pese a su carencia de color y a la mala resolución, Hiro la reconoce por la forma de cruzar los brazos al hablar, el modo en que sacude el cabello mientras escucha a David. El avatar de Hiro se detiene y la mira, adoptando la misma expresión facial con que él miraba a esa mujer años atrás. En la Realidad, Hiro extiende una mano, coge su cerveza, da un trago y deja que ruede en su boca, como un haz de ondas que entrechocan en un espacio reducido.

Se llama Juanita Márquez. Hiro la conoce desde que eran estudiantes de primero en Berkeley, y coincidían en la misma área del laboratorio en la clase de introducción a la física. La primera vez que la vio se forjó una impresión que no cambió durante muchos años: ella era del tipo austero, pedante y empollona, y se vestía como si buscase trabajo de contable en una funeraria. Al mismo tiempo, su lengua era como un lanzallamas que dirigía sobre la gente en los momentos más extraños, generalmente como grandiosa y abrasadora represalia contra cualquier minúscula ruptura del protocolo que nadie más había logrado percibir.

No pudo dar con el resto de la ecuación hasta varios años después, cuando ambos acabaron trabajando para Sistemas Sol Negro, Inc. En esa época los dos se dedicaban al desarrollo de avatares, él a los cuerpos y ella a los rostros. Ella «era» el departamento de rostros, porque nadie más pensaba que los rostros fuesen importantes, sino simples bustos de color carne colocados sobre los avatares. Juanita estaba obsesionada en demostrarles a todos ellos cuan terriblemente equivocados estaban. Pero durante esa fase, la sociedad exclusivamente masculina de los gurús informáticos que componían la jerarquía de poder de Sistemas Sol Negro afirmaba que el problema de los rostros era trivial y superficial. Por supuesto, no era más que sexismo, de ese tipo especialmente virulento que afecta a los técnicos varones que creen con toda sinceridad que son demasiado inteligentes como para ser sexistas.

Aquella primera impresión, a la edad de diecisiete años, no era nada más que eso: la reacción visceral de un postadolescente de familia militar que llevaba tres semanas abandonado a sus propios recursos. Su mente funcionaba correctamente, pero sólo entendía una o dos cosas en el mundo (las películas de samurais y el Macintosh), y las comprendía demasiado bien. Era una visión del mundo en la que no había sitio para alguien como Juanita.

Hay cierto tipo de ciudad pequeña que crece como un grano en el culo de cualquier base militar del mundo. Hiro Protagonist había crecido a cámara rápida en una larga serie de sitios así, como una orquídea mutante de invernadero floreciendo bajo el brillo de los focos de seguridad de un millar de Buy'n'Fly. El padre de Hiro se había unido al ejército en 1944, a la edad de dieciséis años, y pasó un año en el Pacífico, mayormente como prisionero de guerra. Hiro nació cuando su padre ya era de edad madura. En esa época hacía mucho que papá podría haberse retirado y cobrado su pensión, pero no habría sabido qué hacer fuera del servicio, así que permaneció en el ejército hasta que lo echaron a finales de los ochenta. Cuando llegó a Berkeley, Hiro ya había vivido en Wrightstown (Nueva Jersey), Tacoma (Washington), Fayetteville (Carolina del Norte), Hinesville (Georgia), Killeen (Texas), Grafenwehr (Alemania), Seúl (Corea), Ogden (Kansas) y Watertown (Nueva York). Todos esos lugares eran, en el fondo, iguales, con los mismos guetos de franquicias, los mismos garitos e incluso la misma gente. No paraba de encontrarse con compañeros de colegio que había conocido años antes, otros hijos de militares que coincidían en las

mismas bases al mismo tiempo. Sus pieles no eran del mismo color, pero todos pertenecían al mismo grupo étnico: militar. Los niños negros no hablaban como niños negros, los asiáticos no se partían el culo por sobresalir en el colegio. Los niños blancos, en su mayoría, no tenían ningún problema en juntarse con niños negros o asiáticos. Y las niñas sabían cuál era su lugar. Todos tenían las mismas mamás con los mismos traseros abundantes enfundados en pantalones elásticos y los mismos rizos de permanente y todas ellas eran igualmente dulces y cariñosas y conformistas y, si por casualidad eran inteligentes, hacían todo lo posible por disimularlo.

Así que la primera vez que Hiro vio a Juanita, o cualquier otra chica como ella, sus puntos de vista sufrieron un vuelco radical. Tenía un cabello largo, negro y lustroso que jamás había sido sometido a ningún proceso químico aparte de lavarlo regularmente con champú. No se pintaba los párpados de azul. Vestía ropa oscura, comedida y de buen corte. Y no se dejaba impresionar por nadie, ni siquiera por los profesores, cosa que a él en aquella época le pareció a la vez amenazadora y una demostración de mal genio.

Cuando volvió a verla tras una pausa de varios años —periodo que pasó principalmente en Japón, trabajando entre auténticos adultos de una clase social superior a la que él estaba acostumbrado, personas de carácter que vestían ropas auténticas y hacían cosas auténticas con sus vidas—, se sorprendió al comprender que Juanita era una belleza elegante y con estilo. Al principio pensó que ella había sufrido una transformación radical desde la época de su primer año en la universidad.

Pero entonces fue a visitar a su padre a una de esas ciudades del ejército y se tropezó con la reina del baile de graduación del instituto. En poco tiempo se había convertido en una dama con exceso de peso, de cabello chillón y ropas chillonas, que leía los periódicos sensacionalistas en la cola de la caja del economato porque no le llegaba el dinero para comprarlos, que mascaba chicle haciendo globos y con dos hijos a quienes jamás podría meter en cintura por falta de energía y de previsión.

Viendo a esa mujer en el economato, sufrió finalmente una tardía y confusa epifanía, no una luz brillante que descendía del cielo para iluminarlo, sino más bien como la tenue luz dorada de una lámpara colgada en una escalera plegable: en realidad Juanita no había cambiado

mucho desde aquellos días, simplemente había crecido. Era él quien había cambiado, y radicalmente.

Una vez fue a verla a su despacho, por asuntos estrictamente comerciales. Hasta ese momento se habían visto muy a menudo en la oficina pero actuaban como si no se conociesen de antes. Pero aquel día, cuando él entró en el despacho, ella le dijo que cerrase la puerta, luego apagó el monitor de su ordenador y comenzó a juguetear con un lápiz y a contemplarlo como a una bandeja de sushi del día anterior. En la pared, tras ella, había un cuadro, obra de un aficionado, de una anciana dama en un marco antiguo y ornamentado. Era la única decoración del despacho de Juanita. Los otros hackers tenían fotografías a color del despegue de una lanzadera espacial, o pósters de la nave espacial Enterprise.

—Es mi ditunta abuela, Dios tenga piedad de su alma —explicó, al verlo mirar el cuadro—. Un ejemplo para mí.

—¿Por qué? ¿Era programadora?

Ella simplemente lo contempló por encima del lápiz como preguntándose: ¿puede ser tan corto un mamífero y aun así tener un sistema respiratorio funcional?

—No —dijo Juanita en vez de estallar; una respuesta simple. Luego probó con una más complicada.

—Cuando tenía quince años, una vez no me vino la regla. Usaba un diafragma, pero mi novio y yo sabíamos que a veces fallaban. Yo era buena con las mates y tenía memorizada la tasa de fallos, grabada en mi subconsciente; o quizá en mi consciente, siempre los confundo. En cualquier caso, estaba aterrorizada. Nuestro perro empezó a tratarme de forma distinta; según se dice, pueden detectar el olor de una mujer embarazada. O de una perra embarazada, claro.

Llegados a este punto, el rostro de Hiro se había congelado en una pose alerta y sorprendida que más adelante Juanita usó en su trabajo de forma extensa. Porque, mientras hablaba con él, miraba su rostro, analizando la manera en que los pequeños músculos de su frente tiraban de las cejas y cambiaban la forma de sus ojos.

—Mi madre no tenía ni idea, y mi novio aún menos; de hecho, lo dejé al instante, porque me hizo comprender cuan alienígena era, como muchos otros miembros de tu especie. —Con esto se refería a los varones—. Sea como sea, el caso es que llegó mi abuela de visita —continuó, girando la cabeza para echarle un vistazo al cuadro—. Traté

de esquivarla, hasta que nos sentamos todos juntos para comer. Y se dio cuenta de la situación en menos de diez minutos, sólo viendo mi expresión a través de la mesa del comedor. Yo no dije más de diez palabras: «Pásame las tortillas», y cosas así. No sé cómo pudo transmitir esa información mi cara, o qué tipo de circuitos internos de la mente de mi abuela le permitieron llevar a cabo esa hazaña increíble: condensar en hechos el vapor de los matices.

«Condensar en hechos el vapor de los matices.» Hiro no ha olvidado el sonido de su voz pronunciando esas palabras, el sentimiento que lo sobrecogió al comprender, por vez primera, lo inteligente que era Juanita.

—Ni siquiera llegué a apreciar todo eso —continuó Juanita— hasta unos diez años después, mientras cursaba estudios de posgrado e intentaba diseñar una interfaz de usuario capaz de transmitir un montón de información a gran velocidad, para ganar una de esas becas de los asesinos de niños. —Ese era el término que ella usaba para referirse a cualquier cosa relacionada con el Departamento de Defensa—. Estaba desarrollando todo tipo de técnicas complejas, como implantar electrodos en el cerebro, cuando me acordé de mi abuela y pensé. Dios mío, la mente humana puede absorber y procesar una cantidad increíble de información, si llega en el formato preciso. La interfaz correcta. Si le pones el rostro adecuado. ¿Quieres un poco de café?

Entonces él tuvo una idea preocupante: ¿Cómo se había portado en la universidad? ¿Habría sido muy imbécil? ¿Le habría causado muy mala impresión a Juanita?

Otros jóvenes se habrían preocupado en silencio, pero Hiro nunca había sido de los que pierden el tiempo pensando demasiado acerca de las cosas difíciles, así que la invitó a cenar y, tras unas cuantas copas (ella bebió agua mineral) dejó caer la pregunta: ¿Crees que soy imbécil?

Ella se rió. Él sonrió, creyendo que había encontrado una forma nueva y cautivadora de ligar.

Hasta un par de años después no comprendió que esa pregunta era, en realidad, la piedra angular de su relación. ¿Creía Juanita que Hiro era un imbécil? Él siempre tuvo razones para pensar que la respuesta era sí, pero nueve de cada diez veces ella insistía en que no. Eso fue el origen de grandes peleas y sexo estupendo, rupturas dramáticas y apasionadas reconciliaciones, pero al final tanta excitación acabó siendo excesiva para ambos, que estaban exhaustos por el trabajo, y termi-

naron por alejarse el uno del otro. Él estaba emocionalmente agotado de preguntarse qué pensaba ella realmente de él, y confundido por el hecho de que su opinión le importase tan profundamente. Y Juanita, quizá, empezaba a pensar que si Hiro estaba tan convencido en su fuero interno de no ser digno de ella, a lo mejor es que sabía algo que ella ignoraba.

Hiro lo habría achacado todo a diferencias de clase, de no ser porque los padres de ella vivían en Mexicali en una casa con suelo de tierra, y el padre de él ganaba más dinero que muchos profesores de universidad. Pero aun así la idea seguía dominando sus pensamientos, porque la clase es algo más que los ingresos: se trata más bien de saber qué lugar ocupas en la telaraña de las relaciones sociales. Juanita y su gente sabían su lugar con una certeza que bordeaba en la locura. Hiro jamás lo supo. Su padre era sargento mayor, su madre una mujer coreana cuyos antepasados habían sido esclavos en las minas japonesas, e Hiro no sabía si era negro o asiático o simplemente del ejército, si era rico o pobre, culto o ignorante, dotado o afortunado. Ni siquiera había una parte del país a la que pudiese llamar hogar hasta que se mudó a California, lo cual es poco más o menos tan específico como decir que vives en el Hemisferio Norte. En definitiva, probablemente fue su desorientación general lo que los distanció.

Tras la ruptura, Hiro salió con una larga serie de chicas cuyo rasgo distintivo era ser monas y que (a diferencia de Juanita) se sentían impresionadas por el hecho de que él trabajase para una firma de alta tecnología de Silicon Valley. En los últimos tiempos ha tenido que dedicarse a mujeres aún más fáciles de impresionar.

Juanita practicó el celibato un tiempo, después empezó a salir con David y finalmente se casó con él. David no tenía dudas sobre cuál era su lugar en el mundo. Sus antepasados eran rusos judíos de Brookiyn y habían residido en la misma casa de piedra arenisca setenta años, tras llegar procedentes de un pueblo de Letonia donde habían vivido quinientos; con la Tora en el regazo, David podía trazar su linaje hasta Adán y Eva. Era hijo único, siempre había sido el primero en todas las asignaturas, y cuando consiguió la licenciatura en informática por Stanford, fundó su propia empresa con más o menos el mismo alboroto que exhibía el padre de Hiro al alquilar un nuevo apartado de correos cuando se mudaban. Luego se hizo rico, y ahora dirige el Sol Negro. David siempre lo ha tenido todo claro.

Incluso cuando está totalmente equivocado, razón por la cual Hiro abandonó su trabajo en Sistemas Sol Negro, pese a la promesa de riquezas futuras, y también por la cual Juanita y David se divorciaron dos años después de casarse.

Hiro no asistió a la boda de Juanita y David; languidecía en el calabozo, donde lo habían arrojado unas pocas horas antes del ensayo. Lo habían encontrado en el parque Golden Gate, enfermo de amor, vestido únicamente con un cinturón, dando largos tragos de una botella gigante de Courvoisier y practicando ataques de Rendo con una auténtica espada samurai, flotando sobre la hierba con sus muslos poderosos para partir en dos los frisbis y las pelotas de béisbol de los excursionistas. Cazar al vuelo con el filo de tu espada una pelota lanzada a gran distancia y partirla limpiamente por la mitad como un pomelo no es una hazaña insignificante; el único problema es que los propietarios de la pelota de béisbol pueden mal interpretar tus intenciones y llamar a la policía.

Consiguió librarse del asunto simplemente pagando las pelotas de béisbol y los frisbis pero, desde ese episodio, no se ha molestado en preguntarle a Juanita si piensa o no que es imbécil. Ahora, incluso Hiro sabe la respuesta.

Desde entonces han seguido caminos muy distintos. En los primeros días del proyecto Sol Negro, la única forma de pagar a los hackers fue ir dándoles participación en las acciones. Hiro las fue vendiendo casi tan deprisa como las conseguía. Juanita no. Ahora ella es rica, y él no. Sería fácil extraer la conclusión de que Hiro es un inversor estúpido y Juanita inteligente, pero los hechos son un poco más complicados: Juanita puso todos los huevos en la misma cesta, manteniendo todo su dinero en acciones del Sol Negro; tal y como salieron las cosas, ganó un montón de pasta, pero también podría haberse arruinado. Y en ciertos aspectos, Hiro no tuvo muchas opciones. Cuando su padre enfermó, el Ejército y el Fondo de Veteranos se hicieron cargo de la mayoría de facturas, pero aun así tuvieron muchísimos gastos, y la madre de Hiro, que a duras penas hablaba inglés, no podía ganar ni manejar dinero por sí misma. Cuando el padre de Hiro murió, éste vendió todas sus acciones del Sol Negro para poner a mamá en una hermosa residencia en Corea. A ella le encanta estar ahí. Juega al golf todos los días. Podría haber mantenido su dinero en el Sol Negro y habría ganado unos diez millones de dólares un año después, cuando las acciones se empezaron

a cotizar en bolsa, pero su madre habría sido una vagabunda callejera. Así que cuando su madre lo visita en el Metaverso, morena y feliz en su traje de golf, Hiro lo considera su propia fortuna personal. No sirve para pagar el alquiler, pero da igual: cuando vives en un agujero infecto, siempre te queda el Metaverso, y en el Metaverso, Hiro Protagonist es un príncipe guerrero.

8 El interior de Sol Negro.

Le pica la lengua y se da cuenta de que, en la Realidad, ha olvidado tragar la cerveza.

Es irónico que Juanita se haya presentado en este lugar con un avatar en blanco y negro de baja tecnología. Fue ella quien encontró un modo de hacer que los avatares muestren algo que recuerda a auténticas emociones. Es un hecho que Hiro no puede olvidar, porque ella hizo la mayor parte de ese trabajo mientras estaban juntos, y siempre que un avatar muestra sorpresa o cólera o pasión en el Metaverso, él ve un eco de sí mismo o de Juanita, el Adán y la Eva del Metaverso. Así resulta difícil olvidarse.

Poco después de que Juanita y David se divorciasen, el Sol Negro despegó realmente. Y una vez terminaron de contar dinero, negociar derechos subsidiarios y empaparse de la adulación de otros miembros de la comunidad hacker, comprendieron finalmente que la clave del éxito del lugar no eran sus algoritmos de evasión de colisiones ni los demonios porteros ni nada de eso. Eran las caras de Juanita.

Pregúntale si no a los hombres de negocios del Cuadrante Japonés. Vienen aquí para hablar sin rodeos con ejecutivos de todo el mundo, y lo consideran tan válido como un encuentro cara a cara. Apenas hacen caso de lo que se está diciendo; después de todo, gran parte se pierde en la traducción. Prestan atención a las expresiones faciales y lenguaje corporal de la gente con quien hablan. Y así es como saben lo que pasa por la cabeza de alguien: condensando en hechos el vapor de los matices.

Juanita se negó a analizar ese proceso, insistió en que era inefable, algo imposible de explicar con palabras. Siendo una

católica radical de las que rezan el rosario, no le resultaba difícil aceptar algo así, pero a los gurús no les gustó; dijeron que eso era misticismo irracional. De modo que ella se fue y comenzó a trabajar para una empresa japonesa. Los nipones no tienen ningún problema con el misticismo irracional siempre que les dé dinero.

Pero Juanita ya no viene nunca al Sol Negro. En parte, porque está enfadada con David y los demás hackers que nunca llegaron a apreciar realmente su trabajo; pero además porque ha decidido que todo es falso, que, por bueno que sea, el Metaverso distorsiona la forma en que la gente se comunica, y ella no quiere tales distorsiones en sus relaciones.

David ve a Hiro y le indica con la mirada que no es buen momento. Normalmente, un gesto tan sutil se perdería entre el ruido del sistema, pero David tiene un ordenador personal muy bueno, y Juanita lo ayudó con el diseño de su avatar, así que el mensaje llega alto y claro como un disparo al techo.

Hiro se da la vuelta y deambula alrededor del gran bar circular en una órbita lenta. Gran parte de los sesenta y cuatro taburetes del bar están ocupados por gente menor de la industria cinematográfica, en pares o tríos, dedicándose a lo que mejor saben hacer: chismorreo e intriga.

—Así que me reuní con el director para hablar del guión. Menuda casa en la playa...

—¿Increíble?

—No me tires de la lengua.

—He oído hablar de ella. Debi estuvo allí en una fiesta cuando Frank y Mitzi eran los propietarios.

—En cualquier caso, hay una escena al principio, en la que el protagonista se despierta en un contenedor de basura. La idea es mostrar, ya sabes, cuan desesperado está...

—Esa energía salvaje...

—Exacto.

—Fabuloso.

—A mí me gusta. Bueno, pues él pretende sustituirla por una escena en la que el tipo está en el desierto con un bazoka, haciendo volar coches viejos en un depósito abandonado.

—¿Bromeas?

—Así que estábamos los dos en el puñetero patio, sobre la playa, y él estaba todo el rato ¡bum¡ ¡bum!, imitando el puto bazoka. La idea lo fascina. Está obsesionado con poner un bazoka en una película. Creo que logré sacarle la idea de la cabeza.

—Bonita escena, pero tienes razón. Un bazoka no tiene el mismo impacto que un contenedor de basura.

Hiro se detiene el tiempo suficiente para escuchar esa conversación; luego sigue caminando. Murmura de nuevo «Pizarrón», llama al mapa mágico, determina su propia posición y a continuación busca el nombre de ese guionista que hablaba. Más tarde podrá consultar las publicaciones del sector para averiguar en qué guión está trabajando el tipo, y a partir de ahí el nombre de ese misterioso director con una fijación por los bazokas. Como la conversación le ha llegado a través de su ordenador, tiene una grabación de audio de todo el asunto. Posteriormente podrá procesarla para distinguir las voces y luego cargarla en la Biblioteca, indexada bajo el nombre del director. Un centenar de guionistas principiantes descargarán esta conversación, la escucharán una y otra vez hasta sabérsela de memoria, pagando a Hiro por el privilegio, y en pocas semanas, guiones llenos de bazokas comenzarán a inundar el despacho del director. ¡Bum!

El Cuadrante de las Estrellas del Rock es casi demasiado brillante para mirarlo. Los avatares de los rockeros llevan peinados que en persona no podrían lucir ni en sueños. Hiro echa un vistazo rápido para ver si hay algún amigo, pero casi todo son parásitos y viejas glorias. La gente que Hiro conoce son en su mayoría principiantes o aspirantes.

Mirar el Cuadrante de las Estrellas del Cine es mucho más fácil. A los actores les encanta venir aquí porque en el Sol Negro tienen siempre el mismo buen aspecto que en sus películas. Y a diferencia de un bar o un club de la Realidad, pueden dejarse caer por aquí sin tener que abandonar físicamente

sus mansiones, suites de hotel, albergues de esquí, cabinas privadas de avión, o lo que sea. Pueden pavonearse y visitar a sus amigos sin exponerse a secuestradores, paparazzi, guionistas en ciernes, asesinos, ex esposas, cazadores de autógrafos, buscapleitos, psicópatas, propuestas de matrimonio o columnistas de cotilleos.

Se aleja de los taburetes del bar y reanuda su lento recorrido, mientras espía el Cuadrante Japonés. Como suele ser habitual, hay muchos tipos trajeados. Algunos hablan con los gringos de la Industria. Y una gran sección del cuadrante, en la esquina, está oculta tras una partición temporal.

De nuevo llama a Pizarrón. Hiro calcula qué mesas están detrás de la partición y comienza a leer nombres. El único que reconoce de inmediato es norteamericano: E. Bob Rife, el magnate monopolista de la televisión. Un pez gordo de la Industria, aunque raramente se deja ver. Al parecer tiene una reunión con toda una marabunta de jefazos japoneses. Hiro memoriza sus nombres en el ordenador para poder buscarlos después en la base de datos de la CCI y averiguar quiénes son. Parece una reunión grande e importante.

—¡Agente secreto Hiro! ¿Qué tal te va? Hiro se gira. Juanita está detrás de él; pese al avatar en blanco y negro, tiene buen aspecto.

—¿Qué tal estás? —le pregunta.

—Bien. ¿Y tú?

—Genial. Espero que no te importe hablar conmigo a través de este fax barato de la vida real.

—Juanita, preferiría mirar un fax tuyo que a la mayoría de mujeres en carne y hueso.

—Gracias, taimado adulador. ¡Hacía tanto tiempo que no hablábamos! —observa, como si hubiese algo de particular en ello. Algo se está cociendo.

—Espero que tú no tontees con el Snow Crash —dice ella—. David no quiere ni escucharme.

—¿Y qué pasa? ¿Te parezco un ejemplo de autocontrol? Soy justo de la clase de tipos que tontearía con eso.

—Te conozco bien, y eres impulsivo, pero muy astuto. Tienes reflejos de espadachín.

—¿Y eso qué tiene que ver con el consumo de drogas?

—Que ves llegar las cosas y las esquivas. Es un instinto, no algo aprendido. Tan pronto te diste la vuelta y me viste, adoptaste una expresión que decía: ¿qué está pasando? ¿En qué está metida Juanita?

—No sabía que usases el Metaverso para relacionarte con la gente.

—Lo hago si el asunto es urgente —explica ella—. Y contigo siempre querré hacerlo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Ya sabes. Por nosotros. ¿Te acuerdas? Gracias a la relación que tuvimos mientras yo diseñaba esto, tú y yo somos las dos únicas personas que pueden llegar a mantener una conversación sincera en el Metaverso.

—Eres la misma chalada mística de siempre —dice él, sonriendo para quitarle hierro al comentario.

—No puedes ni imaginarte lo chalada y mística que soy ahora, Hiro.

—¿Cuan mística y chalada?

Ella lo observa con cautela, exactamente como hizo cuando él entró en su despacho años atrás.

Hiro empieza a preguntarse por qué ella siempre está tan alerta en su presencia. En la universidad solía pensar que Juanita temía su intelecto, pero hace años que ha comprendido que éso es lo último que la preocuparía. En Sistemas Sol Negro, dedujo que era típica precaución femenina: Juanita temía que él intentase llevársela al huerto. Pero eso está ahora fuera de toda cuestión.

En esta tardía fecha de su carrera romántica, Hiro es lo bastante sagaz para proponer una nueva teoría: tiene cuidado porque él le gusta. Le gusta a pesar de sí misma. Es exactamente el tipo de elección romántica tentadora, pero a la larga profundamente equivocada, que una chica lista como Juanita tiene que aprender a evitar.

Sí, definitivamente se trata de eso. Alguna ventaja debía de tener hacerse viejo.

—Tengo un socio al que me gustaría que conocieses —dice ella para responder a su pregunta—. Un caballero y erudito llamado Lagos. Hablar con él resulta fascinante.

—¿Es tu novio?

Juanita no responde de inmediato, sino que lo medita un poco.

—Al contrario de lo que pueda parecer por mi conducta en el Sol Negro —dice por fin—, no me tiro a todos los tíos con los que trabajo. Y si lo hiciese. Lagos quedaría totalmente descartado.

—¿No es tu tipo?

—Ni de lejos.

—¿Y cuál es tu tipo?

—Los rubios ricos, viejos y sin imaginación, con trabajos estables. Casi se lo traga; luego lo pilla.

—Bueno, podría teñirme el cabello. Y acabaré por envejecer. Ella ríe, como liberando la tensión.

—Créeme, Hiro, ahora mismo soy la última persona con quien querrías mantener una relación.

—¿Tiene algo que ver con tu iglesia? —pregunta él. Juanita ha estado gastando el dinero que le sobra en crear su propia rama escindida de la iglesia católica. Se considera una misionera entre los ateos inteligentes del mundo.

—No seas condescendiente —replica ella—. Ésa es exactamente la actitud contra la que lucho. La religión no es para los bobalicones.

—Lo siento. ¿Sabes? Esto no es justo. Tú puedes leerme las expresiones de la cara, y yo te miro a través de un puñetero remolino.

—Desde luego, tiene algo que ver con la religión —explica ella—. Pero es tan complejo y tus conocimientos del tema tan escasos, que no sé por dónde empezar.

—Oye, que en el instituto yo iba a misa todas las semanas. Hasta cantaba en el coro.

—Lo sé, y ése es precisamente el problema. El noventa y nueve por ciento de lo que se hace en la mayoría de iglesias cristianas no tiene nada que ver con la religión. La gente inteligente acaba por darse cuenta tarde o temprano, y de ahí

deducen que el cien por cien son gilipolleces; por eso la gente asocia el ser inteligente con ser ateo.

—¿Así que lo que aprendí en la iglesia no tiene nada que ver con eso a lo que te refieres?

Juanita lo observa durante un rato, pensativa. Luego se saca del bolsillo una hipertarjeta.

—Toma.

Cuando Hiro la coge, la hipertarjeta deja de ser una parpadeante ficción bidimensional para convertirse en una tarjeta realista y de buen gusto, en color crema. Impresas en ella en letras negras brillantes hay dos palabras:

BABEL
(Infocalipsis)

9 Sesión en Sol Negro

Durante un instante, el mundo se congela y pierde intensidad. La suave animación del Sol Negro comienza a moverse a saltos. Es evidente que el ordenador de Hiro acaba de recibir un buen golpe, sus circuitos están ocupados procesando una inmensa base de datos: el contenido de la hipertarjeta, y no tiene tiempo de redibujar la imagen del Sol Negro en su completa y sobrecogedora fidelidad.

—¡Joder! —exclama, cuando el Sol Negro vuelve a funcionar a plena animación—.¿Qué coño hay en esa tarjeta? ¡Debes de tener la mitad de la Biblioteca!

—Y un bibliotecario, además —dice Juanita—, para que te ayude a explorarla. Y montones de grabaciones de vídeo de L. Bob Rife; la mayoría de la información es eso.

—Bueno, intentaré echarle un vistazo —dice él, dubitativo.

—Hazlo. A diferencia de David, tú eres lo bastante listo para beneficiarte de ello. Y mientras tanto, mantente alejado de Cuervo. Y del Snow Crash. ¿De acuerdo?

—¿Quién es Cuervo? —pregunta él, pero Juanita ya va de camino a la salida. Los hermosos avatares se vuelven a mirarla cuando pasa junto a ellos; las estrellas del cine le

lanzan miradas de muérete y los hackers fruncen los labios y la contemplan con reverencia.

Hiro prosigue su órbita, que lo lleva de nuevo al Cuadrante Hacker. David está distribuyendo hipertarjetas sobre la mesa: información financiera del Sol Negro, clips de vídeo y audio, fragmentos de software, números de teléfono garabateados a toda prisa.

—Cada vez que cruzas la puerta hay una pequeña alteración en el sistema operativo que me provoca una sacudida en las tripas —dice David—. Siempre tengo la premonición de que el Sol Negro se va a colgar.

—Debe de ser Pizarrón —explica Hiro—. Tiene una rutina que tarda unos instantes en parchear las interrupciones en memoria baja.

—Ah, seguro que es eso. Por favor, deshazte de él —pide David.

—¿De qué? ¿De Pizarrón?

—Sí. En su época era totalmente innovador, pero ahora es como intentar poner en marcha un reactor de fusión con un hacha.

—Gracias.

—Te daré los accesos que necesites para que puedas actualizarlo a algo un poco menos peligroso —dice David—. No estoy negando tus habilidades, sino diciendo que tienes que mantenerte al día.

—Es muy jodido —se queja Hiro—. Ya no hay sitio para los hackers independientes. Se necesita el respaldo de una corporación.

—Lo sé. Y también sé que no soportas trabajar para una gran corporación. Por eso te digo que te daré lo que necesites. Para mí sigues siendo parte del Sol Negro, Hiro, aunque nos hayamos distanciado.

Típico de David. Otra vez habla con el corazón, pasando por alto su cabeza. Si David no fuese un hacker, Hiro abandonaría toda esperanza de conseguir que tuviese los sesos para hacer nada.

—Cambiando de tema... —dice Hiro—. ¿He alucinado, o Juanita y tú os volvéis a dirigir la palabra?

David le lanza una sonrisa indulgente. Desde la Conversación, unos años atrás, él siempre ha sido muy amable con Hiro. Fue un intercambio de pareceres entre un par de viejos camaradas de armas. Comenzó como una charla amistosa, comiendo ostras y bebiendo cerveza; hasta pasados tres cuartos de la Conversación Hiro no comprendió que lo estaban despidiendo con efecto inmediato. Desde la Conversación, David le ha ido pasando a Hiro útiles briznas de información y chismorreo de vez en cuando.

—¿A la caza de algo interesante? —pregunta David con intención. Como muchos gurús informáticos, David es profundamente ingenuo, pero en momentos así cree ser la reencarnación de Maquiavelo.

—He de decirte algo, tío —suelta Hiro—. Muchas de las cosas que me pasas no llego a ponerlas en la Biblioteca.

—¿Por qué no? Joder, te doy mis mejores cotilleos. Creí que estabas ganando dinero con ello.

—No lo soporto: trocear mis conversaciones privadas y prostituirlas —explica Hiro—. ¿Por qué te crees que estoy arruinado?

Hay otra cosa que no menciona, y es que él siempre se ha considerado el igual de David, y no soporta la idea de alimentarse de sus migajas y sobras, como un perro acurrucado bajo la mesa.

—Me alegra ver que Juanita ha venido, aunque sea en blanco y negro —dice David—. Que ella no quiera usar el Sol Negro es como si Alexan-der Graham Bell se negase a llamar por teléfono.

—¿A qué ha venido esta noche?

—Está preocupada por algo —dice David—. Quería saber si yo había visto a cierta gente en la Calle.

—¿Alguien en concreto?

—Le preocupa un tipo muy grande de pelo negro y largo —explica David—, que vende algo llamado, no te lo pierdas, Snow Crash.

—¿Ha probado en la Biblioteca?

—Sí, imagino que sí.

—¿Has visto a ese tío?

—Sí, y tanto. No es difícil de encontrar —aclara David—. Está ahí mismo, en la entrada. Me ha dado esto.

David rebusca sobre la mesa, coge una hipertarjeta y se la muestra a Hiro.

SNOW CRASH

Parta esta tarjeta en dos para liberar una muestra gratuita

—David —se sorprende Hiro—, no puedo creer que hayas aceptado una hipertarjeta de un desconocido en blanco y negro.

—Ya no es como antes, amigo mío —ríe David—. Tengo tantos antivirus en mi sistema que es imposible que se cuele nada. Con tanto hacker por aquí me pasan tal cantidad de mierda contaminada que es como trabajar en un pabellón de enfermos contagiosos. Por eso no me asusta lo que pueda haber en esa hipertarjeta.

—Bueno, en ese caso confesaré que siento curiosidad —acepta Hiro.

—Sí, yo también —ríe David.

—Seguro que resulta decepcionante.

—Probablemente sea un animanuncio —concuerda David—. ¿Crees que debería abrirlo?

—Sí, adelante. No todos los días puede uno probar una droga nueva —anima Hiro.

—Bueno, en realidad sí puedes probar una nueva todos los días, si quieres —dice David—, pero no todos los días encuentras una que no pueda hacerte daño. —Coge la hipertarjeta y la parte por la mitad. Durante un instante, no pasa nada—. Estoy esperando —se impacienta David.

Un avatar se materializa en la mesa frente a David, fantasmal y transparente al principio, tornándose gradualmente sólido y tridimensional. Es un efecto realmente sobado; Hiro y David no pueden evitar reírse.

El avatar es una Brandy totalmente desnuda. Ni siquiera parece una Brandy estándar, sino una de esas copias baratas taiwanesas. Está claro que no es más que un demonio. En las manos sostiene un par de tubos del tamaño de rollos de toallas de papel.

David se reclina en la silla, disfrutando. La escena tiene un divertido aire de chabacanería.

La Brandy se inclina hacia adelante, haciéndole gestos a David de que se acerque. David se inclina sobre el rostro de ella, con una amplia sonrisa. Ella acerca sus burdos labios de color rubí al oído de él y le murmura algo que Hiro no logra oír.

Cuando ella se retira, el rostro de David ha cambiado. Tiene una expresión aturdida y vacía. Quizá David tenga ese aspecto realmente; o quizá el Snow Crash ha afectado a su avatar de forma que éste ya no imita las auténticas expresiones faciales de David. El caso es que mira al frente con la vista fija.

La Brandy sostiene los tubos delante del rostro inmovilizado de David y los separa. Se trata de un pergamino. Lo desenrolla ante David, como una pantalla plana bidimensional frente a sus ojos. La cara de David adquiere un tinte azulado al reflejar la luz que proyecta el pergamino.

Hiro rodea la mesa para acercarse a mirar. Apenas logra un rápido atisbo del pergamino antes de que la Brandy lo cierre bruscamente. Es un muro de luz, como un televisor flexible y plano, y no muestra nada, sólo estática. Ruido blanco. Nieve.

Y de repente la Brandy desaparece, sin dejar ni rastro. Un aplauso deslavazado y sarcástico brota de unas pocas mesas del Cuadrante Hacker.

David ha vuelto a la normalidad, con una sonrisa en parte despectiva y en parte avergonzada.

—¿Qué era? —pregunta Hiro—. Sólo he visto algo de nieve al final.

—Eso es todo lo que había que ver —explica David—. Un patrón fijo de pixels en blanco y negro, con bastante resolución. Unos pocos centenares de miles de unos y ceros para que yo los mirase.

—En otras palabras, que alguien acaba de exponer tu nervio óptico a, digamos, cien mil bytes de información —resume Hiro.

—Más bien ruido.

—Bueno, cualquier información parece ruido hasta que descifras su código —replica Hiro.

—¿Y para qué iba alguien a mostrarme información en binario? No soy un ordenador. No puedo leer un bitmap.

—Tranquilo, David, lo digo en broma —dice Hiro.

—¿Sabes qué era? ¿Sabes esos hackers que siempre están intentando enseñarme su trabajo?

—Claro.

—Pues a alguno de ellos se le ha ocurrido este truco para hacerme ver su obra. Y todo ha ido bien hasta que la Brandy ha abierto el pergamino; pero el código tenía errores y se ha colgado en el momento más inoportuno, así que en vez de ver su trabajo, lo único que he visto es nieve.

—Entonces, ¿por qué lo llamó Snow Crash?

—Humor negro. Sabía que se podía colgar.

—¿Qué te susurró la Brandy al oído?

—Algo en un idioma que no reconocí —explica David—. Sonaba como balbuceos. «Balbuceo. Babel.»

—Parecías aturdido.

—No lo estaba—se defiende David con aire resentido—. Es sólo que la experiencia me resultó tan rara que supongo que durante un momento me pilló por sorpresa.

Hiro lo está mirando con absoluta cara de duda. David lo nota y se levanta.

—¿Quieres ver lo que están haciendo tus competidores en Japón?

—¿Qué competidores?

—Antes diseñabas avatares para estrellas del mundo de la música, ¿no es cierto?

—Y aún lo hago.

—Bueno, pues Sushi K está aquí esta noche.

—Ah, sí. El tipo del peinado grande como una galaxia.

—Los rayos se ven desde aquí —dice David, señalando con un gesto el siguiente cuadrante—, pero quiero ver su atuendo al completo.

Parece que el sol se esté alzando en algún punto del Cuadrante de las Estrellas del Rock. Sobre las cabezas del remolino de avatares Hiro distingue un abanico de rayos anaranjados i-

rradiados desde algún lugar en medio de la multitud. No para de moverse, girar, sacudirse de lado a lado, y todo el universo parece moverse con él. En la Calle, las regulaciones de altura y anchura limitan el resplandor del peinado Sol Naciente de Sushi K, pero en el Sol Negro, David permite que la gente se exprese libremente, así que los rayos de color naranja se extienden hasta los límites de la parcela.

—Me pregunto si alguien le habrá dicho ya que los norteamericanos no van a comprarle rap a un japonés —comenta Hiro mientras se desplazan en esa dirección.

—Quizá deberías decírselo tú —sugiere David— y cobrarle por el servicio. Ahora mismo está en L.A., ¿sabes?

—Probablemente en un hotel repleto de aduladores que le venden el cuento de que va a ser un gran éxito. Creo que debería exponerse a un poco de auténtica biomasa.

Se inyectan en el flujo de tráfico, recorriendo un estrecho pasillo sinuoso que se ha abierto en la multitud.

—¿Biomasa? —pregunta David.

—Un montón de materia viva. Es un término ecológico. Si tomas una hectárea de selva o un kilómetro cúbico de océano o un bloque de pisos de Compton y le sacas todo lo que no esté vivo, la tierra y el agua, lo que queda es la biomasa.

—No entiendo —dice David, tan cabeza cuadrada como siempre. Su voz suena rara; en su audio se está colando un montón de ruido blanco.

—Es un término de la Industria —explica Hiro—. La Industria alimenta la biomasa humana de Norteamérica, como una ballena que cosecha el krill del océano.

Hiro se cuela entre dos hombres de negocios japoneses. Uno lleva un uniforme azul, pero el otro es un neotradicionalista y viste un kimono oscuro. Y, al igual que Hiro, lleva dos espadas: la larga katana en la cadera izquierda y el wakizashi, un arma de una sola mano, sujeto en diagonal sobre el cinturón. Hiro y él intercambian rápidas miradas al armamento del otro. Luego Hiro mira para otra parte y simula no haberse dado cuenta, pero el neotradicionalista se ha quedado absolutamente quieto, excepto las comisuras de la boca,

que se curvan hacia abajo. Hiro ya ha pasado antes por todo esto, y sabe que está a punto de meterse en una pelea.

La gente se aparta; algo grande e inexorable se ha zambullido entre el gentío, apartando avatares a derecha e izquierda. En el Sol Negro sólo hay una cosa que pueda apartar así a la gente a empujones, y es un demonio portero.

Cuando se acercan, Hiro ve que es toda una escuadrilla de ellos: gorilas con esmoquin. Gorilas de verdad. Y parecen dirigirse hacia Hiro.

Trata de apartarse hacia atrás, pero enseguida tropieza con algo. Parece que por fin Pizarrón lo ha metido en un lío; está a punto de salir del bar a las bravas.

—David, tío, diles que se vayan —suplica Hiro—. Dejaré de usarlo.

Toda la gente que lo rodea está mirando más allá de Hiro, sus rostros iluminados por una algarabía de luces de brillantes colores.

Hiro se vuelve para mirar a David; pero David ya no está ahí.

En su lugar hay una temblorosa nube de mal karma digital. Es tan brillante y rápida y sin sentido que sólo mirarla duele. Parpadea de color a blanco y negro y viceversa, y cuando está coloreada, rota salvajemente a través del espectro de colores como proyectada por un foco de discoteca a toda potencia. Y no permanece dentro de su espacio corporal; líneas de pixels del grosor de un cabello salen disparadas hacia un lado, cruzando el Sol Negro y atravesando la pared. Ya no es tanto un cuerpo organizado como una nube centrífuga de líneas y polígonos cuyo centro no se sostiene, proyectando brillantes fragmentos de metralla corporal por toda la sala, interfiriendo con los avatares de otras personas, parpadeando y desapareciendo.

A los gorilas no les importa. Meten sus largos dedos peludos en medio de la nube en desintegración y de algún modo logran agarrarla y arrastrarla hacia la salida. Cuando pasan junto a él, Hiro capta algo que se parece mucho al rostro de David visto a través de una pila de cristales rotos; pero no es más que una visión fugaz. Enseguida el avatar desaparece, pateado diestramente desde la puerta principal, surcando el

cielo sobre la Calle en un largo arco aplanado que lo lleva más allá del horizonte. Hiro mira la mesa de David, vacía, rodeada de hackers estupefactos. Algunos están conmocionados, otros tratan de reprimir sus sonrisas burlonas.

A David Meyer, señor supremo de los hackers, padre fundador del protocolo del Metaverso, creador y propietario del archifamoso Sol Negro, se le acaba de colgar el sistema. Los demonios lo han echado a patadas de su propio bar.

10 T.A. en el Talego

La segunda o la tercera cosa que le enseñaron cuando cursó estudios para ser Korreo fue cómo forzar unas esposas. Por mucho que millones de franquicias del Talego opinen lo contrario, las esposas no están pensadas como dispositivos de retención a largo plazo. Y los patinadores llevan tanto tiempo constituyendo un grupo étnico oprimido que todos ellos han acabado por convertirse en mayor o menor medida en artistas de la fuga.

Pero lo primero es lo primero. Del uniforme de T.A. cuelgan muchas cosas. Tiene un centenar de bolsillos, unos cuadrados y anchos para las entregas, otros delgados y estrechos para el equipo; cosidos a las mangas, a los muslos, a las pantorrillas. El equipo escondido en esa multitud de bolsillos tiende a ser pequeño, engañoso, ligero: lápices, rotuladores, linternas de bolsillo, navajas, ganzúas, lectores de códigos de barras, bengalas, destornilladores. Nudillos Líquidos, porras y luces químicas. En el muslo derecho lleva una calculadora puesta boca abajo, que puede usarse también como taxímetro y cronómetro.

En el otro muslo lleva un teléfono personal. Mientras el director cierra la puerta, escaleras arriba, el teléfono comienza a sonar. T.A. lo descuelga con la mano libre. Es su madre.

—Hola, mami. Bien, ¿y tú? Estoy en casa de Tracy. Sí, hemos estado en el Metaverso, y hemos ido a dar una vuelta por esas galerías que hay en la Calle. Marchosísimo. Sí, he usado un avatar precioso. No, la madre de Tracy ha dicho que me llevará a casa; pero a lo mejor nos paramos un poco en las Atracciones Victory, ¿vale? De acuerdo, mamá, que duermas bien. Sí, lo haré. Yo también te quiero. Hasta luego.

Pulsa el botón de flash, cortando la conversación con mamá y obteniendo una línea nueva en menos de medio segundo.

—Atropello —dice.

El teléfono busca el número de Atropello y lo marca. Se oye un ruido de fondo atronador. Es el rugido del aire al pasar sobre el micrófono del teléfono de Atropello a inmensa velocidad. También se oyen los silbidos de los neumáticos de muchos vehículos sobre el pavimento, rotos por percusión de baches; parece el follón típico de Ventura.

—Hola, T.A. —dice Atropello—. ¿Qué hay?

—¿Qué haces?

—Patinando por Tura. Y tú, ¿qué haces?

—En un Talego.

—¡Guau! ¿Quién te ha pillado?

—Los metapolis. Me han encolado al entrar en un Columnas Blancas.

—¡Guau, qué putada! ¿Cuándo sales?

—Pronto. ¿Puedes pasarte por aquí y echarme una mano?

—¿Qué quieres decir?

Hombres.

—Ya sabes: «echarme una mano». Eres mi novio —explica ella, hablando de la forma más simple y llana posible—. Si me pillan, lo lógico es que tú vengas a ayudarme a escapar. —¿Pero acaso hay alguien que no sepa eso? ¿Es que los padres ya no enseñan nada a sus hijos?

—Eh, esto... ¿Dónde estás?

—En el Buy'nFly número 501.762.

—Voy de camino a Bernie con un superultra. O sea: hacia San Bernardino. O sea: con una entrega de super-ultra-alta-prioridad. O sea: mala suerte.

—Vale, gracias por nada.

—Lo siento.

—Patina con prudencia —corta T.A. con la tradicional despedida sarcástica.

—No dejes de respirar —termina Atropello. El rugido se apaga de inmediato.

Qué idiota. En la próxima cita va a tener que suplicar. Pero, mientras tanto, sólo hay otra persona que le deba una. El único problema es que a lo mejor es idiota. Pero merece la pena probar.

—¿Diga? —contesta él desde su teléfono personal. Respira con fuerza y de fondo se oyen un par de sirenas.

—¿Hiro Protagonist?

—Sí, ¿quién es?

—T.A. ¿Dónde estás?

—En el aparcamiento de un Safeway en Oahu —dice. Y no miente; T.A. oye el ruido de fondo de los carritos de la compra llevando a cabo su chocante copulación anal.

—Ahora mismo estoy bastante ocupado. Tía, pero... ¿en qué puedo ayudarte?

—Es T.A. —aclara—. Y puedes ayudarme a escapar de un Talego. —Le explica los detalles.

—¿Cuánto hace que te han metido ahí?

—Diez minutos.

—Bien, según el manual de las franquicias Talego el gerente tiene que comprobar el estado del detenido media hora después de su ingreso.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunta T.A. acusadoramente.

—Usa la imaginación. Cuando el gerente haya terminado su visita de reconocimiento, espera cinco minutos más y sigue tu plan. Intentaré echarte una mano. ¿Vale?

—De acuerdo.

A la media hora exacta oye abrirse la puerta de atrás. Las luces se encienden. Sus Knight Visión la protegen de unas buenas molestias en los ojos. El gerente baja unos cuantos escalones y la contempla, la contempla durante un rato bastante largo. Es evidente que se siente tentado. Esa breve visión de carne lleva media hora rebotando por el interior de su cerebro. Se está rompiendo los sesos con vastos dilemas cosmológicos. T.A. espera que no se le ocurra intentar nada, porque los efectos de la dentata suelen ser imprevisibles.

—Decídete de una puta vez —le espeta.

Funciona. Este nuevo estallido de choque cultural sacude al tayiko arrancándolo de su encrucijada ética. Le lanza a T.A. una colérica mirada de desaprobación; al fin y al cabo, ella ha sido quien lo ha obligado a sentirse atraído, quien lo ha puesto cachondo, quien ha hecho que le dé vueltas la cabeza: no tenía por qué dejarse arrestar, ¿no es cierto? Así que, además, está encolerizado con ella. Tiene derecho a estarlo. ¿Este es el género que inventó la vacuna contra la polio? Él se vuelve, sube las escaleras, apaga la luz y cierra la puerta. T.A. mira la hora, pone la alarma para que suene al cabo de cinco minutos; es el único habitante de Norteamérica que sabe cómo activar la alarma de

su reloj de pulsera digital. Luego saca un juego de ganzúas de uno de los bolsillos estrechos de la manga y extrae una luz química y la enciende para poder ver. Elige una pieza de acero delgada y plana, la desliza en el interior de las esposas y presiona el muelle del mecanismo. Uno de los aros de las esposas, que hasta entonces era un trinquete de una dirección que sólo podía apretarse más, se suelta de la tubería.

Podría quitarse las esposas de la muñeca, pero ha decidido que le gusta su aspecto. Se cierra el aro suelto sobre la muñeca, junto al otro, formando un brazalete doble. Algo como lo que usaba su madre años antes, durante su época punk.

La puerta de acero está cerrada, pero el reglamento de seguridad del Buy'nFly obliga a que exista una salida de emergencia del sótano para casos de incendio. En este caso se trata de una ventana con gruesos barrotes y una gran alarma de incendios roja y multilingüe sujeta con tornillos. A la verdosa luz química el rojo parece negro. Lee las instrucciones en inglés, las repasa mentalmente una o dos veces y espera a que suene la alarma del reloj. Deja pasar el tiempo leyendo las instrucciones en otros idiomas, tratando de identificarlos. A T.A. todos le suenan a taxilinga.

La ventana está casi demasiado sucia para mirar a través de ella, pero ve pasar una sombra negra. Hiro.

Unos diez segundos después se activa la alarma del reloj de pulsera. Empuja la salida de emergencia. Suena la alarma. Los barrotes son más gruesos de lo que había pensado, pero por suerte no es un incendio de verdad y finalmente consigue abrirlos. Lanza el patín al aparcamiento y sale arrastrándose mientras oye abrirse la puerta de atrás. Cuando el tipo del manual encuentra el interruptor de la luz, ella está ya adentrándose con un brusco giro en el solar delantero... ¡que parece que se haya convertido en un festival tayiko!

¡Se diría que todos los tayikos del sur de California estén aquí, con sus destartalados taxis gigantes llenos de auténticos especímenes en el asiento de atrás, que apestan a incienso y abren tupperwares color neón! Han montado un gigantesco narguile de ocho tubos en el maletero de uno de los taxis y sorben con ruido grandes bocanadas de humo asfixiante.

Todos ellos miran a Hiro Protagonist, que les devuelve la mirada. Los ocupantes del aparcamiento parecen absolutamente sorprendidos.

Debe de haberse aproximado desde atrás, y no se ha dado cuenta de que el aparcamiento delantero estaba lleno de tayikos. Sea cual fuese su plan, no funcionará. Se ha jodido.

El gerente llega corriendo desde la trasera del Buy'nFly, haciendo sonar una espeluznante bocina taxilinga. Su objetivo es atrapar a T.A.

Pero a los tayikos que rodean el narguile no les preocupa T.A. Su objetivo es Hiro. Cuelgan con todo cuidado las boquillas de plata en un soporte que hay en el cuello de la megapipa. Luego se dirigen hacia él, buscando en los pliegues de sus vestimentas o en los bolsillos internos de sus cazadoras.

Un cortante silbido distrae a T.A. Mira de nuevo a Hiro, y se da cuenta de que él ha desenvainado una espada curva de un metro de longitud, sacándola de una vaina que ella no había visto antes. Se ha puesto en cuclillas. La hoja de la espada centellea amenazadora bajo los brillantes focos de seguridad del Buy'nFly.

¡Qué encanto!

Decir que los muchachos del narguile han sido pillados por sorpresa sería subestimarlos. No están asustados sino más bien confundidos. Es evidente que muchos de ellos llevan armas de fuego, así que, ¿por qué los amenaza este tío con una espada?

T.A. recuerda que una de las múltiples profesiones listadas en la tarjeta de Hiro es «Mejor espadachín del mundo». ¿Será verdad que puede cargarse él solo a todo un clan de tayikos armados?

La mano del gerente se cierra sobre su brazo; como si eso fuese a detenerla. T.A. cruza la otra mano sobre el cuerpo y le suelta un buen chorro de Nudillos Líquidos. Él emite un gruñido apagado y distante y su cabeza restalla hacia atrás; le suelta el brazo y se tambalea sin control hasta que se derrumba sobre otro taxi, apretando las palmas de las manos contra los ojos.

Un momento. En ese taxi no hay nadie, pero T.A. ve un llavero de macramé de más de medio metro que cuelga del contacto.

Tira la plancha a través de la ventana del taxi y se lanza de cabeza tras ella; es menuda y abrir la puerta resulta opcional. Se arrastra hasta el asiento del conductor, hundiéndose en un profundo nido de cuentas de madera y ambientadores de aire, enciende el motor y arranca. Marcha atrás. En dirección al aparcamiento posterior. El taxi estaba aparcado con el morro hacia fuera, al estilo taxista, listo para una huida rápida, lo cual sería perfecto si estuviese sola... pero tiene que pensar

también en Hiro. La radio está conectada y suelta alaridos en taxilinga. T.A. sigue marcha atrás hasta la parte trasera del Buy'n'Fly. El aparcamiento trasero está extrañamente silencioso y vacío.

Cambia de marcha y se lanza por donde había venido. Los tayikos no han tenido tiempo de reaccionar todavía; esperaban que llegase por el otro lado. Con un chirrido, T.A. detiene el taxi junto a Hiro, quien ha tenido presencia de ánimo suficiente para volver a enfundar su espada en la vaina. Se lanza por la ventana del copiloto. T.A. deja de prestarle atención; tiene otras cosas en que pensar, por ejemplo si van a recibir una andanada por el costado mientras se dirigen hacia la carretera.

No es así, aunque un coche se ve obligado a apartarse para esquivarla. Lanza el taxi a la autopista; éste responde como sólo un taxi antiguo podría hacerlo.

El único problema es que hay otra media docena de taxis antiguos que los persiguen.

Algo le presiona el muslo izquierdo. Mira hacia abajo. Es un revólver notablemente grande metido en una red que cuelga de la puerta.

Tiene que encontrar un sitio donde refugiarse. Si pudiese encontrar un fransulado de Nova Sicilia, serviría: la Mafia le debe un favor. O uno de Nueva Sudáfrica, que ella odia, pero los neosudafricanos aún odian más a los tayikos.

Tacha eso; Hiro es negro, al menos en parte. No puede llevarlo a Nueva Sudáfrica. Y T.A. es blanca, así que no pueden ir a Metazania.

—El Gran Hong Kong de Mr. Lee —propone Hiro—. Un kilómetro más adelante, a la derecha.

—Buena idea, pero no te dejarán entrar con las espadas. ¿O sí?

—Sí —aclara él—, porque soy ciudadano.

T.A. lo distingue ahora. El cartel destaca porque es inusual. No se ven muchos así. Es un cartel verde y azul, pacífico y sereno en el gueto de deslumbrantes franquicias. Dice:

GRAN HONG KONG DE MR. LEE

Tras ellos se oye un ruido explosivo. La cabeza de T.A. golpea contra el reposacabezas. Otro taxi los ha alcanzado por detrás.

Se lanza al interior del aparcamiento del Mr. Lee a ciento veinte por hora. El sistema de seguridad no tiene tiempo de comprobar su visado, así que activa el DGN y realmente le produce un Daño Grave a los Neumáticos, los radiales se quedan en las púas hechos jirones.

Desprendiendo un reguero de chispas por las cuatro llantas desnudas, T.A. se detiene con un chirrido penetrante en el césped, que hace tanto de devorador de monóxido de carbono como de aparcamiento impermeable.

Hiro y ella se bajan del coche.

Hiro sonríe salvajemente bajo el fuego cruzado de una docena de láseres rojos que lo estudian desde todas las direcciones a la vez. El sistema de seguridad robotizado de Hong Kong lo está comprobando. Y también a ella: cuando mira hacia abajo, ve que los láseres emborronan su pecho.

—Bienvenido al Gran Hong Kong de Mr. Lee, señor Protagonist —dice el sistema de seguridad a través de un altavoz—. Y sea también bienvenida su invitada, la señorita T.A.

Los demás taxis se han detenido en formación junto a la acera. Varios de ellos se han pasado de largo de la franquicia de Hong Kong y han tenido que recular un bloque o más.

Se oye una andanada de puertas que se cierran. Varios de ellos no se molestan, simplemente dejan los motores en marcha y las puertas abiertas de par en par. Tres tayikos remolonean en la acera, mirando las tiras de neumático empaladas en las púas: largas bandas de neopreno de las que brotan hilos de acero y de fibra de vidrio, como peluquines arruinados. Uno de ellos lleva un revólver en la mano, apuntado directamente hacia abajo, a la acera.

Otros cuatro tayikos llegan a la carrera y se unen a ellos. T.A. cuenta dos revólveres más y una escopeta. Si llegan unos cuantos tipos más de ésos podrán formar su propio gobierno.

Pasan con cuidado sobre las púas en dirección al frondoso césped de Hong Kong. Los láseres aparecen de nuevo. Durante un instante, los tayikos adquieren un aspecto rojo y granulado.

De repente sucede algo más. Las luces se encienden. El sistema de seguridad quiere ver con más claridad a esa gente.

Los fransulados de Hong Kong son famosos por su césped: ¿quién ha oído hablar de un césped en el cual se pueda aparcar? Y por sus antenas, que les dan la apariencia de instalaciones de investigación de la NASA. Algunas apuntan hacia el cielo: son enlaces por satélite. Pero otras, minúsculas, apuntan hacia abajo, hacia el césped.

T.A. no lo sabe, pero esas pequeñas antenas son transceptores de radar de onda milimétrica. Como cualquier otro radar, detectan muy bien los

objetos metálicos. Pero a diferencia de los radares de los centros de control de tráfico aéreo, la resolución de éstos les permite detectar detalles muy sutiles. La resolución de un sistema depende de su longitud de onda; puesto que la de estos radares es de alrededor de un milímetro, puede verte el empaste de los dientes, los ojales de las zapatillas Converse, los remaches de los Levis. Puede calcular el valor del dinero suelto que llevas en el bolsillo.

Detectar las armas de fuego no es problema. Esta cosa puede saber incluso si las armas están cargadas, y si es así, con qué tipo de munición. Eso es importante, porque las armas de fuego son ilegales en el Gran Hone Kong de Mr. Lee.

11 Lucha en el Metaverso

No parece educado quedarse por ahí y hacer hincapié de forma chabacana en que el ordenador de David se ha colgado. Muchos hackers jóvenes están haciendo precisamente eso, como demostrándoles a los demás lo entendidos que son. Hiro se encoge de hombros y se vuelve en dirección al Cuadrante de las Estrellas de Rock. Sigue interesado en el peinado de Sushi K.

Pero su camino se ve bloqueado por un japonés: el neotradicionalista. El tipo de las espadas. Está encarado hacia Hiro, aproximadamente a una distancia igual a dos espadas, y no parece que vaya a moverse de ahí.

Hiro actúa con cortesía. Hace una reverencia doblando la cintura y se endereza de nuevo.

El ejecutivo actúa de forma mucho menos cortés. Estudia a Hiro cuidadosamente de los pies a la cabeza, y luego devuelve la reverencia. Más o menos.

—Esas cosas... —dice el ejecutivo—. Muy hermosas.

—Gracias, señor. Por favor, hable en japonés si lo prefiere.

—Es lo que usa su avatar, pero usted no va armado así en la Realidad —dice el ejecutivo, en inglés.

—Lamento resultar desagradable, pero el hecho es que sí, llevo tales armas en la Realidad —responde Hiro.

—¿Exactamente como ésas?

—Exactamente.

—Son armas muy antiguas, señor —informa el ejecutivo.

—Sí, así lo creo.

—¿Y cómo ha entrado usted en posesión de unas reliquias familiares japonesas tan valiosas? —pregunta el ejecutivo.

Hiro sabe cuál es el mensaje subyacente: «¿Para qué las usas, chaval? ¿Para cortar sandía?».

—Ahora son reliquias de mi familia —explica Hiro—. Mi padre las ganó.

—¿Las ganó? ¿Apostando?

—En combate singular. Fue una pugna entre mi padre y un oficial japonés. La historia es bastante complicada.

—Por favor, perdóneme si no he interpretado correctamente la historia de su país — replica el hombre de negocios—, pero tenía la impresión de que a la gente de su raza no se le permitió luchar durante la guerra.

—Su impresión es correcta —dice Hiro—. Mi padre conducía un camión.

—Entonces, ¿cómo llegó a entablar combate personal con un oficial japonés?

—El incidente se produjo a las afueras de un campo de prisioneros —dice Hiro—. Mi padre y otro prisionero trataron de escapar. Fueron perseguidos por varios soldados japoneses y el oficial al que pertenecían estas espadas.

—Su historia es difícil de creer —dice el ejecutivo—, porque su padre no habría sobrevivido a una escapada así el tiempo suficiente para legar las espadas a su hijo. Japón es una nación isleña. No hay sitio al cual hubiese podido huir.

—Todo esto sucedió casi al final de la guerra —explica Hiro—, y el campo estaba en las afueras de Nagasaki.

El hombre de negocios se atraganta, enrojece, casi pierde el control. Su mano izquierda se alza para asir la vaina de la espada. Hiro mira a su alrededor; de repente están en el centro de un círculo de gente de unos nueve metros de diámetro.

—¿Considera usted que la forma en que entró en posesión de esas espadas fue honorable? —pregunta el ejecutivo.

—De no ser así, hace mucho que las habría devuelto —contesta Hiro.

—Entonces no pondrá objeciones a perderlas de la misma forma —reta el ejecutivo.

—Ni usted a perder las suyas —dice Hiro.

El ejecutivo cruza la mano derecha por delante del cuerpo, agarra el mango de la espada justo por debajo de la guarda, la extrae, la gira hacia delante de forma que apunte a Hiro, y luego coloca la mano izquierda en el mango, exactamente debajo de la derecha.

Hiro hace lo mismo.

Ambos doblan las rodillas, quedando en cuclillas, con el torso completamente recto; luego vuelven a estirarse y adoptan la postura correcta: pies paralelos, ambos apuntando hacia el frente, el pie derecho más adelantado que el izquierdo.

Resulta que el ejecutivo tiene un montón de zanshin. Traducir ese concepto es como verter «caraculo» al japonés, pero podría traducirse por lo que en la jerga del fútbol americano llaman «intensidad emocional». Carga directamente contra Hiro, aullando a todo lo que le llegan los pulmones. El movimiento consiste en rapidísimos deslizamientos de los pies, de forma que en ningún momento deja de estar equilibrado. En el último momento, blande la espada sobre su cabeza y la descarga sobre Hiro. Este levanta su espada, retándola lateralmente de forma que el mango quede muy alto, por encima y a la izquierda de su rostro, y la hoja se incline hacia abajo y a la derecha, formando un techo sobre él. El golpe del ejecutivo rebota en este techo como la lluvia, y en seguida Hiro se desplaza de lado para soltarlo y hace descender su arma hacia el hombro desprotegido. Pero el ejecutivo se está moviendo muy deprisa e Hiro no ha medido bien el tiempo. La hoja corta el aire por detrás y a un lado del ejecutivo.

Ambos hombres giran para quedar encarados de nuevo, retroceden y vuelven a adoptar la postura correcta.

Por supuesto, «intensidad emocional» no transmite ni la mitad de la idea. Es el tipo de traducción burda y decepcionante que hace que los cuerpos desmembrados de los guerreros

samurais se revuelvan en sus tumbas. La palabra zanshin está plagada de otros muchos matices que sólo se pueden apreciar si se es japonés.

Hiro opina, con franqueza, que se trata de gilipolleces pseudomísticas, como cuando el viejo entrenador de fútbol americano del instituto exhortaba a sus hombres a jugar al 110 por cien.

El ejecutivo lanza otro ataque, esta vez muy directo: un ágil avance des-lizando los pies y luego un tajo brusco hacia las costillas de Hiro. Este lo para.

Ahora Hiro sabe algo sobre este ejecutivo: que, como la mayoría de espadachines japoneses, lo único que conoce es el kendo.

La relación entre el Kendo y la auténtica lucha de espadas samurai es la misma que hay entre la esgrima y el estilo salvaje de un pirata: es un intento de tomar un conflicto altamente desorganizado, caótico, violento y brutal y convertirlo en un juego bonito. Al igual que en la esgrima, sólo se permite atacar ciertas partes del cuerpo: las que están protegidas por la armadura. Y como en la esgrima, no puedes patear las rodillas de tu adversario o partirle una silla en la cabeza. Y además el juicio es totalmente subjetivo. En kendo puedes conseguir asestarle un sólido golpe a tu adversario y que no te cuente porque los jueces sienten que no tenías suficiente zanshin.

Hiro no tiene nada de zanshin. Lo único que quiere es que la pelea se acabe. La siguiente vez que el ejecutivo lanza un chillido capaz de reventar los tímpanos y se desliza hacia Hiro, dando tajos con la espada, Hiro bloquea el ataque, se gira y le corta ambas piernas a la altura de las rodillas.

El ejecutivo se derrumba.

Para conseguir que tu avatar se mueva por el Metaverso como una persona real hace falta mucha práctica. Cuando además tu avatar acaba de perder las dos piernas, toda la habilidad que tengas no sirve de nada.

—¡Vaya, compadre! —dice Hiro—. ¡Fíjate! —Da un latigazo lateral con la espada, cortando ambos antebrazos del ejecutivo y haciendo que la espada caiga con estrépito al suelo—. ¡Ve

preparando la barbacoa, cariño! —continúa, girando la espada y cortando en dos el cuerpo del ejecutivo por encima del ombligo. Luego se inclina para mirar directamente a la cara del caído—. ¿Nadie le ha dicho —pregunta, abandonando el acento fingido— que soy un hacker?

Por fin le corta la cabeza de un tajo. Esta cae al suelo, rueda un poco y finalmente descansa mirando directamente al techo.

—Caja fuerte —murmura Hiro tras alejarse unos pasos.

Una caja fuerte bastante grande, de aproximadamente un metro de lado, se materializa debajo del techo, cae y aterriza directamente sobre la cabeza del ejecutivo. El impacto hace que ambas cosas, caja y cabeza, atraviesen el suelo del Sol Negro, haciendo un agujero cuadrado y dejando a la vista el sistema de túneles subyacente. El resto del cuerpo desmembrado está aún esparcido por el suelo.

En esos momentos, en algún lugar, un bonito hotel de Londres, una oficina de Tokio o incluso el salón de primera clase del HLAT, el Hipersó-nico Los Ángeles-Tokio, un ejecutivo japonés está sentado frente al ordenador, sonrojado y sudoroso, contemplando la Lista de Mejores Espadachines del Sol Negro. Le han cortado el contacto con el Sol Negro, lo han echado del Metaverso y lo único que ve es una pantalla bidimen-sional, que muestra los diez mejores espadachines de todos los tiempos, así como sus fotografías. Debajo hay una lista de números y nombres que comienza en el puesto 11. Puede moverse por esa lista y encontrar su propia clasificación. La pantalla le informa servicialmente de que en la actualidad él ocupa el puesto número 863 entre las 890 personas que alguna vez hayan participado en un duelo con espadas en el Sol Negro.

El Número Uno, el nombre y la fotografía al principio de la lista, pertenecen a Hiroaki Protagonist.

12 La ratita perro

La Unidad de Guardia Semi-Autónoma número A-367 de las Industrias de Seguridad Ng vive en un placentero Metaverso en blanco y negro donde las costillas crecen en los árboles, colgadas de ramas bajas a la altura de la cabeza, y frisbis empapados en sangre cruzan el aire frío y vivificante sin ninguna razón, simplemente esperando a que los caces.

Tiene un patio sólo para él, rodeado por una valla. Sabe que no puede saltar la valla. Nunca lo ha intentado, porque sabe que no puede. Tampoco sale al patio, a menos que sea preciso. Fuera hace calor.

Tiene un trabajo importante: proteger el patio. A veces entra y sale gente del patio. La mayoría de las veces son buena gente, y él no los molesta. No sabe por qué son buena gente; simplemente lo sabe. A veces son mala gente, y él tiene que hacerles cosas malas para que se marchen. Eso es lo correcto y adecuado.

Fuera, en el mundo más allá de este patio, hay otros patios con otros perritos como él. No son perros malos. Son sus amigos.

El perrito más próximo está muy lejos, más lejos de lo que alcanza la vista. Pero a veces lo oye ladrar, cuando una persona mala se acerca a su patio. A veces oye otros perritos del vecindario, toda una jauría extendiéndose en la distancia, en todas direcciones. Pertenece a una linda jauría de amables perritos.

El y los otros perritos ladran siempre que un desconocido entra en su patio, o incluso cuando se acerca a él. El desconocido no lo oye, pero los otros perritos de la jauría sí. Si viven cerca, se ponen nerviosos. Se despiertan y se preparan para hacerle cosas malas a ese extraño si por casualidad intentase colarse en sus patios.

Cuando un perrito del barrio le ladra a un forastero, junto con el ladrido llegan a su mente imágenes y sonidos y olores. De buenas a primeras sabe cuál es el aspecto del desconocido. Cómo huele. Cómo suena. Por tanto, si ese extraño se acercase a su patio, lo reconocería. Ayudaría a extender el ladrido a los otros perritos buenos para que toda la jauría pueda estar preparada para enfrentarse con él.

Esta noche, la Unidad de Guardia Semi-Autónoma número A-367 está ladrando. No está transmitiendo a la jauría el ladrido de otro perrito. Ladra porque está muy nervioso por lo que ocurre en su patio.

Primero llegaron dos seres humanos. Esto lo alteró porque entraron muy deprisa. Sus corazones latían muy deprisa y sudaban y olían a miedo. Los miró para ver si llevaban cosas malas.

El pequeño lleva cosas un poco atrevidas, pero no realmente malas. El grande lleva algunas cosas bastante malas. Pero, de algún modo, sabe que con el grande no hay problema. Pertenece a este patio. No es un extraño; vive aquí. Y el pequeño es su invitado.

Pese a todo, siente que está sucediendo algo excitante. Comienza a ladrar. La gente del patio no oye sus ladridos; pero los otros lindos perritos de la jauría, muy lejos, sí lo oyen y al hacerlo, ven a esas dos personas buenas y asustadas, los huelen y los oyen.

Luego entra más gente en su patio. También están nerviosos: puede oír cómo les late el corazón. La boca se le llena de saliva al oler la sangre caliente y salada que bombea a través de sus arterias. Esas personas están nerviosas y enfadadas y un poquito asustadas. No viven aquí; son extraños. Los extraños no le gustan demasiado.

Los mira y ve que llevan tres revólveres, un 38 y dos magnum 357; que el 38 está cargado con munición de punta hueca, uno de los 357 lleva balas de teflón y está amartillado; y que la escopeta recortada está cargada con postas y ya tiene un cartucho en la recámara, además de otros cuatro en el cargador.

Las cosas que llevan los extraños son malas. Cosas temibles. Se pone nervioso. Se enfada. También se asusta un poco, pero le gusta estar asustado; para él es lo mismo que estar excitado. En realidad, sólo tiene dos emociones: dormido, y sobrecargado de adrenalina.

¡El desconocido malo de la escopeta está alzando su arma!

Es una cosa absolutamente terrible. Un montón de extraños malos y nerviosos están invadiendo su patio con cosas malvadas; quieren hacer daño a los visitantes buenos. A duras penas tiene tiempo de ladrarles un aviso a los otros perritos buenos antes de lanzarse fuera de la perrera, impulsado por un candente chorro de pura emoción animal.

T.A. capta un parpadeo breve con su visión periférica y oye un sonido metálico. Mira en esa dirección y ve que la luz procede de la puerta de una especie de perrera empotrada en el lateral de la franquicia de Hong Kong. Hace apenas unos instantes, algo ha abierto violentamente la puerta de la perrera y ha salido del interior en dirección al césped con la velocidad y la determinación de una bala de obús.

Mientras la mente de T.A. graba todo esto, oye gritar a los tayikos. No son gritos de ira, ni tampoco de miedo. Aún no han tenido tiempo de asustarse. Es el grito de alguien a quien le acaban de volcar sobre la cabeza un cubo de agua helada.

El griterío no ha cesado aún, y ella todavía está girando la cabeza para mirar a los tayikos, cuando la puerta emite otro chorro de luz. Sus ojos se vuelven una fracción de segundo en esa dirección; cree haber visto algo, una larga sombra redonda recortada contra la luz durante un confuso instante mientras la puerta se abría hacia dentro. Pero cuando enfoca la vista, no ve nada excepto el balanceo de la puerta, como antes. Son las únicas impresiones que han quedado en su mente, con la excepción de un detalle más: un reguero de chispas que bailaban sobre el césped, de la perrera a los tayikos y luego de vuelta, durante el segundo que ha durado todo el suceso, como si un cohete hubiese recorrido el aparcamiento.

La gente dice que las Criaturas Ratas corren sobre cuatro patas. Quizá sus garras robóticas produzcan esas chispas al agarrarse al suelo para conseguir tracción.

Los tayikos siguen en movimiento. Algunos han salido despedidos hacia el césped y todavía están rebotando y rodando. Otros aún no han terminado de caer. Están desarmados. Aún hacen el gesto de sujetar el arma con las dos manos, aún gritan, aunque ahora sus voces están teñidas de un cierto miedo. A uno de ellos le han desgarrado los pantalones desde la cintura hasta el tobillo, y hay una tira de tejido en el suelo, como si le hubiese vaciado el bolsillo de algo que tenía demasiada prisa para soltar antes de irse. Quizá ese tipo escondía un cuchillo.

No hay nada de sangre. La Criatura Rata es muy precisa. No obstante, se agarran las manos y aullan. Quizá sea cierto lo que dicen, que cuando las Criaturas Ratas quieren que sueltes algo te lanzan una descarga eléctrica.

—Mira —se oye decir a sí misma—, tienen armas de fuego.

—No, no las tienen —dice Hiro, volviéndose y sonriéndole. Sus dientes son rectos y muy blancos; tiene una sonrisa inquietante, una sonrisa de carnívoro—. Las armas de fuego son ilegales en Hong Kong, ¿recuerdas?

—Tenían armas hace tan sólo un segundo —insiste T.A., abriendo mucho los ojos y sacudiendo la cabeza.

—Ahora las tiene la Criatura Rata —dice Hiro.

Los tayikos deciden que es mejor largarse. Echan a correr, se suben a sus taxis y se marchan con un chirriar de neumáticos.

T.A. da marcha atrás con el taxi, conduciendo sobre las llantas, pasa sobre el DGN, llega a la calle y aparca junto a la acera. Vuelve a entrar en la franquicia de Hong Kong, dejando tras de sí una nebulosa de

frescor aromático como la cola de un cometa. Curiosamente, está pensando en cómo sería pasar un rato en el asiento trasero del coche con Hiro Protagonist. Muy agradable, probablemente. Pero tendría que quitarse la dentata, y éste no es el lugar adecuado. Además, cualquiera lo bastante honesto como para venir a ayudarla a escapar del Clink posiblemente sentirá escrúpulos ante la idea de tirarse a una quinceañera.

—Eso ha sido muy amable por tu parte —dice él, señalando con un gesto al taxi aparcado—. ¿Le vas a pagar también los neumáticos?

—No. ¿Y tú?

—En estos momentos tengo problemas de liquidez. Ella se detiene en medio del césped de Hong Kong. Se miran mutuamente de arriba abajo con detenimiento.

—Llamé a mi novio, pero me dejó tirada —explica T.A.

—¿También es patinador?

—Eso es.

—Has cometido el mismo error que cometí yo una vez —dice él.

—¿Y cuál es?

—Mezclar el trabajo con el placer. Salir con una colaboradora. Las cosas se complican mucho.

—Sí, entiendo. —Ella no está segura de qué es un colaborador—. Estaba pensando que podríamos ser socios.

T.A. se temía que se burlara, pero en vez de eso él sonríe y asiente ligeramente.

—A mí se me había ocurrido lo mismo —dice—. Pero tengo que pensar cómo podría funcionar la cosa.

Le sorprende que a él se le haya ocurrido. Luego controla su acceso de estupidez y piensa: Es palabrería. Probablemente está mintiendo, y todo esto terminará con un intento por su parte de llevarme al huerto.

—Tengo que irme —dice T.A—. He de ir a casa.

Ahora veremos cuan rápidamente pierde interés en todo eso de ser socios. Le da la espalda.

De repente, las luces robóticas de Hong Kong los perforan una vez más.

T.A. siente un agudo impacto en las costillas, como si alguien la hubiese golpeado. Pero no ha sido Hiro. Él es un bicho raro e imprevisible que lleva espadas, pero T.A. se huele los tipos violentos con las mujeres a kilómetros.

—¡Ay! —exclama, apartándose del punto de impacto. Mira al suelo y ve un objeto pequeño y pesado que rebota a sus pies. En la calle, un taxi vie-

jo hace chirriar sus neumáticos y se larga como alma que lleva el diablo. Por la ventanilla trasera asoma un tayiko, agitando el puño en dirección a ellos. Debe de haberles tirado una piedra.

Sólo que no es una piedra. La cosa pesada que hay en el suelo, la que ha rebotado en las costillas de T.A., es una granada de mano. Durante un instante la mira fijamente, reconociéndola, como un icono de los dibujos animados que de repente se haya hecho real.

Algo, demasiado rápido para doler, barre sus pies y la derriba. Cuando empieza a acostumbrarse a la idea, se oye un estallido dolorosamente ensordecedor al otro lado del aparcamiento.

Y por fin todo se detiene el tiempo suficiente para poder ser visto y comprendido.

La Criatura Rata se ha detenido, cosa que éstas jamás hacen. Parte de su misterio es que, debido a su velocidad, nunca llegas a verlas. Nadie sabe qué aspecto tienen.

Ahora, nadie excepto T.A. e Hiro.

Es más grande de lo que T.A. se había imaginado. El cuerpo es del tamaño de un rotweiler, segmentado en láminas de blindaje superpuestas como las de un rinoceronte. Las patas son largas, curvadas hacia arriba para desarrollar más potencia, como las de un guepardo. Debe ser la cola lo que hace que las llamen Criaturas Ratas, porque es increíblemente larga y flexible; es la única parte que tiene que recuerda a una rata. Pero parece la cola de una rata cuya carne haya sido disuelta con ácidos, porque consiste tan sólo en segmentos, centenares de ellos limpiamente conectados unos con otros, como vértebras.

—¡Madre de Dios! —exclama Hiro. T.A. comprende que él tampoco había visto una antes.

Ahora, la cola está enrollada y amontonada encima del cuerpo de la Criatura Rata como una soga caída de un árbol. Algunas partes intentan moverse, y otras parecen muertas e inertes. Las piernas se mueven espasmódicamente, sin coordinación. Transmite la sensación de un fracaso estrepitoso, como la imagen de un avión que haya perdido la cola al maniobrar para aterrizar. Incluso para alguien que no sea ingeniero es evidente que todo está retorcido y fuera de sitio.

La cola se retuerce y latiguea como una serpiente, se desenrolla, se eleva sobre el cuerpo de la Criatura Rata, se aparta de las patas. Pero aun así las patas tienen problemas; no puede ponerse de pie.

—T.A.—dice Hiro—. No lo hagas.

Pero lo hace. Paso a paso, se aproxima a la Criatura Rata.

—Por si no lo has notado, es peligroso —dice Hiro, siguiéndola a unos pasos de distancia—. Dicen que tienen componentes biológicos.

—¿Componentes biológicos?

—Partes de animal. Por tanto, puede ser imprevisible.

A ella le gustan los animales. Sigue caminando.

Ahora puede verlo mejor. No es todo armadura y músculo. En realidad, gran parte parece frágil. De su cuerpo se proyectan unas cosas regordetas y cortas con aspecto de alas: una grande en cada hombro y una fila de ellas más pequeñas a lo largo de la columna, como en un este-gosaurio. Sus Knight Visión le dicen que esas cosas están tan calientes que se podrían preparar pizzas en ellas. Mientras se aproxima, parecen desdoblarse y crecer.

Están floreciendo como las flores en los documentales educativos, extendiéndose y desplegándose para revelar una fina y complicada estructura interna que había permanecido replegada en su interior. Cada ala rechoncha se divide en pequeñas copias en miniatura de sí misma, y cada una de éstas en copias aún más pequeñas, hasta el infinito. Las más pequeñas son sólo diminutos trocitos de aluminio, tan minúsculos que, desde cierta distancia, los contornos se ven difusos.

Sigue calentándose. Las pequeñas alas están ahora casi al rojo vivo. T.A. se sube sus gafas a la frente y se protege los ojos con las manos para bloquear las luces de alrededor, y, en efecto, ve cómo comienzan a emitir un apagado brillo pardusco, como un horno eléctrico recién encendido. El césped que hay bajo la Criatura Rata comienza a humear.

—Cuidado. Se rumorea que contienen isótopos realmente peligrosos —dice Hiro a sus espaldas. Se ha acercado un poco más, pero sigue estando bastante atrás.

—¿Qué es un isótopo?

—Una substancia radiactiva que produce calor. Es su fuente de energía.

—¿Y cómo se apaga?

—No se puede. Sigue emitiendo calor hasta que se funde. T.A. está ahora apenas a unos pasos de la Criatura Rata, y nota el calor en sus mejillas. Las alas se han desplegado al máximo. Las raíces son de brillante color amarilloanaranjado, y su color recorre toda la gama del rojo y el pardo hasta llegar a los delicados bordes, que aún están oscuros. El humo acre de la hierba al quemarse no permite distinguir bien los detalles.

Los bordes de esas alas se parecen a algo que he visto antes, piensa T.A. Son como las placas de metal que hay en la parte exterior de un aparato de aire acondicionado, ésas en las que puedes escribir tu nombre aplastándolas con el dedo. O como el radiador de un coche.

El ventilador arroja aire sobre el radiador para que se enfríe el motor.

—Son radiadores —dice T.A.—. La Criatura Rata tiene radiadores para enfriarse. — Incluso en estas circunstancias no deja de reunir intel.

Pero no se está enfriando, sino calentándose aún más.

T.A. patina entre los coches para ganarse la vida. Ése es su nicho económico: triunfar sobre el tráfico. Y sabe que un coche no se calienta cuando está acelerando por una autopista. Se calienta cuando está parado en un atasco. Porque cuando está quieto no sopla el aire suficiente sobre el radiador.

Eso es lo que le pasa a la Criatura Rata. Tiene que seguir moviéndose, forzar al aire a pasar por su radiador, o de lo contrario se sobrecalentará y se fundirá.

—Curioso —dice—. Me pregunto si estallará o qué.

El cuerpo converge en una nariz afilada. En la parte frontal se dobla bruscamente hacia abajo, formando una cúpula de cristal negro, inclinada como la cabina de un avión de caza. Si la Criatura Rata tiene ojos, debe de ser por ahí por donde mira.

Debajo, donde debería estar la mandíbula, quedan los restos de algo mecánico que ha sido destruido casi por completo por la detonación de la granada.

El parabrisas de cristal negro (o la máscara, o como lo llames) tiene un agujero, lo bastante grande como para que quepa el puño de T.A. El interior está oscuro y no se ve mucho, en particular con el resplandor naranja brillante procedente de los radiadores. Pero ve que del interior sale una cosa de color rojo oscuro, y no es aceite de motor. La Criatura Rata está herida y sangra.

—Esa cosa es de verdad —dice—. Tiene sangre en las venas. Esto es intel, piensa. Intel. Puedo sacar dinero de esto, con ayuda de mi compañero, mi colega: Hiro.

Y luego piensa: La pobre cosa se está quemando viva.

—No lo hagas, T.A. No la toques —dice Hiro.

Se aproxima hasta la cosa, bajándose las gafas para proteger el rostro del calor. Las patas de la Criatura Rata detienen su movimiento espasmódico, como si la estuviesen esperando.

T.A. se agacha y la coge por las patas delanteras. Reaccionan, tensando los músculos contra el tirón de sus manos. Es exactamente como coger un perro de las patas delanteras y hacerlo bailar. Esta cosa está viva. Reacciona ante ella. Comprende.

Mira a Hiro, para asegurarse de que lo está siguiendo todo. Lo hace.

—¡Idiota! —le grita—. Me pongo en evidencia diciendo que quiero ser tu socia, ¿y me sueltas que tienes que pensártelo? ¿Qué te pasa? ¿No soy lo bastante buena para trabajar contigo?

Se inclina hacia delante y comienza a tirar de la Criatura Rata hacia atrás a través del césped. Es increíblemente ligera. No es extraño que pueda correr tan rápido. Podría incluso levantarla, si no fuese porque se quemaría viva.

Al arrastrarla hacia la perrera deja en el césped un rastro ennegrecido y humeante. Puede ver cómo surge vapor de su mono: sudor viejo y otras cosas que hierven en el tejido. T.A. es lo bastante menuda como para entrar por la puerta de la perrera; otra cosa que ella puede hacer e Hiro no. Generalmente están cerradas (alguna vez ha intentado forzarlas), pero ésta está abierta.

En el interior, el suelo de la franquicia es brillante, blanco, pulido mediante robots. A poca distancia de la puerta hay algo que se asemeja a una lavadora negra. Es el cubil de la Criatura Rata, donde se esconde a oscuras, en privado, esperando algo que hacer. Está conectada con la franquicia mediante un grueso cable que surge de la pared. Ahora la puerta del cubil cuelga abierta, otra cosa que ella tampoco había visto jamás. Y de su interior sale vapor.

No, no es vapor, sino condensación. Como cuando abres la nevera en un día húmedo.

Empuja a la Criatura Rata dentro de su cubil. De las paredes brota una rociada de líquido frío que se convierte en vapor incluso antes de tocar el cuerpo de la Criatura Rata, y el vapor sale despedido con tanta fuerza que la tira de culo.

La larga cola cuelga de la puerta del cubil, cruza el suelo y sale fuera. T.A. recoge una parte; a través de los guantes nota el pinchazo de los afilados bordes mecanizados de las vértebras.

De repente la cola se tensa, cobra vida, vibra durante un momento. T.A. aparta las manos de un tirón. La cola se mete en el nido como el latigazo de una goma. Ni siquiera la ha visto moverse. Luego el cubil se cierra de un portazo. Un robot de limpieza, una aspiradora con cere-

bro, sale por otra puerta con un zumbido para limpiar las largas estrías sanguinolentas del suelo.

Sobre ella, en la pared del vestíbulo, frente a la entrada principal, cuelga un retrato enmarcado rodeado por una guirnalda de dorados capullos de jazmín. Es una foto de Mr. Lee, sonriendo ampliamente, y bajo ella se lee la declaración habitual:

¡BIENVENIDO!

Es un placer dar la bienvenida a toda la gente con clase que visita Hong Kong. Tanto si viene por negocios o para un merecido descanso, siéntase como en casa en nuestro humilde entorno. Si hay algún aspecto que no le parezca profundamente armonioso, le ruego que me lo haga notar y me esforzaré para ganarme su satisfacción.

En Gran Hong Kong nos enorgullecemos del prodigioso crecimiento de nuestra minúscula nación. Quienes veían nuestra isla como un bocado a disposición de la China Roja se han quedado terriblemente sorprendidos al ver tantos de los supuestos grandes poderes de la vieja guardia sucumbir desalentados ante nuestros rápidos avances y gran dinamismo, la mezcla liberal de logros personales de alta tecnología y mejora de todas las personas. El potencial de que todos los grupos étnicos y antropológicos se unan bajo la bandera de los Tres Principios que siguen:

1. ¡Información, información, información!

2. ¡Economía de mercado totalmente justa!

3. ¡Estricta ecología! no ha tenido igual en la historia de la contienda económica.

¿Quién rechazaría apoyar este atractivo estandarte? ¡Si aún no tiene la ciudadanía de Hong Kong, pida un pasaporte y !Durante este mes, no se cobrará la tarifa usual de inscripción de 100 dólares HK. Rellene un impreso (abajo) enseguida. Si faltan impresos, llame de inmediato al 1-800-HONG KONG y solicite la ayuda de nuestros experimentados operadores.

El Gran Hong Kong de Mr. Lee es una entidad cuasinacional soberana, privada y totalmente extraterritorial no reconocida por otras nacionalidades y sin ningún vínculo con la antigua Colonia Real de Hong Kong, que forma parte de la República Popular China. La República Popular China no admite ni acepta responsabilidad alguna en nombre de Mr. Lee, el gobierno de Gran Hong Kong, ni ningún ciudadano del mismo, ni por ninguna violación de la ley local, daños personales o a la propiedad que se produzcan en territorios, edificios, municipios, instituciones o bienes inmuebles que pertenezcan, estén ocupados o sean reclamados por el Gran Hong Kong de Mr. Lee.

¡Únase a nosotros al momento!

Su socio emprendedor,

MR. LEE

De vuelta en su fría casita, la Unidad de Guardia Semi-Autónoma número A-367 aulla.

En el patio hacía mucho calor y se sentía mal. Siempre que sale al patio tiene calor a menos que se mueva. Cuando lo hirieron y tuvo que tum-

barse durante mucho rato sintió más calor del que jamás había sentido.

Ahora ya no siente calor. Pero aún está herido. Lanza su aullido de sentirse mal. Le está diciendo a los perritos del vecindario que necesita ayuda. Ellos se sienten tristes y contrariados y repiten su aullido y lo pasan a los demás perritos.

Pronto oye llegar el vehículo del veterinario. El amable veterinario vendrá y hará que se sienta mejor.

Empieza a ladrar de nuevo. Le está contando a los demás perritos cómo llegaron los desconocidos malos y le hicieron daño. Y el calor que hacía en el patio cuando tuvo que estar tumbado. Y cómo la amable niña lo ayudó y lo llevó de vuelta a su fresca casita.

T.A. advierte un Town Car negro que lleva un rato aparcado, justo enfrente de la franquicia de Hong Kong. No le hace falta mirar la matrícula para saber que es de la Mafia. Sólo la Mafia conduce coches así. Lleva los cristales tintados, pero sabe que hay alguien dentro que no le quita ojo. ¿Cómo lo hacen? Se ven Town Car de esos en todas partes, pero nunca los ves moverse, nunca los ves llegar a ningún sitio. Ni siquiera está segura de que tengan motor.

—De acuerdo, lo siento —se disculpa Hiro—. Yo sigo con mis asuntos, pero somos socios para cualquier intel que puedas hallar. Al cincuenta por ciento.

—Trato hecho —dice T.A., subiéndose a su patín.

—Llámame cuando quieras. Tienes mi tarjeta.

—Eh, eso me recuerda algo. En tu tarjeta dice que te dedicas a todos los aspectos del software.

—Sí. Música, películas y programas.

—¿Te suenan Vitaly Chernobyl y los Desastres Nucleares?

—No. ¿Es un grupo?

—Sí, los mejores. Deberías investigarlos, pijito. Van a convertirse en algo serio.

T.A. se desliza hasta la carretera y arponea un Audi con matrícula de Jardines Lozanos. Él la llevará a casa. Mamá estará en la cama, preocupada, fingiendo dormir.

A medio bloque de Jardines Lozanos suelta el Audi y rueda hasta el McDonalds. Entra en el lavabo de señoras. Hay un falso techo. Se sube al tercer retrete y empuja una de las losas del techo, apartándola a un lado. Una manga de algodón con un delicado dibujo de flores se des-

cuelga por la abertura. Tira de ella y saca toda la ropa, la blusa, la falda plisada, la lencería de Vicky's, los zapatos de piel, el collar y los pendientes, incluso un puñetero bolso. Se quita el mono de RadiKS, lo enrolla y lo mete en el techo, y luego cierra la losa suelta. A continuación se pone la ropa.

Vuelve a tener el aspecto que tenía esta mañana cuando desayunó con mamá.

Carga con el patín calle abajo hasta Jardines Lozanos, donde es legal llevarlos pero no ponerlos en el suelo. Enseña el pasaporte al puesto fronterizo, camina quinientos metros entre aceras nuevas y relucientes, y entra en la casa que tiene la luz del porche encendida.

Mamá está en el estudio, frente al ordenador, como siempre. Mamá trabaja para los Feds. Los Feds no ganan mucho, pero tienen que trabajar duro para demostrar su fidelidad.

T.A. entra y contempla a su madre, que está recostada en la silla, con las manos tras la cabeza casi como si estuviese ensayando posturitas, y los pies descalzos en alto, enfundados en medias. Usa esas baratas medias federales que son como estropajos, y cuando camina los muslos se rozan bajo la falda con un ruido áspero. En la mesa hay una bolsa de plástico con cierre hermético llena de algo que horas antes fue hielo, y ahora agua. T.A. se fija en el brazo derecho de mamá. Esta se ha subido la manga y ha dejado al aire el hematoma nuevo, por encima del codo, donde se pone la muñequera para medir la presión sanguínea. La prueba semanal de polígrafo de los Feds.

—¿Eres tú? —grita mamá, que no se ha dado cuenta de que T.A. está en el mismo cuarto.

—Sí, mamá —contesta a gritos T.A. tras retirarse a la cocina para no sorprenderla—. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Estoy cansada —dice mamá. Siempre dice lo mismo. T.A. coge una cerveza de la nevera y comienza a llenar la bañera con agua caliente. El ruido que hace le resulta relajante, como el del generador de ruido blanco de la mesilla de noche de mamá.

13 La tarjeta de Juanita

El ejecutivo japonés yace hecho pedazos en el suelo del Sol Negro. Sorprendentemente (porque de una pieza parecía tan real), a través de

los cortes transversales que Hiro ha hecho en su cuerpo no se ve carne, sangre ni órganos. No es nada más que una delgada cascara de epidermis, una muñeca hinchable de increíble complejidad. Pero de su interior no escapa aire, ni se deshincha, y se puede mirar dentro a través de los cortes de espada y, en vez de carne y huesos, lo único que se verá es el reverso de la piel del otro lado.

Rompe la metáfora. El avatar no se comporta como un cuerpo real. Les recuerda a los contertulios del Sol Negro que viven en un mundo de fantasía. La gente odia que se lo recuerden.

Cuando Hiro escribió los algoritmos de combate de espadas del Sol Negro, un código que luego copió y adoptó todo el Metaverso, descubrió que no había ninguna forma elegante de arreglar la situación posterior. En teoría los avatares no mueren, ni se desmontan. Los creadores del Metaverso no fueron tan morbosos como para prever una demanda de ese tipo. Pero el objetivo de una lucha con espadas es pegarle un tajo a alguien y matarlo, así que Hiro tuvo que apañar algo para que, con el tiempo, el Metaverso no quedase cubierto con avatares inertes y desmembrados que jamás se descomponen.

Así que cuando alguien pierde un combate a espada, lo primero que ocurre es que su ordenador es desconectado de la red global que forma el Metaverso. Es expulsado del sistema. Es lo más parecido a una simulación de la muerte que pueda ofrecer el Metaverso, pero el único efecto real que le provoca al usuario es un gran incordio.

Además, el usuario no puede volver al Metaverso durante unos minutos. No puede conectarse. Esto se debe a que su avatar, desmembrado, está todavía en el Metaverso, y la regla dice que un avatar no puede existir en dos sitios a la vez. Así que el usuario no puede volver a entrar hasta que se ha eliminado su avatar.

De la eliminación de los avatares descuartizados se encargan los demonios enterradores, una nueva función del Metaverso que tuvo que inventar Hiro. Son pequeños y ágiles humanoides enfundados en negro, como ninjas, de forma que ni siquiera se les ven los ojos. Son silenciosos y eficientes. Cuando Hiro apenas ha comenzado a apartarse del cuerpo troceado de su ex adversario, ellos ya están emergiendo del suelo del Sol Negro a través de trampillas invisibles, ascendiendo desde el submundo, confluyendo sobre el ejecutivo caído. En unos instantes han metido los fragmentos del cuerpo en bolsas negras, y se dejan caer de nuevo a través de sus portezuelas secretas, desvaneciéndose en los

túneles ocultos bajo el suelo del Sol Negro. Unos cuantos clientes curiosos intentan seguirlos, tratando de abrir las trampillas, pero los dedos de sus avatares no encuentran nada sino una suave negrura mate. El sistema de túneles sólo es accesible para los demonios enterradores.

Y, dicho sea de paso, para Hiro. Pero él pocas veces lo usa. Los demonios enterradores llevarán el avatar a la Pira, una eterna hoguera subterránea situada bajo el centro del Sol Negro, y lo quemarán. Tan pronto las llamas consuman el avatar, éste se desvanecerá del Metaverso, y su propietario podrá volver a conectarse, creando un nuevo avatar para moverse por ahí. Pero es de esperar que la próxima vez sea más cauteloso y más educado.

Hiro mira el círculo de avatares que aplauden, silban y vitorean, y se da cuenta de que están desvaneciéndose. Todo cuanto hay en el Sol Negro adquiere la apariencia de estar proyectado sobre una gasa; y al otro lado de la gasa relumbra una luz brillante que se superpone a la imagen. Luego ésta se desvanece por completo.

Se quita el visor y se encuentra en el aparcamiento del GuardaTrastos, con una katana desenfundada en las manos.

El sol acaba de ponerse. Unas cuantas docenas de personas lo rodean a distancia, escudándose tras coches aparcados, espiando su próximo movimiento. La mayoría están bastante asustados, pero unos cuantos sólo parecen excitados.

Vitaly Chernobyl aguarda en la puerta abierta del 6x9. Su peinado destaca a contraluz. Está petrificado mediante clara de huevo y otras proteínas. Esas substancias refractan la luz y emiten pequeños espectros, como una bomba racimo de arco iris. Ahora, el ordenador de Hiro proyecta una imagen miniaturizada del Sol Negro sobre el culo de Vitaly. Este se balancea precariamente sobre uno y otro pie, como si sostenerse con ambos a la vez fuese demasiado complicado para una hora tan temprana y aún no hubiese decidido cuál de los dos usar.

—Me estás tapando —dice Hiro.

—Es hora de irse —contesta Vitaly.

—¿Y ahora lo dices? Llevo una hora esperando a que te levantes.

Mientras Hiro se acerca, Vitaly mira su espada, titubeante. Tiene los ojos rojos e hinchados, y en el labio inferior tiene un chancro grande como una mandarina.

—¿Has ganado la pelea?

—Claro que he ganado la puta pelea —replica Hiro—. Soy el mejor espadachín del mundo.

—Y además escribiste el software.

—Sí. Eso además.

Cuando Vitaly Chernobyl y los Desastres Nucleares llegaron a Long Beach a bordo de uno de esos cargueros ex soviéticos secuestrados repletos de refugiados, se desperdigaron por todo el sur de California en busca de superficies de hormigón armado tan amplias y yermas como las que habían dejado en Kiev. No era nostalgia. Necesitaban entornos así para practicar su arte.

El río L.A. era un emplazamiento natural. Y abundaban los puentes adecuados. Sólo tuvieron que seguir a los patinadores a los lugares secretos que éstos habían descubierto mucho tiempo antes. Los patinadores y los colectivos áefuzz-grunge nuclear medran en los mismos entornos. En estos momentos, Hiro y Vitaly se dirigen hacia un sitio así.

Vitaly tiene un Volkswagen Vanagon realmente viejo, de los que tienen una cubierta que se transforma en una tienda de campaña improvisada. Vivía en él, aparcando en la calle o en las franquicias Soba y Sigue, hasta que conoció a Hiro Protagonist. Ahora, la propiedad del Vanagon está sujeta a disputa, porque Vitaly le debe a Hiro más dinero de lo que vale el vehículo. Por tanto, lo comparten.

Dirigen el Vanagon hasta el otro lado del GuardaTrastos, tocando la bocina y haciendo luces para ahuyentar a un centenar de crios y que se aparten de la plataforma de carga. No es el patio de recreo, chicos.

Se abren camino a través de un amplio corredor, pidiendo disculpas a cada centímetro según van cruzando campamentos mayas, santuarios budistas y grupos de blancos pobres colgados con Vértigo, Tarta de Manzana, Zumbido Borroso, Narthex, Mostaza y cosas así. Al suelo le hace falta un barrido: jeringuillas usadas, tubos de crack, cucharas requemadas, tuberías rotas. También hay muchos tubitos, del tamaño del pulgar, de plástico transparente y con un tapón rojo en un extremo. Podrían ser de crack, pero tienen los tapones puestos, y los drogatas no serían tan melíndrosos como para ponerle la tapa a un bote gastado.

Debe de ser algo nuevo de lo que Hiro no ha oído hablar todavía, el equivalente entre los envases para drogas de las cajas de poliestireno de las hamburguesas McDonalds.

Atraviesan una salida de incendios y entran a otra sección del Guarda-Trastos, idéntica a la que dejan atrás (hoy en día, en Norteamérica todo es igual, ya no hay transiciones). Vitaly es propietario de la tercera taquilla a la derecha, un insignificante espacio de 1,5x3 que usa para su objetivo original: almacenamiento.

Vitaly se acerca a la puerta e intenta recordar la combinación del candado, cosa que requiere cierta cantidad de conjeturas y suerte. Por fin, el candado cede. Vitaly lo quita y abre, limpiando un semicírculo entre la parafernalia de drogas. Gran parte del 1,5x3 está ocupada por un par de carretillas planas sobre las que se apilan bafles y amplis.

Hiro y Vitaly arrastran las carretillas hasta la plataforma de carga, meten todo el equipo en el Vanagon y devuelven las carretillas al 1,5x3. Técnicamente hablando, las carretillas son propiedad de la comunidad, pero nadie se lo toma en serio. El viaje hasta el escenario del concierto es largo, y más aún porque a Vitaly, que rechaza la tecnocéntrica visión del universo típica de Los Ángeles según la cual la Velocidad es Dios, le gusta permanecer en contacto con la superficie y conducir a cincuenta y cinco kilómetros por hora, más o menos. Y además el tráfico está difícil. Por tanto, Hiro enchufa su ordenador en el encendedor del coche y enlaza con el Metaverso.

> Ya no está conectado a la red con un enlace de fibra óptica, así que su comunicación con el mundo exterior tiene lugar mediante ondas de radio, mucho más lentas y menos fiables. Volver al Sol Negro no sería práctico: sonaría y se vería terrible, y los otros clientes lo mirarían como si fuese una persona en blanco y negro. Pero no hay problema en volver a su despacho, porque éste se genera dentro de las tripas del ordenador, que tiene en el regazo; para eso no le hace falta ninguna conexión con el mundo exterior.
>
> Se materializa en el despacho, en su casita del barrio de los hackers, junto a la Calle. Todo tiene un aspecto muy japonés, con los suelos cubiertos por tatamis. Su escritorio es un gran bloque rojizo de caoba sin pulir. Una suave luz plateada se filtra a través de las paredes de papel de arroz. Frente a él, un panel abierto revela un jardín, con su arroyo susurrante del cual salta de vez en cuando una trucha para cazar una mosca. En realidad debería tratarse de un estanque lleno de carpas, pero Hiro es lo bastante norteameri-

cano para pensar que las carpas son dinosaurios incomestibles que se mueven por el fondo tragando basura.

Hay algo nuevo: un globo terrestre del tamaño de un pomelo, una reconstrucción absolutamente detallada del planeta Tierra, que flota en el espacio frente a sus ojos, al alcance de su mano. Hiro ha oído hablar de ello pero jamás lo había visto. Es un programa de la CCI llamado simplemente Tierra. Es la interfaz de usuario que utiliza la CCI para seguirle la pista a cada bit de información espacial que posee: mapas, información meteorológica, planos arquitectónicos y datos de los satélites de vigilancia.

Hiro había pensado a menudo que, en unos pocos años y si le iba realmente bien en el negocio de la intel, quizá ganase pasta suficiente para suscribirse a Tierra e instalársela en el despacho. Y ahora de pronto está ahí, gratis. La única explicación que se le ocurre es que Juanita debe de habérselo regalado.

Pero cada cosa a su tiempo. La tarjeta de Babel/Infocalipsis sigue en el bolsillo de su avatar. La saca.

Uno de los paneles de papel de arroz que forman las paredes de su casa se abre. Al otro lado, Hiro vislumbra una habitación débilmente iluminada que antes no estaba ahí; parece que Juanita ha venido y le ha hecho una ampliación importante a la casa. Un hombre sale de la nueva habitación.

El Demonio Bibliotecario tiene la apariencia de un hombre afable y canoso de unos cincuenta años, con barba y brillantes ojos azules, vestido con un jersey de cuello de pico sobre una camisa de trabajo y una corbata de lana gruesa. La corbata está floja y las mangas arremangadas. Aunque no es más que un programa, tiene motivos para estar risueño: puede moverse a través de las casi infinitas pilas de información de la Biblioteca con la agilidad de una araña que baile sobre una vasta telaraña de referencias cruzadas. El Bibliotecario es el único programa de la CCI aún más caro que Tierra; lo único que le falta es pensar.

—¿Sí, señor? —pregunta el Bibliotecario. Es entusiasta sin ser aborreciblemente alegre; cruza las manos a la espalda, se

inclina ligeramente hacia delante y alza las cejas sobre sus anteojos, a la expectativa.

—Babel es una ciudad de Babilonia, ¿verdad?

—Fue una ciudad legendaria —matiza el Bibliotecario—. Babel es el término bíblico para referirse a Babilonia. El término es semítico; «bab» significa puerta y «el» significa Dios, así que Babel es «La Puerta de Dios».Pero probablemente también sea en parte onomatopéyico, una imitación del sonido de alguien que habla una lengua incomprensible. La Biblia está llena de juegos de palabras.

—Construyeron una torre para llegar al Cielo y Dios la derribó.

—Eso es una antología de equívocos comunes. Dios no le hizo nada a la Torre. «El Señor dijo: "He aquí que todos forman un solo pueblo y hablan una misma lengua, y ése es sólo el principio de sus empresas. Nada les impedirá llevar a cabo todo lo que se propongan. Pues bien, descendamos y confundamos su lenguaje para que no se entiendan los unos a los otros". Así el Señor los dispersó de allí por toda la tierra y dejaron de construir la ciudad. Por eso se la llamó Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de todos los habitantes de la tierra y los dispersó por toda su superficie.» Génesis, capítulo 11, versículos 6 a 9, Versión Estándar Revisada.

—Así que no fue derribada; simplemente se suspendió la obra.

—Correcto. No fue derribada.

—Pero eso es un fraude.

—¿Un fraude?

—Se puede demostrar que es falso. Juanita cree que en la Biblia no hay nada que sea evidentemente cierto o falso, porque si se puede probar su falsedad, la Biblia es mentira, y si se puede probar su veracidad, la existencia de Dios está demostrada y no hay lugar para la fe. La historia de Babel es evidentemente falsa, porque si construyeron una torre hasta el Cielo y Dios no la derribó, debería estar todavía en algún sitio, o al menos una parte reconocible de ella.

—Al suponerla muy alta, se está basando en una interpretación obsoleta. La torre se describe, literalmente, «con su techo en los cielos». Durante siglos se interpretó que el techo era

tan alto que estaba situado en el cielo. Pero en el último siglo, al excavar antiguos zigurats babilonios, se han encontrado diagramas astrológicos, imágenes del cielo, grabadas en sus techos.

—Ah, comprendo. Entonces la historia real es que construyeron una torre con diagramas del cielo grabados en el techo, cosa que es mucho más verosímil que una torre que llega hasta los cielos.

—No sólo verosímil —le recuerda el Bibliotecario—. Se han encontrado estructuras así.

—En cualquier caso, lo que estás diciendo es que cuando Dios se encolerizó y la tomó con ellos, la torre no resultó afectada; pero tuvieron que dejar de construirla porque sufrieron un desastre de comunicaciones: no podían hablar entre sí.

—«Desastre» es un término astrológico que significa «mala estrella» —señala el Bibliotecario—. Perdón, pero debido a mi estructura interna, tengo tendencia a tales non sequitur.

—Tranquilo, no importa —dice Hiro—. Eres un programa bastante agradable. ¿Quién te escribió?

—La mayor parte la he escrito yo mismo —dice el Bibliotecario—. Es decir, poseo la habilidad innata de aprender de la experiencia. Pero esa habilidad fue programada en mí por mi creador.

—¿Quién fue? Quizá lo conozca. Conozco a muchos hackers.

—No me programó un hacker profesional, sino un investigador de la Biblioteca del Congreso que aprendió a programar solo —cuenta el Bibliotecario—. Estudiaba el problema clásico de tamizar vastas cantidades de detalles irrelevantes para encontrar perlas de información significativa. Se trata del doctor Emmanuel Lagos.

—Ya había oído el nombre antes —dice Hiro—. Así que era una especie de metabibliotecario. Qué curioso, pensaba que era uno de esos vejestorios de la CÍA que haraganean por la CCI.

—Nunca ha desempeñado funciones para la CÍA.

—Bueno, vamos a trabajar un poco. Busca cualquier fragmento de información gratuita de la Biblioteca que haga referencia

a L. Bob Rife y ordénalos cronológicamente. Y no olvides lo de gratuita.

—Televisión y periódicos, señor. Un momento, señor —dice el Bibliotecario, volviéndose y marchándose sobre sus suelas de crepé. Hiro concentra su atención en Tierra.

El nivel de detalle es fantástico. La resolución, la claridad, su mismo aspecto, le dicen a Hiro, o a cualquiera que entienda algo de ordenadores, que este programa es una auténtica pasada.

No se ven sólo los continentes y océanos. Tiene el aspecto exacto que tendría la Tierra observada desde un punto en órbita geosincrónica sobre Los Angeles, incluyendo la meteorología: vastas galaxias giratorias de nubes, que flotan sobre la superficie del globo, proyectando sombras grises sobre los océanos y los casquetes polares, que se difuminan y se fragmentan en el mar. La mitad del globo está iluminada por la luz solar, y la otra mitad a oscuras. El terminador, la línea que separa la noche del día, acaba de barrer L.A. y se arrastra sobre el pacífico, hacia el oeste.

Todo se mueve a cámara lenta. Si mira el rato suficiente, Hiro puede notar cómo cambian de forma las nubes. Parece una noche bastante despejada en la Costa Este.

Algo se mueve rápidamente sobre la superficie del globo y llama su atención. Primero cree que es un mosquito, pero no hay mosquitos en el Metaverso. Trata de observarlo con más atención. El ordenador, que está lanzando rayos láser de baja intensidad a su córnea, detecta el cambio de énfasis, e Hiro se queda sin aliento cuando aparentemente se desploma hacia el globo, como un astronauta en actividad extravehicular que se cayese desde su ruta orbital. Cuando por fin logra controlarse está apenas a unos cuantos cientos de kilómetros sobre la Tierra, mirando un denso banco de nubes, y ve pasar el mosquito bajo él. Es un satélite de la CCI, discurriendo de norte a sur en una órbita polar baja.

—Su información, señor—oye al Bibliotecario.

Hiro se sobresalta y mira hacia arriba. La Tierra cae y se aparta de su campo de visión, y ahí está el Bibliotecario, frente al escritorio, sosteniendo una hipertarjeta. Como cualquier

bibliotecario de la Realidad, este demonio puede moverse sin provocar ruido de pasos.

—¿No podrías hacer un poco más de ruido al caminar? Me sobresalto con facilidad — pide Hiro.

—Al instante, señor. Acepte mis disculpas.

Hiro se estira para tomar la hipertarjeta. El Bibliotecario avanza medio paso y se inclina hacia él. Esta vez, su pisada hace un ruido apagado sobre el tatami, e Hiro oye el susurro de sus pantalones rozando con la pierna.

Hiro coge la hipertarjeta y la lee. En el anverso pone:

Resultados de la búsqueda en la Biblioteca sobre:
Rife, Lawrence Robert, 1948-

Gira la tarjeta. El reverso está dividido en varias docenas de iconos del tamaño de uñas. Algunos son pequeñas instantáneas de las portadas de los periódicos. Muchos son rectángulos brillantes y coloridos: pantallas de televisión en miniatura que muestran imágenes en vídeo.

—Es imposible —se sorprende Hiro—. Estoy sentado en una furgoneta Volkswagen, ¿de acuerdo? Conectado a través de un enlace portátil. No puedes haber copiado tanto vídeo a mi sistema en tan poco tiempo.

—No ha sido necesario copiar nada —explica el Bibliotecario—. El doctor Lagos recopiló todos los vídeos existentes sobre L. Bob Rife y los puso en la tarjeta Babel/Infocalipsis, que tiene usted en su sistema.

—Ah.

14 El Bibliotecario

Hiro clava la vista en la pantalla de televisión en miniatura de la esquina superior izquierda de la tarjeta. La imagen se aproxima a él, ampliándose, hasta tener el tamaño de un televisor de baja definición de doce pulgadas situada a la distancia del brazo. Luego el vídeo se pone en marcha. Es metraje de ocho milímetros, de baja calidad, de un partido

de fútbol americano en un instituto, durante los sesenta; no tiene sonido.

—¿Qué es ese partido?

—Odesa, Texas, 1965 —dice el Bibliotecario—. L. Bob Rife juega de fullback, el número ocho de los uniformes oscuros.

—Esto es más detallado de lo que yo necesito. ¿No puedes hacer un resumen?

—No, pero puedo listar el contenido brevemente. La tarjeta contiene once partidos jugados durante el instituto. En último curso, Rife estuvo en el equipo de segunda división estatal de Texas. Luego fue a Rice con una beca académica y se apuntó al equipo de fútbol americano, así que también hay catorce grabaciones de partidos de la universidad. Se especializó en comunicaciones.

—Bastante lógico, teniendo en cuenta en qué se ha convertido.

—Trabajó como periodista deportivo en la televisión local de Houston, con lo que hay cincuenta horas de metraje de ese periodo, sobre todo tomas descartadas, claro está. Tras dos años en ese trabajo, Rife se metió en negocios con su tío abuelo, un financiero cuya fortuna provenía de la industria petrolífera. La tarjeta contiene unos cuantos recortes de periódico al respecto que, según deduzco de su lectura, están relacionados textualmente, lo que indica que proceden de la misma fuente.

—Una nota de prensa.

—Luego no hay nada más durante cinco años.

—Preparaba algo.

—Más tarde empiezan a aparecer otras noticias; sobre todo en la sección de religión de los periódicos de Houston, detallando las contribuciones de Rife a varias organizaciones.

—A mí esto me parece un resumen. ¿No has dicho que eras incapaz de resumir?

—Y no puedo. Estaba citando un resumen que el doctor Lagos le hizo recientemente a Juanita Márquez, en mi presencia, mientras ambos estudiaban estos mismos datos.

—Continúa.

—Rife contribuyó con 500 dólares a la Iglesia de la Montaña del Bautismo por el Fuego, cuyo pastor principal es el Reverendo

Wayne Bedford; 2.500 dólares a la Liga de Jóvenes Pentecostales de Bayside, cuyo presidente es el Reverendo Wayne Bedford; 150.000 dólares a la Iglesia Pentecostal de la Nueva Trinidad, cuyo fundador y patriarca es el Reverendo Wayne Bedford; 2,3 millones de dólares al Instituto Bíblico Rife, cuyo presidente y director del Departamento de Teología es el Reverendo Wayne Bedford; 20 millones de dólares al Departamento de Arqueología del Instituto Bíblico Rife, más 45 millones de dólares al Departamento de Astronomía y 100 millones al Departamento de Informática.

—¿Todas esas donaciones se produjeron antes de la hiperinflación?

—Sí, señor. Como suele decirse, fueron con dinero de verdad.

—Ese tipo, ese Wayne Bedford... ¿Es el mismo Reverendo Wayne que dirige las Puertas Perladas del Reverendo Wayne?

—El mismo.

—¿Me estás diciendo que Rife es el propietario de la franquicia del Reverendo Wayne?

—Es el accionista mayoritario de la Sociedad Puertas Perladas, que es la multinacional que dirige la cadena de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne.

—De acuerdo, sigamos mirando todo esto.

Hiro atisba furtivamente por encima del visor para asegurarse de que Vitaly no está todavía llegando al concierto. Luego se sumerge de nuevo en los vídeos y noticias recopilados por Lagos.

En los mismos años que Rife hace sus contribuciones al Reverendo Wayne, comienza a aparecer cada vez con mayor frecuencia en las secciones de negocios, primero de los periódicos locales y luego del Wall Street Journal y el New York Times. Hubo un gran revuelo publicitario, obviamente producto de los departamentos de relaciones públicas, cuando los japoneses trataron de usar su vieja red para echarlo del mercado de las telecomunicaciones nipón, y él destapó el asunto ante el público estadounidense, invirtiendo diez millones de dólares de su bolsillo en una campaña para convencer a los norteamericanos de que los japoneses eran unos fulleros intrigantes. Luego aparece en una portada triunfal de The Economista tras rendirse por fin los japoneses y

dejarlo quedarse con el mercado de la fibra óptica de ese país y, por extensión, de la mayoría del oriente asiático.

Finalmente comienzan a aparecer los artículos sobre su estilo de vida. L. Bob Rife les ha dicho a sus publicistas que quiere mostrar un lado más humano. Un programa dedicado a personalidades públicas presenta un documental de autobombo sobre Rife cuando éste compra un nuevo yate, material de excedente del gobierno de los Estados Unidos.

Muestran a L. Bob Rife, el último de los monopolistas decimonónicos, de consulta con sus decoradores en el camarote del capitán. Es bastante agradable, considerando que Rife le ha comprado el barco a la Armada, pero no es lo bastante tejano para él. Quiere que lo desmonten y lo reconstruyan. Luego, imágenes de Rife maniobrando su cuerpo bovino a través de los estrechos pasillos y las empinadas escalerillas del interior del barco: el típico y aburrido gris acero de la Armada que, según le asegura al entrevistador, piensa remozar considerablemente.

—¿Sabe? Dicen que cuando Rockefeller se compró un yate, adquirió uno pequeño, de veinte metros o así. Pequeño para los estándares de su época. Y cuando alguien le preguntó por qué se había comprado un yate tan chiquitito, miró fijamente al tipo y le soltó: «¿Quién te crees que soy, un Vanderbilt?». ¡Ja, ja! Bueno, en todo caso, bienvenido a mi yate.

L. Bob Rife dice eso, mientras él, el entrevistador y todo el equipo de la cámara ocupan una inmensa plataforma elevadora al aire libre. La plataforma está subiendo. Al fondo se divisa el océano Pacífico. Coincidiendo con el final de la frase de Rife, el ascensor llega arriba y la cámara se gira, ofreciendo una vista a través de la cubierta del portaaviones Enterprise, en otros tiempos de la Armada de los Estados Unidos y ahora yate personal de L. Bob Rife, quien lo compró tras vencer en una dura subasta tanto al Sistema de Defensa del General Jim como a la Seguridad Global del Almirante Bob. L. Bob Rife admira a continuación los vastos espacios abiertos de la pista de aterrizaje del portaaviones,

comparándolos con ciertas zonas de Texas. Sugiere que sería divertido cubrir algunas partes con tierra y criar ganado ahí.

Otro perfil de personalidad, éste de una red financiera, y al parecer realizado algo más tarde: De nuevo en el Enterprise, donde el camarote del capitán ha sido remodelado por completo. L. Bob Rife, Señor del Ancho de Banda, se sienta tras su escritorio mientras le enceran el bigote, aunque no en el sentido en que las mujeres se hacen la cera; le restauran y suavizan los rizos. Quien se lo hace es una menuda mujer asiática que trabaja con tanta delicadeza que ni siquiera interfiere en su conversación, la cual versa sobre sus esfuerzos para extender su red de televisión por cable a través de Corea hasta China y enlazarla con su línea de fibra óptica de larga distancia, que atraviesa Siberia y pasa sobre los Urales.

—Bueno, ya sabe, el trabajo de un monopolista nunca termina. El monopolio perfecto no existe. Esa última fracción de un uno por ciento siempre parece inalcanzable.

—¿El gobierno de Corea no sigue siendo fuerte? Debe de tener muchos problemas con las leyes de allí.

—¿Sabe? —ríe L. Bob Rife—, mi deporte favorito es ver a los legisladores tratar de mantenerse al día con el mundo. ¿Recuerda cuando se cargaron Ma Bell?

—Apenas. —La reportera es una joven de veintitantos.

—¿Sabe qué era, verdad?

—Un monopolio de comunicaciones de voz.

—Exacto. Estaban en el mismo negocio que yo. El de la información. Atendían conversaciones telefónicas, de una en una, mediante pequeños cables de cobre. El gobierno se los cargó, y mientras tanto yo establecía franquicias de televisión por cable en treinta estados. ¡Ja! ¿No es increíble? Es como si hubiesen inventado una forma de regular el uso de caballos al mismo tiempo que aparecían el modelo T y los aviones.

—Pero un sistema de televisión por cable no es lo mismo que un sistema telefónico.

—En ese momento aún no, porque eran sistemas locales. Pero una vez tienes sistemas locales en todo el mundo, lo único que has de hacer es conectarlos entre sí y ya posees un

sistema global. Tan grande como el telefónico, pero éste transporta la información diez mil veces más deprisa. Imágenes, sonido, datos, lo que quieras.

Un producto descarado de su departamento de relaciones públicas, un anuncio televisivo de media hora sin otro propósito que permitir a L. Bob Rife contar su versión de un tema concreto. Al parecer, cierto número de programadores de Rife, la gente que mantenía en marcha sus sistemas, se reunieron y formaron un sindicato, algo insólito entre los hackers, y plantaron una demanda a Rife, acusándolo de haber instalado micrófonos y cámaras espía en sus hogares, colocándolos a todos ellos bajo vigilancia veinticuatro horas al día y asediando y amenazando a los programadores que tomaban lo que él denominaba «elecciones inaceptables en su modo de vida». Por ejemplo, cuando una noche una de sus programadoras y el marido de ésta practicaron el sexo oral en su dormitorio, la programadora fue convocada a la mañana siguiente al despacho de Rife, quien la llamó mujerzuela y sodomita y le dijo que podía ir vaciando su mesa de trabajo.

La mala publicidad de este asunto molestó tanto a Rife que se sintió en la necesidad de quemar unos cuantos millones en un poco más de relaciones públicas.

—Mi negocio es la información —le dice Rife al zalamero y adulador pseudoperiodista que lo «entrevista». Está sentado en su despacho de Houston, y parece aún más engañoso que de costumbre—. La televisión que llega a cualquier hogar del mundo pasa por mis manos. Casi toda la información que se transmite desde y hacia la base de datos de la CCI atraviesa mi red. El Metaverso, toda la Calle, existe en virtud de una red que yo poseo y controlo.

»Pero eso significa, si sigue mi razonamiento un poquito, que cuando un programador trabaja para mí con toda esa información, tiene un poder enorme. Mucha información entra en su cerebro, y se queda allí. Viaja con él cuando se va a casa por las noches. Se mezcla con sus sueños, por amor de Dios. Habla de ello con su esposa. Y, maldita sea, no tiene derecho a esa información. Si tuviese una fábrica de coches,

no permitiría que los trabajadores se llevasen los coches a casa ni que pidiesen prestadas las herramientas. Pero eso es lo que hago todos los días, a las cinco en punto, en todo el planeta, cuando mis hackers salen del trabajo y se van a casa.

»En los viejos tiempos, cuando colgaban a los ladrones de ganado, lo último que hacían era mearse en los pantalones. Era el signo definitivo, ¿comprende?, de que habían perdido el control de sus cuerpos y estaban a punto de morir. Verá, la primera función de cualquier organización es controlar sus esfínteres. Nosotros no llegamos ni a eso. Por eso trabajamos en retinar nuestras técnicas de gestión de forma que podamos controlar la información esté donde esté, en nuestros discos duros o en la cabeza de nuestros programadores. Y no puedo decir nada más; he de tener en cuenta a la competencia. Pero mi ferviente deseo es que, en cinco o diez años, todo esto ya no represente un problema.

Un episodio de media hora de un programa de noticias científicas, dedicado a la nueva y controvertida ciencia de la infoastronomía, la búsqueda de señales de radio procedentes de otros sistemas solares. L. Bob Rife tiene un interés personal en el tema; cuando varios gobiernos nacionales subastaron sus propiedades, adquirió una serie de radioobservatorios y los conectó entre sí, usando su famosa red de fibra óptica, para convertirlos en una única antena del tamaño de la Tierra. Explora los cielos veinticuatro horas al día, buscando señales de radio con sentido: señales de radio de otras civilizaciones. ¿Y por qué, pregunta el entrevistador, un célebre profesor del MIT, por qué un simple magnate del petróleo se iba a interesar en un proyecto tan abstracto y de tan altos vuelos?

—Porque ya tengo todo el planeta —dice Rife, con un gangueo nasal increíblemente sardónico y despectivo, el exagerado acento de un vaquero que sospecha que un yanqui estirado lo mira por encima del hombro.

Otra noticia, al parecer de unos años más tarde. De nuevo estamos en el Enterprise, pero esta vez la atmósfera es diferente. La cubierta superior se ha transformado en un

campo de refugiados al aire libre. Hormiguea de bengalíes que L. Bob Rife pescó de la bahía de Bengala cuando su país se hundió en el océano tras una serie de fortísimas inundaciones causadas por las deforestaciones en la India, río arriba; es la guerra hidrológica. La cámara toma una panorámica sobre el borde de la pista de aterrizaje, y debajo podemos contemplar el comienzo de la Almadía: un grupo, relativamente pequeño, de unos pocos centenares de embarcaciones amarrados al Enterprise, con la esperanza de conseguir un viaje gratis a América.

Rife camina entre la gente, repartiendo cómics de la Biblia y besando a los niños pequeños. Se apiñan a su alrededor con amplias sonrisas, juntando las palmas y haciendo reverencias. Rife les devuelve las reverencias con poca maña, pero no hay alegría en su rostro. Está mortalmente serio.

—Señor Rife, ¿cuál es su opinión sobre la gente que dice que hace esto como maniobra publicitaria de autopropaganda? —El entrevistador se está esforzando por hacer de «poli malo».

—Joder, si tuviese que tener opinión sobre todo, no trabajaría —contesta L. Bob Rife—. Debería preguntarle a esa gente qué piensan.

—¿Quiere decir que este programa de asistencia a los refugiados no tiene nada que ver con su imagen pública?

—No. M...

Han revisado la grabación y muestran de nuevo al periodista, que pontifica frente a la cámara. Hiro nota que Rife estaba a punto de soltar un sermón, pero lo han cortado.

Pero uno de los puntos fuertes de la Biblioteca es la cantidad de descartes que tiene. Que una cinta de vídeo no haya sido utilizada en una emisión no significa que carezca de valor como intel. Hace mucho tiempo que la CCI metió los dedos en las bibliotecas de vídeo de las cadenas. Todos esos descartes, millones de horas de metraje, aún no han sido cargados en la Biblioteca en formato digital, pero puedes enviar una solicitud, y la CCI irá, sacará la cinta de la estantería y la reproducirá para ti.

Lagos ya lo ha hecho. La cinta está aquí.

—No. Mire, la Almadía es un acontecimiento periodístico, pero en un sentido mucho más profundo y general de lo que usted pueda imaginar.

—Oh.

—Lo crean los medios de comunicación en el sentido de que, sin ellos, la gente no sabría que está aquí y los refus no vendrían a unirse a ella como hacen ahora. Y alimenta a los medios. Crea un gran flujo de información: películas, noticias, ya sabe.

—Entonces, ¿está usted creando su propio acontecimiento periodístico para ganar dinero con el flujo de información que crea? —pregunta el periodista, tratando desesperadamente de seguirlo. Su tono de voz revela que en su opinión todo esto es un desperdicio de cinta, y su actitud de desaliento indica que no es la primera vez que Rife se ha desmarcado yéndose por alguna extraña tangente.

—En parte, pero eso es una explicación muy burda. En realidad es mucho más profundo. Probablemente haya oído usted el dicho de que la Industria se alimenta de biomasa, como una ballena que cosecha krill del océano.

—Lo he oído, sí.

—Es mío. Lo inventé yo. Un dicho como ése es igual que un virus, ya sabe, un fragmento de información, datos, que se extiende de una persona a otra. Bueno, pues la función de la Almadía es traer más biomasa. Renovar América. Casi todos los países son estáticos, lo único que tienen que hacer es seguir teniendo hijos. Pero Norteamérica es como una vieja locomotora humeante y traqueteante que se mueve pesadamente por el terreno aprovechando y devorando todo lo que hay a la vista. Deja tras de sí un rastro de un kilómetro de anchura. Siempre necesita más combustible. ¿Ha leído la historia del laberinto y el minotauro?

—Claro. Era en Creta, ¿no? —El periodista contesta sólo por sarcasmo. No puede creerse que esté ahí, oyendo todo eso, quiere largarse a L.A. anteayer.

—Sí. Todos los años, los griegos tenían que reunir unas cuantas vírgenes y enviarlas a Creta como tributo. Una vez allí, el rey las metía en el laberinto, y el minotauro se las comía.

Cuando yo era pequeño solía leer esa historia y preguntarme quién coño eran esos tipos de Creta, a los que todos temían tanto que cada año les daban a sus hijas dócilmente para que fuesen devoradas. Debían de ser unos cabrones muy desagradables.

»Ahora lo veo con una perspectiva diferente. Para esos pobres desgraciados de ahí abajo, América debe de parecer igual que Creta para esos pobres idiotas de los griegos, con la diferencia de que aquí no hay coacción.

Ésos de abajo entregan a sus hijos voluntariamente. Los envían por millones al laberinto para que los devoren. La Industria se alimenta de ellos y vomita imágenes; a través de mi red le devuelve a esa gente películas y programas de televisión, imágenes de riqueza y cosas exóticas que superan sus sueños más delirantes, y les da algo por lo que soñar, algo a lo que aspirar. Y ésa es la función de la Almadía. Es un viejo carguero de krill.

Llegados a este punto, el periodista cesa en su intento de ser profesional y ataca abiertamente a L. Bob Rife. Ya está harto de este tipo.

—Es asqueroso. No puedo creer que sea capaz de ver a la gente de esa forma.

—Mierda, chico, apéate del burro. En realidad no se comen a nadie, es sólo una forma de hablar. Llegan aquí, consiguen trabajos honrados, encuentran a Cristo, se compran una barbacoa y viven felices para siempre. ¿Qué tiene de malo?

Rife está enfadado; grita. Tras él, los bengalíes detectan sus vibraciones emocionales y empiezan a alterarse ellos también. De repente uno de ellos, un hombre increíblemente flaco con un largo mostacho retorcido, se planta delante de la cámara y comienza a gritar:

—A ma la ge zen ba dam gal nun ka aña su su na an da... —El sonido se extiende de él a quienes lo rodean, desparramándose sobre la cubierta de vuelo como una ola.

—Corta —dice el periodista, volviéndose a la cámara—. Corta. La Brigada de Balbuceos ha comenzado de nuevo.

El sonido es ahora el de un millar de personas hablando en lenguas bajo el agua y la burlona risita ahogada de L. Bob Rife.

—Es el milagro de las lenguas —grita Rife haciéndose oír sobre el tumulto—. Yo entiendo todas las palabras de lo que está diciendo esa gente. ¿Y tú, hermano?

—¡Eh! ¡Sal de ahí, colega!

Hiro levanta la vista de la tarjeta. En su despacho no hay nadie excepto el Bibliotecario.

La imagen pierde foco, se tuerce hacia arriba y desaparece de su campo de visión. Hiro está mirando a través del parabrisas del Vanagon. Alguien, y no es Vitaly, acaba de arrancarle el visor.

—¡Estoy aquí, enchufe ambulante!

Hiro mira por la ventana. Es T.A., sujeta al lateral de la furgoneta con una mano y sosteniendo su visor con la otra.

—Pasas demasiado tiempo enchutado —dice T.A.—. Deberías probar un poco más de Realidad, tío.

—Adonde vamos —suspira Hiro— tendremos más Realidad de la que puedo soportar.

A medida que Hiro y Vitaly se aproximan al amplio puente de la autopista donde va a tener lugar el concierto de esta noche, la férrica solidez del Vanagon atrae magnarpones como un dulce a las cucarachas. Si supiesen que el propio Vitaly Chernobyl estaba en la furgoneta se volverían locos y ahogarían el motor. Pero por el momento arponean cualquier cosa que pueda ir en dirección al concierto.

Al acercarse al puente los surfistas son tan numerosos y están tan cerca unos de otros que intentar conducir se convierte en una causa perdida. Es como ponerse crampones y tratar de atravesar una habitación llena de cachorros. Tienen que abrirse camino clavando el morro, tocando el claxon y haciendo ráfagas.

Por fin llegan al remolque que hace las veces de escenario en el concierto de esta noche. Al lado hay otro remolque lleno de amplis y otro equipo de sonido. Los conductores de los camiones, una minoría oprimida de dos personas, se han retirado a la cabina del camión de sonido para fumar y mirar sombríamente al enjambre de patinadores, sus enemigos jurados en la cadena alimentaria de las autopistas. No saldrán por su propia voluntad hasta las cinco de la mañana, cuando el camino vuelva a estar despejado.

Un par de los Desastres Nucleares esperan fumando cigarrillos, sosteniéndolos entre dos dedos como dardos, al estilo eslavo. Aplastan las colillas en el hormigón con sus zapatos baratos de vinilo, corren hasta

el Vanagon y empiezan a sacar el equipo de sonido. Vitaly se pone un visor, se conecta al ordenador del camión de sonido y se dedica a afinar el sistema, que ya tiene en memoria un modelo 3D del puente. Tiene que lograr sincronizar los retrasos de los distintos grupos de altavoces para maximizar el número de ecos discordantes y desagradables.

15 Concierto

Los teloneros, Trauma de Fuerza Bruta, comienzan a tocar a las nueve de la noche. Con su primer acorde, toda una pila de altavoces baratos alquilados se cortocircuita; los cables proyectan chispas al aire, enviando un arco de caos a través de la masa de patinadores. Los sistemas electrónicos del camión de sonido aislan el circuito averiado y lo desconectan antes de que nada ni nadie salga dañado. Trauma de Fuerza Bruta tocan una especie de reggae acelerado fuertemente influido por las ideas antitecnológicas de los Desastres Nucleares.

Esos tíos tocarán una hora, más o menos, a la que seguirán unas cuantas horas de Vitaly Chernobyl y los Desastres Nucleares. Y si Sushi K aparece, lo invitarán a que se haga con el micro.

Por si acaso realmente le da por aparecer, Hiro se aleja del delirante centro de la multitud y comienza a orbitar arriba y abajo, recorriendo el borde de la masa de gente. T.A. está ahí, en alguna parte, pero no tiene sentido intentar localizarla; y además, se sentiría avergonzada de que la viesen con un anciano como Hiro.

Ahora que el concierto ya está en marcha, se automantiene. Hiro ya no tiene nada que hacer. Además, las cosas interesantes siempre ocurren en los límites (transiciones), no en el centro donde todo es uniforme. Quizá esté pasando algo en el borde del gentío, allá donde las luces se funden con las sombras del viaducto.

La gente de los márgenes parece lo que uno esperaría encontrar en el lado incorrecto de un viaducto de Los Angeles en mitad de la noche. Hay una gran barriada de chabolas ocupada por gentes del Tercer Mundo sin trabajo, así como unos cuantos habitantes esquizofrénicos del Primer Mundo que redujeron sus cerebros a cenizas hace mucho tiempo al calor radiante de sus propias fantasías. Muchos de ellos han abandona-

do sus contenedores y neveras volcados para acercarse de puntillas a la multitud y espiar el ruido y la luz. Algunos tienen un aspecto soñoliento y amedrentado, y otros, robustos hombres latinos, parecen divertidos por todo el asunto, mientras se pasan cigarrillos y agitan la cabeza con incredulidad.

Es territorio de los Tullís. Los Tullís querían encargarse de la seguridad, pero Hiro, un estudiante de Altamont, decidió correr el riesgo de desairarlos y contrató a los Garantes.

Por eso cada pocos metros hay un tipo grande y erguido, con una cazadora de color verde ácido con la palabra GARANTE en la espalda. Muy conspicuo, como les gusta a ellos; pero se trata de electropigmentos, así que, si surgen problemas, esos tíos pueden cubrirse de negro con sólo girar un interruptor de la solapa. Y para protegerse de las balas les basta con abrocharse las cazadoras hasta arriba. Por el momento es una noche cálida y casi todos llevan el uniforme abierto para refrescarse con la brisa. Unos cuantos dan vueltas, pero casi todos están atentos, manteniendo la vista sobre la multitud y no sobre el grupo.

Al ver a tantos soldados, Hiro busca al general y pronto lo localiza: un tipo negro, pequeño y fornido, como un menudo levantador de pesas. Viste el mismo tipo de cazadora que los otros, pero debajo lleva una capa extra de tejido antibalas, y colgado de ella un buen surtido de equipo de comunicaciones y pequeños e ingeniosos dispositivos para hacer daño a la gente. Trota de aquí para allá, girando la cabeza de un lado a otro, mascullando rápidas ráfagas en un micrófono como un arbitro de fútbol americano en el banquillo.

Hiro advierte un hombre alto, de treinta y muchos, con una distinguida barba de chivo, vestido con un precioso traje gris carbón. A treinta metros se puede ver el centelleo de los diamantes de su alfiler de corbata. Hiro sabe que si se acerca, entre esos diamantes podrá leer la palabra Tullís deletreada con zafiros azules. Lleva su propio destacamento de seguridad, media docena de tipos trajeados. Aunque no están a cargo de la seguridad, no han podido resistirse a enviar una delegación simbólica para mostrar los colores.

Hay un detalle que lleva diez minutos llamando la atención de Hiro, en el borde de su consciencia: la luz del láser tiene cierto tipo de intensidad, una pureza molecular que refleja sus orígenes. Tus ojos lo perciben, de algún modo saben que no es natural. Destaca en cualquier parte, pero sobre todo en un sucio viaducto en mitad de la noche. Hiro

no deja de ver relámpagos de láser en su visión periférica, y atisba en busca de su fuente. Resulta obvio para él, pero nadie más parece darse cuenta.

Alguien, en alguna parte de este viaducto, está proyectando un láser sobre el rostro de Hiro.

Resulta enojoso. Con disimulo, cambia de rumbo ligeramente, y deambula hacia un punto situado a favor del viento respecto de una hoguera que arde en un bidón metálico. Ahora está en medio de un penacho de humo disperso que puede oler pero no ver claramente.

Pero la siguiente vez que el láser choca contra su cara, se dispersa en un millón de minúsculas partículas de ceniza y se muestra como una pura línea geométrica en el espacio, que apunta directamente a su origen.

Es una gárgola, parado en la penumbra junto a una chabola. Por si acaso no destaca lo suficiente, lleva un traje. Hiro se dirige hacia él.

Las gárgolas representan la vertiente incómoda de la Corporación Central de Inteligencia. En vez de portátiles, llevan los ordenadores en el cuerpo, divididos en varios módulos colgados de la cintura, de la espalda, de los auriculares. Sirven como dispositivos de vigilancia humanos, grabando todo lo que ocurre a su alrededor. No hay nada que tenga una apariencia más estúpida; esas vestimentas son el equivalente moderno de las fundas para las reglas de cálculo o de las bolsas para colgar la calculadora del cinto: marcan a quienes los usan como pertenecientes a una clase que está a la vez por encima y muy lejos de la sociedad humana. Para Hiro representan una ventaja porque encarnan el peor estereotipo del cazadatos de la CCI. Atraen sobre sí toda la atención. La recompensa de este ostracismo autoimpuesto es que puedes estar conectado al Metaverso a todas horas, y recoger intel en todo momento.

El alto mando de la CCI no soporta a esos tíos porque descargan asombrosas cantidades de información inservible en la base de datos, con la esperanza improbable de que algo de todo ello acabe resultando útil. Es como apuntarse el número de todos los automóviles que te cruzas por la mañana de camino al trabajo, por si acaso alguno de ellos se ve envuelto en un accidente y se da a la fuga. Ni siquiera las bases de datos de la CCI pueden dar cabida más que a una cantidad limitada de basura, así que normalmente a las gárgolas las echan de la CCI al poco tiempo.

A éste no lo han echado aún. Y a juzgar por su equipo, que es bastante caro, lleva tiempo en el negocio, así que debe de ser bueno.

Y en ese caso, ¿qué hace dando vueltas por aquí?

—Hiro Protagonist —dice la gárgola cuando Hiro se reúne con él en la oscuridad junto a la chabola—. Cazadatos de la CCI durante once meses. Especializado en la Industria. Antiguo hacker, guardia de seguridad, repartidor de pizzas y promotor de conciertos. —Lo suelta como si no quisiera que Hiro malgastase su tiempo recitando un montón de datos conocidos.

El láser que ha estado incordiando a Hiro procedía del ordenador de este tipo, proyectado por un dispositivo periférico situado sobre su visor, en medio de la frente. Un escáner retinal de largo alcance. Si te vuelves hacia él con los ojos abiertos, el láser se dispara, penetra tu iris, el más delicado de los esfínteres, y explora tu retina. El resultado se envía a la CCI, que tiene una base de datos de varios millones de imágenes de retinas. En pocos segundos, si ya estás en la base de datos, el propietario averigua quién eres. Si no estabas en la base de datos, bueno, ahora ya estás.

Claro que el usuario necesita tener privilegios de acceso. Y una vez averigua tu identidad, necesita aún más privilegios para acceder a tu información personal. Al parecer este tipo tiene un montón de privilegios de acceso. Muchos más que Hiro.

—Me llamo Lagos —dice la gárgola.

Así que se trata de él. Hiro sopesa la idea de preguntarle qué hace aquí. Le encantaría llevárselo a tomar una copa, charlar con él sobre la programación del Bibliotecario. Pero está cabreado. Lagos está siendo grosero con él; las gárgolas son groseras por definición.

—¿Está aquí por el asunto de Cuervo? ¿O por ese chivatazo sobre el fuzzgrunge en el que lleva trabajando los últimos, eh, treinta y seis días, aproximadamente? —pregunta Lagos.

Conversar con una gárgola no es entretenido. Nunca terminan las frases. Circulan a la deriva en un mundo dibujado con láser, escaneando retinas en todas direcciones, realizando comprobaciones a fondo de todo el que se acerque a menos de mil metros, viéndolo todo simultáneamente bajo la luz visible, infrarroja, radar de onda milimétrica y ultrasonidos. Crees que están hablando contigo, pero en realidad están absortos con el historial crediticio de algún desconocido que está al otro lado de la habitación, o identificando las marcas y modelos de los

aviones que lo sobrevuelan. Quizá Lagos esté en ese momento midiendo la longitud de la polla de Hiro a través de los pantalones mientras simulan tener una conversación.

—Usted es el que colabora con Juanita, ¿verdad? —pregunta Hiro.

—O ella colabora conmigo. O algo así.

—Me dijo que quería que nos conociésemos. Durante unos instantes, Lagos se queda inmóvil. Está registrando más datos. Hiro siente el impulso de echarle por la cabeza un cubo de agua.

—Tiene sentido —dice finalmente—. No hay nadie que sepa más del Metaverso. Un hacker independiente... Justo lo adecuado.

—Adecuado, ¿para qué? Ya nadie necesita hackers independientes.

—Los hackers corporativos de las cadenas de montaje son terreno abonado para la infección. Caerán a millares, como el ejército de Senaquerib frente a los muros de Jerusalén —dice Lagos.

—¿Senaquerib? ¿De qué infección habla?

—Y además sabe defenderse en la Realidad; eso le será útil si llega a enfrentarse con Cuervo. Recuerde que sus cuchillos tienen el filo de una molécula. Atraviesan un traje antibalas como si fuese lencería.

—¿Cuervo?

—Probablemente lo vea esta noche. No tontee con él.

—De acuerdo —dice Hiro—. Lo buscaré.

—No he dicho eso —aclara Lagos—. He dicho que no tontee con él.

—¿Por qué no?

—El mundo es un sitio peligroso —dice Lagos—. Y cada vez más. Así que no nos gustaría inclinar la balanza del terror. Piense en la Guerra Fría.

—De acuerdo. —A estas alturas, lo único que quiere Hiro es largarse y no volver a ver jamás a este tipo, pero no hay forma de dar por terminada la conversación.

—Además es hacker. Eso significa que tiene que preocuparse también de las estructuras profundas.

—¿Las estructuras profundas?

—Las conexiones neurolingüísticas de su cerebro. ¿Se acuerda de cuando aprendió código binario por primera vez?

—Claro.

—Formaba nuevas rutas en su cerebro. Estructuras profundas. Al usar los nervios, crean conexiones nuevas: los axones se escinden y se abren camino entre las células gliales en división. El bioware se modifica; el software se vuelve parte del hardware. Así que es vulnerable a los

nam-shub todos los hackers lo son. Tenemos que cuidarnos entre nosotros.

—¿Qué es un nam-shub? ¿Y por qué soy vulnerable a él?

—Simplemente no mire ningún bitmap. ¿Alguien ha tratado últimamente de hacerle ver un bitmap ¿En el Metaverso, por ejemplo? Interesante.

—No a mí, personalmente, pero ahora que lo menciona, una Brandy se acercó a mi amigo...

—Una prostituta del culto de Ashera, intentando diseminar la enfermedad, la cual es sinónimo del mal. ¿Suena melodramático? En realidad no lo es. ¿Sabe?, para los habitantes de Mesopotamia el mal no era un concepto independiente, sino enfermedad y mala salud. El mal era un sinónimo de la enfermedad. Así pues, ¿qué se puede concluir de todo esto?

Hiro se aleja de él, como de los vagabundos psicópatas que intentan seguirlo por la calle.

—¡Se puede concluir que el mal es un virus! —grita Lagos a sus espaldas—. ¡No deje entrar los nam-shub en su sistema operativo! ¿Juanita colabora con este extraterrestre?

Trauma de Fuerza Bruta toca durante una hora entera, encadenando un tema con el siguiente sin grieta ni hendidura alguna en el muro de ruido. Todo forma parte de la estética. Cuando la música se detiene, su número ha terminado. Por primera vez Hiro es capaz de oír la exaltación del público. Es como una detonación muy aguda que siente dentro de su cabeza y hace que le zumben los oídos.

Pero también hay un sonido grave, como el de un bombo, y durante un instante piensa que quizá sea un camión pasando por el viaducto que hay sobre sus cabezas. Pero es demasiado constante, no se desvanece.

Procede de detrás de él. Otra gente también se ha dado cuenta, se han girado a mirar y ahora se escabullen quitándose de en medio. Hiro se aparta a un lado, dándose la vuelta para ver de qué se trata.

Para empezar, es grande y negro. Da la sensación de que un hombre tan grande no podría encaramarse en una motocicleta, ni siquiera en una Harley grande y resoplante como ésa.

Corrección. Es una Harley con una especie de sidecar, un bruñido proyectil negro que cuelga a su derecha, sostenido por su propia rueda. Pero no hay nadie en el sidecar.

Parece imposible que un hombre pueda ser tan corpulento sin estar gordo. Pero él no tiene nada de gordo; viste unas ropas elásticas ajusta-

das, como cuero, pero no exactamente, que dejan ver huesos y músculos, nada más.

Conduce la Harley tan lentamente que de no ser por el sidecar volcaría. De vez en cuando le da un poco de gas con un pequeño tirón de los dedos de la mano que sujeta el embrague.

Quizá una de las razones por las que parece tan grande, dejando aparte el detalle de que es realmente muy grande, sea que da la sensación de no tener cuello. Su cabeza empieza siendo grande y simplemente sigue ensanchándose hasta que se funde con los hombros. Al principio, Hiro piensa que debe de tratarse de un casco vanguardista, pero cuando pasa a su lado, ese gran sudario se mueve y se agita, e Hiro comprende que no es más que su cabello, una espesa melena de pelo negro echada sobre los hombros y que le llega casi hasta la cintura.

Mientras se asombra de esto, nota que el hombre ha girado la cabeza hacia él, o al menos para mirar en esa dirección. Es imposible saber qué está mirando exactamente debido al visor que usa, una suave concha convexa sobre sus ojos, interrumpida por una estrecha ranura horizontal.

Está mirando a Hiro. Le lanza la misma sonrisa de que-te-jodan que lucía horas antes, cuando Hiro permanecía junto a la entrada del Sol Negro y él estaba en una terminal pública en algún sitio.

Es ese tipo. Cuervo. Es el tipo que está buscando Juanita. El tipo con el que Lagos le ha dicho que no tontee. E Hiro lo ha visto antes, en el exterior del Sol Negro. Es el tipo que le dio la tarjeta de Snow Crash a David.

El tatuaje de su frente consiste en unas palabras escritas con letras de molde: CONTROLA MAL sus IMPULSOS. Hiro se sobresalta y llega realmente a saltar en el aire cuando Vitaly Chemobyl y los Desastres Nucleares arrancan su número introductorio, «Quemadura de radiación». Es un tornado de ruido y distorsión muy agudos, como atravesar una muralla de anzuelos.

En los días que corren, la mayoría de estados son fransulados o barclaves, demasiado pequeños para tener una cárcel o incluso un sistema judicial. Por tanto, cuando alguien hace algo malo, buscan castigos rápidos y eficaces, como la flagelación, confiscación de la propiedad, humillación pública, o, en el caso de gente que tiene una alta probabilidad de lastimar a otros, un tatuaje de aviso en una parte del cuer-

po destacada. CONTROLA MAL sus IMPULSOS. Al parecer este tipo fue a uno de tales sitios y perdió el control realmente a lo grande.

Por un instante una brillante cuadrícula roja se dibuja contra un lado de la cara de Cuervo. Rápidamente se contrae, al converger los lados hacia la pupila derecha. Cuervo sacude la cabeza y se gira en busca de la fuente de la luz láser, pero ya ha desaparecido. Lagos ya tiene su imagen retinal.

Por eso está Lagos. No está interesado en Hiro ni en Vitaly Chernobyl. Es Cuervo quien le interesa. De algún modo. Lagos sabía que iba a venir, y ahora está ahí fuera, grabándolo en vídeo, examinando el contenido de sus bolsillos con el radar, registrando su pulso y su respiración.

Hiro extrae su teléfono personal.

—T.A.—dice, y el teléfono marca el número de T.A. Suena mucho rato antes de que ella lo coja. Con el ruido del concierto es casi imposible oír nada.

—¿Qué coño quieres?

—T.A., lo siento, pero está pasando algo. Algo grande. Estoy vigilando a un motero enorme llamado Cuervo.

—El problema de los hackers es que nunca dejáis de trabajar.

—En eso consiste ser hacker —aclara Hiro.

—Yo también vigilaré a ese tal Cuervo —dice ella—, en cuanto esté trabajando. —Y cuelga.

16 Cuervo

Cuervo da un par de amplias y perezosas barridas a lo largo del perímetro del gentío, muy lentamente, mirando en todas direcciones. Su actitud es irritantemente calmosa y relajada.

Luego se dirige hacia la oscuridad, alejándose de la multitud. Mira otro poco a su alrededor, comprobando el perímetro del barrio de chabolas. Y por último hace girar la Harley en una trayectoria que lo lleva hacia el tipo importante de los Tullís. El del alfiler de corbata de zafiros y el destacamento privado de seguridad.

Hiro se abre camino entre la multitud, yendo en esa dirección pero tratando de disimularlo. Esto promete ser interesante.

Según se aproxima Cuervo, los guardaespaldas cierran filas en torno al jefazo Tulli, formando un impreciso anillo defensivo alrededor de él.

Cuando se acerca más, todos ellos retroceden uno o dos pasos, como si el hombre estuviese rodeado por un campo de fuerza invisible. Por fin se detiene, dignándose a poner los pies en el suelo. Antes de bajarse de la Harley pulsa unos cuantos interruptores del manillar. Luego, anticipando lo que se avecina, se yergue con los pies separados y los brazos en alto.

Se le acerca un Tulli por cada lado. No parecen felices por esta faena, y no dejan de lanzar miradas de reojo a la motocicleta. El jefe Tulli los azuza, empujándolos hacia Cuervo con las manos. Ambos llevan un detector de metales portátil. Pasean los detectores alrededor de su cuerpo y no encuentran nada, ni la más pequeña partícula de metal, ni siquiera monedas en el bolsillo. El tipo es cien por cien orgánico. Así que al menos el aviso de Lagos acerca del cuchillo de Cuervo ha resultado ser una tontería.

Los dos Tullís vuelven rápidamente con el resto del grupo. Cuervo los sigue, pero el jefe Tulli retrocede un paso y levanta ambas manos haciendo un gesto de que se detenga. Cuervo se para donde está mientras la sonrisa burlona retorna a su rostro.

El jefe Tulli se gira y hace un gesto en dirección a su BMW negro. La puerta trasera de éste se abre y aparece un hombre, un negro más joven y más menudo de gafas redondas que lleva vaqueros y grandes zapatillas blancas de deporte y el típico equipo de estudiante.

El estudiante camina lentamente hacia Cuervo, mientras saca algo del bolsillo. Es un dispositivo portátil, pero demasiado grande para ser una calculadora. Tiene un teclado en la parte superior, y una especie de ventanilla en un extremo, que el estudiante apunta hacia Cuervo. Sobre el teclado hay una pantalla de LED y bajo ella una luz roja intermitente. El estudiante lleva unos auriculares que están conectados en una ranura del extremo inferior del aparato.

Para empezar el estudiante apunta la ventanilla al suelo, luego al cielo, después a Cuervo, sin quitarle ojo a la luz roja parpadeante y a los LED. Tiene todo el aspecto de un rito religioso, como si aceptase datos digitales del espíritu del cielo, luego del espíritu de la tierra y finalmente del ángel motero negro.

Entonces empieza a caminar lentamente hacia Cuervo, paso a paso. La luz roja parpadea de forma intermitente, sin seguir ningún patrón ni ritmo particular.

El estudiante llega hasta un metro de Cuervo y lo rodea varias veces, siempre con el dispositivo apuntado hacia él. Cuando termina se aparta vivamente, gira y lo apunta hacia la motocicleta. Al hacerlo, la luz roja parpadea con mucha más rapidez.

El estudiante se reúne con el jefe Tullí, se quita los auriculares y mantiene una breve conversación con él. El Tulli escucha al estudiante pero no aparta los ojos de Cuervo, hace algunos gestos de asentimiento y finalmente le da una palmadita en el hombro al estudiante y lo envía de vuelta al BMW.

Era un contador Geiger.

Cuervo se acerca al gran Tullí. Se dan la mano, un viejo euroapretón estándar, nada de extrañas variaciones. No es una reunión realmente amistosa. El Tulli tiene los ojos demasiado abiertos, Hiro puede distinguir los pliegues de su frente, y su postura y su rostro gritan claramente: Que alguien me quite de encima a este marciano.

Cuervo vuelve a su vehículo radiactivo, suelta unos cuantos cables y extrae un maletín metálico. Se lo entrega al jefe Tulli y vuelven a darse la mano. Luego se gira de nuevo, camina lenta y tranquilamente de vuelta a su motocicleta, se sube y se aleja con un pufpuf.

A Hiro le encantaría quedarse y mirar un poco más, pero sospecha que Lagos cubre este evento. Además, tiene otras cosas que hacer. Dos limusinas se abren camino entre la gente, en dirección al escenario.

Las limusinas se detienen, y de ellas empiezan a bajarse japoneses. Ataviados de negro, absolutamente no funky, permanecen desmañadamente en medio de la fiesta/tumulto, como un puñado de uñas rotas suspendidas de un molde de gelatina de colores. Finalmente, Hiro reúne fuerzas suficientes para acercarse y mirar por la ventanilla para averiguar si se trata de quien él piensa.

No logra ver nada a través del cristal ahumado. Se dobla, pone la cara al lado de la ventanilla, intentando que resulte muy evidente.

Sigue sin haber respuesta. Llama a la ventanilla.

Silencio. Mira al séquito. Todos lo están mirando, pero cuando él levanta la vista todos miran hacia otro lado, acordándose repentinamente de dar una calada de sus cigarrillos o frotarse las cejas.

Dentro de la limusina sólo hay una fuente de luz lo bastante brillante para verse a través del cristal ahumado, y es el distintivo rectángulo abultado de una pantalla de televisión.

Qué diablos. Esto es América, Hiro es medio americano, y no hay razón alguna para llevar ese asunto de la cortesía hasta extremos enfermizos. Abre la puerta de un tirón y mira dentro.

Sushi K está sentado entre otros dos jóvenes japoneses, programadores de su equipo de ingeniería de imagen. Lleva el peinado desconectado, por lo que parece un afro de color naranja. Viste un traje de escena a medio montar, así que es de suponer que espera actuar esta noche. Al parecer ha aceptado la oferta de Hiro.

Está viendo un programa de televisión muy conocido, llamado Cámara espía. Está producido por la CCI y sindicado por uno de los grandes estudios. Es un reality show. la CCI escoge a un agente que esté involucrado en una operación «mojada» —que realiza auténtico trabajo de espionaje— y lo equipa como una gárgola, de forma que todo lo que ve y oye se transmite al cuartel general en Langley. Luego ese material se usa para hacer un programa semanal de una hora.

Hiro jamás lo ve. Ahora que trabaja para la CCI lo encuentra molesto. Pero ha oído chismes sobre el programa y sabe que esta noche emiten el penúltimo episodio de una serie de cinco. La CCI ha logrado colar a un hombre en la Almadía, donde intenta infiltrarse en una de sus muchas pintorescas y sádicas bandas de piratas: la organización de Bruce Lee.

Hiro entra en la limusina y le echa un vistazo a la tele justo a tiempo de ver al mismísimo Bruce Lee, desde el punto de vista del desafortunado espía gárgola, aproximándose por el húmedo pasillo de algún barco perdido en la Almadía. La hoja de la espada samurai de Bruce Lee chorrea gotas de condensación.

—Los hombres de Bruce Lee han atrapado al espía en un viejo barco factoría coreano en el Núcleo —explica entre dientes uno de los esbirros de Sushi K—. Ahora lo están buscando.

De pronto, un brillante foco ilumina a Bruce Lee, haciendo que su característica sonrisa diamantina brille como el brazo de una galaxia. En medio de la pantalla aparece una cruz que se centra en la frente de Bruce Lee. Por lo visto el espía ha decidido que tiene que salir de este lío y está apuntando alguna potente arma de la CCI al cráneo de Bruce Lee. Pero entonces un manchón difuso aparece por un lado, una misteriosa forma oscura que tapa la vista de Bruce Lee. La mira está ahora centrada en... ¿qué, exactamente?

Para averiguarlo habrá que esperar a la semana próxima.

Hiro se sienta frente a Sushi K y los programadores, junto al televisor, de forma que pueda tener una buena vista del tipo.

—Soy Hiro Protagonist. Supongo que recibió mi mensaje.

—¡Fabu! —grita Sushi K, usando la abreviación japonesa de ese polivalente adjetivo holliwoodiense, «fabuloso»—. Hiro-san, tengo una profunda deuda con usted por esta oportunidad única de representar mi modesto trabajo ante tal audiencia. —Lo dice todo en japonés excepto «oportunidad única».

—Pido humildemente disculpas por organizarlo todo de forma tan precipitada y fortuita —dice Hiro.

—Me duele profundamente que sienta la necesidad de disculparse cuando me ha dado la oportunidad por la que cualquier rapero japonés lo daría todo: representar mi humilde trabajo frente a auténticos pandilleros de los guetos de L.A.

—Me abochorna profundamente tener que explicar que estos fans no son exactamente pandilleros de los guetos, como quizá mi descuido le haya hecho creer. Son surfistas. Patinadores a los que les gusta tanto el rap como el heavy metal.

—Ah, está bien —dice Sushi K, pero su tono de voz indica que no está nada bien.

—También hay representantes de los Tullis —añade Hiro pensando a toda velocidad, incluso para sus estándares de velocidad—, y si su actuación es bien acogida, como estoy seguro de que lo será, la noticia se extenderá entre su comunidad.

Sushi K. baja la ventanilla, y en un instante el nivel de decibelios se quintuplica. Contempla el público, cinco mil personas de cuota de mercado en potencia, jóvenes con el funky en la mente. Jamás han oído ninguna música que no fuese perfecta, bien el perfecto sonido digital de estudio de sus reproductores de CD o bien la perfecta actuaron fuzz-grunge de los mejores, los grupos que vienen a Los Angeles, a hacerse un nombre, tras haber sobrevivido en el combate de gladiadores que constituye el ecosistema de los clubs. El rostro de Sushi K se ilumina con una mezcla de alegría y terror. Tiene que salir ahí y plantar cara, frente a la hirviente biomasa.

Hiro sale y le prepara el terreno. Resulta fácil. Luego lo deja; ya ha hecho su trabajo. No tiene sentido perder el tiempo con este insignificante asunto de Sushi K mientras Cuervo está ahí fuera, representando

una fuente de ingresos mucho mayor, así que vuelve a desplazarse hacia la periferia.

—Eh, usted, el de las espadas —le grita alguien.

Al volverse ve acercarse a uno de los Garantes enfundados en chaquetas verdes. Es el tipo bajito y fornido del micrófono, el que está a cargo de la seguridad.

—Chillón —dice, tendiendo la mano.

—Hiro —contesta éste estrechándosela y entregándole luego su tarjeta de visita. No hay razón para ser modesto con estos tíos—. ¿Qué puedo hacer por usted. Chillón?

—¿Es usted quien está a cargo de esto? —pregunta Chillón tras leer la tarjeta. Muestra una cortesía exagerada, estilo militar. Es un tipo calmo, maduro, un modelo a imitar, como el entrenador de fútbol americano de un instituto.

—Si es que se puede decir que alguien lo está.

—Señor Protagonist, hace unos minutos hemos recibido una llamada de una amiga suya llamada T.A.

—¿Hay algún problema? ¿Se encuentra bien?

—Oh, sí, señor, ella está bien. Pero, ¿se acuerda del bicho con quien hablaba usted antes?

Hiro jamás ha oído usar así la palabra «bicho», pero comprende que Chillón se refiere a la gárgola, Lagos.

—Sí —dice.

—Bueno, pues T.A. nos ha avisado de que se ha producido una circunstancia que involucra a ese caballero. Hemos pensado que querría echar una mirada.

—¿Qué sucede?

—Esto... Es preferible que me acompañe, ¿sabe? Hay cosas que son más fáciles de mostrar que de explicar con palabras.

En el momento en que Chillón se gira, arranca el primer rap de Sushi K. Su voz suena tensa y crispada.

Me llamo Sushi K. y vengo ante la gente para rapear de manera diferente
Números uno de cualquier ciudad echaos a temblar: aquí llega Sushi K
Recito las palabras, todas con esmero y no como las dice un bobo topiquero
Como una galaxia reluce mi peinado pues mi tecnología da un mejor acabado

Hiro sigue a Chillón lejos del gentío, hasta el área débilmente iluminada junto a las chabolas. Sobre ellos, en el terraplén del viaducto, distin-

gue unas formas enfundadas en verde fosforescente: Garantes que orbitan un atractor extraño.

—Cuidado donde pisa —dice Chillón cuando comienzan a subir el terraplén—. En algunos sitios resbala.

Me gusta rapear sobre un romance bello bájate las bragas y vamos ya con ello

Escucha el recital cantado con pasión que ofrece Sushi K, la nueva sensación

Su jerga nipoinglesa es toda una pasada y su lengua afilada, igual que una espada

Viene desde Asia por todo el Pacífico del Nuevo Paraíso, si somos específicos

Se trata de la típica pendiente de tierra y piedras sueltas que parece que vaya a desaparecer con las primeras lluvias. Aquí y allá crecen salvias, cactos y amarantos, todos ellos ralos y medio muertos debido a la contaminación.

Es difícil ver algo con claridad, porque allá abajo Sushi K está dando saltos en el escenario y los cegadores rayos naranja de su peinado cruzan el terraplén a velocidad casi supersónica, lanzando su luz sobre la hierba y las piedras y dándole a todo un extraño aspecto descolorido, como una imagen congelada de alto contraste.

Los ejecutivos que van a trabajar oyen su canción: es una bomba nuclear

Gojiro el gigante y su aliento de fuego será para siempre mi héroe de juegos

Su rapeo mutante arrasa la ciudad empieza ya a invertir en valores Sushi K

En la bolsa de Tokio nadie lo amenaza ningún otro rapero siquiera deja traza

Apuesta sin dudar por la mejor inversión compra acciones ya de Sushi K Corporación

Chillón sube directamente, paralelo a una huella reciente de motocicleta que ha dejado una profunda marca en la tierra amarilla y suelta. Consiste en una marca amplia y profunda y una más estrecha que sigue un rumbo paralelo, un poco más a la derecha.

A medida que ascienden, la huella se hace más profunda. Más profunda y más oscura. Cada vez parece menos una huella de motocicleta sobre el polvo suelto y más un canal de desagüe de algún siniestro flujo negro.

Desembarca en América, y antes de nada, se forman grandes filas de gente amedrentada

«¡Quédate en Japón! ¿Para qué vas a venir? ¡Aquí no queda nadie capaz de competir!»

Raperos de la Unión que lloran como niñas pidiendo precaución y medidas proteccionistas

El rap de Sushi K los tiene acojonados temen que les quite todo su mercado

Con un respaldo económico potente en América ni sueñan con hacerle frente

La maquinaria Sushi K monta sus conciertos con rápida eficiencia y con sin par acierto

Es un mecanismo rápido y preciso que aplasta raperos sin hacer un inciso

Uno de los Garantes que hay en lo alto lleva una linterna. Mientras se mueve barre el terreno en un ángulo plano, iluminando el suelo como un foco. Durante un instante la luz ilumina la rodada de la motocicleta e Hiro descubre que se ha convertido en un río de sangre roja, brillante y oxigenada.

Aprendió inglés deforma intensiva lo une al japonés: una mezcla explosiva

Con esa genial megacombinación pronto tendrá fans en cualquier nación

Los chicos de Hong Kong también hablan inglés suspiran por raperos como éste que aquí ves

Todos los anglófonos que quedan escondidos tarde o temprano aguzan el oído

Sueñan con tener un rapero consagrado porque ya están hartos de tanto fracasado

Lagos yace en el suelo, tumbado sobre la huella de neumáticos. Lo han abierto en canal como un salmón, con un único corte de bordes suaves que comienza en el ano y sube por el vientre, divide el esternón y termina en la mandíbula. No es una cuchillada superficial; en algunos puntos llega hasta la columna. Las tiras de nilón negro que sujetaban las piezas del ordenador y que cruzan esa línea central han sido limpiamente cortadas, y la mitad del equipo está tirado en el polvo.

Dominaré la radio de noche y de día y no quedará nadie con mejor demografía

Mi departamento de ventas y estadística predice en el futuro velocidad balística

Las acciones Sushi K suben sin parar y ningún otro rapero podrá reaccionar

17 La Mafia de Tio Enzo

Jason Breckinridge viste una chaqueta de color ladrillo. Es el color de Sicilia. Jason Breckinridge jamás ha estado en Sicilia. Quizá vaya algún

día, como premio. Para ganar el viaje gratis a Sicilia, Jason tiene que acumular 10.000 Puntos Goombata.

Ha comenzado desde una posición favorable. Por abrir su propia franquicia de Nova Sicilia, empezó automáticamente con 3.333 puntos en el banco de Puntos Goombata. Si a eso le añades el Bono de Ciudadanía no repetible de 500 puntos, el total empieza a tener muy buen aspecto. Esa cantidad está almacenada en Brookiyn, en un gran ordenador.

Jason se crió en las barriadas al oeste de Chicago, una de las regiones con más franquicias de todo el país. Asistió a la facultad de Empresariales de la Universidad de Illinois, sacando una nota media de 2,9567, y su tesis se tituló «La interacción de las dimensiones etnográfica, financiera y para-militar de la competencia en ciertos mercados». Era un estudio sobre las luchas territoriales entre las franquicias de Nova Sicilia y Narcolombia en su antiguo barrio de Aurora.

Enrique Cortázar dirigía la arruinada franquicia narcolombiana en la cual Jason había basado sus argumentos. Lo había entrevistado varias veces por teléfono, brevemente, pero jamás había visto al señor Cortázar cara a cara.

El señor Cortázar celebró la licenciatura de Jason lanzándole una bomba incendiaria a la furgoneta Omni Horizon de los Breckinridge en un aparcamiento y luego disparando once cargadores de munición de rifle a través de la pared frontal de su casa.

Por suerte, el señor Caruso, director de la cadena local de fransulados de Nova Sicilia que estaba echando del negocio a Enrique Cortázar, se enteró de esos ataques antes de que se produjesen, probablemente interceptando información de la red de teléfonos móviles y radios CB del señor Cortázar, cuya seguridad era nefasta. Consiguió avisar a tiempo a la familia de Jason, así que cuando todas esas balas atravesaron su casa en mitad de la noche, ellos estaban bebiendo champán y disfrutando de la hospitalidad de una Vieja Posada Siciliana ocho kilómetros más abajo por la Autopista 96.

Naturalmente, cuando la facultad celebró la feria de trabajo de fin de curso, Jason se aseguró de pasar por la caseta de Nova Sicilia para darle las gracias al señor Caruso por salvar a su familia de una muerte segura.

—Bueno, ya sabes, se trataba de, digamos, ser buenos vecinos, ¿me entiendes, Jasie, chico? —contestó el señor Caruso, dándole una palmada entre los hombros y estrujándole los deltoides, grandes como melones.

Jason ya no tomaba tantos esteroides como cuando tenía quince años, pero seguía estando en buena forma.

El señor Caruso procedía de Nueva York, y la suya era una de las casetas más populares de la feria. Esta se celebraba en un enorme recinto ferial de la Unión. El recinto había sido segmentado formando una cuadrícula de calles imaginarias. Dos «autopistas» la dividían en cuadrantes, y todas las empresas de franquicias y las nacionalidades tenían sus pabellones a lo largo de las mismas. Los barclaves y otras compañías tenían los pabellones ocultos entre las «calles» del interior de los cuadrantes. La caseta de Nova Sicilia del señor Caruso estaba justo en la intersección de las dos autopistas. Docenas de achaparrados licenciados de la Facultad de Empresariales hacían cola a la espera de una entrevista, pero el señor Caruso se fijó en que Jason estaba en la fila y fue hasta él y lo sacó de ella agarrándolo por los deltoides. Los otros licenciados clavaron la vista en Jason con envidia; eso le hizo sentirse bien, como si fuese alguien especial. Esa era la sensación que le daba Nova Sicilia: atención personalizada.

—Bueno, pensaba hacer la entrevista aquí, por supuesto, y también en el Gran Hong Kong de Mr. Lee, porque estoy muy interesado en la alta tecnología —explicó Jason, en respuesta a las paternales preguntas del señor Caruso.

El señor Caruso le dio un apretón especialmente fuerte.

—¿Hong Kong? —se extrañó. Su voz sugería que estaba sorprendido y algo dolido, pero que eso no influía negativamente en su apreciación de Jason, o al menos aún no—. ¿Para qué iba a meterse un chico blanco y listo como tú en un puñetero negocio japo?

—Bueno, en realidad no son japos, es decir, japoneses —argumentó Jason—. Hong Kong es sobre todo cantones...

—En el fondo todos son japos —interrumpió el señor Caruso—, y ¿sabes por qué lo digo? No porque yo sea un cabrón racista, que no lo soy, sino porque para ellos, ya sabes, para los japos, todos somos diablos extranjeros. Así es como nos llaman: diablos extranjeros. ¿Qué te parece?

Jason soltó una risita cómplice.

—Con todo lo que hemos hecho por ellos —continuó—. Pero aquí, Jasie, en América, todos somos diablos extranjeros, ¿no es así? Todos vinimos de otro sitio, excepto los putos indios. ¿No pensarás entrevistarte con la Nación Lakota, verdad?

—No, señor Caruso —dijo Jason.

—Estoy de acuerdo, haces muy bien. Pero me estoy despistando de lo que quiero decir, que es que, puesto que todos tenemos nuestras propias identidades étnicas y culturales, tenemos que trabajar con una organización que respete y busque preservar esas identidades distintivas, fusionándolas en un todo operativo, ¿entiendes?

—Sí, ya veo lo que quiere decir, señor Caruso —asiente Jason. Para ese momento, el señor Caruso lo había apartado un poco y lo estaba guiando por una metafórica Autopista de Oportunidades.

—Entonces, ¿se te ocurre alguna empresa que encaje en esa descripción, Jasie?

—Bueno...

—Desde luego el puñetero Hong Kong no. Eso es para blancos que quieren ser japos y no pueden, ¿no lo sabías? Y tú no quieres ser un japo, ¿verdad que no?

—Ja, ja. No, señor Caruso.

—¿Sabes lo que me han contado? —El señor Caruso soltó a Jason y se volvió hacia él, parando muy cerca, pecho contra pecho, de forma que al gesticular su cigarro silbaba junto a la oreja de Jason como una flecha ardiente. La charla se había vuelto confidencial, una pequeña anécdota compartida por los dos hombres—. Dicen que en Japón, si la cagas, tienes que cortarte un dedo. Clak. Así de fácil. Te lo prometo. ¿No te lo crees?

—Claro que lo creo, señor Caruso. Pero no todos los japoneses, señor, sólo los yakuza. La Mafia japonesa.

El señor Caruso se rió de buena gana, y nuevamente rodeó los hombros de Jason con el brazo.

—¿Sabes una cosa, Jason? Me gustas, me caes francamente bien —le dijo. La Mafia japonesa. ¿Alguna vez has oído llamar a nuestra cosa «Los yakuza sicilianos»? ¿Eh?

—No, señor —rió Jason.

—¿Y sabes por qué? ¿Lo sabes? —El señor Caruso había llegado a la parte seria, la parte significativa de la conversación.

—¿Por qué, señor?

El señor Caruso hizo girar a Jason hasta que ambos estuvieron mirando autopista abajo, a la alta efigie de Tío Enzo, que dominaba la intersección como la Estatua de la Libertad.

—Porque es única, hijo. Única. Y tú podrías formar parte de ella.

—Pero hay tanta competencia...

—¿Qué? ¡Ridículo! ¡Tu media es de casi tres puntos, hijo! ¡No habrá quien se cruce en tu camino!

El señor Caruso, como los dueños de otras franquicias, tenía acceso a la ParceINet, el servicio de catalogación múltiple que usaba Nova Sicilia para estar al tanto de lo que llamaba «áreas de oportunidad». Llevó a Jason al pabellón, justo por delante de todos esos pobres capullos de la cola, cosa que a Jason le encantó, y se conectó a la red. Lo único que tenía que hacer Jason era elegir una zona.

—Un tío mío tiene un concesionario de automóviles en el sur de California —dijo Jason—, y sé que es una zona en rápida expansión...

—¡Hay muchos sitios adecuados! —saltó el señor Caruso, pulsando teclas con un floreo. Giró el monitor para encararlo a Jason y mostrarle un mapa del área de Los Ángeles salpicada de brillantes manchas rojas que representaban sectores sin ocupar—. ¡Elige el que más te guste, Jasie!

Ahora Jason Breckinridge es gerente de Nova Sicilia núm. 5328, en el Valle. Todas las mañanas se pone su elegante chaqueta color ladrillo y conduce su Oídsmobile hasta el trabajo. Muchos jóvenes emprendedores conducirían BMW o Acura, pero la organización de la cual Jason forma parte hace hincapié en la tradición y los valores familiares y no ve con buenos ojos las ostentosas importaciones extranjeras: «Si un coche norteamericano es lo bastante bueno para Tío Enzo...».

La chaqueta de Jason tiene bordado el logotipo de la Mafia en el bolsillo. El logo tiene una «G» imbricada, que significa Gambino, el departamento que gestiona las cuentas de la cuenca de L.A. Debajo está escrito su nombre: «Jason (Bomba de hierro) Breckinridge». Es el apodo que el señor Caruso y él inventaron el año pasado durante la feria de Illinois. Todo el mundo tiene que tener un sobrenombre, es una tradición y una señal de orgullo, y les gusta que elijas uno que diga algo sobre ti.

Como gerente de una oficina local, el trabajo de Jason es repartir tareas entre los contratistas de la zona. Todas las mañanas aparca su Oídsmobile delante de la oficina y entra, apresurándose a cruzar la puerta blindada para frustrar a los posibles francotiradores narcolombianos. Eso no les impide disparar ocasionalmente al gran Tío Enzo que se eleva sobre la franquicia, pero esos carteles soportan un maltrato increíble antes de empezar a parecer gastados.

Una vez seguro en el interior, Jason se conecta con la ParceINet. Un listado de trabajos pendientes aparece automáticamente en la pantalla.

Lo único que tiene que hacer Jason es encontrar contratistas para esos trabajos antes de irse a casa por la noche, o de lo contrario encargarse personalmente de ellos. De una forma u otra tienen que hacerse. Gran parte de los trabajos son envíos, que él redistribuye hacia los korreos. Luego están los cobros de los prestatarios insolventes y de las franquicias que han contratado la seguridad de sus instalaciones a Nova Sicilia. Si es un primer aviso, a Jason le gusta acudir él mismo, para mostrar el estandarte, para hacer énfasis en que su organización adopta un enfoque personal, cara a cara, comprometido, de microgestión, en los asuntos relacionados con el cobro de deudas. Si es un segundo o tercer aviso, normalmente contrata a Camorristas Internacional, una agencia de cobros muy conocida cuyo trabajo siempre ha sido satisfactorio. Y de vez en cuando hay un Código H. Jason odia los Códigos H, le parecen síntomas de una crisis en el sistema de confianza mutua que permite que la sociedad funcione. Pero en general los Códigos H se solucionan a escala regional, y lo único que tiene que hacer Jason es encargarse de las repercusiones que pueda haber y de dejarlo todo bien atado.

Esta mañana Jason se siente especialmente bien; su Oídsmobile está recién encerado y pulido. Antes de entrar recoge del suelo del aparcamiento un par de envoltorios de hamburguesas, y al diablo los francotiradores. Ha oído el rumor de que Tío Enzo está en la zona, y nunca se sabe cuándo va a meter su flota de limusinas y camionetas militares en una franquicia del barrio para echar un vistazo y estrechar la mano de la tropa. Sí, hoy Jason va a trabajar hasta muy tarde, aguantando hasta que reciba el aviso de que el avión de Tío Enzo ha abandonado la zona sin contratiempos.

Se conecta con ParcelNet. Como siempre, aparece una lista de trabajos pendientes, no muy larga. La actividad entre franquicias es baja hoy, ya que sus gerentes estarán ocupados preparándose, inspeccionándolo todo y teniéndolo impecable ante una posible visita de Tío Enzo. Pero uno de los trabajos aparece listado en letras rojas: prioritario.

Los trabajos prioritarios son algo atípico, un síntoma de baja moral y de descuido generalizado. Todos los trabajos deberían ser prioritarios. Pero muy de vez en cuando hay algo que no puede retrasarse ni fallar. Un gerente local como Jason no puede ordenar un trabajo prioritario; viene de un escalón más alto.

Por lo común, un trabajo prioritario es un Código H, pero Jason nota con alivio que éste envío es sencillo. Ciertos documentos deben ser llevados en persona desde su oficina a Nova Sicilia núm. 4649, al sur de la ciudad.

Muy al sur. Compton. Zona de guerra, baluarte durante mucho tiempo de los pistoleros narcolombianos y los rastafaris.

Compton. ¿Para qué coño necesita una oficina de Compton una copia firmada de sus registros financieros? Más les valdría dedicar su tiempo a hacerle Códigos H a la competencia que tienen por ahí.

De hecho, en un barrio de Compton hay un grupo muy activo de Jóvenes Mañosos que acaba de lograr expulsar a los narcolombianos y ha convertido todo el barrio en un área sometida a Vigilancia Mañosa. Las ancianitas vuelven a pasear por la calle. Los niños esperan a los autobuses y juegan a rayuela en aceras que poco antes estaban manchadas de sangre. Es un hermoso ejemplo; si puede hacerse en ese barrio, puede hacerse en cualquier parte.

De hecho, el propio Tío Enzo va a ir a felicitarlos en persona.

Y la número 4649 va a ser su cuartel general provisional.

Las implicaciones son abrumadoras.

¡A Jason le han asignado el trabajo prioritario de entregar sus registros en la mismísima franquicia en la que Tío Enzo se va a tomar su café expreso esta tarde!

Tío Enzo se interesa por él.

El señor Caruso dijo que tenía contactos muy arriba, pero ¿realmente tan arriba?

Jason se reclina en su sillón giratorio color tierra a juego, sopesando la de repente muy creíble idea de que, en pocos días, quizá sea director de una región entera, o aún más.

Una cosa está clara: este envío no puede confiarse a ningún Korreo, a un macarra con monopatín. Jason va a desplazar personalmente su Oídsmobile hasta Compton para entregarlo.

18 Envío equivocado

Llega una hora antes de tiempo. Su objetivo era llegar media hora antes, pero en cuanto pone la vista en Compton comienza a conducir como un

loco: había oído historias, claro, pero ¡Dios mío! Las franquicias feas y baratas suelen adoptar logotipos con un exceso de horrible amarillo brillante, así que Alameda Street destaca claramente frente a él, como un chorro de orina radiactiva eyectada hacia el sur desde el mismo centro de Los Angeles. Jason se mete en el centro, haciendo caso omiso de las divisorias de los carriles y de los semáforos en rojo, y pisa el acelerador a fondo.

Muchas franquicias son de las que usan logos amarillos y están en el lado equivocado de la carretera, Uptown, Narcolombia, Cayman Plus, Metazania y El Talego. Pero los fransulados de Nova Sicilia destacan en este lodazal como islas rocosas: cabezas de puente en los esfuerzos de la Mafia por oponerse a la abrumadora fuerza de Narcolombia.

Las peores parcelas, que ni siquiera El Talego querría, suelen ser las elegidas por aquellos directores de franquicia ahorrativos que acaban de desembolsar un millón de yenes por una licencia de Narcolombia y que necesitan un terreno, cualquier terreno, que puedan rodear con una valla y extraterritorializar. Esos fransulados locales envían gran parte de su recaudación a Medellín, como tarifa de franquicia, y conservan apenas lo suficiente para pagar los costes de operación.

Algunos intentan hacer trampas, embolsarse unos cuantos billetes cuando creen que las cámaras de seguridad no miran, y huir calle abajo al fransulado más cercano de Cayman Plus o Los Alpes, que en estas zonas abundan como las moscas sobre un cadáver. Pero pronto comprenden que en Narcolombia casi todo es un crimen capital y que no hay sistema judicial propiamente dicho, sino únicamente escuadrones de la justicia volantes que tienen derecho a abrirse camino en tu fransulado a cualquier hora del día o de la noche y enviarle tus registros por fax al ordenador de Medellín, famoso por su meticulosidad. No hay nada que joda más que el que te planten frente a un pelotón de fusilamiento contra la pared de atrás de un negocio que has construido con tus propias manos.

Tío Enzo piensa que, dado el énfasis que pone la Mafia en la lealtad y en los valores familiares más tradicionales, pueden contratar a muchos de esos empresarios antes de que se conviertan en ciudadanos narcolombianos.

Y eso explica las vallas publicitarias que Jason encuentra con creciente frecuencia según se adentra en Compton. El rostro de Tío Enzo parece sonreír beatíficamente desde todas las esquinas. La mayoría de

imágenes lo muestran con el brazo sobre los hombros de un saludable chaval negro, y sobre ellos los eslogans

LA MAFIA: ¡TIENES UN AMIGO EN LA FAMILIA!,

O bien

TRANQUILO: HAS ENTRADO EN UN BARRIO CON VIGILANCIA MAFIOSA,

O

TÍO ENZO PERDONA Y OLVIDA.

Este último suele acompañar a una imagen del Tío Enzo con el brazo sobre los hombros de un adolescente, soltándole un severo sermón de tío a sobrino. Es una alusión al hecho de que los colombianos y los jamaicanos matan prácticamente a cualquiera.

¡QUIETO AHÍ, JOSÉ!

Es Tío Enzo con una mano en alto para detener a un hispano que blande una Uzi; tras él hay una falange panétnica formada por niños y abuelitas, resueltamente armados con bates de béisbol y sartenes.

Oh, claro que los narcolombianos siguen controlando las hojas de coca, pero ahora que Industrias Farmacéuticas Japonesas casi ha terminado su gran planta de síntesis de cocaína en Mexicali, eso dejará de tener importancia. La Mafia está apostando a que cualquier jovencito listo que vaya a comenzar un negocio estos días se fijará en las vallas y se lo pensará dos veces. ¿Por qué vas a ahogarte en tus propias entrañas en el patio trasero de un Buy'nFly cuando puedes vestir una elegante chaqueta color ladrillo y entrar a formar parte de una alegre familia? ¿Y más ahora que tienen capos negros, hispanos y asiáticos que respetarán tu identidad cultural? Jason confía en que, a la larga, la gente sabrá elegir.

En un sitio así, su Oídsmobile negro es una puta diana. Es lo peor que haya visto Compton en toda su vida. Leprosos asando perros en espetones sobre cubos de queroseno en llamas. Vagabundos que empujan carretillas cargadas con empapados coágulos de billetes de millón y de mil millones de dólares que han sacado de las alcantarillas. Cosas atropelladas, enormes, tan grandes que sólo pueden ser personas, aplastadas hasta formar abultados manchones que se extienden un bloque de longitud. Barricadas en llamas que cruzan las principales avenidas. Nada de franquicias a la vista. El Oídsmobile emite unos estallidos sordos, y Jason no logra entender qué es hasta que comprende que la

gente le está disparando. ¡Menos mal que dejó que su tío lo convenciera para ponerse blindaje completo! Cuando se da cuenta de eso, se pone a cien. ¡Cómo mola, colega! ¡Va por ahí con su Oids y esos hijoputas le disparan, y no pasa nada!

A tres bloques de distancia, todas las calles están cortadas por camionetas militares de la Mafia. Hay hombres al acecho sobre edificios calcinados, armados con carabinas de dos metros y ataviados con abrigos negros con la palabra MAFIA escrita en la espalda con letras fluorescentes de trece centímetros.

Sí, tío, esto es real, es la puta realidad.

Al acercarse al puesto de control nota que el Oídsmobile lleva ahora una mina portátil. Si él es el tipo equivocado, convertirá el auto en un dónut de acero. Pero no; él es el tipo adecuado. Tiene una tarea prioritaria, un montón de documentos en el asiento junto a él, envueltos y bien presentados.

Baja la ventanilla y un vigilante de alto nivel de la Mafia le dispara con un escáner retinal; nada de tarjetas de identificación ni tonterías de ésas. En un microsegundo saben quién es. Se reclina contra el reposacabezas, moviendo el retrovisor para poder mirarse en él y comprobar el peinado. No está mal.

—Colega —dice el guardia—, no estás en la lista.

—Sí que estoy —replica Jason—. Es una entrega prioritaria. Tengo los papeles aquí mismo.

Le pasa al guardia una copia impresa de la orden de ruta de ParcelNet, quien la estudia, gruñe y se mete en la camioneta, que está festoneada de antenas.

Hay una espera muy, muy larga.

Un hombre se aproxima a pie, cruzando el solar entre la franquicia de la Mafia y el perímetro. El aparcamiento vacío es un desierto de ladrillos calcinados y cables eléctricos retorcidos, pero este caballero se abre paso como Cristo sobre el mar de Galilea. Lleva un traje completamente negro, igual que su cabello. Ningún guardia lo acompaña. Así de buena es la seguridad del perímetro.

Jason se fija en que todos los guardias del puesto de control están ahora un poco más erguidos, enderezando las corbatas, ajusfando los puños de las camisas. Jason quiere salir de su Oídsmobile picoteado de balazos para mostrar el adecuado respeto a ese tipo, sea quien sea,

pero no puede abrir la puerta porque hay un enorme guardia ahí parado, usando el techo como espejo.

Y en un momento el tipo ya está aquí.

—¿Es él? —le pregunta a un guardia.

El guardia mira a Jason un instante con cara de incrédulo, luego vuelve la vista hacia el tipo importante del traje negro y asiente.

El hombre del traje negro asiente a su vez, ajusta un poco las mangas de la camisa, mira de reojo a su alrededor durante unos instantes, mira a los francotiradores de los tejados, mira a todas partes menos a Jason.

Luego se adelanta un paso. Uno de sus ojos es de cristal y no mira en la misma dirección que el otro. Jason piensa que está mirando hacia otro lado, pero está mirando a Jason con el ojo auténtico. O quizá no. Jason es incapaz de distinguir cuál de los dos ojos es auténtico. Se estremece y se pone rígido como un cachorrillo en un congelador.

—Jason Breckinridge —dice el hombre.

—Bomba de Hierro —le recuerda Jason.

—Cállate. Durante el resto de esta conversación, no digas nada. Cuando te explique en qué has metido la pata, no digas que lo sientes porque ya sé que lo sientes. Y cuando te marches de aquí con vida, no me des las gracias por estar vivo. Ni siquiera te despidas de mí.

Jason asiente.

—Estoy tan cabreado que ni siquiera quiero que asientas. Quédate inmóvil y cállate. De acuerdo, ahí voy. Esta mañana te asignamos una tarea prioritaria. Era francamente fácil. Lo único que tenías que hacer era leer el puto pedido. Pero no lo leíste. Decidiste entregar el puto envío tú mismo, cosa que el pedido te decía explícitamente que no hicieses.

Los ojos de Jason apuntan brevemente hacia el fardo de documentos que hay en el asiento.

—Ah, esa mierda —comprende el hombre—. No nos importan tus putos documentos. No nos interesas tú ni tu puta franquicia en mitad de ninguna parte. Lo único que nos interesaba era la korreo. El pedido decía que la entrega debía realizarla una korreo que trabaja en tu zona y se llama T.A. Resulta que al Tío Enzo le agrada T.A. y quiere conocerla. Ahora, como tú la has cagado. Tío Enzo no va a ver cumplido su deseo. Qué desenlace tan terrible. Qué verguëenza. Qué metedura de pata más increíble, que es exactamente lo que ha sido. Es tarde para salvar tu franquicia, Jason Bomba de Hierro, pero quizá

no sea demasiado tarde para impedir que las ratas de la alcantarilla se merienden tus pezones esta noche.

19 Lúpulo

—Eso no lo han hecho con una espada —dice Hiro. Al contemplar el cadáver de Lagos ya ni siquiera siente asombro. Probablemente las emociones le caerán en tropel más tarde, cuando vaya a casa e intente dormir. Por ahora, la parte racional de su cerebro parece desconectada de su cuerpo, como si hubiese ingerido una dosis masiva de drogas, y permanece tan frío como Chillón.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo lo sabe? —pregunta Chillón.

—Las espadas producen cortes rápidos, que atraviesan por completo. Cortas la cabeza, o el brazo. Una persona muerta con una espada no tiene ese aspecto.

—¿En serio? ¿Acaso ha matado usted a mucha gente con una espada, señor Protagonist?

—Sí. En el Metaverso.

Permanecen un rato más mirando el cadáver.

—No ha sido un golpe rápido, sino fuerte —dice Chillón.

—Cuervo parece lo bastante fuerte.

—Sí, lo parece.

—Pero no iba armado. Los Tullís lo cachearon y estaba limpio.

—Bueno, pues habrá pedido un arma prestada —dice Chillón—. Este bicho se movía por todas partes, ¿sabe? No le quitábamos ojo, porque temíamos que hiciese cabrear a Cuervo. No dejaba de ir de un sitio a otro buscando un buen punto de observación.

—Está cargado de equipo de vigilancia —dice Hiro—. Cuanto más alto, mejor.

—El caso es que llegó hasta este terraplén; y parece que el criminal sabía dónde estaba.

—El polvo —explica Hiro—. Mire los láseres.

Abajo, Sushi K hace piruetas espásticas; una botella de cerveza le rebota en la frente. Un haz de láseres barre el terraplén, claramente visibles en el fino polvo levantado por el viento.

—El tipo, el bicho, usaba láseres. En cuanto llegó aquí...

—Traicionaron su posición —completa Chillón.

—Y Cuervo vino a por él.

—No sabemos si fue él —acota Chillón—. Pero he de saber si este personaje —señala el cadáver— puede haber hecho algo para que Cuervo se sintiese amenazado.

—¿Qué es esto, terapia de grupo? ¿A quién le importa si Cuervo se sintió amenazado?

—A mí —dice Chillón de forma tajante.

—Lagos no era más que una gárgola. Una aspiradora de intel. No creo que se dedicase a las operaciones mojadas, y si lo hiciese, habría venido equipado de otra forma.

—Entonces, ¿por qué estaba Cuervo tan intranquilo?

—Supongo que no le gusta que lo vigilen —dice Hiro.

—Sí —replica Chillón—. Haría usted bien en no olvidarlo. Luego se tapa un oído con la mano para oír mejor las voces en el auricular de su radio.

—¿T.A. vio cómo ocurría esto? —pregunta Hiro.

—No —masculla Chillón un momento después—. Pero lo vio abandonar la escena del crimen. Lo está siguiendo.

—¿Y por qué diablos está haciendo eso?

—Supongo que usted se lo ordenó, o algo así.

—No pensé que se marchase tras él.

—Ella no sabe que ha matado a este tipo —le recuerda Chillón—. Acaba de llamar para dar la noticia de un avistamiento: Cuervo va en su Harley hacia Chinatown. —Y echa a correr terraplén arriba, donde hay un par de automóviles de los Garantes esperando, aparcados al borde de la autopista.

Hiro lo sigue. Gracias a la esgrima tiene las piernas en buena forma; alcanza a Chillón cuando éste llega a su coche. En cuanto el conductor abre los cierres eléctricos, Hiro se desliza en el asiento trasero mientras Chillón entra en el delantero. Chillón se vuelve para lanzarle una mirada cansina.

—Me portaré bien —dice Hiro.

—Una cosa...

—Ya sé: Nada de tontear con Cuervo.

—Justo.

Chillón mantiene la mirada de advertencia un instante más y luego se gira para indicar con un gesto al conductor que se ponga en marcha. Arran-

ca con impaciencia tres metros de listado de la impresora del salpicadero y empieza a estudiarlo.

Hiro logra distinguir varias fotos del Tullí importante en la larga tira de papel, fotos del tipo de la barba de chivo con el que Cuervo estuvo haciendo negocios un rato antes. El impreso lo identifica como «T-Bone Murphy».

También hay una imagen de Cuervo, tomada en movimiento, no una fotografía policial. Es de muy mala calidad. La han tomado mediante algún dispositivo óptico de amplificación luminosa que difumina los colores y le da a todo un aspecto granuloso y de muy bajo contraste. Luego han procesado la imagen, haciéndola más nítida, pero también más granulosa. La matrícula no es más que un borrón ovalado, tapado por el fulgor del piloto trasero. La Harley está fuertemente inclinada; la rueda del sidecar no toca el suelo. Pero el conductor no tiene cuello visible; la cabeza, o más bien el manchón oscuro que ocupa ese lugar, se va haciendo más y más ancho hasta que se funde con los hombros. Sin duda alguna, se trata de Cuervo.

—¿Cómo es que tiene aquí fotos de T-Bone Murphy? —se extraña Hiro.

—Lo está persiguiendo —contesta Chillón.

—¿Quién persigue a quién?

—Bueno, su amiga T.A. no es precisamente una reportera experimentada, pero a juzgar por sus informes, se los ha visto en la misma zona, tratando de matarse entre sí — dice Chillón. Habla con el tono lento y distante de alguien que esté recibiendo información continua a través de los auriculares.

—Antes estaban haciendo algún tipo de negocio —explica Hiro.

—En ese caso no me extraña que ahora intenten matarse.

Una vez llegan a cierta parte de la ciudad, seguir a T-Bone y a Cuervo es únicamente cuestión de ir de ambulancia en ambulancia. Cada pocos bloques hay un ramillete de policías y médicos, luces centelleantes y radios que tosen. Lo único que tienen que hacer es ir de uno a otro.

En el primero hay un Tulli muerto en el pavimento. Un rastro de sangre de dos metros de ancho fluye de su cuerpo, cruza la calle en diagonal y desaparece en una alcantarilla. Los tipos de la ambulancia rondan por ahí, fumando y bebiendo café en tazas de papel, esperando a que los Garantes terminen de tomar medidas y fotografías para poderse llevar el cadáver al depósito. No hay ninguna aguja intravenosa, ningún resto

de material médico tirado por el suelo, ningún botiquín de primeros auxilios; ni siquiera lo han intentado.

Avanzan unas cuantas esquinas más hasta la siguiente constelación de luces parpadeantes. Aquí, el personal de la ambulancia está poniéndole una escayola a la pierna de un metapoli.

—Le ha pasado la moto por encima —dice Chillón, agitando la cabeza con el tradicional desdén de los Garantes hacia sus patéticos parientes jóvenes, la MetaPol.

Por fin, conecta la radio al salpicadero para que todos puedan oír. El rastro del motociclista está ya frío, y por lo que se ve, los polis locales sólo se están encargando de las secuelas. Pero un ciudadano acaba de llamar para quejarse de que un hombre con una motocicleta y otras personas están pisoteando una plantación de lúpulo en su bloque.

—A tres travesías de aquí —le indica Chillón al conductor.

—¿Lúpulo? —se extraña Hiro.

—Conozco el lugar. Es una microfábrica local de cerveza —dice Chillón—. Cultivan su propio lúpulo. Contratan jardineros de la ciudad, campesinos chinos que hacen el trabajo duro por ellos.

Cuando llegan, los primeros representantes de la autoridad en personarse en la escena del crimen, resulta evidente por qué Cuervo ha elegido dejarse perseguir en una plantación de lúpulo: es una magnífica cobertura. Las plantas de lúpulo son pesadas enredaderas cubiertas de flores que crecen sobre un emparrado de postes de bambú. El emparrado tiene dos metros y medio de altura; no hay forma de ver nada. Todos se bajan del coche.

—¿T-Bone? —llama Chillón.

—¡Por aquí! —oyen que grita alguien en inglés desde el centro del sembrado. Pero no es una respuesta a Chillón.

Se adentran cuidadosamente en la plantación. Un olor resinoso, no muy distinto del de la marihuana, lo envuelve todo: el olor penetrante de la cerveza cara. Chillón le indica a Hiro mediante gestos que se quede atrás.

En otra ocasión, Hiro lo haría. Es medio japonés, y bajo ciertas circunstancias, totalmente respetuoso de la autoridad.

Ésta no es una de esas circunstancias. Si Cuervo se le acerca lo más mínimo, Hiro piensa hablarle con su katana. Y llegado el caso prefiere no tener a Chillón cerca, porque podría perder un miembro por accidente.

—¡Eh, T-Bone! —aulla Chillón—. ¡Somos los Garantes y estamos cabreados! Lárgate de aquí, tío. ¡Vamonos a casa!

Como única respuesta, T-Bone, o al menos eso supone Hiro, suelta una corta ráfaga con una ametralladora. El fogonazo de los disparos ilumina el lúpulo como una luz estroboscópica. Hiro se tira al suelo, clavando un hombro y enterrándose unos instantes en tierra blanda y hojas.

—¡Joder! —dice T-Bone. Es un joder defraudado, un joder con una fuerte connotación de profunda frustración y no poco miedo.

Hiro adopta una prudente posición en cuclillas. Chillón y el otro Garante ya no están a la vista.

Hiro se abre camino por el emparrado hasta un pasillo despejado más próximo a la acción.

El otro Garante, el conductor, está en el mismo pasillo, a unos diez metros, vuelto de espaldas a Hiro. Echa un vistazo girando la cabeza hacia Hiro, luego mira en dirección contraria y ve a alguien; Hiro no logra ver quién, porque el Garante le tapa la visión.

—Qué coño —dice el Garante.

Luego da un saltito, como sorprendido, y algo se mueve en la espalda de su chaqueta.

—¿De quién se trata? —pregunta Hiro. El Garante no responde. Está intentando darse la vuelta, pero algo lo impide. Algo mueve las enredaderas a su alrededor.

El Garante se estremece, inclinándose lateralmente sobre uno y otro pie.

—Tengo que soltarme —dice en voz alta sin dirigirse a nadie. Se pone a correr alejándose de Hiro. La otra persona que había en el pasillo ya se ha ido. El Garante corre con un extraño trote rígido y los brazos colgando. La cazadora verde brillante no cuelga de forma natural.

Hiro corre tras él. El Garante se dirige al extremo del pasillo, desde donde son visibles las luces de la calle.

El Garante sale de la plantación un instante antes que Hiro, y cuando éste llega a la acera, está en medio de la calle, cuya principal iluminación es el intermitente destello azul de una pantalla de vídeo aérea gigante. Se está dando la vuelta con unos pequeños y extraños pisotones, manteniendo el equilibrio a duras penas. Dice «ahh, ahh» con una voz baja y calmada que gorgotea como si le hiciese mucha falta aclararse la garganta.

Al volverse el Garante, Hiro advierte que lo han empalado con una lanza de bambú de dos metros y medio. Media le sobresale por delante y media por detrás. La mitad de atrás está manchada de sangre y negras heces; la delantera está limpia y es de color amarillo verdoso. El Garante sólo puede ver la mitad delantera, y sus manos la recorren arriba y abajo como intentando verificar lo que ven sus ojos. Entonces la mitad posterior golpea un coche aparcado, rociando la pulida puerta del maletero con un estrecho haz de mierda. La alarma salta; el Garante oye el sonido y se gira a ver qué es.

Lo último que Hiro ve de él es su figura corriendo hacia Chinatown por el centro de la calle iluminada de palpitante neón, sollozando una terrible canción aleatoria que se contrapone al gimoteo de la alarma. Hiro siente en ese momento que algo ha desgarrado el mundo y que él se balancea en el borde de la grieta, con la mirada clavada en un sitio donde no quiere estar. Perdido en la biomasa.

Hiro desenvaina la katana.

—¡Chillón! —aulla—. ¡Está tirando lanzas! ¡Y es bastante bueno! ¡Le ha dado al conductor!

—¡Lo tengo! —grita a su vez Chillón.

Hiro vuelve a adentrarse en el pasillo más cercano. Oye un sonido hacia la derecha y usa la katana para abrirse camino hasta ese pasillo. En estos momentos no es un lugar agradable para estar, pero es mucho más seguro que quedarse plantado en la calle bajo la iluminación plutónica de la pantalla de vídeo.

Al fondo del pasillo hay un hombre. Hiro lo reconoce por el extraño perfil de su cabeza, que se amplía hasta llegar a los hombros. En la mano sostiene una pértiga de bambú recién cortada del emparrado.

Cuervo golpea un extremo con la otra mano y un trozo cae al suelo. Lleva algo brillante en la mano, aparentemente la hoja de un cuchillo. Ha cortado el extremo de la pértiga en ángulo agudo para hacer una lanza.

La arroja con fluidez. El movimiento es tranquilo y hermoso. La lanza desaparece de la vista porque viene directamente hacia Hiro.

Hiro no tiene tiempo de adoptar la posición correcta, pero no importa porque ya la había adoptado. Siempre que empuña la katana la adopta automáticamente, porque teme que de lo contrario pueda perder el equilibrio y amputarse una extremidad por accidente.

Los pies paralelos y dirigidos al frente, el pie derecho más adelantado que el izquierdo, la katana sujeta a la altura de la ingle como si fuera una extensión del falo. Hiro alza la punta y golpea la lanza con la parte ancha de la espada, desviándola justo lo necesario; gira lentamente y la punta falla a Hiro por poco, enganchándose en una enredadera a su derecha. El extremo posterior se balancea y se queda colgado de la parte izquierda, rompiendo varias enredaderas mientras se detiene. Es muy pesada, y se movía muy deprisa.

Cuervo ha desaparecido.

Nota mental: tanto si en los planes de Cuervo para esta noche entraba llevarse por delante un grupo de Tullís y Garantes sin ayuda de nadie como si no, no se molestó en traerse un arma de fuego.

A varias filas de distancia suena una ráfaga de disparos. Hiro ha estado bastante tiempo ahí parado, pensando en lo que acaba de suceder. Se abre paso hasta la siguiente hilera de enredaderas y se dirige hacia los fogonazos.

—No dispares hacia aquí, T-Bone, yo estoy de tu lado —dice mientras avanza.

—¡Tío, ese malnacido me ha tirado una lanza al pecho! —se queja T-Bone.

Cuando llevas blindaje, que te alcance una lanza no es gran cosa.

—Quizá deberías dejarlo correr —dice Hiro. Llegar hasta T-Bone lo está obligando a atravesar muchas filas de enredaderas, pero si sigue hablando, Hiro puede encontrarlo.

—Soy un Tulli. No dejamos correr nada —dice T-Bone—. ¿Eres tú?

—No —dice Hiro—. Aún no he llegado.

Una ráfaga de disparos muy breve, que cesa en seguida, y de repente ya nadie habla. Hiro logra pasar al siguiente pasillo y casi pisa la mano de T-Bone, amputada a la altura de la muñeca. El índice rodea la guarda del gatillo de un MAC-11.

El resto de T-Bone está a dos pasillos de distancia. Hiro se detiene y mira entre las enredaderas.

Cuervo es uno de los hombres más grandes que Hiro haya visto fuera de los acontecimientos deportivos profesionales. T-Bone retrocede alejándose de él. Cuervo, desplazándose con largas zancadas confiadas, alcanza a T-Bone y mueve una mano hacia su cuerpo; a Hiro no le hace falta ver el cuchillo para comprender que está ahí.

Parece que T-Bone saldrá de ésta con tan sólo una mano cosida y algo de rehabilitación, porque no se puede matar a una persona de una puñalada si lleva blindaje.

T-Bone grita.

Se sacude arriba y abajo sobre la mano de Cuervo. El cuchillo ha atravesado el tejido antibalas y ahora Cuervo intenta destripar a T-Bone como hizo con Lagos. Pero su cuchillo, sea lo que sea, no logra cortar el tejido. Es lo suficientemente afilado para atravesarlo, e incluso eso debería ser imposible, pero no lo bastante para desgarrarlo.

Cuervo lo saca, se apoya sobre una rodilla y desliza la mano del cuchillo en una larga elipse entre los muslos de T-Bone. Luego salta sobre el cuerpo caído y se marcha corriendo.

Hiro comprende que T-Bone es hombre muerto, así que sigue a Cuervo. Su intención no es cazarlo, sino tener una idea clara de dónde está.

Tiene que cruzar varias hileras. Pronto ha perdido a Cuervo. Considera durante unos instantes la posibilidad de correr en dirección contraria tan deprisa como pueda. Luego oye el profundo, asfixiante retumbar de un motor de motocicleta. Hiro corre hacia la salida más próxima, intentando echarle una ojeada.

Lo consigue, aunque es muy breve, no mucho mejor que la imagen del coche de policía. Mientras se larga. Cuervo se vuelve para mirar a Hiro. Está pasando bajo una farola, así que por primera vez Hiro logra ver su cara con claridad. Es asiático. Tiene un bigote delgado que le llega por debajo de la barbilla.

Mientras Cuervo se aleja, otro Tullí sale corriendo a la calle un instante después que Hiro. Se frena un momento para hacerse cargo de la situación y luego carga contra la motocicleta como un linebacker, lanzando un grito de guerra.

Chillón aparece más o menos al mismo tiempo que el Tullí y se lanza calle abajo en persecución de ambos.

Cuervo no parece ser consciente del Tullí que lo persigue corriendo, pero en retrospectiva resulta evidente que debe de haber estado siguiendo su aproximación por el retrovisor. Cuando el Tullí está a su alcance, la mano de Cuervo suelta el acelerador durante un momento, y chasquea hacia atrás como si estuviese tirando basura. El puño golpea al Tullí en la cara como un jamón helado disparado por un cañón. Su cabeza restalla al retroceder, sus pies se levantan del suelo, da una voltereta hacia atrás casi completa y se estrella contra la calzada, golpeando

primero con la nuca y dando un fuerte golpe con ambos brazos rectos en la carretera. Se parece mucho a una caída controlada, aunque si es así, ha debido de ser más por reflejo que por otra cosa.

Chillón frena, se gira y se arrodilla junto al Tullí caído, haciendo caso omiso de Cuervo.

Hiro contempla cómo el inmenso lancero y contrabandista de drogas radiactivo cabalga su moto rumbo a Chinatown, lo cual, a efectos de perseguirlo, es lo mismo que si fuese a la China.

Se aproxima al Tullí, que yace en medio de la calle con los brazos en cruz. La parte superior de su rostro es difícil de distinguir. Tiene los ojos medio abiertos y una expresión bastante relajada.

—Es un puto indio o algo así —dice quedamente. Interesante idea, pero Hiro sigue pensando que es asiático.

—¿Qué coño creías que hacías, gilipollas? —dice Chillón. Suena tan cabreado que Hiro se aparta de él.

—Ese mamón nos la ha jugado. El maletín se ha quemado —masculla el Tulli, con la mandíbula aplastada.

—¿Y por qué no lo disteis por perdido y ya está? ¿Teníais que perseguir a Cuervo? ¿Estáis locos?

—Nos la ha jugado. Nadie hace eso y sale con vida.

—Pues Cuervo acaba de hacerlo —replica Chillón. Está empezando a calmarse un poco. Se gira en redondo y mira a Hiro.

—T-Bone y el conductor probablemente estén muertos —dice Hiro—. Y sería mejor no mover a este tipo; podría tener el cuello roto.

—Tiene suerte de que no se lo rompa yo —contesta Chillón. La ambulancia llega a tiempo de ponerle al Tulli un collarín hinchable antes de que se envalentone e intente levantarse. En pocos minutos se lo han llevado de allí.

Hiro vuelve a la plantación en busca de T-Bone. Está muerto, recostado de rodillas contra un emparrado. La puñalada a través de su traje antibalas posiblemente habría sido fatal, pero Cuervo no se contentó con eso. Desgarró la cara interior de los muslos de TBone, abriéndolos hasta el hueso. Al hacerlo provocó grandes desgarrones longitudinales en ambas arterias femorales, de forma que T-Bone se desangró por completo. Es igual que si cortases el fondo de una taza de plástico.

20 Cuervo nuclear

Los Garantes convierten toda la manzana en un cuartel general móvil de la policía, con coches, vehículos celulares y enlaces por satélite montados en remolques. Tipos enfundados en batas blancas se pasean plantación arriba y abajo con contadores Geiger, Chillón va de aquí para allá con su micrófono, mirando al vacío, manteniendo conversaciones con gente que no está presente. Un camión grúa hace su aparición trayendo tras de sí el BMW negro de T-Bone.

—Eh, colega. —Hiro se vuelve. Es T.A. Acaba de salir de un chino que hay al otro lado de la calle. Le tiende a Hiro una cajita blanca y un par de palillos—. Pollo picante con salsa de judías negras, nada de glutamato monosódico. ¿Sabes usar los palillos?

Hiro no hace caso del insulto.

—He pedido ración doble —continúa T.A.— porque imagino que esta noche habremos conseguido buena intel.

—¿Sabes lo que ha pasado?

—No, salvo que hay heridos.

—Pero no has sido testigo presencial.

—No, no he logrado seguirlos.

—Me alegro —dice Hiro.

—¿Qué ha pasado?

Hiro menea la cabeza. Las luces hacen que el pollo picante brille con un fulgor oscuro; jamás en su vida ha tenido menos hambre.

—De haberlo sabido no te habría metido en esto. Creí que era sólo una tarea de vigilancia.

—¿Qué ha ocurrido?

—No quiero entrar en detalles. Mantente lejos de Cuervo, ¿entendido?

—Claro —dice T.A., con ese tono de voz gorjeante que usa cuando está mintiendo y quiere asegurarse de que se sepa.

Chillón abre la puerta trasera del BMW y mira en el asiento. Hiro se aproxima un poco más, recibiendo una desagradable vaharada de humo frío. Huele a plástico quemado.

En el asiento está el maletín de aluminio que Cuervo le dio a T-Bone. Tiene todo el aspecto de haber sido lanzado a una hoguera: manchas de humo negro alrededor de los cierres, y el asa de plástico está medio fundida. La tapicería de cuero del BMW tiene marcas de quemaduras. No es extraño que T-Bone estuviese enfadado.

Chillón se enfunda un par de guantes de látex. Saca el maletín del coche, lo apoya sobre el portaequipajes y fuerza los cerrojos con una pequeña palanca.

Sea lo que sea, es complicado y de alta tecnología. La mitad superior de la caja tiene varias fílas de tubitos con tapón rojo, como los que vio Hiro en el GuardaTrastos. Hay cinco filas, cada una de ellas con unos veinte tubos.

La mitad inferior de la caja es una especie de anticuada terminal de ordenador miniaturizada. Casi todo el espacio lo ocupa un teclado. Hay una pequeña pantalla de cristal líquido en la que quizá quepan unas cinco líneas de texto a la vez. Hay algo similar a un lápiz, conectado a la caja mediante un cable que estirado debe de medir un metro; probablemente un lápiz óptico o un lector de código de barras. Sobre el teclado hay una lente, en un ángulo tal que apunta a quien use el teclado. Hay otros dispositivos de propósito no tan evidente: una ranura que puede servir para insertar un lector de tarjetas de crédito o de identidad, y un conector cilindrico más o menos del diámetro de uno de esos tubitos.

Esa es la reconstrucción de Hiro del aspecto que tuvo la caja en otro tiempo. Ahora todo está fundido. A juzgar por las marcas de humo del exterior del maletín, que parecen chorros que han escapado a través del resquicio que separa ambas mitades, la fuente de las llamas era interna, no externa.

Chillón libera de su abrazadera uno de los tubos y lo sostiene frente a las brillantes luces de Chinatown. Fue transparente, pero ahora está manchado por el calor y el humo. De lejos parece un simple frasco, pero al acercarse a mirarlo con más atención Hiro distingue al menos media docena de pequeños compartimientos distintos, conectados entre sí por tubos capilares. En un extremo tiene un tapón de plástico rojo. El tapón tiene una ventana negra rectangular, y al hacerlo girar Chillón, Hiro ve el tenue destello rojizo de una pantalla de LED inactiva, como si mirase la pantalla de una calculadora apagada. Debajo de eso hay una pequeña perforación. No es un simple agujero de taladro; es ancho en la superficie y se estrecha rápidamente hasta llegar a una abertura casi invisible del tamaño de la punta de un alfiler, como la boca de una trompeta.

Los compartimientos del frasco están parcialmente llenos de líquidos, unos transparentes y otros de color marrón negruzco. Los marrones

deben de ser orgánicos y el calor los ha convertido en caldo de gallina; los transparentes podrían ser cualquier cosa.

—Tenía que irse a tomar algo a un bar —masculla Chillón—. Menudo gilipollas.

—¿Quién?

—T-Bone. Él era, digamos, el dueño registrado de esta unidad. Del maletín. Y en cuanto se alejó más de tres o cuatro metros: fsssshhh, se autodestruyó.

—¿Por qué?

—Bueno, yo no trabajo para la CCI ni nada por el estilo —dice Chillón mirando a Hiro como si fuese imbécil—. Pero diría que quienquiera que haga esta droga, que llaman Cuenta Atrás, Tapa Roja o Snow Crash, se toma muy en serio lo de los secretos comerciales. Así que si el camello abandona el maletín, lo pierde o intenta pasárselo a alguien más: fsssshhh.

—¿Cree que los Tullís van a pillar a Cuervo?

—En Chinatown no. Mierda —dice Chillón, cabreándose de nuevo retroactivamente—, no me puedo creer lo de ese tío. Lo habría matado.

—¿A Cuervo?

—No. Al Tullí. Mira que perseguir a Cuervo. Tiene suerte de que lo pillara Cuervo y no yo.

—¿Usted perseguía al Tullí?

—Claro que perseguía al Tulli. ¿Qué creía, que intentaba cazar a Cuervo?

—Pues la verdad, sí. Es el malo, ¿no?

—Desde luego que sí. Por eso, si yo fuese un poli y mi trabajo fuese pillar a los malos, perseguiría a Cuervo. Pero como soy un Garante del Orden, mi trabajo consiste en garantizar el orden. Por eso hago todo lo que puedo, y también los otros Garantes de la ciudad, para proteger a Cuervo. Y si se le ha pasado por la cabeza la idea de encontrar a Cuervo usted mismo para vengar a ese colega suyo que se ha cargado, ya puede ir olvidándose.

—¿Cargarse? ¿A qué colega? —interrumpe T.A. Ella no ha visto lo sucedido a Lagos.

—¿Por eso me decían todos que no tontease con Cuervo? —pregunta Hiro, mortificado—. ¿Temían que yo lo atacase?

—Dispone de los medios —dice Chillón mirando las espadas.

—¿Y por qué iba nadie a proteger a Cuervo?

—Es un Soberano —explica Chillón, sonriendo como si acabase de cruzar la frontera para adentrarse en el reino de las bromas.

—Pues declárele la guerra.

—No es buena idea declararle la guerra a una potencia nuclear.

—¿Cómo?

—Dios mío —dice Chillón sacudiendo la cabeza—, si hubiese tenido la más mínima idea de lo poco que sabe de todo esto jamás lo habría dejado subirse a mi coche. Creí que era un agente de operaciones mojadas de la CCI. ¿Me está diciendo en serio que no sabe nada de Cuervo?

—Sí, eso es exactamente lo que le estoy diciendo.

—De acuerdo. Voy a contárselo para que no vaya por ahí causando problemas. Cuervo lleva encima la ojiva de un torpedo que robó de un viejo submarino nuclear soviético. Un torpedo diseñado para cargarse de un solo tiro un portaaviones y toda su escolta. Un torpedo nuclear. ¿No se ha fijado en ese sidecar tan extraño que lleva en su Harley? Pues es una bomba de hidrógeno, colega. Armada y preparada. El disparador está conectado a unos electrodos incrustados en el cráneo de Cuervo. Si Cuervo muere, la bomba estalla. Por tanto, siempre que Cuervo se deja caer por la ciudad hacemos todo lo posible para que se sienta cómodo y bienvenido.

Hiro está con la boca abierta.

—Okey —dice T.A., interviniendo por él—. En nombre de mi socio y en el mío propio, le garantizo que nos mantendremos alejados de él.

21 Tío Enzo

T.A. se teme que va a perder toda la tarde interpretando el papel de boñiga de rampa. La patinada por Harbor Freeway, que la lleva del centro de la ciudad a Compton, es cuesta arriba, pero las rampas de salida de este barrio se usan tan poco que en los baches hay amarantos de un metro de altura. Y desde luego no va a ir hasta Compton por su propio impulso. Quiere arponear algo grande y rápido.

No puede usar el viejo truco de pedir una pizza a su destino y arponear al repartidor cuando la sobrepase, porque ninguna cadena de pizzerías

reparte en ese barrio. Por tanto, tendrá que quedarse parada en la rampa de salida, esperando horas y horas a que pase alguien. Una boñiga de rampa.

No tiene ningunas ganas de hacer esta entrega. Pero un concesionario de una franquicia se ha empeñado en que la haga. Se ha empeñado mucho. La cantidad de dinero que le ha ofrecido es tan alta que resulta absurdo. El paquete debe de estar repleto de alguna droga nueva muy intensa.

Pero aún es más raro lo que pasa a continuación. Viaja por Harbor Freeway, acercándose a la rampa por la que tiene que salir, tras haber arponeado un semirremolque que iba hacia el sur. A quinientos metros de la rampa, un Oídsmobile negro con marcas de balazos pasa junto a ella, señalando con el intermitente que va a girar a la derecha. Va a salir. Es demasiado bueno para ser cierto. Arponea el Oídsmobile.

Al descender la rampa tras este sedán flatulento le echa un vistazo al conductor en el retrovisor. Es el concesionario de la franquicia, el que le paga una cantidad absurda de dinero por hacer este trabajo.

Ahora T.A. le tiene más miedo al tipo ese que a Compton. Debe de ser un psicópata. Estará enamorado de ella. Seguro que es alguna retorcida y psicótica estratagema amorosa.

Pero ya es un poco tarde. Sigue con él, buscando una forma de salir de este abrasado y putrefacto barrio.

Se están acercando a una gran barricada de la Mafia de aspecto desagradable. Él pisa el acelerador, directo hacia la muerte. T.A. ve frente a ella su objetivo, la franquicia a la que se dirige. En el último momento, él gira bruscamente el volante y se detiene lateralmente con un chirrido.

No podría haber sido más servicial. Mientras le da ese último empuje, T.A. libera el arpón y patina a través del puesto de control a una velocidad razonable y segura. Cuando entra, los guardias mantienen sus armas apuntando hacia el cielo y vuelven la cabeza para mirarle el culo.

La franquicia de Nova Sicilia en Compton tiene un aspecto horrible. Es como una fiesta de Jóvenes Mafíosos. Esos mozalbetes son todavía más plastas que los del barclave exclusivo mormón Deseret. Los chicos visten prolijos trajes negros. Las chicas están imbuidas de insustancial feminidad. De hecho, las chicas no pueden pertenecer a los Jóvenes Mafíosos, sino a los Asistentes Femeninos, y servir macarrones en

bandejas de plata. «Chicas» es un término demasiado refinado para esos organismos, demasiado elevado en la escala evolutiva. Ni siquiera son tías.

T.A. va demasiado deprisa, así que vuelve la plancha de lado con una patada, clava los frenos, se apoya en ellos y se detiene derrapando. Proyecta una nube de polvo y arena que mancha los lustrosos zapatos de varios Jóvenes Mafíosos que se arremolinan junto a la fachada, mordisqueando diminutos pastelillos italianos y haciéndose los adultos. La nube se condensa en las medias de lazos blancos de las prototías de los Jóvenes Mafíosos. T.A. cae del patín y parece recuperar el equilibrio en el último momento. Le da un pisotón con un solo pie al borde del patín y éste sale proyectado más de un metro en el aire, rotando velozmente sobre su eje longitudinal, hasta encajar en su axila, donde lo sujeta fuertemente con el brazo. Las púas de las intelirruedas se retraen de modo que las ruedas son apenas mayores que los ejes. Encaja el magnarpón en una ranura al efecto de la parte inferior de la plancha, y todo su equipo queda reducido a un paquete muy manejable.

—T.A. —dice—. Joven, rápida y femenina. ¿Dónde coño está Enzo? Los chicos deciden adoptar actitudes «maduras» con T.A. Los machos de esa edad se preocupan por bajarse los calzoncillos unos a otros y emborracharse hasta alcanzar el coma etílico, pero alrededor de una hembra se comportan como «maduros». Es hilarante. Uno de ellos se adelanta ligeramente, interponiéndose entre T.A. y la prototía más cercana.

—Bienvenida a Nova Sicilia —dice—. ¿Puedo ayudarla en algo? T.A. suspira profundamente. Es una mujer de negocios totalmente independiente y éstos intentan tratarla de igual a igual.

—¿Un tal Enzo que espera una entrega? Me muero de ganas de largarme de este barrio, ¿sabes?

—Ahora es un buen barrio —dice el JoMa—. Deberías quedarte un poco. Quizá aprendieses modales.

—Deberías surfear por Ventura en hora punta. Quizá aprendieses algo sobre tus propias limitaciones.

El JoMa se ríe como diciendo, vale, si es así como lo quieres.

—El hombre con quien quieres hablar está dentro —dice, señalando la puerta—. No estoy seguro de si él quiere hablar contigo o no.

—Prácticamente exigió que viniese yo —dice T.A.

—Ha cruzado el país para conocernos —explica el chico— y parece estar contento de nosotros.

Los otros JoMas murmuran y asienten, respaldando sus palabras.

—Entonces, ¿por qué estáis fuera? —pregunta T.A., y entra.

Dentro de la franquicia las cosas están llamativamente tranquilas. Está Tío Enzo, con la misma apariencia que en las fotografías, sólo que más grande de lo que T.A. se esperaba. Está sentado en un escritorio, jugando a cartas con otros tíos vestidos con trajes de sepulturero. Fuma un cigarrillo y acuna un café expreso. Parece que necesita estimularse.

Hay todo un sistema de soporte vital portátil para Tío Enzo. En otra mesa han puesto una cafetera exprés de viaje. Al lado hay un armario, cuyas puertas abiertas revelan una gran bolsa de papel de aluminio de Descafeinado Tostado Italiano y una caja de puros habanos. También hay una gárgola en una esquina, conectado a un portátil más grande de lo normal, murmurando para sí.

T.A. levanta el brazo dejando que el patín le caiga en la mano. Lo deja sobre una mesa vacia y se acerca a Tío Enzo, descolgándose el paquete del hombro.

—Por favor, Gino —dice Tío Enzo, señalando el paquete con un gesto. Gino se adelanta y lo recoge de manos de T.A.

—Necesito su firma aquí —dice T.A. Por alguna razón no le sale llamarlo «colega» ni «tío».

Gino la ha distraído un momento. De repente Tío Enzo se acerca mucho a ella y le toma la mano derecha con la izquierda. Sus guantes de korreo tienen una abertura en el dorso de la mano, justo del tamaño adecuado para unos labios. Besa la mano de T.A. Es un beso cálido y húmedo. No es baboso y vulgar, ni tampoco aséptico y frío. Interesante. Al tipo le sobra confianza. Dios, qué elegante. Bonitos labios, firmes y musculares, no blandos e hinchados como los de los quinceañeros. Tío Enzo despide un olor casi imperceptible a cítricos y tabaco viejo. Para olerlo claramente habría que estar muy cerca de él. La mira desde lo alto, ahora ya a una distancia respetable, con sus arrugados ojos de anciano lanzando destellos.

Parece bastante agradable.

—No sabes cuántas ganas tenía de conocerte, T.A.—dice él.

—Hola —saluda T.A. La voz le ha salido más aguda de lo que le gustaría, así que añade—: ¿Qué coño hay en la bolsa que sea tan valioso?

—Absolutamente nada —explica Tío Enzo. Su sonrisa no es presumida, sino más bien avergonzada, como si pensase qué forma más complicada de conocer a alguien—. Todo es cuestión de imagen —dice, restándole importancia con un gesto—. No hay muchas formas en que un hombre como yo pueda conocer a una joven como tú que no produzcan imágenes incorrectas en el público. Es una estupidez, pero nosotros nos fijamos en esas cosas.

—¿Y para qué quería conocerme? ¿Quiere que entregue algo?

Todos los presentes se echan a reír.

El sonido sorprende un poco a T.A., le recuerda que está actuando frente a un público.

Durante un instante sus ojos se apartan de Tío Enzo.

Él se da cuenta. Su sonrisa se estrecha infínitesimalmente, y duda por un instante. En ese momento, todos los demás tipos de la habitación se levantan y se dirigen hacia la salida.

—Quizá no me creas —dice Tío Enzo—, pero sólo quería darte las gracias por entregar esa pizza hace unas cuantas semanas.

—¿Y por qué no iba a creerlo? —dice T.A., sorprendida de oírse a sí misma decir algo suave y agradable.

—Estoy seguro de que precisamente tú —dice Tío Enzo, sorprendido también— eres muy capaz de imaginar alguna razón.

—Por cierto —replica T.A.—, ¿qué tal se lo pasa con los Jóvenes Mafíosos?

Tío Enzo le lanza una mirada que dice: cuidado, hija. Tras un instante de miedo, T.A. se echa a reír, porque comprende que es una broma; le está tomando el pelo. Tío Enzo sonríe, dando a entender que no hay problema en que se ría.

T.A. no recuerda cuándo fue la última vez que tuvo una conversación tan intensa. ¿Por qué no es toda la gente como Tío Enzo?

—Veamos —dice él, mirando al techo y buscando en sus bancos de memoria—. Sé unas cuantas cosas acerca de ti. Que tienes quince años, y que vives con tu madre, en un barclave del Valle.

—Yo también sé unas cuantas cosas sobre usted —arriesga T.A.

—No tantas como crees, te lo aseguro —bromea Tío Enzo—. Dime, ¿qué piensa tu madre sobre tu profesión?

Qué amable por su parte usar la palabra «profesión».

—No es totalmente consciente de ella... o no quiere saberlo.

—Creo que te equivocas —dice Tío Enzo jovial, sin pretender resultar cortante—.

Quizá te sorprendiese saber lo bien informada que está. Al menos, ésa suele ser mi experiencia. ¿Cómo se gana la vida tu madre?

—Trabaja para los federales.

—Y su hija reparte pizzas para Nova Sicilia —dice Tío Enzo, que al parecer lo encuentra terriblemente divertido—. ¿Y qué hace para los Feds exactamente?

—Algo que no puede contarme por si acaso yo lo suelto por ahí. Le hacen montones de pruebas con el polígrafo.

—Sí —dice Tío Enzo, que parece comprenderlo muy bien—, muchos trabajos con los Feds son así. Se produce un silencio.

—Me asusta —suelta T.A.

—¿Que trabaje para los Feds?

—Las pruebas de polígrafo. Le ponen una cosa en el brazo, para medir la presión sanguínea.

—Un esfigmógrafo —precisa Tío Enzo.

—Le deja una magulladura en el brazo. La verdad es que me preocupa.

—Es lógico que te preocupe.

—Y la casa está llena de micrófonos, así que cuando estoy en casa, haga lo que haga lo más probable es que haya alguien escuchándome.

—Bueno, comparto ese sentimiento —bromea Tío Enzo. Ambos ríen.

—Voy a preguntarte una cosa que siempre he querido preguntar a un Korreo —dice Tío Enzo—. A menudo os veo desde mi limusina; de hecho, si me arponea un korreo siempre le pido a Peter, mi conductor, que no le cause problemas. La pregunta es: Vais cubiertos de la cabeza a los pies con un acolchado protector. Entonces, ¿por qué no usáis casco?

—El traje tiene un airbag cervical que se dispara si te caes del patín, para proteger la cabeza. Además, los cascos son incómodos. Dicen que no bloquean la audición, pero sí lo hacen.

—Y en tu trabajo se usa mucho el oído, ¿no es así?

—Sí, y tanto.

—Justo lo que sospechaba —asiente Tío Enzo—. Nosotros, los chicos de mi unidad, pensábamos lo mismo en Vietnam.

—Había oído que usted estuvo en Vietnam, pero... —T.A. se detiene, detectando peligro.

—Creías que era propaganda. No. Estuve allí. Podría haberme librado, pero me presenté voluntario.

—¿Se presentó voluntario para ir a Vietnam?

—Sí —ríe Tío Enzo—. El único chico de mi familia que lo hizo.

—¿Por qué?

—Pensé que sería más seguro que Brookiyn, T.A. se ríe.

—Es un chiste malo. Me alisté porque mi padre no quería. Y yo deseaba fastidiarlo.

—¿En serio?

—Y tanto. Me pasé años y años buscando formas de fastidiarlo. Salí con chicas negras. Me dejé el pelo largo. Fumé marihuana. El triunfo, mi logro definitivo, incluso mejor que perforarme la oreja, fue presentarme voluntario para Vietnam. Pero ya entonces tuve que tomar medidas extraordinarias.

Los ojos de T.A. saltan de uno de los carnosos lóbulos de Tío Enzo al otro. En el izquierdo se detecta apenas una pequeña depresión con forma de rombo.

—¿A qué se refiere con «medidas extraordinarias»?

—Todo el mundo sabía quién era yo. Esas cosas se saben. Si me hubiese alistado en el ejército regular me habría quedado en los Estados Unidos, rellenando formularios; quizá incluso en Fort Hamilton, ahí mismo, en Bensonhurst. Para impedirlo me presenté a las Fuezas Especiales e hice todo lo posible para que me asignasen a una unidad en el frente. —Se ríe—. Y funcionó. Pero me estoy yendo por las ramas como un viejo. Quería decirte algo sobre los cascos.

—Ah, cierto.

—Nuestro trabajo era atravesar la selva causándole problemas a unos escurridizos caballeros que llevaban armas más grandes que ellos mismos. Tipos sigilosos. Dependíamos del oído, igual que tú. Y, ¿sabes una cosa? Nunca llevábamos casco.

—¿Por la misma razón?

—Exacto. Aunque no cubrían las orejas, de algún modo afectaban al sentido del oído. Sigo creyendo que le debo mi vida a haber ido con la cabeza descubierta.

—Qué guay. Es muy interesante.

—Creía que a estas alturas ese tipo de problemas estaría resuelto.

—Sí —añade T.A.—, supongo que hay cosas que no cambian nunca. Tío Enzo estalla en carcajadas, riéndose de buena gana. Normalmente T.A. encuentra muy molesta esa risa, pero Tío Enzo parece estar pasándoselo muy bien, no burlándose de ella.

T.A. desearía preguntarle cómo pasó de la rebelión definitiva a dirigir el cotarro familiar. No lo hace, pero Tío Enzo parece notar que ése es el siguiente paso natural de la conversación.

—A veces me pregunto quién continuará con mi trabajo —dice—. Oh, no es que no haya gente excelente en la siguiente generación. Pero después... bueno, no sé. Imagino que todos los viejos sienten que el mundo se está acabando.

—Tiene usted millones de esos Jóvenes Mafíosos —recuerda T.A.

—Destinados a llevar chaquetas y mover papeles en los suburbios. Tú no los respetas mucho, T.A., porque eres joven y arrogante. Pero yo tampoco los respeto mucho, porque soy viejo y sabio.

Viniendo de Tío Enzo resulta chocante, pero a T.A. no le choca. Le parece un comentario razonable de su razonable colega, Tío Enzo.

—Ninguno de ellos se presentaría voluntario a que le volasen las piernas en la jungla, simplemente para fastidiar a su viejo. Les falta carácter. Son exánimes, perdedores.

—Qué triste —dice T.A. Parece mejor decir eso que meterse con ellos, como habría sido su primer impulso.

—Bueno —dice Tío Enzo. Es el tipo de «bueno» que da comienzo al final de una conversación—. Pensaba enviarte unas rosas, pero no creo que te interesen mucho, ¿verdad?

—Oh, no me importaría —contesta T.A., sonando patéticamente poco creíble incluso a sus propios oídos.

—Ya que somos camaradas de armas, tengo algo mejor —dice él. Se afloja la corbata y el cuello de la camisa, busca bajo la camiseta y saca una cadena de acero de muy mala calidad de la que cuelgan un par de chapas plateadas con algo grabado—. Son mis viejas chapas de identificación —explica—. Las he llevado encima durante años, simplemente porque sí. Me alegraría que ahora las llevaras tú.

Intentando que no le tiemblen las rodillas, se pone las chapas de identificación, que quedan colgando sobre su mono.

—Mejor póntelas dentro —sugiere Tío Enzo. Ella las deja caer en el sitio secreto entre sus pechos. Aún mantienen el calor de Tío Enzo.

—Gracias.

—No te las tomes demasiado en serio —dice Tío Enzo—, pero si alguna vez te metes en líos y le enseñas las chapas a quien te esté causando problemas, es probable que las cosas tomen rápidamente otro cariz.

—Gracias, Tío Enzo.

—Cuídate. Y pórtate bien con tu madre. Ella te quiere.

22 La entrega. Los Feds

Al salir del fransulado de Nova Sicilia hay un tipo esperándola. El tipo sonríe, no sin ironía, y le hace una leve reverencia, como para llamar su atención. Parece ridículo, pero tras un rato con Tío Enzo, T.A. empieza a pillar la onda, así que no se ríe en su cara ni nada, sólo mira para otro lado y pasa de él.

—T.A., tengo un trabajo para ti —le dice.

—Estoy ocupada —contesta T.A.—. Tengo otras entregas.

—Mientes como una profesional —elogia él—. ¿Ves a esa gárgola de ahí? Ahora mismo está conectado con el ordenador de RadiKS, así que sabemos con toda seguridad que no tienes ningún trabajo pendiente.

—Bien, pero no puedo aceptar encargos de un cliente —insiste T.A.—. El reparto está centralizado. Tendrá que llamar al teléfono 1-800.

—¿Qué te crees, que soy gilipollas o algo así? —dice el tipo. T.A. deja por fin de caminar y se vuelve a mirarlo. Es alto y delgado. Traje negro y pelo negro. Y tiene un ojo de cristal de mirada irritada.

—¿Qué le pasó en el ojo? —pregunta T.A.

—Un picahielos, Bayonne, 1985 —explica él—. ¿Alguna pregunta más?

—Lo siento, tío, sólo era curiosidad.

—Volvamos a los negocios. Puesto que no tengo la cabeza totalmente en el culo, como pareces suponer, estoy informado de que la gestión de encargos de los korreos está centralizada a través de un número 1-800. Ahora bien, a nosotros no nos gustan los números 1-800 ni la gestión centralizada. Es una manía nuestra. Nos gusta el trato personal, a la antigua usanza. En el cumpleaños de mi mamá no descuelgo el teléfono y marco 1-800-HOLA-MAMI. Voy en persona y le doy un beso en la mejilla, ¿entiendes? Y en este caso, te queremos a ti en particular.

—¿Por qué?

—Porque nos encanta tratar con chavalitas difíciles que hacen demasiadas putas preguntas. Por eso nuestra gárgola se ha conectado con el ordenador que usa RadiKS para asignar envíos a los korreos.

El hombre del ojo de cristal se vuelve, girando la cabeza mucho, muchísimo, como un buho, y asiente en dirección a la gárgola. Un instante después suena el teléfono de T.A.

—Descuélgalo de una puta vez —dice él.

—¿Sí? —dice ella contestando el teléfono.

Una voz de ordenador le informa de que tiene una recogida en Griffíth Park para entregar en la franquicia de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne en Van Nuys.

—¿Y si quieren trasladar algo del punto A al punto B, por qué no lo llevan ustedes? — pregunta T.A.—. Lo meten en uno de esos Town Car negros y lo llevan y ya está.

—Porque en este caso, ese algo no nos pertenece exactamente a nosotros, y respecto a la gente del punto A y la del punto B, bueno, digamos que nuestra relación con ellos no es exactamente buena.

—Quieren que robe algo —deduce T.A.

—No, no, no —protesta el hombre del ojo de cristal, dolido—. Escucha, hija. Somos la puta Mafia. Si queremos robar algo, sabemos cómo hacerlo, ¿entiendes? No necesitamos la ayuda de una niña de quince años para robar. Esto es más bien una operación encubierta.

—Un asunto de espionaje. —Intel.

—Sí, eso. Espionaje —dice el hombre, y su tono de voz indica que le está siguiendo la corriente—. Y la única forma de que funcione esta operación es tener un korreo que coopere un poco con nosotros.

—Así que todo el asunto de Tío Enzo era un engaño —dice T.A.—. Lo único que les interesa es hacerse amigos de un korreo.

—Oh, por favor —se burla el hombre del ojo de cristal, realmente divertido—. Sí, claro: para impresionar a una quinceañera ponemos a trabajar incluso al jefazo. Mira, niña, hay un millón de korreos a los que podríamos sobornar para hacer esto. Pero queremos que lo hagas tú porque tienes una relación personal con nosotros.

—Bueno, ¿y qué es lo que quieren que haga?

—Exactamente lo mismo que harías normalmente en esta coyuntura — explica el hombre—. Ir a Griffíth Park y llevar a cabo la recogida.

—¿Eso es todo?

—Sí. Y luego haces la entrega. Pero haznos un favor y usa la autopista 1-5, ¿de acuerdo?

—Pero ésa no es la forma más rápida de...

—Hazlo de todas formas.

—Vale.

—Ahora, vamos. Te escoltaremos hasta la salida de este agujero infecto.

A veces, si el viento sopla en la dirección adecuada, y te cuelas en el rebufo que genera un remolque pesado, ni siquiera tienes que arponearlo. El vacío te succiona como una potente aspiradora. Podrías quedarte ahí todo el día. Pero si te equivocas, de repente te encuentras solo y sin impulso en el carril izquierdo de una autopista con un convoy de camiones justo detrás. O, igual de malo, si te rindes ante su potencia, te sorberá bajo los guardabarros y acabarás engrasando sus ejes y nadie lo sabrá nunca. Eso se denomina el Arponeo de la Aspiradora Mágica, y a T.A. le recuerda la forma en que ha ido su vida desde la aciaga noche de la aventura de la pizza de Hiro Protagonist.

Mientras asciende como un proyectil la autopista de San Diego, su arpón no falla un tiro. Consigue agarres sólidos incluso en los más ligeros y baratos turismos chinos de plástico y aluminio. La gente no se mete con ella. Ha establecido su espacio sobre el asfalto.

Va a conseguir tanto trabajo que tendrá que subcontratar parte de él a Atropello. Y a veces, para llevar a cabo asuntos importantes, tendrán que registrarse en algún motel, igual que hacen los auténticos hombres de negocios. Últimamente T.A. ha tratado de enseñar a Atropello a dar masajes, pero él no logra llegar más abajo de los omóplatos antes de excitarse y empezar a portarse como señor Macho. Lo cual es bastante enternecedor; además, hay que contentarse con lo que se tenga.

Ésta no es ni de lejos la ruta más directa a Griffith Park, pero es la que la Mafia quiere que siga: la 405 hasta el Valle, y luego acercarse desde esa dirección, que es desde donde ella vendría normalmente. Son tan paranoicos, tan profesionales.

Rebasa LAX, que queda a su izquierda. A la derecha atisba el Guarda-Trastos donde el bicho raro de su socio probablemente esté enchufado a su ordenador. Se abre paso entre las complejas corrientes de tráfico que rodean el aeropuerto Hughes, ahora una instalación privada del Gran Hong Kong de Mr. Lee. Continúa más allá del aeropuerto de Santa Mónica, que acaba de ser adquirido por la Seguridad Global del Almirante Bob. Ataja por Fedlandia, donde viene a trabajar su madre todos los días.

Fedlandia fue antaño el Hospital de Veteranos y un grupo de edificios federales; ahora se ha condensado en una especie de mazacote con forma de riñon que envuelve la 405. Está rodeada por un parapeto, una

alambrada perimétrica de tela metálica, alambre de púas, montones de cascotes y barreras de hormigón dispuestos entre un edificio y el siguiente. Todos los edificios de Fedlandia son enormes y feos. Alrededor se arremolinan seres humanos vestidos de lana color granito húmedo. Se los ve oscuros e insignificantes ante la blanca majestuosidad de los edificios.

Más allá del extremo más alejado de la valla de Fedlandia, hacia la derecha, distingue la UCLA, ahora dirigida conjuntamente por los japoneses y el Gran Hong Kong de Mr. Lee y algunas grandes corporaciones norteamericanas.

La gente dice que a la izquierda, en Pacifíc Palisades, hay un gran edificio sobre el océano donde la Corporación Central de Inteligencia tiene su cuartel general de la costa oeste. Pronto, quizá incluso mañana mismo, va a buscar ese edificio, y a lo mejor pasará junto a él y saludará con la mano. Tiene grandes cosas que contarle a Hiro. Estupenda intel sobre Tío Enzo. La gente pagaría millones por ella.

Pero en el fondo de su corazón, ya empieza a sentir punzadas de remordimientos. Sabe que no puede traicionar a la Mafia y hablar de ellos. No porque les tenga miedo, sino porque ellos confían en T.A. Fueron amables con ella. Y quién sabe, a lo mejor de ahí sale algo, una carrera mejor que la que tendría en la CC1.

No muchos coches toman la rampa de salida hacia Fedlandia. Su madre lo hace todas las mañanas, y con ella un montón de Feds. Pero los Feds entran a trabajar temprano y salen muy tarde. Para ellos es un asunto de lealtad. Los Feds están obsesionados con la lealtad: como no ganan mucho dinero ni inspiran mucho respeto, tienen que demostrar que están personalmente comprometidos y que todas esas cosas no les interesan.

Por ejemplo: T.A. está colgada del mismo taxi desde LAX. En el asiento trasero hay un árabe. Su chilaba revolotea al viento desde la ventana abierta; el aire acondicionado no funciona, y un taxista de L.A. no gana lo bastante para comprar Frío (freón) en el mercado negro. Típico: sólo los Feds permitirían que un visitante viaje en un taxi sucio y sin aire acondicionado. Ni que decir tiene que el taxi se desvía hacia la rampa con el cartel ESTADOS UNIDOS. T.A. se suelta y clava el arpón en un camión de reparto con destino al Valle.

Sobre el tejado del inmenso Edificio Federal acecha un grupo de Feds con walki tallkis y gafas oscuras y anoraks con la palabra FEDS en la espalda,

apuntando largas lentes telescópicas hacia los parabrisas de los vehículos que ascienden por Wiishire Boulevard. Si fuese de noche, T.A. probablemente vería un láser leyendo el código de barras de la matrícula del taxi al virar éste hacia la entrada de los Estados Unidos.

La madre de T.A. se lo ha contado todo sobre esos tíos. Son el Mando Operativo General de la Rama Ejecutiva, MOGRE. El FBI, la Policía Federal, el Servicio Secreto y las Fuerzas Especiales siguen pidiendo cierta identidad separada, como antaño hacían el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, pero todos están sometidos a la autoridad del MOGRE, todos se dedican a lo mismo, y todos son más o menos intercambiables. Fuera de Fedlandia, todo el mundo los llama simplemente «los Feds». El MOGRE exige el derecho de ir en cualquier momento a cualquier lugar dentro de los antiguos límites de los Estados Unidos de América, sin necesidad de orden judicial o ni siquiera una buena excusa. Pero sólo se sienten en casa aquí, en Fedlandia, mirando por el cañón de un teleobjetivo, un micrófono direccional o un rifle de francotirador. Cuanto más largo mejor.

Bajo ellos, el taxi con el cliente árabe reduce a velocidad subluz y se lanza por un culebreante eslalon de barreras de hormigón, con nidos de ametralladoras de calibre 50 estratégicamente situados aquí y allá. Se detiene frente a un dispositivo DGN, a horcajadas sobre un pozo donde los chicos del MOGRE esperan con perros y focos de alta potencia para buscar bombas o agentes ABQI (atómico-biológico-químicoinformativo) en los bajos del vehículo. Mientras tanto, el conductor sale y abre el capó y el maletero para que otros Feds puedan inspeccionarlos; uno se apoya en el automóvil e interroga al árabe a través de la ventanilla.

Dicen que en D.C. se han otorgado en concesión todos los museos y monumentos y los han convertido en un parque de atracciones que recauda alrededor del diez por ciento de los ingresos del Gobierno. Los Feds podrían encargarse por sí mismos de la concesión, y ganarían más dinero, pero no se trata de eso. Es algo filosófico, una cuestión de volver a los orígenes. El Gobierno debería gobernar. No se dedica a la industria del entretenimiento, ¿verdad? Que de eso se encarguen los bichos raros de la Industria, esos tipos con licenciaturas en claque. Los Feds no son así. Los Feds son gente seria. Licenciados en ciencias políticas. Presidentes del consejo de estudiantes. Directores del club de debates. La clase de gente con huevos para vestir un traje oscuro de lana y una camisa abotonada hasta el cuello incluso cuando el efecto invernadero

ha aumentado la temperatura hasta los cuarenta y tres grados y la humedad es tan alta que detendría un Jumbo. La clase de gente que se siente más a gusto en el lado oscuro de un vidrio unidireccional.

23 La recogida. Los falábala

A veces, para demostrar su hombría, los chavales de la edad aproximada de T.A. van al extremo oriental de Hollywood Hills, a Griffíth Park, eligen una carretera que les guste, y simplemente conducen por ella. Salir de ahí indemne es muy parecido a las hazañas en un campo de batalla de High Plains; sólo con haber estado tan cerca del peligro ya eres más hombre.

Por definición, lo único que recorren son las calles que atraviesan la zona de lado a lado. Si estás conduciendo por Griffíth Park en busca de un poco de diversión y ves un cartel de SIN SALIDA, sabes que es hora de dar marcha atrás con el Accord de papá y conducir así hasta casa, acelerando a todo lo que dé el velocímetro y si es posible, más.

Naturalmente, tan pronto entra en el parque siguiendo la ruta que le han indicado, se encuentra con un cartel de SIN SALIDA.

T.A. ha oído hablar de su destino, ya que no es la primera korreo que acepta un trabajo así. Se trata de un estrecho desfiladero, accesible sólo por una carretera, y en el fondo del desfiladero vive una nueva pandilla. Todo el mundo los llama los Falábalas, porque así es como se hablan entre sí. Tienen su propio lenguaje, que suena como balbuceos.

Ahora mismo, lo importante es no pensar en lo estúpido de la situación. Tomar la decisión correcta está, por lo que respecta a sus prioridades, a la misma altura que tomar la suficiente niacina y enviarle un mensaje de agradecimiento a la abuela por los bonitos pendientes de perlas. Lo único que importa es no volverse atrás.

Una fila de nidos de ametralladora señala la frontera falábala. A T.A. le parece un exceso, pero bueno, ella jamás ha estado en guerra con la Mafia. Se lo toma con calma, avanzando perezosamente hacia la barrera a unos quince kilómetros por hora. Si se va a acojonar y echarse a correr en algún momento, es ahora. Sostiene en alto un fax a color de RadiKS, con el logo del rábano cibernético, que proclama que está allí

para hacer una recogida importante, de verdad. Con estos tíos no va a funcionar.

Pero funciona. Apartan un gran rollo retorcido de alambre de espinos, así, sin más, y ella se desliza al interior sin frenar. Y entonces comprende que todo irá bien. Esta gente está haciendo negocios, como todo el mundo.

No tiene que adentrarse demasiado en el desfiladero, gracias a Dios. Tuerce unas cuantas veces, hasta un sitio más o menos llano rodeado de árboles, y se encuentra lo que parece un manicomio al aire libre.

O un festival de la Iglesia de la Unificación, o algo así. Hay varias docenas de personas. Ninguna de ellas ha prestado últimamente mucha atención a su apariencia. Llevan los restos harapientos de lo que fue en tiempos ropa bastante digna. Media docena de ellos están de rodillas en el suelo, con las manos juntas, musitando a entidades invisibles.

En el portamaletas de un coche averiado han instalado una vieja terminal de ordenador recogida de la basura: una pantalla oscura y agrietada como si alguien le hubiese tirado una taza. Un hombre gordo con tirantes rojos que le cuelgan hasta las rodillas desliza las manos por el teclado, pulsando teclas al azar, balbuceando cosas incomprensibles en voz alta. Otros dos están tras él, mirando por encima de su hombro y alrededor de su cuerpo, y a veces tratan de entrometerse, pero él los aparta a empujones.

También hay un grupo de gente dando palmas, bamboleando el cuerpo y cantando «The Happy Wanderer». A voz en grito. T.A. no ha visto una alegría infantil semejante en la cara de nadie desde la primera vez que dejó que Atropello la desnudase. Pero es una clase distinta de alegría infantil, una que parece fuera de lugar en un grupo de treintañeros de pelo sucio.

Y luego está el tipo al que T.A. ha apodado Sumo Sacerdote. Viste una bata que en tiempos fue blanca, con el logotipo de alguna compañía del Área de la Bahía. Está recostado en la trasera de una camioneta desguazada, pero cuando T.A. entra en la zona se pone de pie de un salto y corre hacia ella de forma que resulta vagamente amenazadora. Pero en comparación con los otros parece un psicópata normal, saludable y hasta sano.

—Has venido a recoger una maleta, ¿verdad?

—He venido a recoger algo. No sé lo que es —aclara T.A. El hombre va hasta uno de los coches averiados, abre el capó y extrae un maletín de

aluminio. Es exactamente igual que el que Chillón sacó del BMW la noche anterior.

—Aquí está tu paquete —dice, avanzando a grandes zancadas hacia T.A. Instintivamente, ella se echa atrás.

—Comprendo, comprendo —dice él—. No tengo una pinta demasiado tranquilizadora.

Pone el maletín en el suelo, apoya el pie encima y le da un empujón. Se desliza por el suelo y llega hasta T.A., tras rebotar en una piedra.

—Esta entrega no corre prisa —dice el hombre—. ¿Te gustaría quedarte un rato y beber algo? Tenemos refrescos.

—Me encantaría —se disculpa T.A.—, pero mi diabetes está fatal.

—Entonces quédate por aquí y disfruta de la hospitalidad de nuestra comunidad. Te contaremos muchas cosas estupendas. Cosas que podrían cambiar tu vida.

—¿No lo tiene por escrito? ¿Algún folleto para llevar?

—No, me temo que no. ¿Por qué no te quedas? Pareces muy agradable.

—Lo siento, tío, creo que me has confundido con una niña bien —dice T.A—. Gracias por el maletín. Me largo.

T.A. comienza a impulsarse con un pie, acelerando todo lo que puede. Camino de la salida pasa junto a una joven con la cabeza afeitada, ataviada con los restos sucios y harapientos de un Chanel de imitación. Al pasar, sonríe con la mirada perdida, alza una mano y saluda.

—Eh —dice—, ba ma zu na la amu pa go lu ne me a ba du.

—Hola —contesta T.A.

Un par de minutos más tarde arponea 1-5 arriba, en dirección al Valle. Está un poco asustada, va con retraso y se lo está tomando con calma. No puede quitarse «The Happy Wanderer» de la cabeza. La vuelve loca.

Un gran bulto negro no se separa de su lado. Sería un blanco tentador, tan grande y tan férreo, si fuese un poquito más rápido. Pero ella puede ir más deprisa que esa barcaza incluso cuando se lo toma con calma.

El cristal del conductor del coche negro desciende. Es el tipo de antes, Jason. Saca la cabeza por la ventanilla para mirarla, conduciendo a ciegas. Incluso a ochenta kilómetros por hora, el aire no logra encrespar su engominado corte de pelo a navaja.

Sonríe. Tiene una mirada implorante, como la que pone a veces Atropello. Señala a la parte posterior de su coche, insinuante.

Qué diablos. La última vez que arponeó a este tío la llevó exactamente adonde quería ir. T.A. se suelta del Acura al que se enganchó hace casi un kilómetro y salta al gordo Oids de Jason. Y Jason la saca de la autopista y la lleva hacia Victoria Boulevard, en dirección a Van Nuys, que es exactamente lo correcto.

Pero tras unos pocos kilómetros da un golpe de volante a la derecha y se detiene con un chirrido en el aparcamiento de un centro comercial abandonado, cosa que ya no es correcta. A esta hora, lo único que hay en el aparcamiento es un camión pesado, con el motor en marcha y HERMANOS SALDUCCI: MUDANZAS Y ALMACENAJE pintado en los laterales.

—Vamos —dice Jason, saliendo del Oídsmobile—. No pierdas tiempo.

—Que te jodan, cabrón —dice T.A., recogiendo cable y mirando hacia el bulevar con la esperanza de hallar algo de tráfico en dirección oeste. Sea lo que sea lo que este tipo tiene en mente, seguro que no es profesional.

—Jovencita —dice otra voz, más vieja y más fascinante—, no pasa nada si no te gusta Jason. Pero tu colega, Tío Enzo, te necesita.

Una puerta se ha abierto en la parte trasera del remolque. En ella hay un hombre trajeado de negro. A su espalda, el interior del remolque está brillantemente iluminado. Luces halógenas relucen tras el liso corte de pelo del hombre. Incluso con ese contraluz, T.A. sabe que es el hombre del ojo de cristal.

—¿Qué quieres? —pregunta T.A.

—Lo que quiero y lo que necesito son cosas distintas —dice mirándola de arriba abajo—. Ahora mismo estoy trabajando, lo que significa que lo que yo quiero no importa. Lo que necesito es que entres en el camión con tu monopatín y ese maletín. —Luego añade—: ¿Me he explicado bien? —Lo pregunta de forma casi retórica, como si supusiese que la respuesta es no.

—Lo dice en serio —aclara Jason, como si a T.A. le interesase su opinión.

—Así están las cosas —resume el hombre del ojo de cristal. En teoría T.A. debería ir de camino hacia la franquicia de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne. Si falla esta entrega significará que está traicionando a Dios, quien quizá exista o quizá no, pero en todo caso es capaz de perdonar. No cabe duda alguna de que la Mafia existe, y exige un grado de obediencia más estricto.

Le da la plancha y el maletín de aluminio al hombre del ojo de cristal y salta al interior del camión, sin hacer caso de la mano que él le tiende.

El retrocede y se mira la mano a ver si tiene algo de malo. Cuando los pies de T.A. abandonan el suelo, el camión ya se está moviendo. Cuando la puerta se cierra tras ella, ya han salido al bulevar.

—Sólo tenemos que hacerle unas cuantas pruebas a tu paquete —le informa el hombre del ojo de cristal.

—¿No se le ha ocurrido la idea de presentarse? —lo pincha T.A.

—No —contesta—, la gente siempre se olvida de los nombres. Prefiero que pienses en mí como ese tipo, ¿comprendes?

T.A. no le hace mucho caso. Está estudiando el interior del camión.

El remolque consiste en una sola habitación alargada. T.A. ha entrado por el único acceso. En ese lado de la sala hay dos tipos de la Mafia, ganduleando como siempre.

Casi todo el espacio está ocupado por electrónica. Montones de electrónica.

—Sólo vamos a echar un vistazo con el ordenador —explica el hombre del ojo de cristal, pasándole el maletín a un informático. T.A. sabe que es informático porque lleva coleta, viste vaqueros y parece afable.

—Eh, si le pasa algo a eso la he cagado —protesta T.A. Intenta parecer dura y valiente, pero dadas las circunstancias no sirve de nada.

—Pero ¿te has creído que soy estúpido y encima gilipollas? —replica el hombre del ojo de cristal con algo parecido a la sorpresa—. Mierda, justo lo que necesito, tener que explicarle a Tío Enzo que permití que le volasen las rodillas a su joven amiguita.

—Es un procedimiento no invasivo —explica el informático con voz plácida y fluida.

Le da al maletín varias vueltas en las manos, simplemente para hacerse una idea. Luego lo inserta en un gran cilindro abierto por un extremo que reposa sobre una mesa. Las paredes del cilindro tienen varios centímetros de grosor. Parece que sobre él se esté formando escarcha. Gases misteriosos se escapan de su interior continuamente, como cucharaditas de leche vertidas sobre aguas turbulentas. Los gases se derraman sobre la mesa y caen al suelo, donde forman una pequeña alfombra de niebla que fluye y se arremolina alrededor de sus zapatos. En cuanto mete el maletín aparta la mano del frío.

Luego se pone un visor conectado al ordenador.

Y eso es todo. Permanece allí sentado unos minutos y ya está. T.A. no es experta en ordenadores, pero sabe que en algún lugar, en ese mismo

instante, tras los armarios y puertas al fondo del camión, hay un ordenador muy grande haciendo un montón de cosas.

—Es como un escáner TAC —explica el hombre del ojo de cristal, con el mismo tono de voz sosegado que un periodista deportivo en un torneo de golf—. Pero lo lee todo, ¿sabes? —dice, haciendo girar las manos con impaciencia en amplios círculos que lo abarcan todo.

—¿Cuánto cuesta?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—En realidad aún no tiene nombre.

—Bueno, pues ¿quién lo fabrica?

—Nosotros hemos fabricado ese maldito trasto —dice el hombre del ojo de cristal—. A decir verdad, en las últimas semanas.

—¿Para qué?

—Haces demasiadas preguntas. Mira: Eres una chica mona. Vamos, eres la hostia. Un pimpollo. Pero no te vayas a pensar que eres muy importante todavía.

Todavía. Umm.

24 La casa de David. Al hospital

Hiro está en su 6x9 del GuardaTrastos. Le está dedicando algo de tiempo a la Realidad, tal y como le sugirió su socia. La puerta está abierta para que sople la brisa marina y el olor del escape de los aviones. Todo el mobiliario —los mutones, el palet, los muebles experimentales de ladrillos de hormigón— ha sido apilado contra las paredes. Sostiene una pesada varilla de acero corrugado de un metro de longitud con un extremo envuelto en cinta adhesiva para transformarlo en una empuñadura. La varilla se parece a una katana, pero pesa muchísimo más. Él la llama katana para patanes.

Está descalzo, en una postura de kendo. Debería llevar puesto un voluminoso faldón largo hasta los tobillos y una pesada túnica añil, que es el uniforme tradicional, pero en vez de eso viste unos calzones de Jock-

ey. El sudor desciende por los suaves músculos de su espalda color capuchino y sobre sus nalgas. En el talón del pie izquierdo se le están formando ampollas grandes como uvas verdes. El corazón y los pulmones de Hiro están bastante desarrollados, y ha sido agraciado con unos reflejos inusualmente rápidos, pero lo suyo no es fortaleza innata como la de su padre. Y aunque lo fuese, entrenarse con la katana para patanes sería muy difícil.

Está repleto de adrenalina, con los nervios a flor de piel, y su mente es un caos de ansiedad a la deriva... en un océano de terror generalizado.

Se desplaza de un lado a otro por el eje más largo de la habitación. De vez en cuando acelera, alza la katana para patanes por encima de la cabeza y la abate rápidamente, restallando las muñecas en el último momento de forma que se detenga en el aire. Luego grita «¡Siguiente!».

Al menos, en teoría. En la práctica, una vez puesta en marcha la katana para patanes es complicado detenerla. Pero es un buen ejercicio. Sus antebrazos parecen manojos de cables de acero. Casi. O si no, a este paso pronto lo parecerán.

Los japoneses no se tragan esa tontería de atravesar a alguien de un tajo. Si golpeas a un hombre en la cabeza con una katana y no te esfuerzas por detener la hoja, le seccionará el cráneo y probablemente se quedará atascada en la clavícula o en la pelvis, y entonces te encontrarás ahí, en mitad de un campo de batalla medieval, con un pie sobre la cara de tu difunto enemigo, tirando de la espada para liberarla, mientras su mejor amigo se abalanza corriendo hacia ti con un inequívoco resplandor vengativo en los ojos. Por eso, la idea es detener la espada por completo justo después del impacto, chafándole el cráneo unos pocos centímetros, y luego sacarla rápidamente y buscar otro enemigo. De ahí el «¡Siguiente!».

Le ha estado dando vueltas a lo que pasó esta noche con Cuervo, lo cual descarta por completo la posibilidad de dormir, y por eso está practicando con la katana para patanes a las tres de la madrugada.

Sabe que no estaba preparado. La lanza vino hacia él, y la desvió con la hoja. Tuvo la suerte de golpearla en el momento justo, y la lanza no le dio. Pero lo hizo casi sin pensar. Quizá sea así como lo hacen los grandes guerreros. Descuidadamente, sin atormentar su mente con consecuencias.

Quizá se está halagando a sí mismo.

Hace varios minutos que el sonido del helicóptero se incrementa progresivamente. Aunque Hiro vive junto al aeropuerto, es algo fuera de lo común: no están autorizados a volar cerca de LAX, por evidentes razones de seguridad.

El sonido no cesa de aumentar hasta alcanzar una gran intensidad, momento en que está flotando a unos pocos metros sobre el aparcamiento, frente al 6x9 de Hiro y Vitaly. Es hermoso: un helicóptero de empresa a reacción, verdinegro, con unos dibujos tenues. Hiro sospecha que, con más luz, podría distinguir el logo de un contratista de defensa, muy posiblemente el Sistema de Defensa del General Jim.

Un hombre blanco de tez pálida y con entradas, de aspecto mucho más atlético de lo que su rostro y actitud general induciría a pensar, se baja del helicóptero de un salto y trota a través del aparcamiento, derecho hacia Hiro. Es el tipo de persona que Hiro recuerda de cuando su padre estaba en el ejército: no los correosos veteranos de la leyenda y las películas, sino tipos normales de treinta y cinco años que traquetean de aquí para allá en sus abultados uniformes. Es mayor. Su nombre, cosido en el uniforme de campaña, es Clem.

—¿Hiro Protagonist?

—El mismo.

—Juanita me ha enviado a recogerlo. Dijo que sabría de quién se trata.

—Así es. Pero no trabajo para Juanita.

—Según ella, ahora sí.

—Vaya, qué amable —dice Hiro—. Supongo que se trata de algo urgente.

—Creo que sería una suposición razonable —asiente el mayor Clem.

—¿Puede esperar unos minutos? He estado haciendo deporte y me gustaría entrar aquí al lado.

El mayor Clem mira la puerta de al lado. El logotipo dice:

LA PARADA DE DESCANSO.

—La situación es bastante estática. Puede tomarse cinco minutos si quiere —acepta el mayor Clem.

Hiro tiene cuenta con la Parada de Descanso. Para vivir en un Guarda-Trastos es casi imprescindible tenerla. Así puede ahorrarse ir a la oficina, donde el encargado espera junto a la caja registradora. Empuja la tarjeta de miembro a través de una ranura, y se enciende una pantalla de ordenador que muestra tres opciones:

V

H GUARDERÍA (UNISEX)

Hiro pulsa la «V». La pantalla cambia a un menú de cuatro opciones:

NUESTRAS INSTALACIONES ESPECIALES LIMITADAS:
ECONÓMICAS PERO HIGIÉNICAS
INSTALACIONES ESTÁNDAR: COMO EN CASA, QUIZÁ UN POCO MEJOR
INSTALACIONES DE PRIMERA: UN LUGAR PLACENTERO PARA EL CLIENTE QUE SABE ELEGIR
CUARTO DE BAÑO GRANDE ROYALE

Ha de dominar un arraigado impulso para no pulsar automáticamente INSTALACIONES ESPECIALES LIMITADAS, que es lo que él y los otros residentes del GuardaTrastos usan siempre. Es casi imposible usarlo sin entrar en contacto con los fluidos corporales de alguna otra persona. No es muy agradable. Ni placentero. En vez de eso... Qué coño, Juanita va a contratarlo, ¿no? Pulsa el botón de CUARTO DE BAÑO GRANDE ROYALE.

Nunca lo ha hecho antes. Parece sacado del último piso de un gran casino de lujo de Atlantic City, donde ponen a los adultos semirretardados del sur de Filadelfía que ganan el premio megagordo por accidente. Tiene todo lo que un ludópata de pocas luces asociaría con lujo: grifos dorados, montones de pseudomármol extruido, cortinas de terciopelo y mayordomo.

Ningún residente del GuardaTrastos usa jamás el Cuarto de Baño Grande Royale. La única razón por la que está ahí es que esto está frente a LAX. Los ejecutivos importantes de Singapur que quieren darse una ducha y cagar bien y sin prisas, con todos los efectos de sonido y sin tener que oír y oler a otros viajeros hacer lo mismo, pueden venir aquí y cargarlo todo a la cuenta de gastos de viaje.

El mayordomo es un centroamericano de unos treinta años cuyos ojos tienen un aspecto extraño, como si hubiesen permanecido varias horas cerrados. Según entra Hiro, se carga sobre el brazo varias toallas de grosor inverosímil.

—Sólo dispongo de cinco minutos —explica Hiro.

—¿Desea afeitarse? —pregunta el mayordomo. Incapaz de identificar el grupo étnico de Hiro, se pasa la mano por las mejillas de forma sugerente.

—Me encantaría, pero no tengo tiempo.

Se quita los calzones de jockey, arroja las espadas sobre el sofá de terciopelo repujado y da un paso hacia el marmóreo anfiteatro de la

ducha. El agua caliente lo golpea desde todas las direcciones a la vez. En la pared hay un selector que permite escoger la temperatura preferida.

Acto seguido le gustaría echarse una cagada y leer alguna de las satinadas revistas grandes como guías telefónicas que hay junto al retrete high-tech, pero tiene que irse. Se seca con una toalla limpia del tamaño de una carpa de circo, se calza unos sueltos pantalones cortos y una camiseta, le arroja unos cuantos kongpavos al mayordomo y sale a toda prisa ciñéndose las espadas.

Es un vuelo breve, sobre todo porque el piloto militar no tiene reparos en sacrificar la comodidad en aras de la velocidad. El helicóptero despega con un ángulo suave, manteniéndose bajo para evitar ser arrollado por un Jumbo, y en cuanto el piloto tiene sitio para maniobrar sacude la cola, clava el morro y deja que el rotor los arrastre hacia adelante y hacia arriba, cruzando la cuenca, hacia la masa poco iluminada de las Hollywood Hills.

Pero se detienen antes de llegar allí, en el tejado de un hospital. Forma parte de la cadena Misericordia, lo que técnicamente lo convierte en espacio aéreo del Vaticano. Por el momento todo esto apesta a Juanita.

—Neurología —dice el mayor Clem, soltando luego una retahila de palabras como si fuese una orden—: Piso cinco, ala este, habitación 564.

El ocupante de la cama de hospital es David.

A lo largo de la cabecera y los pies de la cama han puesto correas de cuero anchas y muy gruesas. Sujetas a las correas hay abrazaderas de cuero, forradas de esponjosa piel de carnero. Las abrazaderas están amarradas a las muñecas y tobillos de David. Viste una bata de hospital que casi se ha caído por completo.

Lo peor es que sus ojos no siempre miran en la misma dirección. Está conectado a un electrocardiógrafo que traza un gráfico de los latidos de su corazón, y aunque Hiro no es médico, puede ver perfectamente que no sigue un patrón regular. Late demasiado deprisa, luego no late, luego suena una alarma, luego vuelve a latir.

No muestra ninguna expresión. Sus ojos no ven nada. Al principio, Hiro piensa que su cuerpo está flácido y relajado; al aproximarse ve que David está tenso y se estremece, cubierto de sudor.

—Le hemos puesto un marcapasos provisional —dice una mujer. Hiro se vuelve. Se trata de una monja, que parece ser médico además.

—¿Cuánto tiempo lleva con convulsiones?

—Su ex esposa nos llamó, diciendo que está preocupada.

—Juanita.

—Sí. Cuando llegó la ambulancia él se había caído de la silla y sufría convulsiones. Tiene un hematoma; creemos que el ordenador se cayó de la mesa y le golpeó las costillas. Le hemos sujetado brazos y piernas para protegerlo de más daños, pero durante la última media hora ha estado así, como si todo su cuerpo estuviese en fíbrilación. Si eso continúa tendremos que quitarle las ligaduras.

—¿Estaba usando un visor?

—No lo sé. Puedo averiguarlo, si lo desea.

—Pero ¿cree que lo que fuese le ocurrió mientras estaba conectado con el ordenador?

—Pues no lo sé. Lo único que sé es que tiene una arritmia tan grave que tuvimos que implantarle un marcapasos provisional allí mismo, en el suelo de su oficina. Le dimos medicamentos para frenar las convulsiones, pero no funcionaron. Le pusimos tranquilizantes para calmarlo, que tampoco fueron muy eficaces. Le hemos metido la cabeza en toda clase de escáneres para averiguar cuál es el problema. Aún no lo sabemos.

—Voy a ir a su casa a echar un vistazo —decide Hiro. La doctora se encoge de hombros.

—Avíseme cuando la situación cambie —pide Hiro. La doctora no responde nada, y por primera vez Hiro comprende que quizá el estado de David no sea pasajero.

Cuando Hiro está a punto de salir al corredor, David habla.

—e ne em ma ni a gí a gi ni mu ma ma dam e ne em am an ki ga a gi agí...

Hiro se vuelve a mirar. David se ha quedado laxo en sus ataduras; parece relajado, medio dormido. Mira a Hiro a través de ojos semicerrados.

—e ne em dam gal nun na a gi agí ene emú mu un abzu ka a gi a agí...

La voz de David es profunda y apacible, sin rastro de tensión. Las sílabas se escapan de su lengua como saliva. Hiro sale al pasillo, oyendo a David hablar sin pausa.

—/' ge en i ge en nú ge en nú ge en us sa tur ra lu ra ze em men...

Hiro regresa al helicóptero. Ascienden por Beachwood Canyon, en dirección al rótulo de Hollywood.

La casa de David está transfigurada por la luz. Está situada al final de una carretera privada, en la cumbre de una colina. La carretera está bloqueada por una especie de jeep achaparrado con pinta de rana, perteneciente al General Jim, del cual brotan focos pulsátiles de saturadas luces rojas y azules. Hay otro helicóptero sobre la casa, como sostenido por una remolineante columna luminosa. La finca hierve de soldados con focos portátiles.

—Como precaución, hemos asegurado la zona —explica el mayor Clem.

Más allá de toda esa luz Hiro distingue los apagados colores orgánicos de la colina. Los soldados tratan de eliminarlos con sus focos, tratan de consumirlos en llamas. Se siente a punto de enterrarse en la luz, convertirse en un borroso píxel en la ventanilla del pasajero de alguna línea aérea. Zambullirse en la biomasa.

El ordenador portátil de David está en el suelo, junto a la mesa en la que a él le gustaba trabajar. Está rodeada de desechos médicos. En medio de ellos encuentra el visor de David, que o bien se le cayó cuando golpeó con el suelo, o bien fue arrancado por los enfermeros.

Hiro coge el visor. Al acercárselo a los ojos ve la imagen: un muro de estática en blanco y negro. El ordenador de David se ha colgado.

Cierra los ojos y suelta el visor. Mirar un bitmap no puede hacer daño. ¿O sí?

La casa es como un castillo modernista con un torreón en un lado. David, Hiro y el resto de los hackers solían ir allí con una caja de cervezas y un hibachi, a pasar la noche; comían langostinos y patas de cangrejo y ostras y lo regaban todo con cerveza. Ahora está desierto, claro, sólo queda el hibachi, oxidado y casi enterrado en ceniza gris, como una reliquia arqueológica. Hiro, que ha cogido de la nevera una de las cervezas de David, se sienta allí un rato, en lo que era su sitio favorito, bebiendo cerveza lentamente como solía mientras leía historias bajo aquellas luces.

Los viejos barrios del centro se apiñan bajo una eterna bruma orgánica. En otras ciudades respiras contaminantes industriales, pero en Los Angeles respiras aminoácidos. La nebulosa ciudad está circundada y entrecruzada por rayas brillantes, como los alambres al rojo de una tostadora. A la salida del cañón están tan cerca que la luz se disuelve y se rompe en estrellas, arcos, letreros luminosos. Corrientes de corpúsculos rojos y blancos pulsan por las carreteras siguiendo la lógica difusa de los semáforos inteligentes. Más allá, extendiéndose por la

cuenca, un millón de vivaces logos se funde en arcos sólidos, como puntos geométricos uniéndose para formar curvas. A cada lado de los guetos de las franquicias, el loglo se difumina a través de unas pocas capas superficiales de urbanización y en la penumbra circundante, rota aquí y allá por el resplandor de un foco de seguridad en el patio trasero de alguien.

Las franquicias y los virus funcionan según el mismo principio: lo que medra en un sitio medrará en otro. Lo único que tienes que hacer es encontrar un plan comercial lo bastante virulento, condensarlo en un manual —su ADN—, fotocopiarlo y plantarlo en el fértil terreno que rodea una autopista de mucho tráfico, preferiblemente de forma que disponga de un carril con salida a la izquierda. A partir de ahí se expandirá hasta chocar con los límites del espacio que lo contiene.

Antiguamente, paseabas hasta el Café de Mamá en busca de algo de comer y un trago, y te sentías como en casa. Si jamás abandonabas tu ciudad natal, ningún problema. Pero si ibas a la ciudad vecina, todo el mundo te miraba en cuanto cruzabas la puerta, y el Plato Especial de la Casa no te sonaba de nada. Si viajabas mucho, llegabas a no sentirte en casa en ninguna parte.

Pero ahora, cuando un ejecutivo de Nueva Jersey va a Dubuque sabe que puede entrar en un McDonalds y nadie le dedicará ni una mirada. Puede pedir sin tener que estudiar la carta, y la comida sabe siempre igual. McDonalds es el Hogar, condensado en un manual y fotocopiado. «Nada de sorpresas» es la consigna del gueto de franquicias, su sello de calidad, subliminalmente grabado en cada cartel y cada logo que compone las curvas y cuadrículas de luz que perfilan la Cuenca.

Las gentes de Norteamérica, que habitan el país más terrible y sorprendente del mundo, se sienten reconfortadas con esa consigna. Sigue el loglo hacia fuera, hacia donde el crecimiento envuelve los valles y los desfiladeros, y encontrarás la tierra de los refugiados. Han huido de la verdadera América, la de las bombas atómicas, cacerías de cueros cabelludos, el hip-hop, la teoría del caos, zapatos de hormigón, cultos con serpientes venenosas, asesinos de masas, paseos espaciales, cazaderos de bisontes, tiendas para comprar sin bajarse del coche, misiles crucero, la Marcha de Sherman, atascos, las bandas de moteros y el puenting. Han aparcado sus bollicoches en calles de barclaves idénticos diseñados por ordenador, y se han segregado en cavernas de yeso simétricas con suelos de vinilo, ebanistería mal acabada y sin ace-

ras, vastas haciendas en la desolación del loglo, un medio de cultivo para una cultura de los medios de comunicación.

Los únicos que quedan en la ciudad son los vagabundos, que se alimentan de despojos; los inmigrantes, despedidos como metralla en la destrucción de las potencias asiáticas; los jóvenes bohos; y el clero tecnomediático del Gran Hong Kong de Mr. Lee. Jóvenes inteligentes como David e Hiro, que se arriesgan a vivir en la ciudad porque les gusta el estímulo y saben que pueden hacerle frente.

25 La entrega

T.A. no sabe dónde están exactamente. Está claro que atascados en el tráfico. No es nada predecible.

—T.A. tiene que seguir su camino —anuncia.

No hay reacción durante un instante; luego el informático se reclina en la silla, mira a través del visor sin prestar atención a la imagen en 3D, echándole un buen vistazo a la pared.

—Ya —dice.

Rápido como una mangosta, el hombre del ojo de cristal se adelanta, saca la caja de aluminio del cilindro criogénico y se la lanza a T.A. Entretanto, uno de los mafiosos desocupados está abriendo la puerta del camión, ofreciéndoles una hermosa vista de un atasco en el bulevar.

—Otra cosa —dice el hombre del ojo de cristal, y mete un sobre en uno de los numerosos bolsillos de T.A.

—¿Qué es? —pregunta ésta.

—No te preocupes —dice él, levantando las manos como para protegerse—, una tontería. Ahora, en marcha.

Le hace un gesto al tipo que sostiene el patín. El tío resulta ser bastante guay, porque simplemente lo tira. El patín cae entre ellos en un mal ángulo, pero las púas han visto llegar el suelo de sobra, han calculado todos los ángulos, se han extendido y flexionado como las piernas y los pies de un jugador de baloncesto cuando tocan tierra tras un mate espectacular. La plancha cae sobre sus patas, se inclina a un lado y luego a otro, como recuperando el equilibrio, y por fín se dirige a T.A. y se detiene a su lado.

Se sube en ella, da unas cuantas patadas y vuela por la puerta trasera del remolque, sobre el capó de un Pontiac que los seguía demasiado de cerca. Su parabrisas es una superficie estupenda para girar, y para cuando toca el asfalto ha logrado invertir su dirección limpiamente. El conductor del Pontiac toca el claxon con gran indignación, pero no puede perseguirla porque el tráfico está totalmente detenido. T.A. es lo único en kilómetros a la redonda con capacidad de movimiento. Para eso se inventaron los korreos, a fin de cuentas.

La franquicia número 1106 de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne es bastante grande. El bajo número denota gran antigüedad. Se construyó hace mucho tiempo, cuando la tierra era barata y los terrenos grandes. El aparcamiento está medio lleno. Normalmente lo único que se ve en los Reverendo Wayne son automóviles decrépitos con frases idiotas en español pintadas con laca de uñas en los guardabarros traseros: los vehículos de creyentes centroamericanos que han venido al norte a conseguir un trabajo honrado y escapar del estilo despiadadamente católico de sus tierras natales. En este aparcamiento hay también un montón de bollicoches normales con matrículas de todos los barclaves.

El tráfico se mueve algo más en esta franja del bulevar, así que T.A. llega con bastante impulso y traza una o dos órbitas alrededor de la franquicia para reducir su velocidad. Un aparcamiento amplio y despejado es una gran tentación cuando vas muy deprisa, y para verlo desde un punto de vista algo menos infantil, siempre es buena idea explorar un poco el terreno, familiarizarte con el entorno. T.A. descubre que este aparcamiento está conectado con el de la franquicia Chop Shop de al lado («¡Convertimos cualquier vehículo en EFECTIVO en minutos!»), que a su vez desemboca en el de un supermercado vecino. Un patinador con ganas podría viajar de L.A. a Nueva York saltando de aparcamiento en aparcamiento.

En algunas zonas este aparcamiento hace un ruido como de crujidos y estallidos. Al mirar al suelo ve que, tras la franquicia, cerca del contenedor de basuras, el asfalto está constelado de pequeños frascos de cristal, como el que miraba Chillón la noche anterior. Están desparramados por todas partes como las colillas en un bar. Cuando las patas de sus ruedas pasan sobre los frascos, éstos salen disparados y rebotan por el suelo.

Hay una cola de gente en la puerta, esperando para entrar. T.A. se salta la cola y entra.

El vestíbulo de esta franquicia de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne es, por supuesto, como el de todas. Hay una hilera de sillas de vinilo acolchadas para que los creyentes esperen a que los llamen, con una maceta en cada extremo y una mesa repleta de revistas antediluvianas. Un parque infantil en una esquina, para que los niños puedan matar el tiempo reproduciendo imaginarias batallas cósmicas en plástico extruido. Un mostrador de madera falsa que parece sacado de una iglesia vieja. Detrás de éste, una chica regordeta de descolorido pelo rubio con permanente, sombra de ojos azul metálico, una capa uniforme de colorete que cubre sus anchas y carnosas mejillas, y una túnica de coro sobre la camiseta.

Cuando T.A. entra, ella está en mitad de una transacción. Enseguida ve a T.A., pero ningún manual en el mundo entero te permite abandonar o cancelar una transacción en curso.

Ante la falta de alternativas, T.A. suspira y cruza los brazos para mostrar impaciencia. En cualquier otro establecimiento ya estaría montando un escándalo y pasando tras el mostrador como si fuese la propietaria. Pero esto es una iglesia, maldita sea.

A lo largo del frontal del mostrador hay un pequeño anaquel con folletos religiosos gratuitos, no olvide dejar su donación. Varios espacios del anaquel están ocupados por el famoso best-seller del Reverendo Wayne, Cómo se salvó América del comunismo: ELVIS MATÓ A JFK.

Saca del bolsillo el sobre que metió el hombre del ojo de cristal. Por desdicha no es lo bastante grueso ni blando para contener un montón de dinero.

Contiene media docena de instantáneas. En todas ellas aparece Tío Enzo. Está en una amplia calzada de acceso con forma de herradura, junto a una casa, más grande que ninguna casa que T.A. haya visto con sus propios ojos. Está subido a un monopatín. O cayéndose de uno. O deslizándose, lentamente, con los brazos agitándose salvajemente en el aire, seguido por nerviosos agentes de seguridad.

Las fotos están envueltas en un trozo de papel. Dice: «Gracias por la ayuda, T.A. Como podrás ver por las fotos, he intentado entrenarme para este trabajo, pero creo que me hará falta practicar. Tu amigo, Tío Enzo».

T.A. envuelve las fotos tal como venían, las devuelve al bolsillo, sofoca una sonrisa y vuelve a concentrarse en los negocios.

La chica de la túnica todavía está tras el mostrador realizando la transacción. La destinataria es una robusta mujer vestida de naranja que habla en español.

Teclea algo en el ordenador. La clienta deja su VISA sobre el altar de madera falsa con un chasquido; suena como un disparo de rifle. La chica recoge la tarjeta con sus largas uñas, una operación peligrosa y complicada que a T.A. le trae imágenes de insectos saliendo de bolsas de huevos. Luego realiza el sacramento, pasando la tarjeta a través de un lector magnético con un barrido del brazo cuidadosamente modulado, como si desgarrara un velo, le entrega el tíquet y murmura que necesita la firma y un teléfono diurno. También podría estar hablando latín, pero da igual, porque la clienta está familiarizada con la liturgia y firma y escribe el número antes de que las palabras hayan terminado de ser pronunciadas.

Sólo falta esperar la Palabra Que Llega Desde Lo Alto. Pero hoy en día, los ordenadores y las comunicaciones son excelentes, y habitualmente no hace falta más que un par de segundos para realizar una comprobación de una tarjeta. La maquinita pita el código de aprobación, una melodía celestial surge a través de unos diminutos altavoces, y unas anchas puertas de brillo nacarado se abren majestuosamente al fondo de la sala.

—Gracias por su donación —dice la chica, uniendo todas las palabras en una única sílaba.

La clienta se abre paso hacia las puertas dobles, atraída por unos hipnóticos sones de órgano. El interior de la capilla tiene una coloración insólita, alumbrada en parte por fluorescentes incrustados en el techo y en parte por grandes imágenes coloreadas e iluminadas desde detrás que simulan vidrieras. La mayor, que tiene la forma de un ensanchado arco gótico, está atornillada en la pared posterior, sobre el altar, y muestra una resplandeciente trinidad: Jesús, Elvis y el Reverendo Wayne. Jesús ocupa el puesto principal. La creyente no se ha adentrado todavía media docena escasa de pasos cuando se arrodilla en medio del pasillo y comienza a hablar en lenguas.

—ar ia an ar isa ve na a mir ia i sa, ve na a mir i a a sar i a... Las puertas se cierran de nuevo.

—Un momento —dice la chica, mirando a T.A. un poco nerviosa. Llega hasta el final del mostrador, se mete en el parque infantil, trabando la túnica inadvertidamente en un módulo de combate de los Guerreros Ninja de la Almadía, y llama a la puerta del baño.

—¡Ocupado! —grita una voz de hombre desde el otro lado.

—La Korreo está aquí —informa la chica.

—Salgo enseguida —dice el hombre, más calladamente. Y sale enseguida. T.A. no percibe ningún tiempo de espera, ni para subirse la cremallera o lavarse las manos. Lleva un traje negro con alzacuellos de pastor, sobre el cual se pone una ligera túnica negra mientras sale al parque infantil, aplastando pequeñas figuras articuladas y cazas de combate bajo sus zapatos negros. Tiene el pelo moreno y engominado, con mechones grises, y usa bifocales metálicas con un casi imperceptible matiz marrón. Sus poros son enormes.

Cuando está tan cerca que T.A. puede captar todos estos detalles, puede también olerlo. Huele a Old Spice, más una fuerte vaharada de vómito en el aliento; pero no de alcohol.

—Dame eso —dice, y le arranca de las manos el maletín de aluminio. T.A. jamás deja que nadie haga eso.

—Tiene que firmar —dice, pero sabe que ya es tarde. Si no consigues que firmen antes, la has jodido. No tienes poder, ni forma de presionarlos. No eres más que una mocosa en monopatín.

Por eso T.A nunca permite que la gente le arranque los paquetes de las manos. Pero este tío es un pastor, por amor de Dios. No se lo esperaba. Se lo ha arrancado de la mano, y ahora corre de vuelta a su despacho.

—Puedo fírmarlo —dice la chica. Parece asustada. En realidad, más bien parece enferma.

—Tiene que ser él en persona —insiste T.A.—. El reverendo Dale T. Thorpe.

Ya se le ha pasado el asombro y le está entrando el cabreo, así que lo sigue al interior del despacho.

—No puede entrar ahí —protesta la chica, pero lo hace como en sueños, melancólicamente, como si todo eso fuese un asunto ya medio olvidado. T.A. abre la puerta.

El reverendo Dale T. Thorpe está sentado en su escritorio. El maletín de aluminio está abierto frente a él. Contiene las mismas cosas complica-

das que vio la otra noche, tras el asunto de Cuervo. El reverendo Dale T. Thorpe parece estar atado al dispositivo por el cuello.

No, en realidad lleva algo en una cadena alrededor del cuello. Lo llevaba bajo la ropa, como hace T.A. con las chapas de identificación de Tío Enzo. Ahora lo ha sacado y lo ha insertado en una ranura de la caja de aluminio. Parece una tarjeta de identificación laminada, con un código de barras.

La extrae de la ranura y la deja colgar frente a él. T.A. no tiene forma de saber si ha percibido su presencia o no. Está escribiendo algo en el teclado, usando dos dedos, equivocándose y volviéndolo a teclear.

Los motores y los servomecanismos de la caja de aluminio ronronean y se estremecen. El reverendo Dale T. Thorpe ha extraído uno de los pequeños tubos de su lugar en la tapa y lo inserta en el zócalo que hay junto al teclado. Lentamente el tubo es arrastrado al interior de la máquina.

El tubo vuelve a salir. La tapa de plástico rojo emite una vacilante luz rojiza. Tiene unos diminutos LED, que muestran los números de una cuenta atrás al ritmo de los segundos: 5, 4, 3, 2, 1...

El reverendo Dale T. Thorpe sostiene el tubo junto a la ventana izquierda de la nariz. Cuando la cuenta atrás de los LED llega a cero, el tubo silba como aire que escapa por una válvula. Al mismo tiempo, él inhala profundamente, metiéndoselo todo en los pulmones. Luego tira el tubo a la papelera con destreza.

—¿Reverendo? —dice la chica. T.A. se gira y la ve entrar en la oficina, como sin rumbo fijo—. ¿Podría preparar el mío ahora, por favor?

El reverendo Dale T. Thorpe no responde. Se ha echado hacia atrás en su silla giratoria de cuero y contempla una imagen enmarcada en neón de Elvis, durante el servicio militar, sosteniendo un rifle.

26 Juanita

Cuando Hiro despierta es mediodía y está sediento por el calor del sol, y los pájaros dan vueltas sobre él tratando de decidir si está vivo o muerto. Desciende del techo del torreón y, dejando de lado toda pre-

caución, se bebe tres vasos de agua del grifo. Saca un poco de beicon de la nevera de David y lo mete en el microondas. La mayoría de la gente del General Jim se ha marchado, y sólo queda una guardia testimonial abajo en la carretera. Hiro cierra todas las puertas que dan a la colina, porque no puede dejar de pensar en Cuervo. Luego se sienta en la mesa de la cocina y se conecta al Metaverso.

El Sol Negro está lleno de asiáticos, entre ellos un montón de gente de la industria cinematográfica de Bombay, observándose unos a otros, acariciándose los negros bigotes y tratando de adivinar qué película de acción hiperviolenta se estrenará en Persépolis el año próximo. Allí es de noche. Hiro es uno de los pocos americanos conectados.

Junto a la pared trasera del bar hay una hilera de salas privadas, que van desde pequeños saloncitos para conversaciones íntimas hasta grandes salas de conferencias en las que un grupo de avatares puede reunirse para celebrar una reunión. Juanita está esperando a Hiro en una de las más pequeñas. Su avatar tiene la misma apariencia que Juanita. Es una representación sincera, en la que no se ha hecho ningún estuerzo para esconder los primeros indicios de patas de gallo de las comisuras de sus grandes ojos negros. El brillante cabello está tan bien representado que Hiro puede ver mechones individuales que reflejan la luz como pequeños arco iris.

—Estoy en casa de David. ¿Dónde estás tú? —dice Hiro.

—En un avión, así que quizá se corte —avisa Juanita.

—¿De camino aquí?

—A Oregón, en realidad.

—¿Portland?

—Astoria.

—¿Y por qué diablos vas hacia Astoria, Oregón, en un momento como éste?

—Si te lo dijese —dice Juanita, aspirando una gran bocanada de aire y dejándola escapar temblorosamente— tendríamos una pelea.

—¿Hay alguna novedad respecto a David? —pregunta Hiro.

—Todo igual.

—¿Y el diagnóstico?

—No habrá ningún diagnóstico —suspira Juanita, con aspecto cansado—. Es un problema de software y no de hardware.

—¿Cómo?

—Han buscado todos los sospechosos habituales. Han explorado con TAC, RMN, PET, EEG. Todo está bien. No hay nada malo en su cerebro, en su hardware.

—¿Pero ejecuta el programa equivocado?

—Su software ha sido contaminado. David tuvo un cuelgue la noche pasada, dentro de su cabeza.

—¿Tratas de decirme que es un problema psicológico?

—Va más allá de las categorías establecidas —dice Juanita—, porque es un fenómeno nuevo. O, en realidad, muy viejo.

—¿Sucede de forma espontánea, o cómo?

—Tú sabrás —dice ella—. Tú estabas con él ayer noche. ¿Sucedió algo después de que yo me fuese?

—Tenía una hipertarjeta de Snow Crash que le dio Cuervo en el exterior del Sol Negro.

—Mierda. Qué hijo de puta.

—¿Quién? ¿Cuervo o David?

—David. Intenté avisarlo.

—La usó. —Hiro explica lo de la Brandy con el pergamino mágico—. Luego tuvo un problema con el ordenador y lo desconectaron.

—Me enteré de ello —explica ella—. Por eso llamé a urgencias.

—No veo ninguna relación entre un cuelgue del ordenador de David y que tú pidas una ambulancia.

—El pergamino de la Brandy no mostraba estática; transmitía una gran cantidad de información digital en formato binario. Esa información digital iba directamente al nervio óptico de David. El cual, por cierto, es en realidad parte del cerebro; si miras en el interior de la pupila de alguien, lo que ves es una terminal del cerebro.

—David no es un ordenador. No puede leer código binario.

—Es un hacker. Se gana la vida manipulando código binario. Esa habilidad está grabada en las estructuras profundas de su cerebro. Por eso es sensible a ese tipo de información. Y tú también lo eres, chaval.

—¿De qué clase de información estamos hablando?

—Algo muy malo. Un metavirus —explica Juanita—. Es la bomba atómica del armamento de información. Un virus que fuerza a un sistema a infectarse con otros virus.

—¿Y eso es lo que ha hecho enfermar a David?

—Sí.

—¿Y por qué a mí no me afectó?

—Estabas demasiado lejos. Tus ojos no distinguían bien el bitmap. Tiene que estar justo frente a la cara.

—Pensaré en todo esto —promete Hiro—. Pero tengo otra pregunta. Cuervo distribuye también otra droga, en la Realidad, que entre otras cosas se llama Snow Crash. ¿Qué es?

—No es una droga —dice Juanita—. Hacen que parezca una droga y que produzca efectos similares para que la gente quiera tomarla. Está mezclada con cocaína y otras cosas.

—Si no es una droga, ¿qué es?

—Es plasma sanguíneo tratado químicamente, extraído de gente infectada con el metavirus —explica Juanita—. Es decir, no es más que otra forma de extender la infección.

—¿Quién la está extendiendo?

—La iglesia privada de E. Bob Rife. Toda esa gente está contaminada. Hiro se cubre la cabeza con las manos. En realidad no está meditando sobre todo esto; sólo deja que rebote en el interior de su cráneo, y espera a que todo se pare.

—Un momento, Juanita. Decídete. Esto del Snow Crash... ¿es un virus, una droga o una religión?

—¿Y qué diferencia hay? —dice Juanita encogiéndose de hombros.

Que Juanita hable así no contribuye a que Hiro recupere el hilo de la conversación.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú eres una persona religiosa.

—No pongas todas las religiones en el mismo saco.

—Perdón.

—Todo el mundo tiene una religión. Tenemos receptores de religión en las neuronas, o algo así, y nos agarramos a cualquier cosa que llene ese nicho para nosotros. Ahora bien, la religión era esencialmente viral: un fragmento de información que se replicaba en el interior de una mente humana, y saltaba de una persona a otra. Así era y, des-

graciadamente, parece que va a volver a serlo. Pero ha habido varios esfuerzos para liberarnos de las garras de la religión primitiva e irracional. El primero lo llevó a cabo un tal Enki hace cuatro mil años. El segundo lo emprendieron en el siglo octavo antes de Cristo los eruditos hebreos que habían sido expulsados de sus tierras por la invasión de Sargón II, pero finalmente derivó en un vacío legalismo. Jesús hizo otro intento, que fue invadido por influencias virales a los cincuenta días de su muerte. El virus fue suprimido por la Iglesia católica, pero ahora nos hallamos en medio de una gran epidemia que comenzó en Kansas en mil novecientos y ha estado ganando fuerza desde entonces.

—¿Crees en Dios o no? —pregunta Hiro. Hay que empezar por el principio.

—Desde luego que sí.

—¿Crees en Jesús?

—Sí. Pero no en la resurrección física y corpórea de Jesús.

—¿Cómo puedes ser cristiana y no creer en eso?

—Yo diría más bien —replica Juanita—: ¿cómo puede alguien ser cristiano y creerlo? Cualquiera que se tome la molestia de estudiar los Evangelios puede darse cuenta de que la resurrección corpórea es un mito que se le añadió a la historia real varios años después de que ésta se escribiese. ¿No te parece una historia digna de la peor prensa amarilla?

Juanita no tiene mucho más que decir. No quiere entrar en detalles, dice, porque «en estos momentos» no quiere influir sobre las ideas de Hiro.

—¿Significa eso que va a haber otros momentos? ¿Se trata de una relación duradera? —pregunta Hiro.

—¿Quieres encontrar a los que han infectado a David?

—Sí. Joder, Juanita, incluso aunque no fuese mi amigo, querría encontrarlos antes de que me infecten a mí.

—Estudia el archivo de Babel, y ven a visitarme si vuelvo de Astoria.

—¿Si vuelves? ¿Qué vas a hacer ahí?

—Investigar.

Durante toda la charla Juanita ha adoptado una actitud pragmática, escupiendo información, contándole a Hiro

cómo son las cosas. Pero está cansada, e inquieta, e Hiro tiene la sensación de que está profundamente asustada.

—Buena suerte —le dice. Había pensado flirtear un poco en esta reunión, siguiendo a partir de donde lo dejaron ayer noche, pero algo ha cambiado en la mente de Juanita entre entonces y ahora. El flirteo es lo que menos la preocupa en estos momentos.

Juanita va a hacer algo peligroso en Oregón. Y no quiere que Hiro lo sepa para que no se inquiete.

—En el archivo de Babel hay buen material sobre Inana —dice.

—¿Quién es Inana?

—Una diosa sumeria. Me tiene fascinada. En cualquier caso, no puedes entender lo que voy a hacer hasta que comprendas a Inana.

—Bien, buena suerte entonces —desea Hiro—. Dale recuerdos a Inana de mi parte.

—Gracias.

—Cuando vuelvas, me gustaría pasar algún tiempo contigo.

—El sentimiento es mutuo —dice Juanita—. Pero primero tenemos que salir de ésta.

—Oh. No sabía que estuviese metido en nada.

—No seas bobo. Todos estamos metidos en ello.

Hiro sale, de regreso al Sol Negro.

Hay un tío dando vueltas por el Cuadrante Hacker que realmente llama la atención. Su avatar no es ninguna maravilla, y además le está costando controlarlo. Parece alguien que se haya enchufado en el Metaverso por primera vez y no sepa cómo desenvolverse. Choca con las mesas, y cuando quiere volverse da varias vueltas, como si no supiera cómo detenerse.

Hiro camina hacia él, porque la cara le resulta familiar. Cuando el tío se detiene el rato suficiente como para que Hiro pueda verlo con claridad, reconoce el avatar. Es un Clint. Suelen ir en compañía de una Brandy.

El Clint reconoce a Hiro y durante un instante la sorpresa asoma en su rostro, rápidamente sustituida por su habitual apariencia tosca y adus-ta, de labios apretados. Levanta las

manos juntas frente a él e Hiro ve que sostiene un pergamino como el de la Brandy.

Hiro echa mano a la katana, pero el pergamino ya está abierto ante su rostro, mostrando el resplandor azulado del bitmap que contiene. Se aparta un paso, poniéndose a un lado del Clint, levanta la katana sobre su cabeza y la descarga contra los brazos del Clint, cortándolos.

Al caer, el hechizo se abre todavía más. Hiro no se atreve a mirarlo. El Clint se ha dado la vuelta y trata de escapar del Sol Negro con torpeza, rebotando de mesa en mesa como una bola de una máquina de millón.

Si Hiro pudiese matar al tipo, cortándole la cabeza, el avatar se quedaría en el Sol Negro para ser retirado por los demonios sepultureros. Entonces Hiro podría hackear un poco y quizá llegar a averiguar quién es y de dónde ha venido.

Pero hay unas cuantas docenas de hackers vagando por el bar, observando toda la situación, y si se acercan a mirar el pergamino acabarán como David.

Hiro se agacha, sin mirar el pergamino, y abre una de las trampillas ocul-tas que llevan al sistema de túneles. El fue quien programó esos túneles en el Sol Negro; es la única persona del bar que puede usarlos. Lanza el pergamino al túnel con una mano y a continuación cierra la trampilla.

Hiro puede ver al Clint, lejos, casi en la salida, intentando que su avatar atraviese la puerta. Corre tras él. Si el tipo llega a la Calle, des-aparecerá: se transformará en un fantasma translúcido. Con una ventaja de quince metros, y entre otro millón de fantasmas translúcidos, es imposible seguirlo. Como siempre, hay una multitud de aspirantes reu-nidos en la Calle, ante la entrada. Hiro ve el surtido habitual, e incluso gente en blanco y negro.

Una de esas personas en blanco y negro es T.A. Está haciendo tiempo, esperando que salga Hiro.

—¡T.A.! —grita—. ¡Persigue a ese tío sin brazos!

Hiro cruza la puerta apenas un momento después que el Clint. T.A. y él ya han desaparecido.

Entra de nuevo en el Sol Negro, levanta una trampilla y se deja caer en el sistema de túneles, el reino de los demonios se-

pultureros. Uno de ellos ya ha recogido el pergamino y camina pesadamente hacia el centro para lanzarlo al fuego.

—Eh, muchacho —ordena Hiro—, gira a la derecha en el siguiente túnel y deja eso en mi despacho, ¿de acuerdo? Pero hazme un favor, enróllalo antes.

Sigue al demonio sepulturero por el túnel, bajo la Calle, hasta que llegan al barrio donde Hiro y los otros hackers tienen sus casas. Hiro hace que el demonio sepulturero deposite el pergamino enrollado en su taller, en el sótano; es la sala donde Hiro hackea. Luego sube a su despacho.

27 Pentecostés. Sumeria

El teléfono de voz está sonando. Lo descuelga.

—Colega —oye a T.A.—, empezaba a pensar que jamás saldrías de ahí.

—¿Dónde estás? —pregunta Hiro.

—¿En la Realidad o en el Metaverso?

—En ambos sitios.

—En el Metaverso, estoy en un vagón de monorraíl en dirección positiva. Acabo de pasar el Puerto 35.

—¿Ya? Debe de ser un expreso.

—Muy listo. El Clint al que le has cortado los brazos va dos vagones más adelante. Creo que no sabe que lo voy siguiendo.

—¿Y en la Realidad?

—En una terminal pública frente a un Reverendo Wayne —explica T.A.

—¿Ah, sí? Qué interesante.

—Acabo de hacer una entrega aquí.

—¿Qué has entregado?

—Un maletín de aluminio.

Él le sonsaca toda la historia, o al menos lo que piensa que es toda la historia; no hay forma de saberlo con certeza.

—¿Estás segura de que los balbuceos de la gente del parque eran como los balbuceos de la mujer en el Reverendo Wayne?

—Segurísima —dice T.A—. Conozco a mucha gente que va ahí. O más bien, van sus padres y los llevan a ellos, ya sabes.

—¿A las Puertas Perladas del Reverendo Wayne?

—Sí. Y todos tienen el don de lenguas, así que no es la primera vez que lo oigo.

—Luego hablamos, colega —dice Hiro—.Tengo que investigar algo a fondo.

—Hasta luego.

La tarjeta Babel/Infocalipsis está sobre el escritorio. La coge. El Bibliotecario entra.

Hiro está a punto de preguntarle si sabe que Lagos ha muerto, pero es una pregunta carente de sentido. El Bibliotecario lo sabe, pero no lo sabe. Si quisiese comprobar la Biblioteca, lo averiguaría en unos instantes. Pero no retendría la información, ya que no tiene una memoria independiente. La Biblioteca es su memoria, y en cada momento sólo usa pequeñas parcelas de ella.

—¿Qué puedes decirme sobre el don de lenguas? —pregunta Hiro.

—El nombre técnico es glosolalia —dice el Bibliotecario.

—¿Nombre técnico? ¿Por qué hay un nombre técnico para un ritual religioso?

—Oh, hay gran cantidad de literatura técnica sobre el tema —dice el Bibliotecario alzando las cejas—. Es un fenómeno neurológico que los rituales religiosos simplemente aprovechan.

—Es una cosa cristiana, ¿no?

—A los cristianos pentecostales les gusta pensar que sí, pero se engañan a sí mismos. Los griegos paganos ya lo hacían; Platón lo llamó theomania. Lo hacían los cultos orientales del Imperio romano. Los esquimales de la bahía Hudson, los chamanes chukchi, los lapones, los yakutos, los pigmeos semang, los cultos del norte de Borneo, los sacerdotes thri de Ghana. El culto zulú de los Amandiki y la secta religiosa china Shang-tihui. Los médiums espiritistas de Tonga y el culto Umbanda brasileño. Los indígenas tungus de Siberia dicen que cuando el chamán entra en trance y delira sílabas incoherentes, aprende por completo el lenguaje de la Naturaleza.

—El lenguaje de la Naturaleza.

—Así es, señor. Los sukuma africanos dicen que es la lengua kinaturu, el idioma de los antepasados de todos los magos, quienes según ellos descienden de una misma tribu.

—¿Cuál es la causa?

—Si se eliminan las explicaciones místicas, parece que la glosolalia procede de estructuras profundas del cerebro, comunes a toda la humanidad.

—¿Qué aspecto ofrece? ¿Cómo se comporta esa gente?

—C.W. Shumway estudió su resurgimiento en Los Angeles en 1906, y anotó seis síntomas básicos: pérdida total de control racional, preponderancia de las emociones que conducen a la histeria, ausencia de pensamiento o voluntad, funcionamiento automático de los órganos del habla, amnesia y ocasionales manifestaciones físicas esporádicas como espasmos o convulsiones. Eusebio observó fenómenos similares hacia el año 300, diciendo que el falso profeta empieza con una supresión deliberada del pensamiento consciente, y termina con un delirio sobre el cual no tiene control.

—¿Y cómo justifican todo esto los cristianos? ¿Hay algo en la Biblia que lo respalde?

—Pentecostés.

—Antes mencionaste esa palabra. ¿Qué significa?

—Viene de la palabra griega pentekostos, que significa quincuagésimo. Se refiere al quincuagésimo día tras la Crucifixión.

—Juanita me dijo que el cristianismo fue invadido por influencias virales cuando sólo tenía cincuenta días. Debía de referirse a eso. ¿Qué es?

—«Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu Santo los movía a expresarse. Había en Jerusalén judíos piadosos de todas las naciones que existen bajo el cielo. Al oír el ruido, la multitud se reunió y se quedó estupefacta, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Fuera de sí todos por aquella maravilla, decían: "¿No son galileos todos los que hablan? Pues, ¿cómo los oímos cada uno en nuestra lengua materna? Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia y Panfilia, Egipto

y las regiones de Libia y de Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios". Todos fuera de sí y desconcertados, se decían unos a otros: "¿Qué significa esto?"» Hechos, 2, 4-12.

—Demonios —dice Hiro—, diría que suena como Babel al revés.

—Sí, señor. Muchos cristianos pentecostales creen que el don de lenguas les fue dado para que pudiesen propagar su religión a otras gentes sin tener que aprender sus idiomas. Esto se denomina xenoglosia.

—Eso es lo que Rife comentaba en aquella grabación en el Enterprise. Que podía entender lo que decían los bengalíes.

—En efecto, señor.

—¿Y funciona realmente?

—Se dice que, en el siglo XVI, san Luis Bertrand usó el don de lenguas para convertir entre treinta mil y trescientos mil indígenas sudamericanos al cristianismo —dice el Bibliotecario.

—Guau. Se extendió entre la población aún más deprisa que la viruela.

—¿Y qué pensaron los judíos del asunto ese de Pentecostés? —pregunta Hiro—. Ellos dirigían el país, ¿no es así?

—El país lo dirigían los romanos —explica el Bibliotecario—, pero había cierta cantidad de autoridades religiosas judías. En esa época había tres grupos de judíos: los fariseos, los saduceos y los esenios.

—Recuerdo a los fariseos: salían en Jesucristo Superstar. Eran los de las voces profundas que siempre estaban molestando a Jesús.

—Lo hacían —dice el Bibliotecario— porque eran muy estrictos en temas religiosos. Eran seguidores de una visión muy legalista de la religión; para ellos, la Ley lo era todo. Jesús representaba una clara amenaza para ellos porque, a todos los efectos, proponía prescindir de la Ley.

—Quería renegociar los términos del contrato con Dios.

—Eso parece una analogía, y a mí no se me dan bien, pero incluso en sentido literal, sí, es cierto.

—¿Quiénes eran los otros dos grupos?

—Los saduceos eran materialistas.

—¿Y eso qué significa? ¿Conducían BMW?

—No. Materialistas en el sentido filosófico. Todas las filosofías son monistas o dualistas. Los monistas creen que el único mundo que existe es el material; por eso se los llama materialistas. Los dualistas creen en un universo binario, creen que hay un mundo espiritual además del material.

—Bueno, como pirado informático, debo creer en un universo binario.

—¿Y eso por qué? —inquiere el Bibliotecario alzando las cejas.

—Lo siento, era una broma. Un mal juego de palabras. Los ordenadores usan un código binario para representar la información; por eso dije que tengo que creer en un universo binario y ser dualista.

—Muy divertido —dice el Bibliotecario, sin ninguna diversión en la voz—. Pero quizá su chiste no carezca de mérito.

—¿Cómo es posible? Sólo era una broma.

—Los ordenadores representan todo con unos y ceros. Esta distinción entre algo y nada, esa separación cardinal entre el ser y el no ser, es bastante básica y subyace en muchos mitos de la Creación.

Hiro enrojece un poco y se siente algo molesto. Sospecha que el Bibliotecario le está tomando el pelo. Pero sabe que el Bibliotecario, por muy convincente que resulte, no es más que un programa y no puede hacer esas cosas.

—incluso la palabra «ciencia» proviene de una raíz indoeuropea que significa «cortar» o «separar». La misma raíz llevó a la palabra inglesa «shit», mierda, que por supuesto significa separar la carne viva de los desperdicios sin vida. También ha originado los términos ingleses «scythe», guadaña, «scissor», tijeras y «schism», cisma, todos ellos con obvias conexiones con el concepto de la separación.

—¿Y «sword», espada?

—Procede de una raíz con varios significados. Uno de ellos es «cortar o perforar». Otro es «poste» o «vara». Y otro, simplemente, «hablar».

—No nos desviemos del tema —pide Hiro.

—Bien. Más adelante puedo regresar a esta bifurcación de la conversación, si quiere.

—Por el momento no quiero bifurcarme mucho. Háblame del tercer grupo, los esenios.

—Vivían en comunidades, y creían que la higiene física y la espiritual estaban íntimamente relacionadas. Se bañaban continuamente, yacían desnudos bajo el sol, se purgaban con enemas y adoptaban medidas extremas para asegurarse de que su comida era pura y no contaminada. Incluso tenían su propia versión de los Evangelios en la cual Jesús curaba a los endemoniados no mediante milagros, sino expulsando parásitos de su cuerpo, como tenias. Esos parásitos se consideraban iguales a demonios.

—Parecen hippies.

—Esa conexión se ha sugerido anteriormente, pero es deficiente en muchos aspectos. Los esenios eran muy estrictos en materia de religión y jamás habrían tomado drogas.

—Así que para ellos no había diferencia entre la infección con un parásito como la tenia y la posesión diabólica.

—Correcto.

—Interesante. A saber qué habrían pensado de los virus informáticos.

—Las conjeturas no son mi fuerte.

—Hablando de lo cual... Lagos balbuceó algo sobre virus e infecciones, y algo llamado un nam-shub. ¿Qué significa?

—Nam-shub es una palabra en sumerio.

—¿Sumerio?

—Sí, señor. Usado en Mesopotamia hasta el 2000 antes de Cristo, aproximadamente. La lengua escrita más antigua.

—Ah. Entonces, ¿todos los demás lenguajes derivan de ella? Por unos momentos el Bibliotecario mira hacia arriba, como si pensase.

Es una señal visual que informa a Hiro de que está llevando a cabo una incursión momentánea en la Biblioteca.

—En realidad, no —responde por fin—. No hay ningún lenguaje que descienda del sumerio. Es una lengua aglutinante, lo que significa que es una colección de morfemas o sílabas que se agrupan para formar palabras; es algo muy inusual.

—¿Me estás diciendo —se sorprende Hiro, recordando a David en el hospital— que si oyese a alguien hablar sumerio sonaría como un chorro de sílabas puestas una detrás de otra?

—Sí,señor.

—¿Se parecería a la glosolalia?

—Es una opinión subjetiva. Tendrá que preguntar a una persona real —dice el Bibliotecario.

—¿Suena parecido a alguna lengua moderna?

—No hay relación genética probada entre el sumerio y otras lenguas.

—Qué raro. Tengo un poco oxidada la historia de Mesopotamia —dice Hiro—. ¿Qué le sucedió a los sumerios? ¿Un genocidio?

—No, señor. Fueron conquistados, pero no hay evidencias de ningún genocidio.

—Todos los pueblos son conquistados antes o después, pero sus idiomas no desaparecen —se extraña Hiro—. ¿Por qué desapareció el sumerio?

—Puesto que sólo soy un programa, estaría pisando terreno resbaladizo si me pusiese a especular —se excusa el Bibliotecario.

—De acuerdo. ¿Hay alguien que entienda el sumerio?

—Sí. Debe de haber unas diez personas en el mundo que pueden leerlo.

—¿Dónde trabajan?

—Una en Israel. Una en el Museo Británico. Una en Irak. Una en la Universidad de Chicago. Una en la Universidad de Pennsylvania. Y cinco en el Instituto Bíblico Rife, en Houston, Texas.

—Curiosa distribución. ¿Y alguna de esas personas ha averiguado qué significa namshub en sumerio?

—Sí. Un nam-shub es un conjunto de palabras que posee fuerza mágica. El equivalente más cercano sería «encantamiento», pero esta palabra tiene varias connotaciones erróneas.

—¿Creían los sumerios en la magia?

—Esa es una de esas preguntas aparentemente precisas —dice el Bibliotecario sacudiendo ligeramente la cabeza— que resultan en realidad muy profundas y ante las que los programas como yo resultamos notablemente torpes.

Permítame que le cite la obra de Samuel Noah Kramer y John R. Maier, Mitos de Enki, el dios astuto, publicada en 1989 en Oxford por la Oxford University Press: «La religión, la magia y la medicina están tan profundamente entrelazadas en Mesopotamia que separarlas es un trabajo frustrante y quizá inútil... [Los encantamientos sumeriosj demuestran una estrecha conexión entre lo religioso, lo mágico y lo estético, tan completa que cualquier intento de distinguirlos distorsiona el conjunto». Ahí hay más material que puede ser útil para explicar el asunto.

—¿Ahí, dónde?

—En la sala contigua —dice el Bibliotecario señalando la pared con un gesto. Camina hasta ella y aparta el tabique de papel de arroz.

«Un conjunto de palabras que posee fuerza mágica.» En la actualidad la gente no cree en ese tipo de cosas. Excepto en el Metaverso, claro, donde la magia es posible. El Metaverso es una estructura ficticia hecha de programas. Y los programas no son sino una forma del habla: una que los ordenadores pueden entender. El Metaverso en su conjunto podría considerarse como un único e inmenso nam-shub, que se pronuncia a sí mismo sobre la red de fibra óptica de L. Bob Rife. Suena el teléfono.

—Un momento —pide Hiro.

—Tómese su tiempo —dice el Bibliotecario, sin recordarle el hecho obvio de que puede esperar un millón de años si hace falta.

—Yo de nuevo —dice T.A.—. Sigo en el tren. Muñones se ha bajado en el Puerto Exprés 127.

—Umm. Eso son las antípodas del Centro. Es decir, lo más lejos que puedes estar del Centro.

—¿Ah, sí?

—Sí. Uno dos siete es dos a la séptima potencia menos uno...

—Vale, vale, te creo —corta T.A.—. Desde luego, está en medio de la puta nada.

—¿No te has bajado a perseguirlo?

—¿Estás de broma? ¿Ahí fuera? Hiro, hay quince mil kilómetros hasta el edificio más próximo.

Ella tiene razón. El Metaverso se diseñó con montón de sitio libre para expandirse.

Casi todo lo urbanizado está a dos o tres Puertos Exprés, unos quinientos kilómetros, del Centro. El Puerto 127 está a treinta y dos mil kilómetros.

—¿Qué hay ahí?

—Un cubo negro de exactamente treinta y dos kilómetros de lado.

—¿Totalmente negro?

—Sí.

—¿Cómo has podido medir el tamaño de un cubo negro tan grande?

—Iba mirando las estrellas, ¿okey? De repente, por el lado derecho del tren ya no se ven. Me pongo a contar puertos locales. Dieciséis. Llegamos al Puerto Exprés 127, y Muñones se baja y se va hacia esa cosa negra. Cuento dieciséis puertos más, y las estrellas vuelven a aparecer. Dieciséis y dieciséis, treinta y dos kilómetros, idiota.

—Buena idea —dice Hiro—. Eso es buena intel.

—¿Quién crees que puede ser el dueño de un cubo de treinta y dos kilómetros de lado?

—Dejándome llevar por un puro prejuicio irracional, diría que L. Bob Rife. Se supone que tiene un gran terreno en mitad de ninguna parte donde mantiene las tripas del Metaverso. Algunos de nosotros nos tropezábamos con ello de vez en cuando mientras hacíamos carreras de motos.

—Bueno, colega, he de irme.

28 Enki

Hiro cuelga y entra en la habitación nueva, seguido por el Bibliotecario.

Tiene unos quince metros de lado. El centro de este espacio lo ocupan tres grandes artefactos, o mejor dicho las reproducciones tridimensionales de esos artefactos. En el centro hay una gruesa losa de arcilla cocida, suspendida en el aire, del tamaño de una mesa de café, y de alrededor de treinta centímetros de grosor. Hiro supone que es una ampliación

de un objeto más pequeño. Las amplias superficies de la losa están totalmente cubiertas con una escritura angular que Hiro reconoce como cuneiforme. En los bordes hay depresiones redondeadas paralelas que parecen ser huellas de los dedos que moldearon la losa.

A la derecha de la losa hay una vara de madera con ramas en lo alto, una especie de árbol estilizado. A la izquierda de la losa hay un obelisco de dos metros y medio, también cubierto de escritura cuneiforme, con una figura cincelada en bajorrelieve en la cúspide.

La sala está llena por una constelación tridimensional de hipertarjetas, que cuelgan en el aire, ingrávidas. Parece una fotografía de baja velocidad de una ventisca de nieve. En algunos sitios, las hipertarjetas están colocadas según precisos diseños geométricos, como los átomos de un cristal. En otros están apiladas. Algunas están acumuladas en las esquinas como si Lagos las hubiese tirado ahí cuando acabó con ellas. El avatar de Hiro puede cruzar a través de las hipertarjetas sin trastocar su disposición. Es, a todos los efectos, la contrapartida tridimensional de un escritorio desordenado, con todos los trastos donde Lagos los dejó. La nube de hipertarjetas se extiende hasta las cuatro esquinas del espacio de 15x15 metros, y desde el suelo hasta unos dos metros y me-

dio de altura, que debe de ser la altura hasta la que alcanzaba el avatar de Lagos.

—¿Cuántas hipertarjetas hay?

—Diez mil cuatrocientas sesenta y tres —dice el Bibliotecario.

—No tengo tiempo de mirarlas todas —dice Hiro—. ¿Puedes darme una idea de en qué estaba trabajando Lagos aquí?

—Si quiere puedo leerle los nombres de las hipertarjetas. Lagos los agrupó en cuatro amplias categorías: estudios bíblicos, estudios sumerios, estudios neurolingüísticos e intel sobre L. Bob Rife.

—Sin entrar en tantos detalles... ¿Qué tenía Lagos en mente? ¿Qué intentaba?

—¿Acaso parezco un psicólogo? —protesta el Bibliotecario—. No puedo responder preguntas de ese tipo.

—Lo intentaré de nuevo. ¿Qué conexión tiene todo esto con el tema de los virus, si es que hay alguna?

—Las conexiones son muy complejas. Resumirlas requeriría creatividad y sentido común. Como entidad mecánica que soy, carezco de ambas cosas.

—¿Qué antigüedad tienen estas cosas? —pregunta Hiro, señalando los tres artefactos.

—El sobre de arcilla es sumerio, del tercer milenio antes de Cristo. Fue desenterrado en la ciudad de Eridu, en el sur de Irak. La estela negra, u obelisco, es el código de Hammurabi, datado alrededor de 1750 antes de Cristo. La estructura con aspecto arbóreo es un tótem del culto yahvítico, procedente de Palestina, alrededor del 900 antes de Cristo. Se denomina ashera.

—¿Has dicho que la losa es un sobre?

—Sí. En su interior hay una tablilla de arcilla más pequeña. Es la forma en que los sumerios hacían documentos infalsificables.

—Esas cosas están en museos, supongo.

—La ashera y el Código de Hammurabi están en museos. El sobre de arcilla pertenece a la colección personal de L. Bob Rife.

—Evidentemente, Rife está muy interesado en todo esto.

—El Instituto Bíblico Rife, fundado por él, tiene el departamento de arqueología mejor dotado del mundo. Han estado realizando excavaciones en Eridu, que era el centro del culto de un dios sumerio llamado Enki.

—¿Cuál es la relación entre todas esas cosas?

—¿Perdón? —dice el Bibliotecario alzando las cejas.

—Bueno, intentemos un proceso de eliminación. ¿Sabes por qué Lagos estaba interesado en los escritos sumerios, en vez de, por ejemplo, los griegos o los egipcios?

—Egipto era una civilización de piedra. Construyeron todo su arte y arquitectura con piedra, por eso perdura. Pero no se puede escribir en la piedra, así que inventaron el papiro y escribieron en él. Pero el papiro es perecedero. Por eso, aunque su arte y arquitectura han sobrevivido, sus registros escritos, sus datos, han desaparecido en su mayor parte.

—¿Y las inscripciones jeroglíficas?

—Lagos las llamaba pegatinas. Discursos políticos corruptos. Tenían una lamentable tendencia a escribir inscripciones exaltando sus propias victorias militares incluso antes de que las batallas hubiesen tenido lugar.

—¿Y Sumer no es así?

—Sumer fue una civilización de arcilla. Construyeron sus edificios con ella y escribieron en ella. Sus estatuas eran de yeso, que se disuelve en el agua. Por eso sus edificios y sus estatuas sucumbieron a los elementos hace ya mucho tiempo. Pero las tablillas de arcilla se cocían o se guardaban en tinas. Por eso los datos de los sumerios han sobrevivido. Egipto dejó un legado de arte y arquitectura; el legado de Sumer son sus megabytes.

—¿Cuántos megabytes?

—Tantos como los arqueólogos se molesten en desenterrar. Los sumerios escribían sobre cualquier cosa. Cuando construían un edificio, escribían inscripciones cuneiformes en todos los ladrillos. Al derrumbarse los edificios, los ladrillos sobrevivieron, desparramados por el desierto. En el Corán, los ángeles enviados a destruir Sodoma y Gomorra dicen:

«Somos enviados a una nación pérfida, para que podamos derramar sobre ellos una lluvia de tablillas de arcilla marcadas

por tu Señor para la destrucción de los pecadores». Lagos encontró muy interesante eso, esa promiscua diseminación de la información, escrita en un medio que perdura para siempre. Habló de polen desperdigado al viento... Supongo que eso era una analogía.

—Sí, lo era. Dime... ¿La inscripción de ese sobre de arcilla ha sido traducida?

—Sí. Es un aviso. Dice: «Este sobre contiene el nam-shub de Enki».

—Ya sé lo que es un nam-shub. Pero, ¿qué es el nam-shub de Enki? El Bibliotecario fija la vista en la distancia, se aclara la garganta dramáticamente y recita:

En otro tiempo, no había serpiente, no había escorpión, no había hiena, no había león, no había perro salvaje, ni lobo, no había miedo, ni terror, el hombre no tenía rival.
En aquellos días, la tierra Shubur-Hamazi,
Sumer la de la lengua armoniosa, la gran tierra del me del [principado,
Uri, la tierra que tiene todo lo que es adecuado, la tierra Martu, adormecida en la seguridad, el universo entero, las gentes bien cuidadas, a Enlil en una lengua dieron habla. Entonces el señor desafiante, el príncipe desafiante, el rey
[desafiante, Enki, el señor de la abundancia, cuyas órdenes son dignas de
[confianza,
el señor de la sabiduría, que escudriña la tierra, el caudillo de los dioses, el señor de Eridu, dotado de sabiduría, cambió el habla en sus bocas, puso conflicto en él, en el habla del hombre, que había sido uno.

—Es la traducción de Kramer —aclara a continuación.

—Es una fábula —dice Hiro—. Creía que un nam-shub era un encantamiento.

—El nam-shub de Enki es a la vez una fábula y un encantamiento —dice el Bibliotecario—. Una ficción que se autosatisface. Lagos creía que, en su forma original que esta traducción apenas sugiere, realmente hacía lo que dice.

—Quieres decir que cambiaba el habla en las bocas de los hombres.

—Sí —dice el Bibliotecario.

—Esto es una historia de Babel, ¿no? —pregunta Hiro—. Todo el mundo hablaba el mismo idioma, y entonces Enki cambió su habla para que no pudiesen entenderse unos a otros. El

asunto de la Torre de Babel en la Biblia debe de basarse en esto.

—En esta sala hay cierto número de tarjetas que investigan esa conexión —ofrece el Bibliotecario.

—Antes has mencionado que, en cierto momento, todo el mundo hablaba sumerio. Luego, ya nadie lo hacía. Simplemente desapareció, como los dinosaurios. Y no hay ningún genocidio que lo explique. Todo ello es coherente con la historia de la Torre de Babel, y con el nam-shub de Enki. ¿Creía Lagos que Babel había sucedido realmente?

—Estaba seguro de ello. Le preocupaba mucho el enorme número de lenguajes humanos. Pensaba que había demasiados.

—¿Cuántos?

—Decenas de millares. Es posible encontrar gente del mismo grupo étnico en muchos lugares del mundo que viven a pocos kilómetros de distancia, en valles similares y bajo condiciones similares, pero que hablan idiomas que no tienen absolutamente nada en común. Y eso no es un fenómeno infrecuente; es omnipresente. Muchos lingüistas han intentado comprender el problema de Babel, la cuestión de por qué el lenguaje humano tiende a fragmentarse, en vez de convergir hacia una lengua común.

—¿Y alguien ha encontrado una respuesta?

—Es un tema muy difícil y abstruso —dice el Bibliotecario—. Lagos tenía una teoría.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Creía que Babel era un suceso histórico real. Que se produjo en un momento y lugar concretos, coincidiendo con la desaparición de la lengua sumeria. Que antes de Babel/Infocalipsis, los lenguajes tendían a converger. Y que a partir de ese momento, han tenido siempre una tendencia innata a divergir y a convertirse en mutuamente ininteligibles. Que esa tendencia, como él lo expresaba, está enrollada como una serpiente alrededor del tronco cerebral humano.

—Lo único que podría explicar algo así...

Hiro se detiene, sin querer formularlo en voz alta.

—¿Sí? —pregunta el Bibliotecario.

—Si hubiese algún fenómeno que se moviese entre la población, alterando las mentes de forma que ya no pudiesen procesar la lengua sumeria. Algo parecido a la forma en la que un virus salta de un ordenador a otro, dañando todos los ordenadores de la misma forma. Enrollándose en el tronco cerebral.

—Lagos dedicó mucho tiempo y esfuerzo a esa idea —dice el Bibliotecario—. Pensaba que el nam-shub de Enki era un virus neurolingüístico.

—¿Y que Enki era un personaje real?

—Posiblemente.

—¿Y que Enki inventó el virus y lo diseminó en Sumer, mediante tablillas como ésta?

—Sí. Se ha descubierto una que contiene una carta a Enki, en la cual el autor se queja de ello.

—¿Una carta a un dios?

—Sí. Es de Sin-samuh, el Escriba. Empieza alabando a Enki y haciendo énfasis en su devoción hacia él. Luego se queja:

Como un joven... [línea incompleta] tengo paralizada la muñeca.

Como un carro en el camino cuando la yunta se ha separado, estoy inmóvil en el camino.

Yazco en una cama llamada «¡Oh! y ¡Oh no'.» Dejo escapar un sollozo.

Mi grácil figura está tendida cuello a tierra, mis pies están paralizados.

Mi... ha sido arrastrado por el suelo. Mi apariencia ha cambiado.

De noche no puedo dormir, mi fuerza ha sido derribada. mi vida mengua.

El brillante día es oscuro para mí. He tropezado cayendo en mi propia tumba.

Yo, un escribano que sabe muchas cosas, me veo convertido en

[ignorante. Mi mano ha dejado de escribir. no hay palabras en mi boca.

»Luego, tras más descripciones de sus infortunios, el escriba termina diciendo:

Mi dios, eres tú quien yo temo.

Te he escrito una carta. Ten piedad de mí.

El corazón de mi dios: haz que me sea devuelto.

29 Ng, una conveniente silla de ruedas

T.A. está haciendo tiempo en una Parada de Camiones de Mamá en la 405, esperando a alguien que tiene que recogerla. Ella no iría a una Parada de Camiones de Mamá ni muerta. Por ejemplo, si un remolque pesado le pasase por encima con todas y cada una de sus dieciocho ruedas frente a una Parada de Camiones de Mamá, antes que entrar ahí preteriría arrastrarse por el arcén de la autopista, usando los músculos de las pestañas, hasta que llegase a un Soba y Sigue lleno de parias calentorros. Pero a veces, cuando eres un profesional, te dan un trabajo que no te gusta, y tienes que mantenerte frío y aceptar lo que venga.

Para el trabajo de esta noche, el hombre del ojo de cristal le ha suministrado un «conductor y guardia de seguridad», según lo ha descrito. Una incógnita total. T.A. no está segura de que le guste la idea de tener que aguantar a un tipo misterioso. Tiene la imagen mental de que va a ser como el entrenador de defensa personal del instituto. Menuda papeleta. En cualquier caso, aquí es donde se supone que tiene que encontrarse con él.

T.A. pide un café y un trozo de tarta de cereza á la mode. Se lo lleva a la terminal pública de la Calle que hay en la esquina. Es una especie de cabina envolvente de acero inoxidable, empotrada entre una cabina telefónica en la cual se desparrama un camionero nostálgico, y una máquina de millón que representa una chica de grandes tetas que se iluminan cuando cuelas la bola por sus mágicas trompas de Falopio.

T.A. no tiene mucha experiencia en el Metaverso, pero sabe moverse y tiene una dirección. Y encontrar una dirección en el Metaverso no debería ser más difícil que hacerlo en la Realidad, al menos si no eres un peatón con retardo profundo.

En cuanto sale a la Calle la gente empieza a echarle miradas. Las mismas que le echan cuando atraviesa la desgastada desolación del Westlake Corporate Park ataviada con su dinámico equipo azul y naranja de korreo. Sabe que la gente

de la Calle le echa miradas maliciosas porque está entrando desde una terminal pública barata. Es una vulgar persona en blanco y negro.

La parte construida de la Calle, alrededor de Puerto Cero, forma una tormenta luminiscente a su derecha. Le da la espalda y luego se sube al Monorraíl. Le gustaría ir a la ciudad, pero visitar esa parte de la Calle sale caro y tendría que estar echando monedas en la ranura cada décima de milisegundo.

El nombre del tipo es Ng. En la Realidad está en algún lugar del sur de California. T.A. no sabe exactamente qué vehículo conduce; una especie de furgón lleno de lo que el hombre del ojo de cristal definió como «cosas, cosas realmente increíbles que no te interesan para nada». En el Metaverso él vive fuera de la ciudad, cerca de Puerto 2, donde las construcciones ya empiezan a clarear.

El hogar de Ng en el Metaverso es una villa colonial francesa en el pueblo prebélico de My Tho, en el delta del Mekong. Visitarlo es como ir a Vietnam en 1955, pero sin sudar. A fin de hacer sitio para su creación ha reclamado una parcela de Metaverso a unos cuantos kilómetros de la Calle. En una barriada tan marginal no hay servicio de Monorraíl, así que el avatar de T.A. ha de andar todo el camino.

Tiene un amplio despacho con cristaleras y un balcón con vistas a interminables arrozales en los que se afanan menudos vietnamitas. No cabe duda que este tipo es un técnico bastante bueno, porque T.A. cuenta centenares de personas en los arrozales, y docenas en el pueblo, todos ellos bien reproducidos y todos haciendo cosas distintas. Ella no es una pirada de los ordenadores, pero sabe que este tipo está dedicando un montón de tiempo de cálculo a la tarea de crear una visión realista desde la ventana de su despacho. Y el hecho de que sea Vietnam lo convierte en algo retorcido y fantasmagórico. T.A. se muere de ganas de hablarle de este sitio a Atropello. Se pregunta si tendrá también bombardeos y napalm. Eso sería la hostia.

Ng, o al menos el avatar de Ng, es un vietnamita muy menudo y aseado, de unos cincuenta y tantos, de cabello engomina-

do, y que viste ropa militar de color caqui. Cuando T.A. entra en su despacho, él está reclinado hacia delante en la silla mientras una geisha le masajea los hombros.

¿Una geisha en Vietnam?

El abuelo de T.A., que estuvo allí durante un tiempo, le contó que los japoneses se hicieron cargo de Vietnam durante la guerra y se comportaron con la crueldad que fue su marca de fábrica hasta que les soltamos la bomba y descubrieron que en realidad eran pacifistas. Los vietnamitas, como casi todos los asiáticos, odian a los japoneses. Y, al parecer, a este tal Ng le agrada la idea de disponer de una geisha japonesa para que le haga masajes.

Lo cual no deja de ser muy extraño, por una razón: La geisha no es más que una imagen en los visores de Ng y de T.A., y una imagen no puede dar masajes, así que, ¿para qué tomarse la molestia?

Al entrar T.A., Ng se pone de pie y hace una reverencia. Así es como se saludan los chalados fanáticos de la Calle. No les gusta darse la mano porque no puedes sentir el contacto y eso les recuerda que no están realmente ahí.

—Eh, hola —dice T.A.

Ng se vuelve a sentar y la geisha sigue con el masaje. El escritorio de Ng es una preciosa antigüedad francesa con una fila de pequeñas pantallas de televisión en el borde encarado hacia él. Vigila continuamente los monitores, incluso mientras charla.

—Me han contado algunas cosillas sobre ti —dice Ng.

—No debería hacer caso de rumores desagradables —contesta T.A.

Ng alza un vaso de su escritorio y da un trago. Parece un julepe de menta. En su superficie se forman gotas de condensación, que rompen y chorrean por el costado. La reproducción es tan perfecta que T.A. puede distinguir en cualquier gota reflejos miniaturizados de las ventanas del despacho. Es totalmente ostentoso. Menudo colgado.

Ng la mira sin mostrar emoción alguna, pero T.A. imagina que debe sentir odio y disgusto. Gastarse toda esa pasta en tener la casa más guay del Metaverso y que luego entre una pati-

nadora en blanco y negro cutre. Debe de ser una auténtica patada en sus metafóricos huevos.

En algún sitio de la casa hay una radio, de la que surge una mezcla de perezosa música vietnamita y rock de silla de ruedas yanqui.

—¿Eres ciudadana de Nova Sicilia? —pregunta Ng.

—No, pero a veces me reúno con Tío Enzo y otros tipos de la Mafia.

—Ah. Muy insólito.

Ng no es un hombre presuroso. Se ha empapado del ritmo lánguido del delta del Mekong y se contenta con estar ahí sentado, vigilando sus pantallas y soltando una frase cada pocos minutos.

Otra cosa: por lo visto sufre el síndrome de Tourette o alguna otra aflicción cerebral, porque de vez en cuando, sin razón aparente, hace ruidos extraños con la boca. Los sonidos tienen ese matiz gangoso que se percibe cuando los vietnamitas tienen peleas familiares en su lengua materna en la trastienda de tiendas y restaurantes, pero por lo que T.A. deduce no son palabras reales sino efectos de sonido.

—¿Trabaja mucho con ellos? —pregunta T.A.

—Pequeños trabajos de seguridad de vez en cuando. A diferencia de muchas corporaciones, la Mafia tiene una fuerte tradición de encargarse de sus propias medidas de seguridad. Pero cuando hace falta algo especialmente técnico...

Se para a mitad de la frase para emitir por la nariz un sonido increíblemente zumbante.

—¿A eso se dedica? ¿A la seguridad?

Ng escudriña todos sus televisores. Hace chasquear los dedos, y la geisha se escabulle de la sala. Cruza las manos sobre la mesa y se echa hacia delante. Clava la vista en T.A.

—Sí —dice.

T.A. le devuelve la mirada, esperando a que continúe. Al cabo de un momento, la atención de Ng deriva de nuevo hacia los monitores.

—Casi todo mi trabajo es un gran contrato para Mr. Lee —barbota él. T.A. se sorprende de la forma en que Ng se refiere al Gran Hong Kong de Mr. Lee.

Oh, bueno. Si ella puede hablar de Tío Enzo con familiaridad, él puede hacerlo de Mr. Lee.

—La estructura social de una nación estado queda determinada en última instancia por sus medidas de seguridad —dice Ng—, y Mr. Lee lo comprende muy bien.

Vaya, guau, nos vamos a poner profundos. Ng está empezando a sonar como los viejos expertos de los debates televisivos que la madre de T.A. sigue de forma compulsiva.

—En vez de contratar a una gran fuerza de seguridad humana, con el consabido impacto en el entorno social..., ya sabes, montones de gente cobrando el salario mínimo y rondando por ahí con ametralladoras, Mr. Lee prefiere usar sistemas no humanos.

Sistemas no humanos. T.A. está a punto de preguntarle qué sabe sobre la Criatura Rata. Pero es inútil: no lo dirá. Sería comenzar la relación con mal pie que T.A. le pidiese a Ng intel que éste jamás le daría y que haría que toda esta escena fuese aún más insólita de lo que ya es, cosa que T.A. no puede ni concebir.

Ng estalla en una larga cadena de sonidos nasales, chasquidos y pausas glóticas.

—Perra —masculla.

—¿Perdón?

—Nada —explica Ng—, un bollicoche me ha cortado el paso. La gente no parece entender que con este vehículo podría aplastarlos como un cerdo ' barrigudo bajo un transporte blindado.

—¿Un bollicoche? ¿Está conduciendo?

—Sí. Voy de camino a recogerte, ¿no lo recuerdas?

—¿Le importa?

—No —suspira, como si realmente le importase. T.A. se levanta y rodea el escritorio para mirar. Cada una de las pequeñas pantallas de televisión muestra una vista diferente del exterior de la furgoneta: parabrisas, ventanilla izquierda, ventanilla derecha, parabrisas trasero. Otra tiene un mapa electrónico que muestra la posición: rumbo a San Bernardino, que no queda lejos.

—La furgoneta se controla mediante la voz —explica Ng—. Eliminé la interfaz volantepedales porque las órdenes verbales me resultan más convenientes. Por eso a veces hago sonidos poco corrientes con la voz: estoy controlando los sistemas del vehículo.

T.A. se desconecta del Metaverso por un rato, para despejar la cabeza y echar una meada. Al quitarse el visor descubre que ha conseguido una respetable audiencia de camioneros y mecánicos que rodean la cabina en semicírculo escuchándola farfullar con Ng. Cuando se levanta, la atención resbala hacia su culo de forma natural.

T.A. va al baño, se termina la tarta y deambula bajo el resplandor ultravioleta del sol poniente para esperar a Ng.

Reconocer su furgoneta no representa el más mínimo problema. Es enorme. Mide dos metros y medio de altura y es aún más ancha, lo que la habría convertido en un transporte especial en los días en que aún había leyes. Es de construcción cuadrada y angulosa, a base de soldar las planchas de acero planas y acanaladas que normalmente se usan para hacer tapas de alcantarilla y travesanos de escaleras. Los neumáticos son descomunales, como los de tractor, pero con una huella menos profunda, y hay seis: dos ejes detrás y uno delante. El motor es tan grande que, como pasa con las naves espaciales de los malos de las películas, T.A. siente el estruendo en las costillas antes de ver el vehículo; expulsa humo de la combustión del diesel a través de un par de chimeneas cuadradas de color rojo que se proyectan desde el techo hacia atrás. El parabrisas es un rectángulo de vidrio perfectamente plano de un metro por dos y medio, tan negro que T.A. no puede distinguir dentro ni, siquiera un contorno. El morro de la furgoneta está festoneado con todos los tipos de focos de luz de alta potencia conocidos por la ciencia, como si este tío se hubiese colado en una franquicia de Nueva Sudáfrica un sábado por la noche y hubiese robado las luces de todos los jeeps. Y en el frontal ha instalado una rejilla montada a base de soldar raíles arrancados de una vía abandonada en alguna parte. Sólo la rejilla probablemente pese más que un auto pequeño.

La puerta del pasajero se abre. T.A. se aproxima y sube al asiento.

—Hola —dice—. ¿Necesita estirar las piernas?

Ng no está.

O quizá sí.

Donde debería estar el asiento del conductor hay una especie de bolsa de neopreno del tamaño de un cubo de basura, colgada del techo mediante una telaraña de correas, cordones elásticos, tubos, alambres, cables de fibra óptica y líneas hidráulicas. Está envuelta en tantas cosas que es difícil visualizar los contornos.

En la parte alta de la bolsa T.A. ve un parche de piel con un poco de pelo negro: la coronilla de un hombre parcialmente calvo. El resto, de las sienes para abajo, está encajonado en una enorme unidad visor/máscara/ auricular/tubo de alimentación, sostenida contra la cabeza por correas inteligentes que están constantemente tensándose y aflojándose para mantener el dispositivo en su sitio con total comodidad.

Debajo, a cada lado, donde uno esperaría encontrar los brazos, se ven gruesos haces de alambres, fibra óptica y tubos que suben desde el suelo y en apariencia se insertan en las cavidades de los hombros de Ng. Hay un arreglo similar donde deberían estar sus piernas, y aún más cosas que se adentran en su ingle y enganchadas a diversas partes de su torso. Todo está envuelto en un mono de una pieza, un saco, más grande de lo que sería su torso, que continuamente se hincha y palpita como si estuviese vivo.

—Gracias, todas mis necesidades están cubiertas —dice Ng. Tras ella, la puerta se cierra de un golpe. Ng emite un ladrido y la furgoneta sale a la vía de servicio, de vuelta a la 405.

—Por favor, disculpa mi apariencia —dice Ng tras un prolongado e incómodo silencio— . Mi helicóptero se prendió fuego en Saigón en el setenta y cuatro. Una bala trazadora perdida.

—Guau. Vaya putada.

—Logré llegar hasta un portaaviones estadounidense próximo a la costa, pero como supondrás, el combustible se desparramó un poco durante el incendio.

—Sí, me lo imagino. Jo, vaya.

—Durante un tiempo probé con prótesis, y hay algunas muy buenas. Pero no hay nada mejor que una silla de ruedas motorizada. Y entonces me puse a pensar, ¿por qué las sillas de ruedas son siempre trastos patéticos que se las ven y se las desean para subir una rampita de nada? Así que me compré esto, un camión de bomberos de un aeropuerto alemán, y lo convertí en mi nueva silla de ruedas motorizada.

—Es muy bonita.

—América es maravillosa, porque puedes conseguirlo todo sin bajarte del vehículo. Cambios de aceite, licor, bancos, lavar el automóvil, funerales, lo que quieras... ¡sin bajar del coche! Así que este vehículo es mucho mejor que una pequeña y patética silla de ruedas. Es una extensión de mi cuerpo.

—¿Y lo de los masajes de la geisha?

Ng musita algo y su saco empieza a palpitar y ondularse alrededor de su cuerpo.

—Es un demonio, por supuesto. En cuanto al masaje, mi cuerpo está suspendido en un gel electrocontractivo que me da masajes cuando lo necesito. También tengo una chica sueca y una mujer africana, pero esos demonios no son tan detallados.

—¿Y el julepe de menta?

—A través de un tubo. Sin alcohol, ja ja.

—Entonces —pregunta T.A. en algún momento, cuando hace ya mucho rato que han dejado LaX atrás y se imagina que ya es demasiado tarde para acojonarse—, ¿cuál es el plan? ¿Tenemos un plan?

—Vamos a Long Beach. A la Zona de Austeridad de Terminal Island. Y allí compramos drogas —explica Ng—. O mejor dicho, las compras, ya que yo estoy indispuesto.

—¿Ésa es mi tarea? ¿Comprar drogas?

—Comprarlas y arrojarlas al aire.

—¿En una Zona de Sacrificio?

—Sí. Nosotros nos encargaremos del resto.

—¿Quién es «nosotros», colega?

—Hay varias, eh, entidades más que nos ayudarán.

—¿Qué? ¿La trasera de la furgoneta está llena de... gente como usted?

—Más o menos —dice Ng—. Te aproximas a la verdad.

—¿Podría tratarse de, digamos, sistemas no humanos?

—Ése es un término lo suficientemente general, me parece. T.A. imagina que eso es un gran sí.

—¿Está cansado? ¿Quiere que conduzca yo?

Ng se ríe con aspereza, como un cañón antiaéreo en la distancia, y la furgoneta casi se sale de la carretera. T.A. no cree que se ría del chiste; se ríe de lo idiota que es T.A.

30 Ashera. Adán y Eva

—Bueno, la última vez estuvimos hablando del sobre de arcilla. Pero ¿qué hay de ese artilugio que parece un árbol? —dice Hiro, señalando con un gesto uno de los artefactos.

—Un tótem de la diosa Ashera —responde el Bibliotecario, conciso.

—Ahora empezamos a llegar a alguna parte —dice Hiro—. Lagos dijo que la Brandy del Sol Negro era una prostituta del culto de Ashera, pero ¿quién es Ashera?

—Era la consorte de El, también llamado Yahvé —contesta el Bibliotecario—. Se la conoce además por otros nombres: Elat es su nombre más común. Los griegos la llamaban Dione o Rea. Los cananeos la conocían como Tánit o Hawwa, que es lo mismo que Eva.

—¿Eva?

—Según la etimología de Cross, «Tánit» es el femenino de «tannin», que significa «la de la serpiente». Además, Ashera también se asociaba a otro apelativo durante la Edad del Bronce: «dat batni», que también significa «la de la serpiente». Para los sumerios era Nintu o Ninhursag. Su símbolo era una serpiente enrollada alrededor de un árbol o un báculo: el caduceo.

—¿Quién adoraba a Ashera? Supongo que mucha gente.

—Todos los que vivieron entre la India y la península ibérica desde el segundo milenio antes de Cristo hasta empezada la era cristiana. Con la excepción de los hebreos, quienes sólo la adoraron hasta las reformas religiosas de Ezequías y, más tarde, Josías.

—Creía que los hebreos eran monoteístas. ¿Cómo podían adorar a Ashera?

—Monólatras. No negaban la existencia de otros dioses, pero sólo podían adorar a Yahvé. Ashera era venerada como la consorte de Yahvé.

—No recuerdo que la Biblia diga nada sobre que Dios tenga esposa.

—La Biblia aún no existía. El judaismo era sólo un compendio de cultos yahvíticos inarticulado, cada uno con sus lugares sagrados y sus ritos. Las historias del Éxodo aún no habían sido formalizadas en una escritura. Y las partes más recientes de la Biblia ni siquiera habían tenido lugar.

—¿Quién decidió expurgar a Ashera del judaismo?

—La escuela deuteronomista, definida como los que escribieron el Deuteronomio, así como Josué, Jueces, Samuel y Reyes.

—¿Y qué tipo de gente era?

—Nacionalistas. Monárquicos. Centralistas. Los precursores de los fariseos. En esa época, el rey asirio Sargón II había conquistado recientemente Samaría, el norte de Israel, forzando una migración de hebreos hacia el sur, hacia Jerusalén. La ciudad se expandió enormemente y los hebreos empezaron a conquistar territorio hacia el oeste, el este y el sur. Fue una época de intenso nacionalismo y fervor patriótico. La escuela deuteronomista personificó esas actitudes en las escrituras, reescribiéndolas y reorganizando las viejas historias.

—¿Reescribiéndolas cómo?

—Moisés y otros creían que el río Jordán era la frontera de Israel, pero los deuteronomistas pensaban que Israel incluía la Transjordania, lo cual justificaba la agresión hacia el este. Hay muchos otros ejemplos. La ley predeuteronómica no decía nada sobre monarquías. La Ley, tal como la fijó la escuela deuteronomista, reflejaba un sistema monárquico. La ley predeuteronómica atañía sobre todo a asuntos sagrados, mientras que la principal preocupación de la ley deuteronómica es la educación del rey y su pueblo; en otras palabras, asuntos seculares. Los deuteronomistas insistieron en centralizar la religión en el Templo de Jerusalén, destruyendo los centros de culto periféricos. Y hay otro aspecto que a Lagos le pareció significativo.

—¿Y de qué se trata?

—El Deuteronomio es el único libro del Pentateuco que hace referencia a una Tora escrita como manifestación de la voluntad divina:

«Cuando suba al trono deberá escribir en un rollo, para uso propio, una copia de esta ley, según el ejemplar que está en poder de los sacerdotes levitas. La tendrá consigo y la leerá todos los días de su vida, para que aprenda a respetar a su Dios, guardando todas sus palabras y poniendo en práctica todas sus prescripciones, para que no se crea superior a sus hermanos y no se desvíe de ella ni a derecha ni a izquierda, y de esa manera prolongue los días de su reinado, él y sus hijos, sobre el trono de Israel». Deuteronomio, 17, 18-20.

—Por tanto, los deuteronomistas codificaron la religión, convirtiéndola en una entidad organizada autopropagante —dice Hiro—. No quiero decir virus, pero según lo que me acabas de citar, la Tora es como un virus. Usa el cerebro humano como anfitrión. Éste, el humano, hace copias de ella. Y otros seres humanos vienen a la sinagoga y la leen.

—No puedo procesar una analogía. Pero lo que dice es correcto en el siguiente aspecto: después de que los deuteronomistas hubieron reformado el judaismo, los judíos iban a la sinagoga a leer el Libro en vez de a hacer sacrificios. De no ser por los deuteronomistas, los monoteístas del mundo aún estarían sacrificando animales y propagando sus creencias mediante la tradición oral.

—Compartiendo agujas —dice Hiro—. Cuando estudiaste este material con Lagos, ¿dijo algo acerca de que la Biblia fuese un virus?

—Dijo que tenía ciertas cosas en común con un virus, pero que era diferente. La consideraba un virus benigno, como los que se usan en las vacunas. Consideraba que el virus Ashera era mucho más maligno, capaz de extenderse mediante el intercambio de fluidos corporales.

—Así que la estricta religión de los deuteronomistas, basada en un libro, vacunó a los hebreos contra el virus Ashera.

—En combinación con la monogamia estricta y otras prácticas kosher, sí —dice el Bibliotecario—. Las religiones precedentes, desde Sumer hasta el Deuteronomio, se denominan prerracionales. El judaismo fue la primera de las religiones racionales. Y como tal, según el punto de vista de Lagos, era mucho menos susceptible a las infecciones virales porque se

basaba en registros escritos, inmutables. Ésa era la razón de la veneración de la Tora y del meticuloso cuidado empleado al hacer nuevas copias de ella: higiene de la información.

—¿Y en qué vivimos hoy en día? ¿En la época posracional?

—Juanita comentó algo en ese sentido.

—Ya lo imagino. Empiezo a encontrar más sentido a lo que decía.

—Oh.

—Antes nunca logré encontrárselo.

—Comprendo.

—Creo que si paso contigo el tiempo suficiente para entender lo que hay en la mente de Juanita..., bueno, podrían pasar cosas maravillosas.

—Intentaré serle de ayuda.

—Volvamos a lo nuestro; no es momento para erecciones. Parece que Ashera era la portadora de una infección viral. Los deuteronomistas se dieron cuenta de algún modo y la exterminaron bloqueando todos los vectores por los cuales infectaba a nuevas víctimas.

—En referencia a las infecciones virales —ofrece el Bibliotecario—, y si me permite hacer una conexión espontánea y bastante brusca, algo que estoy codificado para hacer en los momentos oportunos, quizá quiera examinar el caso del herpes simplex, un virus que se aloja en el sistema nervioso y jamás lo abandona. Es capaz de llevar nuevos genes a las neuronas y manipularlas genéticamente. Los actuales ingenieros genéticos lo usan con ese propósito. Lagos pensó que el herpes simplex podía ser un benigno descendiente moderno de Ashera.

—No siempre benigno —contesta Hiro, recordando a un amigo suyo que murió de complicaciones relacionadas con el sida; en sus últimos días, las lesiones del herpes le llegaban desde los labios hasta la garganta—. Sólo lo es porque tenemos un sistema inmunitario.

—Sí,señor.

—Así pues, ¿Lagos creía que el virus Ashera alteraba realmente el ADN de las neuronas?

—Sí. Ésa era la espina dorsal de su hipótesis de que el virus era capaz de transformarse a sí mismo de una cadena de ADN transmitida biológicamente a un conjunto de comportamientos.

—¿Qué comportamientos? ¿Cómo era el culto de Ashera? ¿Hacían sacrificios?

—No, pero hay evidencia de prostitución sagrada, tanto masculina como femenina.

—¿Significa eso lo que pienso? ¿Religiosos que rondaban por el templo y jodian con la gente?

—Más o menos.

—Bingo. Estupenda forma de extender un virus. Ahora quiero volver a una bifurcación anterior de la conversación.

—Como desee. Puedo manejar bifurcaciones anidadas hasta una profundidad prácticamente infinita.

—Mencionaste una conexión entre Ashera y Eva.

—Eva, cuyo nombre bíblico es Hawwa, es claramente la interpretación hebrea de un mito más antiguo. Hawwa es una diosa madre ofídica.

—¿Ofídica?

—Asociada a las serpientes. Ashera también es una diosa madre ofídica.

—Por lo que recuerdo, se consideraba que Eva fue la responsable de que Adán comiese el fruto prohibido, del árbol del conocimiento del bien y del mal. Es decir, no se trata sólo de la fruta: es información.

—Si usted lo dice, señor.

—Me pregunto si los virus habrán estado siempre con nosotros. Se presupone de forma más o menos implícita que han estado aquí desde siempre, pero quizá no sea cierto. Quizá hubo un periodo de la historia en el cual no existían, o al menos eran infrecuentes. Y en cierto momento, cuando apareció el metavirus, el número de virus diferentes se disparó y la gente comenzó a ponerse enferma mucho más a menudo. Eso explicaría el hecho de que todas las culturas parecen tener un mito sobre el Paraíso, y la Pérdida del Paraíso.

—Quizá.

—Me dijiste que los esenios pensaban que las tenias eran demonios. Si hubiesen sabido lo que era un virus, probablemente habrían pensado lo mismo. Y Lagos me dijo la otra noche que, para los sumerios, no existían los conceptos de bien o mal como tales.

—Correcto. Según Kramer y Maier, hay demonios buenos y demonios malos. «Los buenos brindan salud física y emocional. Los malos traen desorientación y diversas dolencias físicas y emocionales... Pero esos demonios apenas pueden distinguirse de las enfermedades que personifican... y muchas de esas enfermedades suenan, a oídos modernos, como probablemente psicosomáticas.»

—Eso es lo que dijeron los médicos sobre David, que su enfermedad debía de ser psicosomática.

—No sé nada sobre David, excepto unas cuantas estadísticas banales.

—Parece que el escritor de la leyenda de Adán y Eva se inventó el «mal» y el «bien» para explicar por qué enferma la gente, por qué sufre el ataque de virus físicos y mentales. Así que cuando Eva, o Ashera, hizo que Adán comiese del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, lo que hizo es introducir los conceptos de bien y mal en el mundo; introducir el metavirus que crea los virus.

—Podría ser.

—Por tanto, mi siguiente pregunta es: ¿quién escribió el mito de Adán y Eva?

—Eso es origen de polémica entre eruditos.

—¿Qué opinaba Lagos? O mejor, ¿qué opina Juanita?

—La interpretación radical de la historia de Adán y Eva llevada a cabo por Nicolás Wyatt supone que, de hecho, fue escrita por los deuteronomistas como alegoría política.

—Creía que habían escrito los libros posteriores, no el Génesis.

—Cierto. Pero también estuvieron involucrados en la compilación y reelaboración de los libros anteriores. Durante muchos años se dio por supuesto que el Génesis fue escrito en algún momento alrededor del 900 antes de Cristo o incluso antes, mucho antes de la llegada de los deuteronomistas. Pero recientes análisis de vocabulario y contenido sugieren

que se llevó a cabo una gran cantidad de correcciones, y quizá incluso adiciones, en la época del Exilio, cuando los deuteronomistas ejercían su predominio.

—O sea que es muy posible que reescribieran un mito anterior de Adán y Eva. Tuvieron la oportunidad. Según la interpretación de Hvidberg y, más adelante, Wyatt, Adán en el paraíso es una parábola del rey en su refugio, específicamente del rey Oseas, que gobernó el Reino del Norte hasta que fue conquistado por Sargón II en el 722 antes de Cristo.

—Esa es la conquista que mencionaste antes, la que empujó a los deu-teronomistas hacia el sur, a Jerusalén.

—Exactamente. Ahora bien, «edén», que puede entenderse como la palabra hebrea que significa «deleite», representa el estado feliz en que vivía el rey antes de la conquista. La expulsión desde el Edén a las tierras baldías del este es una parábola de las deportaciones masivas de israelitas a Asiría tras la victoria de Sargón II. Según esta interpretación, el rey fue seducido y apartado del camino recto por el culto de El, y por tanto, el culto asociado de Ashera... comúnmente relacionada con serpientes y cuyo símbolo es un árbol.

—Y su asociación con Ashera hizo que fuese conquistado, así que cuando los deuteronomistas llegaron a Jerusalén, refundieron la historia de Adán y Eva como advertencia para los caudillos del Reino del Sur.

—Sí.

—Y quizá, como nadie les hacía caso, en el proceso inventaron los conceptos de bien y mal como gancho.

—¿Gancho?

—Un término de la Industria. ¿Y qué sucedió después? ¿Intentó Sargón II conquistar también el Reino del Sur?

—Lo hizo su sucesor, Senaquerib. El rey Ezequías, que gobernaba el Reino del Sur, se preparó afanosamente para el ataque, realizando grandes reformas en las fortificaciones de Jerusalén y mejorando el suministro de agua potable. También fue responsable de una serie de reformas religiosas de amplio alcance, que emprendió bajo la dirección de los deuteronomistas.

—¿Y qué ocurrió?

—Las tropas de Senaquerib rodearon Jerusalén. «Y aquella misma noche salió el ángel del Señor e hirió en el campamento de Asiría a ciento ochenta y cinco mil; y, al levantarse por la mañana, vieron que todos ellos eran cadáveres. Entonces Senaquerib, rey de Asirla, se retiró, y regresó a Nínive.» Reyes 2, 19, 35-36.

—No me extraña. A ver si lo entiendo: los deuteronomistas, a través de Ezequías, imponen una política de higiene de la información en Jerusalén y hacen trabajos de ingeniería civil... ¿Has dicho que mejoraron el suministro de agua?

—«Se reunió una gran muchedumbre y cegaron todas las fuentes, así como el canal subterráneo, para que cuando llegaran los asirlos no encontraran agua en abundancia.» Crónicas 2, 32, 4. Luego los hebreos excavaron un túnel de más de quinientos metros a través de roca sólida para llevar el agua hasta el interior de los muros de la ciudad.

—Y en cuanto los soldados de Senaquerib entraron en escena, cayeron muertos a causa de lo que sólo puede entenderse como una enfermedad extraordinariamente virulenta, a la cual la gente de Jerusalén parecía ser inmune. Umm, interesante... ¿Qué habría en esa agua?

31 Zona de Austeridad

T.A. no baja a menudo a Long Beach, pero cuando baja hace todo lo posible por evitar la Zona de Austeridad. Es un astillero abandonado, tan grande como una ciudad pequeña. Sobresale en la bahía de San Pedro, donde los barclaves más viejos y desagradables de la Cuenca, barclaves no planificados de casitas de techo de amianto, patrullados por camboyanos con cejas de escarabajo, armados con escopetas, se desvanecen en playas cubiertas de espuma. Gran parte de la Zona recibe el muy adecuado nombre de Isla Terminal, y, puesto que su patín no puede deslizarse sobre el agua, su única vía para entrar o salir de allí es por la carretera de acceso.

Como todas las Zonas de Austeridad, ésta tiene una valla alrededor, con carteles metálicos amarillos cada pocos metros

.

ZONA DE AUSTERIDAD

AVISO: El Servicio Nacional de Parques ha declarado esta área Zona Nacional de Austeridad. El Programa de Zonas de Austeridad ha sido desarrollado para gestionar las parcelas de tierra cuyos gastos de mantenimiento exceden su valor económico previsible total.

Y como las vallas de cualquier Zona de Austeridad, ésta tiene agujeros, y a trozos ni siquiera existe. Los varones jóvenes, fuera de sí por las hormonas masculinas naturales y artificiales, necesitan un sitio para llevar a cabo sus estúpidos rituales de pubertad. Vienen de barclaves de toda el área, en camionetas con tracción de cuatro ruedas, y cruzan el terreno despejado, arrancando largas cuchilladas retorcidas de la capa de arcilla que han echado en las partes realmente malas para impedir que el amianto azotado por el viento descienda sobre Disneylandia como una ventisca.

T.A. siente una extraña satisfacción al saber que a esos chicos jamás se les ha ocurrido la idea de un vehículo todo terreno como la silla de ruedas motorizada de Ng. Se aparta de la calle pavimentada sin perder velocidad, aunque el viaje se hace un poco más movido, y atraviesa contra la verja de tela metálica como si fuese un banco de niebla, derribando una sección de treinta metros.

Es una noche clara, y la Zona de Austeridad centellea, una inmensa alfombra de cristales rotos y jirones de amianto. A una treintena de metros, las gaviotas picotean el vientre de un pastor alemán que yace muerto sobre el lomo. En el suelo hay una ondulación constante que hace parpadear y titilar los vidrios rotos; está causada por vastas y ocasionales migraciones de ratas. Las profundas huellas de los anchos neumáticos estriados de los chicos de barrios dibujan runas gigantes en el barro, como las figuras misteriosas del Perú de las que hablaron a la madre de T.A. en el Templo NeoAcuariano. A través de las ventanas, T.A. oye ráfagas esporádicas de petardos o armas de fuego.

También oye nuevos ruidos, aún más extraños, procedentes de la boca de Ng.

La camioneta tiene un sistema integrado de sonido, un equipo estéreo, aunque lejos de Ng la idea de escuchar música. T.A. siente cómo se

pone en marcha, percibe el silbido casi inaudible que brota de los altavoces.

La camioneta se adentra en la Zona.

El silbido inaudible se convierte en un grave zumbido electrónico. No es constante, fluctúa arriba y abajo, pero es siempre muy grave, como cuando Atropello rasguea su bajo eléctrico. Ng cambia de dirección continuamente, como buscando algo, y T.A. tiene la sensación de que el tono del zumbido está subiendo.

Definitivamente se hace más agudo, tornándose en un chirrido. Ng gruñe una orden y el volumen disminuye. Ahora conduce muy despacio.

—Quizá no tengas que comprar Snow Crash —masculla—. Puede que hayamos encontrado un escondite sin vigilancia.

—¿Qué es ese ruido tan desagradable?

—Un sensor bioelectrónico. Membranas celulares humanas, criadas in vitro... Eso significa «en vidrio», es decir, en un tubo de ensayo. Un lado se expone al aire exterior, el otro está limpio. Cuando una substancia extraña penetra la membrana celular hasta el lado limpio, es detectada. Cuantas más moléculas penetran, más agudo es el sonido.

—¿Como un contador Geiger?

—Muy parecido, pero para detectar compuestos químicos capaces de penetrar en una célula —coincide Ng.

¿Como cuáles?, quiere preguntar T.A., pero no lo hace.

Ng detiene la camioneta y enciende algunas luces muy, muy tenues. El tipo es así de obsesivo: se ha tomado la molestia de instalar faros tenues, además de todos los brillantes.

Contemplan una especie de hondonada repleta de basura, al pie de un gran montón de bidones. La mayor parte de la basura consiste en latas de cerveza. En el centro hay una hoguera apagada. Ahí convergen muchas marcas de neumáticos.

—Ah, perfecto —dice Ng—. Un lugar donde los jóvenes se reúnen para consumir drogas.

T.A. gira los ojos ante esta muestra de pedantería. Este tipo debe de ser el autor de todos esos panfletos antidroga que les dan en la escuela.

Como si él no tragase un millón de litros de droga por segundo a través de todos esos gruesos tubos.

—No veo signos de trampas explosivas —dice Ng—. ¿Por qué no sales a ver qué restos de drogas hay ahí fuera? T.A. lo mira como preguntando ¿qué has dicho?

—En el respaldo de tu asiento hay una careta antigás.

—¿Qué clase de substancias tóxicas hay ahí fuera?

—Restos de amianto de la industria de construcción naval. Pintura antioxidante para barcos, repleta de metales pesados. También usaban el PCB para un montón de cosas.

—Genial.

—Comprendo tu desgana, pero si conseguimos una muestra de Snow Crash en este emplazamiento de consumo de drogas, el resto de nuestra misión será innecesario.

—Bueno, visto así... —dice T.A., echando mano a la careta. Es un gran trasto de caucho y lona que le cubre por completo la cabeza y el cuello. Al principio parece pesada e incómoda, pero quien la diseñó sabía lo que hacía, ya que el peso se apoya en los sitios adecuados. También hay un par de pesados guantes que T.A. se enfunda. Son demasiado grandes, como si a los de la fábrica de guantes jamás se les hubiese pasado por la cabeza la idea de que una mujer pudiese ponérselos.

Se arrastra con pesadez hasta el suelo de vidrios y amianto de la Zona, con la esperanza de que Ng no cierre de un portazo y se largue dejándola aquí.

En realidad, desearía que lo hiciese. Sería una aventura guay.

En cualquier caso, se acerca al «emplazamiento de consumo de drogas». No le sorprende ver un pequeño montón de hipodérmicas desechadas. Y también tubitos vacíos. Coge unos cuantos y lee las etiquetas.

—¿Qué has encontrado? —pregunta Ng en cuanto ella regresa a la camioneta y se quita la careta.

—Agujas. Muchos Hiponarxes. También hay unos cuantos Ultra Laminares y algunos Mosquitos Veinticinco.

—¿Qué significa todo eso?

—Los Hiponarxes se pueden comprar en el Buy'n'Fly; la gente los llama clavos oxidados. Son baratos y no tienen punta; en teoría son las jeringuillas que usan los negros pobres diabéticos o yonquis. Los Ultra Laminares y los Mosquitos están de moda; se encuentran en los barclaves elegantes, y al clavárselos no hacen tanto daño; están mejor diseñados. Ya sabe, émbolos ergonómicos y colores a la última.

—¿Qué droga se han inyectado?

—Échele un vistazo —dice T.A., acercándole a Ng uno de los tubos. Y entonces se da cuenta de que él no puede girar la cabeza.

—¿Dónde lo pongo para que pueda verlo?

Ng tararea una musiquilla. Un brazo robótico se despliega desde el techo de la camioneta, coge el tubo con precisión de la mano de T.A., y lo sitúa frente a una cámara de vídeo instalada en el salpicadero.

La etiqueta adherida al tubo, escrita a máquina, dice simplemente «Testosterona».

—Una falsa alarma, jajá —dice Ng. La camioneta arranca bruscamente, dirigiéndose hacia el centro de la Zona de Austeridad.

—Ya que soy yo quien hace el trabajo sucio en este asunto —suelta T.A.—, ¿quiere decirme qué está pasando?

—La pared celular —explica Ng—. El detector encuentra cualquier substancia que atraviese la pared celular, así que naturalmente nos ha guiado hacia una fuente de testosterona. Un error involuntario. Qué divertido. Verás, nuestros bioquímicos viven en sus torres de marfil, y no han previsto que habría gente tan mentalmente retorcida como para usar hormonas como si fuesen una droga. Qué bichos raros.

—¿Qué está buscando? —dice T.A. sonriendo para sí misma. Realmente le gusta la idea de vivir en un mundo en el que alguien como Ng puede permitirse el lujo de llamar bichos raros a otros.

—Snow Crash —dice Ng—. Y en vez de eso hemos encontrado el Anillo de Diecisiete.

—Snow Crash es la droga esa que viene en tubitos —dice T.A—. Eso sí lo sé. ¿Qué es el Anillo de Diecisiete? ¿Uno de esos locos grupos de rock que escuchan los chavales hoy en día?

—El Snow Crash traspasa las paredes de las neuronas y llega hasta el núcleo, donde se almacena el ADN. Por eso, para esta misión, desarrollamos un sensor que nos permitiese detectar en el aire compuestos químicos capaces de atravesar la pared celular. Pero no contamos con que habría montones de tubos de testosterona vacíos repartidos por todas partes. Todos los esteroides, las hormonas artificiales, comparten la misma estructura, un anillo de diecisiete átomos que actúa como llave mágica que les permite atravesar la pared celular. Por eso los esteroides son substancias tan poderosas cuando se las libera en el cuerpo humano. Pueden introducirse en la célula, en el núcleo, y alterar su funcionamiento.

»En resumen: el detector es ineficaz. El método sigiloso no resultará, así que volvemos al plan original: compras Snow Crash y lo lanzas al aire.

T.A. sigue sin entender esta última parte, pero cierra la boca porque, en su opinión, Ng debería dedicar más atención a conducir.

Una vez fuera de la parte más espeluznante, la Zona de Austeridad consiste mayormente en una desolación de hierbajos resecos y grandes montones de metal abandonado. En algunos sitios hay grandes pilas de mierda: carbón o escoria o hulla o ganga o lo que sea.

Cada vez que doblan una esquina encuentran un pequeño huerto, atendido por asiáticos o sudamericanos. T.A. tiene la sensación de que Ng desearía atropellarlos, pero siempre cambia de opinión en el último momento y gira para rodearlos.

Unos negros que hablan en español están jugando a béisbol en una amplia superficie plana, usando como bases tapas redondas de barriles de doscientos litros. Han aparcado media docena de coches viejos alrededor del campo y han encendido los faros para iluminarlo. Cerca hay un bar construido en el interior de una destartalada caravana, marcado con un graffiti a modo de cartel: LA ZONA DE AUSTERIDAD. Hileras de vagones de mercancías yacen varados sobre los oxidados raíles de una vía muerta, entre cuyos travesanos crecen chumberas. Uno de los vagones ha sido transformado en franquicia de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne, y centroamericanos evangélicos forman cola para hacer penitencia y hablar en lenguas bajo el Elvis de neón. No hay franquicias del Templo Neo-Acuariano en la Zona de Austeridad.

—La zona de almacenes no está tan contaminada como el primer sitio que hemos visitado —la anima Ng—, así que el hecho de no poder usar la máscara antigás no será tan preocupante. Quizá percibas olor a Frío.

T.A. sopesa con estupor este nuevo fenómeno: Ng usando el nombre vulgar de una substancia controlada.

—¿Quiere decir freón? —pregunta.

—Sí. El hombre que es sujeto de nuestras diligencias tiene un negocio de alta diversifícación horizontal. Es decir, trafica con gran número de substancias distintas. Pero comenzó con el freón. Es el mayorista/minorista de Frío más importante de la Costa Oeste.

T.A. lo pilla al fin. La camioneta de Ng tiene aire acondicionado. No una de esas mierdecillas que protegen el ozono, sino un trasto auténtico, un acondicionador de aire Frigidaire, una ventisca portátil de alta potencia que congela los huesos. Debe de gastar una cantidad de freón increíble.

A todos los efectos, ese aparato forma parte del cuerpo de Ng. T.A. viaja con el único yonqui de freón del mundo.

—¿Le compra el suministro de Frío a ese tipo?

—Hasta ahora sí. De cara al futuro he hecho un trato con otra gente. Otra gente. La Mafia.

Están llegando a la dársena. Docenas de largos y estrechos almacenes de un solo piso se alinean en paralelo con el agua, compartiendo una única carretera de acceso en un lado. Entre ellos hay carreteras más pequeñas que descienden hasta donde solían estar los muelles. Hay remolques de contenedores abandonados aquí y allá.

Ng saca la camioneta de la carretera de acceso, hacia un pequeño recodo parcialmente oculto entre una central eléctrica de ladrillo rojo y una pila de contenedores oxidados. Se detiene de forma que quede apuntando hacia fuera, como si esperase marcharse a toda prisa.

—Hay dinero en el compartimiento de almacenaje que tienes delante —dice Ng.

T.A. abre la guantera, que es como la llamaría cualquier otra persona, y descubre un grueso paquete de sucios y gastados billetes de billón de dólares con la jeta de Nixon.

—Jo, ¿no podía haber buscado reagans? Esto es bastante aparatoso.

—Es más del estilo de lo que usaría un Korreo para pagar.

—Porque somos unos pringaos, ¿no?

—Sin comentarios.

—¿Cuánto hay? ¿Mil billones de dólares?

—Mil quinientos. Ya sabes, la inflación.

—¿Qué hago?

—El cuarto almacén a la izquierda —dice Ng—. Una vez tengas el tubo, lánzalo al aire.

—¿Y entonces qué?

—Todo lo demás está ya previsto.

T.A. siente dudas al respecto. Pero si se mete en líos, bueno, siempre puede sacar esas chapas de identificación.

Mientras T.A. desciende de la camioneta con su monopatín, Ng hace nuevos ruidos con la boca. Oye un sonido deslizante y metálico que resuena a través del chasis de la camioneta: maquinaria que cobra vida. Volviéndose a mirar, ve que en el techo de la camioneta se ha abierto un capullo de acero. Bajo él hay un minihelicóptero plegado. Las palas del rotor se abren, como una mariposa que despliega sus alas. En un costado lleva pintado su nombre: SEGADOR DE TORNADOS.

32 Fido el pitbull. La captura de la cápsula

Es bastante evidente de qué almacén se trata. En el cuarto a la izquierda, la carretera que recorre la dársena está bloqueada por varios contenedores de barco, de esos que suelen acarrear los camiones pesados. Están dispuestos en espiga, de forma que para cruzarlos hay que deslizarse a un lado y a otro media docena de veces, siguiendo un estrecho laberinto entre altos muros de acero. Sobre los contenedores hay tipos armados que miran a T.A. mientras ésta recorre la carrera de obstáculos. Para cuando sale a espacio despejado, la han inspeccionado a fondo.

Hay bombillas colgadas de cables eléctricos, e incluso una ristra de luces de árbol de Navidad. Están encendidas, como para hacerla sentirse bienvenida. Es incapaz de ver nada excepto las luces, que forman halos coloreados entre una nube generalizada de polvo y niebla. Frente a ella, el acceso a la dársena está bloqueado por otro laberinto de contenedores. En uno de ellos hay una pintada:

EL RIDO DICE: ¡PRUEBA UN POCO DE CUENTA ATRÁS!

—¿Qué es el RIDO? —pregunta T.A., para romper un poco el hielo.

—El Rey Indiscutible de los Destructores de Ozono —contesta una voz de hombre. El propietario de la voz desciende del muelle de carga del almacén que hay a la izquierda de T.A. En su interior distingue luces eléctricas y el brillo de cigarrillos—. Es como llamamos a Emilio.

—Ah, ya —dice T.A.—. El tipo del freón. No he venido a por Frío.

—Bueno —dice el hombre, un cuarentón alto y delgado, excesivamente flacucho para tener su edad. Se arranca una colilla de la boca y la lanza como si fuese un dardo—. ¿De qué se trata, entonces?

—¿Cuánto cuesta el Snow Crash?

—Un reagan con setenta y cinco —dice el tipo.

—Creía que era uno cincuenta —protesta T.A.

—La inflación, ya sabes —explica el tipo sacudiendo la cabeza—. Y aun así es una ganga. Diablos, esa plancha que llevas debe de costar por lo menos cien reagans.

—Ni siquiera se pueden comprar con dólares —dice T.A., enfadada—. Mire, todo lo que tengo son mil quinientos billones de dólares. —Saca el fajo del bolsillo.

El tipo se echa a reír, sacudiendo la cabeza.

—En, tíos —grita a sus compañeros del interior del almacén—, aquí hay una chavala que quiere pagar con nixons.

—Más vale que te libres rápido de ellos, cariño —dice una voz más cortante y desagradable—, o vete buscando una carretilla.

Es un tipo aún más viejo, calvo y con rizos a los lados, de barriga prominente. Permanece de pie junto al muelle de carga.

—Si no lo vais a aceptar, sólo tenéis que decirlo —exige T.A. Todo este parloteo no es una forma seria de hacer negocios.

—Aquí abajo no vienen chavalas muy a menudo —dice el viejo gordo. T.A. supone que debe de tratarse del RIDO en persona—. Te haremos un descuento por tu valentía. Date la vuelta.

—Que te jodan —escupe T.A. No va a poner el culo para este tío. Todos los que están cerca se ríen.

—De acuerdo, adelante —dice el RIDO.

El tipo alto y delgado vuelve al muelle de carga y baja de él un maletín de aluminio. Lo deposita sobre un barril metálico que hay en medio de la carretera, de forma que queda más o menos a la altura del pecho.

—Paga primero —dice.

T.A. le da los nixons. Él examina el fajo, sonríe con desprecio y lo tira al interior del almacén con un movimiento brusco de la mano. Los tíos que hay dentro se ríen de nuevo.

Abre el maletín y deja a la vista el pequeño teclado de ordenador. Inserta su tarjeta de identificación en la ranura y teclea durante un instante.

Suelta un tubo de la tapa del maletín y lo coloca en el zócalo de la parte inferior. La máquina se lo traga, hace algo y lo escupe.

Le da el tubo a T.A. Los números rojos de la tapa están contando atrás desde diez.

—Cuando llegue a uno lo sostienes contra la nariz e inhalas —le dice el tipo. T.A. retrocede, apartándose de él.

—¿Tienes algún problema, nenita?

—Todavía no —replica T.A. Luego tira el tubo hacia arriba tan fuerte como puede.

El golpeteo de las palas del rotor llega de repente. El Segador de Tornados es como un borrón sobre sus cabezas; la sorpresa les hace doblar

las rodillas, así que todo el mundo se agacha. El tubo no vuelve a caer al suelo.

—Hija de puta —dice el tipo delgado.

—Un plan francamente estupendo —dice el RIDO—, pero lo que no entiendo es por qué una chica mona y lista como tú se presta a una misión suicida.

Sale el sol. Más bien media docena de soles en realidad, todos en el aire alrededor de ellos, de forma que no hay sombras. Bajo la cegadora iluminación, los rostros del hombre delgado y del RIDO parecen planos y sin rasgos. T.A. es la única que puede ver algo porque sus Knight Visión han compensado el resplandor; los hombres hacen gestos de dolor y se doblan bajo la luz.

T.A. se vuelve para mirar detrás suyo. Uno de los soles en miniatura cuelga sobre el laberinto de contenedores, proyectando luz sobre todas sus grietas, cegando a los pistoleros que hacen guardia. La escena parpadea entre demasiada luz y demasiado poca, mientras la electrónica de su visor intenta tomar una decisión. Pero en medio de ese caos visual, una imagen se graba de forma indeleble en su retina: los pistoleros cayendo como árboles en un huracán, y, durante apenas un instante, una fila de oscuras cosas angulosas silueteadas sobre el laberinto mientras lo rebasan como un tsunami cibernético. Criaturas Ratas.

Han burlado el laberinto saltando sobre él en largas parábolas planas. En su trayectoria algunas han chocado con los pistoleros, barriéndolos como fullbacks de la NFL abriéndose paso entre fotógrafos imprudentes. Luego, cuando caen en la carretera frente al laberinto, hay un estallido instantáneo de polvo en cuyo fondo danzan frenéticas chispas blancas, y mientras todo esto está ocurriendo T.A. no oye, sino que siente, cómo una de las Criaturas Ratas impacta en el cuerpo del tipo alto y delgado. Lo que sí oye es cómo se le parten las costillas como una pelota de celofán. Dentro del almacén se ha desatado un infierno, pero sus ojos intentan seguir la acción, observando las estelas de chispas y polvo dejado por otras Criaturas Ratas que se arrastran a lo largo de la carretera un instante y a continuación se proyectan por los aires sobre la siguiente barrera.

Han pasado escasamente tres segundos desde que T.A. lanzó el tubo al aire, y en ese momento se está girando para mirar al interior del almacén. Pero hay alguien encima del edificio, y durante un instante sus

miradas se cruzan. Es otro pistolero, un francotirador que acaba de salir de detrás de un acondicionador de aire y está esperando a que sus ojos se acostumbren a la luz, mientras se echa el arma al hombro. T.A. da un respingo: el láser rojo del rifle le barre los ojos una vez, dos; el francotirador le está centrando el punto de mira en la frente. Detrás de él, T.A. ve el Segador de Tornados, con sus rotores formando un disco bajo la luz brillante, un disco que se aplasta hacia delante formando una estrecha elipse y luego una firme línea de plata. En un instante ha rebasado al francotirador.

El helicóptero se desvía bruscamente, buscando presas adicionales, y algo cae tras él en una trayectoria inerte. T.A. piensa que ha soltado una bomba; pero es la cabeza del francotirador, girando a toda velocidad, proyectando un fino abanico rosado bajo la luz. Las palas del rotor del pequeño helicóptero deben de haberlo pillado por la nuca. Una parte de T.A. contempla desapasionadamente los rebotes y giros de la cabeza entre el polvo, mientras otra parte grita a todo lo que le dan los pulmones.

Oye un crujido, el primer ruido fuerte hasta el momento. Se vuelve para localizar el sonido: procede de un depósito de agua que se eleva sobre el área y ofrece un excelente puesto de observación para un francotirador.

Pero entonces le llama la atención el humo blancoazulado, delgado como un lápiz, de un diminuto cohete que sale disparado hacia el cielo desde la camioneta de Ng. No hace nada; sólo alcanza cierta altura y se queda flotando sobre su propulsor. A T.A. no le importa, está demasiado ocupada impulsándose calle abajo sobre el patín en busca de algo que poner entre ella y ese depósito de agua.

Suena un segundo crujido. Casi antes de que el sonido llegue a sus oídos, el cohete sale disparado en sentido horizontal como un pececillo, corrige su trayectoria una o dos veces y se lanza donde está el francotirador, sobre la escalera de acceso del depósito de agua. Se produce una gran explosión sin llamas ni luz, como la de esos cohetes sin luces que usan a veces en los fuegos artificiales. Durante un instante oye el repiqueteo de la metralla sobre la estructura metálica del depósito.

Un momento antes de que T.A. se adentre en el laberinto, una nube de polvo la adelanta, salpicándole a la cara piedras y fragmentos de vidrio roto mientras entra disparada en el laberinto. T.A. la oye rebotar de

un lado a otro, pateando los muros de acero para cambiar de dirección. Es una Criatura Rata que le está abriendo camino.

¡Qué encanto!

—Buen intento, exLAX —dice T.A., subiendo a la camioneta de Ng. Siente la garganta áspera e inflamada. Quizá sea de gritar, quizá de los residuos tóxicos, quizá es que vaya a vomitar—. ¿No sabía que había francotiradores? —se queja. Si sigue hablando sobre los detalles del trabajo quizá logre quitarse de la mente lo que ha hecho el Segador de Tornados.

—No sabía que había uno en el depósito de agua —se disculpa Ng—. Pero en cuanto disparó un par de veces seguimos la trayectoria de las balas con el radar y calculamos su posición. —Le habla a la camioneta, que abandona el escondite rumbo a la 1-405.

—Parece un sitio bastante evidente para buscar un francotirador.

—Estaba en una posición desprotegida, expuesto por todos los lados —explica Ng—. Había elegido un emplazamiento suicida. No es una conducta típica de los traficantes de drogas. Normalmente son más pragmáticos. ¿Alguna otra crítica respecto a mi actuación?

—Según. ¿Funcionó?

—Sí. El tubo se ha insertado en una cámara sellada del helicóptero antes de descargar su contenido. Luego se ha congelado a alta velocidad en helio líquido antes de que pudiera autodestruirse químicamente. Ahora tenemos una muestra de Snow Crash, algo que nadie más había conseguido. Con éxitos así se forjan reputaciones como la mía.

—¿Y qué pasa con las Criaturas Ratas?

—¿Qué pasa con ellas?

—¿Han vuelto a la camioneta? ¿Están ahí atrás? —T.A. señala hacia atrás con la cabeza.

Ng hace una pausa. T.A. recuerda que él está sentado en su despacho, en el Vietnam de 1955, viéndolo todo en la tele.

—Tres han vuelto —responde Ng—. Tres más vienen de camino. Y otras tres se han quedado atrás para desempeñar medidas de pacificación adicionales.

—¿Las abandona?

—Nos pillarán —dice Ng—. En línea recta pueden correr a más de mil cien kilómetros por hora.

—¿Es verdad que llevan dentro material nuclear?

—Isótopos radiotérmicos.

—¿Y qué pasa si una revienta y se abre? ¿Todos con mutaciones?

—Si alguna vez te encuentras en presencia de una fuerza destructiva lo bastante potente como para liberar los isótopos de su cápsula —dice Ng—, la exposición a la radiactividad será el menor de tus problemas.

—¿Sabrán encontrar el camino de vuelta hasta nosotros?

—¿No veías Lassie cuando eras pequeña? —pregunta él—. Mejor dicho, aún más pequeña.

Ah. Tenía razón. Las Criaturas Ratas están hechas con partes de perro.

—Eso es una crueldad —se queja.

—Ese tipo de sentimentalismo resulta muy previsible —dice Ng.

—Sacar a un perro de su cuerpo y mantenerlo en una madriguera a todas horas.

—Cuando la Criatura Rata, como tú la llamas, está en su madriguera, ¿sabes qué hace?

—¿Lamerse los cojones artificiales?

—Perseguir frisbis entre las olas. Eternamente. Comer bistecs que crecen en los árboles. Tumbarse junto al fuego en un albergue de caza. No he instalado aún ninguna simulación de lamido de testículos, pero ahora que lo has mencionado, lo pensaré.

—¿Y cuando está fuera de la madriguera, haciendo recados para usted?

—¿Te imaginas lo satisfactorio que debe de ser para un pitbull poder correr a mil cien kilómetros por hora?

T.A. no contesta; está demasiado ocupada tratando de sopesar la idea en su mente.

—Tu error —dice Ng— es pensar que todos los organismos mecánicamente asistidos, como yo mismo, somos patéticos lisiados. De hecho, somos mejores de lo que éramos antes.

—¿De dónde saca los pitbulls?

—Todos los días, en cualquier ciudad, abandonan a una cantidad increíble.

—¿Descuartiza perros maltratados?

—Salvamos a los perros de una extinción innegable y los enviamos a lo que puede considerarse el paraíso canino.

—Mi amigo Atropello y yo teníamos un pitbull. Fido. Lo encontramos en un callejón. Algún cabrón le había pegado un tiro en la pata. Lo llevamos al veterinario para que lo curase. Durante unos meses lo tuvimos en un piso vacío del edificio de Atropello; jugábamos con él todos los días y le llevábamos comida. Y un día fuimos a jugar con Fido y ya no estaba.

Alguien había forzado la puerta y se lo había llevado. Probablemente lo vendió a un laboratorio.

—Probablemente —dice Ng—, pero ésa no es forma de tratar a un perro.

—Es mejor que como estaba antes.

Hay una pausa en la conversación mientras Ng se ocupa de hablar con su camioneta, maniobrando por la autovía de Long Beach, de vuelta a la ciudad.

—¿Recuerdan algo? —pregunta T.A.

—Sí, en la medida en que un perro sea capaz de recordar —dice Ng—. No hay forma de borrar los recuerdos.

—Entonces, quizá ahora Fido es una Criatura Rata.

—Eso espero, por su propio bien —dice Ng.

En una franquicia del Gran Hong Kong de Mr. Lee, de Phoenix, Arizona, la Unidad de Guardia Semi-Autónoma B-782 de las Industrias de Seguridad Ng se despierta.

La fábrica que lo ensambló piensa en él como en un robot llamado Número B-782. Pero él piensa en sí mismo como en un pitbull llamado Fido.

En los viejos tiempos, Fido era un perrito malo a veces. Pero ahora, Fido vive en una hermosa casita en un hermoso patio. Ahora es un buen perrito. Le gusta estar tumbado en su casa y escuchar ladrar a los otros perritos buenos. Fido forma parte de una gran jauría.

Hoy hay muchos ladridos de un sitio muy lejano. Cuando escucha los ladridos, Fido sabe que toda la jauría está muy nerviosa por algo. Un montón de hombres malos intentan hacerle daño a una simpática niña. Esto ha hecho que los perritos se enfaden mucho. Para proteger a la niña, van a hacerle daño a algunos de los hombres malos.

Como debe ser.

Fido no sale de su casa. Cuando empezó a oír los ladridos se alteró. Le gustan las niñas simpáticas, y por eso se enfada mucho cuando los hombres malos intentan hacerles daño. Hubo una vez una niña simpática que lo quería. Eso fue antes, cuando vivía en un sitio temible y siempre tenía hambre y mucha gente era mala con él. Pero la niña lo quería y era buena con él. Fido quiere mucho a la niña.

Pero sabe, por el ladrido de los otros perritos, que la simpática niña está ahora a salvo, así que se vuelve a dormir.

33 Los *me*

—Perdona, colega —dice T.A. entrando en la sala de Babel/Infocalip-sis—. ¡Rayos! Eso parece una de esas cosas en las que cae nieve cuando la mueves.

—Hola, T.A.

—Tengo intel para tí, colega.

—Dispara.

—El Snow Crash es un esteroide, o más bien algo parecido a un este-roide. Sí, eso es. Se cuela a través de la pared celular, como los esteroides. Y luego le hace algo al núcleo de la célula.

—Tenías razón —le dice Hiro al Bibliotecario—. Igual que el herpes.

—El tipo con el que hablé me dijo que hacía algo con el ADN. No entiendo la mitad de lo que significa toda esta mierda, pero es lo que dijo.

—¿Y quién es ese tipo con el que hablaste?

—Ng. De las Industrias de Seguridad Ng. No te molestes en hablar con él, no te dará nada de intel —dice T.A., restándole importancia.

—¿Y qué haces tú por ahí con un tipo como Ng?

—Un trabajo sucio. La Mafia ha conseguido por fin una muestra de la droga, gracias a mí y a mi compañero Ng. Hasta ahora, siempre se había autodestruido antes de que pudiesen ponerle las manos encima. Supongo que estarán analizándola o algo. Quizá intentan fabricar un antídoto.

—O reproducirla.

—La Mafia jamás haría eso.

—No seas tonta —dice Hiro—. Claro que lo haría. T.A. parece enfadada con Hiro.

—Mira —dice él—, lamento tener que recordártelo, pero si aún tuviésemos leyes la Mafia sería una organización delictiva.

—Pero no las tenemos —dice ella—, así que son sólo otro yugo.

—De acuerdo. Todo lo que digo es que quizá no lo estén haciendo por el bien de la humanidad.

—¿Y por qué estás tú aquí encerrado con ese demonio raro? —dice ella, señalando al Bibliotecario—. ¿Por el bien de la humanidad? ¿O porque intentas ligarte a ese culo bonito, esa como-se-llame?

—Vale, vale, dejemos el tema de la Mafia. Ahora tengo trabajo.

—Y yo. —T.A. desaparece, dejando un agujero en el Metaverso que el ordenador de Hiro llena rápidamente.

—Me parece que está colgada por mí —explica Hiro.

—Parece bastante cariñosa —dice el Bibliotecario.

—Bueno —dice Hiro—, sigamos. ¿De dónde salió Ashera?

—Originalmente, de la mitología sumeria. Después fue importante también en los mitos babilónicos, asirios, cananeos, hebreos y ugaríticos, todos los cuales derivan de los sumerios.

—Interesante. Así que la lengua sumeria murió, pero los mitos sumerios se transmitieron de algún modo a los nuevos idiomas.

—Correcto. El sumerio se utilizó como lengua de la religión y la erudición por civilizaciones posteriores, de forma similar al latín en la Europa medieval. Nadie lo hablaba como lengua materna, pero la gente instruida sabía leerlo. De esta forma se transmitió la religión sumeria.

—¿Y qué papel tenía Ashera en los mitos sumerios?

—Los registros son fragmentarios. Se han descubierto pocas tablillas sobre el tema, y las que hay están rotas y desperdigadas. Se cree que L. Bob Rife ha descubierto muchas intactas, pero se niega a mostrarlas. Los mitos sumerios que sobreviven son fragmentarios y tienen una cualidad extraña. Lagos los equiparó a las invenciones de un niño de dos años con una imaginación febril. Hay secciones completas que simplemente no pueden traducirse: los caracteres son legibles y bien conocidos, pero al juntarlos no dicen nada que deje huella en la mente moderna.

—Como las instrucciones de los vídeos.

—Hay gran cantidad de repeticiones monótonas. También un montón de lo que Lagos describió como «chovinismo de club

de rotarios»: escribas que ensalzan las virtudes de su ciudad respecto de alguna otra.

—¿Y qué hacía que una ciudad sumeria fuese mejor que otra? ¿Un zigurat más grande? ¿Un equipo de fútbol mejor?

—Mejores *me*.

—¿Qué son los *me*?

—Reglas o principios que controlan el funcionamiento de la sociedad, como códigos de leyes, pero a un nivel más fundamental.

—No lo pillo.

—Ahí está el asunto. Los mitos sumerios no son «legibles» o «disfrutables» en el mismo sentido en que lo son los mitos griegos o hebreos. Reflejan una consciencia fundamentalmente diferente de la nuestra.

—Supongo que si nuestra cultura estuviese basada en la de Sumer los encontraríamos más interesantes —propone Hiro.

—Los mitos acadios se originaron después que los sumerios y están claramente basados en ellos en gran medida. No cabe duda que los redactores acadios leyeron los mitos sumerios, quitaron las partes extrañas e incomprensibles, al menos para nosotros, y los reunieron en obras mayores, como el Poema de Gilgamesh. Los acadios eran semitas... primos de los hebreos.

—¿Y qué dicen los acadios de ella?

—Es la diosa del erotismo y de la fertilidad. También tiene un aspecto destructivo y vengativo. En un mito, Ashera causa una penosa enfermedad a Kirta, un rey humano. Sólo El, rey de los dioses, puede sanarlo. El da a ciertas personas el privilegio de mamar de los pechos de Ashera. El y Ashera adoptan a menudo niños humanos y dejan que se alimenten de ella; en un texto, Ashera está amamantando a setenta hijos divinos.

—Extendiendo el virus —dice Hiro—. Las madres con sida pueden pasárselo a sus hijos al darles de mamar. Pero ésa es la versión acadia, ¿no es así?

—Sí,señor.

—Quiero oír algo sumerio, aunque sea intraducibie.

—¿Le gustaría oír cómo Ashera hizo enfermar a Enki?

—Claro.

—Cómo se traduce la historia depende de cómo se interprete. Hay quien la ve como una historia de la expulsión del Paraíso. Otros la ven como una batalla entre lo masculino y lo femenino, o entre el agua y la tierra. Otros piensan que es una alegoría de la fertilidad. Esta lectura está basada en la interpretación de Bendt Aister.

—Tomo nota.

—Para resumir: Enki y Ninhursag, que es Ashera, aunque en esta historia también recibe otros nombres, viven en un lugar llamado Dilmun. Dilmun es puro, limpio y brillante, no hay enfermedad, la gente no envejece, los depredadores no cazan.

»Pero no hay agua. Así que Ninhursag le ruega a Enki, una especie de dios acuático, que traiga agua a Dilmun. Él lo hace masturbándose entre las cañas de los canales y dejando fluir su semen engendrador de vida, la llamada "agua del corazón". Al mismo tiempo pronuncia un nam-shub prohibiendo a cualquiera que vaya a esa zona; no quiere que nadie se acerque a su semen.

—¿Por qué no?

—El mito no lo explica.

—Entonces —dice Hiro—, debe de haber pensado que era valioso, o peligroso, o ambas cosas.

—Dilmun está ahora mejor que antes. Los campos producen cosechas abundantes, y así sucesivamente.

—Perdona la interrupción, pero ¿cómo funcionaba la agricultura sumeria? ¿Usaban mucho la irrigación?

—Dependían de ella por completo.

—Así que Enki era, según este mito, responsable de irrigar los campos con su «agua del corazón».

—Enki era el dios del agua, sí.

—De acuerdo, continúa.

—Pero Ninhursag, Ashera, desobedece el decreto y toma el semen de Enki y se fecunda con él. Tras nueve días de gestación pare sin dolor una hija, Ninmu. Ninmu pasea por la ribera. Enki la ve, se inflama de pasión, cruza el río y tiene relaciones sexuales con ella.

—Con su propia hija.

—Sí. Nueve días después ésta tiene a su vez una hija, llamada Ninku-rra, y el proceso se repite.

—¿Enki se acuesta también con Ninkurra?

—Sí, y ella tiene una hija llamada Utu. Ahora bien, al parecer para entonces Ninhursag ha reconocido el patrón de comportamiento de Enki, así que aconseja a Utu que se quede en casa, previendo que Enki se aproximará a ella con regalos para tratar de seducirla.

—¿Y lo hace?

—Enki vuelve a llenar los canales con el «agua del corazón», que hace que las cosas crezcan. El jardinero se alegra y abraza a Enki.

—¿Quién es el jardinero?

—Otro personaje de la historia —dice el Bibliotecario—. Le da a Enki uvas y otros regalos. Enki se disfraza, haciéndose pasar por el jardinero, va a ver a Utu y la seduce. Pero esta vez, Ninhursag logra obtener una muestra de semen de Enki de entre los muslos de Utu.

—Dios mío. Menuda suegra infernal.

—Ninhursag extiende el semen por el suelo y de él brotan ocho plantas.

—¿Y Enki también tiene relaciones sexuales con las plantas?

—No, se las come. En cierto modo, al hacerlo aprende sus secretos.

—Ahí tenemos el tema de Adán y Eva.

—Ninhursag maldice a Enki, diciendo «Hasta que mueras, no te miraré con el "ojo de la vida"». Luego desaparece, y Enki cae muy enfermo. Ocho de sus órganos enferman, uno por cada planta. Al final persuaden a Ninhursag para que vuelva. Ella pare ocho deidades, una por cada parte enferma del cuerpo de Enki, y Enki se cura. Esas deidades forman el panteón de Dilmun; es decir, el acto rompe el ciclo de incesto y crea una nueva raza de dioses masculinos y femeninos que pueden procrear normalmente.

—Empiezo a entender a qué se refería Lagos con lo del niño de dos años con la imaginación febril.

—Aister interpreta el mito como «una exposición de un problema lógico: Suponiendo que originalmente no existía nada excepto un creador, ¿cómo aparecieron las relaciones sexuales binarias normales?».

—Ah, de nuevo la palabra «binario».

—Quizá recuerde una bifurcación anterior de nuestra conversación que no exploramos y que nos habría traído aquí por una ruta distinta. Este mito puede compararse con el mito de la creación sumerio, en el cual el cielo y la tierra están unidos al principio, pero el mundo no se crea realmente hasta que ambas cosas se separan. Muchos mitos de la creación comienzan con una «paradójica unidad de todo, evaluada como caos o bien como Paraíso», y el mundo que conocemos no comienza a existir hasta que esta situación cambia. Debería señalar que el nombre original de Enki era En-K-ur, Señor de Kur. Kur era el océano primigenio, el Caos, y Enki lo conquistó.

—Un sentimiento muy comprensible para cualquier hacker.

—Pero Ashera tiene connotaciones similares. Su nombre en ugarítico, «atiratu yammi», significa «la que pisa sobre [el dragón del] mar».

—Bueno, así que, en cierto modo, tanto Enki como Ashera eran personajes que habían derrotado al caos. Y lo que me dices es que esa victoria sobre el caos, la separación del mundo estático y unificado en un sistema binario, se identifica con la creación.

—Correcto.

—¿Qué más puedes decirme de Enki?

—Era el *en* de la ciudad de Eridu.

—¿Qué es un *en*. ¿Algo así como el rey?

—Una especie de rey sacerdote. El *en* era el custodio del templo local, donde se almacenaban los *me*, las reglas de la sociedad, en tablillas de arcilla.

—De acuerdo. ¿Dónde está Eridu?

—En el sur de Irak. No ha sido excavada hasta muy recientemente.

—¿Por la gente de Rife?

—Sí. Según Kramer, Enki es el dios de la sabiduría, pero eso es una mala traducción. No tiene la sabiduría de un anciano, sino más bien el conocimiento de cómo hacer cosas, sobre todo cosas ocultas. «Asombra incluso a los demás dioses con soluciones sorprendentes a problemas aparentemente imposibles.» Es en general un dios compasivo, que acude en auxilio de la humanidad.

—¿En serio?

—Sí. Los mitos sumerios más importantes se centran en él. Como he mencionado, está asociado con el agua. Él llena los ríos, y el extenso sistema de canales de Sumer, con su semen engendrador de vida. Se dice que creó el Tigris en un único acto titánico de masturbación. Se describe a sí mismo como sigue: «Yo soy señor. Yo soy aquel cuya palabra perdura. Yo soy eterno». Otros lo describen así: «Una palabra tuya, y los silos y graneros se llenan de grano» o «Tú derribas las estrellas del cielo, tú has calculado su número». Él pronuncia el nombre de todo lo creado...

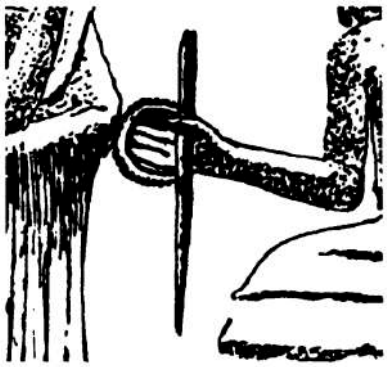
—¿«Pronuncia el nombre de todo lo creado»?

—En muchos mitos de la creación, nombrar una cosa es crearla. En varios mitos se lo menciona como «experto que estableció los encantamientos», «rico en palabras», «Enki, maestro de todos los mandatos justos», o, como dicen Kramer y Maier: «Su palabra impone orden donde sólo había caos e introduce desorden donde había armonía». Dedica un gran esfuerzo a transmitir su conocimiento a su hijo, el dios Marduk, deidad principal de los babilonios.

—Así que los sumerios adoraron a Enki y los babilonios, que vinieron después, adoraron a su hijo, Marduk.

—Sí, señor. Y siempre que Marduk se metía en un atolladero le pedía ayuda a su padre Enki. Hay una reproducción de Marduk en esta estela, el Código de Hammurabi. Según Hammurabi, Marduk le entregó el Código personalmente.

Hiro se aproxima a examinar el Código de Hammurabi. La escritura cuneiforme no significa nada para él, pero la ilustración de la parte superior es bastante fácil de entender. Sobre todo la sección central:



—¿Por qué razón le está entregando Marduk a Hammurabi un uno y un cero? — pregunta Hiro.

—Eran emblemas de poder real —dice el Bibliotecario—. Su origen es incierto.

—Debe de ser cosa de Enki —dice Hiro.

—El papel más importante de Enki es de creador y guardián de los *me* y los gis-hur, las «palabras clave» y las «pautas» que gobiernan el universo.

—Cuéntame más cosas de los *me*.

—Citando de nuevo a Kramer y Maier, «[ellos creían en] la existencia desde tiempos primigenios de un amplio surtido fundamental e inalterable de poderes y obligaciones, normas y directrices, reglas y leyes, conocidos como *me*, relacionados con el cosmos y sus componentes, con los dioses y los humanos, con las ciudades y los países, y con los varios aspectos de la vida civilizada».

—Parecido a la Tora.

—Sí, pero tienen un cierto tipo de fuerza mística o mágica. Y muy a menudo se refieren a cosas banales, no sólo a la religión.

—¿Por ejemplo?

—En un mito, la diosa Inana va a Eridu y engaña a Enki para que le dé noventa y cuatro *me* y los lleva a su ciudad natal de Uruk, donde son recibidos con gran alboroto y regocijo.

—Juanita está obsesionada con Inana.

—Sí, señor. Se la venera como salvadora porque «ella trajo la perfecta ejecución de los *me*».

—¿Ejecución? ¿Como ejecutar un programa de ordenador?

—Sí. Por lo visto son como algoritmos para llevar a cabo ciertas actividades esenciales de la sociedad. Algunos tienen que ver con el funcionamiento del sacerdocio y de la monarquía. Otros explican cómo llevar a cabo ceremonias religiosas. Otros tratan sobre las artes de la guerra y la diplomacia. Muchos se refieren a las artes y oficios: música, curtido de las pieles, construcción, agricultura, incluso a tareas tan sencillas como encender un fuego.

—El sistema operativo de la sociedad.

—¿Perdón?

—Cuando se enciende un ordenador, es un conjunto inerte de circuitos que no puede hacer nada. Para arrancar la máquina, hay que inculcar en esos circuitos una serie de reglas que le explican cómo funcionar. Cómo ser un ordenador. Por lo que cuentas, esos *me* hacían el papel de sistema operativo de la sociedad, organizando un conjunto inerte de personas en un sistema en funcionamiento.

—Si usted lo dice... En cualquier caso, Enki era el guardián de los *me*.

—Así que realmente era un buen tipo.

—El más amado de los dioses.

—Da la sensación de haber sido un hacker. Y eso hace muy difícil entender el namshub. Si era un tipo tan agradable, ¿por qué provocó el lío de Babel?

—Ése se considera uno de los misterios de Enki. Como ya se habrá percatado, su comportamiento no siempre es coherente desde el punto de vista moderno.

—No me lo trago. No creo que realmente se tirase a su hermana, hija, etcétera. Esa historia debe de ser una metáfora de algo. Yo creo que es una metáfora de algún tipo de proceso recursivo de la información. Todo el mito canta a eso. Para esa gente, el agua era equivalente al semen. Tiene sentido, porque probablemente no sabían lo que era el agua pura; estaría turbia y lodosa y llena de virus. Pero desde un punto de vista moderno, el semen no es más que un portador de información, tanto esperma benévolo como virus malévolos. El agua de Enki, su semen, sus datos, sus *me*, fluye a través del país de Sumer y hace que florezca.

—Como quizá sepa, Sumer estaba situado en la cuenca fluvial entre dos ríos, el Tigris y el Eufrates. De ahí sacaban la arci lla, directamente del lecho fluvial.

—Así que Enki les dio incluso el medio para transmitir información: la arcilla. Escribían en arcilla húmeda y luego la secaban, se libraban del agua. Si luego le caía agua, la información era destruida. Pero si la cocían y quitaban toda el agua, esterilizando el semen de Enki con el calor, la tablilla duraba para siempre, inmutable, como las palabras de la Tora. ¿Suena a locura lo que digo?

—No lo sé —dice el Bibliotecario—, pero suena un poco como Lagos.

—Qué emoción. Como me descuide acabaré convertido en gárgola.

34 Los Falábala

Cualquier peatón puede entrar en Griffith Park sin ser percibido. Y, en opinión de T.A., pese a los controles de carretera, el campamento falábala no está demasiado bien protegido, si se posee un medio para viajar campo a través. Para una patinadora ninja en una plancha nuevecita con un par de Knight Visión nuevecitos (eh, hay que gastar pasta para ganar pasta) no habrá ni el más mínimo problema. Busca un terraplén alto que descienda en rampa hacia el desfiladero, oríllalo hasta que veas debajo las fogatas del campamento, y luego déjate caer colina abajo. Confía en la gravedad.

A mitad de bajada comprende que su mono azul y naranja, por muy guay que sea, va a llamar la atención en mitad de la noche en la zona falábala, así que alza la mano al cuello, palpa un disco rígido cosido en el tejido y lo aprieta entre el pulgar y el índice hasta que hace click. El mono se oscurece, el electropigmento se irisa de colores como una mancha de aceite, y se vuelve negro.

En su primera visita no inspeccionó cuidadosamente el sitio porque confiaba en no tener que volver jamás. Así que el terraplén resulta ser más

alto y más abrupto de lo que T.A. recordaba. Quizá se parezca más de lo previsto a un precipicio, a un barranco, a un abismo. Lo que la lleva a pensar eso son los momentos en caída libre. Importantes caídas a plomo. Patinaje balístico a lo grande. Es guay, es parte del trabajo, se dice. Y las intelirruedas son buenas para estas cosas. Los troncos de árbol son de color negro azulado, y no destacan muy bien contra un fondo azul negruzco. Además de eso, lo único que ve es el láser rojo del velocímetro digital, en el morro del patín, arrojando datos inútiles. Los números vibran, convertidos en una borrosa nube de luces rojas, ya que el sensor de velocidad por radar lucha en vano por buscar un punto fijo.

Desactiva el velocímetro. Ahora viaja totalmente a ciegas. Se precipita hacia el acogedor suelo de hormigón del fondo de la barranca como un ángel negro al que el Todopoderoso le hubiera cortado los cables de su paracaídas celestial. Y cuando las ruedas llegan por fin al pavimento, prácticamente se da con las rodillas en la barbilla. Termina con toda esa transacción gravitacional sin demasiada altura y con un peligroso exceso de velocidad.

Nota mental: la próxima vez salta por un puto puente. Así al menos no tendrás que preocuparte por la posibilidad de clavarte un cactus invisible en las narices.

Gira en una esquina, tan inclinada que podría lamer la línea amarilla, y sus Knight Visión lo revelan todo en una llamarada de radiación multiespectral. En el infrarrojo, el campamento falábala es una turbulenta aurora de niebla rosada perforada por los estallidos de blanco candente de las fogatas. Todo ello descansa sobre un suelo de pálido azul, lo que significa, en el esquema de falso color, que está frío. Detrás de todo eso está la irregular línea del horizonte de esa tecnología de barreras improvisadas en la que tan buenos son los falábalas. Una barrera que ha sido completamente desdeñada, desairada y confundida por T.A., que ha caído desde el aire en medio del campamento como un caza stealth con complejo de inferioridad.

Una vez dentro del campamento, la gente no se fija en quién eres, ni le importa. Un par de personas la ven, la observan pasar a su lado, pero no montan ningún jaleo. Probablemente aquí llegan montones de korreos. Un montón de tontos, candorosos korreos consumidores de refrescos. Y esta gente no es tan perceptiva como para distinguir a T.A.

de esa otra especie. Pero no importa, lo dejará pasar por ahora, siempre que no les dé por examinar su plancha nueva.

Las fogatas emiten suficiente luz visible normal y corriente de la de toda la vida para poder ver este apaño como lo que es: un montón de boy scouts enloquecidos, una reunión general pero sin la mitad de insignias ni de higiene. Si además de luz normal usa la IR, distingue también caras vagas y espectrales en la oscuridad, donde sus ojos, sin esa ayuda, no verían más que sombras. Estas nuevas Knight Visión le han costado un buen fajo del dinero ganado con el asunto de la droga. Justo lo que mamá tenía en mente cuando le insistió en que consiguiese un trabajo a tiempo parcial.

Bastante de la gente que había aquí la última vez ya no está, y hay unas cuantas caras nuevas que no reconoce. Hay un par de personas que llevan realmente camisas de fuerza hechas con cinta aislante. Ése es un estilo reservado para los que están totalmente fuera de control, rodando por el suelo, presas de convulsiones. Y luego hay unos cuantos más que no están tan mal, pero no parecen estar del todo en sus cabales, y uno o dos simplemente confusos, como los viejos parias que te puedes encontrar en el Soba y Sigue.

—¡Eh, mirad! —dice alguien—. ¡Es nuestra amiga la korreo! ¡Bienvenida, amiga!

Por si las moscas, tiene a mano, destapados y bien agitados, los Nudillos Líquidos. Lleva unas esposas metálicas de diseño, y también de alto voltaje, por si acaso alguien intenta sujetarla por las muñecas. Y un aturdidor en la manga. Sólo los carrozas llevan armas de fuego. Las pistolas tardan mucho en hacer efecto (hay que esperar a que la víctima se desangre), aunque paradójicamente muy a menudo acaban matando a alguien. Pero nadie te vuelve a molestar una vez le has sacudido con un aturdidor. O al menos eso dice la publicidad.

O sea que no es que se sienta indefensa ni nada de eso. Pero aun así, preferiría ser ella quien elija su objetivo; por tanto, mantiene la velocidad de escape hasta que localiza a la mujer que se mostró amistosa: la chica calva del Chanel falso hecho jirones, y luego se dirige hacia ella.

—Eh, amiga, acompáñame un momento entre los árboles —dice T.A.—. Quiero que me cuentes qué hay en lo que te queda de cerebro.

La mujer sonríe, poniéndose en pie dificultosamente con la torpeza afable de una persona retardada que está de buen humor.

—Me gusta hablar de eso —dice—. Porque creo en ello. T.A. no se para a charlar, sino que agarra a la mujer por la mano y se la lleva colina arriba, lejos de la carretera. Debería ser un sitio seguro; no se ve ninguna cara rosada acechando en el infrarrojo. Pero hay un par tras ella, deambulando plácidamente, sin mirarla, como si tan sólo hubiesen decidido que la medianoche era buena hora para ir a estirar las piernas por el bosque. Uno de ellos es el Sumo Sacerdote.

La mujer tendrá alrededor de veinticinco. Es alta y larguirucha, de buen aspecto pero no guapa; probablemente hacía de alero en el equipo de baloncesto del instituto y aunque se esforzaba, no anotaba demasiado. T.A. la sienta sobre una roca, en la oscuridad.

—¿Tienes la más mínima idea de dónde estás? —pregunta T.A.

—En el parque —dice la mujer—, con mis amigos. Estamos ayudando a difundir la Palabra.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Vine del Enterprise. Allí es adonde vamos a aprender cosas.

—¿El Enterprise*r*! ¿Te refieres al Enterprise de la Almadía? ¿De allí salís todos?

—No sé de dónde hemos salido —dice la mujer—. A veces es difícil recordar las cosas.

Pero no es importante.

—¿Dónde estabas antes? Tú no te criaste en la Almadía, ¿verdad?

—Era programadora de sistemas para 3verse Systems, en Mountain View, California —dice la mujer, vomitando de repente un chorro de inglés normal y perfectamente inteligible.

—Entonces, ¿cómo llegaste a la Almadía?

—No lo sé. Mi vida anterior acabó. Mi vida nueva comenzó. Ahora estoy aquí. —De nuevo habla como una cría.

—¿Qué es lo último que recuerdas antes de que acabase tu vida anterior?

—Estaba trabajando hasta tarde. Mi ordenador tenía problemas.

—¿Y ya está? ¿Es la última cosa normal que te ocurrió?

—Mi sistema se colgó —explica—. Vi estática. Y entonces me puse muy enferma. Fui al hospital. Y en el hospital conocí a un hombre que me lo explicó todo. Me explicó que había sido bautizada en la sangre. Que ahora pertenecía a la Palabra. Y de repente todo cobró sentido. Y entonces decidí ir a la Almadía.

—¿Lo decidiste o lo decidió alguien por tí?

—Quería ir, simplemente. Ahí es adonde vamos.

—¿Quién más había contigo en la Almadía?

—Más gente como yo.

—¿Como tú en qué sentido?

—Todos programadores. Como yo. Habían visto la Palabra.

—¿La habían visto en sus ordenadores?

—Sí. O algunos en la tele.

—¿Qué hacías en la Almadía?

La mujer se sube una manga del harapiento suéter y enseña el brazo, lleno de marcas de agujas.

—¿Tomabas drogas?

—No. Donaba sangre.

—¿Te sacaban sangre?

—Sí. A veces programábamos un poco. Pero no todos nosotros.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No lo sé. Nos traen cuando nuestras venas ya no pueden más. Hacemos cosas para extender la Palabra: arrastrar objetos de un lado a otro, construir barricadas. Pero en realidad no trabajamos mucho. La mayor parte del tiempo cantamos, rezamos y le hablamos de la Palabra a otra gente.

—¿Quieres marcharte? Puedo sacarte de aquí.

—No —dice la mujer—. Jamás había sido tan feliz.

—¿Cómo puedes decir eso? Eras una gran hacker. Ahora, si me permites hablar con franqueza, no eres más que un saldo.

—No te preocupes, no me ofendo. No era realmente feliz cuando era hacker. Nunca me preocupé por las cosas importantes de verdad: Dios. El Cielo. Las cosas del espíritu. Es difícil pensar en esas cosas en América. Simplemente las echas a un lado. Pero ésas son las cosas importantes, no programar ordenadores ni ganar dinero. Ahora sólo pienso en eso.

T.A. no les ha quitado ojo al Sumo Sacerdote y a su compañero. No han parado de acercarse, pasito a paso. Ahora están ya tan cerca que T.A. puede oler lo que cenaron. La mujer apoya la mano contra el acolchado del hombro de T.A.

—Quiero que te quedes conmigo. ¿Por qué no vienes a tomarte un refresco? Seguro que tienes sed.

—Tengo que largarme —dice T.A., levantándose.

—Debo oponerme a ello —dice el Sumo Sacerdote, dando un paso al frente. No lo dice con ira. Intenta portarse como lo haría el padre de T.A.—. No es la decisión más adecuada para ti.

—Ya, ¿y tú eres quien me va a dar ejemplo?

—Está bien. No hace falta que estés de acuerdo. Vamos a sentarnos junto a la hoguera a hablar de ello.

—Es mejor que os alejéis de una puta vez de T.A. antes de que se ponga en modo de autodefensa —dice T.A.

Los tres falábalas retroceden un paso, apartándose de ella. Muy cooperativos. El Sumo Sacerdote levanta las manos, conciliador.

—Lamento que te hayamos hecho sentir amenazada —dice.

—Es que no resultáis nada tranquilizadores —dice T.A., activando de nuevo los infrarrojos de su visor.

En el infrarrojo ve que el tercer falábala, el que llegó aquí con el Sumo Sacerdote, sostiene en la mano algo pequeño y sorprendentemente caliente.

Lo enfoca con la linterna, iluminando la mitad superior de su cuerpo con un estrecho haz amarillo. Casi todo lo que se ve de él es sucio y de color pardo y refleja poca luz. Pero hay una cosa roja reluciente, una lanza de color rubí.

Una jeringuilla hipodérmica. Llena de fluido rojo. Que al infrarrojo demuestra estar caliente. Sangre fresca.

T.A. no acaba de entender por qué esos tipos van por ahí con una jeringuilla llena de sangre; pero ya ha visto suficiente.

Los Nudillos Líquidos salen disparados del bote en un largo y estrecho haz verde neón, y cuando golpean al tipo en la cara, éste echa la cabeza hacia atrás como si le hubiesen dado un hachazo en el puente de la nariz y cae de espaldas sin emitir un sonido. Después le suelta otro chorro al Sumo Sacerdote, por si las moscas. La mujer simplemente se queda allí como..., esto... Bueno, ya sabes: atónita.

T.A. se lanza fuera del desfiladero tan deprisa que cae entre el tráfico a toda velocidad. En cuanto consigue un arponeo firme en un transporte nocturno de lechugas, llama por teléfono a su madre.

—Mami, escucha. No, mami, no te preocupes por el ruido. Sí, estoy patinando entre el tráfico. Pero escúchame un momento, mamá...

Tiene que colgarle a la vieja bruja. Es imposible hablar con ella. Intenta establecer un enlace de voz con Hiro. Le cuesta un par de minutos llegar hasta él.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hola? —grita. Luego oye el bocinazo de un claxon, saliendo del teléfono.

—¿Hola?

—Soy T.A.

—¿Qué tal te va? —Este tío siempre parece un poco demasiado preocupado por los asuntos personales. Ella no quiere hablar de cómo le va. Oye otro claxon de fondo, tras la voz de Hiro.

—¿Dónde diablos estás, Hiro?

—Caminando por una calle de Los Ángeles.

—¿Y cómo puedes estar conectado si vas por la calle? —Entonces la terrible realidad se abre paso hasta ella—. Oh, Dios mío, no te habrás convertido en una gárgola, ¿verdad?

—Bueno... —farfulla Hiro. Parece dubitativo, avergonzado, como si hasta ahora no se le hubiese ocurrido que estaba haciendo eso—. No se trata exactamente de ser una gárgola. ¿Recuerdas cuando me soltaste eso de que me gastaba todo el dinero en equipo informático?

—Claro.

—Decidí que no me gastaba suficiente, así que me he comprado una máquina para llevar en el cinturón. La más pequeña que existe. Voy por la calle con esa cosa sujeta sobre mi vientre. Es realmente guay.

—Eres una gárgola.

—Sí, pero no es lo mismo que llevar tanta mierda aparatosa colgada por todo el cuerpo...

—Una gárgola. Escucha, he hablado con una tía de las que venden la droga.

—¿Ah, sí?

—Dice que antes era hacker. Vio algo extraño en su ordenador. Entonces se puso enferma, se unió al culto y acabó en la Almadía.

—En la Almadía. Qué cosas.

—En el Enterprise. Allí le sacaban sangre, Hiro. Se la chupaban del cuerpo. Infectan a la gente inyectándoles sangre de hackers enfermos. Y cuando tienen las venas llenas de pinchazos como las de un yonqui, los sueltan y los ponen a trabajar en tierra firme en la distribución al por mayor.

—Muy bien —dice él—. Buen trabajo.

—Dice que vio estática en la pantalla de su ordenador y que eso la hizo enfermar. ¿Sabes algo de eso?

—Sí. Es cierto.

—¿Es cierto?

—Sí. Pero no tienes que preocuparte. Sólo afecta a los hackers. Durante un momento está tan cabreada que ni le salen las palabras.

—Mi madre programa para los Feds, gilipollas. ¿Por qué no avisaste?

Media hora después está allí. Esta vez no se molesta en ponerse el disfraz de WASP, sino que irrumpe en la casa vestida de negro. Al entrar deja caer el patín. Agarra de una estantería una de las chucherías de mamá, un trofeo de cristal macizo, bueno, en realidad plástico transparente, que consiguió años atrás por hacerle la pelota a su jefe Fed y pasar todas los pruebas del polígrafo, y se adentra en el estudio.

Mamá está allí. Como siempre. Trabajando con el ordenador. Pero no está mirando a la pantalla en ese momento; estudia unas notas que tiene sobre el regazo.

En el instante en que mamá alza la vista y la mira, T.A. se detiene y lanza el trofeo de cristal. Pasa sobre el hombro de mamá, rebota en la mesa del ordenador y su vuelo atraviesa el tubo de imagen. Pavoroso resultado. T.A. siempre había querido hacer eso. Se detiene un momento a admirar su obra mientras mamá airea todo tipo de extrañas emociones. ¿Qué haces con ese uniforme? ¿No te he dicho que no patines entre los coches? No tienes que tirar cosas dentro de casa. Ese premio era un valioso recuerdo. ¿Por qué has roto el ordenador? Era propiedad del gobierno. ¿Se puede saber qué está pasando?

T.A sabe que eso va a durar un rato, así que se va a la cocina, se moja la cara y bebe un vaso de zumo, dejando que mamá la siga y lo suelte todo por encima de sus hombros acolchados.

Al final, mamá pierde gas, derrotada por la estrategia de silencio de T.A.

—Te he salvado la puta vida, mamá —dice T.A.—. Al menos podrías ofrecerme una galleta.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Resulta que si vosotros, la gente de cierta edad, os esforzaseis un poco para seguir en contacto con los acontecimientos básicos del momento, vuestros hijos no tendríamos que adoptar medidas tan drásticas.

35 Moto de intelirruedas. La Almadía

Tierra se materializa, flotando majestuosamente frente a su rostro. Hiro extiende la mano y la coge. La gira hasta que Oregón queda ante sus ojos. Le ordena que quite las nubes, y lo hace, ofreciéndole una visión cristalina de las montañas y el litoral.

Ahí mismo, a unos cientos de kilómetros de la costa de Oregón, hay una especie de forúnculo granulado que crece sobre la superficie del agua. Que supura sería un término más adecuado. Ahora está a unos trescientos kilómetros al sur de Asteria, moviéndose en dirección sur. Eso explica por qué Juanita fue a Asteria hace un par de días: quería acercarse a la Almadía. Por qué, es una buena pregunta.

Hiro levanta la vista, centra la mirada en Tierra, y amplía la imagen para ver bien. Al acercarse más, lo que ve cambia de las imágenes de larga distancia procedentes de los satélites geosincrónicos a las fotos de alta calidad enviadas a los ordenadores de la CCI por toda una flota de pájaros espía de órbita baja. Lo que está viendo es un mosaico de fotos tomadas apenas unas horas antes.

Tiene varios kilómetros de diámetro. Cambia de forma continuamente, pero cuando se tomaron estas fotografías tenía el aspecto de un grueso riñon; es decir, intenta ser una V, apuntada hacia el sur como una bandada de gansos, pero hay tanto ruido en el sistema, es tan amorfo y desorganizado, que un riñon es lo más parecido que puede llegar a conseguir.

En el centro hay un par de buques enormes: el Enterprise y un petrolero, amarrados uno al otro. Esas dos bestias colosales están emparedadas entre otros navios de gran tamaño, portacontenedores y otros barcos mercantes. El Núcleo.

Los demás son pequeños. Hay algún que otro yate secuestrado y pesqueros de amarre fuera de servicio, pero la Almadía está compuesta sobre todo por barcas. Barcas de recreo, sampanes, juncos, daus, botes, lanchas salvavidas, casas flotantes, estructuras provisionales hechas con barriles de aceite vacíos y planchas de poliestireno. Al menos el cincuenta por ciento de todo ese caos no está compuesto si-

quiera por embarcaciones, sino por una maraña de sogas, cables, tablas, redes y otros desechos atados entre sí sobre cualquier clase de resto flotante que estuviese a mano.

Y L. Bob Rife está ahí, en medio de todo eso. Hiro no sabe qué es lo que hace exactamente, ni tampoco qué tiene que ver Juanita con todo el asunto. Pero es hora de ir allí y averiguarlo.

Scott Lagerquist permanece a la espera de clientes, de pie junto al lateral de la Tienda de Motocicletas 24/7 de Mark Norman, cuando aparece un tipo con espadas, dando largas zancadas por la acera. Un peatón en Los Ángeles es una visión aún más insólita que un hombre con espadas. Pero es una visión bienvenida. Quien llega conduciendo a una tienda de motocicletas ya tiene, por definición, un automóvil, así que es difícil colocarle algo. Con un peatón debería estar chupado.

—Scott Wilson Lagerquist —grita el tío a quince metros, acercándose—. ¿Qué tal te va?

—¡Estupendo! —responde Scott, un poco descolocado. No recuerda el nombre de este tipo, y eso es un problema. ¿Dónde lo ha visto antes?

—¡Me alegro de verle! —dice Scott, acercándosele y dándole la mano—. No le había visto desde, eh...

—¿Está Meñique? —pregunta el tipo.

—¿Meñique?

—Sí, Mark. Mark Norman. Meñique era su apodo en la universidad. Supongo que no le gustará que lo llamen así, ahora que dirige, qué, media docena de concesionarios, tres McDonalds, y un Holiday Inn, ¿no?

—No sabía que el señor Norman se dedicase también a las cadenas de comida rápida.

—Sí. Tiene tres franquicias cerca de Long Beach. En realidad es su propietario a través de una sociedad limitada. ¿Está aquí?

—No, está de vacaciones.

—Oh, cierto. En Córcega. El Ajaccio Hyatt. Habitación 543. Es verdad, lo había olvidado por completo.

—Bueno, ¿pasaba por aquí para saludar o...?

—No. Venía a comprarme una moto.

—Oh. ¿En qué tipo de moto había pensado?

—Una de esas Yamaha nuevas. ¿Sabes cuáles? Ésas que tienen intelirruedas de última generación.

Scott sonríe estoicamente, tratando de suavizar lo más posible el hecho horrible que está a punto de revelar.

—Sé exactamente a cuáles se refiere. Pero lamento tener que decirle que no tenemos ninguna en existencia.

—¿No la tenéis?

—No. Es un modelo nuevo. Nadie lo tiene.

—¿Estás seguro? Porque habéis pedido una.

—¿De verdad?

—Sí, hace un mes. —De repente el tipo estira el cuello y mira hacia el bulevar por encima del hombro de Scott—. Y hablando del rey de Roma... Ahí está.

Un remolque de Yamaha está entrando por la puerta de carga con un nuevo envío de motocicletas.

—Está en ese camión —dice el tipo—. Si me dejas una tarjeta, te pondré el número de serie en el reverso para que puedas hacer que me la vayan sacando.

—¿Se trata de un pedido especial del señor Norman?

—Sí, dijo que era para ponerla en el escaparate como reclamo. Pero tiene mi nombre escrito, ya me comprendes.

—Sí, señor. Entiendo perfectamente.

Y en efecto, la moto desciende del camión, tal y como la ha descrito el tipo, incluso el color (negro) y el número de serie del vehículo coinciden. Es una hermosura. Con sólo tenerla en el aparcamiento atrae una multitud; hasta los otros vendedores sueltan sus cafés y levantan los pies de la mesa para salir a echarle un vistazo. Parece un torpedo negro. Dirección en las dos ruedas, claro; tan avanzadas que no parecen ruedas, sino versiones gigantes y de altas prestaciones de las intelirruedas que usan los monopatines de alta velocidad, con radios telescópicos independientes con anchas superficies de tracción en los extremos. Colgado del frontal, en el cono del morro de la motocicleta, hay un paquete de sensores que monitoriza el estado de la carretera y decide dónde poner cada radio al avanzar, cuánto extenderlo y cómo rotar las patas para conseguir la máxima tracción. Todo ello controlado por una bios, un sistema operativo integrado, en el ordenador de a bordo cuya pantalla plana está sobre el depósito de combustible.

Dicen que esta monada corre a ciento noventa kilómetros por hora sobre cascotes. La bios se conecta con la red meteorológica de la CCI para saber cuándo va a encontrarse con precipitaciones. El carenado aero-

dinámico es totalmente flexible, calcula automáticamente la configuración más eficiente para la velocidad y el estado del viento en cada momento y modifica la curvatura a conveniencia, envolviendo al conductor como una gimnasta ninfomaníaca.

Scott se está haciendo a la idea de que este tipo, siendo como es amigo íntimo del señor Norman, va a firmar un albarán y se va a largar con esa cosa. Y no es fácil para un vendedor con sangre en las venas desprenderse de una bestia tan sexy como ésa con la única garantía de un albarán. Duda un instante, preguntándose qué será de él si todo esto resulta ser un error.

El tipo lo mira intensamente, parece sentir su nerviosismo, casi como si pudiese oír los latidos del corazón de Scott, así que en el último instante, sintiéndose generoso —Scott adora a esos tipos que gastan a lo grande—, le da un respiro y decide echar unos cientos de kongpavos sobre el albarán, para que Scott pueda sacarse una magra comisión de este negocio. Una propina, en el fondo.

Luego, la guinda del pastel: el tipo se vuelve loco en la Tienda de Complementos. Totalmente berserker. Se compra el equipo completo. Todo. De lo mejor. Un mono negro completo que envuelve el cuerpo desde los dedos de los pies hasta el cuello en tejido transpirable a prueba de balas, con almohadillas de armagel en todos los sitios adecuados y airbags alrededor del cuello. Ni los más fanáticos de la seguridad se ponen casco cuando llevan una cucada como ésa.

Una vez resuelto el problema de cómo sujetar las espadas al mono, está preparado para irse.

—Desde luego... —murmura Scott, mientras el tipo se sienta en la moto nueva, ajusta las espadas y le hace a la bios cosas increíblemente prohibidas—, vaya pinta de hijoputa peligroso.

—Gracias, supongo. —Gira el acelerador y Scott siente, pero no oye, la potencia del motor. Esta monada es tan eficiente que no desperdicia potencia en hacer ruido—. Saluda a tu nueva sobrina —dice el tipo, y suelta el embrague. Los radios se flexionan y se agrupan, y la moto sale disparada del aparcamiento, como si saltase sobre sus patas mecánicas. Cruza a través del aparcamiento de la vecina franquicia del Templo Neo-Acuariano y sale a la carretera. Un instante más tarde, el tipo de las espadas es un punto en el horizonte. Luego desaparece en dirección norte.

36 La lengua sumeria

Hasta que cumple los veinticinco, un hombre piensa de vez en cuando que, en las circunstancias adecuadas, él podría ser el hijoputa más peligroso del mundo. Si me fuese a un monasterio de China y estudiase artes marciales realmente en serio durante diez años. Si unos traficantes de drogas colombianos matasen a toda mi familia y yo jurase vengarme. Si tuviese una enfermedad incurable y emplease mi último año de vida en limpiar las calles de criminales. Si lo dejase todo y me dedicase por completo a ser peligroso.

Hiro también solía sentirse así, pero entonces conoció a Cuervo. En cierto modo, es una liberación. Ya no tiene que preocuparse por intentar ser el hijoputa más peligroso del mundo. El puesto está ocupado. El toque culminante, lo que pone el título mundial de hijoputez peligrosa fuera de alcance es, por supuesto, la bomba de hidrógeno. De no ser por ella, aún se podría aspirar al título, quizá encontrar el talón de Aquiles de Cuervo. Actuar con sigilo, conseguir algo de ventaja, poner una zancadilla, dar un golpe de efecto. Pero el paraguas nuclear de Cuervo digamos que pone el título mundial en la estratosfera.

Lo cual en el fondo está bien. A veces es mejor ser sólo un poco peligroso. Conocer tus limitaciones. Apañarte con lo que te ha tocado.

> Después de maniobrar para entrar en la autovía, en dirección a las montañas, se conecta con su despacho. Tierra está aún ahí, con una vista cercana de la Almadía. Hiro la contempla, superpuesta en tonos fantasmales sobre su visión de la autopista, mientras conduce hacia Oregón a más de doscientos veinte kilómetros por hora.

De lejos parece más grande de lo que realmente es. Al acercarse nota que la ilusión se debe a una nube/mancha de aire y contaminación que proyecta la propia Almadía y que la envuelve, diluyéndose en el océano y en la atmósfera.

Orbita el Pacífico en sentido horario. Cuando encienden las calderas del Enterprise puede controlar la dirección un poco, pero la navegación es una imposibilidad práctica debido a toda la mierda que lleva adherida. Principalmente tiene que ir adonde los vientos y el efecto Coriolis la

lleven. Un par de años antes pasaba junto a las Filipinas, Vietnam, China y Siberia, recogiendo refus. Luego giró en la cadena aleutiana, descendió junto a la costa de Alaska, y ahora resbala más allá de la pequeña ciudad de Port Sherman, en Oregón, cerca de la costa de California.

En ocasiones, mientras la Almadía se desplaza por el Pacífico cabalgando las corrientes oceánicas, se desprenden grandes fragmentos. Con el tiempo, esos fragmentos, aún atados entre sí, encallan en Santa Bárbara u otro sitio similar, con su carga de esqueletos y huesos mordisqueados.

Cuando llegue a California entrará en una nueva fase de su ciclo vital. Perderá gran parte de su extensión, ya que varios centenares de miles de refus se soltarán y remarán hasta la costa. Los refus que han llegado tan lejos son, por definición, los que fueron lo bastante ágiles para abrirse camino hasta la Almadía, tenían ingenio suficiente para sobrevivir a la angustiosamente lenta travesía del Ártico y eran lo bastante duros para no dejarse matar por otros refus. Un encanto de gente, justo la que te gustaría que apareciese en tu playa privada en grupos de unos pocos millares.

Al reducirse la cosa a unos pocos grandes buques, el Enterprise, más maniobrable ahora, atravesará de nuevo el Pacífico Sur en dirección a Indonesia, donde virará hacia el norte y comenzará el siguiente ciclo de migración.

Las hormigas legionarias cruzan ríos caudalosos subiéndose unas sobre otras, agrupándose en pequeñas bolas que flotan. Muchas se sueltan y se hunden, y naturalmente las hormigas del fondo de la bola se ahogan. Las más rápidas y fuertes y que consiguen abrirse camino hasta la cúspide son las que sobreviven. Muchas logran cruzar; por eso no se las puede detener volando los puentes. Así es como los refus atraviesan el Pacífico, aunque sean demasiado pobres para comprarse un pasaje en un barco de verdad o para adquirir una embarcación en buen estado para navegar. Una nueva oleada rompe contra la Costa Oeste cada cinco años o así, cuando las corrientes oceánicas traen de vuelta al Enterprise.

Durante el último par de meses, los dueños de las propiedades californianas a pie de playa han estado contratando personal de seguridad, instalando focos y vallas antipersonales a lo largo de la costa, montando ametralladoras en los yates. Se han suscrito al servicio continuo de

noticias de la CCI, Informe de la Almadía; las noticias de última hora, directamente vía satélite, les informarán del momento en que un nuevo contingente de veinticinco mil euroasiáticos hambrientos se desgaje del Enterprise, moviendo los remos en el Pacífico como las patas de una hormiga.

—Es hora de escarbar un poco más —dice Hiro al Bibliotecario—. Pero tendrá que ser sólo verbal, porque voy por la 1-5 a una velocidad increíble, y tengo que tener cuidado con las caravanas lentas y otras cosas.

—Lo tendré en mente —suena la voz del Bibliotecario en sus auriculares. Cuidado con el camión volcado al sur de Santa Clarita. Y hay un gran bache en el carril izquierdo, cerca de la salida de Tulare.

—Gracias. ¿Quiénes eran esos dioses? ¿Se había formado Lagos alguna opinión sobre ellos?

—Lagos creía que quizá fueran magos, es decir, seres humanos normales dotados de poderes especiales, o bien que podrían haber sido extraterrestres.

—Guau, espera, espera. Paso a paso. ¿Qué quería decir Lagos con lo de «seres humanos normales dotados de poderes especiales»?

—Supongamos que el nam-shub de Enki funcionaba realmente como un virus. Y supongamos que alguien llamado Enki lo inventó. Eso implica que Enki debía de tener algún tipo de poder lingüístico superior a cualquier cosa que pueda considerarse normal.

—¿Y cómo funcionaría ese poder? ¿Cuál es el mecanismo?

—Sólo puedo citarle las hipótesis bosquejadas por Lagos.

—De acuerdo. Adelante.

—La creencia en el poder mágico del lenguaje no es infrecuente, ni en la literatura mística ni en la académica. Los cabalistas, místicos judíos de al-Andalus y Palestina, creían que se podían obtener conocimientos y poderes sobrenaturales combinando correctamente las letras del Nombre Divino. Por ejemplo, de Abu Aharon, unos de los primeros cabalistas, que emigró de Bagdad a Italia, se decía que podía realizar milagros mediante el poder de los Nombres Sagrados.

—¿A qué tipo de poderes te refieres?

—La mayoría de los cabalistas eran teóricos a los que sólo interesaba la meditación pura. Pero también había «cabalistas prácticos», que querían aplicar el poder de la Cabala a la vida diaria.

—En otras palabras: brujos.

—Exacto. Esos cabalistas prácticos usaban el denominado «alfabeto arcangélico», derivado de los alfabetos teúrgicos griegos y arameos del siglo I, que se asemejaban al cuneiforme. Los cabalistas se referían a ese alfabeto como «escritura del ojo», porque las letras se componían de líneas y círculos, que parecían ojos.

—Unos y ceros.

—Algunos cabalistas dividían las letras del alfabeto según el punto en que se producían dentro de la boca.

—Ya. O sea que, según lo vemos hoy en día, establecían una conexión entre la letra escrita y las conexiones neuronales que había que activar para pronunciarla.

—Eso es. Analizando la ortografía de varias palabras podían extraer lo que para ellos eran profundas conclusiones sobre su auténtico significado interno y su importancia.

—Bueno, si tú lo dices...

—Naturalmente, en el ámbito académico la literatura no es tan imaginativa. Pero se ha dedicado mucho esfuerzo a explicar Babel. No el suceso de Babel, que casi todo el mundo considera un mito, sino el hecho de que los lenguajes tiendan a divergir. Se han desarrollado varias teorías lingüísticas que intentan agrupar todos los lenguajes.

—Teorías que Lagos trató de aplicar a su hipótesis del virus.

—En efecto. Hay dos escuelas: la relativista y la universalista. Tal y como lo resume George Steiner, los relativistas tienden a creer que el lenguaje no es el vehículo del pensamiento sino su medio determinante. Es el armazón del proceso cognitivo. Nuestra percepción de todo lo que nos rodea está organizada por el flujo de sensaciones que atraviesa ese armazón. Por tanto, el estudio de la evolución del lenguaje es el estudio de la evolución de la propia mente humana.

—Comprendo la importancia de eso. ¿Y qué hay de los universalistas?

—En contraposición a los relativistas, que creen que los lenguajes no tienen por qué tener nada en común entre sí, los universalistas piensan que si se analizan lo suficiente, se descubrirá que todos ellos tienen ciertos rasgos comunes. Por tanto, analizan los lenguajes en busca de esos rasgos.

—¿Y han encontrado alguno?

—No. Parece haber una excepción para cada regla.

—Y la hipótesis universalista se hunde.

—No necesariamente. Ellos resuelven el problema diciendo que los rasgos compartidos subyacen a tanta profundidad que no resulta posible analizarlos.

—Lo que, en el fondo, es una excusa.

—Argumentan que, a cierto nivel, el lenguaje tiene que producirse en el cerebro humano. Y puesto que todos los cerebros humanos son más o menos iguales...

—El hardware es el mismo, pero el software no.

—Está usted usando una metáfora que no puedo entender. Hiro pasa junto a una gran camioneta que se bambolea de lado a lado a causa del fuerte viento que desciende del valle.

—Bueno, inicialmente el cerebro de un francófono es igual que el de un anglófono. Cuando crecen, son programados con software diferente, aprenden diferentes lenguajes.

—Sí. Por tanto, según los universalistas, el francés y el inglés, y cualquier otro lenguaje, deben compartir ciertos atributos cuya raíz está en las «estructuras profundas» del cerebro humano. Según la teoría de Chomsky, las estructuras profundas son componentes innatos del cerebro que le permiten realizar ciertos tipos de operaciones formales con secuencias de símbolos. O, usando la paráfrasis de Emmon Bach que hace Steiner: Esas estructuras profundas acaban por configurar el córtex con una red inmensamente ramificada pero, al mismo tiempo, «programada», de canales electroquímicos y neurofisiológicos.

—Pero ¿son tan profundas esas estructuras que no somos capaces de distinguirlas?

—Los universalistas sitúan los nodos activos del habla, las estructuras profundas, a tal profundidad que desafían toda observación e intento de descripción. O, para usar la

analogía de Steiner, si se intenta sacar una criatura de las profundidades abisales, se desintegrará o cambiará de forma grotesca.

—Ya aparece de nuevo la serpiente. Así pues, ¿en qué teoría creía Lagos? ¿La relativista o la universalista?

—No creía que hubiese mucha diferencia. En definitiva, las dos son algo místicas. Lagos consideraba que ambas corrientes de pensamiento habían llegado al mismo sitio siguiendo razonamientos distintos.

—Pero a mí me parece que hay una diferencia crucial —dice Hiro—. Los universalistas piensan que estamos determinados por la estructura pre-diseñada en nuestros cerebros: las rutas neurales del córtex. Los relativistas no creen que tengamos límite alguno.

—Lagos modificó la estricta teoría chomskiana suponiendo que aprender un lenguaje es como grabar código en una PROM; una analogía que no comprendo.

—La analogía está clara. Las PROM son chips de memoria programables de sólo lectura —explica Hiro—. Cuando salen de la fábrica no tienen contenido. Sólo se puede grabar información en esos chips una vez, sólo una, y luego queda fijada; la información, el software, queda congelado en el chip: se transforma en hardware. Una vez se graba el código en la PROM, se puede leer pero no se puede volver a escribir encima nunca más. Lo que Lagos intentaba decir es que el cerebro humano recién nacido no tiene estructura, por usar la terminología relativista, y que a medida que el niño aprende un idioma, el cerebro en desarrollo se estructura adecuadamente, y el lenguaje queda «grabado» en el hardware y se convierte en una parte permanente de la estructura cerebral, como dirían los universalistas.

—Sí, ésa era su interpretación.

—De acuerdo. Así que cuando dijo que Enki era una persona normal con poderes mágicos, lo que quería decir es que Enki había comprendido de algún modo la conexión entre el lenguaje y el cerebro y sabía cómo manipularlo. Igual que un hacker, conociendo los secretos de un ordenador, puede escribir código para controlarlo: nam-shubs digitales.

—Lagos dijo que Enki tenía la capacidad de ascender hasta el universo del lenguaje y verlo ante sus ojos, de la misma forma que los humanos se conectan al Metaverso. Eso le daba el poder de crear nam-shubs. Y los nam-shubs tenían el poder de alterar el funcionamiento del cerebro y del cuerpo.

—¿Por qué hoy en día no se hace nada por el estilo? ¿Por qué no hay nam-shubs en inglés?

—Como señala Steiner, no todos los idiomas son iguales. Algunos usan metáforas mejor que otros. El hebreo, el griego y el chino se prestan más a los juegos de palabras y han dejado su firme huella en la realidad:

«Palestina tenía su Qiryat Sefer, la "Ciudad de la Letra", y Siria tenía Biblos, la "Ciudad del Libro". En comparación otras civilizaciones parecen "mudas", o al menos, como parece haber sido el caso de los egipcios, no enteramente conscientes de los poderes creativos y transformadores del lenguaje». Lagos creía que el sumerio era un lenguaje extraordinariamente poderoso; al menos lo era en Sumer, hace cinco mil años.

—Un lenguaje que se prestaba al hackeo neurolingüístico de Enki.

—Los primeros lingüistas, así como los cabalistas, creían que existía una lengua hipotética llamada la Lengua del Edén, el idioma de Adán, que permitía a todos los hombres comunicarse sin malentendidos. Era el lenguaje del Logos, el momento en el que Dios creo el mundo pronunciando una palabra. En la Lengua del Edén, nominar una cosa era lo mismo que crearla. Citando de nuevo a Steiner: «Nuestra habla se interpone entre la comprensión y la verdad como un cristal empañado o un espejo deforme. La Lengua del Edén era como un cristal sin mácula; a través de él fluía la luz de la comprensión total. Por tanto. Babel fue una segunda pérdida del Paraíso». E Isaac el Ciego, uno de los primeros cabalistas, dijo, citando la traducción de Gershom Scholem, que «el habla del hombre está conectada con el habla divina, y todos los idiomas, celestes o humanos, derivan de una sola fuente: el Nombre Divino». Los cabalistas prácticos,

los brujos, recibían el título de Ba 'al Shem, que significa «maestro del Nombre Divino».

—El lenguaje máquina del mundo —dice Hiro.

—¿Otra analogía?

—Los ordenadores hablan lenguaje máquina —explica Hiro—. Se escribe con unos y ceros: código binario. En el nivel más bajo, todos los ordenadores se programan con secuencias de unos y ceros. Cuando se programa en lenguaje máquina, se controla el tronco cerebral del ordenador, la raíz de su existencia. Es la Lengua del Edén. Pero es muy difícil programar en lenguaje máquina, porque escribir código a un nivel tan preciso es para volverse loco. Así que se ha creado toda una Babel de lenguajes de ordenador para los programadores: FORTRAN, BASIC, COBOL, Lisp, Pascal, C, Prolog, FORTH. Hablas con el ordenador en uno de esos lenguajes, y un programa llamado compilador lo convierte en lenguaje máquina. Pero nunca se sabe exactamente qué está haciendo el compilador. No siempre sale lo que se quiere. Es como un vidrio empañado o un espejo deforme. Los hackers realmente avanzados llegan a comprender el funcionamiento interno de la máquina; ven a través del lenguaje en que trabajan y atisban el funcionamiento secreto del código binario. Se convierten en Ba 'al Shems.

—Lagos opinaba que las leyendas sobre la lengua del Edén eran versiones exageradas de sucesos auténticos —dice el Bibliotecario—. Que esas leyendas reflejaban nostalgia por una época en que la gente hablaba sumerio, una lengua superior a todo lo que vino después.

—¿Es realmente tan bueno el sumerio?

—No, por lo que pueden deducir los lingüistas modernos —dice el Bibliotecario—. Como he mencionado anteriormente, para nosotros es, en su mayor parte, ininteligible. Lagos sospechaba que en aquella época las palabras funcionaban de forma distinta. Si la lengua materna influye en la estructura física del cerebro en desarrollo, se puede decir que los sumerios, que hablaban un lenguaje radicalmente distinto a cualquier cosa que exista hoy, tenían cerebros fundamentalmente diferentes de los actuales. Lagos creía que por esa

razón el sumerio era un lenguaje ideal para la creación y propagación de virus. Que un virus, una vez liberado en Sumer, se expandiría con rapidez y virulencia hasta infectar a todo el mundo.

—Quizá Enki lo sabía —dice Hiro—. Quizá después de todo el nam-shub de Enki no fue algo malo. Quizá Babel sea lo mejor que nos haya pasado jamás.

37 Los Fed

La madre de T.A. trabaja en Fedlandia. Ha aparcado su pequeño vehículo en la plaza numerada por la cual los Feds la obligan a pagar alrededor del diez por ciento de su salario (si no le gusta, siempre puede tomar un taxi o ir a pie) y luego ha ascendido varios niveles cegadoramente iluminados de una hélice de hormigón armado en la que casi todas las plazas, las buenas, las que están cerca de la superficie, están reservadas para otros, pero vacías. Siempre camina por el centro de la rampa, entre las filas de coches aparcados, para que los chicos del MOGRE no piensen que está acechando, ganduleando, escondiéndose, fingiéndose enferma o fumando.

Al llegar a la entrada subterránea del edificio se ha sacado los objetos metálicos de los bolsillos y se ha quitado las pocas alhajas que usa, lo ha soltado todo en un sucio cuenco de plástico y ha pasado por el detector. Ha enseñado la insignia. Ha firmado y ha apuntado la hora exacta. Se ha sometido a un cacheo de una chica del MOGRE. Molesto, pero mejor que un registro de todos los orificios corporales. Tienen derecho a hacerlo, si quieren. Una vez se lo hicieron todos los días durante un mes, después de que en una reunión insinuase que su supervisora podía estar equivocada respecto a un importante proyecto de programación. Fue un castigo cruel, lo sabía, pero siempre ha deseado hacer algo por su país, y cuando trabajas para los Feds, simplemente aceptas que habrá politiqueo y que a los de abajo les toca cargar con lo más pesado. Después asciendes por la jerarquía de la Administración Pública y no tienes que soportar tanta mierda. Lejos de ella la idea de reñir con su supervisora. Su supervisora, Marietta, no tiene un nivel estelar en la AP, pero tiene acceso. Tiene contactos. Marietta conoce

gente que conoce gente. Marietta ha asistido a cócteles a los que también asistió gente que, bueno, se te saldrían los ojos de las órbitas.

Ha pasado el cacheo con honores. Ha vuelto a meterse los objetos metálicos en los bolsillos. Ha subido media docena de pisos por la escalera. Los ascensores funcionan, pero gente muy bien situada en Fedlandia ha hecho saber, no de modo oficial, aunque tienen formas de que estas cosas se sepan, que es un deber ahorrar energía. Y los Feds se toman el deber muy en serio. Deber, lealtad, responsabilidad. El colágeno que nos aglutina para formar los Estados Unidos de América. Así que las escaleras están repletas de lana sudada y cuero desgastado. Si subieses por el ascensor nadie diría nada, pero se notaría. Se notaría, se registraría y se tendría en cuenta. La gente te observaría, te recorrería con la mirada como diciendo, ¿qué pasa, te has torcido el tobillo? Subir por las escaleras no causa problemas.

Los Feds no fuman. Los Feds generalmente no comen en exceso. El seguro médico es muy detallista y contempla grandes incentivos. Si engordas o te cansas demasiado, nadie dirá nada, pues sería descortés, pero sentirás una clara presión, un sentimiento de no encajar; cuando te muevas entre el mar de escritorios, los ojos se alzarán para seguirte, estimando la masa de tus michelines, se cruzarán miradas de una mesa a otra como si, por consenso, tus compañeros se preguntaran, ¿cuánto estará encareciendo las primas de nuestro seguro?

Así que la madre de T.A. ha taconeado escaleras arriba con sus zapatos negros y ha entrado en su despacho, en realidad una amplia sala con estaciones de trabajo dispuestas en forma de cuadrícula. Antes había tabiques, pero a los chicos del MOGRE no les gustaba, ¿qué pasaría en caso de evacuación? Todos esos tabiques entorpecerían la libre circulación del pánico. Así que nada de tabiques, sólo estaciones de trabajo y sillas. Ni siquiera escritorios. Los escritorios alientan el uso de papel, lo cual es arcaico y refleja una concepción inadecuada del espíritu de equipo. ¿Qué hay tan especial en tu trabajo que tengas que escribir en un papel que sólo ves tú? ¿Que lo tengas que encerrar en un cajón del escritorio? Cuando trabajas para los Feds, todo lo que hagas es propiedad de los Estados Unidos de América. Haces todo tu trabajo en el ordenador. El ordenador guarda una copia de todo, para que si te pones enfermo o te pasa algo, todo esté allí, donde tus colaboradores y supervisores puedan tener acceso. Si quieres escribir notas o garabatear

números de teléfono, eres perfectamente libre de hacerlo en tu casa, en tu tiempo libre.

Y luego está la cuestión de la intercambiabilidad. La idea es que los trabajadores Feds, como los militares, son piezas intercambiables. ¿Qué pasa si tu estación de trabajo se estropea? ¿Te vas a quedar ahí sentado, cruzado de brazos, hasta que esté arreglada? No, señor, vas a irte a una estación de trabajo de repuesto y seguir trabajando. Y no tienes esa flexibilidad si hay media tonelada de efectos personales embutida en tu mesa de trabajo o esparcida por el escritorio.

Por eso en las oficinas Fed no hay papel. Todas las estaciones de trabajo son iguales. Llegas por la mañana, eliges una al azar, te sientas y te pones a trabajar. Podrías intentar usar siempre la misma estación, intentar sentarte en ella todos los días, pero se notaría. Normalmente eliges la estación de trabajo libre que esté más cerca de la puerta. De esa forma, los que han llegado antes se sientan más cerca de la puerta y quienes han llegado tarde están muy al fondo, y durante todo el día basta una mirada para saber quién cuenta en esta oficina y quién, tal y como se murmura en los lavabos, tiene problemas.

No es que quién llega antes sea un gran secreto. Cuando te conectas a la estación de trabajo por la mañana, el ordenador central no lo pasa por alto. El ordenador central lo nota todo. Está al tanto de cada tecla que hayas pulsado en el ordenador durante todo el día, en qué momento la pulsaste con una precisión de microsegundos, si era la tecla correcta o una equivocada, cuántos errores has cometido y cuándo los has cometido. Sólo se requiere que estés en tu ordenador de ocho a cinco, con una pausa de media hora para la comida y dos pausas de diez minutos para tomar café, pero si cumplieses ese horario a rajatabla llamarías la atención, y por eso la madre de T.A. está deslizándose hasta la primera estación de trabajo libre y conectándose con el ordenador a las siete y cuarto. Ya hay media docena de personas, en estaciones de trabajo más próximas a la entrada, pero no está mal. Es previsible que su carrera sea razonablemente estable si consigue mantener un rendimiento así.

Los Feds siguen trabajando en Planilandia. Nada de equipos tridimensionales, nada de visores ni sonido estéreo. Todos los ordenadores tienen sencillas pantallas planas bidimensionales. En el escritorio aparecen ventanas que contienen pequeños documentos de texto. Siempre en

consonancia con el programa de austeridad, que «pronto cosechará grandes beneficios».

Se conecta y comprueba el correo. Nada de correo personal, sino un par de anuncios de Marietta distribuidos a todo el mundo.

NUEVA REGLAMENTACIÓN SOBRE FONDOS COMUNES

Se me ha pedido que distribuya la nueva reglamentación respecto a la recaudación de fondos comunes en la oficina. El memorando adjunto es un nuevo subcapítulo del Manual de Procedimientos del MOGRE, que reemplaza el subcapítulo titulado *INSTALACIÓN FÍSICA / CALIFORNIA / LOS ÁNGELES / EDIFICIOS / ÁREAS DE OFICINA / REGLAMENTACIÓN SOBRE DISTRIBUCIÓN FÍSICA / COMENTARIOS DE LOS EMPLEADOS /ACTIVIDADES DE GRUPO.*

El anterior subcapítulo era una prohibición absoluta del uso de espacio o tiempo de oficina para actividades de recogida de «fondos comunes» de cualquier tipo, tanto permanentes (p.ej., fondos para el café) como esporádicos (p.ej., fiestas de cumpleaños).

Esta prohibición sigue estando vigente, pero ahora se ha adoptado una excepción única y extraordinaria para cualquier oficina que desee desarrollar una estrategia conjunta de gestión del papel higiénico.

Como introducción quiero hacer unos comentarios generales sobre el tema. El problema de la distribución de papel higiénico entre los trabajadores presenta retos inherentes para cualquier sistema de gestión de oficinas dada la naturaleza imprevisible de su empleo: no todas las transacciones de utilización de la instalación necesitan del uso de papel higiénico, y cuando se usa, la cantidad utilizada (número de cuadrados) puede variar ampliamente entre una persona y otra, e incluso para una misma persona, de una transacción a la siguiente. Esto ni siquiera tiene en cuenta el uso ocasional de papel higiénico para propósitos extraordinarios/creativos como maquillaje/desmaquillaje, gestión del derramamiento de bebidas, etc. Por esa razón, en vez de empaquetar el papel higiénico en pequeños paquetes de una transacción (como se hace con las toallitas húmedas, por ejemplo), lo que sería un derroche en algunos casos y resultaría insuficiente en otros, la solución tradicional ha consistido en empaquetar el producto en unidades de distribución a granel cuyo tamaño excede el número máximo de cuadrados que un individuo podría concebiblemente usar en una transacción unitaria (excepto casos de forcé majeure/ Esto reduce el número de transacciones en las cuales la unidad de distribución se agota (se acaba el rollo) durante la transacción, una situación que puede producir estrés al empleado afectado. Sin embargo, presenta al administrador varios retos, en tanto que la unidad de distribución es voluminosa y debe ser usada repetidamente por varios individuos diferentes si no se quiere desperdiciar.

Desde la implementación de la Fase XVII del Programa de Austeridad, se ha autorizado que los empleados traigan su propio papel higiénico de casa. Este enfoque es algo incómodo y redundante, dado que es habitual que cada empleado traiga su propio rollo.

Algunas oficinas han intentado responder a este reto instituyendo fondos comunes de papel higiénico.

Sin generalizar en exceso, puede afirmarse que una característica inherente e inmanente de cualquier fondo común de papel higiénico llevado a cabo a nivel de oficina, en un entorno (i.e., edificio) en el que los aseos públicos están distribuidos por pisos (i.e., en el que varias oficinas comparten una misma instalación) es que en los confines de cada oficina debe proveerse un espacio para el almacenamiento temporal de las unidades de distribución

de papel higiénico (i.e., rollos). Esto se deriva del hecho de que si las UDPH (rollos) se almacenan, mientras están inactivas, fuera del alcance de la oficina controlante (i.e., la oficina que ha adquirido colectivamente la UDPH), es decir, si las UDPH se almacenan, por ejemplo, en un vestíbulo o en el interior de la instalación en la cual se utilizan, estarán sujetas a «mengua» al ser consumidas por personas no autorizadas, bien como parte de un intento deliberado de hurto, bien a causa de un sincero malentendido, es decir, la creencia de que las UDPH son proporcionadas gratuitamente por la agencia operativa (en este caso el Gobierno de los Estados Unidos), o bien como resultado de una necesidad, como en el caso de un derramamiento de líquidos que amenaza equipo electrónico delicado y cuya gestión, pues, no admite demora. Este hecho ha llevado a ciertas oficinas (que permanecerán en el anonimato; ya sabéis quiénes sois, muchachos) a establecer depósitos improvisados de UDPH que actúan también como puntos de recogida de contribuciones al fondo común. Normalmente, estos depósitos adoptan la forma de una mesa, cerca de la puerta más próxima a la instalación, en la cual se apilan las UDPH o se disponen en otra configuración, con un cuenco u otro receptáculo en el cual los participantes pueden realizar sus contribuciones, y usualmente con un cartel u otro dispositivo de atracción de la atención (como un animal de peluche o una caricatura) que solicita donaciones. Un rápido atisbo a la reglamentación vigentes mostrará que la colocación de estos receptáculos/expositores incumple el manual de procedimientos. No obstante, en interés de la higiene, moral y fomento del espíritu de grupo de los empleados, mis superiores han aceptado realizar una excepción extraordinaria de las regulaciones con este propósito.

Como con cualquier otra parte del manual de procedimientos, nueva o antigua, es responsabilidad de los trabajadores familiarizarse completamente con este material. El tiempo estimado de lectura de este documento es de 15,62 minutos (y no crean que no lo comprobaremos). Rogamos tomen nota de los puntos más importantes resaltados en este documento, a saber:

1) Los depósitos/puntos de recogida de UDPH están ahora permitidos, en periodo de pruebas; esta nueva política se revisará dentro de seis meses.

2) Deben gestionarse de forma voluntaria y según un esquema de fondo común, de la forma descrita en el subcapítulo concerniente a los fondos comunes de empleados. (Nota: esto significa que deben mantenerse registros y llevar cuentas de todas las transacciones financieras.)

3) Las UDPH deben ser traídas por los empleados (no gestionadas a través del correo) y están sujetas a la reglamentación habitual de registro y retención.

4) Se prohibe el uso de UDPH perfumadas, ya que pueden inducir reacciones alérgicas, dificultades respiratorias, etc., en algunas personas.

5) Las aportaciones de dinero en efectivo, como todas las transacciones monetarias dentro del Gobierno de los Estados Unidos, deben realizarse en moneda oficial de los Estados Unidos. ¡Nada de yenes o kongpavos!

Naturalmente, esto puede provocar un problema de volumen si la gente intenta usar el receptáculo de donaciones como vertedero en el cual deshacerse de fajos de viejos billetes de mil millones y de billón. El personal de Edificios y Terrenos está preocupado por los problemas de eliminación de residuos y el riesgo de incendios que pueden sobrevenir si empiezan a acumularse grandes montones de billetes de mil millones y de billón. Por tanto, una característica clave de la nueva reglamentación es que el receptáculo de donaciones deberá vaciarse todos los días, o con mayor frecuencia si se detecta que empieza a desarrollarse una situación de acumulación excesiva.

En referencia a este mismo asunto, el departamento de E y T quiere que haga mención del hecho de que muchas personas con un exceso de moneda de los Estados Unidos han intentado matar dos pájaros de un tiro usando billetes como papel higiénico. Aunque creativo, este enfoque tiene dos inconvenientes:

1) Atasca las cañerías.

2) Representa destrucción de moneda de los Estados Unidos, lo cual constituye un delito federal.

NO LO HAGAS.

En vez de eso, únete al fondo común de papel higiénico de tu oficina.

Es fácil, es higiénico, y es legal.

¡Feliz fondo común!

MARIETTA

La madre de T.A. accede al nuevo memorándum, comprueba la hora y comienza a leerlo. El tiempo estimado de lectura es de 15,62 minutos. Más tarde, cuando Marietta lleve a cabo su redada estadística de cierre, sentada en su oficina privada a las 21:00, verá el nombre de todos los empleados y junto a éstos el tiempo que han invertido en leer el memorándum, y su evaluación, a partir del tiempo invertido, será del estilo siguiente:

Reunión con el empleado y posible sesión de orientación psicológica.

menos de 10 min.	Mantener a este empleado bajo observación; puede estar desarrollando actitudes descuidadas.
14-15,61 min.	El empleado es un trabajador eficiente; a veces puede perderse detalles importantes.
15,62 min. exactos	Listillo. Necesita una sesión de orientación psicológica.
15,63-16 min.	Lameculos. No confiar en él.
16-18 min.	El empleado es un trabajador metódico; a veces puede atascarse en los detalles.
más de18 min.	Comprobar la grabación de seguridad para ver qué hizo el empleado (p.ej., posible pausa no autorizada para ir al lavabo).

La madre de T.A. decide emplear entre catorce y quince minutos en leer el memorándum. Para los empleados jóvenes es mejor tardar algo más, para demostrar que son cuidadosos, no engreídos. Para los empleados mayores es mejor ir algo más deprisa, para mostrar buen potencial para la dirección. Ella tiene casi cuarenta años. Recorre el memorando,

pulsando el botón de Avanzar Página a intervalos razonablemente regulares, retrocediendo una página de vez en cuando para simular que relee una sección anterior. El ordenador notará todo eso. Aprueba las relecturas. Es un detalle, pero tras una década o así esas cosas acaban por notarse en el resumen de hábitos de trabajo.

Una vez se ha quitado eso de en medio, se sumerge en el trabajo. Es programadora de aplicaciones para los Feds. En los viejos tiempos, se habría ganado la vida escribiendo programas de ordenador enteros. Hoy en día escribe fragmentos de programas. Esos programas los diseñan Marietta y sus superiores en reuniones de una semana de duración en el último piso. Una vez tienen el diseño completo, parten los problemas en segmentos más y más pequeños, y se los asignan a directores de grupo, quienes los dividen aún más y les dan un pequeño fragmento a cada programador. Para evitar que el trabajo de los codificadores individuales entre en conflicto, debe llevarse a cabo según un conjunto de normas y reglamentaciones aún mayor y más cambiante que el manual de procedimientos del Gobierno.

Así que lo primero que hace la madre de T.A. tras haber leído el nuevo subcapítulo sobre fondos comunes de papel higiénico, es conectarse con un subsistema del sistema informático principal que gestiona el proyecto de programación en el que está trabajando. No sabe qué proyecto es (eso es información confidencial) ni cómo se llama. Es simplemente su proyecto. Lo comparte con unos cuantos cientos de programadores más, aunque no sabe exactamente quiénes son. Y cada día, cuando se registra en él, hay una pila de memorandos esperándola, con nuevas reglamentaciones y cambios a las normas que todos tienen que seguir cuando escriben código para un nuevo proyecto. Las normativas hacen que el asunto del papel higiénico parezca tan sencillo como los Diez Mandamientos.

Al final se pasa hasta las once de la mañana leyendo, releyendo y comprendiendo los nuevos cambios al Proyecto. Hay muchos, porque es lunes por la mañana y Marietta y sus superiores estuvieron todo el fin de semana encerrados en el último, disputando ruidosamente a causa del Proyecto y cambiándolo todo.

Luego comienza a revisar todo el código que ha escrito anteriormente para el Proyecto y hace una lista de todo lo que tendrá que reescribir para que sea compatible con la nueva especificación. Básicamente tendrá

que reescribirlo todo desde el principio, por tercera vez en otros tantos meses.

Pero así es el trabajo.

Sobre las once y media levanta la cabeza, sobresaltada, y descubre que alrededor de su estación de trabajo hay media docena de personas. Está Marietta. Y un ordenanza. Y varios Feds. Y León el del polígrafo.

—Me hicieron la prueba el jueves —dice.

—Es hora de hacer otra —dice Marietta—. Vamos, adelante con ello.

—Las manos donde yo pueda verlas —dice el ordenanza.

38 La prueba del polígrafo

La madre de T.A. se pone en pie, las manos a los lados del cuerpo, y echa a andar. Sale de la oficina caminando en línea recta. Ningún trabajador levanta la cabeza. No se supone que deban hacerlo. Insensibles a las necesidades de los compañeros. Hace que quien pasa la prueba se sienta abochornado y excluido, cuando en realidad el polígrafo es parte de la forma de vida Fed. Oye las pisadas secas del ordenanza tras ella, a dos pasos de distancia, vigilando, manteniendo los ojos en sus manos para que no hagan nada, como tragarse un Valium o alguna otra cosa que pueda confundir el resultado.

Se detiene junto a la puerta del lavabo. El ordenanza pasa delante suyo, la mantiene abierta, y ella entra, seguida por él.

El último compartimiento de la izquierda es muy grande, con espacio suficiente para dos personas. La madre de T.A. entra, seguida por el ordenanza, que cierra la puerta y echa el pestillo. La madre de T.A. se baja las bragas, se levanta la falda, se agacha sobre un receptáculo y mea. El ordenanza comprueba que hasta la última gota vaya al receptáculo, lo recoge y lo vacía en un tubo de ensayo que ya está etiquetado con su nombre y la fecha de hoy.

Luego sale de nuevo al vestíbulo, seguida todavía por el ordenanza. Cuando vas a la habitación del polígrafo te permiten usar el ascensor para que no llegues sin aliento y sudado.

Antes era una oficina normal con una silla y unos instrumentos sobre una mesa. Luego consiguieron un polígrafo nuevo y moderno. Ahora es como someterte a una exploración médica de alta tecnología. La hab-

itación ha sido totalmente remodelada, no queda ni rastro de su función original, las ventanas cubiertas, todo suave y color crema y con olor a hospital. Sólo hay una silla, en el centro. La madre de T.A. va hasta ella y se sienta, apoya los brazos en los reposabrazos y descansa las palmas y las puntas de los dedos en las depresiones dispuestas a tal efecto. El puño de neopreno de la muñequera del nanómetro busca a ciegas su brazo, lo encuentra y se sujeta a él. Entretanto, las luces de la sala están perdiendo intensidad, la puerta se cierra, y ella se queda sola. La corona de espinas se cierra sobre su cabeza, y siente el pinchazo de los electrodos en el cuero cabelludo y el aire frío que fluye sobre sus hombros desde los dispositivos superconductores de interferencia cuántica que actúan como radares en el interior de su cerebro. En algún punto del otro lado de la pared, sabe, hay media docena de técnicos sentados en una sala de control, estudiando ampliaciones de sus pupilas en pantallas gigantes.

Entonces nota la quemazón de un pinchazo en el antebrazo y sabe que le han inyectado algo. Eso significa que no es una prueba poligráfica normal. Hoy le preparan algo especial. La quemazón se extiende por todo su cuerpo; el corazón golpea con fuerza, le lloran los ojos. Le han inyectado cafeína para ponerla a tope y volverla locuaz.

Se acabó el trabajar por hoy. A veces estas cosas duran doce horas.

—¿Cómo se llama? —dice una voz, peculiarmente tranquila y fluida. Generada por ordenador. De ese modo, todo lo que le diga será imparcial, libre de contenido emocional, y ella no podrá obtener pistas de cómo está yendo el interrogatorio.

La cafeína y el resto de cosas que le hayan inyectado joden su sentido del tiempo.

Odia estas cosas, pero a todo el mundo le pasa de vez en cuando, y cuando comienzas a trabajar para los Feds firmas en la línea de puntos y das tu permiso. En cierto modo, es un signo de orgullo y honor. Todos los que trabajan para los Feds lo hacen de corazón. Porque de no ser así, se vería tan claro como el agua en cuanto les llegase el tumo de sentarse en esta silla.

Las preguntas siguen y siguen. Sobre todo preguntas sin sentido. «¿Ha estado alguna vez en Escocia? ¿Es más cara la mantequilla que la margarina de maíz?» Es simplemente para calmarla, y para comprobar que todos los sistemas funcionan sin novedad. Tiran todos los resultados de

la primera hora de interrogatorio; no son válidos hasta que todo está ajustado.

Nota cómo la rutina la relaja. Dicen que tras unas cuantas pruebas de polígrafo aprendes a relajarte y todo el asunto va más rápido. La silla la mantiene en el sitio, la cafeína impide que se adormezca y la privación sensorial le vacía la mente.

—¿Cuál es el apodo de su hija?

—T.A.

—¿Cómo suele dirigirse a su hija?

—La llamo por su apodo. T.A. Insiste bastante en ello.

—¿Tiene T.A. un trabajo?

—Sí. Trabaja de korreo. Para RadiKS.

—¿Cuánto dinero gana T.A. como korreo?

—No lo sé. Unos cuantos pavos aquí y allá.

—¿Con qué frecuencia compra equipo nuevo para su trabajo?

—No tengo idea. No le sigo la pista.

—¿Ha hecho T.A. algo inusual últimamente?

—Eso depende de a qué se refiera. —Está malinterpretándolos voluntariamente—. Siempre hace cosas que la gente llamaría inusuales. —Eso no suena demasiado bien, parece que apruebe el inconformismo—. Lo que quiero decir es que siempre hace cosas inusuales.

—¿Recientemente ha roto T.A. algo en la casa?

—Sí. —Se rinde. Los Feds ya lo saben, la casa tiene tantos micrófonos y cámaras que es un milagro que el equipo electrónico extra no provoque un cortocircuito—. Me rompió el ordenador.

—¿Dio alguna explicación de por qué rompió el ordenador?

—Sí. Más o menos. Quiero decir, si los disparates cuentan como explicación.

—¿Cuál fue su explicación?

—Tenía miedo... es tan ridículo... tenía miedo de que el ordenador me pegase un virus.

—¿Tenía miedo T.A. de pillar también ella el virus?

—No. Dijo que sólo los programadores podían pillarlo.

¿Por qué le preguntan todo eso? Ya lo tienen grabado en una cinta.

—¿Creyó la explicación de T.A. acerca de por qué rompió el ordenador?

Eso es.

Eso es lo que buscan.

Quieren saber lo único que no han podido grabar directamente: lo que pasa por su mente. Quieren saber si se cree la historia de T.A. sobre el virus.

Y sabe que está cometiendo un error sólo con pensar eso. Porque los DSIC superenfriados que rodean su cabeza lo están percibiendo. No saben qué piensa, pero sí que en su cerebro está pasando algo, que ahora está utilizando partes de él que no usaba cuando le hacían las preguntas absurdas.

En otras palabras, saben que está analizando la situación, intentando deducir qué quieren. Y no haría eso a menos que quisiese ocultar algo.

—¿Qué quieren saber? —pregunta—. ¿Por qué no salen y me lo preguntan directamente? Hablemos de esto cara a cara. Sentémonos en una habitación como adultos y hablemos de ello.

Siente otro pinchazo agudo en el brazo, y el entumecimiento y la frialdad se extienden por todo su cuerpo al cabo de un momento a medida que la droga se mezcla con su flujo sanguíneo. Se hace más difícil seguir la conversación.

—¿Cómo se llama? —dice la voz.

39 La cabeza nuclear. Alaska

La Alean, la Autopista de Alaska, es el gueto de franquicias más grande del mundo, una ciudad unidimensional de más de tres mil kilómetros de largo y treinta metros de ancho, y crece a un ritmo de ciento cincuenta kilómetros al año, es decir, a medida que la gente logra llegar al extremo que se halla en terreno despejado y aparca su caravana en la siguiente parcela libre. Es la única vía de salida para quienes quieren abandonar el país pero no pueden pagarse un avión o un barco.

Tiene dos carriles en toda su longitud, asfaltados pero no muy bien, y abarrotados de remolques, furgonetas familiares, camionetas de reparto y caravanas. Comienza en algún punto de la Columbia Británica, en la intersección de Prince George, donde varios afluentes se reúnen pa-

ra convertirse en una única autopista en dirección norte. Al sur, los afluentes se dividen en un delta de carreteras secundarias que cruzan la frontera entre Canadá y los antiguos Estados Unidos por más de una docena de sitios repartidos a lo largo de más de ochocientos kilómetros, desde los fiordos de la Columbia Británica hasta las vastas plantaciones de trigo del centro de Montana. Luego se conectan con el sistema de carreteras estadounidense, que actúa como manantial de la migración. Esa franja de territorio de ochocientos kilómetros está repleta de candidatos a exploradores del ártico en grandes casas rodantes, que se dirigen al norte con optimismo, y no pocos fracasados que han abandonado sus caravanas en el norte y hacen autostop para volver al sur. Las torpes caravanas y los cuatro por cuatro mal cargados forman un eslalon móvil para Hiro y su motocicleta negra.

¡Y todos esos blancos fornidos con pistolas! Reúne los suficientes, en busca de la América en la que se habían pensado que crecieron, y se apiñarán juntos como el arroz demasiado hecho, formando pequeñas unidades integrales y almidonadas. Con sus potentes herramientas, generadores portátiles, armas, vehículos cuatro por cuatro y ordenadores personales, son como castores ciegos de anfetas, ingenieros maniáticos sin planos, rumiando a través de las tierras vírgenes, construyendo cosas y abandonándolas, alterando el curso de poderosos ríos y luego mudándose porque el sitio ya no es lo que era.

Los subproductos de ese estilo de vida son ríos contaminados, efecto invernadero, mujeres maltratadas, telepredicadores y asesinos en serie psicópatas. Pero mientras tengas tu cuatro por cuatro y puedas seguir yendo hacia el norte puedes aguantar, basta con que te muevas lo bastante deprisa para ir un paso por delante de tu propio raudal de desperdicios. En veinte años, diez millones de blancos confluirán sobre el polo norte y aparcarán allí sus caravanas. El calor residual de baja intensidad de su estilo de vida termodinámicamente intenso tornará el cristalino paisaje helado en flexible y traicionero. Fundirá un agujero a través del casquete polar y todo ese metal se hundirá en el fondo, llevándose con él la biomasa.

Pagando una cuota, puedes entrar en una franquicia Soba y Sigue y conectar tu caravana. Las palabras mágicas son «Sin bajarse del automóvil», lo que significa que puedes entrar en la franquicia, acoplarte, dormir, desacoplarte y salir sin tener que poner la marcha atrás de tu zepelín de tierra.

Antes pretendían que se trataba de un camping, diseñaban la franquicia con decoración de estilo rústico, pero los clientes no paraban de arrancar los carteles de señalización y las mesas de picnic de madera y usarlos para hacer hogueras. Hoy en día, los carteles son burbujas eléctricas de policarbonato, y el logo de la corporación es redondeado, pulido y suave, como un orinal, para impedir que se acumule nada en las grietas. Porque no es una excursión si no tienes una casa adonde volver.

A dieciséis horas de California, Hiro se introduce en un Soba y Sigue en la vertiente oriental de las cataratas del norte de Oregón. Está a varios cientos de kilómetros al norte de la Almadía, y en el lado equivocado de las montañas; pero aquí hay un tío al que quiere ver.

Hay tres aparcamientos. Uno fuera de la vista, al fondo de una sucia carretera llena de baches y con señales que avisan del peligro de desprendimientos. Otro un poco más cerca, con melenudos merodeando por ahí y círculos que resplandecen bajo la luz de la luna cuando apuntan al cielo con el culo de sus latas de cerveza. Y uno frente al Ayuntamiento, con empleados que portan armas de fuego. Para aparcar ahí hay que pagar. Hiro decide pagar. Deja la moto apuntando hacia la salida, pone la bios en caliente, de forma que pueda reinicializarla a toda velocidad si hiciera falta, y le lanza unos cuantos kongpavos a un empleado. Luego gira la cabeza a un lado y a otro como un sabueso de caza, oliendo el aire sosegado, intentando encontrar el Claro.

A unos treinta metros, bajo la luz de la luna, hay un área donde algunos se han atrevido a montar una tienda; normalmente se trata de los que tienen más armas, o menos que perder. Hiro va en esa dirección, y pronto puede ver el toldo que se extiende sobre el Claro.

Todo el mundo lo llama la Pila de Cadáveres. Es, sencillamente, una zona abierta de terreno, antes cubierta de hierba y ahora de sucesivos cargamentos de arena mezclada con basura, vidrios rotos y excrementos humanos. Un toldo estirado por encima ofrece protección contra la lluvia, y unas chimeneas con forma de seta, que exhalan aire caliente en las noches frías, brotan del suelo cada pocos metros. Dormir en el Claro es muy barato. Es una innovación creada por algunas de las franquicias de más al sur y que se ha ido extendiendo hacia el norte junto con su clientela.

Hay media docena de personas desparramadas por el suelo junto a los conductos de aire caliente, enrolladas en mantas del ejército para protegerse del frío. Dos de ellos han encendido una hoguera y aprovechan su luz para jugar a las cartas. Sin prestarles atención, Hiro recorre los demás grupos.

—Chuck Wrightson —dice—. Señor Presidente, ¿está usted aquí? La segunda vez que lo dice, un montón de lana a su derecha empieza a retorcerse y sacudirse de aquí para allá. De él surge una cabeza. Hiro se vuelve hacia él, con las manos en alto para demostrar que va desarmado.

—¿Quién es? —pregunta, lleno de abyecto terror—. ¿Cuervo?

—No soy Cuervo —dice Hiro—. No se preocupe. ¿Es usted Chuck Wrightson, ex presidente de la República Provisional de Kenai y Kodiak?

—Sí. ¿Qué quiere? No tengo dinero.

—Sólo hablar. Trabajo para la CCI, y mi trabajo es reunir información.

—Necesito un puto trago —dice Chuck Wrightson.

El Ayuntamiento es un gran edificio hinchable en el centro del Soba y Sigue. Es el Las Vegas de los parias: supermercado, videojuegos, lavandería, bar, tienda de licores, mercadillo, burdel. Siempre parecen estar dirigidos por ese pequeño porcentaje de población capaz de estar de fiesta hasta las cinco una noche sí y otra también, y sin otra función aparente.

Muchos Ayuntamientos contienen a su vez unas pocas franquicias. Hiro ve una Espita de Kelley, sin duda el mejor abrevadero que se pueda encontrar en un Soba y Sigue, así que guía a Chuck Wrightson hacia él. Chuck lleva varias capas de ropa que en algún momento fueron de diversos colores. Ahora son todas del mismo color que su piel, es decir, caqui.

Todos los negocios de un Ayuntamiento, incluido este bar, parecen sacados de un barco prisión: todo clavado al suelo, brillantemente iluminado veinticuatro horas al día, el personal sellado tras gruesas barreras de vidrio que se han tornado amarillas y lóbregas. La seguridad de este Ayuntamiento está a cargo de los Garantes, así que hay un montón de adictos a los esteroides con negros uniformes de armagel recorriendo arriba y abajo el salón de videojuegos, de dos en dos o de tres en tres, violando con entusiasmo los derechos humanos de la gente.

Hiro y Chuck se hacen con lo más parecido a una mesa apartada que pueden encontrar. Hiro agarra de la manga a un camarero y por lo bajo

le pide una jarra de Pub Special, mezclada a partes iguales con cerveza sin alcohol. De ese modo Chuck aguantará despierto un poco más.

No hace falta mucho para empujarlo a hablar. Es como uno de esos viejos tipos de la administración presidencial caídos en desgracia, que han tenido que dimitir por los escándalos y que dedican su vida a buscar gente que quiera oírlos.

—Sí, fui presidente de la RPKX durante dos años. Y aún me considero el presidente del gobierno en el exilio.

Hiro hace un esfuerzo por no mostrar escepticismo. Chuck parece darse cuenta.

—De acuerdo, ya sé, no es mucho. Pero la RPKX fue durante un tiempo un país próspero. Hay mucha gente a la que le gustaría ver resurgir algo similar. Es decir, lo único que hizo que nos fuésemos, la única forma en que esos maníacos pudieron hacerse con el poder, fue totalmente, ya sabe... —No parece tener palabras para ello—. ¿Cómo iba nadie a esperar algo así?

—¿Cómo los expulsaron? ¿Hubo una guerra civil?

—Al principio hubo algunos levantamientos. Y había lugares apartados de Kodiak en los que nuestro poder nunca fue muy firme. Pero no hubo una guerra civil propiamente dicha. Verá, a los americanos les gustaba nuestro gobierno. Ellos tenían todas las armas, el equipo, la infraestructura. Los ortos eran sólo un grupo de tipos peludos que se refugiaban en los bosques.

—¿Ortos?

—Rusos ortodoxos. Al principio eran una pequeña minoría. Sobre todo indios, ya sabe, tlingits y aleutianos a los que los rusos convirtieron centenares de años antes. Pero cuando las cosas se salieron de madre en Rusia, comenzaron a derramarse a través de la Línea de Fecha en toda clase de barcas.

—Y no querían una democracia constitucional.

—No. De ningún modo.

—¿Qué querían? ¿Un zar?

—No. Esos tíos zaristas, los tradicionalistas, se quedaron en Rusia. Los ortos que llegaron a la RPKK eran desahuciados. La Iglesia ortodoxa rusa los había echado del continente.

—¿Por qué?

—Yeretiqui. Así es como los rusos llaman a los herejes. Los ortos que llegaron a la RPKK eran de una nueva secta, todos pentecostales.

Tenían alguna relación con las Puertas Perladas del Reverendo Wayne. Continuamente venían misioneros de Texas a reunirse con ellos. Siempre estaban hablando en idiomas raros. La corriente principal de la Iglesia rusa ortodoxa creía que era obra del diablo.

—¿Cuántos rusos ortodoxos pentecostales llegaron a la RPKK?

—Buf, un montón. Al menos cincuenta mil.

—¿Cuántos americanos había en la RPKK?

—Casi cien mil.

—Entonces, ¿cómo consiguieron los ortos hacerse con el control?

—Una mañana nos despertamos y había una camioneta aparcada en medio de la Plaza del Gobierno, en Nueva Washington, justo en medio de las caravanas en las que estaba instalado nuestro gobierno. Los ortos la habían arrastrado durante la noche, y luego le quitaron las ruedas para que no pudiésemos moverla. Supusimos que era una acción de protesta. Les dijimos que la sacasen de allí. Se negaron y publicaron una proclama en ruso. Cuando conseguimos traducirla, resultó ser una orden de que hiciésemos las maletas y nos largásemos, dejando el poder a los ortos.

»Bueno, eso era ridículo, así que nos dirigimos a la camioneta para sacarla de allí, y nos encontramos a Gurov esperándonos con una sonrisa desagradable en la cara.

—¿Gurov?

—Sí. Uno de los refugiados que cruzaron la Línea de Fecha desde la Unión Soviética. Un antiguo general de la KGB convertido en fanático religioso. Era algo así como el ministro de Defensa del gobierno que habían montado los ortos. Así que Gurov abre la puerta lateral de la camioneta y nos deja ver lo que hay dentro.

—¿Qué había?

—Bueno, sobre todo un montón de equipo, ya sabe, un generador portátil, cables eléctricos, un panel de control y esas cosas. Pero en mitad del remolque hay un gran cono negro apoyado en el suelo. Con la forma de un cucurucho de helado, pero de un metro y medio de altura, liso y negro. Y yo pregunto qué coño es esa cosa, y Gurov dice, es una bomba de hidrógeno de diez megatones que hemos sacado de un misil balístico. Capaz de volatilizar una ciudad. ¿Más preguntas?

—Así que se rindieron.

—No había mucho más que hacer.

—¿Sabe cómo consiguieron los ortos una bomba de hidrógeno? Está claro que Chuck Wrightson lo sabe. Inspira, la inspiración más profunda de la tarde, deja escapar el aire y sacude la cabeza, mirando sobre el hombro de Hiro. Da un par de buenos tragos de su cerveza.

—Había un submarino lanzamisiles soviético, cuyo comandante se llamaba Ovchinnikov. Era creyente, pero no un fanático como los ortos. Vamos, si hubiese sido un fanático no le habrían dado el mando de un submarino lanzamisiles, ¿no es así?

—Supongo.

—Había que ser psicológicamente estable, signifique lo que signifique eso. De cualquier forma, cuando Rusia se vino abajo, se encontró en posesión de esa arma peligrosísima. Decidió que iba a hacer desembarcar a toda la tripulación y que después hundiría el submarino en la fosa de las Marianas, para acabar con todas esas armas para siempre.

»Pero, de algún modo, lo persuadieron para que usara el submarino y ayudara a un grupo de ortos a escapar de Alaska. Ellos, y un montón más de refus, habían empezado a llegar en tropel a la costa de Bering. Y la situación en algunos de esos campos de refus era bastante desesperada. Ya sabe, allí no hay donde hacer crecer comida. Morían a millares. Se quedaban en las playas, muriendo de hambre, esperando a que llegase un barco.

—Así que Ovchinnikov se dejó convencer para usar el submarino, que es muy grande y muy rápido, para evacuar a algunos de esos pobres refugiados a la RPKK.

—Pero, naturalmente, la idea de dejar entrar un montón de desconocidos en su nave le ponía paranoico. Los comandantes de los submarinos con armamento nuclear son, por motivos evidentes, neuróticos de la seguridad. Así que montó un sistema muy estricto. Todos los refus que iban a embarcar tenían que pasar por detectores de metal y además ser cacheados. Y luego estarían sujetos a vigilancia armada todo el viaje hasta Alaska.

»Resulta que los ortos tienen a un tipo llamado Cuervo...

—Sé quién es.

—Bueno, el caso es que Cuervo logró subir al submarino nuclear.

—Oh, Dios mío.

—De algún modo había llegado a la costa siberiana. Probablemente cabalgó las olas en su puñetero kayak.

—¿Cabalgó las olas?

—Así es como los aleutianos se desplazan entre las islas.

—¿Cuervo es aleutiano?

—Sí. Un cazador de ballenas aleutiano. ¿Sabe lo que es un aleutiano?

—Sí. Mi padre conoció a uno en Japón —dice Hiro. Un montón de viejos chismes de papá sobre el campo de prisioneros empieza a bullir en la mente de Hiro, saliendo de lo más profundo de su memoria.

—Los aleutianos reman en sus kayaks hasta que alcanzan una ola. Pueden viajar más deprisa que un barco de vapor, ¿sabe?

—No lo sabía.

—El caso es que Cuervo fue a uno de esos campos de refus y se hizo pasar por un indígena siberiano. A veces es difícil distinguir a un siberiano de uno de nuestros indios. Al parecer, los ortos tenían cómplices en esos campos que lograron poner a Cuervo entre los primeros de la fila, de forma que lograse subir al submarino.

—Pero dijo usted que usaron un detector de metales.

—No sirvió de nada. Usa cuchillos de vidrio. Son lascas de vidrio. Es la hoja más afilada del mundo, ¿sabe?

—No, eso tampoco lo sabía.

—Sí, el filo sólo tiene una molécula de grosor. Los usan los médicos para la cirugía ocular; pueden cortarte la comea y no dejar cicatriz. Hay indios que viven de eso, ¿sabe? De tallar escalpelos oftalmológicos.

—Bien, todos los días se aprende algo nuevo —dice Hiro—. Supongo que ese cuchillo será tan afilado como para atravesar un tejido antibalas.

—He perdido la cuenta de la gente con traje antibalas que se ha cargado Cuervo — dice Chuck Wrightson encogiéndose de hombros.

—Creí que llevaba algún tipo de cuchillo láser de alta tecnología o algo así —dice Hiro.

—Más fácil. Cuchillos de vidrio. Tenía uno en el submarino. O logró introducirlo, o encontró vidrio en el submarino y se lo fabricó él mismo.

—¿Y?

Chuck vuelve a mirar al horizonte, echa otro trago a su cerveza.

—En un submarino, sabe, no hay sitio en el que desaguar nada. Los supervivientes contaban que la sangre llegaba hasta las rodillas en todo el submarino. Cuervo mató prácticamente a todo el mundo, excepto a los ortos, una tripulación mínima y unos cuantos refus que lograron atrincherarse en pequeños compartimientos por toda la nave. Los supervivientes aseguran —dice Chuck, dando otro trago— que fue una noche intensa.

—Así que hizo cambiar el rumbo y les llevó el submarino a los ortos.

—A un fondeadero no muy lejos de Kodiak —dice Chuck—. Los ortos estaban preparados. Habían reunido una tripulación de ex marinos de la Armada, tipos que habían trabajado en submarinos lanzamisiles, de esos llamados Rayos X, que llegaron y se hicieron cargo del submarino. En cuanto a nosotros, no teníamos ni idea de nada, hasta que una de esas cabezas nucleares apareció en nuestro puñetero patio.

Chuck mira fijamente por encima de Hiro, observando a alguien. Hiro nota un ligero golpecito en el hombro.

—Perdón, señor —se oye decir a un hombre—. ¿Me disculpa un momento?

40 Altercado en Soba y Sigue

Hiro se da la vuelta. Es un blanco barbudo y gordinflón, de pelo rojizo, ondulado y untado con brillantina. Encaramada a la cabeza lleva una gorra de béisbol, echada hacia atrás para dejar ver las siguientes palabras, tatuadas en la frente:

CAMBIOS BRUSCOS DE HUMOR RACIALMENTE INSENSIBLE

Hiro ve todo esto sobre el curvo horizonte del vientre enfundado en franela del hombre.

—¿Qué pasa? —dice Hiro.

—Bien, señor, lamento molestarlo en medio de su conversación con este caballero. Pero mis amigos y yo nos preguntábamos: ¿es usted un negro haragán culosucio comemierda, o un rastrero enano amarillo infectado de enfermedades venéreas?

El hombre alza la mano y tira de la visera de la gorra de béisbol, bajándosela. Ahora Hiro puede ver la bandera confederada que lleva pintada, con las palabras bordadas «Nueva Sudáfrica, Franquicia núm. 153».

Hiro se lanza sobre la mesa, gira y se desliza sobre el culo hacia Chuck, intentando poner la mesa entre él y el neosudafricano. Chuck, con buen criterio, ha desaparecido, así que Hiro termina con la espalda cómodamente apoyada en la pared, mirando por encima de la barra.

Al mismo tiempo, más o menos una docena de hombres se ha levantado de las mesas, formando detrás del primero en una bronceada y sonriente falange de banderas confederadas y patillas.

—Veamos —dice Hiro—, ¿es una pregunta con truco? Hay montones de Ayuntamientos en montones de Soba y Sigue en los que hay que dejar las armas a la entrada. Éste no es uno de ellos.

Hiro no sabe si eso es malo o bueno. Sin armas, los neosudafricanos le darían una paliza de muerte. Con armas, Hiro puede defenderse, pero las apuestas están más altas. Hiro lleva antibalas hasta el cuello, pero eso sólo significa que los neosudafricanos dispararán a la cabeza. Y todos se enorgullecen de ser buenos tiradores. Entre ellos es algo casi fetichista.

—¿No hay una franquicia de NS calle abajo? —pregunta Hiro.

—Sí —dice el jefe, que tiene un cuerpo largo y ancho y cortas piernas rechonchas—. Y es el cielo. De verdad. No hay sitio en la Tierra como una Nueva Sudáfrica.

—Bueno, entonces, si no le molesta que se lo pregunte —dice Hiro—, si es tan jodidamente maravilloso, ¿por qué no se vuelven todos a sus madrigueras y se quedan allí?

—En Nueva Sudáfrica sólo hay un problema —dice el tipo—. No quiero sonar antipatriótico, pero es la verdad.

—¿Y cuál es el problema? —dice Hiro.

—Que no hay negros, amarillos ni judíos a los que moler a palos.

—Ah, así que ése es el problema —dice Hiro—. Muchas gracias.

—¿Por qué?

—Por anunciar sus intenciones... dándome derecho a hacer esto.

Luego Hiro le corta la cabeza.

¿Qué otra cosa puede hacer? Al menos son doce. Han tomado la precaución de bloquear la única salida. Acaban de anunciar sus intenciones. Y es de suponer que todos llevan armas. Además, se va a encontrar con situaciones como ésta cada dos por tres cuando esté en la Almadía.

El neosudafricano no sabe lo que va a pasar, pero comienza a reaccionar mientras Hiro gira la katana hacia su cuello, así que vuela de espaldas cuando se produce la decapitación. Eso es bueno, porque más o menos la mitad de su sangre sale formando un arco desde su cuello. Dos chorros, uno de cada carótida. A Hiro no le cae ni una gota.

En el Metaverso, si das el tajo con la suficiente rapidez, la hoja simplemente atraviesa. En la Realidad Hiro espera sentir un fuerte impacto cuando su hoja golpee el cuello del neosudafricano, como cuando se da mal a una bola de béisbol, pero no siente prácticamente nada. La espada atraviesa, sigue girando y casi se clava en la pared. Por pura suerte debe de haber acertado entre dos vértebras. Curiosamente, el entrenamiento se pone en marcha. Se había olvidado de sacarla, de detener la espada él mismo, y eso es un mal movimiento.

Aunque se lo esperaba, le sorprende un instante. Con los avatares no pasa eso; se caen y ya está. Durante un tiempo sorprendentemente largo, se queda ahí, mirando el cadáver. Mientras, la nube de sangre en suspensión comienza a caer, goteando desde el falso techo, salpicando desde los estantes que hay tras la barra. Un borracho que acuna un vodka doble tiembla y se agita, contemplando en su vaso el remolino galáctico de un billón de glóbulos rojos muriendo en el etanol.

Hiro intercambia un par de largas miradas con los neosudafricanos, como si todos los presentes en el bar intentasen llegar a un consenso sobre lo que va a pasar a continuación. ¿Deberían reírse? ¿Sacar una foto? ¿Huir? ¿Llamar una ambulancia?

Se abre camino hasta la salida saltando de mesa en mesa. Es de mala educación, pero los otros clientes se apartan con rapidez, algunos son incluso lo bastante rápidos para quitar de en medio sus cervezas, y nadie se queja. La visión de la katana desnuda inspira en todo el mundo un nivel de cortesía prácticamente japonés. Hay un par de neosudafricanos más que bloquean la salida de Hiro, pero no porque quieran detener a nadie, sino porque acaeció que estaban ahí cuando se quedaron pasmados. Hiro, sensatamente, decide no matarlos.

Y enseguida está fuera, en la colorida avenida principal del Ayuntamiento, un túnel de loglo parpadeante y palpitante a través del cual corren criaturas negras como ignorantes espermatozoides escalando las trompas de Falopio, con grandes cosas angulares agarradas con fuerza entre sus manos. Son los Garantes. A su lado un metapoli parece un personaje de la programación infantil.

Llegó la hora de las gárgolas. Hiro lo activa todo: infrarrojo, radar milimétrico, procesamiento del sonido ambiental. El infrarrojo no sirve de mucho en estas circunstancias, pero el radar detecta todas las armas, resalta sus siluetas en las manos de los Garantes, las identifica por marca, modelo y tipo de munición. Todas son automáticas.

Pero los Garantes y los neosudafricanos no necesitan radar para ver la katana de Hiro, empapada de sangre y fluido espinal que corren hoja abajo.

La música de Vitaly Chernobyl y los Desastres Nucleares atruena desde baratos altavoces. Es su primer sencillo que alcanza las listas de éxitos; se titula «Mi corazón es un agujero humeante en el suelo». El procesamiento de sonido ambiente lo reduce a un nivel más razonable, atenuando la desagradable distorsión de los altavoces, de forma que oye cantar a su compañero de piso con más claridad, lo cual hace que todo sea singularmente surrealista. Le demuestra que está fuera de su elemento. Ése no es su sitio. Está perdido en la biomasa. Si hubiese justicia en el mundo, podría saltar a esos altavoces y seguir los cables como una sílfide digital, de vuelta a Los Ángeles, el sitio al que pertenece, allí en la cima del mundo, de donde todo sale, invitar a una copa a Vitaly, acurrucarse en el futón.

Algo terrible le ocurre en su espalda, e Hiro trastabilla hacia delante sin poder evitarlo. Es la misma sensación que ser masajeado con un centenar de martillos de orfebrería. Al mismo tiempo, un chisporroteo de luz amarilla hace palidecer el brillo del loglo. Una chillona imagen roja parpadea en su visor informándolo de que el radar milimétrico ha detectado un chorro de balas dirigidas hacia él y ¿le gustaría saber de dónde proceden,señor?

Acaban de dispararle una ráfaga de ametralladora en la espalda. Todas las balas se han aplastado en el traje y han caído al suelo, pero en el proceso le han roto como la mitad de las costillas de ese lado del cuerpo y le han magullado varios órganos internos. Se da la vuelta, cosa que duele.

El Garante ha dejado de lado las balas y ha sacado otra arma. El visor de Hiro dice: PACIFIC ENFORCEMENT INC., DISPOSITIVO DE RETENCIÓN EYECTABLE MODELO SX-29 (ENCOLADORA). Que es lo que debería haber usado desde el principio.

No puedes llevar una espada como una amenaza inútil. No deberías desenvainarla, o mantenerla desenvainada, a menos que estés dis-

puesto a matar a alguien. Hiro corre hacia el Garante, levantando la katana para golpear. El Garante hace lo más adecuado, es decir, se quita de en medio como alma que lleva el diablo. La cinta plateada de la katana refulge sobre la multitud. Atrae a los Garantes y repele a todos los demás, de forma que mientras Hiro corre por el centro del Ayuntamiento, no tiene a nadie delante y sí un montón de brillantes criaturas negras detrás.

Apaga toda la tecnomierda del visor. Lo único que hace es confundirlo; está ahí leyendo estadísticas sobre su propia muerte mientras ésta ocurre. Muy posmoderno. Es hora de sumergirse en la Realidad, como la gente que lo rodea.

Ni siquiera los Garantes disparan en medio de una muchedumbre, a menos que sea a quemarropa o estén de humor francamente malo. Unos cuantos disparos de la encoladora pasan junto a Hiro, ya tan extendidos que no son más que una molestia, y embadurnan a los espectadores, envolviéndolos en pegajosos velos de telaraña.

En algún punto entre la sala de videojuegos en 3-D y la ventana de exposición llena de prostitutas muertas de aburrimiento, los ojos de Hiro se aclaran y ve un milagro: la salida de la cúpula hinchable, donde las puertas exhalan al frío aire nocturno una brisa de aliento a cerveza sintética y fluidos corporales atomizados.

Las cosas malas y las buenas se están sucediendo con rapidez. La siguiente cosa mala ocurre cuando una reja de acero desciende para bloquear la puerta.

Qué coño, es un edificio hinchable. Hiro enciende el radar un instante y las paredes parecen desmoronarse y hacerse invisibles; ve a través de ellas, hacia el bosque de acero del exterior. No le cuesta mucho localizar el aparcamiento donde dejó su moto, en teoría bajo la protección de un vigilante armado.

Hiro simula dirigirse al prostíbulo y de repente atraviesa una sección expuesta de la pared. El tejido es resistente, pero con un solo movimiento deslizante la katana le hace un desgarrón de casi dos metros, y ya está fuera, escupido por el agujero en un chorro de aire fétido.

Después de eso, después de que Hiro llegue hasta su motocicleta, y los neosudafricanos a sus camionetas todo terreno, y los Garantes a sus estilizados garantemóviles negros, y todos se lancen chirriando a la autopista, se trata simplemente de una escena de persecución.

41 Fedlandia

T.A. ha estado en algunos sitios realmente inusitados a lo largo de su carrera. Lleva los visados de tres docenas de países laminados en el pecho. Y además de los países en sí, ha hecho entregas y recogidas en pequeños y encantadores destinos de vacaciones tales como la Zona de Austeridad de Isla Terminal y el campamento de Griffith Park. Pero éste es el trabajo más raro que ha hecho jamás: alguien quiere que entregue algo en los Estados Unidos de América. La orden de recogida lo dice bien claro. No es un envío muy grande, apenas un sobre de tamaño estándar.

—¿Seguro que no quiere enviarlo por correo? —le pregunta al tipo al recoger el envío. Es uno de esos escalofriantes parques de oficinas de los suburbios. Como un barclave para esas empresas inútiles que tienen despacho y teléfono y cosas, pero que no parecen hacer nada.

Es una pregunta sarcástica, por supuesto. El correo no funciona, excepto en Fedlandia. Los buzones han sido arrancados y usados para decorar los apartamentos de los adictos a la nostalgia. Pero además es un chiste porque el destino es, de hecho, un edificio en medio de Fedlandia. Así que el chiste es: Si quieres hacer negocios con los Feds, ¿por qué no usas su jodido sistema de correo? ¿No te da miedo quedar manchado ante sus ojos por tratar con algo tan increíblemente guay como un korreo?

—Bueno, el servicio postal no llega hasta aquí, ¿verdad? —dice el tipo. No tiene sentido describir su despacho. Ni siquiera lo tiene dejar que el despacho se registre en los globos oculares de T.A. y ocupe valioso espacio en su cerebro. Luces fluorescentes y tabiques con moqueta pegada. Prefiero que la moqueta esté en el suelo, gracias. Colores conjuntados. Gilipolleces ergonómicas. Tías monas con los labios pintados. Olor a xerox. Todo es bastante nuevo, piensa.

El sobre reposa en el escritorio del tío. Tampoco tiene mucho sentido describirlo a él. Huellas de un acento sureño o tejano. El borde inferior del sobre está paralelo al borde del escritorio, a seis milímetros de dis-

tancia, perfectamente centrado entre los lados derecho e izquierdo. Como si hubiese hecho que viniese un médico a ponérselo en el escritorio con tenacillas. Está dirigido a: SALA 968A, CASILLA 1569835, EDIFICIO LA-6, EE.UU.

—¿Quiere poner la dirección del remitente? —pregunta T.A.

—No es necesario.

—Si no puedo entregarla no tendré modo de devolvérsela, porque estos sitios me parecen todos iguales.

—No importa —dice él—. ¿Cuándo crees que estarás allí?

—Máximo en dos horas.

—¿Por qué tan tarde?

—Las aduanas, tío. Los Feds no han modernizado su sistema como todos los demás.—Por eso la mayoría de korreos hacen todo lo posible por evitar Fedlandia. Pero hoy está siendo un día tranquilo, la Mafia aún no ha llamado a T.A. para que lleve a cabo una misión secreta, y quizá pueda reunirse con mamá durante el descanso de la comida.

—¿Cómo te llamas?

—No damos nuestros nombres.

—Necesito saber quién va a hacer la entrega.

—¿Por qué? Ha dicho que no es importante.

—De acuerdo —dice el tipo, poniéndose muy nervioso—. Olvídalo. Limítate a entregarlo, por favor.

Okey, como gustes, se dice T.A. Se dice también otras cuantas cosas. Es evidente que el tipo es un pervertido. Está tan claro, tan a la vista:

«¿Cómo te llamas?». Venga, hombre.

Los nombres no importan. Todo el mundo sabe que los korreos son intercambiables. Sólo que algunos son más rápidos y mejores que otros.

Sale de la oficina patinando. Todo es muy anónimo. No se ve ningún logo corporativo. Así que, mientras espera el ascensor, llama a RadiKS y trata de averiguar quién ha solicitado este envío.

La respuesta llega unos minutos más tarde, mientras sale del parque de oficinas, arponeada a un lindo Mercedes: Rife Advanced Research Organization. RARO. Una de esas empresas de alta tecnología. Es probable que vayan a la caza de un contrato con el gobierno; querrán venderles esfigmomanómetros a los Feds o algo así.

Oh, bueno, su trabajo es sólo repartir. Tiene la sensación de que el Mercedes está forzando, conduciendo muy lentamente para librarse de ella, así que arponea otro vehículo, un camión de reparto. A juzgar por

lo alto que va sobre los amortiguadores, debe de ir vacío, con lo que probablemente se mueva muy deprisa.

Diez segundos después, como cabía esperar, el Mercedes pasa disparado por el carril izquierdo, así que lo arponea otra vez y viaja con él cómoda y velozmente durante unos cuantos kilómetros.

Entrar en Fedlandia es una lata. Muchos federales conducen diminutos coches de plástico y aluminio, difíciles de arponear. Pero por fin logra pinchar uno, un pequeño caramelo relleno con las ventanas selladas y un motor de tres cilindros, que la lleva hasta la frontera de los Estados Unidos.

Cuanto más pequeño se hace ese país, más paranoico se vuelve. Hoy en día sus agentes de aduanas son intratables. T.A. tiene que firmar un documento de diez páginas... y antes la obligan a leerlo. Dicen que debería tardar al menos media hora.

—Pero si lo leí hace dos semanas.

—Podría haber cambiado —dice el guardia—, así que tienes que leerlo de nuevo.

Básicamente certifica que T.A. no es terrorista, comunista (sea eso lo que sea), homosexual, profanadora de los símbolos nacionales, mercader de pornografía, parásito de la seguridad social, racialmente insensible, portadora de enfermedades infecciosas ni defensora de alguna filosofía tendente a impugnar los valores familiares tradicionales. En su mayor parte el documento consiste en definiciones de los términos usados en la primera página.

Así que T.A. se sienta en una pequeña sala durante media hora, realizando tareas de mantenimiento: comprueba todo el equipo, cambia las baterías de todos los dispositivos, se limpia las uñas y pone en marcha los procedimientos de mantenimiento automático del monopatín. Luego firma el puñetero documento y se lo da al tío. Y ya está en Fedlandia.

Encontrar el lugar no resulta difícil. Es un típico edificio Fed: un millón de escalones. Como si los construyesen sobre una montaña de escalones. Columnas. En éste hay muchos más tíos de lo normal. Tipos fornidos de pelo untuoso. Debe de tratarse de un edificio para polis. El guardia de la puerta principal es un poli de los pies a la cabeza, pretende montarle un cirio por querer entrar con el monopatín. Como si tuviesen un sitio seguro a la entrada para dejar los monopatines.

El poli es un tipo tozudo. Estupendo, T.A. también lo es.

—Aquí está el sobre —dice—. Puede subirlo al noveno piso usted mismo en el descanso para el café. Lástima que tenga que subir por las escaleras.

—Mira —dice él, totalmente exasperado—, esto es el MOGRE. Ya sabes, el cuartel general. MOGRE central. ¿Lo pillas? Todo lo que sucede en un radio de un kilómetro se graba. La gente no escupe al suelo en las inmediaciones de este edificio. Ni siquiera dice palabrotas. Nadie te va a robar el monopatín.

—Peor aún. Lo robarán y luego dirán que no lo han robado, que ha sido confiscado. Ya sé cómo sois los Feds, siempre estáis confiscándolo todo.

El tipo suspira. Luego sus ojos se desenfocan y se calla durante un minuto. T.A. puede darse cuenta de que está recibiendo un mensaje por el pequeño auricular que lleva en el oído, la marca del auténtico Fed.

—Pasa —dice—. Pero tienes que firmar.

—Naturalmente —dice T.A.

El poli le pasa la hoja de firmas, que en realidad es un ordenador portátil con un lápiz óptico. Escribe «T.A.» en la pantalla, y eso es convertido en un bitmap digital, se estampa automáticamente con la hora y se envía al gran ordenador en la Central Fed. T.A. sabe que no logrará cruzar el detector de metales sin desnudarse por completo, así que salta sobre la mesa del poli, ¿qué va a hacer?, ¿disparar?, y se adentra en el edificio, con el patín bajo el brazo.

—¡En! —se queja él, débilmente.

—¿Qué pasa? ¿Sufren una ola de asaltos y violaciones de agentes del MOGRE por parte de korreos femeninos? —dice T.A., golpeando furiosamente el botón del ascensor.

El ascensor tarda una eternidad. Pierde la paciencia y acaba subiendo las escaleras como hacen los Feds.

El tipo tenía razón, definitivamente el piso nueve es Poli Central. Todos los tíos espeluznantes con gafas de sol y pelo untuoso que hayas visto alguna vez, todos están ahí, con sus pequeños cables helicoidales color carne colgados de la oreja. Incluso hay unas cuantas Feds. Son aún más temibles que los tíos. Las cosas que puede llegar a hacerse una mujer en el pelo para tener una apariencia profesional... ¡Diooos! ¿Por qué no llevan un casco de moto? Así al menos se lo podrían quitar.

Excepto que ninguno de los Feds, masculinos o femeninos, lleva gafas de sol. Sin ellas se los ve desnudos. Como si fuesen por ahí sin pantalones.

Ver a tantos Feds sin gafas de espejo es como meterse por accidente en el vestuario de los chicos.

Encuentra la Sala 968A con bastante facilidad. Gran parte del espacio está cubierto por numerosos escritorios. Las salas numeradas están alrededor de los bordes, con puertas de cristal esmerilado. Cada uno de los tipos espeluznantes parece tener su propia mesa de trabajo; algunos rondan cerca de las suyas, el resto están practicando un montón de footíng de interior o celebrando reuniones improvisadas junto a las mesas de otros tipos espeluznantes. Sus camisetas blancas están fatigosamente limpias. No se ven tantas sobaqueras como había esperado; los Feds armados deben de estar en lo que antes era Alabama o Chicago intentando confiscar y recuperar trochos de territorio de los Estados Unidos a lo que ahora es un Buy'n'Fly o un vertedero de residuos tóxicos.

Entra en la Sala 968A. Es un despacho. Dentro hay cuatro Feds, iguales que los otros excepto que parecen un poco mayores, de más de cuarenta e incluso cincuenta años.

—Tengo una entrega para esta sala —dice T.A.

—¿Eres T.A.? —dice el jefe Fed, sentado tras el escritorio.

—No debería saber mi nombre —dice T.A.—. ¿Cómo lo sabe?

—Te he reconocido —dice el jefe Fed—. Conozco a tu madre. T.A. no lo cree. Pero estos Feds tienen toda clase de formas de averiguar cosas.

—¿Tiene algún pariente en Afganistán? —dice T.A. Los tipos se miran unos a otros, como diciéndose ¿has entendido a la chavala? Pero no era una frase que hubiera que entender. De hecho, T.A. tiene toda clase de software de reconocimiento de voz en el mono y en el patín. Cuando dice «¿Tiene algún pariente en Afganistán?» eso es como una frase clave, le dice a todo su equipo de agente secreto que se prepare, se despierte, compruebe su estado y aguce sus oídos electrónicos.

—¿Quiere este sobre o no? —dice.

—Yo lo recogeré —dice el jefe Fed, poniéndose de pie y extendiendo una mano.

T.A. camina hasta el centro de la habitación y le ofrece el sobre. Pero en vez de tomarlo, él arremete en el último momento y la agarra por el antebrazo.

En la otra mano, ve T.A., sostiene unas esposas. Las acerca y le cierra una sobre la muñeca, de forma que se aprieta firmemente sobre el puño de su mono.

—Lo lamento, T.A., pero tengo que arrestarte —dice el tipo.

—¿Qué coño hace? —T.A. mantiene el brazo libre detrás del cuerpo para que no pueda esposárselo junto al otro, pero uno de los otros Feds la sujeta por la muñeca libre, de forma que T.A. queda estirada como una cuerda entre los dos grandes Feds.

—Estáis muertos, tíos —dice T.A.

Los tipos sonríen, disfrutando al ver una chavala con algo de valentía.

—Estáis muertos, tíos —dice una segunda vez.

Ésa es la frase clave que todo su software está esperando oír. Cuando la pronuncia por segunda vez se activa todo el equipo de autodefensa, lo cual significa, entre otras cosas, que un pulso electromagnético de unos cuantos miles de voltios fluye a través de la parte exterior de los puños de su mono.

Tras la mesa, el jefe Fed barbota un gruñido desde muy dentro del estómago. Se aleja de ella volando, con todo el lateral derecho del cuerpo sacudiéndose espasmódicamente, tropieza con su propia silla y cae contra la pared, golpeándose la cabeza con el alféizar de mármol. El imbécil que tira de su otro brazo se estira como si estuviese en un potro invisible, golpeando accidentalmente a otro de los tipos en la cara y dándole una buena sacudida en la cabeza. Ambos caen al suelo como un saco de gatos rabiosos. Sólo queda un tipo, que está buscando algo bajo la chaqueta. T.A. da un paso hacia él trazando un arco con el brazo, y el extremo suelto de las esposas lo alcanza en el cuello, apenas una caricia, pero igual podría haber sido un golpe del hacha eléctrica de dos manos de Satán. La electricidad recorre su columna arriba y abajo y, de repente, está desmadejado sobre un par de viejas sillas de madera y su pistola da vueltas en el suelo como una peonza. T.A. flexiona la muñeca de una forma determinada y el aturdidor le cae de la manga a la mano. Las esposas que cuelgan de la otra muñeca harán un efecto similar por ese lado. También saca el tubo de Nudillos Líquidos, quita la tapa y pone la boquilla del atomizador en dispersión amplia.

Uno de los bichos raros Feds tiene la amabilidad de abrirle la puerta del despacho. Entra en la habitación con la pistola desenfundada, respaldado por media docena de tíos que se han agrupado ahí procedentes de los escritorios de fuera, y T.A. deja que se apañen con los Nudillos Líquidos. Fshhhh, es como insecticida. El sonido de los cuerpos al chocar contra el suelo es como un redoble de un bombo. El monopatín no tiene problemas para deslizarse sobre los cuerpos tendidos, y ya

está fuera, entre las mesas. Esos tipos convergen sobre ella desde todos lados, hay un número increíble de ellos, así que mantiene el botón apretado, apuntando hacia delante mientras se impulsa con el pie para ganar velocidad. Los Nudillos Líquidos actúan como una cuña química; patina sobre una alfombra de cuerpos. Algunos Feds son lo bastante ágiles para lanzarse desde detrás e intentar sujetarla, pero ella tiene preparado el aturdidor, que convierte sus sistemas nerviosos en rollos de alambre de púas caliente durante unos minutos aunque en teoría no tiene más efectos.

Ha recorrido tres cuartos de la sala cuando se acaban los Nudillos Líquidos, si bien aún funcionan durante unos instantes porque la gente les tiene miedo y se quita de en medio aunque no salga nada del bote. Luego un par se da cuenta y comete el error de intentar agarrarla por las muñecas. Derriba a uno con el aturdidor y al otro con las esposas electrificadas. Luego, bum, atraviesa la puerta y está en las escaleras, dejando a su paso cuatro docenas de heridos. Se lo merecen, por no haberse molestado siquiera en tratar de arrestarla de forma caballerosa.

Para alguien a pie, una escalera es un inconveniente. Pero para las intelirruedas no son más que rampas de cuarenta y cinco grados. Resulta un poco movido, sobre todo cuando llega al segundo piso con demasiada velocidad, aunque es definitivamente factible.

Una suerte: un poli del primer piso está abriendo la puerta de la escalera, alertado sin duda por la sinfonía de alarmas y timbres que se funden en un muro sólido de sonido histérico. Lo esquiva; el tipo extiende la mano para detenerla y casi la agarra por la cintura, desequilibrándola, pero el monopatín es muy permisivo, tan listo como para frenar un poquito y esperarla cuando su centro de masas está en el sitio inadecuado. Enseguida está de nuevo bajo ella; T.A. se ladea fuertemente y cruza la antesala del ascensor, dirigiéndose en línea recta hacia el arco del detector de metales, a través del cual brilla el resplandor extramuros de la libertad.

Su viejo amigo el poli está de pie y reacciona con rapidez, abriéndose de brazos y piernas en el detector de metales. T.A. simula dirigirse hacia él, y en el último momento le da una patada al patín, girándolo, pulsa un pequeño pedal, recoge las piernas y salta por los aires. Salta por encima de la mesa del poli mientras el patín pasa por debajo, y un ins-

tante después aterriza en él, se bambolea y logra recuperar el equilibrio. Está en el vestíbulo, acercándose a las puertas.

Es un edificio anticuado. Muchas puertas son de metal, pero también hay unas cuantas puertas giratorias, con grandes láminas de vidrio.

A veces los primeros surfístas se estampaban contra paredes de vidrio, lo cual era un problema. El problema se agravó cuando se puso en marcha todo el asunto de los korreos y los patinadores empezaron a dedicar mucho más tiempo a moverse con rapidez en entornos estilo oficina donde las paredes de cristal se consideran una idea original. Por eso en los monopatines caros, y éste sin duda lo es, puedes pedir el Proyector de Onda de Choque Sintonizada de Cono Estrecho de RadiKS como un extra de seguridad. Es casi instantáneo, por fortuna, pero sólo se puede usar una vez (se alimenta con una carga explosiva) y luego hay que llevar la plancha a la tienda para que lo cambien.

Es para emergencias. Estrictamente un último recurso. Pero es guay. T.A. se asegura de estar apuntando directamente a las puertas giratorias de cristal y luego pulsa el minipedal adecuado.

Dios mío, es como si cubrieses un estadio con una lona para convertirlo en un tambor gigante y luego estrellases contra él un 747. T.A. siente cómo sus órganos se desplazan varios centímetros. El corazón y el hígado intercambian posiciones. Las plantas de los pies se le duermen y le hormiguean. Y eso que ella no estaba en la trayectoria de la onda de choque.

El vidrio de seguridad de la puerta giratoria no se limita a romperse y caer al suelo, como T.A. sospechaba que ocurriría. Salta hecho añicos del marco. Sale despedido del edificio como un torrente, sobre los escalones de la entrada, y T.A. lo sigue un instante después.

La ridícula cascada de escalones de mármol del frontal del edificio aún le da más impulso. Para cuando toca la acera, T.A. lleva velocidad suficiente como para patinar hasta México.

Mientras se balancea por la amplia avenida y se fija como objetivo el puesto fronterizo a cuatrocientos metros de distancia, que va a tener que saltar, algo le dice que mire hacia arriba.

Porque, a fin de cuentas, el edificio del que acaba de escapar se eleva sobre ella, muchos pisos repletos de desagradables Feds, y están sonando todas las alarmas. Muchas ventanas no pueden abrirse, y desde ahí lo único que pueden hacer es mirarla. Pero hay gente en la azotea. Gran parte del tejado es un bosque de antenas. Y si eso es un

bosque, esos tíos son los pequeños y temibles gnomos que viven en los árboles. Están listos para la acción, tienen puestas sus gafas de sol, van armados y la miran a ella.

Pero sólo uno de ellos está apuntando. Y la cosa con la que apunta es inmensa. El cañón es del tamaño de un bate de béisbol. T.A. ve el súbito fogonazo, rodeado de un dónut de humo blanco. No apunta hacia ella, sino por delante de ella.

El aturdidor golpea en el suelo, justo delante suyo, rebota en el aire y detona a una altura de seis metros.

El siguiente cuarto de segundo: no hay ningún destello brillante que la ciegue, así que puede ver perfectamente cómo la onda de choque se extiende hacia fuera en una esfera perfecta, dura y palpable como una bola de hielo. Donde la esfera entra en contacto con la calle provoca un frente de ondas circular, haciendo saltar la grava, lanzando por los aires cajas de McDonalds aplastadas e incrustadas en el suelo mucho tiempo ha, y arrancando un fino polvo harinoso de las pequeñas grietas del pavimento, que flota por la carretera hacia ella como una ventisca microscópica. Por encima, la onda de choque cuelga en el aire, avanzando hacia T.A. a la velocidad del sonido, una lente de aire que aplana y refracta lo que hay al otro lado. Y ella va a cruzarla.

42 Inana

Cuando Hiro alcanza la cima del paso en su motocicleta, a las cinco de la mañana, la ciudad de Port Sherman, Oregón, se extiende de súbito ante él: un fogonazo de loglo amarillo envuelto en un amplio valle en forma de U que fue excavado en la roca, hace mucho tiempo, por una gran lengua de hielo en un titánico periodo de cunnilingus geológico. Hay una ligera salpicadura de oro en los bordes, donde se desvanece en el bosque, que se espesa e intensifica al aproximarse al puerto, una larga y estrecha muesca semejante a un fiordo cortada en la recta línea costera de Oregón, una profunda y fría trinchera de aguas negras que apunta directamente a Japón.

Hiro ha regresado a la Costa. Es una sensación agradable, tras esa cabalgata nocturna con carrera de obstáculos incluida. Demasiados patanes, demasiada policía montada.

Incluso a quince kilómetros de distancia y más de mil metros por encima, no es una visión hermosa. Más allá del distrito del puerto, Hiro distingue unas salpicaduras rojas, lo cual es mejor que el amarillo. Ojalá viese algo verde, azul o magenta, pero no parece haber ningún barrio decorado en esos selectos colores.

Pero bueno, tampoco se trata de un trabajo selecto.

Se aleja cerca de un kilómetro de la carretera, se sienta en una roca plana en un espacio abierto, más o menos a prueba de emboscadas, y se conecta al Metaverso.

—¿Bibliotecario?

—¿Sí, señor?

—Inana.

—Una figura de la mitología sumeria. Las culturas posteriores la han conocido como Ishtar, o Esther.

—¿Una diosa buena o mala?

—Buena. Una diosa muy querida.

—¿Tuvo tratos con Enki o Ashera?

—Sobre todo con Enki. Según el momento, las relaciones entre ella y Enki oscilaron entre buenas y malas. Inana era conocida como la reina de todos los grandes me.

—Pensé que los me pertenecían a Enki.

—Así es. Pero Inana fue al Abzu, la fortaleza acuática en la ciudad de Eridu donde Enki guardaba los me, y consiguió que éste se los diese. Así es como los me se extendieron entre la gente.

—¿Una fortaleza acuática, eh?

—Sí,señor.

—¿Y cómo se lo tomó Enki?

—Al parecer se los dio voluntariamente, porque estaba borracho y prendado de los encantos físicos de Inana. Cuando se le pasó la borrachera la persiguió e intentó recuperarlos, pero ella fue más astuta.

—Veamos el enfoque semiótico —suelta Hiro—. La Almadía es la fortaleza acuática de L. Bob Rife. Allí guarda todas sus cosas, todos sus me. Juanita fue a Asteria, que es todo lo que

era posible acercarse a la Almadía hasta hace un par de días. Creo que estaba intentando un truco a lo Inana.

—En otro mito sumerio —dice el Bibliotecario—, Inana descendió al reino de los muertos.

—Sigue —dice Hiro.

—Ella reúne todos sus me y se adentra en la tierra sin retomo.

—Estupendo.

—Cruza el reino de los muertos y llega hasta el templo de Ereshkigal, diosa de la Muerte. Viaja con un disfraz que no consigue engañar a Ereshkigal, la que todo lo ve. Pero Ereshkigal le permite entrar en el templo. Cuando Inana entra, le arrancan las ropas, las joyas y los me y la llevan, totalmente desnuda, ante Ereshkigal y los siete jueces del inframundo. Los jueces «fijaron sus ojos sobre ella, los ojos de la muerte; a su palabra, la palabra que tortura el espíritu, Inana se convirtió en un cadáver, un montón de carne putrefacta, y fue colgada de un gancho en el muro». Kramer.

—Genial. ¿Y para qué diablos le hicieron eso?

—Según explica Diane Wolkstein, «Inana abandonó... todo lo que había conseguido en la vida, hasta que quedó desnuda, sin nada excepto su deseo de renacer... Gracias a su viaje al inframundo, ganó los poderes y los misterios de la muerte y el renacimiento».

—Oh. ¿Así que la historia sigue?

—El mensajero de Inana la espera durante tres días, pero como ella no vuelve de la tierra de los muertos, va a pedir ayuda a los dioses. Ninguno de ellos quiere ayudar, excepto Enki.

—Así que nuestro amigo Enki, el dios hacker, tiene que rescatarla del Infierno.

—Enki crea dos personas y las envía a la tierra de los muertos para rescatar a Inana. Éstos hacen uso de su magia y la traen de vuelta a la vida. Inana regresa de la tierra de los muertos, seguida por una hueste de muertos.

—Juanita se fue a la Almadía hace tres días —dice Hiro—. Es hora de hackear.

Tierra sigue donde la dejó, mostrando una vista amplificada de la Almadía. Tras la charla de la noche pasada con Chuck Wrightson, no es difícil averiguar qué parte de la Almadía

añadieron recientemente los ortos cuando el Enterprise pasó por la RPKK unas cuantas semanas atrás. Un par de cargueros soviéticos de popa enorme están amarrados entre sí, con un enjambre de pequeños barcos a su alrededor. Gran parte de la Almadía es totalmente marrón y orgánica, pero ésa tiene el color blanco de la fibra de vidrio: embarcaciones de recreo pirateados a los jubilados ricos de la RPKK. Miles de ellos.

Ahora la Almadía está cerca de la costa de Port Sherman, así que, supone Hiro, ahí es donde pasan el rato los grandes sacerdotes de Ashera. En pocos días estarán en Eureka, luego San Francisco, después Los Ángeles: un vínculo flotante con tierra firme, que enlaza las operaciones de los ortos en la Almadía con el punto más cercano del continente.

Deja de lado la Almadía y recorre con la vista el océano hasta Port Sherman para hacer un pequeño reconocimiento.

Junto a la línea de playa hay un semicírculo de moteles baratos con logos amarillos. Hiro los estudia en busca de nombres rusos.

Fácil. Hay un Spectrum 2000 justo en mitad del puerto. Como el nombre indica, cada uno de ellos dispone de una amplia gama de habitaciones, desde habitáculos mínimos en el vestíbulo hasta suites de lujo en el ático. Y muchas habitaciones están ocupadas por un grupo de personas con nombres acabados en off, ovski y otras delatoras terminaciones eslavas. La tropa duerme en el vestíbulo, echada en habitáculos rectos y estrechos, junto a sus AK-47, y los sacerdotes y generales ocupan hermosas habitaciones más arriba. Hiro se pregunta durante un instante qué hará un sacerdote pentecostal ruso con una cama masajeadora.

La suite del último piso está alquilada por un caballero llamado Gurov. El señor KGB en persona. Demasiado blandengue para vivir en la Almadía, parece.

¿Cómo habrá llegado de la Almadía a Port Sherman? Para cruzar unos cuantos centenares de kilómetros del Pacífico Norte tiene que tratarse de un barco de buen tamaño.

En Port Sherman hay media docena de puertos deportivos. En esos momentos, están abarrotados en su mayor parte de pequeñas barcas marrones. Se asemeja a lo que ocurre tras un tifón, cuando centenares de kilómetros cuadrados de océano quedan limpios de sampanes que ter-

minan apilados contra el sitio sólido más cercano; pero hay un poco más de organización.

Los refus ya están llegando a la costa. Si son listos, y agresivos, sabrán que desde aquí pueden ir andando hasta California.

Eso explica por qué los atracaderos están atascados de barquitos cutres. Pero uno de ellos aún parece un puerto privado. Tiene una docena o así de limpios bajeles blancos, pulcramente alineados en sus muelles; nada de chusma. Y la resolución de la imagen es lo bastante buena para que Hiro pueda ver el muelle moteado de pequeñas rosquillas: probablemente círculos de sacos de arena. Será la única forma de mantener privado un amarre privado cuando la Almadía revolotee por la costa.

Los números, banderas y otros atributos identificativos son más difíciles de distinguir. El satélite tiene dificultades para captar esos detalles.

Hiro comprueba si la CCI tiene un cazadatos en Port Sherman. Tiene que tenerlo, porque la Almadía está ahí y la CCI pretende hacer un gran negocio vendiendo datos sobre la Almadía a los muchos y ansiosos propietarios de terrenos a pie de playa entre Skagway y Tierra de Fuego.

Así es, por supuesto. Tienen unas cuantas personas en Port Sherman recogiendo información actualizada. Y uno de ellos es un infiltrado con una videocámara que va por ahí grabándolo todo.

Hiro revisa el material del tipo a velocidad rápida. Casi todo está grabado desde la ventana del hotel del cazadatos: horas y horas de cobertura del flujo de barquitas marrones afanándose por llegar al puerto, amarrándose al borde de la mini Almadía que se está formando en Port Sherman.

Pero hay algo parecido a organización; unos polis acuáticos aparentemente autodesignados zumban de aquí para allá en una lancha motora, apuntando a la gente con armas de fuego y gritando por un megáfono. Eso explica por qué, por muy enmarañado que sea el revoltijo del puerto, siempre hay un carril libre en mitad del fiordo, que conduce hasta el mar abierto. Y el extremo de ese carril despejado es el lindo atracadero donde esperan los barcos grandes.

En él hay dos grandes navios. Uno es un gran barco pesquero que luce una bandera con el emblema de los ortos, que es una simple cruz y una llama. Obviamente procede del saqueo de la RPKK; el nombre escrito en la popa es REINA DE KODIAK, y los ortos no se han molestado en cambiarlo. El otro buque es un pequeño trasatlántico, fabricado para llevar

cómodamente a los ricos a sitios agradables. Lleva una bandera verde y parece tener algún vínculo con el Gran Hong Kong de Mr. Lee.

Hiro escarba un poco más en las calles de Port Sherman y descubre que hay un fransulado bastante grande del Gran Hong Kong de Mr. Lee. Está fabricado en el típico estilo de Hong Kong, un ramillete de pequeños edificios y habitáculos por toda la ciudad. Pero un ramillete denso, tanto que Hong Kong tiene aquí varios empleados, entre ellos un procónsul. Hiro accede a la fotografía del tipo para poder reconocerlo: un caballero chinoamericano de unos cincuenta años, de aspecto avejentado. Así que no se trata de un fransulado sin personal como los que normalmente se ven en los estados continentales.

43 T.A. en la Almadía

Cuando T.A. despertó, aún con el mono de RadiKS, estaba momificada en cinta aislante y yacía en el suelo de una vieja y destartalada furgoneta Ford en medio de ninguna parte. Eso no mejoró su estado de ánimo. El aturdidor le había dejado una persistente hemorragia nasal y un eterno palpitar en la cabeza, y cada vez que la furgoneta pisaba un bache la cabeza le rebotaba contra el suelo de acero corrugado. Primero se cabreó. Después empezó a tener breves ataques de miedo; quería irse a casa. Tras ocho horas en la parte trasera de la furgoneta, ya no le cabía ninguna duda de que quería irse a casa. Lo único que la impedía claudicar era la curiosidad. Por lo que podía ver desde su puesto de observación, que no era especialmente bueno, esto no parecía una operación Fed.

La furgoneta salió de la autopista, a una carretera de servicio, y de ahí a un aparcamiento. Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron, y un par de mujeres subieron a ella. A través de la puerta abierta T.A. podía ver el arco gótico del logo de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne.

—Oh, pobrecilla —dijo una de las mujeres. La otra simplemente contuvo el aliento a la vista de su estado. Una de ellas acunó su cabeza y le acarició el pelo, dejándola dar tragos de refresco azucarado de una taza, mientras la otra retiraba tierna y lentamente la cinta aislante.

Cuando despertó en la furgoneta ya le habían quitado los zapatos, y nadie le ofreció otro par. Y la habían despojado de todo lo que llevaba en el mono. Todas las cosas interesantes habían desaparecido. Pero no habían buscado bajo el mono. Aún tenía las chapas de identificación. Y otra cosa, algo entre sus piernas denominado dentata. Era imposible que lo hubiesen encontrado.

T.A. siempre ha sospechado que las chapas de identificación son falsas. Tío Enzo no va por ahí regalando sus recuerdos de guerra a niñas de quince años. Pero quizá impresionen a alguien.

Las dos mujeres se llaman María y Bonnie. Están todo el rato con ella. No sólo con ella, sino tocándola. Montones de abrazos, achuchones, apretones de mano y caricias en el pelo. La primera vez que va al baño, Bonnie la acompaña, le abre la puerta del compartimiento y se queda con ella. T.A. piensa que a Bonnie le preocupa que pueda desmayarse en el baño, o algo así. Pero la siguiente vez que va a mear, María va con ella. No tiene intimidad en absoluto.

El único problema es que no puede negar que en cierto modo le gusta. El viaje en furgoneta la ha afectado. Mucho. No se había sentido tan sola en toda su vida. Y ahora está, descalza e indefensa, en un lugar desconocido, y le están dando lo que necesita.

Tras darle unos minutos para refrescarse, sea eso lo que sea, en las Puertas Perladas del Reverendo Wayne, María, Bonnie y ella subieron a una gran furgoneta alargada sin ventanas. El suelo tenía moqueta, pero no había asientos, todo el mundo se sentaba en el suelo. Cuando abrieron la puerta trasera, la furgoneta estaba abarrotada. Había veinte personas dentro, todos jóvenes energéticos y sonrientes. T.A. se encogió, apartándose de ellos y retrocediendo hacia María y Bonnie; pero la gente de la furgoneta emitió un rugido alegre, con un resplandor de dientes blancos en la penumbra, y comenzó a arrinconarse para dejarles sitio.

Estuvo casi los dos días siguientes en la furgoneta, emparedada entre María y Bonnie, con las manos en las de ellas, de forma que no podía ni sonarse la nariz sin pedir permiso. Cantaron canciones alegres hasta que su cerebro se hizo papilla. Jugaron a juegos absurdos.

Un par de veces cada hora, alguno de los ocupantes de la furgoneta se ponía a balbucear, como los falábalas. Como la gente de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne. El balbuceo se extendía por la fur-

goneta como una enfermedad contagiosa, y pronto estaban todos haciéndolo.

Todos excepto T.A. No acababa de pillarle el truco. Le parecía ridículamente estúpido, así que lo simulaba.

Tres veces al día tenían oportunidad de comer y excretar. Siempre en barclaves. T.A. sentía cómo abandonaban la interestatal, se abrían camino por los patios, senderos, anfiteatros y retorcidas callejas de las urbanizaciones. Luego se abría automáticamente una puerta de garaje, la furgoneta entraba y la puerta se cerraba tras ellos. Entraban en una casa de barrio, pero despojada de mobiliario y otros toques familiares, y se sentaban en el suelo de los vacíos dormitorios (uno para los chicos, otro para las chicas) a comer bizcocho y galletas. Esto ocurría siempre en una habitación vacía, aunque la decoración era siempre distinta: en un sitio, papel pintado floreado de estilo campestre y un persistente olor a flores rancias. En otro, papel pintado azulado con jugadores de hockey, de fútbol americano, de béisbol. En otro, simples paredes blancas con viejas marcas de lápiz. Al sentarse en esas habitaciones vacías, T.A. miraba las marcas que habían dejado los muebles en el suelo, las muescas en el yeso, y rumiaba sobre ellas, como un arqueólogo haciendo conjeturas acerca de las familias que habían vivido allí. Pero hacia el final del viaje ya no prestaba atención.

En la furgoneta no podía oír nada excepto canciones y salmos, ni ver nada excepto las caras apretujadas de acompañantes. Cuando se detenían a repostar combustible, lo hacían en gigantescas paradas para camiones en mitad de ninguna parte. Y jamás interrumpían el viaje. Simplemente hacían turnos entre varios conductores.

Por último llegaron a la costa. T.A. podía olerlo. Permanecieron unos minutos a la espera, con el motor en marcha, y luego la furgoneta brincó sobre algún tipo de umbral, ascendió unas cuantas rampas y se detuvo poniendo el freno de mano. El conductor salió y los dejó solos en la furgoneta por primera vez. T.A. se alegraba de que hubiese terminado el viaje.

Entonces todo empezó a retumbar, como el ruido de un motor, pero mucho más fuerte. T.A. no captó movimiento alguno hasta varios minutos más tarde, cuando comprendió que todo se sacudía suavemente. La furgoneta estaba aparcada en un barco, y el barco se dirigía a mar abierto.

Es un auténtico barco de altura. Un barco viejo, cochambroso, oxidado, que probablemente costó unos cinco pavos en el desguace. Pero puede transportar coches y surcar las aguas sin hundirse.

El barco es como la furgoneta, sólo que más grande, con más gente. Pero comen lo mismo, cantan las mismas canciones y duermen tan poco como siempre. A estas alturas T.A. lo encuentra enfermizamente reconfortante. Sabe que está con mucha más gente como ella, y que se halla a salvo. Conoce la rutina. Sabe cuál es su lugar.

Y así, finalmente, llegan a la Almadía. Nadie le ha dicho a T.A. que sea allí adonde se dirigen, pero a estas alturas ya es evidente. Debería estar asustada. Pero no irían a la Almadía si fuese tan malo como todo el mundo dice.

Cuando empieza a hacerse visible, T.A. medio espera que se le echen encima con cinta aislante. Pero luego comprende que no es necesario. No les ha causado problemas. La han aceptado, confían en ella. Eso la hace sentir orgullosa, en cierto modo.

Y no va a causar problemas en la Almadía porque allí lo único que puede hacer es huir de su área a la Almadía en sí. La buena. La auténtica Almadía. La Almadía de un centenar de películas hongkonesas de serie B y cómics japoneses empapados de sangre. No hace falta mucha imaginación para hacerse a la idea de lo que les pasa a las niñas rubias americanas de quince años solas en la Almadía, y esa gente lo sabe.

Algunas veces se preocupa por su madre; después se pone seria y piensa que quizá todo esto sea bueno para ella, la sacuda un poquito. Lo necesita. Cuando papá se marchó, se replegó en sí misma como un pájaro de origami arrojado al fuego.

Hay una especie de nube externa de pequeñas barcas que rodea la Almadía hasta una distancia de unos kilómetros. Casi todas son barcas de pesca. En algunas hay hombres con armas de fuego, pero no buscan problemas con el transbordador. Éste vira a través de esa zona exterior, realizando un amplio giro, para dirigirse finalmente hacia un barrio blanco que hay a un lado de la Almadía. Blanco en sentido literal. Todos los barcos son aquí limpios y nuevos. Hay un par de grandes barcos oxidados con letras rusas en el costado; el transbordador se sitúa junto a uno de ellos y se lanzan amarras, seguidas de redes, pasarelas, telarañas de neumáticos viejos.

Esto de la Almadía no parece un buen terreno para patinar.

Se pregunta si habrá algún otro patinador a bordo del transbordador. No parece probable. La verdad es que esta gente no es su tipo en absoluto. Ella siempre ha sido un sucio perro vagabundo de las autopistas, no una de esas personas alegres y cantarínas. Quizá la Almadía sea el sitio que le conviene.

La llevan a uno de los barcos rusos y le dan el peor trabajo imaginable: cortar pescado. Ella no quiere un trabajo, ni lo ha pedido, y aun así se lo dan. Pero como nadie le habla, ni le explica nada, es renuente a preguntar. Acaba de enfrentarse a un fuerte choque cultural, porque casi todas las personas de este barco son viejas y gordas y rusas y no hablan inglés.

Durante un par de días pasa el rato dormitando en el trabajo, despertando por los pellizcos de las fornidas rusas que trabajan ahí. También come un poco. Parte del pescado que pasa por ahí parece bastante pasado, pero hay una cantidad considerable de salmón. Lo sabe porque ha comido sushi en el centro comercial: el salmón es esa cosa rojoanaranjada. Así que se prepara un poco de sushi, engulle algo de salmón fresco, y está bueno. Le despeja un poco la cabeza.

Una vez supera el shock y se adapta a una rutina, comienza a mirar a su alrededor, observando a las otras damas que cortan pescado, y comprende que para el noventa y nueve por ciento de la gente del planeta la vida debe de ser así. Estás en algún sitio. Hay gente a tu alrededor que no te entiende y a quien tú no entiendes, pero aun así la gente balbucea un montón de cosas absurdas. Para permanecer vivo tienes que estar todo el día, todos los días, haciendo un trabajo estúpido y sin sentido. Y la única forma de salirte de ello es abandonar, aflojar la cuerda, lanzarte a la aventura, zambullirte en el perverso mundo, donde desaparecerás y jamás se volverá a saber de tí.

A T.A. no se le da demasiado bien cortar pescado. Las grandes y fornidas babushkas rusas, de rostros toscos y movimientos pesados, no dejan de reñirla. Revolotean a su alrededor, observando su forma de cortar pescado con una expresión como si no pudiesen creer lo estúpida que es. Luego intentan enseñarle cómo hacerlo, pero aun así no se le da bien. Es difícil, y siempre tiene las manos frías y rígidas.

Tras un par de frustrantes días, le dan un nuevo trabajo, más abajo en la línea de producción: la convierten en camarera. Como una de las llenaplatos del restaurante del instituto. Trabaja en la cocina de uno de los grandes barcos rusos, transportando tinas de guiso de pescado,

sirviéndolo en cuencos, tendiéndoselo a través del mostrador a una inacabable fila compuesta de fanáticos religiosos, fanáticos religiosos y más fanáticos religiosos. Excepto que ahora parece haber más asiáticos y casi ningún americano.

También los hay de una nueva clase: gente a la que le salen antenas de la cabeza. Las antenas son como las de los walki talkis de los polis: protuberancias cortas y romas de goma negra. Se elevan por detrás de las orejas. La primera vez que ve a una de esas personas piensa que debe de ser un nuevo tipo de walkman, y siente ganas de preguntarle de dónde lo ha sacado y qué está oyendo. Pero es un tipo muy extraño, mucho más que los otros, con la mirada permanentemente perdida y que masculla incoherencias para sí, y le da tanto repelús que simplemente le sirve una dosis extragrande de guiso y lo apremia para que siga avanzando.

Alguna que otra vez reconoce a alguien que estuvo con ella en la furgoneta. Pero no parecen reconocerla; tan sólo la miran como si no la vieran, con ojos vidriosos. Como si les hubiesen lavado el cerebro.

Como si a T.A. le hubiesen lavado el cerebro.

No puede creerse que haya tardado tanto en darse cuenta de lo que le estaban haciendo. Y eso aún la cabrea más.

44 Port Sherman en guerra

En la Realidad, Port Sherman es una ciudad sorprendentemente pequeña, apenas unos cuantos bloques cuadrados. Hasta que llegó la Almadía tenía una población residente de un par de miles de personas. Ahora deben de ser casi cincuenta mil. Hiro tiene que reducir un poco porque por el momento los refus duermen en la calle, entorpeciendo el tráfico.

Estupendo, eso le salva la vida, porque poco después de entrar en Port Sherman las ruedas de su motocicleta se bloquean, los radios se quedan rígidos, y el viaje se vuelve un poco movido. Un instante después la moto muere por completo, convirtiéndose en un bloque de

metal inerte. Ni siquiera funciona el motor. Mira la pantalla sobre el depósito de gasolina en busca de un informe de situación, pero sólo muestra nieve. La bios se ha colgado. Ashera ha poseído su moto.

Así que la abandona en medio de la calle y echa a caminar hacia la costa. Tras de sí oye despertar a los refus, que se arrastran fuera de sus mantas y sacos de dormir, y se echan sobre la moto caída intentando ser los primeros en apropiarse de ella.

Nota un golpeteo sordo en el pecho, y durante un momento se acuerda de la moto de Cuervo en L.A., cómo la sintió antes de oírla. Pero allí no hay motos. El sonido llega desde arriba. Un chopper. De los de verdad, de los que vuelan.

Hiro está tan cerca de la playa que puede oler las algas en putrefacción. Dobla una esquina y se encuentra con que está en la calle a pie de playa, justo delante de un Spectrum 2000. Al otro lado hay agua.

El helicóptero viene por el fiordo, siguiéndolo tierra adentro desde mar abierto, en dirección al Spectrum 2000. Es pequeño, un aparato ligero con mucho vidrio. Hiro ve cruces pintadas por todas partes, donde antes había estrellas rojas. A la fría luz azul de la madrugada es brillante y cegador porque derrama un rastro de estrellas, bengalas blanquiazules de magnesio que caen de él cada pocos segundos y aterrizan en el agua, donde siguen ardiendo, dejando un sendero astral que recorre el puerto. Su objetivo no es quedar bonitas, sino confundir a los misiles buscadores de calor.

Desde su posición no puede ver el techo del hotel, porque está justo enfrente de él. Pero tiene la sensación de que Gurov debe de estar ahí, en el techo del edificio más alto de Port Sherman, esperando una evacuación de madrugada que lo lleve lejos, a través del cielo de porcelana, que lo aleje de la Almadía.

Pregunta: ¿por qué lo evacúan? ¿Y por qué les preocupan los misiles buscadores de calor? Hiro comprende, con retraso, que pasa algo gordo.

Si aún tuviese la moto podría subir por la escalera de incendios y averiguar qué está pasando. Pero no la tiene.

Un estallido grave suena en el techo del edificio que hay a su derecha. Es un edificio viejo, una estructura de los primeros pioneros, de hace un centenar de años. Las rodillas de Hiro se doblan, se le abre la boca y encoge los hombros involuntariamente; se vuelve hacia el sonido. Y sus ojos captan algo, algo pequeño y oscuro, que se aleja con rapidez del edificio, ascendiendo en el aire como un gorrión. Pero cuando está a

un centenar de metros sobre el agua, el gorrión echa a arder, escupe una gran nube de pegajoso humo amarillo, se convierte en una bola de fuego blanca y sale disparado hacia adelante. Acelera más y más, cruzando el centro del puerto, hasta que atraviesa el pequeño helicóptero, entrando por el parabrisas y saliendo por detrás. El helicóptero estalla en una nube de llamas que derrama oscuros fragmentos de chatarra, como un fénix que saliese de su cascarón.

Parece que Hiro no es el único que odia a Gurov en esta ciudad. Ahora éste va a tener que bajar las escaleras y embarcarse.

El vestíbulo del Spectrum 2000 es un campamento militar, lleno de barbudos armados. Aún están montando sus defensas; muchos soldados salen de los cubículos donde duermen, poniéndose la ropa y agarrando sus armas. Un tipo moreno, probablemente un sargento tártaro procedente del Ejército Rojo, corre por el vestíbulo enfundado en una variante del uniforme de los marines soviéticos, gritándole a la gente, empujándola hacia aquí y hacia allá.

Quizá Gurov sea un hombre santo, pero no puede caminar sobre el agua. Tendrá que llegar a la costa, recorrer dos bloques hasta la puerta de acceso al muelle vigilado y subirse a bordo del Reina de Kodiak, que lo espera; en el barco comienzan a encenderse las luces y sus chimeneas tosen un humo negro. En el mismo muelle, un poco más abajo que el Reina de Kodiak, está el Kowloon, el navio del Gran Hong Kong de Mr. Lee.

Hiro da la espalda al Spectrum 2000 y echa a correr arriba y abajo por las calles del puerto, mirando los logos hasta que halla el que buscaba: El Gran Hong Kong de Mr. Lee.

No quieren dejarle entrar. Muestra el pasaporte; las puertas se abren. El guardia es chino pero habla un poco de inglés. Eso es una medida de cuan extrañas son las cosas en Port Sherman: tienen un guardia en la puerta. Normalmente el Gran Hong Kong de Mr. Lee es un país abierto, siempre en busca de nuevos ciudadanos, aun los más pobres de los refus.

—Lo siento —dice el guardia con una voz aguda y cargada de hipocresía—, no sabía...

—Señala el pasaporte de Hiro.

El fransulado es, literalmente, un soplo de aire fresco. No tiene esa atmósfera tercermundista, ni huele en absoluto a orina. Eso significa que debe de ser el cuartel general local o algo parecido, porque es

probable que muchos de los terrenos de Hong Kong en Port Sherman no consistan más que en un vestíbulo con un pistolero que vigila un teléfono público. Pero esto es espacioso, limpio y agradable. Unos cuantos cientos de refus lo miran a través de las ventanas, mantenidos en su sitio no por el simple vidrio sino por la elocuente promesa de las tres madrigueras de Criaturas Ratas alineadas contra un muro. A juzgar por su aspecto, dos de ellas acaban de ser trasladadas recientemente. Sale a cuenta aumentar la seguridad cuando la Almadía se acerca.

Hiro se acerca al mostrador. Hay un hombre hablando por teléfono en cantonés, es decir, a todos los efectos gritando. Hiro comprende que es el procónsul de Port Sherman. Está muy metido en su conversación, pero sin duda alguna ha reparado en las espadas de Hiro y lo observa con cautela.

—Estamos muy ocupados —dice el hombre, colgando.

—Ahora mucho más —dice Hiro—. Quiero contratar los servicios de su barco, el Kawloon.

—Es muy caro —dice el hombre.

—Acabo de dejar tirada una motocicleta de última generación recién estrenada en mitad de la calle porque no me apetecía arrastrarla media manzana hasta un garaje — dice Hiro—. No se imaginaría mi cuenta de gastos ni en sueños.

—Está averiado.

—Aprecio su cortesía por no querer decir directamente que no, pero de hecho sé que no está averiado, y por tanto debo considerar su negativa como un no.

—No está disponible —dice el hombre—. Lo va a usar otra persona.

—Aún no ha dejado el muelle —replica Hiro—, así que puede cancelar ese compromiso mediante una de las excusas que acaba de darme a mí, y yo le pagaré más dinero.

—No podemos hacer eso —dice el hombre.

—Entonces saldré a la calle e informaré a los refus de que el Kowloon zarpará rumbo a Los Ángeles dentro de una hora exactamente, y que tienen sitio para llevar a los veinte primeros refus que se presenten.

—No —dice el hombre.

—Les diré que pregunten por usted.

—¿Adonde quiere ir con el Kowloonc? —pregunta el hombre.

—A la Almadía.

—Ah, bueno. ¿Por qué no lo ha dicho antes? —dice el hombre—. Ahí es donde se dirige el otro pasajero.

—¿Tiene alguien más que quiere ir a la Almadía?

—Sí, eso he dicho. Su pasaporte, por favor.

Hiro se lo entrega. El hombre lo empuja por una ranura. El nombre de Hiro, sus datos personales y su foto policial son transferidos digitalmente a la bios del fransulado, y tras una dosis de aporreo de teclas la convence para que escupa una tarjeta de identificación plastificada con su foto impresa.

—Con esto podrá entrar en el muelle —dice el hombre—. Es válida por seis horas. Usted se pone de acuerdo con el otro pasajero. Y no quiero volver a verlo.

—¿Y si necesito más servicios consulares?

—Puedo salir ahí fuera —dice el hombre—, y contarle a la gente que un negro con espadas está violando refugiadas chinas.

—Umm. Éste no es el mejor servicio que me hayan prestado en el Gran Hong Kong de Mr. Lee.

—Ésta no es una situación normal —dice el tipo—. Mire por las ventanas, imbécil.

En el puerto no parece haber cambiado mucho la situación. Los ortos han organizado su defensa en el vestíbulo del Spectrum 2000: le han dado la vuelta a los muebles y han montado barricadas. Dentro del hotel, supone Hiro, debe de haber una furiosa actividad.

Aún no está claro contra qué se están protegiendo los ortos. Al acercase a la zona del puerto Hiro no ve nada especial, tan sólo más refus chinos vestidos con ropa holgada. Sólo que algunos parecen estar más alerta que otros. Tienen una actitud totalmente distinta. La mayoría de los chinos tienen la mirada clavada en el suelo frente a sus pies, y la cabeza en otra parte. Pero algunos caminan calle arriba y calle abajo, mirando a su alrededor, alerta, y en la mayoría de casos se trata de hombres jóvenes con cazadoras abultadas. Y cortes de pelo de un universo estilístico distinto del que lucen los otros. Incluso se detectan rastros del uso de gomina.

La entrada del muelle de los ricos tiene sacos de arena, alambre de púas y guardias. Hiro se aproxima con lentitud, las manos a la vista, y muestra el pase al guardia jefe, que es la única persona blanca que Hiro ha visto en Port Sherman y con eso logra llegar al muelle. Así de fácil. Al igual que el fransulado de Hong Kong, está vacío y silencioso, y no

apesta. Se mece suavemente con la marea, de un modo que a Hiro le resulta relajante. En realidad es tan sólo una sucesión de plataformas flotantes, tablas colocadas sobre fragmentos de poliestireno, y de no estar custodiado probablemente acabaría arrancado y amarrado a la Almadía.

A diferencia de un puerto deportivo, no está vacío y aislado. Normalmente la gente amarra los barcos, les echa el cerrojo y se marcha. Aquí hay al menos una persona junto a cada barco, bebiendo café, con las armas a la vista, mirando fijamente a Hiro mientras éste recorre el muelle. Cada pocos segundos retumban pasos en el muelle, y uno o dos rusos pasan junto a Hiro en dirección al Reina de Kodiak. Todos son jóvenes y de tipo marinero/soldado, y se zambullen en el Reina de Kodiak como si fuese el último barco del Infierno, recibidos a gritos por sus oficiales, corriendo hacia sus puestos, atendiendo frenéticamente a sus tareas de marineros.

En el Kowloon las cosas están mucho más calmadas. También tiene guardias, pero casi todos sus ocupantes parecen camareros y sobrecargos, con vistosos uniformes de botones de latón y guantes blancos. Uniformes diseñados para usarse bajo techo, en los apacibles comedores con aire acondicionado. Unos cuantos tripulantes son visibles aquí y allá, con el pelo negro echado hacia atrás, ataviados con impermeables negros para protegerse del frío y de las salpicaduras. Hiro sólo distingue un hombre con aspecto de pasajero en el Kowloon: un blanco alto y estilizado con traje negro, que va de un lado a otro hablando por un teléfono móvil. Probablemente algún imbécil de la Industria que quiere hacer un crucero de un día, y echarles un vistazo a los refus de la Almadía desde el comedor degustando una comida de gourmet.

Hiro ha recorrido más o menos medio muelle cuando en la costa, frente al Spectrum 2000, se desata el infierno. Comienza con una larga serie de ráfagas de ametralladora, que no parecen hacer mucho daño pero despejan la calle francamente deprisa. El noventa y nueve por ciento de los refus simplemente se evapora. Los otros, los jóvenes que Hiro vio antes, extraen de sus chaquetas interesantes armas high-tech y desaparecen en portales y edificios. Hiro acelera un poco, descendiendo el muelle de espaldas y tratando de poner alguno de los grandes barcos entre él y la acción para que no lo alcance una ráfaga perdida.

Del agua procede una fresca brisa que barre el muelle. Al pasar junto al Kowloon, Hiro percibe un olor a beicon frito y café caliente, y no

puede evitar meditar en el hecho de que su última comida fue media jarra de cerveza barata en una Espita de Kelley de un Soba y Sigue.

La escena frente al Spectrum 2000 ha evolucionado para convertirse en un rugido generalizado de ruido blanco increíblemente estrepitoso, ya que todas las personas tanto dentro como fuera del hotel disparan sus armas a un lado y otro de la calle.

Algo le roza el hombro. Hiro se gira para sacudírselo y se encuentra frente a una menuda camarera china que ha descendido al muelle desde el Kowloon. Tras haber conseguido atraer su atención, vuelve a poner las manos donde las tenía originalmente, es decir, tapándose los oídos.

—¿Es usted Hiro Protagonist? —dicen sus labios, ya que su voz es inaudible con el ruido del tiroteo.

Hiro asiente. Ella hace también una inclinación de cabeza, se aparta un paso de él y señala con un gesto hacia el Kowloon. Con las manos en los oídos, parece un paso de una danza tradicional.

Hiro la sigue por el muelle. Quizá vayan a dejarle alquilar el Kowloon después de todo.

Ella lo conduce por la pasarela de aluminio.

Al cruzarla, Hiro mira hacia una de las cubiertas superiores, donde un par de miembros de la tripulación esperan enfundados en sus impermeables oscuros. Uno se apoya contra una barandilla, observando el tiroteo con prismáticos. Otro, más maduro, se le aproxima, se inclina para mirarle la espalda y le da un par de palmadas entre los omoplatos.

El tipo suelta los binoculares para ver quien le golpea en la espalda. Sus ojos no son chinos. El tipo más maduro le dice algo, hace un gesto señalándose la garganta. Tampoco es chino.

El tipo de los prismáticos asiente, alza una mano y pulsa un conmutador que lleva en la solapa. Cuando vuelve a girarse, una palabra está escrita en su espalda con electropigmento verde neón: MAFIA.

El tipo más maduro se gira; su impermeable lleva escrita la misma inscripción.

Hiro da la vuelta en medio de la pasarela. A la vista, a su alrededor, hay veinte tripulantes. De repente, en los impermeables de todos ellos pone MAFIA. De repente, todos están armados.

45 huevos revueltos al desayuno

—Había pensado contactar con el Gran Hong Kong de Mr. Lee y presentar una queja respecto de su procónsul aquí en Port Sherman —bromea Hiro—. Esta mañana, cuando insistí en alquilar este barco quitándoselo a ustedes, fue muy poco cooperativo.

Hiro está sentado en el comedor de primera clase del Kowloon. Al otro lado del mantel de lino blanco está el hombre que esta mañana Hiro tomó por un tipo de la Industria de vacaciones. Viste un impecable traje negro, y tiene un ojo de cristal. No se ha molestado en presentarse, como si esperara que Hiro supiese quién es.

Al hombre no parece divertirle mucho la historia de Hiro. Está más bien confuso.

—¿Y? —dice.

—Que ahora ya no veo razón para presentar una queja —dice Hiro.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque ahora comprendo su poco interés en disgustarlos a ustedes.

—¿Por qué? Tiene usted dinero, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—¡Ah! —dice el hombre del ojo de cristal, y se permite una sonrisa forzada—. Se refiere a que somos la Mafia.

—Sí —dice Hiro, sintiéndose sonrojar. No hay nada como hacerte quedar a ti mismo como un gilipollas. Nada en el mundo, no señor.

En el exterior, la batalla a tiros no es más que un rugido apagado. El comedor está aislado del ruido, del agua, del viento y del plomo caliente por una capa doble de vidrio notablemente grueso, y el espacio entre ambas hojas está relleno de algo frío y gelatinoso. El rugido no parece tan constante como antes.

—Putas ametralladoras —dice el hombre—. Las odio. Quizá una de cada mil balas llegue a dar a algo a lo que merezca la pena dar. Y me destrozan los oídos. ¿Quiere un café o algo?

—Sería estupendo.

—Pronto nos servirán un buen desayuno. Beicon, huevos, fruta... Increíble.

El tipo que Hiro vio antes dándole palmadas en la espalda al Hombre de los Prismáticos asoma la cabeza al interior de la sala.

—Perdóneme, jefe, pero está a punto de empezar la, digamos, tercera fase de nuestra operación. Creí que querría saberlo.

—Gracias, Livio. Avísame cuando los truanes lleguen al muelle. —El tipo sorbe café, y se da cuenta de la mirada confundida de Hiro—. Verá, tenemos un plan, y el plan está dividido en varias fases.

—Sí, eso ya lo he pillado.

—La primera fase era la inmovilización. Derribar su helicóptero. Luego venía la Fase Dos, que era hacerles creer que intentábamos matarlos en el hotel. Creo que esa fase ha tenido mucho éxito.

—Sí, yo también lo creo.

—Gracias. Otra parte importante de esa fase era conseguir que usted moviese el culo hasta aquí, cosa que también está cumplida.

—¿Yo soy parte del plan?

—Si no formase usted parte de este plan —dice el hombre del ojo de cristal, sonriendo con aire divertido—, ya estaría muerto.

—¿Así que sabían que venía a Port Sherman?

—¿Se acuerda de esa chavala, T.A.? ¿La que ha usado para espiarnos?

—Claro. —No tiene sentido negarlo.

—Pues nosotros la hemos usado para espiarlo a usted.

—¿Por qué? ¿Por qué diablos les importo yo?

—Eso sería un tema tangencial a nuestra conversación, que trata sobre las fases del plan.

—De acuerdo. Hemos acabado con la Fase Dos.

—Ahora, en la Fase Tres, que está en marcha, les permitimos creer que están realizando una increíble y heroica huida calle abajo, hasta el muelle.

—¡Fase Cuatro! —grita Livio, el lugarteniente.

—Scusí —dice el hombre del ojo de cristal, deslizando su silla hacia atrás y plegando la servilleta sobre la mesa. Se levanta y sale del comedor. Hiro lo sigue a la cubierta.

Un par de docenas de rusos intentan abrirse camino por la fuerza al muelle a través de la entrada. Sólo pueden pasar unos pocos a la vez, así que terminan desperdigados a lo largo de unas decenas de metros, corriendo hacia la seguridad del Reina de Kodiak.

Pero una docena o así consiguen permanecer agrupados: un grupo de soldados que forman una barrera humana alrededor de otro grupo más pequeño de hombres.

—Peces gordos —dice el hombre del ojo de cristal, sacudiendo la cabeza filosóficamente.

Corren por el muelle como cangrejos, tan agachados como pueden, disparando de vez en cuando una ráfaga de ametralladora de cobertura hacia Port Sherman.

El hombre del ojo de cristal entrecierra los ojos, protegiéndolos de la súbita y fría brisa. Se vuelve hacia Hiro con la sombra de una sonrisa.

—Mire eso —dice, y pulsa un botón de una cajita negra que lleva en la mano.

La explosión es como un único redoble de tambor que proceda de todas partes a la vez. Hiro la siente llegar desde el agua, sacudiéndole los pies. No hay llamas ni grandes nubes de humo, pero sí una especie de geiser gemelo que surge de debajo del Reina de Kodíak, proyectando chorros de agua blanca y caliente como alas que se desplegasen. Las alas caen convertidas en un súbito chaparrón, y de pronto el Reina de Kodiak parece sorprendentemente hundido en el agua. Y cada vez más.

Los hombres que corrían por el muelle se detienen de pronto.

—Ahora —murmura el Hombre de los Prismáticos en su solapa.

A lo largo del muelle hay otras explosiones más pequeñas. El muelle entero se dobla y se retuerce como una serpiente en el agua. Un segmento en particular, aquel en el que están los peces gordos, se balancea y oscila violentamente; de ambos extremos brota humo. Ha sido arrancado del resto del muelle.

Sus ocupantes se caen todos en la misma dirección, ya que el segmento se inclina y comienza a moverse, desplazado fuera de su sitio. Hiro ve el cable de remolque que se eleva fuera del agua con el tirón, extendiéndose sesenta metros hasta una pequeña lancha abierta con un gran motor, que se aleja del puerto.

Aún hay una docena de guardaespaldas en el segmento. Uno comprende la situación, apunta su AK-47 a la lancha que los está remolcando... y pierde los sesos. Hay un francotirador en la cubierta superior del Kowloon.

Los demás guardaespaldas tiran sus armas al agua.

—Es el momento de la Fase Cinco —dice el hombre del ojo de cristal—. El puñetero desayuno.

Para cuando Hiro y él están de vuelta en el comedor, el Kowloon se ha apartado del muelle y está descendiendo el fiordo, siguiendo un rumbo paralelo a la lancha que arrastra el segmento. Mientras comen pueden mirar por la ventana y ver el segmento, a unos cientos de metros, que mantiene la posición respecto a ellos. Los peces gordos y los guardaespaldas están sentados en el suelo, procurando tener el centro de gravedad bajo ya que el segmento corcovea con violencia.

—A medida que nos alejemos más de la costa las olas se harán más grandes —dice el hombre del ojo de cristal—. Odio esta mierda. Lo único que quiero es retener el desayuno el tiempo suficiente para poderle tapar la salida con la comida.

—Amén —dice Livio, amontonando huevos revueltos en su plato.

—¿Van a recoger a esos tipos? —dice Hiro—. ¿O los van a dejar ahí un rato?

—Que se jodan y que se les congele el culo. Así cuando los subamos a bordo estarán listos y no ofrecerán resistencia. Vaya, quizá hasta nos dirijan la palabra.

Todo el mundo parece muy hambriento. Durante un rato se concentran en el desayuno.

Al cabo de unos minutos, el hombre del ojo de cristal rompe el hielo al anunciar lo buena que es la comida, y todos se muestran de acuerdo. Hiro supone que ya se puede hablar.

—Me preguntaba por qué están interesados en mí. —En opinión de Hiro, siempre es bueno saberlo, tratándose de la Mafia.

—Estamos todos en la misma pandilla feliz —dice el hombre del ojo de cristal.

—¿Y qué pandilla es ésa?

—La de Lagos.

—¿Cómo?

—Bueno, no es que sea su pandilla, pero él es el tío que la reunió. El núcleo alrededor del cual se formó.

—¿Cómo y por qué y de qué me está hablando?

—De acuerdo —contesta. Aparta el plato, dobla la servilleta y la pone en la mesa—.Lagos tenía un montón de ideas. Ideas sobre toda clase de cosas.

—Ya me he dado cuenta.

—Tenía registros almacenados en todas partes, sobre toda clase de cosas. Registros en los que ponía información de todo tipo y que trataba de

relacionar. Tenía esas cosas escondidas en el Metaverso, aquí y allá, esperando a que la información resultase útil.

—¿Más de una? —dice Hiro.

—En teoría, sí. Bien, hace unos años, Lagos se puso en contacto con L. Bob Rife.

—¿En serio?

—Sí. Verá, Rife tiene un millón de programadores trabajando para él. Estaba paranoico con la idea de que le robaban sus datos.

—Sé que les ponía micrófonos y todo eso.

—La razón por la que lo sabe es que lo encontró entre los datos de Lagos. Y la razón por la que Lagos se molestó en buscarlo es porque estaba haciendo un estudio de mercado. Buscaba a alguien que le pagase un buen dinero por las cosas que había desenterrado en los registros de Babel/Infocalipsis.

—Pensó —dice Hiro— que L. Bob Rife podría darle uso a ciertos virus.

—Correcto. Verá, no comprendo toda esa mierda, pero supongo que encontró un viejo virus o algo así que atacaba a los pensadores de élite.

—Al clero tecnológico —explica Hiro—. Los infócratas. Aniquiló por completo la infocracia de Sumer.

—Eso mismo.

—Es una locura —dice Hiro—. Es como averiguar que los empleados roban bolígrafos y matarlos por ello. No podría usarlo sin destruir la mente de sus programadores.

—En su forma original —dice el hombre del ojo de cristal—. Pero precisamente el asunto es que Lagos quería investigar sobre eso.

—Investigación sobre armamento de información.

—Bingo. Quería aislar esa cosa y modificarla para poder usarla para controlar a los programadores sin volarles los sesos.

—¿Y funcionó?

—¿Quién sabe? Rife le robó la idea a Lagos; le gustó y salió corriendo con ella, así que Lagos no tenía ni idea de cómo la iba a usar Rife. Pero un par de años después empezó a ver cosas que lo preocuparon.

—Como el crecimiento vertiginoso de las Puertas Perladas del Reverendo Wayne.

—Y esos ruskis con don de lenguas. Y el que Rife estuviese excavando en esa ciudad antigua...

—Eridu.

—Sí, ésa. Y lo de la radioastronomía. Muchas cosas que preocuparon a Lagos, así que comenzó a contactar con gente. Contactó con nosotros. Con esa chica con la que usted salía...

—Juanita.

—Sí; buena chica. Y también se puso en contacto con Mr. Lee. Podría decirse que en este pequeño proyecto ha estado trabajando bastante gente distinta.

46 Desayuno desbaratado

—¿Adonde se han ido? —se sorprende Hiro. Todos están mirando en dirección a la balsa, como si hubiesen notado su desaparición a la vez. Al fin la ven, quinientos metros más atrás, inmóvil en el agua. Los peces gordos y los guardaespaldas están de pie, mirando todos en la misma dirección. La lancha gira para volver a por ellos.

—Deben de haber encontrado un modo de soltar el cable —dice Hiro.

—Lo dudo —dice el hombre del ojo de cristal—. Estaba sujeto al fondo, por debajo del agua; y es un cable de acero, así que es imposible que lo hayan cortado.

Hiro ve balancearse en el agua otra pequeña embarcación, más o menos a medio camino entre los rusos y la lancha que los arrastraba. No es fácil de ver, porque es pequeña, apenas se eleva sobre el agua, y está pintada en apagados colores naturales. Es un kayak de una sola plaza, tripulado por un hombre de pelo largo.

—Mierda —dice Livio—. ¿De dónde coño ha salido ése?

El tripulante del kayak mira brevemente a sus espaldas, leyendo las olas y de repente se gira y comienza a remar con fuerza, acelerando, mirando atrás cada tantos golpes de remos. Se acerca una gran ola, que bate bajo el kayak justo cuando éste iguala su velocidad. El kayak permanece sobre la cresta de la ola y sale disparado hacia adelante como un misil, cabalgando el oleaje, moviéndose ahora al doble de velocidad que cualquier otra cosa que haya en el agua.

Metiendo el remo en la ola, el piloto hace unos cuantos giros bruscos. Luego deja el remo cruzado sobre el kayak, se agacha y recoge un

pequeño objeto oscuro, un tubo de un metro veinte, que se apoya en el hombro.

La lancha y él se cruzan navegando en sentido contrario, separados por un espacio de unos seis metros. De repente, la lancha estalla.

El Kowloon ha dejado la acción unos miles de metros atrás, y ahora vira en el menor espacio posible para un barco de ese tamaño, intentando dar una vuelta de ciento ochenta grados y volver para encargarse de los rusos y, aunque eso resultará algo más difícil, de Cuervo.

Cuervo rema en dirección a sus colegas.

—Menudo gilipollas —se burla Livio—. ¿Qué piensa hacer, remolcarlos con el puto kayak hasta la Almadía?

—Esto no me gusta —dice el hombre del ojo de cristal—. Asegúrate de que haya unos cuantos Stinger preparados. Deben de estar esperando un helicóptero o algo así.

—En el radar no se detectan más barcos —dice otro de los soldados, procedente del puente—. Sólo ellos y nosotros. Tampoco helicópteros.

—Sabe que Cuervo lleva una bomba nuclear, ¿verdad? —dice Hiro.

—Eso he oído, pero en el kayak no hay sitio. Es muy pequeño. Cuesta creer que alguien salga al mar con eso.

Una montaña está haciéndose visible en el mar, una burbuja de aguas negras que no deja de crecer y ensancharse. Muy por detrás de la balsa ha aparecido una torre negra; sobresale verticalmente del agua y un par de alas negras brotan de su cima. La torre sigue haciéndose más alta y las alas están cada vez más lejos del agua, hasta que la montaña se alza por ambos extremos y cobra forma. Estrellas rojas y unos cuantos números, pero nadie tiene que leerlos para saber que es un submarino. Un submarino lanzamisiles.

Se detiene, tan cerca de los rusos y su pequeña balsa que Gurov y sus amigos casi pueden saltar. Cuervo rema hacia ellos, cortando las olas como un cuchillo de vidrio.

—Imbécil —dice el hombre del ojo de cristal, totalmente perplejo—. Imbécil, imbécil, imbécil. Tío Enzo se va a cabrear.

—No había forma de preverlo —dice Livio—. ¿Les disparamos? Antes de que el hombre del ojo de cristal pueda tomar una decisión, un cañón de la cubierta del submarino abre fuego. El primer proyectil no hace blanco en ellos por unos cuantos metros.

—De acuerdo, tenemos una situación en rápida evolución. Hiro, sígame.

La tripulación del Kowloon ya se ha hecho cargo de la situación y apuesta por el submarino. Corren de una barandilla a otra, lanzando al agua grandes cápsulas de fibra de vidrio. Las cápsulas se abren, mostrando pliegues de brillante color naranja que florecen convirtiéndose en botes salvavidas.

En cuanto los artilleros de la cubierta del submarino le pillan el tranquillo al tiro al blanco al Kowloon, la situación comienza a evolucionar aún más deprisa. El Kowloon no se decide entre hundirse, arder o simplemente desintegrarse, así que hace las tres cosas a la vez. Para entonces, la mayor parte de quienes viajaban en él ya se ha abierto camino hasta los botes. Todos se mecen en el agua, abrochándose los chalecos salvavidas de color naranja y sin perder de vista el submarino.

Cuervo es la última persona en entrar en el submarino. Pierde un par de minutos en sacar algo de equipo del kayak: algunas cosas en una bolsa, y una lanza de dos metros y medio con una punta translúcida en forma de hoja. Antes de adentrarse en la escotilla, se vuelve hacia los restos del Kow-loon y sostiene el arpón sobre la cabeza en un gesto tanto de triunfo como de promesa. Luego desaparece. Un par de minutos después, el submarino también ha desaparecido.

—Ese tío me acojona —dice el hombre del ojo de cristal.

47 Cuervo sexy

En cuanto comprende que esa gente es una panda de bichos raros, T.A. comienza a darse cuenta de otras cosas también. Por ejemplo, que nadie la mira jamás a los ojos, y menos los hombres. No hay nada de sexo en esos tíos; ha sido totalmente relegado a lo más profundo de ellos. Es comprensible que no miren a las gordas babushkas, pero T.A. es una chavala americana de quince años, y está acostumbrada a recibir miradas de vez en cuando. Pero aquí no.

Hasta que un día levanta la vista del gran caldero de pescado y se encuentra mirando al pecho de un tío. Y cuando sigue ese pecho hacia arriba hasta el cuello, y luego desde el cuello hasta su rostro, ve que unos ojos negros la están mirando por encima del mostrador.

Tiene algo escrito en la frente: CONTROLA MAL sus IMPULSOS. Resulta un poco aterrador. Y también sexy. Le da una cierta dosis de atractivo romántico que no tiene ninguno de los otros. T.A. pensaba que la Almadía sería siniestra y peligrosa, y ha resultado ser como el sitio donde trabaja su madre. Este tío es la primera persona que ha visto que realmente tiene pinta de pertenecer a la Almadía.

Y él está mirando hacia abajo a su vez. Tiene un estilo increíblemente digno, aunque luce un largo bigote fino que no le va nada a su cara. No resalta bien sus rasgos.

—¿Le apetecen los trozos más asquerosos? ¿Una cabeza o dos? —dice T.A., meneando el cucharón con guasa. Siempre le suelta tonterías a la gente, porque nunca entienden lo que les dice.

—Tomaré cualquier cosa que me ofrezcas —dice el tipo, en inglés con un acento áspero.

—No le ofrezco nada —dice T.A.—, pero si quiere quedarse ahí y mirar, por mí guay.

Él se queda allí parado, mirándola, durante un rato lo bastante largo para que la gente que sigue en la cola se asome de puntillas a ver cuál es el problema. Pero cuando descubren que el problema es ese individuo en concreto vuelven a agacharse a toda prisa, encorvándose, como fundiéndose en la masa de lana con hedor a pescado.

—¿Qué hay hoy de postre? —pregunta el tipo—. ¿Tienes algo dulce para mí?

—No aprobamos los postres —dice T.A.—. Son pecado, ¿recuerda?

—Eso depende de la orientación cultural de cada uno.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es su orientación cultural?

—Soy aleutiano.

—No me suena de nada.

—Eso es porque nos han dado por culo —dice el enorme y temible aleutiano— más que a ningún otro pueblo en la historia.

—Lo lamento —dice T.A.—. Así pues, eh, ¿quiere que le sirva algo de pescado, o prefiere seguir con hambre?

El enorme aleutiano la contempla durante un rato.

—Vamos —dice por fin, señalando a un lado con la cabeza—. Larguémonos de aquí.

—¿Qué? ¿Y abandonar este estupendo trabajo?

—Puedo encontrarte uno mejor —dice él, sonriendo burlonamente.

—Y en ese trabajo, ¿conservaré la ropa puesta?

—Adelante. Nos vamos —dice él, mientras sus ojos la taladran. T.A. intenta no hacer caso de la repentina sensación cálida y tensa entre sus piernas.

Lo sigue a lo largo de la cola de la cafetería, buscando un hueco para poder salir a la zona del comedor. La jefa babushka sale dando pisotones y les grita en una lengua incomprensible.

T.A. se gira para mirar. Siente unas manos grandes que se deslizan por sus costados en dirección a los sobacos, y cierra los brazos para tratar de impedirlo, pero no sirve de nada; las manos siguen subiendo hasta que la alzan en el aire, llevándosela con ellas. El tipo enorme la alza sobre el mostrador como si fuese una niña de tres años y la deposita junto a él.

T.A. se vuelve para observar a la babushka jefa, pero ésta se ha quedado congelada en una mezcla de sorpresa, miedo e indignación sexual. Pero a la postre gana el miedo, desvía los ojos, se gira y va a sustituir a T.A. junto al cazo número nueve.

—Gracias por el paseo —dice T.A. Su voz es un chillido tembloroso y ridículo—. Esto..., ¿no ibas a comer algo?

—De todas formas estaba pensando en salir por ahí —dice él.

—¿Salir por ahí? ¿Y adonde sale uno por ahí en la Almadía?

—Ven. Te lo enseñaré.

La guía a través de corredores y empinadas escalerillas de acero hasta llegar a la cubierta. Es casi el crepúsculo, y la torre de control del Enterprise, dura y negra, resalta contra un cielo de color gris oscuro que se está volviendo negro y lóbrego tan rápidamente que parece ahora más tétrico de lo que será luego, a medianoche. Pero en estos momentos no hay ninguna luz encendida y eso es lo único que se ve, acero negro y cielo grisáceo.

Lo sigue por la cubierta hasta la popa. Desde allí hay una caída de diez metros hasta el agua. Contemplan el próspero y limpio barrio blanco de los rusos, separado de la mugrienta maraña oscura de la propia Almadía por un ancho canal patrullado por soldados armados. No hay ninguna escalerilla ni escala de cuerda, pero sí una gruesa amarra que

cuelga de la barandilla. El enorme aleutiano tira de la soga y se la enrolla bajo un brazo y sobre una pierna con un movimiento rápido. Luego rodea la cintura de T.A. con un brazo, sosteniéndola, se inclina y salta del barco.

T.A. se niega absolutamente a gritar. Siente cómo la cuerda lo frena y cómo su brazo la aprieta tan fuerte que durante un momento la deja sin respiración; y ya está. Queda ahí, colgada, sujeta a su brazo.

T.A., desafiante, ha mantenido los brazos junto al cuerpo. Pero por si acaso se inclina sobre él, le echa los brazos al cuello, le apoya la cabeza en el hombro y se agarra fuerte. Él desciende por la cuerda en rápel, y pronto están en la aséptica y próspera versión rusa de la Almadía.

—A todo esto —pregunta T.A.—, ¿cómo te llamas?

—Dmitri Ravinoff—dice él—. Más conocido como Cuervo. Oh, mierda.

Las conexiones entre las barcas son una maraña imprevisible. Para ir del punto A al punto B hay que dar vueltas por todas partes. Pero Cuervo sabe adonde va. En ocasiones la toma de la mano, pero no tira de ella aunque vaya mucho más despacio que él. De vez en cuando la mira con una sonrisa, como si dijese puedo hacerte daño, pero no lo haré.

Llegan a un sitio en el que el barrio ruso se une al resto de la Almadía mediante un ancho puente de tablas protegido por tipos con Uzis. Cuervo no les hace caso; toma la mano de T.A. y cruza el puente con ella. T.A. apenas tiene tiempo de pensar en las implicaciones de todo eso, y de repente mira a su alrededor, ve a todos esos asiáticos hambrientos que la miran como si fuese una comida opípara, y comprende: Estoy en la Almadía. En la Almadía de verdad.

—Son vietnamitas de Hong Kong —explica Cuervo—. Salieron de Vietnam tras la guerra y llegaron a Hong Kong en botes, así que llevan un par de generaciones viviendo en sampanes. No tengas miedo, no hay ningún peligro para ti.

—No creo que sepa cómo salir de aquí —dice T.A.

—Tranquila —dice él—. Jamás he perdido a una novia.

—¿Alguna vez has tenido novia?

—Antes un montón —dice Cuervo riendo de buena gana—. No tantas en los últimos años.

—¿Ah, sí? ¿Antes? ¿Fue entonces cuando te hiciste ese tatuaje?

—Sí. Soy alcohólico. Siempre me metía en problemas. Hace ocho años que no bebo.

—Entonces, ¿por qué todo el mundo te tiene miedo?

—Ah —dice Cuervo, volviéndose hacia ella con una amplia sonrisa y encogiéndose de hombros—, eso se debe a que soy un asesino increíblemente cruel, eficaz y despiadado, ¿sabes?

T.A. se ríe, y también Cuervo.

—¿En qué trabajas? —pregunta T.A.

—Soy arponero —dice él.

—¿Como en Moby Dick? —A T.A. le atrae la idea. Se leyó ese libro en el colegio. La mayoría de sus compañeros, incluso los empollones, pensaron que el libro era un coñazo total, pero a ella le encantó todo aquello de arponear.

—Bah, comparado conmigo, lo de Moby Dick eran mariconadas.

—¿Y qué arponeas?

—De todo.

A partir de ese momento, ella sólo lo mira a él, o a objetos inanimados, porque de lo contrario no vería nada excepto millares de ojos que la contemplan. En cierto modo, es un gran cambio comparado con hacer de llenaplatos para los oprimidos.

En parte se debe tan sólo a que ella es muy diferente. Pero, por otra parte, en la Almadía no hay intimidad; para ir de un sitio a otro saltas de una barca a la siguiente, pero cada una de ellas da cobijo a unas tres docenas de personas, así que es como si estuvieran todo el rato pasando a través de la sala de estar de otra gente. Y el baño. Y el dormitorio. Es normal que miren.

Cruzan una plataforma improvisada construida con barriles de petróleo. Hay un par de vietnamitas que discuten o regatean por algo que parece una tajada de pescado. El que está vuelto hacia ellos los ve llegar. Sus ojos pasan sobre T.A. sin detenerse, se fijan en Cuervo y se abren de par en par. Da un paso atrás. El tipo con el que estaba hablando y que les da la espalda se vuelve a mirar y literalmente da un salto en el aire, soltando un gruñido de sorpresa. Ambos se apartan del camino de Cuervo.

Y entonces T.A. comprende algo importante: no es en ella en quien se fija toda esa gente. Ni siquiera le echan una segunda mirada. Sólo miran a Cuervo. Y no es cuestión simplemente de que sienta curiosidad por alguien famoso. Todos esos tipos de la Almadía, esos duros y temibles pandilleros del mar, se cagan de miedo al ver a este tío.

Y ella tiene una cita con él.

Y acaba de empezar.

De pronto, al cruzar otro cuarto de estar vietnamita, a T.A. le viene como un flashback la conversación más penosa que haya tenido jamás, un año antes, cuando su madre intentó darle consejos sobre qué hacer si un chico intentaba propasarse con ella. Sí, mami, claro. Sí, lo tendré presente. Sí, lo recordaré. T.A. sabía que esos consejos eran inútiles, y esto demuestra que tenía razón.

48 El bote salvavidas y la moto

Hay cuatro hombres en el bote salvavidas: Hiro Protagonist, cazadatos freelance para la Corporación Central de Inteligencia, cuya experiencia solía limitarse a las llamadas operaciones «secas», es decir, aquéllas en las que iba a algún sitio, absorbía información y más tarde la escupía en la Biblioteca, la base de datos de la CCI, sin tener que hacer nada en realidad. Ahora esta operación se ha vuelvo increíblemente mojada. Hiro está armado con dos espadas y una pistola semiautomática de nueve milímetros, coloquialmente denominada una nueve, con dos cargadores, cada uno de ellos con once balas.

Vic, apellido sin especificar. Si aún existiese la declaración de renta, cada año, cuando Vic rellenase el formulario, en la casilla de ocupación laboral pondría «francotirador». En el más puro estilo de su profesión, es discreto y reservado. Está armado con un largo rifle de gran calibre con un mecanismo voluminoso montado encima, donde estaría la mira telescópica si Vic no estuviese en la vanguardia de su profesión. La naturaleza del citado dispositivo no es obvia, pero Hiro supone que debe de tratarse de una serie de sensores de exquisita precisión con una fina cruceta superpuesta en el centro. Se puede presumir con total seguridad que Vic lleva otras armas escondidas.

Eliot Chung. Eliot era capitán de un barco llamado Kowloon. Ahora mismo está en el paro. Eliot se crió en Watts, y cuando habla en inglés suena como un negro. Genéticamente hablando es cien por cien chino. Habla con fluidez tanto el inglés blanco como el negro, así como cantonés y

el taxilinga, y algo de vietnamita, español y mandarín. Eliot está armado con un revólver Magnum calibre 44, que subió al Kowloon «únicamente para el halibut», es decir, que lo usaba para matar los halibuts antes de que los pasajeros los subiesen a bordo. Los halibuts llegan a alcanzar grandes tamaños, y se sacuden con tanta violencia que pueden llegar a matar a quienes los pescan; por tanto, es prudente meterles unas cuantas balas en la cabeza antes de subirlos a bordo. Ésa es la única razón de que Eliot lleve un arma; las necesidades defensivas del Kowloon estaban cubiertas por miembros de la tripulación especializados en ese tipo de trabajo.

«Ojo de Pez.» Es el hombre del ojo de cristal. Sólo se ha identificado con ese apodo. Está armado con una maleta negra, grande y gruesa.

La maleta es sólida y compacta, con ruedas, y pesa entre ciento cincuenta kilos y una tonelada, como descubre Hiro cuando intenta moverla. Su peso convierte el suelo de la balsa, normalmente plano, en un cono arrugado. La maleta tiene un curioso dispositivo anexo: un cable o manguera o similar, flexible, de siete centímetros de grosor y un par de metros de longitud, que brota de una de sus esquinas, asciende por la pendiente del fondo de la barca, pasa sobre el borde y cuelga en el agua. En el extremo de ese misterioso tentáculo hay una pieza de metal del tamaño de una papelera, pero delicadamente esculpida en tantos estrechos pliegues y aletas que parece tener la superficie de Delaware. Hiro sólo vio esa cosa fuera del agua durante unos caóticos instantes, cuando la transferían al bote salvavidas. En ese momento brillaba al rojo vivo. Desde entonces ha permanecido oculta bajo la superficie, es de color gris claro y resulta imposible de ver con claridad porque el agua a su alrededor se agita continuamente en borboteos hirvientes. Burbujas de vapor del tamaño de un puño se forman entre su tracería fractal de aletas ardientes y golpean la superficie del océano día y noche, incesantemente. La inerte balsa salvavidas, chapoteando en el Pacífico Norte, emite un vasto penacho de vapor como el de un Caballo de Hierro que resoplase a toda máquina sobre el borde de la plataforma continental. En ningún momento Hiro ni Eliot mencionan, ni parecen advertir siquiera, el obvio hecho de que Ojo de Pez viaja con un pequeño generador nuclear autosuficiente, casi con toda seguridad a base de isótopos radiotérmicos como los que alimentan a las Criaturas Ratas. Mientras Ojo de Pez se niegue a hacer algún

comentario al respecto, sería una grosería que ellos sacasen el tema a colación.

Todos los participantes están enfundados en trajes acolchados de brillante color anaranjado que recubren sus cuerpos por completo. Son la versión adaptada al Pacífico Norte de los chalecos salvavidas. Son abultados e incómodos, pero como le gusta decir a Eliot Chung, en las aguas del norte, un chaleco salvavidas sólo sirve para mantener a flote tu cadáver.

La lancha salvavidas es una balsa hínchable de unos tres metros, sin motor. Tiene un toldo impermeable en forma de tienda que puede cerrarse por todo el perímetro con una cremallera, convirtiendo la balsa en una cápsula sellada que no deja entrar el agua ni siquiera en las más adversas circunstancias climáticas.

Durante un par de días, un fuerte viento frío que desciende de las montañas los ha alejado de Oregón, hacia el mar abierto. Eliot explica animadamente que esas lanchas salvavidas se inventaron en los viejos tiempos, cuando aún había armadas y guardacostas que rescataban a los viajeros a la deriva. Lo único que había que hacer era flotar y ser anaranjado. Ojo de Pez tiene un walki talki, pero es un dispositivo de corto alcance. Y el ordenador de Hiro puede conectarse a la red, pero en ese sentido es como un teléfono móvil: no funciona en medio de la nada.

Cuando el tiempo es muy lluvioso, se sientan bajo el toldo. Si llueve menos, se sientan encima. Todos tienen alguna forma de matar el tiempo.

Hiro se dedica a trastear con el ordenador, naturalmente. Estar en una lancha salvavidas a la deriva en el Pacifico es una ocasión estupenda para un hacker.

Vic lee y relee una empapada novela que tenía en el bolsillo de su impermeable de la Mafia cuando el Kowloon se hundió bajo sus pies. Para él estos días de espera resultan más fáciles. Como francotirador profesional, sabe cómo matar el tiempo.

Eliot mira con los prismáticos, pese a que hay muy poco que ver. Dedica mucho tiempo a enredar con la balsa, dando vueltas de un lado para otro como suelen hacer los capitanes de navios. Y también pesca un montón. En la balsa hay montones de comida, pero es agradable comer salmón y halibut fresco de vez en cuando.

Ojo de Pez ha sacado de la pesada maleta negra algo que parece un manual de instrucciones. Es una carpeta de tres anillas en miniatura con páginas impresas con una láser. La carpeta es barata, sin marcas, comprada en una papelería, A Hiro le resulta algo muy familiar: tiene el aspecto de un producto de alta tecnología aún en desarrollo. Todos los dispositivos técnicos necesitan documentación de algún tipo, pero ésta sólo la pueden escribir los técnicos que están haciendo el desarrollo. Aunque suelen odiar esa tarea y siempre dejan el tema de la documentación para el último momento. Luego teclean algo en un procesador de textos, lo sacan por la impresora láser, se lo envían a la secretaria del departamento para que lo ponga en una carpeta barata, y ya está.

Pero eso sólo tiene ocupado a Ojo de Pez durante un corto periodo. El resto del tiempo simplemente mira al horizonte, como si esperase ver aparecer Sicilia. No lo espera. Está abatido por el fallo de la misión y dedica el tiempo a murmurar entre dientes, intentando encontrar una forma de salvarla.

—Si no te molesta la pregunta —dice Hiro—, ¿en qué consistía la misión?

—Depende de cómo se mire —dice Ojo de Pez tras pensárselo durante un rato—. Oficialmente, mi objetivo es rescatar a una chavala de quince años de las garras de esos cabrones. Mi táctica era tomar como rehenes a unos cuantos de sus peces gordos y luego negociar un intercambio.

—¿Quién es esa niña de quince años?

—La conoces —dice Ojo de Pez encogiéndose de hombros—. T.A.

—¿Y ése es realmente todo su objetivo?

—Lo importante, Hiro, es que tienes que comprender el estilo de la Mafia- Y el estilo de la Mafia es perseguir grandes objetivos bajo la apariencia de relaciones personales. Por ejemplo, cuando repartías pizzas no lo hacías lo más deprisa posible para ganar más dinero, ni porque fuese una política de empresa. Lo hacías porque estabas cumpliendo un pacto personal entre Tío Enzo y cada cliente. Así es como evitamos la trampa de las ideologías que se autoperpetúan, la ideología es un virus. Por tanto, recuperar a esa chavala es sólo cuestión de rescatarla. Es la manifestación tangible, sólida como el hormigón, de un objetivo abstracto, Y a nosotros nos encanta el hormigón, ¿verdad, Vic?

VÍc se permite una mueca de circunstancias y una gran risotada.

—¿Y cuál es el objetivo abstracto en este caso? —dice Hiro.

—No es asunto mío —dice Ojo de Pez—. pero creo que Tío Enzo está muy cabreado con L. Bob Rife.

Hiro está jugueteando en Planilandia. En parte lo hace para conservar la batería del ordenador; dibujar una oficina tridimensional requiere un montón de procesadores trabajando a tiempo completo, mientras que un sencillo escritorio bidimensional apenas exige potencia.

Pero la razón real para estar en Planilandia es que Hiro Protagonist, el último de los hackers independientes, está hackeando. Cuando los hackers hackean, no utilizan el mundo superficial de Metaversos y avatares. Descienden bajo esa capa, al submundo de código y embrollados nam-shubs que la soportan, donde todo lo que se ve en el Metaverso, por natural y hermoso y tridimensional que parezca, se reduce a un simple archivo de texto: una secuencia de letras en una página electrónica. Es un retroceso a los tiempos en que la gente programaba los ordenadores mediante primitivos teletipos y perforadoras de tarjetas IBM.

De entonces acá se han desarrollado herramientas de programación fáciles de usar y con interfaz agradable. Hoy en día puedes programar un ordenador sentándote en tu escritorio, en el Metaverso, y conectando manualmente pequeñas unidades preprogramadas, como mecanos. Pero un auténtico hacker jamás usaría esas técnicas, de la misma forma que un gran mecánico de coches no intentaría arreglar un automóvil sentándose al volante y mirando las estúpidas luces del panel de instrumentos.

Hiro no sabe lo que está haciendo, para qué se está preparando. Pero no importa. Gran parte de la programación es cuestión de hacer trabajo de base, construir estructuras de palabras que parecen no tener relación concreta con la tarea entre manos.

Una cosa si sabe: el Metaverso se ha convertido en un sitio donde se puede morir. O al menos donde te pueden freír el cerebro de forma que para el caso igual daría estar muerto. Eso es un cambio en la naturaleza del lugar. Las armas de fuego han llegado al Paraíso.

Se lo merecen, comprende. Hicieron el sitio demasiado vulnerable. Creyeron que lo peor que podía pasar era que le colaran un virus a tu ordenador y tuvieses que desconectarte y reiniciar tu sistema. Quizá perder algunos datos si habías sido lo bastante estúpido para no instalar un antivirus. En consecuencia, el Metaverso está abierto e indefenso, como los aeropuertos en la época anterior a las bombas y los detectores de metal, como las escuelas primarias antes de los asesinos con rifles de asalto. Cualquiera puede entrar y hacer lo que quiera. No hay polis. No puedes defenderte, ni perseguir a los malos. Para cambiar eso hará falta mucho trabajo: un rediseño fundamental del Metaverso al completo, llevado a cabo a escala planetaria y corporativa,

Mientras, puede que haya un hueco para individuos con iniciativa. En esta situación, unos parches pueden representar toda una diferencia. Un hacker independiente podría lograr mucho, años antes de que las fábricas gigantes de software se pongan en marcha para enfrentarse al problema.

El virus que devoró el cerebro de David era una cadena de información binaria, proyectada sobre su rostro en forma de bitmap: una serie de pixels negros y blancos, donde blanco representa un cero y negro un uno. Alguien puso el bitmap en pergaminos y le dio los pergaminos a avatares para que recorriesen el Metaverso en busca de victimas.

El Clint que intentó infectar a Hiro en el Sol Negro se escapó, pero dejó atrás su pergamino: no había contado con que le cortasen los brazos. Hiro lo tiró al sistema de túneles bajo el suelo, el sitio donde viven los demonios sepultureros. Más tarde, Hiro hizo que un demonio sepulturero le llevase el pergamino a su taller. Y cualquier cosa que esté en la casa de Hiro está, por definición, almacenada en su ordenador. No tiene que conectarse a la red global para acceder a ello.

No es fácil trabajar con un fragmento de información que te puede matar, pero da igual. En la Realidad, se trabaja continuamente con substancias peligrosas: isótopos radiactivos y productos tóxicos. Sólo hace falta tener herramientas adecuadas: brazos manipuladores remotos, guantes, gafas protectoras, vidrio emplomado. Y en Planilandia, si necesi-

tas una herramienta, te sientas y la escribes, asi que Hiro comienza escribiendo programas que le permiten manipular el contenido del pergamino sin verlo.

El pergamino, como cualquier otra cosa visible en el Metaverso, es un programa. Contiene código que describe su apariencia, para que el ordenador sepa cómo dibujarlo, y también rutinas que controlan la forma en que se enrolla y desenrolla. Y contiene también, en algún lugar de su interior, un recurso, un trozo de información, la versión digital del virus Snow Crash.

Una vez extraído y aislado el virus, a Hiro no le resulta difícil escribir otro programa, denominado SnowScan. SnowScan es un antivirus, es decir, un programa que protege el sistema de Hiro contra el virus digital Snow Crash, tanto el hardware como, en palabras de Lagos, el bioware. Una vez instalado en el sistema, supervisa continuamente la información que llega del exterior, en busca de datos que coincidan con el contenido del pergamino. Si detecta esa información, la bloqueará.

Hay más cosas que hacer en Planilandia. A Hiro se le dan bien los avatares, así que crea un avatar invisible, ya que, en este Metaverso nuevo y más hostil, podría ser útil.

Resulta muy fácil hacerlo mal y sorprendentemente difícil hacerlo bien. Casi cualquiera puede escribir un avatar que no se vea, pero al usarlo dará un montón de problemas. Muchas parcelas del Metaverso, entre ellas el Sol Negro, necesitan saber el tamaño del avatar para detectar si colisiona con otro avatar o algún obstáculo. Si das una respuesta de cero, si haces que tu avatar sea infinitamente pequeño, o bien colgarás el software de esa parcela o le harás creer que algo va muy, muy mal. Serás invisible, pero a cualquier parte del Metaverso que vayas dejarás tras de ti un sendero de destrucción y confusión de un kilómetro de anchura. En otros sitios los avatares invisibles son ilegales. Si tu avatar es transparente y no refleja nada de luz, que son los más fáciles de escribir, será reconocido de inmediato como un avatar ilegal y sonarán las alarmas. Tiene que escribirse de tal manera que otras personas no puedan verlo, pero los

programas que gestionan las parcelas no se den cuenta de que es invisible.

Hay un centenar de miquillos así que Hiro no conocería de no haber estado programando avatares para gente como Vitaly Chernobyl los últimos dos o tres años. Para escribir un buen avatar invisible partiendo de cero haría falta mucho tiempo, pero él monta uno en unas cuantas horas reciclando trocitos y fragmentos de proyectos anteriores que conserva en el ordenador. Así es como suelen hacerlo los hackers.

Mientras está en ello se encuentra una carpeta bastante antigua que contiene programas de transporte. Es un sobrante de la primera época del Metaverso, antes del Monorraíl, cuando la única forma de moverse por ahí era caminar o escribir un programa que simulase un vehículo.

En los primeros días, cuando el Metaverso era una bola negra y lisa, eso resultaba trivial. Luego, cuando se creó la Calle y la gente comenzó a construir, se complicó. En la Calle puedes atravesar los avatares de otra gente. Pero no puedes cruzar los muros. No puedes meterte en propiedad privada. Ni tampoco atravesar otros vehículos, ni instalaciones fijas de la Calle, como los Puertos o los puntales que sostienen la línea del Monorraíl. Si colisionas con una de esas cosas no mueres ni te desconectas del Metaverso; simplemente te paras por completo, como un personaje de dibujos animados que se estrella contra una pared de hormigón.

En otras palabras, en cuanto el Metaverso comenzó a llenarse de obstáculos contra los que se podía chocar, la tarea de cruzarlo a alta velocidad ganó en interés de repente. La maniobrabilidad empezó a tener importancia. El tamaño empezó a tener importancia. Hiro, David y los demás se pasaron de los enormes y extraños vehículos que preferían al principio, casas victorianas sobre orugas, transatlánticos con ruedas, esferas cristalinas de un kilómetro de diámetro, carros llameantes tirados por dragones, a otros pequeños y maniobrables. Fundamentalmente, motocicletas.

Un vehículo del Metaverso puede ser tan rápido y ágil como un quark. No hay leyes físicas de las que preocuparse, ni límite a la aceleración o a la resistencia del aire. Los neumáticos

nunca chirrían y los frenos jamás se bloquean. Lo único que no puede mejorarse es el tiempo de reacción del usuario. Así que cuando hacían carreras con sus flamantes programas de motocicleta, corriendo salvajes rallys por el Centro a Mach 1, no se preocupaban por la potencia del motor. Se preocupaban de la interfaz de usuario, los controles que permitían al piloto transferir sus reacciones a la máquina, girar, acelerar o frenar tan deprisa como fuese capaz de pensarlo. Porque cuando vas en un grupo de corredores que cruzan un área abarrotada a esa velocidad y chocas con algo y de repente tu velocidad se reduce exactamente a cero, olvídate de alcanzarlos. Un error y has perdido.

Hiro tenía una moto bastante buena. Quizá podría haber tenido la mejor de la Calle, simplemente porque sus reflejos son sobrenaturales, pero estaba más interesado por los combates a espada que por el motociclismo.

Abre la versión más reciente de su software de motocicleta y se familiariza de nuevo con los mandos. Asciende de Planilandia al Metaverso tridimensional y durante un rato practica en el patio con la moto. Más allá de los límites del patio no hay sino negrura, porque no está conectado a la red. Se siente uno perdido, aislado, casi como si estuviese flotando en un bote salvavidas en el océano Pacífico.

49 Bruce Lee

A veces ven barcos en la distancia. Un par de ellos incluso se acercan para echarles un vistazo, pero no parecen estar de humor para rescates. Hay pocos altruistas en las inmediaciones de la Almadía, y debe de resultar evidente que ellos no tienen mucho que robar.

De vez en cuando ven algún viejo pesquero de altura, de entre quince y treinta metros de eslora, con media docena de pequeñas lanchas rápidas agrupadas a su alrededor.

Cuando Eliot les informa de que son barcos pirata, Vic y Ojo de Pez aguzan el oído. Vic desenvuelve su rifle del montón de bolsas impermeables que usa para protegerlo del agua salada, y desprende la abultada mira para poder usarla como catalejo. Hiro no encuentra razón para quitar la mira del rifle, salvo el hecho de que si no lo hace parecerá que está amenazando a cualquiera a quien mire.

Cada vez que aparece un barco pirata se turnan para mirar con el catalejo, recorriendo los diferentes modos del sensor: visible, infrarrojo, etc. Eliot lleva suficiente tiempo dando vueltas por la costa del Pacífico para reconocer los colores de los diversos grupos de piratas, así que viéndolos por la mira sabe quiénes son: un día Clint Eastwood y su banda navegan junto a ellos unos minutos, estudiándolos, y los Siete Magníficos envían una pequeña lancha para que se acerque y averigüe si hay algo que saquear. Hiro casi desea que los Siete los hagan prisioneros, porque tienen el barco pirata de mejor aspecto: un antiguo yate de lujo con tubos de lanzamiento de Exocets sujetos a la cubierta de proa. Pero se retiran sin encontrar nada interesante. Los piratas, sin conocimientos de termodinámica, no llegan a entender las implicaciones del eterno penacho de vapor que brota bajo el bote salvavidas.

Una mañana, un viejo y enorme pesquero de arrastre se materializa muy cerca de ellos. Parece surgir de la nada cuando se retira la niebla. Hiro lleva rato oyendo sus motores, pero no se había dado cuenta de lo cerca que estaba.

—¿Quiénes son? —dice Ojo de Pez, atragantándose con una taza de ese café helado que tanto odia. Está envuelto en una manta y parcialmente acurrucado bajo el toldo impermeable de la lancha; sólo se ven su rostro y sus manos.

Eliot los estudia con la mira. No es propenso a demostrar sus emociones, pero está claro que no le gusta mucho lo que ve.

—Es Bruce Lee —dice.

—¿Y en qué sentido resulta eso significativo? —pregunta Ojo de Pez.

—Mira su estandarte —dice Eliot.

El barco está tan cerca que todos pueden ver la bandera sin dificultades. Es roja con un puño plateado en el centro, y bajo él unos nunchakus cruzados, flanqueados por las iniciales B y L.

—¿Qué tiene de especial? —dice Ojo de Pez.

—Bueno, el tío que se hace llamar Bruce Lee, el líder, tiene un chaleco con ese emblema en la espalda.

—¿Y qué?

—Que no está bordado ni pintado, sino hecho con cabelleras. Como un mosaico.

—¿Cómo? —dice Hiro.

—Corre el rumor, pero sólo es un rumor, de que recorrió los barcos de refus buscando gente con el pelo rojo o blanco para poder conseguir las cabelleras que necesitaba.

Hiro está aún absorbiendo todo esto cuando Ojo de Pez toma una decisión inesperada.

—Quiero hablar con ese tal Bruce Lee —dice—. Me interesa.

—¿Para qué coño quieres hablar con un puto psicópata? —pregunta Eliot.

—Sí —dice Hiro—. ¿No has visto Cámara espíe?. Es un maníaco. Ojo de Pez alza las manos como diciendo que la respuesta está, como en la teología católica, más allá de la comprensión de los mortales.

—Lo he decidido —dice.

—¿Y quién coño eres tú para decidir nada? —pregunta Eliot.

—El presidente de esta puta barca —dice Ojo de Pez—. Me propongo como candidato.

¿Alguien me secunda?

—Yo —dice Vic, sus primeras palabras en cuarenta y ocho horas.

—Todos los que estén a favor que digan sí —dice Ojo de Pez.

—Sí —dice Vic en un estallido de florida elocuencia.

—He ganado —dice Ojo de Pez—. Por tanto, ¿cómo conseguimos que los tipos de Bruce Lee se acerquen a hablar con nosotros?

—¿Y para qué van a querer hacerlo? —pregunta Eliot—. No tenemos nada que les interese excepto un poontang.

—¿Insinúas que esos tipos son homosexuales? —dice Ojo de Pez arrugando la cara.

—Joder —se sorprende Eliot—, ni siquiera has pestañeado cuando he dicho lo de las cabelleras.

—Ya sabía yo que esta mierda de los barcos no era lo mío —dice Ojo de Pez.

—Por si te sirve de algo, no son gays en el sentido usual del término — explica Eliot—. Son heteros, pero también piratas. Se conforman con cualquier cosa caliente y cóncava.

—De acuerdo —dice Ojo de Pez tomando una decisión rápida—, Hiro y Eliot, vosotros sois chinos. Quitaos la ropa.

—¿Qué?

—Hacedlo. Soy el presidente, ¿recordáis? ¿O queréis que os la quite Vic? Eliot e Hiro no pueden evitar mirar a Vic, que permanece simplemente sentado como un saco. Hay algo en su actitud de hastío que inspira miedo.

—Hacedlo u os mato —ordena Ojo de Pez, dejando por fin las cosas claras.

Eliot e Hiro, equilibrándose torpemente sobre el inestable suelo de la balsa, se desabrochan los trajes de supervivencia y los dejan en el suelo. Luego se quitan el resto de la ropa, exponiendo la piel desnuda al aire por primera vez en varios días.

El pesquero se coloca junto a ellos, a no más de seis metros, y apaga los motores. Están bastante bien equipados: media docena de zodiacs con motores fueraborda nuevos, un misil estilo Exocet, dos radares y, en cada extremo del barco, una ametralladora calibre cincuenta, en estos momentos sin artilleros. Arrastran un par de lanchas como si fuesen botes, y cada una de ellas tiene también una ametralladora pesada. Y también los sigue un yate de once metros, impulsado por sus propios motores.

La banda de piratas de Bruce Lee está compuesta por dos docenas de hombres, que ahora se alinean en la barandilla sonriendo, silbando, aullando como lobos y ondeando preservativos desenrollados en el aire.

—No os preocupéis, muchachos, no voy a dejar que os follen —dice Ojo de Pez con una sonrisa peligrosa.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Eliot—, ¿darles una encíclica papal?

—Estoy seguro de que atenderán a razones —dice Ojo de Pez.

—A estos tipos no les asusta la Mafia, si es eso lo que tienes en mente— dice Eliot.

—Eso es porque no nos conocen bien.

Finalmente aparece el líder, el propio Bruce Lee, un cuarentón con un traje de keviar, unas cananas encima, cartuchera, una espada samurai (a Hiro le encantaría enfrentarse a él), nunchakus y su estandarte, el mosaico de cabelleras humanas.

Les lanza una sonrisa amable, mira a Hiro y Eliot, alza el pulgar en un gesto de aprobación altamente sugerente, y luego se pavonea a todo lo largo del barco, chocando las manos con su alegre tripulación. De vez en cuando elige un pirata al azar y señala el preservativo del hombre. El pirata se pone el condón en los labios y lo infla hasta formar un glo-

bo lubricado. Bruce Lee lo inspecciona, asegurándose de que no tenga fugas. Evidentemente, manda una nave muy disciplinada.

Hiro no puede dejar de mirar las cabelleras de la espalda de Bruce Lee. Los piratas notan su interés y le hacen gestos, señalando las cabelleras, asintiendo, mirándolo de nuevo burlonamente con los ojos muy abiertos. Los colores son demasiado uniformes, no hay variación de un rojo a otro. Hiro llega a la conclusión de que, en contra de lo que se dice, Bruce Lee debe de haber cogido cabelleras de cualquier color, las ha decolorado y luego las ha teñido. Menudo payaso.

Por fin, Bruce Lee se detiene en el centro del buque y les lanza otra gran sonrisa. Tiene una sonrisa cegadora y lo sabe; quizá sea por esos diamantes de un quilate pegados con superglue en sus incisivos.

—Barca abarrotada —dice—. Quizá, tú y yo, cambiamos, ¿eh? Jajaja. Todos los ocupantes de la balsa, excepto Vic, sonríen débilmente.

—¿Dónde van? ¿Cayo Hueso? Jajaja.

Bruce Lee examina a Hiro y Eliot unos momentos y luego gira el índice para indicarles que deben darse la vuelta y enseñar el culo. Lo hacen.

—Quanto? —pregunta Bruce Lee; los piratas estallan en un tumulto de hilaridad, y Bruce Lee el que más de todos. Hiro nota cómo su esfínter se contrae al tamaño de un poro.

—Pregunta cuánto valemos —dice Eliot—. Es un chiste, claro, porque sabe que puede venir y tener nuestros culos gratis.

—Ja, para troncharse —dice Ojo de Pez. Mientras Hiro y Eliot están literalmente congelándose, el muy Hijoputa sigue acurrucado bajo el toldo.

—¿Misilpun, vale? —dice Bruce Lee, señalando uno de los misiles antibuque de la cubierta—. ¿Bichos? ¿Motorolas?

—Los misilpunes son misiles antibuque Harpoon, muy caros —traduce Eliot—. Un bicho es un microchip, y Motorola es una marca, como Ford o Chevrolet. Bruce Lee trata mucho con electrónica; ya sabes, el típico pirata asiático.

—¿Nos daría un Harpoon a cambio de vosotros? —pregunta Ojo de Pez.

—¡No! ¡Se está burlando de nosotros, gilipollas! —dice Eliot.

—Dile que queremos una lancha con motor fueraborda —dice Ojo de Pez.

—Queremos una zod, un pateador, lleno —pide Eliot.

De forma inesperada, Bruce Lee se pone serio y considera la oferta.

—¿Mirar primero, chomsayen? Medir y vómito.

—Se lo pensará si pueden comprobar antes la mercancía —dice Eliot—. Quieren comprobar cuan estrechos son nuestros culos y si somos capaces de suprimir el reflejo de vomitar. Son términos de la industria de burdeles de la Almadía.

—Ombwas parecen doces a mí, jajaja.

—Nuestros culos parecen de calibre doce —explica Eliot—, es decir, que están dados de sí y son inútiles.

—¡No, no, cuatro-diez, totalmente! —dice Ojo de Pez por iniciativa propia.

La tripulación del barco pirata suelta risitas de excitación.

—Imposible —dice Bruce Lee.

—¡Estos ombwas están sin estrenar todavía! —dice Ojo de Pez. La cubierta al completo estalla en un rugido de obscena diversión.

Uno de los piratas se pone en equilibrio sobre la barandilla y hace girar el puño en el aire.

—ba ka na zu ma lay ga no ma la aria ma ñapo no a ab zu...—aulla.

Los piratas dejan de reír; se ponen serios y se unen a él, rugiendo sus propios chorros de balbuceo, llenando el aire con un profundo ulular ronco.

La balsa se mueve de improviso, haciendo perder el equilibrio a Hiro; al caer ve que Eliot también está cayendo.

Alza la vista hacia el barco de Bruce Lee y da un respingo involuntario al ver algo parecido a una ola oscura que salta sobre la barandilla y barre la fila de piratas erguidos, empezando por la popa del pesquero y avanzando hacia proa. Pero es una ilusión óptica. No es una ola. De repente están a quince metros del pesquero, no a seis. Cuando la risa en la barandilla se apaga, Hiro oye un ruido nuevo: un suave ronroneo que procede de donde está Ojo de Pez y de la atmósfera que los rodea, un sonido sibilante y seco, como el que se oye justo antes de que estalle el trueno, como una sábana que esté siendo rasgada por la mitad.

Al mirar de nuevo al pesquero comprende que la oscura pseudo ola era una ola de sangre, como si alguien hubiese regado la cubierta con una aorta gigante. Pero no procede del exterior. Ha brotado de los cuerpos de los piratas, de uno en uno, desplazándose de popa a proa. La cubierta del barco de Bruce Lee está ahora sumida en un profundo silencio, sin movimiento alguno, excepto el de la sangre y los órganos convertidos en gelatina que corren por el oxidado acero y salpican suavemente al caer al agua.

Ojo de Pez está ahora de rodillas y ha echado a un lado el toldo y la manta que lo cubrían hasta este instante. En una mano sostiene un largo dispositivo de cinco centímetros de diámetro, de donde brota el sonido silbante. Es un haz circular de tubos paralelos, más o menos del grosor de un lápiz y unos sesenta centímetros de longitud, parecido a una ametralladora Gatling en miniatura. Da vueltas tan deprisa que es difícil distinguir los tubos que lo forman; de hecho, cuando está en marcha es fantasmal y transparente debido a su rápido movimiento, una fulgurante nube translúcida que sobresale del brazo de Ojo de Pez. El dispositivo está conectado a un grueso haz de tubos y cables retorcidos que se introduce en la gran maleta, que ahora está abierta en el fondo de la balsa. La maleta tiene una pantalla a color con gráficos que muestran información sobre la situación del sistema de armamento: cuánta munición queda, y el estado de varios subsistemas. Hiro apenas tiene tiempo de atisbar todo esto antes de que la munición que hay en el barco de Bruce Lee empiece a estallar.

—¿Veis? —dice Ojo de Pez, desactivando el arma—. Ya os dije que atenderían a Razones.

Hiro ve una placa clavada en el panel de control.

RAZONES
versión 1.0 B7
Cañón magnético hiperrápido calibre 3 mmcon sistema Gatling Industrias de Seguridad
Ng, Inc.
VERSIÓN PRELIMINAR: NO USAR EN ACCIÓN REAL NO PROBAR EN ÁREAS POBLADAS — ULTIMA RATIO REGUM —

—El puto retroceso casi nos lanza hasta la China —dice Ojo de Pez a modo de elogio.

—¿Has sido tú? ¿Qué ha pasado? —pregunta Eliot.

—Sí, he sido yo. Con Razones. Dispara unas minúsculas astillas metálicas, muy rápidas; tienen más energía que una bala de rifle. Son de uranio empobrecido.

Los cañones giratorios se han frenado hasta casi detenerse. Hay alrededor de dos docenas.

—Creía que odiabas las ametralladoras —dice Hiro.

—Aún odio más la puta Almadía. Vamos a hacemos con algo que se mueva. Algo con motor.

A causa de los incendios y pequeñas explosiones que recorren el barco de Bruce Lee, tardan un rato en darse cuenta de que aún queda gente con vida, disparando contra ellos. Cuando Ojo de Pez lo percibe vuelve a apretar el gatillo, los cañones se arremolinan formando un cilindro transparente y de nuevo se oye el sonido silbante y seco. Mueve la ametralladora de un lado a otro, barriendo el blanco con una lluvia hipersónica de uranio empobrecido, y el barco entero parece centellear y brillar, como si Campanilla lo estuviese sobrevolando de proa a popa, espolvoreándolo de polvo de hadas nuclear.

El yate más pequeño de Bruce Lee comete el error de acercarse a ver qué está pasando. Ojo de Pez se vuelve hacia él un momento y su alto puente protuberante se desliza hacia el agua.

Los principales elementos estructurales del pesquero están perdiendo integridad. De su interior surgen estallidos y ruidos de cosas que se retuercen, mientras se desprenden grandes trozos de metal perforado como un queso suizo; la estructura está hundiéndose lentamente en el casco como un suflé estropeado. Al darse cuenta. Ojo de Pez deja de disparar.

—Para ya, jefe —dice Vic.

—¡Eso hago! —grazna Ojo de Pez.

—Gilipollas, podríamos haber usado el pesquero —dice Eliot en tono vindicativo, poniéndose los pantalones con gestos bruscos.

—No pretendía volarlo. Estas balitas lo atraviesan todo.

—Muy hábil —suelta Hiro.

—Pido disculpas por haberos salvado el culo. Vamos, vayamos a una de esas lanchas antes de que se quemen.

Reman en dirección al yate decapitado. Para cuando han llegado hasta él, el pesquero de Bruce Lee no es más que un casco de acero vacío y escorado del cual brotan llamas y humo, y alguna explosión de vez en cuando.

Lo que queda del yate tiene muchos, muchos agujeritos, y centellea debido a los fragmentos de fibra de vidrio: un millón de minúsculas fibras de un milímetro. El capitán y un tripulante, o más bien los estofados en que se convirtieron cuando Razones alcanzó el puente, se deslizan hasta el agua junto con los demás despojos, sin dejar ninguna evidencia de que jamás hayan estado allí excepto un par de regueros paralelos que se deslizan hasta el agua. En la cocina, que está muy baja, hay un chico filipino indemne y apenas consciente de lo que ha

ocurrido. Varios cables eléctricos han quedado cortados por la mitad. Eliot desentierra una caja de herramientas del interior del barco y dedica las siguientes doce horas a remendarlo todo hasta que consigue que el motor se ponga en marcha y se pueda mover el timón. Hiro, que tiene conocimientos rudimentarios de electricidad, actúa con desgana de asesor y ayudante.

—¿Oíste lo que decían los piratas, antes de que Ojo de Pez les disparase? —le pregunta Hiro a Eliot mientras trabajan.

—¿Te refieres a la lengua franca?

—No. Al final de todo. Los balbuceos.

—Ah, sí. Es una cosa de la Almadía.

—¿En serio?

—Sí. Uno comienza y los demás lo siguen. Creo que no es más que una moda.

—¿Y eso es normal en la Almadía?

—Sí. Todos ellos hablan idiomas distintos, ¿sabes?, porque son de muchos grupos étnicos. Es una puñetera Torre de Babel. Creo que cuando hacen ese ruido, cuando balbucean en esa jerga, lo único que hacen es imitar cómo les suenan los otros grupos.

El chico filipino les hace algo de comida. Vic y Ojo de Pez se sientan en la cabina principal. Comen, hojean revistas chinas, miran las fotos de chicas asiáticas y de vez en cuando estudian las cartas de navegación. Cuando Eliot logra poner en marcha el sistema eléctrico, Hiro conecta el ordenador para recargar las baterías.

Cuando el yate está en condiciones de moverse ya es de noche. Hacia el sudoeste, una columna de luz fluctuante se mueve de un lado a otro contra la capa de nubes bajas.

—¿Aquello de allí es la Almadía? —pregunta Ojo de Pez señalando la luz, tras reunirse todos en el centro de control improvisado de Eliot.

—En efecto —dice Eliot—. La iluminan por la noche para que los barcos de pesca puedan encontrar el camino de vuelta.

—¿A qué distancia crees que estará? —pregunta Ojo de Pez.

—A unos treinta y tantos kilómetros —dice Eliot encogiéndose de hombros.

—¿Y qué distancia hay hasta la costa?

—Ni idea. Supongo que el capitán del barco de Bruce Lee lo sabía, pero ha quedado hecho puré junto con todos los demás.

—Tienes razón —dice Ojo de Pez—. Debería haber puesto los controles en «batir» o «cortar a rodajas».

—Normalmente, la Almadía se mantiene al menos a ciento cincuenta kilómetros de la costa —dice Hiro—, para evitar tropiezos.

—¿Qué tal vamos de combustible?

—He mirado el depósito —dice Eliot—, y a decir verdad parece que no vamos demasiado bien.

—¿Qué significa «no demasiado bien»?

—No siempre es fácil medir el nivel cuando se está en el mar —explica Eliot—, y no sé lo eficientes que son los motores. Pero si realmente estamos a ciento y pico kilómetros de la costa, quizá no lleguemos.

—Por tanto, vamos a la Almadía —dice Ojo de Pez—. Vamos allí y convencemos a alguien de que le conviene darnos algo de combustible. Luego, de vuelta al continente. — Nadie cree que eso vaya a funcionar, y Ojo de Pez el que menos—. Y, mientras estamos allí, en la Almadía —continúa—, después de conseguir el combustible y antes de irnos a casa, quizá pasen otras cosas. Ya se sabe, la vida es imprevisible.

—Si tienes algo en mente, ¿por qué no lo sueltas? —dice Hiro.

—De acuerdo. Definamos unos objetivos. La táctica de los rehenes ha fallado, así que nos decantaremos por una extracción.

—¿Una extracción de quién? ,—De T.A.

—Estoy de acuerdo con eso —dice Hiro—, pero ya que estamos en ello, hay otra persona a la que también quiero sacar de ahí.

—¿Quién?

—Juanita. Vamos, tú mismo dijiste que era una buena chica.

—Si está en la Almadía, quizá no lo sea tanto —dice Ojo de Pez.

—Aun así quiero rescatarla. Estamos juntos en esto, ¿no es así? Todos formamos parte de la pandilla de Lagos.

—Bruce Lee tiene gente allí —dice Eliot.

—Corrección: tenía.

—Lo que digo es que estarán cabreados.

—¿Crees que van a estar cabreados? Yo más bien creo que estarán cagados de miedo —dice Ojo de Pez—. Ahora, a pilotar el barco, Eliot. Vamos. Estoy harto de tanta puta agua.

50 Cuervo y T.A.

Cuervo conduce a T.A. a un barco de popa plana, cubierto por una cúpula. Es algún tipo de barco fluvial reconvertido en establecimiento comercial vietnamita/americano/tailandés/chino, una especie de bar/restaurante/ prostíbulo/antro de juego. Tiene unas cuantas salas grandes, abarrotadas de gente sin nada que ocultar, y un montón de pequeñas habitaciones de paredes de acero donde sólo Dios sabe qué tipo de actividades se estarán desarrollando.

La sala principal está atestada de gentuza de todo tipo que celebra algo. El humo les convierte los bronquios en nudos. El lugar está equipado con un ensordecedor sistema de sonido tercermundista: pura distorsión que rebota en las paredes de acero pintado a trescientos decibelios. Un televisor enchufado a una pared muestra dibujos animados extranjeros hechos en un esquema bicolor de magenta descolorido y verde lima, en los que un macabro lobo, una especie de Coyote con hidrofobia, es ejecutado repetidamente en formas tan violentas que ni siquiera la Warner Brothers podría imaginarlas. Son dibujos animados gore. El sonido, o bien está apagado, o es absolutamente inaudible bajo la chirriante melodía que surge de los altavoces. Un grupo de bailarinas eróticas actúa en el otro extremo de la sala.

Está absolutamente abarrotado, jamás conseguirán un sitio para sentarse. Pero poco después de entrar Cuervo en la sala, media docena de tíos se levantan bruscamente de una mesa de la esquina y salen en todas direcciones, echando mano de su tabaco y sus bebidas casi en el último momento. Cuervo empuja a T.A. delante de él, como si fuese el mascarón de su kayak, y adonde quiera que vayan el casi palpable campo de fuerza personal de Cuervo aparta a la gente de su camino.

Cuervo se agacha para mirar bajo la mesa, recoge una silla del suelo y mira también los bajos: nunca se es demasiado cuidadoso respecto a esas bombas lapa; la planta en el suelo, empujándola a la esquina en que se funden dos paredes de acero, y se sienta en ella. Le hace un gesto a T.A. para que haga lo mismo, y ella lo hace, dándole la espalda a la acción. Desde donde está puede ver la cara de Cuervo, iluminada por las ocasionales cuchilladas de luz que atraviesan el gentío, procedentes de una bola espejada que hay sobre las bailarinas, y por la

bruma verde y magenta que brota del televisor, salpicada por un destello ocasional cuando el lobo de los dibujos animados comete el error de tragarse otra bomba de hidrógeno, o tiene la mala suerte de que lo vuelvan a regar con un lanzallamas.

Inmediatamente aparece un camarero. Cuervo le grita algo a T.A. que ésta no puede oír; quizá le pregunte qué quiere.

—¡Una hamburguesa con queso! —le grita ella.

—¿Ves alguna vaca por aquí? —se ríe Cuervo sacudiendo la cabeza.

—¡Cualquier cosa menos pescado! —grita T.A.

Cuervo habla un rato con la camarera en un dialecto de taxilinga.

—Te he pedido calamares —le grita él—. Son moluscos.

Estupendo. Cuervo, el último caballero.

Tienen una conversación a gritos que dura casi una hora. La mayoría de los gritos los da Cuervo; T.A. se limita a escuchar, sonreír y asentir. Ojalá él no esté diciendo algo como «me encanta el sexo violento y realmente abusivo».

T.A. no cree que esté hablando de eso en absoluto; habla de política. Oye fragmentos de una historia de los aleutianos, un chorro de palabras aquí, un chorro allá, cuando Cuervo no está metiéndose calamares en la boca y la música no es demasiado alta.

—Los rusos nos jodieron... la viruela provocó un índice de mortandad del noventa por ciento... trabajamos como esclavos cazando focas... la locura de Seward ... los putos japoneses se llevaron a mi padre en el cuarenta y dos, lo metieron en un campo de prisioneros durante el resto de...

»Luego los estadounidenses nos lanzaron una bomba atómica. ¿Puedes creértelo? — dice Cuervo. Hay un momento de calma en la música y T.A. puede oír frases enteras—.Los japoneses presumen de ser los únicos que han recibido una bomba atómica, pero cada potencia nuclear tiene un grupo indígena cuyo territorio ha sido bombardeado para probar las armas. En el caso de los Estados Unidos, bombardearon a los aleutianos. Amchitka. A mi padre —dice Cuervo, sonriendo orgullosamente— le tiraron la bomba dos veces: una en Nagasaki, donde quedó ciego, y otra en mil novecientos setenta y dos cuando los norteamericanos bombardearon nuestra tierra.

Genial, piensa T.A. Tiene novio nuevo y es mutante. Eso explica unas cuantas cosas.

—Yo nací unos pocos meses después —sigue Cuervo, como si quisiese confirmar total y absolutamente esa idea.

—¿Y cómo has acabado con esos ortos?

—Me aparté de las tradiciones y acabé viviendo en Soldotna, trabajando en las instalaciones petrolíferas —dice Cuervo, como si T.A. supiera dónde está Soldotna—. Allí fue donde me di a la bebida y conseguí esto —sigue, señalando el tatuaje—. Y también donde aprendí cómo hacerle el amor a una mujer..., que es lo único que sé hacer mejor que arponear.

T.A. no puede evitar pensar que en la mente de Cuervo joder y arponear son actividades muy vinculadas entre sí. Pero por tosco que sea el hombre, T.A. no puede negar que la está poniendo insoportablemente cachonda.

—A veces trabajaba también en los pesqueros, para ganar un poco más de dinero. Cuando volvíamos de una pesca de halibuts de cuarenta y ocho horas, que en esa época aún había leyes pesqueras, nos poníamos los trajes de supervivencia, nos metíamos cervezas en los bolsillos y saltábamos al agua para pasamos la noche flotando y bebiendo. Y una vez me desmayé mientras hacía eso, y desperté al día siguiente, o quizá al otro, no sé. Y allí estaba, flotando en mi traje de supervivencia, totalmente solo, en medio de la ensenada de Cook. Los tipos de mi barco se habían olvidado de mí.

Tendrían sus motivos, piensa T.A.

—En cualquier caso, floté durante dos o tres días. Tenía mucha sed. El mar acabó por llevarme a la isla Kodiak. A esas alturas yo ya estaba muy enfermo con el delírium trémens y todo lo demás. Pero llegué a tierra cerca de una iglesia ortodoxa rusa, y ellos me encontraron, me acogieron y enderezaron mi vida. Y entonces comprendí que el estilo de vida occidental, americano, había estado a punto de matarme.

Aquí llega el sermón.

—Y comprendí que sólo podemos vivir a través de la fe, con un estilo de vida sencillo.

Nada de alcohol ni televisión. Nada de todo eso.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Esto es un ejemplo de los sitios inadecuados que solía frecuentar —dice encogiéndose de hombros—. Pero en la Almadía, si quieres una comida decente, tienes que venir a un lugar así.

Un camarero se aproxima, con los ojos muy abiertos y movimientos indecisos. No viene a tomar nota, sino a comunicar malas noticias.

—Señor, lo reclaman en la radio. Lo siento.

—¿Quién? —pregunta Cuervo.

—Es muy importante —dice el camarero, mirando a su alrededor como si no pudiese ni decir el nombre en público.

Cuervo exhala un gran suspiro, coge un último trozo de pescado y se lo mete en la boca. Se pone de pie y, antes de que T.A. pueda reaccionar, le da un beso en la mejilla.

—Cariño —dice—, tengo un trabajo o algún asunto que arreglar. Espérame aquí, ¿de acuerdo?

—¿Aquí?

—Nadie se meterá contigo —dice Cuervo, tanto para T.A. como para el camarero.

51 Peligrosa Almadía

Desde unos cuantos kilómetros de distancia la Almadía parece misteriosamente animada. Una docena de focos y al menos el mismo número de láseres están montados en la imponente superestructura del Enterprise, moviéndose de acá para allá entre las nubes como en un estreno de Hollywood. Más de cerca ya no se ve tan clara y brillante. El vasto embrollo de pequeños navios irradia una lóbrega nube de luz amarilla que estropea el contraste.

En un par de lugares, la Almadía está ardiendo. No es una fogata bonita y alegre, sino altas llamas borboteantes que lanzan un humo negro como el que se produce al quemar gran cantidad de gasolina.

—Una guerra entre bandas, quizá —teoriza Eliot.

—Una fuente de energía —supone Hiro.

—Entretenimiento —propone Ojo de Pez—. En la Almadía no hay televisión por cable.

Antes de zambullirse en el Infierno, Eliot destapa el depósito e introduce la varilla indicadora para comprobar el nivel de combustible. No dice nada, pero no parece especialmente feliz.

—Apagad todas las luces —dice Eliot cuando aún parecen estar a kilómetros de distancia—. Recordad que ya nos han visto varios centenares o millares de personas armadas y hambrientas.

Vic ya está recorriendo el barco, apagando las luces por el expeditivo método de dar martillazos a las bombillas. Ojo de Pez, repentinamente muy respetuoso, escucha a Eliot con atención.

—Quitaos toda la ropa naranja —sigue éste—, aunque tengáis frío. A partir de ahora, nos tumbamos en cubierta, nos dejamos ver lo menos posible, y no hablamos entre nosotros a menos que sea necesario. Vic, tú te quedas en medio del barco con el rifle y esperas a que alguien nos apunte con un foco. Si lo hace, venga de la dirección que venga, te lo cargas. Eso incluye también las luces de los barcos más pequeños. Hiro, tu trabajo será vigilar la borda. Ve recorriendo los bordes del yate, mirando todos los sitios en que un nadador podría escalar y subirse a bordo; y si eso pasa, le cortas los brazos. Ten cuidado también con los garfios y las cosas de ese tipo. Ojo de Pez, si se acerca cualquier objeto flotante a menos de treinta metros, húndelo.

»Si veis tipos con antenas en la cabeza, cargáoslos los primeros porque pueden comunicarse entre ellos.

—¿Antenas en la cabeza? —se extraña Hiro.

—Sí. Gárgolas de la Almadía —explica Eliot.

—¿Quiénes son?

—¿Y yo qué cojones sé? Los he visto unas cuantas veces, de lejos. En cualquier caso, voy a dirigirme en línea recta hacia el centro, y cuando estemos cerca, viraré a estribor y rodearé la Almadía en sentido antihorario, a ver si encuentro a alguien que quiera vendernos combustible. Si las cosas salen mal y acabamos en la Almadía, permanecemos juntos y tratamos de contratar un guía, porque si intentamos movemos por ahí sin la ayuda de alguien que conozca esa telaraña, nos meteremos en un lío serio.

—¿Cómo de grande? —se interesa Ojo de Pez.

—Como acabar en una pútrida y enfangada red de carga colgada entre dos buques que se balancean en direcciones opuestas, con nada bajo el culo excepto agua helada llena de ratas, desperdicios tóxicos y ballenas asesinas. ¿Más preguntas?

—Una —dice Ojo de Pez—. ¿Me puedo ir a casa?

Bien. Si Ojo de Pez puede estar asustado, Hiro no lo está menos.

—Recordad lo que le pasó al pirata Bruce Lee —dice Eliot—. Era poderoso y estaba bien armado. Un día se acercó a una balsa salvavidas llena de refus, buscando un poco de poontang, y murió casi antes de darse cuenta. Ahí fuera hay un montón de gente que querrá hacernos lo mismo.

—¿No hay polis o algo por el estilo? —dice Vic—. Había oído que sí. En otras palabras, que Vic ha matado mucho tiempo en Times Square viendo películas sobre la Almadía.

—La gente del Enterprise funciona en modalidad ira-de-Dios —explica Eliot—. Tienen armas grandes montadas alrededor de la cubierta superior, grandes ametralladoras Gatling como Razones pero que disparan balas más grandes. Su objetivo original era derribar misiles Exocet. Golpean con la fuerza de un meteorito. Si la gente se pone tonta en la Almadía, se limitan a eliminar el problema. Pero unos pocos asesinatos o tumultos no son suficiente para llamar su atención. Si es un duelo con misiles entre organizaciones piratas rivales, eso es otro asunto.

De buenas a primeras los ilumina un foco tan grande y potente que no hay forma de mirar hacia él.

Luego se apaga de nuevo, mientras retumba en el agua un disparo del rifle de Vic.

—Buen tiro, Vic —dice Ojo de Pez.

—Es como una de esas lanchas de los traficantes de droga —dice Vic, observando a través de su mira mágica—. Hay cinco tíos en ella. Vienen hacia aquí. —Dispara otra vez—. Corrección: quedan cuatro tíos. —Bum—. Corrección: ya no vienen hacia aquí. — Bum. A treinta metros una bola de fuego hace erupción en el océano—. Corrección: ya no hay lancha.

—¿Estás grabando todo esto, Hiro? —dice Ojo de Pez, riéndose y dándose una palmada en el muslo.

—No —dice Hiro—. No saldría bien.

—Oh. —Ojo de Pez parece desconcertado, como si eso lo cambiase todo.

—Ésa era la primera oleada —dice Eliot—. Piratas ricos en busca de presas fáciles. Pero tienen mucho que perder, así que se asustan con facilidad.

Por encima de las risotadas profundas del motor Diesel del yate se oye el zumbido agudo de motores fueraborda.

—La segunda oleada —sigue Eliot—. Aspirantes a piratas. Vendrán mucho más rápido, así que permaneced atentos.

—Este trasto tiene radar milimétrico —comenta Ojo de Pez. Hiro lo mira: su rostro está iluminado desde abajo por el brillo de la pantalla de Razones—. Puedo ver a esos cabrones como si fuese de día. Vic dispara varios tiros, saca el cargador y coloca uno nuevo. una zodiac pasa a toda velocidad, saltando sobre las crestas de las olas, lanzándoles débiles chorros de luz con un proyector. Ojo de Pez les dispara un par de ráfagas cortas con Razones, levantando nubes de vapor en el frío aire nocturno, pero falla.

—Ahorrad munición —dice Eliot—. Aun con Uzis, no pueden darnos hasta que frenen un poco. Y aun con radar, no puedes darles.

Una segunda zodiac pasa junto a ellos por el otro flanco, más cerca que la primera. Ni Vic ni Ojo de Pez disparan. Oyen cómo da vueltas a su alrededor y se marcha por donde vino.

—Esas dos lanchas se están reuniendo —dice Vic—. Hay otras dos, cuatro en total. Están hablando.

—Han hecho un reconocimiento —aclara Eliot—, y ahora planean su táctica. La próxima vez irá en serio.

Un instante después, de la parte posterior del yate, donde está Eliot, brotan dos sonidos increíblemente fuertes acompañados por breves fogonazos. Al volverse, Hiro ve caer un cuerpo sobre la cubierta. No es Eliot. Eliot está allí sosteniendo su rematador extragrande de halibuts.

Hiro corre hacía atrás y mira al nadador muerto a la escasa luz que reflejan las nubes. Está desnudo excepto por una gruesa capa de grasa negra y un cinturón con una pistola y un cuchillo. Aún se sujeta a la soga que ha utilizado para subir a bordo. La soga termina en un garfio de abordaje que ha prendido en la serrada y rota fibra de vidrio de un costado del yate.

—La tercera oleada llega antes de tiempo —dice Eliot con voz aguda y temblorosa. Está haciendo un esfuerzo tan intenso por sonar tranquilo que tiene el efecto contrario—.Hiro, me quedan tres balas y voy a guardar la última para ti si vuelve a subir a bordo otro cabrón más.

—Lo siento —se excusa Hiro. Desenfunda el corto wakizashi. Se sentiría mejor si pudiese llevar la nueve milímetros en la otra mano, pero necesita una mano libre para sujetarse y no caerse por la borda. Recorre rápidamente el yate en busca de más garfios, y encuentra uno en el otro lado, sujeto a un soporte de la barandilla, del cual cuelga una tensa soga que desciende hacia el mar.

Corrección: es un cable. Su espada no puede cortarlo. Y está tan tenso que no puede desengancharlo del soporte.

Mientras está en cuclillas, luchando con el garfio, una mano grasicnta surge del agua y le agarra la muñeca. Una segunda mano busca a tientas el otro brazo de Hiro, pero se agarra a la espada. Hiro libera el arma de un tirón, notando cómo corta, y empuja el wakizashi de punta en el espacio entre esas dos manos, justo cuando alguien hunde los dientes en la entrepierna de Hiro. Pero la entrepierna de Hiro está protegida: el traje de motociclismo tiene un protector de plástico resistente. Así que el tiburón humano sólo se mete en la boca un puñado de tejido antibalas. Luego suapretón pierde fuerza, y cae al mar. Hiro suelta el garfio de abordaje y lo arroja tras él.

Vic dispara tres veces en rápida sucesión, y una bola de fuego ilumina un costado del navio. Durante unos instantes pueden ver todo lo que los rodea en un radio de cien metros, y el efecto es como encender la luz de la cocina en medio de la noche y descubrir que en las encimeras se apiñan las ratas. Al menos una docena de barcas los rodean.

—Tienen cócteles molotov —dice Vic.

La gente que está en las barcas también puede verlos a ellos. Las balas trazadoras vuelan a su alrededor procedentes de varias direcciones. Hiro ve fogonazos de armas de fuego al menos en tres sitios distintos. Ojo de Pez dispara una, dos veces con Razones, breves ráfagas de unas pocas docenas de tiros cada una, y crea otra bola de fuego, ésta más lejos del yate.

Hace al menos cinco segundos que Hiro no se mueve, así que vuelve a comprobar la existencia de garfios y luego sigue su circuito alrededor del yate. Esta vez está limpio. Los dos latinos debían de trabajar juntos.

Un cóctel molotov describe un arco en el cielo e impacta con el costado de estribor del yate, donde no hará mucho daño. Dentro sería mucho peor. Ojo de Pez usa Razones para rociar la zona de la que procedía el cóctel, pero ahora que el costado del yate está iluminado por las llamas atraen mucho más fuego de armas cortas. A su luz Hiro ve chorros de sangre que descienden del refugio de Vic.

En el costado de babor ve algo largo y estrecho, hundido en el agua, de donde surge un torso humano. El hombre lleva el cabello largo caído sobre los hombros, y sostiene en una mano una lanza de dos metros y medio. La está lanzando en ese mismo momento.

El arpón vuela sobre seis metros de agua. El millón de facetas astilladas de su cabeza de vidrio refracta la luz y le da la apariencia de un meteoro. Alcanza a Ojo de Pez en la espalda, atraviesa fácilmente el tejido antibalas que lleva bajo el traje y sale por el otro lado del cuerpo. El impacto levanta a Ojo de Pez en el aire y lo arroja fuera del barco; cae de cara al agua, ya muerto.

Nota mental: las armas de Cuervo no se ven en el radar.

Hiro mira hacia donde estaba Cuervo, pero éste ya ha desaparecido. Otro dos latinos, codo con codo, saltan sobre la barandilla a unos tres metros de Hiro, pero quedan momentáneamente cegados por las llamas. Hiro saca su nueve, apunta hacia ellos y aprieta el gatillo una y otra vez hasta que ambos caen al agua. Ahora ya no sabe cuántas balas le quedan en el cargador.

Se oye una tos silbante, y la luz del incendio se atenúa hasta que finalmente desaparece. Eliot lo ha apagado con un extintor.

El yate se sacude bajo los pies de Hiro, que cae golpeando la cubierta con la cara y el hombro. Al levantarse comprende que acaban de embestir o ser embestidos por algo grande. Hay un sonido sordo, pies que corren sobre la cubierta. Hiro oye que algunas de esas pisadas se le acercan, suelta el wakizashi, desenvaina la katana y gira al mismo tiempo, asestándole con ella un golpe a alguien en el torso. Mientras, alguien le arrastra un cuchillo largo por la espalda, pero no atraviesa el tejido, sólo duele un poco. La katana se libera con facilidad, lo cual es pura suerte, porque olvidó frenar el golpe y podría haberse quedado atascada. Se da la vuelta, bloquea instintivamente una cuchillada de otro latino, alza la katana y la descarga sobre su sesera. Esta vez lo hace bien, mata sin hincar la hoja. Ahora los latinos lo atacan desde dos flancos. Hiro escoge una dirección, se balancea lateralmente y decapita a uno de ellos. Luego se vuelve. Otro latino camina hacia él por la inclinada cubierta, armado con una maza, pero a diferencia de Hiro, él no está guardando el equilibrio. Hiro se desliza hasta él manteniendo el centro de gravedad sobre los pies y lo empala con la katana.

Un latino contempla todo esto con asombro desde proa. Hiro le dispara, y el tipo se derrumba en la cubierta. Dos latinos más saltan del barco voluntariamente.

El yate está enredado en una telaraña de viejas sogas y redes de carga extendidas sobre la superficie del agua como trampa para idiotas como

ellos. El motor del yate trabaja, pero la hélice no se mueve; algo se ha enredado en el eje.

No hay ni rastro de Cuervo. Quizá en su contrato sólo estaba escrito el nombre de Ojo de Pez. Quizá no haya querido enredarse en la telaraña. O quizá tenía claro que, una vez eliminada Razones, los latinos podían encargarse del resto.

Eliot ya no está a los mandos. Ni siquiera está en el yate. Hiro lo llama a gritos, pero no hay respuesta, ni siquiera desde el agua. Lo último que hizo fue inclinarse sobre la borda con el extintor para apagar el fuego del cóctel molotov; debe de haberse caído por la borda cuando chocaron.

Están mucho más cerca del Enterprise de lo que había pensado. Durante la lucha deben de haber cubierto mucha distancia, acercándose más de lo que deberían. De hecho, en estos momentos la Almadía rodea a Hiro por todas partes. Los restos ardientes de las zodiacs lanzacócteles, enredadas en la red alrededor de ellos, proporcionan una iluminación exigua y fluctuante.

Hiro no cree que sea buena idea llevar el yate de vuelta hacia mar abierto. Es una zona demasiado competitiva. Sigue adelante. La maleta que hace las funciones de fuente de energía y depósito de munición de Razones está abierta junto a él; en la pantalla a color se lee un mensaje:

«Se ha producido un error fatal del sistema. Por favor, reinicie e inténtelo de nuevo».

Mientras Hiro mira, el sistema se congela y muere. Se ha colgado.

Vic ha caído abatido por una ráfaga de ametralladora y también ha muerto. A su alrededor, media docena de barcos surcan las olas, atrapados en la telaraña, todos ellos yates de hermoso aspecto. Pero son cascos vacíos, despojados de los motores y de todo lo demás. Como señuelos para patos frente al escondite de un cazador. En una boya cercana hay un cartel pintado a mano, en el que se lee COMBUSTIBLE en inglés y en otros idiomas.

Más lejos, hacia el mar, varios de los barcos que los perseguían han frenado, virando para mantenerse lejos de la telaraña. Saben que no pueden entrar aquí; éste es el dominio exclusivo de los nadadores cubiertos de grasa negra, las arañas de esta telaraña, casi todos los cuales están ahora muertos.

Adentrarse más en la Almadía no puede ser peor. ¿O sí? El yate tiene su propio bote, una zodiac hinchable de tamaño muy reducido, con un pequeño motor fueraborda. Hiro la baja hasta el agua.

—Yo ir con tú —dice una voz.

Hiro se gira con el arma en la mano, y se encuentra mirando al rostro del chaval filipino. El chico parpadea, parece un poco sorprendido pero no particularmente asustado. Al fin y al cabo, vivía con piratas. Y los cadáveres que hay por todo el yate tampoco parecen preocuparlo.

—Yo guía tú —dice el chico—. ba la zin ka nupa rata...

52 La dentata

T.A. espera tanto rato que le parece que ya debe de haber salido el sol, pero sabe que en realidad no pueden haber sido más de un par de horas. En cierto modo, ni siquiera importa. Nada cambia: la música suena, la cinta de vídeo con los dibujos animados se rebobina y vuelve a empezar, los hombres entran, beben y procuran que nadie los pille mirándola. Tanto daría que estuviese encadenada a la mesa; es imposible que pudiese encontrar el camino a casa desde aquí. Por tanto, espera.

De repente Cuervo está de pie ante ella. Lleva una ropa distinta, un húmedo y resbaladizo atuendo de pieles de animales o algo así. Tiene la cara roja y mojada; se nota que ha estado al aire libre.

—¿Has terminado tu trabajo?

—Más o menos —dice Cuervo—. He hecho lo suficiente.

—¿Qué quieres decir con «lo suficiente»?

—Quiero decir que no me gusta que me interrumpan en una cita por una gilipollez — dice Cuervo—. Así que he puesto un poco de orden, y que los gnomos se preocupen de los detalles.

—Yo me lo he pasado estupendamente aquí.

—Lo siento, cariño. Larguémonos de aquí —dice él, hablando con el tono tenso y vehemente de un hombre con una erección.

—Vayamos al Núcleo —dice Cuervo una vez han salido al aire fresco de la cubierta.

—¿Qué hay allí?

—Todo —explica él—. La gente que dirige todo este lugar. Pocos de éstos —dice, barriendo la Almadía con la mano— pueden ir allí, pero yo sí. ¿Quieres verlo?

—Claro, ¿por qué no? —dice T.A., odiándose por sonar tan boba, pero ¿qué va a decir si no?

Él la guía a través de una serie de pasarelas iluminadas por la luna, hacia los grandes buques del centro de la Almadía. Casi se podría llegar patinando hasta allí, pero habría que ser bueno de veras.

—¿Por qué eres distinto de los demás? —suelta T.A. sin pensárselo mucho. Pero parece una buena pregunta.

—Soy aleutiano —ríe él—. Soy diferente de muchas formas...

—No. Me refiero a que tu cerebro funciona de modo distinto —dice T.A.—. No estás chiflado. ¿Sabes a qué me refiero? No has mencionado la Palabra en toda la noche.

—Nosotros hacemos una cosa en los kayaks. Es parecido a hacer surf— explica Cuervo.

—¿De verdad? Yo también surfeo... entre el tráfico —dice T.A.

—No lo hacemos por diversión —sigue Cuervo—. Es parte de nuestra forma de vida. Vamos de isla a isla cabalgando las olas.

—Lo mismo que yo —dice T.A.—, excepto que yo voy de un fransulado a otro cabalgando los coches.

—Verás, el mundo está lleno de cosas más poderosas que nosotros. Pero si sabes cómo cabalgarlas, te llevan a sitios —dice Cuervo.

—Correcto. Entiendo perfectamente lo que dices.

—Eso es lo que yo hago con los ortos. Estoy de acuerdo con algunos aspectos de su religión, no con todos. Pero su movimiento tiene mucha fuerza. Tienen mucha gente y dinero y barcos.

—Y tú los estás cabalgando.

—Eso es.

—Guay, comparto el sentimiento. ¿Y qué intentas hacer? Quiero decir, ¿cuál es tu objetivo real?

Están cruzando una amplia plataforma. De repente él está detrás de ella, sus brazos la rodean, y tira de ella hacia su cuerpo. Los dedos de los pies de T.A. apenas tocan el suelo. Siente el frío de la nariz de Cuervo contra la sien y su cálido aliento en el oído. Siente hormigueos hasta la punta de los pies.

—¿Objetivo a corto plazo o a largo plazo? —susurra Cuervo.

—Eh... a largo plazo.

—Antes tenía un plan; iba a lanzar bombas atómicas sobre América.

—Oh. Bueno, eso sería bastante brutal.

—Quizá. Depende del humor que tenga. Aparte de eso, no tengo objetivos a largo plazo. —Cada vez que susurra algo, otra vaharada de aliento cosquillea en la oreja de T.A.

—¿A medio plazo, entonces?

—En unas cuantas horas, la Almadía se desintegrará —dice Cuervo—. Nos dirigimos a California, en busca de un lugar aceptable para vivir. Habrá quien intente detenemos, y mi trabajo es ayudar a la gente a llegar a la costa sana y salva. Así que se podría decir que me voy a la guerra.

—Oh, qué lástima —musita T.A.

—Por eso me resulta difícil pensar en nada que no sea el aquí y ahora.

—Sí, comprendo.

—He alquilado una habitación agradable para pasar mi última noche—dice Cuervo—. Tiene sábanas limpias. No por mucho tiempo, piensa T.A.

Ella había pensado que sus labios serían fríos y tiesos, como los de un pez, pero se sorprende de lo cálidos que son. De hecho, todas las partes de su cuerpo están calientes, como si fuese la única forma de mantener el calor en el Ártico.

A los treinta segundos de empezar el beso, él se inclina, pasa sus brazos grandes como muslos por la cintura de T.A. y la levanta en el aire de forma que sus pies ya no tocan la cubierta.

Se temía que la llevase a algún sitio horrible, pero resulta que ha alquilado un contenedor en lo más alto de uno de los grandes almacenes de carga del Núcleo. Ese sitio es prácticamente como un hotel de lujo para los grandes capitostes del Núcleo.

Intenta decidir qué hacer con las piernas, que ahora cuelgan inútiles. No está dispuesta a rodearlo con ellas; aún es demasiado pronto. Luego siente que se separan, mucho, muchísimo; los muslos de Cuervo deben de ser más grandes que la cintura de T.A. Él ha metido una pierna entre las suyas y ha apoyado el pie en una silla, de forma que quede

montada a horcajadas sobre el muslo, y con los brazos la atrae contra su cuerpo, apretando y aflojando, apretando y aflojando, de forma que ella se mece violentamente adelante y atrás con todo el peso apoyado en la entrepierna. Algún músculo enorme, la parte superior del cuadríceps, sobresale en el punto en que se une con el hueso de su pelvis, y cuando él la atrae aún más hacia sí y con más fuerza, ella acaba sentada sobre el músculo, tan apretada contra él que puede notar las costuras de la entrepierna del mono y las monedas que hay en el bolsillo de los vaqueros de Cuervo. Él desliza las manos hacia abajo, manteniéndola pegada, y le aprieta el culo con dos manos tan enormes que debe de ser como apretar un albaricoque, dedos tan largos que la rodean y se le meten entre las nalgas, y ella se mueve para intentar soltarse pero no hay adonde ir excepto hacia su cuerpo; T.A. interrumpe el beso y desliza el rostro contra su cuello ancho, suave y sin vello. Deja escapar un gritito que se transforma en un gemido, y entonces sabe que él ha tenido éxito, porque ella jamás hace ruido durante el sexo, pero esta vez no puede evitarlo.

Y cuando llega a esa conclusión, está impaciente por ir al grano. Puede mover los brazos y las piernas, pero la parte central de su cuerpo está como clavada y no se va a mover hasta que lo haga Cuervo. Y él no va a moverse hasta que ella lo obligue, así que dedica su atención a la oreja. Normalmente eso suele bastar.

El trata de huir. Cuervo intentando huir de algo. Le encanta la idea. Los brazos de T.A. son tan fuertes como los de un hombre, de tanto colgar del arpón en las autopistas, así que se los anuda como un tomillo alrededor de la cabeza, le aprieta la frente contra su sien y comienza a girar la punta de la lengua alrededor del pliegue exterior de su oreja.

Él se queda paralizado durante un par de minutos, respirando con suavidad mientras ella se abre camino hacia el interior, y cuando finalmente empuja la lengua contra su oído corcovea y gruñe como si lo hubiesen arponeado, la levanta de su pierna y le da una patada a la silla, que va a parar al otro lado de la sala con tanta fuerza que se rompe contra la pared del contenedor. Ella se siente caer de espaldas en el futón y durante un instante cree que va a quedar aplastada, pero él apoya sobre los codos todo el peso del cuerpo, excepto el de la pelvis, que choca contra ella, enviando una descarga eléctrica de placer que sube por la espalda de T.A. y baja por sus piernas. Sus muslos y pantorrillas se han vuelto sólidos y prietos como si los hubiesen llenado

de jugo, y no puede relajarlos. Él se inclina sobre el codo, separando un instante sus cuerpos, planta la boca sobre la de ella para mantener el contacto, le llena la boca con la lengua y la sostiene ahí mientras con una mano suelta el cierre del cuello del mono de T.A. y baja la cremallera hasta la entrepierna; el mono queda abierto, exponiendo una amplia V de piel que converge desde sus hombros. Él vuelve a ponerse sobre ella, agarra los hombros del mono con las dos manos y lo baja con fuerza, empujando los brazos de T.A. contra el cuerpo y amontonando el tejido bajo su cintura de forma que esté arqueada hacia él. Luego se mete entre sus muslos apretados, todos esos músculos de patinadora tensados al límite, y baja las manos para volver a apretarle el culo, esta vez con su cálida piel contra la de ella, de forma que es como sentarse en una parrilla caliente untada con mantequilla, y hace que sienta aún más calor en todo el cuerpo.

Llegados a este punto hay algo que ella debería recordar. Algo de lo que tiene que ocuparse. Algo importante. Una de esas tareas pesadas que parecen muy lógicas cuando piensas en ellas en abstracto, pero que, en momentos como éste, parecen tan profundamente irrelevantes que ni se te pasan por la cabeza.

Le suena que tiene que ver con la contracepción, o algo así. Pero T.A. está inerme de pasión, así que tiene excusa. Por tanto se retuerce y agita las rodillas hasta que el mono y las bragas se bajan hasta los tobillos.

Cuervo se desnuda completamente en tres segundos. Se arranca la camiseta y la tira por ahí, se quita los pantalones y los aleja de una patada. Su piel es tan suave como la de ella, como la piel de un mamífero que nada en el mar, pero no es frío ni parecido a un pez, sino cálido. No le ve la polla, pero tampoco quiere hacerlo, ¿para qué, al fin y al cabo?

Le ocurre algo que jamás le había pasado antes: se corre en cuanto él la penetra. Es como si un relámpago estallase en su centro y descendiese por las piernas en tensión y le subiese por la columna vertebral y llegase hasta los pezones; traga aire hasta que las costillas parecen a punto de atravesar la piel y luego lo suelta con un grito. Sólo uno. Probablemente Cuervo se haya quedado sordo; pero es su puñetero problema.

Se relaja, y él también. Debe de haberse corrido al mismo tiempo. No importa; es pronto, y el pobre Cuervo estaba más caliente que un perro de tanto estar en el mar. Más tarde le exigirá mayor resistencia.

Por el momento se contenta con permanecer debajo de él y absorber calor. Lleva días muerta de frío. Los pies, que cuelgan en el aire, siguen estando fríos, pero eso sólo hace que el resto de ella aún se sienta mejor.

Cuervo también parece complacido; extrañamente complacido. Qué felicidad. Casi todos los tíos ya estarían haciendo zapping en la tele, pero Cuervo no. No le importa estar ahí tumbado toda la noche, respirando suavemente sobre el cuello de T.A. De hecho, se ha quedado dormido sobre ella, como lo haría una mujer.

Ella también dormita. Reposa unos minutos, mientras un montón de pensamientos cruza su cabeza.

Este lugar es bastante agradable, como un hotel de precio medio para ejecutivos en el Valle. Nunca imaginó que existiese algo así en la Almadía; pero aquí también hay ricos y pobres, como en todas partes.

Cuando llegaron a cierto pasillo, no lejos del primer gran buque del Núcleo, un guardia armado bloqueaba el paso. Dejó pasar a Cuervo, que llevaba a T.A. de la mano, y le echó una mirada a T.A. pero no dijo nada; toda su atención se centraba en Cuervo.

Tras eso el camino se volvió mucho más agradable. Amplio como un paseo marítimo, y no tan abarrotado de viejas chinas cargadas con gigantescos fardos sobre la espalda. Y ya no olía tanto a mierda.

Al llegar al primer buque del Núcleo, una escalera los llevó desde el nivel del mar hasta la cubierta. Desde allí cruzaron una pasarela hasta las entrañas de otro barco, y Cuervo la guió por aquel sitio como si hubiese estado allí un millón de veces, y por último cruzaron otra pasarela hasta este carguero. Y era como un puñetero hotel: botones de guantes blancos que llevaban las maletas de tipos trajeados, un mostrador para registrarse, de todo. Seguía siendo un barco, todo de metal repintado de blanco un millón de veces, pero no como se lo esperaba. Incluso hay un helipuerto para que los ejecutivos puedan ir y volver. Junto a él hay aparcado un helicóptero con un logotipo que ya ha visto antes: Rife Advanced Rese-arch Organizatíon. RARO. La gente que le dio el sobre para llevar al cuartel general del MOGRE. Todo empieza a encajar por fin: los Feds y L. Bob Rife y las Puertas Perladas

del Reverendo Wayne y la Almadía, todos forman parte del mismo asunto.

—¿Quién coño es toda esa gente? —le preguntó a Cuervo cuando los vio; pero él la hizo callar.

Se lo preguntó de nuevo más tarde, mientras buscaban su habitación, y él le dijo: esos tipos trabajan para L. Bob Rife. Programadores, ingenieros y expertos en comunicaciones. Rife es un hombre importante. Dirige un monopolio.

—¿Rife está aquí? —le preguntó ella, fingiendo, por supuesto. A esas alturas ya lo había deducido.

—Shh —dijo él.

Bonita intel. A Hiro le encantaría, si pudiera hacérsela llegar. Pero incluso eso va a resultar fácil. Nunca pensó que hubiese terminales del Metaverso en la Almadía, pero en este barco hay toda una fila de ellos, para que los trajeados visitantes puedan conectarse con la civilización. Lo único que tiene que hacer es llegar a uno sin que Cuervo se despierte. Eso puede resultar complicado. Lástima que no pueda drogarlo, como en las películas sobre la Almadía.

Y entonces es cuando lo comprende todo. Brota de su subconsciente como las pesadillas. O como cuando te marchas de casa y a la media hora recuerdas que te dejaste la tetera en el fuego. Es una realidad fría y pegajosa sobre la que T.A. no puede hacer nada.

Por fin ha recordado qué era ese fastidioso pensamiento que la molestó durante un instante, justo antes de joder.

No tenía nada que ver con la contracepción. Ni con la higiene.

Era la dentata. La última línea de autodefensa personal. La única cosa, junto con las chapas de Tío Enzo, que los ortos no le quitaron. No lo hicieron porque no practican el registro de cavidades corporales.

Lo que significa que en el momento en que Cuervo la penetró, una minúscula aguja hipodérmica se deslizó imperceptiblemente en la hinchada vena frontal de su pene, lanzando a su flujo sanguíneo un cóctel de potentes narcóticos y tranquilizantes.

Cuervo ha sido arponeado en el sitio que menos se esperaba. Ahora dormirá al menos cuatro horas.

Y luego, buf, vaya si va a estar cabreado.

53 El guia tagalo

Hiro recuerda el aviso de Eliot: no adentrarse en la Almadía sin un guía local. Este chico debe de ser un refu al que Bruce Lee reclutó en algún barrio filipino de la Almadía.

El chaval se llama Transubstanciación; Trani para abreviar. Se sube a la zodiac antes de que Hiro le diga nada.

—Un momento —dice Hiro—. Tenemos que empaquetar unas cosas.

Hiro se arriesga a encender una pequeña linterna y la usa para hurgar por el yate, recogiendo cosas valiosas: unas cuantas botellas de agua (supuestamente) potable, algo de comida, munición extra para su nueve. También coge uno de los garfios, enrollando cuidadosamente el cable. Da la sensación de que podría resultar útil en la Almadía.

Aún tiene que encargarse de otra cosa, una que no le apetece hacer.

Hiro ha vivido en muchos sitios donde los ratones e incluso las ratas eran un problema. Solía librarse de esos animales mediante trampas, pero luego tuvo una racha de mala suerte con ellas. En mitad de la noche oía cómo saltaba una con un chasquido, y en vez de hacerse el silencio, era seguido por los lastimeros chillidos y golpeteos del roedor herido que intentaba arrastrarse hasta la seguridad de su guarida con una parte del cuerpo, generalmente la cabeza, atrapada en la trampa. Cuando te has despertado a las tres de la madrugada y has encontrado un ratón vivo que va dejando un reguero de sesos por la formica de la cocina, es difícil volver a dormir, así que ahora prefiere poner veneno.

De forma más o menos similar, un hombre malherido, el último al que disparó Hiro, se retuerce en la cubierta cerca de proa, balbuceando.

Ahora mismo, más que ninguna otra cosa que haya hecho jamás, lo que Hiro quiere es subirse a esa zodiac y alejarse de esa persona. Sabe que para ayudarla, o librarla de su sufrimiento, tendrá que iluminarla con la linterna, y que cuando lo haga verá algo que nunca podrá olvidar.

Pero tiene que hacerlo. Traga saliva un par de veces porque ya tiene ganas de vomitar, y sigue la luz de la linterna hasta la proa.

Es mucho peor de lo que se esperaba.

Al parecer el hombre recibió un balazo en el puente de la nariz, hacia arriba. Por encima de ese punto, todo está más o menos destrozado. Hiro está viendo un corte transversal de su cerebro.

Algo le sale de la cabeza. Hiro imagina que son fragmentos del cráneo o algo así, pero es demasiado suave y regular para tratarse de eso.

Ahora que ya ha logrado aguantarse las náuseas iniciales le resulta más fácil mirar. Sabe que este tipo ya no sufre. Le falta más de la mitad del cerebro. Aún habla; su voz suena sibilante y nasal, como un órgano desafinado, a causa de los cambios sufridos por su cráneo, pero no es más que un reflejo neural, como una contracción de las cuerdas vocales.

Lo que sale de su cabeza es una antena plegable de aproximadamente treinta centímetros. Está forrada de goma negra, como las antenas de los walki taikis de la policía, y está sujeta a su cabeza por detrás del oído izquierdo. Es uno de los tipos con antenas en la cabeza acerca de quienes los previno Eliot.

Hiro agarra la antena y tira. Vale la pena que se lleve los auriculares; puede que tenga relación con el método que usa L. Bob Rife para mantener el control de la Almadía.

No se suelta. Cuando Hiro tira, lo que queda de la cabeza del tipo se dobla a un lado, pero la antena no se suelta. Y por fin Hiro comprende que no son unos auriculares. La antena está injertada en la base del cráneo.

Hiro conecta el radar milimétrico de su visor y estudia los restos de la cabeza del hombre.

La antena está sujeta al cráneo con unos tomillos cortos que se fijan al hueso pero no lo atraviesan. La base de la antena contiene unos cuantos microchips, cuyo propósito Hiro no puede averiguar a simple vista. Pero hoy en día se puede poner un superordenador en un chip, así que si hay más de uno en un mismo sitio, es que es algo potente.

Un único cable, delgado como un cabello, emerge de la base de la antena y penetra en el cráneo. Atraviesa el tronco cerebral y luego se ramifica y se ramifica en una red de pequeñísimos cables incrustados en el tejido cerebral. Enrollados en la base del árbol.

Eso explica por qué este tipo sigue soltando un chorro continuo de balbuceos aunque le falte el cerebro: parece que L. Bob Rife ha encontrado una forma de establecer contacto eléctrico con la parte del cerebro donde vive Ashera. Esas palabras no se originan aquí. Es una emisión de radio pentecostal que le llega a través de la antena.

Razones sigue arriba, con su pantalla radiando estática azul hacia el cielo. Hiro busca el interruptor y lo desconecta. Se supone que los or-

denadores de esta potencia se desconectan ellos solos cuando se lo pides; apagar uno con el interruptor es como cortarle la columna vertebral a alguien para hacer que se duerma. Pero cuando el sistema se ha colgado pierde hasta la capacidad de desconectarse automáticamente, y hacen falta métodos más primitivos. Hiro mete la ametralladora Gatling en su maleta y la cierra.

Quizá no sea tan pesada como pensaba, o quizá es que sufre una sobredosis de adrenalina. Luego comprende por qué parece más ligera: gran parte de su peso era munición, y Ojo de Pez usó bastante. Medio la carga medio la arrastra hasta la popa, procurando que el radiador siga en el agua, y la echa en la zodiac.

Se sube a la lancha, reuniéndose con Trani, e intenta arrancar el motor.

—No motor —dice Trani—. Enredo malo.

Cierto. La telaraña se enredaría en la hélice. Trani le muestra cómo sujetar los remos en los toletes.

Hiro boga durante un rato, hasta que descubre una larga zona despejada que zigzaguea a través de la Almadía, como una pista de agua abierta entre témpanos flotantes en el Ártico.

—Motor okey —dice Trani.

Hiro mete el motor en el agua. Trani tira del cordón de arranque del motor. Arranca al primer tirón; en el barco de Bruce Lee la disciplina era estricta.

Cuando se adentra en el espacio abierto, Hiro teme que resulte ser una pequeña cala en el gueto, pero se trata sólo de un efecto de la iluminación. Al rodear una esquina ve que se extiende en la distancia. Es una especie de cinturón de circunvalación que da la vuelta a la Almadía. Pequeñas calles y pasajes aún más pequeños llevan a los diversos guetos. A juzgar por lo que se ve desde aquí, las entradas están vigiladas. Cualquiera puede recorrer el cinturón, pero la gente vigila sus barrios con mayor celo.

Lo peor que te puede ocurrir en la Almadía es que tu barrio se suelte y quede a la deriva. Por eso es un enredo tan enmarañado. Cada barrio teme que los vecinos se alien en su contra y los abandonen para que mueran de hambre en el Pacífico, así que buscan constantemente nuevos modos de atarse unos a otros, pasando cables por encima, por debajo y alrededor de los vecinos, sujetándose a barrios más amplios, o preferiblemente a alguno de los buques del Núcleo.

No hace falta decir que los guardias de los barrios están armados. El arma favorita parece ser una pequeña imitación china del AK-47. Su armazón de metal destaca con nitidez en el radar. El gobierno chino debió de fabricar montones de cosas de ésas, en los viejos tiempos cuando aún se pasaban la vida pensando en la posibilidad de tener una guerra convencional con los soviéticos.

La mayoría tiene el aspecto de indolentes milicianos de cualquier lugar del Tercer Mundo. Pero a la entrada de un barrio, Hiro ve que una antena brota de la cabeza del guardia al mando y se alza en el aire.

Pocos minutos después llegan a un punto en el que el cinturón de circunvalación se cruza con una amplia calle que va directamente al centro de la Almadía, donde están los grandes barcos: el Núcleo. El más cercano es un carguero japonés portacontenedores: un buque bajo, de cubierta plana y puente muy alto, con un montón de contenedores de acero apilados. Está cubierto de escaleras de cuerda y escalerillas improvisadas para permitir a la gente subir a un contenedor o a otro. En muchos de los contenedores se ven luces.

—Pisos —bromea Trani al notar el interés de Hiro. Luego sacude la cabeza, hace rodar los ojos y frota el pulgar contra el índice. Parece que se trata de un barrio elegante.

La parte agradable del paseo termina cuando observan varios veloces esquifes que surgen de un barrio oscuro y humeante.

—Banda vietnamita —dice Trani. Pone la mano sobre la de Hiro y, suave pero firmemente, se la quita del acelerador del motor fueraborda. Hiro los observa con el radar. Un par de ellos llevan de esos pequeños AK-47, pero la mayoría están armados con cuchillos y pistolas; evidentemente buscan el contacto personal, cara a cara. Los tipos de las barcas son, claro está, los peones. La gente de apariencia más importante permanece junto al límite del barrio, fumando y observando. Dos de ellos llevan antenas.

Trani acelera y gira hacia un barrio despejado de daus árabes poco interconectados, maniobrando un rato en la oscuridad. De vez en cuando, pone una mano sobre la cabeza de Hiro y lo obliga suavemente a agacharse para que no se enganche el cuello en alguna amarra.

Cuando emergen de la flota de daus la banda vietnamita ya no está a la vista. Si esto hubiese ocurrido de día los podrían haber detectado siguiendo el vapor de Razones. Trani dirige la barca hacia una calle de tamaño mediano y de ahí a un grupo de barcas de pesca. En el centro

hay un viejo pesquero a medio desguazar; los sopletes eléctricos iluminan la negra superficie del agua. Pero casi todo el trabajo se lleva a cabo con martillos y escoplos, que emiten un ruido atronador que reverbera en el agua.

—Mi casa —dice Trani sonriendo, y señala a un par de casas flotantes atadas entre sí. Aún tienen las luces encendidas, y en la cubierta hay dos tipos fumando gordos puros hechos a mano; a través de las ventanas se ve a un par de mujeres que se afanan en la cocina.

Cuando se aproximan, los tipos de la cubierta se dan cuenta y sacan revólveres de sus cinturones; pero entonces Trani suelta un animado chorro de tagalo y todo cambia.

Trani disfruta de un recibimiento completo al más puro estilo Hijo Pródigo: histéricas gordas llorosas, un enjambre de niños pequeños que saltan de sus hamacas chupándose los pulgares y dando botes arriba y abajo. Hombres sonrientes, con grandes huecos y manchas negras en la sonrisa, los observan, asintiendo, y de vez en cuando se aproximan para darle un abrazo.

Y al otro lado del gentío, casi oculto en la oscuridad, hay un tipo con una antena en la cabeza.

—Tú venir también —dice una de las mujeres, una cuarentona llamada Eunice.

—No hay problema —dice Hiro—. No quiero ser una molestia.

Esa declaración es traducida y recorre como una ola los aproximadamente ochocientos noventa y seis filipinos que han terminado por reunirse en la zona. Es recibida con la más profunda consternación. ¿Molestia? ¡Impensable! ¡Tonterías! ¿Cómo osas insultamos?

Uno de los tipos con agujeros en la dentadura, un viejecito minúsculo y probable veterano de la Segunda Guerra Mundial, salta a la bamboleante zodiac, se pega al suelo como una salamandra, pasa un brazo por los hombros de Hiro y le mete en la boca un petardo.

Parece un buen tipo.

—Compadre, ¿quién es el de las antenas? —pregunta Hiro inclinándose sobre él—. ¿Un amigo vuestro?

—No —susurra el hombre—, un gilipollas. —Luego se lleva el índice a la boca con un gesto dramático para indicar silencio.

54 Conexión

El truco está en los ojos. Además de quitarse esposas, saltar barreras de autopista y esquivar pervertidos, es una de las habilidades prototípicas de los korreos: caminar por un sitio al que no perteneces sin despertar sospechas. Y el truco consiste en no mirar a nadie. Mantienes los ojos al frente pase lo que pase, sin abrirlos demasiado ni parecer tenso. Eso, y el hecho de que T.A. llegó aquí con un tipo que tiene a todo el mundo acojonado, le permite atravesar el portacontenedor y llegar a recepción.

—Necesito una terminal de la Calle —le dice al recepcionista—. ¿Puede cargarlo a mi habitación?

—Sí, señorita —dice el recepcionista. No le hace falta preguntar en qué habitación está. Es todo sonrisas y respeto, un tratamiento que uno no recibe muy a menudo siendo korreo.

T.A. podría llegar a acostumbrarse a esta relación con Cuervo, si no fuera porque él es un asesino mutante.

55 Millones

Hiro se escabulle temprano de la cena en honor de Trani, arrastra a Razones de la zodiac al porche de la casa flotante, abre la maleta y conecta su ordenador personal a la bios.

Razones se reinicializa sin problemas, como era de esperar. También es de esperar que más adelante, cuando más necesite que Razones funcione, se cuelgue de nuevo, como le pasó a Ojo de Pez. Podría apagarlo y encenderlo cada vez que ocurra, pero resulta incómodo en el fragor del combate, y no es una solución muy admirable para un hacker. Sería más sensato depurar el código.

Podría hacerlo a mano, si tuviese tiempo, pero quizá haya una forma mejor. Es posible que a estas alturas Industrias de Seguridad Ng haya arreglado los problemas y tenga una versión nueva del software. Si es así debería poder conseguir una copia en la Calle.

Hiro se materializa en su despacho. El Bibliotecario asoma la cabeza desde la habitación contigua, por si Hiro tiene alguna pregunta para él.

—¿Qué significa «ultima ratio regum»?

—«El argumento definitivo de los reyes» —dice el Bibliotecario—. Luis XIV hizo que lo grabasen en todos lo cañones que se forjaron durante su reinado.

Hiro se pone de pie y sale al jardín. Su motocicleta espera en el sendero de grava que lleva hasta la puerta. Al mirar sobre la verja Hiro distingue las luces del Centro en la distancia. Su ordenador ha logrado conectarse con la red global de L. Bob Rife; tiene acceso a la Calle. Es lo que Hiro esperaba. Seguramente Rife tiene enlaces por satélite en el Enterprise, conectados a una red celular que cubre la Almadía. De lo contrario no podría alcanzar el Metaverso desde su fortaleza acuática, y un hombre como Rife jamás aceptaría eso.

Hiro se monta en la moto, cruza el barrio hasta llegar a la Calle y luego la pone a varios cientos de kilómetros por hora, sorteando los soportes del monorraíl para practicar. Unas cuantas veces choca contra uno y se para en seco, pero era de esperar.

Industrias de Seguridad Ng ocupa un piso completo de un rascacielos de neón cerca de Puerto Uno, en mitad del Centro. Como todo lo demás en el Metaverso, abre veinticuatro horas al día, porque siempre es horario comercial en algún lugar del mundo. Hiro deja la moto en la Calle y toma el ascensor hasta el piso 397, donde se encuentra con un demonio recepcionista femenino. Durante un instante no logra discernir su grupo racial; por fin se da cuenta de que es medio negra medio asiática, como él. Si del ascensor hubiese salido un blanco, probablemente habría sido una rubia. Un ejecutivo japonés se habría encontrado con una vivaracha oficinista japonesa.

—Dígame, señor —dice ella—. ¿Se trata de una cuestión de ventas o de atención al cliente?

—Atención al cliente.

—¿Para quién trabaja usted?

—Elija un grupo y seguro que acierta.

—¿Disculpe? —Igual que a los recepcionistas humanos, al demonio no se le da nada bien la ironía.

—En este momento creo que trabajo para la Corporación Central de Inteligencia, la Mafia y el Gran Hong Kong de Mr. Lee.

—Comprendo —dice la recepcionista, anotándolo. Igual que a cualquier recepcionista humano, es imposible impresionarla—. ¿De qué producto se trata?

—Razones.

—Bienvenido a las Industrias de Seguridad Ng, señor —dice otra voz. Es otro demonio, una atractiva mujer afroasiática con un traje muy profesional, que acaba de materializarse desde las profundidades de la oficina.

Conduce a Hiro a través de un largo corredor revestido de hermosos paneles, luego a lo largo de otro largo corredor con paneles, y por fin a través de un largo corredor con paneles. Cada pocos pasos dejan atrás salas de espera donde avatares de todo el mundo aguardan sentados. Pero Hiro no tiene que esperar. Ella lo guía hasta un gran despacho cubierto de paneles, donde hay un asiático sentado tras un escritorio lleno a rebosar con maquetas de helicópteros. Es el señor Ng en persona. Se pone de pie, y ambos intercambian reverencias; la ujier se marcha.

—¿Trabaja con Ojo de Pez? —dice Ng encendiendo un puro. El humo se arremolina ostentosamente en el aire. Para modelar de forma realista el humo que brota de la boca de Ng hace falta tanta potencia de cálculo como para simular el sistema climático de todo el planeta.

—Está muerto —aclara Hiro—. Razones se colgó en un momento crítico y él se comió un arpón.

Ng no reacciona, sino que se queda inmóvil un momento, absorbiendo la información, como si a sus clientes los arponeasen todos los días. Es probable que tenga una base de datos mental de todas las personas que hayan usado alguna vez uno de sus juguetes y qué les ha sucedido.

—Le dije que era una beta —se queja Ng—. Jamás debió usarla en combate. Un cortaplumas de dos dólares le habría hecho mejor servicio.

—Estoy de acuerdo, pero le había cogido cariño.

—Aprendimos en Vietnam —dice Ng pensativo, exhalando más humo— que las armas de alta potencia sobrecargan de tal forma los sentidos que son como drogas psicoactivas. Como el LSD, que puede hacer que alguien se convenza de que puede volar y se tire por la ventana, las armas vuelven a la gente demasiado confiada y desvirtúan su buen juicio táctico. Como le ha pasado a Ojo de Pez.

—Procuraré no olvidarlo —dice Hiro.

—¿En qué clase de entorno de combate desea usar Razones? —pregunta Ng.

—Necesito capturar un portaaviones mañana por la mañana.

—¿El Enterpríse?

—Sí.

—¿Sabe? —dice Ng, que parece estar de humor para charlas—, un tipo llegó a capturar un submarino lanzamisiles armado únicamente con un trozo de vidrio...

—Sí, es el tipo que se cargó a Ojo de Pez. Puede que también yo tenga que enfrentarme con él.

—¿Cuál es su objetivo final? —ríe Ng—. Como ya sabe, estamos juntos en esto, así que puede compartir sus pensamientos conmigo.

—En este caso preferiría un poco de discreción...

—Demasiado tarde para eso, Hiro —dice otra voz. Hiro se da la vuelta; es Tío Enzo, al que una recepcionista, una italiana imponente, acaba de acompañar hasta el despacho. Unos pasos detrás de él hay un pequeño hombre de negocios asiáticoy una recepcionista asiática.

—Me tomé la libertad de llamarlos cuando usted llegó —dice Ng—, para que pudiésemos celebrar una reunión.

—Un placer —dice Tío Enzo, haciendo una ligera reverencia a Hiro.

—Lamento de verdad lo del coche, señor —dice Hiro, devolviéndole la reverencia.

—Está olvidado —responde Tío Enzo.

El hombrecito asiático ha entrado en la sala, e Hiro logra reconocerlo. Es el de la foto que hay en la pared de todos los Gran Hong Kong de Mr. Lee del mundo.

Nueva ronda de presentaciones y reverencias. Varias sillas se han materializado de súbito en el despacho, así que todo el mundo coge una. Ng sale de detrás de su escritorio, y todos se sientan en círculo.

—Vayamos al grano, ya que supongo que su situación, Hiro, es más precaria que la nuestra —dice Tío Enzo.

—Tiene toda la razón, señor.

—A todos nos gustaría saber qué diablos está pasando —dice Mr. Lee. Su inglés está casi desprovisto de acento chino; está claro que su imagen pública, de tonto simpático, no es más que una fachada.

—¿Cuánto han averiguado hasta el momento?

—Cosas aquí y allá —confiesa Tío Enzo—. ¿Cuánto ha averiguado usted?

—Casi todo —dice Hiro—. Y en cuanto hable con Juanita tendré el resto.

—En ese caso, está en posesión de intel muy valiosa —dice Tío Enzo. Mete la mano en el bolsillo y extrae una hipertarjeta, que pasa a Hiro. Dice:

Hiro extiende la mano y toma la tarjeta.

En algún lugar de la Tierra, dos ordenadores intercambian cortas ráfagas de ruido electrónico y el dinero se transfiere de la cuenta de la Mafia a la de Hiro.

—Usted se encarga de repartírselo con T.A. —dice Tío Enzo.

Hiro asiente. Y tanto que sí.

56 Control lingüístico neuronal

—He ido a la Almadía en busca de un programa, en realidad un antivirus, escrito hace cinco mil años por un personaje sumerio llamado Enki, un hacker neurolingüístico.

—¿Qué significa eso? —pregunta Mr. Lee.

—Alguien capaz de programar la mente de otras personas mediante flujos verbales de datos, llamados nam-shubs.

Ng se muestra inexpresivo. Da otra calada a su puro y lanza el humo hacia arriba como un geiser, observando cómo se extiende por el techo.

—¿Cuál es el mecanismo? —pregunta.

—Tenemos dos clases de lenguaje. El que usamos ahora es adquirido. Cuando lo aprendemos modifica nuestro cerebro. Pero existe también una lengua, basada en las estructuras profundas del cerebro, que tenemos todos. Esas estructuras son los circuitos neuronales básicos que le permiten al cerebro adquirir lenguajes de más alto nivel.

—Infraestructura lingüística —resume Tío Enzo.

—Sí. Supongo que «estructura profunda» e «infraestructura» significan lo mismo. En cualquier caso, el hecho es que bajo ciertas condiciones podemos acceder a esas partes del cerebro. La glosolalia, el don de lenguas, es la manifestación de salida, cuando las estructuras lingüísticas profundas conectan con el aparato fonador, pasando por encima de los lenguajes adquiridos de más alto nivel. Eso se sabe desde hace tiempo.

—¿Insinúa que hay también una forma de entrada? —dice Ng.

—Exactamente. También funciona a la inversa. En las condiciones adecuadas, los oídos, o los ojos, pueden conectar con las estructuras profundas, saltándose las funciones superiores del lenguaje. Es decir, alguien que conozca las palabras adecuadas puede hablar, o mostrar símbolos visuales, que atraviesan todas las defensas y descienden directamente hasta el tronco cerebral. Es como un pirata que invade un sistema informático, se salta las medidas de seguridad y se conecta con el núcleo, que le permite ejercer el control absoluto de la máquina.

—En un caso así, los propietarios del ordenador quedan totalmente indefensos —dice Ng.

—Exacto. Porque tienen acceso a la máquina a un nivel más alto, que ahora está anulado. En ese sentido, una vez que un hacker neurolingüístico se conecta con las estructuras profundas de nuestro cerebro, no podemos sacarlo, porque no podemos controlar el cerebro a un nivel tan básico.

—¿Qué tiene que ver todo esto con la tablilla de arcilla que hay en el Enterprise? — pregunta Mr. Lee.

—Permítanme seguir y pronto lo comprenderán. Ese lenguaje, la lengua original, es un vestigio de una fase más temprana del desarrollo social de la humanidad. Las sociedades primitivas se controlaban mediante reglas verbales denominadas *me*. Los *me* eran como pequeños programas para las personas. Fueron parte necesaria de la transición de las sociedades cavernícolas a las sociedades agrícolas organizadas. Por ejemplo, había un programa para arar un surco en la tierra y sembrar grano. Uno para hacer pan y otro para construir una casa. Incluso había *me* para funciones más elevadas como la guerra, la diplomacia y los rituales religiosos. Todas las habilidades necesarias para hacer funcionar una cultura autosuficiente estaban contenidas en esos *me*, que estaban escritos en tablillas o se transmitían mediante tradición oral. En cualquier caso, el depósito de los *me* era el templo local, que era una base de datos de me controlada por un rey sacerdote a quien llamaban *en*. Cuando alguien necesitaba pan, iba al *en* o a cualquiera de sus subordinados y descargaba del templo el *me* de hacer pan. Luego seguía las instrucciones y ejecutaba el programa; cuando terminaba, tenía una hogaza de pan.

»Era necesaria una base de datos centralizada, entre otras razones, porque algunos de los *me* tenían que ser sincronizados de forma adecuada. Si se ejecutaba el *me* de arar y sembrar en la época del año incorrecta, la cosecha fracasaría y todos morirían de hambre. La única forma de asegurarse de que los *me* se ejecutaban en el momento adecuado era construir observatorios astronómicos para vigilar los cielos y prever los cambios de estación. Por eso los sumerios construyeron torres "con el techo en el cielo", es decir, con diagramas astronómicos en el techo. Los *en* vigilaban el cielo y distribuían los *me* de agricultura en los momentos correctos del año para que la economía siguiese funcionando.

—Hay un problema del estilo del huevo y la gallina —dice Tío Enzo—. ¿Cómo se organizó por vez primera una sociedad así?

—Existe una entidad de información llamada metavirus, que hace que los sistemas de información se autoinfecten con virus personalizados. Puede que se trate de un principio básico de la naturaleza, como la selección darwiniana, o un fragmento de auténtica información que flota en el universo sobre los cometas y las ondas de radio; no estoy seguro. En cualquier caso, el resultado es el siguiente: cualquier sistema de información de complejidad suficiente se infectará inevitablemente de virus, que se originarán en el interior del propio sistema.

»En algún momento del pasado remoto, el metavirus infectó a la raza humana, y ha permanecido con nosotros desde entonces. Lo primero que hizo fue abrir una caja de Pandora de virus que afectan al ADN: viruela, gripe, etcétera. La salud y la longevidad se convirtieron en cosas del pasado. Un recuerdo distante de eso pervive en las leyendas de la Pérdida del Paraíso, en las que la humanidad fue expulsada de una vida de paz a un mundo infectado con la enfermedad y el dolor.

»Con el tiempo, la plaga alcanzó una especie de fase de estabilidad. Aún surgen virus que modifican el ADN de vez en cuando, pero parece que nuestros cuerpos han desarrollado una resistencia genérica contra ellos.

—Quizá —ofrece Ng— exista un número limitado de virus que puedan afectar al ADN humano, y el metavirus ya los ha creado todos.

—Podría ser. En cualquier caso, la cultura sumeria, la sociedad basada en los *me*, era otra manifestación del metavirus, pero en ese caso en forma lingüística y no de ADN.

—Perdone —interrumpe Mr. Lee—. ¿Está diciéndonos que la civilización comenzó como una infección?

—La civilización en su forma más primitiva, sí. Cada *me* era una especie de virus, creado por el principio del metavirus. Pensemos por ejemplo en el *me* de hacer pan. Cuando ese *me* entró en la sociedad, se convirtió en información automantenida. Es una sencilla cuestión de selección natural: la gente que sabe hacer pan vivirá mejor y será más capaz de reproducirse que la gente que no sabe cómo hacerlo. Naturalmente, extenderán el *me*, actuando como anfitriones para ese fragmento de información autorreplicante. Eso lo convierte en un virus. La cultura sumeria, con sus templos llenos de *me*, no era más que una recopilación de virus de gran éxito acumulada a lo largo de los milenios.

Era una franquicia, pero tenía zigurats en vez de pórticos dorados, y tablillas de arcilla en vez de manuales.

»La palabra sumeria para decir "mente", o "sabiduría", es la misma que significa "oreja". Eso es lo que era la gente: orejas unidas a cuerpos. Receptores pasivos de información. Pero Enki era diferente. Enki era un *en* que resultó especialmente bueno en su trabajo. Tenía la insólita habilidad de escribir nuevos *me*, era un hacker. Fue, de hecho, el primer hombre moderno, un ser humano totalmente consciente, como nosotros.

»En algún momento, Enki comprendió que Sumer estaba atascado en un bache. La gente usaba continuamente los mismos viejos me, sin inventar otros nuevos ni pensar por sí mismos. Sospecho que se sentía solo, al ser uno de los pocos seres humanos, o quizá el único, plenamente consciente. Comprendió que para que la raza humana avanzase tenía que liberarse de las garras de la civilización viral.

»Por eso creó el nam-shub de Enki, un antivirus que se expandía por las mismas vías que los *me* y el metavirus. Se adentraba en las estructuras profundas del cerebro y las reprogramaba. A partir de ese momento, nadie podía entender la lengua sumeria, ni ningún otro lenguaje basado en las estructuras profundas. Al vernos desprovistos de esas estructuras comunes, empezamos a desarrollar lenguajes que no tenían nada en común entre sí. Los *me* ya no funcionaban y era imposible escribir nuevos *me*. Se bloqueaba así la transmisión del metavirus.

—¿Por qué no se murió de hambre la gente, al haber perdido el *me* de hacer pan? — pregunta Tío Enzo.

—Probablemente algunos murieron; los demás tuvieron que usar el cerebro y buscar salidas. Se podría decir, pues, que el nam-shub de Enki fue el comienzo de la consciencia humana, la primera vez que tuvimos que pensar por nosotros mismos. También fue el origen de la religión racional, es decir, la primera vez que la gente empezó a pensar en temas abstractos como Dios y el Bien y el Mal. De ahí viene el nombre de Babel, que literalmente significa «La Puerta de Dios». Fue la puerta que permitió a Dios alcanzar a la raza humana. Babel es una pasarela a nuestra mente, una pasarela abierta por el namshub de Enki que nos libró del metavirus y nos dio la capacidad de pensar; nos lanzó de un mundo materialista a uno dualista, un mundo binario, con un componente físico y otro espiritual.

»Probablemente hubo caos y agitación. Enki, o su hijo Marduk, intentaron reinstaurar el orden en la sociedad sustituyendo el antiguo sistema de los *me* por un código de leyes, el Código de Hammurabi. Tuvieron éxito en parte; pero el culto de Ashera continuó en algunos sitios. Era increíblemente tenaz, una vuelta atrás a Sumer, que se extendía tanto verbalmente como por el intercambio de fluidos corporales. Tenían prostitutas sagradas y también adoptaban huérfanos y los contaminaban mediante la leche de sus nodrizas.

—Un momento —dice Ng—. Ahora vuelve a hablar de virus biológicos.

—Exactamente. Eso es Ashera precisamente: las dos cosas. Como ejemplo, fíjense en el herpes simplex. Cuando se introduce en el cuerpo, el herpes va directamente al sistema nervioso. Algunas cepas se quedan en el sistema nervioso periférico, pero otras se lanzan como una bala a por el sistema nervioso central y se alojan de manera permanente en las células cerebrales, enrollándose en el tronco cerebral como una serpiente en tomo a un árbol. El virus Ashera, que quizá esté relacionado con el herpes, o quizá incluso sea ese mismo virus, atraviesa la membrana celular, se adentra en el núcleo y modifica el ADN de la célula, como hacen los esteroides. Pero el Ashera es mucho más complicado que un esteroide.

—¿Y cuando altera el ADN, cuál es el resultado?

—Nadie lo ha investigado, excepto quizá L. Bob Rife. Creo que, en efecto, trae de vuelta a la superficie la lengua original, haciendo a la gente más proclive al don de lenguas y más susceptible a los *me*. Supongo que también tenderá a estimular la conducta irracional, y quizá reducir las defensas de la víctima ante las ideas virales o volverla sexualmente promiscua. Quizá todo eso a la vez.

—¿Hay contrapartida biológica de todas las ideas virales? —pregunta Tío Enzo.

—No. Que yo sepa, sólo Ashera. Por eso, de todos los me y los dioses y prácticas religiosas que predominaban en Sumer, sólo Ashera sigue teniendo fuerza hoy en día. Una idea viral puede ser derrotada, como pasó con el nazismo, los pantalones de campana o las camisetas de Bart Simpson, pero Ashera, gracias a su vertiente biológica, puede permanecer latente en el cuerpo humano. Tras Babel, el virus Ashera seguía residiendo en el cerebro humano, transmitido de madres a hijos y entre amantes.

»Todos somos susceptibles al atractivo de las ideas virales, como la histeria colectiva, o una tonada que se nos mete en la cabeza y que nos pasamos todo el día tarareando hasta que se la pasamos a otras personas. Los chistes. Las leyendas urbanas. Las religiones descabelladas. El fanatismo político. Por listos que seamos, en lo más profundo siempre hay una parte irracional que nos convierte en anfitriones en potencia para la información autorreplicante. Pero la infección física con una cepa virulenta del virus Ashera nos hace muchísimo más susceptibles. Lo único que impide que esas ideas dominen el mundo es el factor Babel: los muros de incomprensión mutua que compartimentan la especie humana y detienen la difusión de los virus.

»Babel desencadenó un crecimiento explosivo del número de lenguajes. Eso formaba parte del plan de Enki. Los monocultivos, como un campo de trigo, son susceptibles a las infecciones, pero las culturas genéticamente heterogéneas, como las praderas, son muy resistentes. Tras unos miles de años apareció un nuevo lenguaje, el hebreo, que poseía una flexibilidad y una fuerza excepcionales. Los deuteronomistas, un grupo de monoteístas radicales de los siglos seis y siete antes de Cristo, fueron los primeros en sacarle partido. Vivían en unos tiempo de nacionalismo y xenofobia extremos, lo que les facilitó el rechazo de ideas extranjeras como el culto de Ashera. Formalizaron sus antiguas historias en la Tora e implantaron en ella una ley que garantizaba su propagación a lo largo de la historia: una ley que decía, literalmente: "haz una copia exacta de mí y léela todos los días". También instauraron una forma de higiene de la información, la creencia en la exactitud de las copias y el atento cuidado de la información, que, como bien sabían, es potencialmente peligrosa. Convirtieron los datos en substancias controladas.

»Puede que incluso llegaran más lejos. Hay evidencias de guerra biológica meticulosamente planeada contra el ejército de Senaquerib cuando éste intentó conquistar Jerusalén. Puede que los deuteronomistas tuviesen su propio *en*, o a lo mejor habían comprendido tan bien los virus que sabían cómo sacar partido de las cepas que aparecen de forma natural. Las habilidades desarrolladas por esa gente se transmitieron en secreto de generación en generación y se manifestaron en Europa dos mil años después, entre los hechiceros cabalísticos, los ba 'al shem, maestros del divino nombre.

»En cualquier caso, ése fue el nacimiento de la religión racional. Todas las religiones monoteístas subsiguientes, a las que los musulmanes, con buen criterio, denominan religiones del Libro, incorporaron esas ideas en mayor o menor medida. Por ejemplo, el Corán insiste una y otra vez en que es una transcripción, una copia exacta, de un libro que hay en el Cielo. Naturalmente, nadie que crea eso se atrevería a alterar el texto en lo más mínimo. Las ideas de ese tipo tuvieron tanto éxito en impedir la propagación del Ashera que, con el tiempo, cada rincón del territorio donde en tiempos había prosperado el culto viral, desde la India hasta la actual España, quedó bajo la influencia del islam, el cristianismo o el judaismo.

»Pero debido a que el virus está latente, enrollado en el tronco cerebral de los infectados, pasa de una generación a la siguiente y siempre encuentra formas de salir de nuevo a la superficie. En el caso del judaismo apareció bajo la forma de los fariseos, que impusieron a los hebreos una rígida teocracia legalista. Con su estricta adhesión a las leyes almacenadas en el templo, y administrada por castas sacerdotales investidas de autoridad civil, se parecía al viejo sistema sumerio, y era igual de sofocante. »

El ministerio de Jesucristo fue un intento de sacar al judaismo de esa situación; una especie de eco de lo que hizo Enki. El Nuevo testamento es un nuevo nam-shub, un intento de sacar la religión de los templos, arrancarla de las manos del sacerdocio, y entregar el Reino de Dios a todos. Ése es el mensaje que se cita de forma explícita en sus sermones, y el que simbólicamente se encarna en su tumba vacía. Tras la crucifixión, los apóstoles fueron a la tumba de Jesús para rescatar su cadáver, pero no encontraron nada. El mensaje estaba muy claro: No tenemos que adorar a Jesús, porque sus ideas se valen por sí mismas, su Iglesia ya no está centralizada en una persona sino dispersa entre todos.

»La gente, acostumbrada a la rígida teocracia de los fariseos, era incapaz de aceptar la idea de una iglesia popular y sin jerarquía. Querían papas, obispos y sacerdotes. Por eso se añadió a los evangelios el mito de la Resurrección. Se transformó el mensaje en una forma de idolatría. En esa nueva versión de los evangelios, Jesús volvió a la Tierra y organizó una iglesia, que más tarde se convirtió en la Iglesia del Imperio Romano de Oriente y Occidente; otra teocracia inflexible, brutal e irracional.

»Al mismo tiempo, se fundaba la iglesia pentecostal. Los primeros cristianos hablaban en lenguas. La Biblia dice: "Y quedaron perplejos y asombrados, y se preguntaban unos a otros: ¿Qué significa esto?". Bueno, creo que yo puedo responder a esa pregunta. Era una epidemia vírica. El virus Ashera había estado presente, acechando entre la población, desde el triunfo de los deuteronomistas. Las medidas de higiene de la información practicadas por los judíos lo habían mantenido a raya. Pero los primeros días del cristianismo debieron de ser muy caóticos. Había montones de radicales y librepensadores por todas partes que se burlaban de la tradición. Nostálgicos de los días de la religión prerracional. De Sumer. Y, como era de esperar, comenzaron a hablar entre sí en la lengua del Edén.

»El tronco principal de la Iglesia Católica se negó a aceptar la glosolalia. Durante siglos la vieron con preocupación, hasta purgarla oficialmente en el Concilio de Constantinopla, en el año 381. El culto glosolálico permaneció en los márgenes del mundo cristiano. La Iglesia podía aceptar un poco de xenoglosia si ayudaba a convertir a los infieles, como en el caso de san Luis Bertrand, que convirtió a millares de indios en el siglo dieciséis, extendiendo la glosolalia por el continente más deprisa que la viruela. Pero en cuanto esos indios estuvieron convertidos, se esperaba de ellos que cerrasen el pico y hablasen latín como todos los demás.

»La Reforma abrió la puerta un poco más. Pero el pentecostalismo no despegó realmente hasta el año 1900, cuando un pequeño grupo de estudiosos de la Biblia afincados en Kansas comenzó a hablar en lenguas. Extendieron la práctica a Texas. Allí recibió el nombre de Movimiento del Renacimiento. Se extendió como la pólvora por todos los Estados Unidos, y luego por el resto del mundo, llegando a China y la India en 1906. Los medios de comunicación, la alta tasa de alfabetización y los transportes de alta velocidad del siglo veinte fueron estupendos vectores de la infección. Durante un acto religioso abarrotado de gente o en un campamento de refugiados del Tercer Mundo, la glosolalia se extendía de una persona a otra tan deprisa como el pánico. En los ochenta, el número de pentecostales en todo el mundo ascendía a varias decenas de millones.

»Y luego llegaron la televisión y el Reverendo Wayne, respaldados por el inmenso poder mediático de L. Bob Rife. Se le puede seguir la pista a la conducta que promueve el Reverendo Wayne a través de sus es-

pectáculos televisivos, panfletos y franquicias, en una línea ininterrumpida hasta los cultos pentecostales de los primeros cristianos, y de ahí a los cultos paganos de glosolalia. El culto de Ashera vive. Las Puertas Perladas del Reverendo Wayne son el culto de Ashera.

57 Planes de dominio

—Lagos fue quien comprendió todo esto. Al principio era un investigador de la Biblioteca del Congreso, y entró a formar parte de la CCI cuando éste absorbió la Biblioteca. Se ganaba la vida descubriendo cosas interesantes en la Biblioteca, hechos que nadie se había molestado en desenterrar. Organizaba esos hechos y los vendía. Cuando descubrió todo el asunto de Enki y Ashera, se lanzó a la búsqueda de alguien que pudiera pagar por ello, y se decidió por L. Bob Rife, Señor del Ancho de Banda, dueño del monopolio de fibra óptica, quien en esa época daba empleo a más programadores que nadie en el mundo.

»Lagos, como les suele ocurrir a quienes no se dedican a los negocios, cometió un error fatal: pensar a pequeña escala. Imaginó que con una pequeña inversión de capital de riesgo, se podría desarrollar el hackeo neurolingüístico como una nueva tecnología que permitiría a Rife conservar la propiedad de la información que pasaba por el cerebro de sus programadores. Lo cual, consideraciones morales aparte, no era mala idea en absoluto.

»A Rife le gusta pensar a lo grande. De inmediato comprendió que esa idea podría ser mucho más poderosa. Copió la idea y le dijo a Lagos que se largase con viento fresco. Luego empezó a invertir un montón de dinero en iglesias pentecostales. Tomó una pequeña iglesia de Bayview, en Texas, y la convirtió en universidad. Contrató a un predicador de poca monta, el Reverendo Wayne Bedford, y lo hizo más importante que el Papa. Construyó una cadena de franquicias religiosas autosuficientes por todo el mundo, y utilizó su universidad, y su campus en el Metaverso, para fabricar decenas de miles de misioneros, que se extendieron por el Tercer Mundo y comenzaron a convertir a la gen-

te por centenares de miles, igual que san Luis Bertrand. El culto glosolálico de L. Bob Rife es la religión de más éxito desde la aparición del islam. Habla mucho de Jesús pero, como muchas otras Iglesias que se autodenominan cristianas, no tiene nada que ver con el cristianismo excepto en el uso de su nombre. Es una religión posracional.

»También quería diseminar el virus biológico, como promotor o impulsor del culto, pero no podía hacerlo mediante prostitución sagrada porque era flagrantemente anticristiano. Pero una de las funciones más relevantes de sus misioneros en el Tercer Mundo era llegar a zonas remotas y vacunar a la gente; y había algo más que vacuna en esas jeringuillas.

»Aquí, en el Primer Mundo, todos estamos ya vacunados, y no dejamos que se nos acerquen fanáticos religiosos y nos claven agujas. Pero sí consumimos un montón de drogas. Así que para nosotros inventó cómo extraer el virus del suero sanguíneo y distribuirlo como una droga llamada Snow Crash.

»Mientras, puso en marcha la Almadía como forma de transportar a centenares de miles de miembros de sus sectas desde las zonas más miserables de Asia a los Estados Unidos. La imagen de la Almadía que tienen los medios de comunicación es que es un lugar caótico, donde se hablan millares de lenguas distintas y no hay autoridad central. Pero no es así en absoluto. Está muy organizada y sujeta a un control estricto. Estas gentes hablan unos con otros en lenguas. L. Bob Rife ha perfeccionado la xenoglosia, convirtiéndola en una ciencia.

»Controla a la población injertándole receptores de radio en el cráneo y enviando instrucciones, *me*, directamente al tronco cerebral. Con que una persona de cada cien tenga un receptor, puede servir como en local y distribuir los me de L. Bob Rife a los demás. Actúan siguiendo las instrucciones de L. Bob Rife como si hubiesen sido programados. Y en estos momentos tiene un millón de esas personas junto a la costa de California.

»También tiene un metavirus digital, en código binario, que puede infectar los ordenadores, o a los hackers, a través del nervio óptico.

—¿Cómo lo tradujo a formato binario? —se extraña Ng.

—No creo que lo hiciera. Creo que lo encontró en el espacio. Rife es propietario de la mayor red de radiotelescopios del mundo. No llevan a cabo auténtica astronomía, sólo están a la escucha de señales de otros planetas. Era evidente que antes o después una de sus antenas captaría el metavirus.

—¿Por qué es evidente?

—El metavirus está en todas partes. Allá donde exista la vida, el metavirus está también, propagándose gracias a ella. En sus orígenes se extendía mediante los cometas. Probablemente así fue como llegó la vida a la Tierra, y también como debió de llegar el metavirus. Pero los cometas son lentos y las ondas de radio rápidas. En forma binaria, un virus puede rebotar de un sitio a otro del universo a la velocidad de la luz. Infecta un planeta civilizado, se introduce en sus ordenadores, se reproduce, e inevitablemente se emite por televisión, o por radio, o lo que sea. Y esas transmisiones no se detienen en el límite de la atmósfera, sino que viajan continuamente por el espacio. Y si llegan a otro planeta, con otra cultura civilizada, donde hay gente que escucha las estrellas como lo hacía Rife, el planeta queda también infectado. Creo que ése era el plan de Rife, y que funcionó; pero Rife es inteligente: lo capturó de forma controlada. Lo encerró en una botella. Un agente de guerra de información a su servicio que puede utilizar a discreción. Cuando se pone en un ordenador, lo cuelga porque hace que se infecte con nuevos virus. Pero resulta mucho más devastador aún si entra en la mente de un hacker, una persona que tiene grabada en la estructura profunda del cerebro la comprensión del código binario. El metavirus binario destruye la mente de los hackers.

—Por tanto. Rife puede controlar a dos tipos de personas —resume Ng—. A los pentecostales mediante me escritos en la lengua original. Y a los hackers de forma mucho más violenta, dañando su cerebro con virus binarios.

—Exactamente.

—¿Qué cree usted que pretende Rife? —pregunta Ng.

—Quiere ser Ozimandias, Rey de Reyes. Verán, es muy sencillo: cuando alguien se convierte a su religión, puede controlarlo por medio de *me*. Y puede convertir a millones de personas a su religión porque se extiende como un puto virus: la gente no es inmune ante él porque nadie está acostumbrado a pensar sobre la religión, las personas no son suficientemente racionales para argumentar sobre cosas así. En cierto modo, cualquiera que lea el National Enquirer o que siga los combates de lucha libre profesional en la tele es presa fácil. Y con el Snow Crash como promotor, es aún más sencillo conseguir conversos.

»La idea clave de Rife es que no hay diferencias entre la cultura moderna y la sumeria. Tenemos una inmensa masa laboral analfabeta o que

simplemente no lee, y que depende de la tele, que es una especie de tradición oral. Y tenemos una pequeña élite que ocupa el poder, extremadamente culta, básicamente la gente que se conecta con el Metaverso, que comprende que la información es poder y que controla la sociedad porque tiene la habilidad cuasimística de hablar el lenguaje mágico de los ordenadores.

»Eso nos convierte en un gran obstáculo para los planes de Rife. La gente como él no puede hacer nada sin nosotros los hackers; y si pudiese convertimos, no podría usamos, porque lo que hacemos es de naturaleza creativa y la gente que ejecuta *me* no puede imitarlo. Pero puede amenazamos con el Snow Crash. Creo que eso fue lo que le sucedió a David. Es posible que se tratase de un experimento, para ver qué efecto tenía el Snow Crash sobre un hacker, pero también puede que fuera un disparo de aviso, con el objetivo de mostrar el poder de Rife a la comunidad hacker. El mensaje es: si Ashera llega al sacerdocio tecnológico...

—Napalm sobre un prado silvestre.

—Por lo que sé, no hay forma de detener el virus binario. Pero hay un antídoto contra la falsa religión de Rife. El nam-shub de Enki aún existe. Él le dio una copia a su hijo Marduk, quien se la pasó a Hammurabi. Marduk puede haber existido o no, pero el hecho es que Enki se preocupó de dar la impresión de que había transmitido su nam-shub de algún modo. En otras palabras, estaba enviando un mensaje codificado para las generaciones venideras de hackers, por si Ashera volvía a alzarse alguna vez.

»Estoy casi seguro de que la información que necesitamos está contenida en un sobre de arcilla desenterrado hace diez años en la antigua ciudad sumeria de Eridu, en el sur de Irak. Eridu era la sede de Enki; en otras palabras, Enki era el *en* de Eridu, y el templo de Eridu contenía sus *me*, entre ellos el nam-shub que vamos buscando.

—¿Quién desenterró ese sobre de arcilla?

—La excavación de Eridu fue financiada por completo por una universidad religiosa de Bayview, Texas.

—¿La de L. Bob Rife?

—Correcto. Creó un departamento de arqueología cuya única función era excavar en Eridu, localizar el templo donde Enki guardaba sus *me* y llevárselos a casa. Rife quería obtener el código fuente de las habilidades de Enki; analizando los *me* de Enki quería disponer de sus

propios hackers neurolingüísticos, que podrían escribir nuevos *me* que se convertirían en las reglas básicas, el programa, de la nueva sociedad que pretende crear.

—Pero entre esos *me* hay una copia del nam-shub de Enki —dice Ng—, que es peligrosa para los planes de Rife.

—Así es. También quería esa tablilla, pero no para analizarla sino para asegurarse de que nadie pudiera usarla contra él.

—Si puede usted conseguir una copia de ese nam-shub —pregunta Ng—, ¿qué efectos tendría?

—Si pudiésemos transmitir el nam-shub de Enki a los en de la Almadía, ellos lo retransmitirían a toda la gente de la Almadía. Atascaría sus neuronas de procesamiento de la lengua materna e impediría que Rife los programase con nuevos *me* —dice Hiro—. Pero tenemos que hacerlo antes de que la Almadía se desintegre y los refus lleguen a la costa. Rife habla con sus *en* a través de un transmisor que está en el Enterprise, y supongo que será un dispositivo de corto alcance que necesita tener a sus objetivos a poca distancia del foco transmisor. Pronto usará ese sistema para distribuir un gran *me* que hará que los refus se lancen a la costa como un ejército coordinado con órdenes de batalla. En otras palabras, la Almadía se disgregará y ya no será posible alcanzar a todas esas personas con una sola transmisión. Tenemos que actuar cuanto antes.

—Al señor Rife no le hará mucha gracia —predice Ng—. Intentará desquitarse desatando el Snow Crash contra el sacerdocio tecnológico.

—Lo sé —dice Hiro—, pero sólo puedo preocuparme de las cosas de una en una. Me vendría bien un poco de ayuda.

—No resulta demasiado fácil —dice Ng—. Para llegar hasta el Núcleo hay que volar sobre la Almadía o cruzarla con un barco pequeño. Rife tiene un millón de personas armadas con rifles y lanzamisiles. Ni siquiera los sistemas de armamento más avanzados pueden enfrentarse al fuego de armas pequeñas en una escala tan grande.

—Entonces acerquen unos cuantos helicópteros —dice Hiro—. Algo. Lo que sea. Si logro echarle el guante al nam-shub de Enki e infectar a la gente de la Almadía, podrán aproximarse sin temor.

—Veremos qué se puede hacer —ofrece Tío Enzo.

—De acuerdo —acepta Hiro—. ¿Y qué hay de Razones? Ng murmura algo y en su mano aparece una tarjeta.

—Tenga una nueva versión del software —dice—. En teoría tiene bastantes menos errores.

—¿Bastantes menos?

—Ningún programa está jamás libre de errores —dice Ng.

—Supongo que todos tenemos algo de Ashera —dice Tío Enzo.

58 Saliendo de la Almadía

Hiro encuentra la salida por sí mismo y toma el ascensor hasta la Calle. Cuando sale del rascacielos de neón, hay una chica en blanco y negro sentada en su motocicleta. Jugando con los mandos.

—¿Dónde estás? —dice la chica.

—También en la Almadía. Eh, acabamos de ganar veinticinco millones de dólares.

Hiro está seguro de que, al menos esta vez, T.A. se va a sentir impresionada por algo que él diga. Pero no.

—Eso me pagará un funeral realmente bonito cuando me envíen a casa en un tupperware —dice T.A.

—¿Por qué va a pasar eso?

—Estoy metida en un lío —admite T.A., por primera vez en su vida—. Creo que mi novio me va a matar.

—¿Quién es tu novio?

—Cuervo.

Si los avatares pudiesen palidecer y marearse y tener que sentarse en la acera, el de Hiro lo haría en ese momento.

—Ahora comprendo por qué tiene tatuado en la frente CONTROLA MAL SUS IMPULSOS.

—Genial. Esperaba un poco de cooperación, o quizá algún consejo.

—Si crees que va a matarte estás equivocada, porque si tuvieses razón ya estarías muerta —la consuela Hiro.

—Depende —dice ella, y le explica la entretenida historia de la dentata.

—Voy a intentar ayudarte —dice Hiro—, pero tampoco es que ir conmigo por la Almadía sea precisamente muy seguro.

—¿Has encontrado ya a tu chica?

—No, pero tengo grandes esperanzas, si logro seguir con vida.

—¿Grandes esperanzas de qué?

—De que prospere nuestra relación.

—¿Por qué? —dice T.A.—. ¿Qué ha cambiado desde entonces? Es una de esas preguntas tan profundamente sencillas y obvias que resultan exasperantes porque Hiro no está seguro de la respuesta.

—Bueno —dice—, creo que he averiguado lo que estaba haciendo y por qué vino aquí.

—¿Y?

Otra pregunta sencilla y evidente.

—Que siento que ya la comprendo.

—¿La comprendes?

—Sí, más o menos.

—¿Y se supone que eso es bueno?

—Vaya, claro que sí.

—Hiro, eres un bicho raro. Ella es una tía, y tú un tío. No necesitas entenderla. Eso no es lo que ella busca.

—Bueno, pues ¿qué supones tú que busca, teniendo en cuenta que no la conoces personalmente y que tú sales con Cuervo?

—No quiere que la comprendas a ella. Sabe que eso es imposible. Lo único que quiere es que te entiendas a ti mismo. Lo demás es negociable.

—¿Eso piensas?

—Sí. Desde luego.

—¿Y qué te hace pensar que no me comprendo a mí mismo?

—Es evidente. Eres un hacker realmente inteligente y el mejor espadachín del mundo, y te dedicas a repartir pizzas y organizar conciertos que no te dan dinero. ¿Cómo esperas que ella...?

El resto queda ahogado por un sonido que irrumpe en sus auriculares procedente de la Realidad: un sonido chirriante y lacerante que se eleva sobre el atronador rugido de un impacto pesado. Luego lo único que se oye es el chillido de los niños aterrorizados, gritos de hombres en tagalo, y el

gemido borboteante de un pesquero de acero que se colapsa bajo la presión del mar.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta T.A.

—Un meteorito —dice Hiro.

—¿Cómo?

—Sigue a la escucha —dice Hiro—. Creo que me espera un duelo con ametralladora.

—¿Vas a desconectar?

—No, sólo cállate un instante.

Este barrio tiene forma de «U», construido en torno a una especie de cala de la Almadía donde hay amarrados una docena de viejos pesqueros oxidados. Un muelle flotante, fabricado con plataformas de tamaños diversos, recorre el borde.

El pesquero vacío, el que estaban desguazando, ha sido alcanzado por un disparo del gran cañón de la cubierta del Enterprise. Parece que una gran ola lo hubiese cogido y lo hubiese intentado enrollar en forma de columna: un lateral está totalmente hundido, de forma que la proa y la popa están a punto de tocarse. La parte trasera está rota. Sus bodegas vacías están absorbiendo un inmenso y continuo chorro de aguas marrones, tragándose esas abigarradas aguas negras como un hombre que se ahoga traga el aire. Se está hundiendo rápidamente.

Hiro echa Razones a la zodiac, salta y arranca el motor. No tiene tiempo para desatar la barca del pontón, así que corta la amarra con el wakizashi y se larga.

Los pontones se pandean arriba y abajo, arrastrados por los cables de sujeción de la nave destruida. El pesquero está hundiéndose bajo la superficie, intentando arrastrar tras de sí todo el barrio como un agujero negro.

Un par de filipinos han salido ya con machetes y le están dando tajos a la telaraña que une el barrio, intentando soltar las partes que ya no pueden salvarse. Hiro pasa zumbando junto a un pontón que ya está bajo el agua hasta la altura de la rodilla, busca las amarras que lo conectan al siguiente, que está aún más sumergido, y las golpea con la katana. Las sogas restantes se rompen con estallidos como disparos de escopeta, y el pontón se suelta, saliendo a la superficie tan deprisa que casi vuelca la zodiac.

Hay toda una sección del muelle de pontones, junto al lateral del pesquero, que es irrecuperable. Hombres con cuchillos de pesca y mujeres

con utensilios de cocina están de rodillas, con el agua ya casi por la barbilla, soltando el barrio. Se libera cuerda a cuerda, sin orden ni concierto, lanzando a los filipinos por el aire. Un chico con un machete corta la última soga, que salta y le golpea la cara. Finalmente, los pontones están libres y flexibles de nuevo, balanceándose y ondulándose en busca del equilibrio, y donde estuvo el pesquero no queda nada sino un remolino burbujeante que vomita de vez en cuando desechos flotantes.

Otros se han encaramado ya a la barca de pesca que había junto al pesquero. También ha sufrido daños: un grupo de hombres se inclina sobre la barandilla para examinar dos grandes impactos en el costado. Cada agujero está rodeado de una mancha del tamaño de un plato, de la que ha desaparecido la pintura y el óxido. En el centro está el boquete, grande como una pelota de golf.

Hiro decide que es hora de irse.

Pero antes mete la mano en el mono, saca la cartera y cuenta unos cuantos millares de kongpavos. Los deja en la cubierta, sujetos bajo la esquina de un depósito rojo de gasolina. Luego se marcha.

No tiene problemas para encontrar el canal que lleva al siguiente barrio. Su nivel de paranoia está muy alto, así que mira a un lado y al otro mientras pilota para salir de ahí, espiando cada pequeño callejón. En uno de esos nichos ve a un tipo con antenas murmurando algo.

El de al lado es un barrio malayo. Varias docenas de ellos están sentados junto al puente, atraídos por el ruido. Cuando Hiro entra en el vecindario, ve hombres que corren por el ondulante puente de pontones que hace las veces de calle principal, armados con pistolas y cuchillos. La policía local. Más hombres con el mismo aspecto emergen de las calles secundarias, esquifes y sampanes, y se unen a ellos.

Justo detrás de Hiro se oye un tremendo golpe de algo que se rompe y se desgarra, como si un camión cargado de leña acabase de chocar contra una pared de ladrillos. El agua lo salpica, y sobre su cara silba un chorro de vapor. Luego se hace el silencio de nuevo. Se da la vuelta, lentamente y con desgana. El pontón más cercano ya no está; sólo queda una turbulenta y ensangrentada sopa de restos y fragmentos.

Mira a su alrededor y detrás de sí. El tipo de la antena que entrevio un momento antes está ahora a la vista, de pie en el borde de una balsa. Los demás se han largado. Ve cómo el muy cabrón mueve los labios.

Hiro gira la lancha y vuelve hacia él, desenvainando el wakizashi con la mano libre y cortándolo en dos allí mismo.

Pero habrá más. Hiro sabe que ahora todos lo están buscando. A los artilleros del Enterprise no les importa cuántos refus tengan que matar para cargarse a Hiro.

Del barrio malayo pasa a uno chino. Está mucho más desarrollado, tiene barcos y gabarras de acero. Se extiende en la distancia, alejándose del Núcleo, tan lejos como alcanza la vista de Hiro desde su inútil punto de observación a nivel del mar.

Otro hombre con antenas, lo vigila desde lo alto de uno de los barcos chinos. Hiro percibe cómo mueve las mandíbulas mientras transmite su posición al centro de mando de la Almadía.

El gran cañón giratorio de la cubierta del Enterprise abre fuego otra vez y envía otro meteorito de uranio empobrecido contra el costado de una gabarra desocupada, a unos seis metros de Hiro. Todo el costado de la embarcación se dobla hacia dentro, como si el acero se hubiese licuado y corriese por un desagüe, y el metal se vuelve brillante, ya que la onda de choque simplemente convierte la gruesa costra de corrosión en un aerosol que sale despedido del acero, transportado sobre una onda sónica tan potente que hace que a Hiro le duelan las entrañas y se sienta enfermo.

El cañón está controlado por radar. Es muy preciso si dispara contra metal, pero menos si apunta a un blanco de carne y hueso.

—¿Hiro? ¿Qué coño pasa ahí? —le grita T.A. en los auriculares.

—No puedo hablar. Llévame a mi oficina —pide Hiro—. Súbeme a la moto y condúcela hasta allí.

—No sé conducir una moto —protesta ella.

—Sólo tiene un mando. Gira el acelerador y avanzará.

Luego dirige la lancha hacia el agua abierta y acelera. Débilmente superpuesta sobre la Realidad puede distinguir la figura blanca y negra de T.A. sentada con él en la motocicleta; ella extiende la mano hacia el acelerador y ambos salen disparados hacia delante y se estrellan contra la pared de un rascacielos a Mach 1.

Desconecta por completo la visión del Metaverso, dejando el visor totalmente transparente. Luego activa el sistema en modo gárgola completo: luz visible realzada con infrarrojo en colores falsos y radar milimétrico.

Su visión del mundo se vuelve de un granuloso blanco y negro, mucho más brillante que antes. Aquí y allá diversos objetos brillan como manchas borrosas de rosa o rojo. Es la visión del infrarrojo, y significa que esas cosas están tibias o calientes; la gente es rosa, los motores y los fuegos rojos.

Los datos del radar milimétrico están superpuestos mucho más clara y nítidamente en verde neón. Puede ver cualquier cosa de metal. Hiro navega ahora a través de una granulada avenida gris carbón de agua bordeada de puentes grises de pontones amarrados a nítidas gabarras y barcos verde neón que brillan con tonos rojizos aquí y allá, en los sitios donde desprenden calor. No es una visión bonita. De hecho, es tan fea que probablemente eso explique por qué las gárgolas son, en general, sociofóbicas. Pero es muchísimo más útil que la visión de carbón sobre ébano que tenía antes.

Y le salva la vida. Mientras zumba por un canal estrecho y serpenteante, frente a él aparece una fina parábola verde, que surge de repente del agua y se estira para formar una línea perfectamente recta a la altura de su cuello. Es alambre de acero. Hiro se agacha para pasar por debajo, saluda con la mano a los jóvenes chinos que han puesto la trampa y sigue su viaje.

El radar detecta a tres borrosos individuos rosados con AK-47 chinos junto al borde del canal. Hiro los esquiva metiéndose en un canal lateral. Pero es más estrecho, y no está seguro de adonde le llevará.

—T.A. —pregunta—, ¿dónde diablos estamos?

—En la Calle, intentando ir hacia tu casa. Ya me he pasado de largo al menos seis veces.

Más adelante, el canal no tiene salida. Hiro gira ciento ochenta grados. Debido al gran intercambiador de calor que arrastra, la lancha no es tan maniobrable ni tan rápida como a Hiro le gustaría. Vuelve a pasar bajo la trampa del alambre y comienza a explorar otro canal estrecho que antes había pasado de largo.

—Okey, por fin en casa. Estás sentado en tu escritorio — anuncia T.A.

—De acuerdo —dice Hiro—. Esto va a ser delicado. Se detiene en medio del canal y hace un barrido en busca de milicianos y transmisores humanos, sin detectar ninguno. En una barca junto a él hay una mujer china de metro cincuenta de estatura que corta algo en rodajas con un hacha de cocina. Hi-

ro decide que puede correr el riesgo, así que se desconecta de la Realidad y vuelve al Metaverso.

Está en su escritorio. T.A. aguarda junto a él, con los brazos cruzados, radiando una expresión de Pocos Amigos.

—¿Bibliotecario?

—¿Sí, señor? —dice éste, entrando.

—Necesito los planos del portaaviones Enterprise. Deprisa. Si puedes conseguírmelos en 3D sería fantástico.

—Sí, señor —dice el Bibliotecario. Hiro extiende la mano y agarra Tierra.

—USTED ESTÁ AQUÍ —dice.

Tierra gira hasta mostrarle directamente a la Almadía. Luego hace un picado a velocidad terrible. En tres segundos está allí.

Si esto fuese una parte normal y estable del mundo, como Manhattan, tendría la imagen en 3D. En vez de eso debe conformarse con imágenes bidimensionales de satélite. Está viendo un punto rojo superpuesto en una fotografía en blanco y negro de la Almadía. El punto rojo está en medio de un estrecho canal negro de agua: USTED ESTÁ AQUÍ.

Aun así es un increíble laberinto. Pero es mucho más sencillo resolver un laberinto cuando lo miras desde arriba. En apenas sesenta segundos sale al mar abierto del Pacífico. Es un amanecer brumoso y gris. El penacho de vapor del intercambiador de calor de Razones apenas lo hace un poco más nublado.

—¿Dónde diablos estás? —pregunta T.A.

—Fuera de la Almadía.

—Vaya, gracias por la ayuda.

—Volveré en un momento. Necesito un momento para organizarme.

—Por aquí hay un montón de tipos espantosos —dice T.A.—. Y me están mirando.

—No importa —dice Hiro—. Estoy seguro de que atenderán a Razones.

59 En el Enterprise

Abre la gran maleta. La pantalla está aún encendida, mostrándole un escritorio plano con una barra de menú encima. Usa el trackball para desplegar el menú: AYUDA

Preparativos
Disparar Razones
Consejos tácticos
Mantenimiento
Recarga
Solución de problemas
Varios

Bajo el epígrafe «Preparativos» hay más información de la que podría llegar a necesitar, incluyendo media hora de vídeo muy mal grabado de un asiático rechoncho y lleno de cicatrices cuya cara parece paralizada en una expresión permanente de menosprecio. Se viste. Hace ejercicios de precalentamiento. Abre Razones. Revisa los cañones en busca de daños o suciedad. Hiro pasa todo eso a alta velocidad.

Finalmente el asiático rechoncho activa el arma.

Ojo de Pez no utilizaba Razones de forma correcta; dispone de su propia montura que se ajusta sobre el cuerpo de forma que el retroceso se absorbe con la pelvis, y el impacto se recibe justo en el centro de gravedad. La montura tiene amortiguadores y aparatos hidráulicos miniaturizados que compensan el peso y el retroceso. Si se instala de la forma adecuada, es mucho más fácil usarla con precisión. Y si el usuario está conectado con un ordenador, se superpone una cruceta sobre lo que esté apuntando la ametralladora.

—Su información, señor —dice el Bibliotecario.

—¿Eres lo bastante listo para combinar esa información con USTED ESTÁ AQUÍ? — pregunta Hiro.

—Veré qué puedo hacer, señor. Los formatos parecen compatibles. ¿Señor?

—¿Sí?

—Los planos tienen varios años de antigüedad. Con posterioridad, el Enterprise ha sido adquirido por un comprador privado...

—Que quizá haya hecho cambios. Qué le vamos a hacer.

Hiro vuelve a la Realidad.

Encuentra un bulevar de agua que lo lleva hacia el interior, al Núcleo. Tiene una especie de pasarela en un lado, montada a base de cosas diversas, una serie aparentemente inacabable de pasarelas, pontones, troncos, esquifes abandonados, canoas de aluminio, barriles de petróleo. En cualquier otro lugar del mundo sería una carrera de obstáculos. Aquí en el Quinto Mundo, se trata de una superautopista.

Hiro lleva la lancha hasta el centro, no muy deprisa. Si choca con algo, la lancha podría volcarse, y Razones se hundiría. Y él está sujeto a Razones.

Poniéndose en modo gárgola, puede distinguir claramente una hilera poco densa de cúpulas semiesféricas sobre el borde de la cubierta de vuelo del Enterprise. El equipo del radar las identifica, en la pantalla, como antenas de radar de un sistema de cañones antimisiles Phalanx. Bajo cada cúpula asoma una ametralladora de múltiples cañones.

Frena hasta casi detenerse y mueve el cañón de Razones de un lado a otro hasta que la cruceta pasa frente a su campo de visión. Es el punto de mira. Logra detenerlo, centrado en uno de esos cañones Phalanx, y aprieta el gatillo medio segundo.

La gran cúpula se transforma en un surtidor de restos mellados y aplastados. Debajo aún se distinguen los cañones, salpicados de marcas rojas; Hiro baja un poco el punto de mira y dispara otra ráfaga de cincuenta proyectiles que desprende el cañón de su soporte. Después, la cinta de munición comienza a estallar esporádicamente e Hiro tiene que volver la vista hacia otro lado.

Mira a la siguiente ametralladora Phalanx y ve que los cañones apuntan hacia él. Tiene tanto miedo que involuntariamente dispara una larga ráfaga que parece no surtir efecto. Luego su visión queda oscurecida por algo muy cercano; el retroceso lo ha empujado tras un yate decrépito que está amarrado a un lado del canal.

Sabe lo que va a suceder a continuación, pues el vapor lo convierte en un blanco fácil, de modo que se larga de ahí. Un instante después, una ráfaga del gran cañón obliga al yate a hundirse. Hiro corre durante

unos segundos, encuentra un pontón sobre el que apoyarse y abre fuego de nuevo lanzando otra ráfaga prolongada; cuando termina, el borde del Enterprise tiene un mordisco semicircular de bordes mellados que ocupa el sitio donde antes estaba el Phalanx.

Sale de nuevo al canal principal y sigue su curso hacia el interior hasta que termina bajo uno de los buques del Núcleo, un portacontenedores convertido en complejo de apartamentos de lujo. Una red de carga sirve de rampa de un barco a otro. Probablemente también sirva como puente levadizo, si los indeseables intentan arrastrarse fuera del gueto. Hiro es tan indeseable como pueda serlo cualquiera de la Almadía, pero han dejado ahí la red de carga a su disposición.

Perfecto. Por el momento va a quedarse en la pequeña lancha. Desciende por el costado del portacontenedores y gira ciento ochenta grados alrededor de su proa.

El siguiente buque es un gran petrolero, casi vacío y muy elevado sobre el agua. Al mirar el escarpado desfiladero de acero que separa ambos barcos no distingue ninguna red de carga entre ellos. No quieren que ladrones ni terroristas aborden el petrolero y lo perforen en busca de combustible.

El siguiente barco es el Enterprise.

Los dos buques gigantes, el petrolero y el portaaviones, viajan en paralelo, a una distancia que varía entre tres y quince metros, unidos por varias gigantescas maromas y separados por inmensos airbags, como si hubiesen colocado en medio unos cuantos dirigibles para que no se rozasen. Los cables no cuelgan simplemente de un barco al otro, sino que han montado algo muy hábil con pesos y poleas, sospecha, para permitir cierta libertad en caso de que el mar tire de los barcos en sentidos opuestos.

Hiro guía su propio y pequeño airbag entre medio de los dos barcos. En comparación con la Almadía, ese túnel de acero gris está tranquilo y aislado; a excepción de él, nadie tiene motivos para estar ahí. Durante un momento lo asalta el impulso de detenerse y relajarse.

Cosa poco probable, si te paras a pensarlo.

—USTED ESTÁ AQUÍ —dice.

Su visión del casco del Enterprise se convierte en un modelo de líneas tridimensional que le muestra las tripas del barco.

A la altura del agua, el Enterprise tiene un cinturón de gruesa armadura antitorpedos. No parece demasiado prometedor. Más arriba el blindaje

es más delgado y al otro lado hay cosas interesantes, habitaciones en vez de depósitos de combustible o municiones.

Hiro elige una habitación marcada CÁMARA DE OFICIALES y abre fuego.

El casco del Enterprise es sorprendentemente resistente. Razones no lo vuela formando un cráter; hacen falta varios segundos para que las ráfagas penetren, y aun así lo único que hacen es un agujero de unos quince centímetros de diámetro. El retroceso empuja a Hiro contra el oxidado casco del petrolero.

De todas formas no va a poder llevarse la ametralladora. Sostiene el dedo en el gatillo e intenta mantenerla apuntada más o menos en la misma dirección hasta que se acaba la munición. Luego suelta las correas que la sujetan a su cuerpo y la tira por la borda. Se hundirá hasta el fondo y marcará su posición con una columna de vapor; más tarde, el Gran Hong Kong de Mr. Lee podrá enviar uno de sus grupos de acción directa ecológica para recogerla. Y si quieren, que lleven a Hiro ante el Tribunal de Delitos Medioambientales. Ahora mismo no le importa en lo más mínimo.

Necesita media docena de intentos antes de lograr sujetar el garfio en el agujero de bordes irregulares, a seis metros sobre el nivel del agua.

Al culebrear a través del agujero, el metal caliente funde y rasga el material sintético de su mono emitiendo sonidos silbantes. Algunos jirones quedan atrás, fundidos sobre el casco. Tiene algunas quemaduras de primer y segundo grado en las partes de la piel que han quedado expuestas, pero por el momento aún no le duelen. Está tan metido en faena que aún no le duelen. Las suelas de sus zapatos se funden y chisporrotean al pisar incandescentes trozos de metralla. La habitación está llena de humo, pero los portaaviones son ante todo muy seguros contra los incendios, y no hay demasiadas cosas inflamables. Hiro atraviesa el humo hasta la puerta, que Razones ha convertido en una arrugada servilleta de acero. La arranca del marco de una patada y sale a un sitio que en los planos está marcado simplemente como CORREDOR. Dado que éste es un momento tan bueno como cualquier otro, desenvaina la katana.

60 Entrega realizada

Cuando el socio de T.A. está haciendo algo en la Realidad, su avatar queda como desmadejado. El cuerpo se queda quieto como una muñeca hinchable, y el rostro hace toda clase de ejercicios de estiramiento. T.A. no sabe en qué está metido, pero debe de ser emocionante, porque la mayoría del tiempo está extremadamente sorprendido o cagado de miedo.

Poco después de que él haya terminado de hablar con el Bibliotecario acerca del portaaviones, T.A. comienza a oír sordos sonidos retumbantes, sonidos de la Realidad, que proceden del exterior. Suenan como un cruce entre una ametralladora y una motosierra. Cada vez que oye ese sonido, el rostro de Hiro adquiere una mirada sorprendida, como diciéndose: me voy a morir.

Alguien le está dando golpecitos en el hombro. Algún ejecutivo con una cita matinal en el Metaverso que se estará imaginando que, sea lo que sea lo que hace esta korreo, no puede ser importante. Durante un minuto le hace caso omiso.

Luego la oficina de Hiro desaparece de su campo de visión, salta en el aire como si estuviese pintada en una persiana, y se encuentra mirando la cara de un tío. Un asiático. Un bicho raro. Una antena humana. Uno de los tipos espantosos con antenas en la cabeza.

—Vale —dice T.A.—. ¿Qué quieres?

Él la agarra por el brazo y la saca a rastras de la cabina. Hay otro tipo, que la sujeta por el otro brazo. Echan a andar hacia la salida.

—Soltadme los putos brazos —dice T.A.—. Vale, iré con vosotros.

No será la primera vez que la echan de un edificio lleno de gente bien. No obstante, esta vez es un poco diferente. Esta vez, los que la echan son un par de muñecos articulados del Toys R Us de tamaño real.

Y no se trata tan sólo de que con toda seguridad no hablan inglés. Es que ni siquiera actúan de forma normal. T.A. logra liberar un brazo y el tipo no le suelta un guantazo ni nada, sólo se vuelve con rigidez hacia ella y extiende el brazo mecánicamente hasta que la vuelve a tener sujeta. Su expresión no cambia. Sus ojos miran como faros fundidos. Tiene la boca lo bastante abierta para poder respirar a través de ella, pero no mueve los labios ni cambia de expresión.

Se hallan en el complejo de camarotes y contenedores abiertos que hace las funciones de recepción del hotel. Las antenas humanas la sacan de ahí a rastras, hasta la tosca cruz del helipuerto. Justo a tiempo, porque un helicóptero está preparándose para aterrizar. Los protocolos de seguridad de este lugar son una mierda; podrían haberles cortado la cabeza. Se trata del elegante helicóptero con el logotipo corporativo de RARO que ya había visto antes.

Las antenas humanas intentan arrastrarla por una pasarela que los lleva sobre el agua hasta el buque contiguo. T.A. logra darse la vuelta, se coge a la barandilla con ambas manos, ancla los tobillos en los soportes y se agarra con fuerza. Uno de ellos la sujeta por la cintura desde atrás y tira de ella mientras el otro se pone a su lado y le suelta los dedos uno a uno.

Del helicóptero de RARO surgen varios tipos. Llevan monos con los bolsillos abarrotados de equipo, y T.A. ve al menos un estetoscopio. Sacan del aparato grandes cajas de fibra de vidrio con cruces rojas pintadas, y corren hacia el portacontenedores. T.A. sabe que no hacen todo eso porque algún ejecutivo gordo se haya dado un golpe en los huevos. Intentan reanimar a su novio. Cuervo atiborrado de estimulantes: justo lo que el mundo necesita ahora mismo.

La arrastran por la cubierta del otro barco. Allí suben una escalera hasta el siguiente buque, que es muy grande. T.A. cree que se trata de un petrolero. Si mira por encima de su amplia cubierta, a través de una maraña de tubos bajo cuya pintura blanca asoma el óxido, puede ver al Enterprise al otro lado. Se dirigen allí.

No hay conexión directa. Una grúa de la cubierta del Enterprise ha girado para descolgar una pequeña jaula sobre el petrolero, a menos de un metro de la cubierta; se sacude arriba y abajo y se desliza de un lado a otro en un área bastante grande, ya que los dos navios se mecen en distintas direcciones, y oscila como un péndulo al extremo del cable. A un lado tiene una puerta, que cuelga abierta.

La meten dentro de cabeza, obligándola a mantener los brazos contra el cuerpo y luego pierden unos instantes empujándole las piernas. Resulta evidente que discutir no sirve de nada, así que se resiste en silencio. Logra darle a uno una buena patada en el puente de la nariz, y siente y oye cómo se rompe el hueso, pero el hombre no reacciona de ningún modo, aparte de echar la cabeza atrás por el impacto. Se queda tan absorta observándolo, esperando a que se dé cuenta de que le han par-

tido la nariz y ella es la responsable, que se olvida de dar patadas y puñetazos el tiempo suficiente para que la metan por completo dentro de la jaula. Luego la puerta se cierra de golpe.

Un mapache con algo de experiencia podría abrir la cerradura. Esta jaula no está hecha para retener personas. Pero para cuando logra darse la vuelta y alcanzarla, T.A. está a seis metros sobre la cubierta, mirando un canal de aguas negras entre el petrolero y el Enterprise. Abajo distingue una zodiac a la deriva, rebotando de lado a lado entre los muros de acero.

No todo va precisamente bien en el Enterprise. En alguna parte algo arde. Hay gente disparando. T.A. no tiene muy claro que quiera ir allí. Mientras está en el aire hace un reconocimiento del buque y confirma que no hay forma de salir, nada de pasarelas ni escalerillas.

La están bajando hacia el Enterprise. La jaula se columpia de un lado a otro, pasando justo por encima del borde de la cubierta, y cuando por fin la toca, se desliza una corta distancia antes de detenerse. T.A. abre el cerrojo y sale de allí. ¿Y ahora qué?

Hay un círculo pintado en la cubierta, y unos cuantos helicópteros aparcados y amarrados a su alrededor. Y también hay un helicóptero, un mamut de doble motor, como una bañera voladora adornada de ametralladoras y misiles, en el centro del círculo, con todas las luces encendidas, los motores gimiendo y los rotores girando de forma irregular. Junto a él hay un pequeño grupo de hombres.

T.A. camina hacia ellos. Odia hacerlo. Sabe que es exactamente lo que se espera de ella. Pero en realidad no tiene muchas más opciones. Desearía, con todas sus fuerzas, tener aquí el patín. La cubierta de este portaaviones es uno de los mejores terrenos para monopatín que haya visto jamás. Sabe, por las películas, que los portaaviones tienen catapultas de vapor para lanzar los aviones al aire. ¡Imagínate lo que sería patinar sobre una catapulta de vapor con la plancha!

Mientras se aproxima al helicóptero, uno de los hombres se aparta del grupo y camina hacia ella. Es grande, con un cuerpo como un barril de doscientos cincuenta litros, y un bigote que se dobla en los extremos. Al acercarse a ella ríe satisfecho, cosa que la cabrea.

—¡Vaya, si pareces una pobre cosita desamparada! —dice él—. Mierda, cariño, pareces una rata ahogada que se haya vuelto a secar.

—Gracias —dice T.A.—. Usted parece carne picada.

—Muy divertido —dice él.

—¿Entonces por qué no se ríe? ¿Teme que sea cierto?

—Mira —dice él—, no tengo tiempo para esa mierda de bromas de adolescentes. Crecí y me hice viejo con el objetivo específico de librarme de eso.

—No es que no tenga tiempo —dice T.A.—, sino que no se le da bien.

—¿Sabes quién soy? —pregunta él.

—Sí, lo sé. ¿Y sabe usted quién soy yo?

—T.A. Una korreo de quince años.

—Y colega personal de Tío Enzo —dice ella, sacando las chapas de identificación y sacudiéndolas. Él estira la mano, sorprendido, y la cadena se le enrolla en los dedos. Las sostiene, leyéndolas.

—Vaya, vaya —dice él—, es todo un recuerdo. —Las deja caer—. Ya sé que eres amiga de Tío Enzo, o de lo contrario te habría puesto en remojo en vez de traerte a mi rancho. Pero la verdad es que me importa una mierda —dice—, porque para cuando el día haya terminado. Tío Enzo se habrá quedado en el paro, o yo seré, como has dicho, carne picada. Pero imagino que es mucho menos probable que el Gran Capo lance un Stinger a la turbina de mi helicóptero si sabe que su amiguita está a bordo.

—No se trata de eso —dice T.A.—. Nuestra relación no tiene nada que ver con el sexo.

—Pero se siente mortificada al comprobar que, después de todo, las chapas de identificación no han tenido un efecto mágico sobre los malos.

Rife se da la vuelta y echa a andar hacia el helicóptero. Después de dar unos pasos se vuelve a mirarla, ahí parada, intentando no llorar.

—¿Vienes? —pregunta él.

T.A. mira el helicóptero. Un billete para salir de la Almadía.

—¿Puedo dejarle una nota a Cuervo?

—Por lo que concierne a Cuervo, creo que has dejado clara tu postura, ja, ja, ja. Vamos, niña, estamos desperdiciando combustible, y eso no es bueno para el puto medio ambiente.

T.A. lo sigue hasta el helicóptero y sube a bordo. Su interior es cálido e iluminado, con cómodos asientos. Es como llegar a casa tras un duro día de febrero recorriendo las peores autopistas y dejarse caer sobre un sillón acolchado.

—Lo he hecho reformar —explica Rife—. Es un viejo helicóptero de combate soviético, y no estaba diseñado para la comodidad. Pero es el precio que se paga por todo ese blindaje.

Hay otros dos tipos. Uno tiene unos cincuenta años, desgarbado, de grandes poros, con bifocales de montura metálica y un ordenador portátil. Un técnico. El otro es un negro voluminoso que va armado.

—T.A. —dice el siempre correcto L. Bob Rife—, te presento a Frank Frost, mi director técnico, y a Tony Michaels, mi jefe de seguridad.

—Señorita —dice Tony.

—¿Qué tal? —dice Frank.

—Que os follen —dice T.A.

—No pise eso, por favor —dice Frank.

T.A. mira hacia abajo. Al sentarse en el asiento vacío más cercano a la puerta ha pisado un paquete que hay en el suelo. Tiene las dimensiones de una guía telefónica, pero es irregular, muy pesado, envuelto en plástico protector. Vislumbra a duras penas lo que hay en el interior. Es de color castaño rojizo. Cubierto de marcas como huellas de gallinas. Duro como una piedra.

—¿Qué es? —pregunta T.A.—. ¿El pan casero de mamá?

—Es un artefacto antiguo —dice Frank, molesto. Rife ríe entre dientes, complacido y aliviado de que T.A. esté insultando a otro.

Otro hombre cruza a gachas la cubierta de vuelo, muerto de miedo ante las silbantes hojas del rotor, y sube al helicóptero. Tiene unos sesenta años, y un globo de pelo blanco que el aire del rotor no ha logrado encrespar.

—Hola a todos —dice jovialmente—. Creo que aún no los conozco. ¡He llegado esta mañana y ya vuelvo a marcharme!

—¿Quién es usted? —pregunta Tony.

—Greg Ritchie —dice el recién llegado, con aire alicaído. Luego, como nadie parece reaccionar, les refresca la memoria.

—El presidente de los Estados Unidos.

—¡Ah! Lo siento. Me alegro de conocerlo, señor Presidente —dice Tony, extendiendo la mano—. Tony Michaels.

—Frank Frost —dice Frank, extendiendo la mano con gesto aburrido.

—No se preocupe por mí —dice T.A. cuando Ritchie mira hacia ella—. Sólo soy un rehén.

—Arranca esta monada —le dice Rife al piloto—. Vamonos a L.A. Tenemos una Misión que Controlar.

El piloto tiene un rostro anguloso que, tras la experiencia en la Almadía, T.A. reconoce como típicamente ruso. Comienza a trastear con los controles. Los motores gimen con mayor fuerza y el golpeteo de las

aspas se acelera. T.A. siente, pero no oye, un par de pequeñas explosiones. Los demás las sienten también, pero sólo Tony reacciona; se tira al suelo del helicóptero, se saca una pistola de la chaqueta y abre la puerta de su lado. Mientras tanto, el ruido del motor se hace más grave y el rotor se frena hasta casi detenerse.

T.A. lo ve por la ventana. Es Hiro. Está cubierto de humo y sangre, y sostiene una pistola en la mano. Ha disparado un par de tiros al aire para llamar la atención de los ocupantes del helicóptero, y luego ha vuelto a ponerse a cubierto tras uno de los helicópteros aparcados.

—Eres hombre muerto —grita Rife—. Estás atrapado en la Almadía, gilipollas. Tengo un millón de mirmidones. ¿Vas a matarlos a todos?

—A las espadas no se les acaba la munición —grita Hiro.

—Bueno, ¿qué quieres?

—La tablilla. Dame la tablilla, y puedes despegar y dejar que tu millón de antenas humanas me maten. Si no me la das, te vaciaré el cargador contra el parabrisas.

—¡Ja! ¡Es a prueba de balas! —se burla Rife.

—No, no lo es —dice Hiro—-, como descubrieron los rebeldes afganos.

—Tiene razón —dice el piloto.

—¡Puñetero montón de mierda soviético! ¿Le pusieron todo ese acero en las tripas e hicieron el puto parabrisas de vidrio?

—Dame la tablilla—exige Hiro—, o iré a buscarla.

—No, no lo harás —dice Rife—, porque tengo aquí a Campanilla.

En el último momento T.A. intenta agacharse y esconderse para que no la vea. Se siente avergonzada. Pero su mirada se cruza con la de Hiro durante un instante, y T.A. puede ver cómo la derrota inunda su rostro.

Se lanza hacia la puerta y logra sacar medio cuerpo, bajo el chorro de aire del rotor. Tony la agarra por el mono y la mete dentro de un tirón. La tumba boca abajo y le apoya una rodilla en la espalda para retenerla. El motor está ganando potencia de nuevo, y por la puerta abierta T.A. ve alejarse de la vista el horizonte de acero de la cubierta del portaaviones.

Al final, el plan se ha jodido por su culpa. Le debe una indemnización a Hiro.

O quizá no.

Apoya la mano contra el borde de la tablilla de arcilla y la empuja con todas sus fuerzas. Ésta se desliza por el suelo, oscila en el borde y cae fuera del helicóptero.

Otra entrega realizada, otro cliente satisfecho.

61 La nueva Babel

Durante un minuto o así, el helicóptero revolotea a varios metros de altura. Todos sus ocupantes contemplan la tablilla, caída en mitad del helipuerto y con el envoltorio reventado. El plástico se ha rajado en las esquinas, y trozos de la tablilla, trozos grandes, se han extendido por todas direcciones en un radio de uno o dos metros.

Hiro, a cubierto tras uno de los helicópteros aparcados, la mira también. La mira tan fijamente que se olvida de mirar nada más. De repente un par de antenas humanas aterrizan sobre su espalda, aplastándole la cara contra el costado del helicóptero. Se desliza hacia abajo y cae sobre el vientre. El brazo de la pistola sigue libre, pero otras dos antenas humanas se sientan sobre él. Y otro par en las piernas. Está totalmente inmovilizado. No puede ver nada excepto la tablilla rota, a seis metros de distancia, sobre la pista del helipuerto. El sonido y el aire producidos por el helicóptero de Rife disminuyen hasta convertirse en un ronroneo distante que tarda mucho tiempo en desaparecer por completo.

Siente un hormigueo detrás de la oreja, en anticipación del escalpelo y el taladro.

Estas antenas humanas trabajan por control remoto desde algún sitio. Ng pensaba que podían ser un sistema de defensa organizado de la Almadía. Que a lo mejor hay un hacker al mando, un *en*, sentado en la torre de control del Enterprise, moviendo a esos tipos por ahí como un controlador de tráfico aéreo.

Sea como sea, la espontaneidad no es su fuerte. Se quedan varios minutos sentados sobre él antes de decidir qué hacer. Luego, muchas manos descienden hasta él y lo asen por las muñecas, tobillos, codos y rodillas. Lo acarrean por la pista boca arriba, como un cortejo fúnebre. Hiro mira la torre de control y ve un par de rostros que lo observan. Uno de ellos, el *en*, habla por un micrófono.

Por fin llegan a un gran ascensor plano que desciende a las tripas del navio, lejos de la vista de la torre de control. Se detiene en una de las cubiertas inferiores, al parecer un hangar usado para el mantenimiento de los aviones.

Hiro oye una voz femenina que dice unas palabras suavemente pero con claridad:

—me lu lu mu al nú um me en ki me en me lu lu mu me al nú um me al nú ume me me mu lu e al nú um me dug ga mu me mu lu e al nú um me...

Hay un metro hasta la cubierta, y él cubre esa distancia en caída libre, chocando ruidosamente con la espalda y golpeándose la cabeza. Sus extremidades rebotan en el metal. Ve y oye cómo a su alrededor las antenas humanas se derrumban como toallas húmedas que cayesen de un colgador.

No puede mover ninguna parte del cuerpo. Apenas tiene control sobre los ojos. Un rostro aparece ante su campo de visión, y le cuesta trabajo distinguirlo, no puede enfocarlo, pero reconoce algo en su postura, la forma en que le cae el pelo sobre el hombro. Es Juanita. Juanita con una antena que le sale de la base del cráneo.

Se arrodilla junto a él, se inclina, ahueca una mano junto al oído de Hiro y susurra algo. El aliento caliente le hace cosquillas en el oído; intenta moverse, pero no puede. Ella está susurrando otra larga cadena de sílabas.

Luego se endereza y le da unas palmaditas en el costado. Hiro se aparta de ella con una sacudida.

—Levántate, haragán —dice ella.

Hiro se levanta. Ahora se siente bien. Pero las antenas humanas yacen a su alrededor, totalmente inmóviles.

—Es un pequeño nam-shub que he inventado —dice Juanita—. No les pasará nada.

—Eh, hola —dice Hiro.

—Hola. Me alegro de verte, Hiro. Voy a darte un abrazo; cuidado con la antena.

Lo hace. Él le devuelve el abrazo. La antena choca contra su nariz, pero qué más da.

—Espero que cuando me la quiten, el pelo y la piel me vuelvan a crecer —susurra Juanita. Por fin lo suelta—. En realidad el abrazo era más por mí que por tí. He estado muy sola aquí. Sola y asustada.

La típica conducta paradójica de Juanita: ponerse quisquillosa en un momento así.

—No te lo tomes como una crítica —dice Hiro—, pero, ¿ahora no eres de los malos?

—Ah, ¿te refieres a esto?

—Sí. ¿No trabajas para ellos?

—Si es así, no estoy haciendo demasiado buen trabajo —ríe ella, señalando el círculo de antenas humanas inmóviles—. No. Esto no funciona conmigo. Al principio sí, en cierto modo, pero hay formas de combatirlo.

—¿Por qué? ¿Por qué no funciona contigo?

—Me he pasado años discutiendo con jesuítas —dice Juanita—. Verás, el cerebro tiene un sistema inmunitario, igual que el cuerpo. Cuanto más se usa, cuanto mayor sea la cantidad de virus a la que se expone, mejor se vuelve el sistema inmunitario. Y el mío es de la hostia. Recuerda que fui atea durante un tiempo y volví a la religión por el camino difícil.

—¿Por qué no te jodieron el coco como a David?

—Porque vine voluntariamente.

—Como Inana.

—Sí.

—¿Y qué razón puede tener alguien para venir de forma voluntaria?

—¿No lo comprendes, Hiro? Éste es el centro neurálgico de una religión que es a la vez totalmente nueva y antiquísima. Estar aquí es como seguir a Jesús o a Mahoma, ser testigo del nacimiento de una nueva fe.

—Pero una fe terrible. Rife es el Anticristo.

—Por supuesto que sí, pero aun así resulta interesante. Y además Rife cuenta con algo más: Eridu.

—La ciudad de Enki.

—Exacto. Tiene todas y cada una de las tablillas que Enki escribió. Para alguien que esté interesado en hackear y en la religión, éste lugar es único en el mundo. Si las tablillas estuviesen en Arabia, me compraría un chador, quemaría mi carnet de conducir y me largaría allí. Pero las tablillas están aquí, así que les dejé que me pusiesen una antena.

—Así que durante todo este tiempo, tu objetivo ha sido estudiar las tablillas de Enki.

—Conseguir los *me*, igual que Inana. ¿Qué si no?

—¿Y los has estudiado?

—Y tanto que sí.

—¿Y?

—Y ahora puedo hacerlo —dice Juanita señalando a los tipos caídos—. Soy una ba 'al shem. Puedo hackear el tronco cerebral.

—Oye, mira, Juanita, me alegro por tí. Pero en este momento tenemos un problemilla. Estamos rodeados por millones de personas que quieren matarnos. ¿Puedes paralizarlos a todos?

—Sí —dice Juanita—, pero morirían.

—Sabes lo que tenemos que hacer, ¿verdad, Juanita?

—Liberar el nam-shub de Enki —dice ella—. Provocar una Babel.

—Vamos allá.

—Hagamos las cosas en orden —dice Juanita—. Primero la torre de control.

—De acuerdo, tú vas a por la tablilla y yo me encargo de la torre de control.

—¿Y cómo vas a hacerlo? ¿Matando gente con la espada?

—Sí. Es lo que se merecen.

—Hagámoslo al revés —propone Juanita. Se levanta y se aleja por la pista de aterrizaje.

El nam-shub de Enki es una tablilla envuelta en un sobre de arcilla cubierto con el equivalente cuneiforme de una pegatina de PRECAUCIÓN. El contenido se ha roto en docenas de trozos. Muchos siguen en el envoltorio de plástico, pero algunos han salido rodando por la pista. Hiro los recoge y los reúne en el centro del helipuerto.

Cuando termina de quitar el envoltorio de plástico, Juanita le hace señas desde las ventanas de la torre de control.

Pone en un montón aparte todos los trozos que parecen formar parte del sobre. Luego une los restos de la tablilla de forma más o menos lógica. La forma de encajar los fragmentos no es muy evidente, y no tiene tiempo para rompecabezas, así que se conecta con su despacho, usa el ordenador para tomar una fotografía electrónica de los fragmentos y llama al Bibliotecario.

—¿Sí, señor?

—Esta hipertarjeta contiene una foto de una tablilla de arcilla hecha pedazos. ¿Sabes de algún programa que pueda recomponer su aspecto original?

—Un momento, señor —pide el Bibliotecario. En su mano aparece una hipertarjeta. Se la da a Hiro. Contiene la imagen de una tablilla—. Éste es su aspecto, señor.

—¿Eres capaz de leer sumerio?

—Sí, señor.

—¿Puedes leer esta tablilla en voz alta?

—Sí, señor.

—Prepárate para hacerlo. Quédate a la espera.

Hiro camina hasta la base de la torre de control. Hay una puerta que da acceso a una escalera. Asciende por ella hasta la sala de control, que es una extraña mezcla de la Edad del Hierro y alta tecnología. Juanita lo espera, rodeada por antenas humanas sumidas en un apacible sueño. Da golpecitos en un micrófono que brota de un panel de comunicaciones al extremo de un soporte flexible; es el mismo micro por el que hablaba el *en*.

—En directo para toda la Almadía —dice Juanita—. Adelante. Hiro pone su ordenador en modo altavoz y lo acerca al micrófono.

—Bibliotecario, léela —ordena. Un chorro de sílabas brota del altavoz.

En medio de la lectura, Hiro lanza una mirada a Juanita. Está en la esquina más alejada de la habitación, con los dedos en las orejas.

Abajo, junto a la base de la escalera, una antena humana comienza a hablar. En las profundidades del Enterprise se oyen más voces. No tienen sentido. Son sólo balbuceos.

La torre de control tiene una pasarela externa. Hiro sale a ella y escucha la Almadía. Un tenue rugido brota de todas partes, no el del viento ni las olas, sino el de un millón de voces humanas desencadenadas que hablan en una confusión de lenguas.

Juanita se acerca también a escuchar. Hiro ve unas gotas rojas bajo su oreja.

—Estás sangrando —dice Hiro.

—Lo sé. Un poco de cirugía casera —comenta Juanita, con voz tensa e incómoda—.

Llevaba encima un escalpelo por si se producía un caso así.

—¿Qué has hecho?

—Lo he pasado bajo la base de la antena y he cortado el cable que se mete en mi cerebro —explica ella.

—¿Cuándo?

—Mientras estabas en la cubierta.

—¿Porqué?

—¿Y tú qué crees? —dice ella—. Para no exponerme al nam-shub de Enki. Ahora soy una hacker neurolingüística, Hiro. He pasado por un infierno para obtener ese conocimiento; es parte de mí. No esperarás que me someta a una lobotomía.

—Si salimos de ésta, ¿querrás ser mi chica?

—Claro que sí —dice Juanita—. Ahora larguémonos de aquí.

62 En el helicóptero

—Sólo hacía mi trabajo, tío —dice T.A.—. Ese tal Enki quería hacer llegar un mensaje a Hiro, y yo se lo he entregado.

—Cierra el pico —dice Rife, pero no como si estuviese enfadado. Simplemente quiere que se calle. Porque lo que haya hecho no representa ninguna diferencia ahora que todas esas antenas humanas retienen a Hiro.

T.A. mira por la ventana. Sobrevuelan el Pacífico a baja altura; el agua se mueve por debajo de ellos con rapidez. No sabe a qué velocidad viajan, pero parece que van a toda hostia. Siempre había creído que el mar era azul, pero en realidad es del gris más aburrido que haya visto jamás. Y se extiende durante kilómetros y kilómetros.

Tras unos cuantos minutos, otro helicóptero les da alcance y vuela junto a ellos, muy cerca, en formación. Es el helicóptero de RARO, el que está lleno de médicos.

Distingue a Cuervo dentro de la cabina, en uno de los asientos. Al principio piensa que está inconsciente porque está encorvado hacia delante, sin moverse.

> Luego levanta la cabeza y T.A. ve que está conectado en el Metaverso. Levanta una mano y se pone el visor sobre la frente, mira de reojo por la ventana y ve que ella lo está mirando. Sus ojos se cruzan; el corazón de T.A. comienza a dar débiles saltos, como un conejito en una bolsa hermética. Cuervo sonríe y la saluda con la mano.

T.A. se recuesta contra el asiento y baja la persiana de la ventanilla.

63 El cubo negro

Para llegar del porche de Hiro al cubo negro de L. Bob Rife en Puerto 127 hay que recorrer medio Metaverso: una distancia de 32.768 kilómetros. La única parte difícil, en realidad, es abandonar el Centro. Puede atravesar los avatares conduciendo la moto, como siempre, pero la Calle está atestada de vehículos, animanuncios, exhibiciones comerciales, mercados públicos y otros programas de apariencia sólida que se cruzan en su camino.

Por no mencionar otras distracciones. A su derecha, más o menos a un kilómetro del Sol Negro, hay un profundo agujero en el horizonte de este hiperManhattan; una especie de parque donde los avatares se reúnen para celebrar conciertos, convenciones y festivales. En su mayor parte está ocupado por un anfiteatro con aforo para casi un millón de avatares. Al fondo hay un inmenso escenario circular.

Normalmente, el escenario lo ocupan grandes grupos de rock. Esta noche lo llenan las mayores y más brillantes alucinaciones informáticas que la mente humana pueda llegar a concebir. Un cartel tridimensional cuelga sobre el escenario, anunciando el acontecimiento de esta noche: un concierto gráfico benéfico en honor de David Meier, que sigue hospitalizado, aquejado de una enfermedad desconocida. El anfiteatro está medio lleno de hackers.

En cuanto logra salir del Centro, Hiro le da al acelerador y cubre los restantes treinta y dos mil kilómetros y pico en unos diez minutos. Sobre su cabeza, los trenes expresos recorren velozmente el raíl a la metafórica velocidad de dieciséis mil kilómetros por hora; él los adelanta como si estuviesen parados. Eso es así porque conduce en una línea absolutamente recta. El software de su motocicleta tiene una rutina que le permite seguir automáticamente la vía del monorraíl, de forma que no tiene que preocuparse ni siquiera de la dirección.

Juanita, mientras tanto, está junto a él en la Realidad. Se ha puesto otro visor y ve lo mismo que Hiro.

—Rife tiene un enlace móvil en el helicóptero, como los que hay en los vuelos comerciales, así que puede conectarse con el Metaverso. Mientras vuele será su único vínculo con el Metaverso. Quizá podamos abrirnos camino hasta ese enlace y bloquearlo o algo así...

—Las comunicaciones de bajo nivel tienen demasiadas protecciones como para que podamos hacer algo en menos de diez años —dice Hiro, deteniendo la moto—. Hostia puta. Es tal y como dijo T.A.

Está frente al Puerto 127. El cubo negro de Rife está ahí, igual a como lo describió T.A.

No tiene puertas.

Hiro echa a caminar hacia el cubo, dejando atrás la Calle. No refleja ninguna luz, así que no hay forma de saber si está a diez metros o a diez kilómetros de él hasta que comienzan a materializarse los demonios de seguridad. Son media docena, todos ellos grandes y fornidos, con uniforme azul y un aspecto casi militar pero sin rango. No necesitan rango, porque todos ejecutan el mismo programa. Se materializan a su alrededor en un preciso semicírculo de unos tres metros de diámetro, bloqueando el paso hacia el cubo.

Hiro murmura una palabra en voz baja y se desvanece: cambia a su avatar invisible. Sería muy interesante quedarse a ver qué medidas toman los demonios de seguridad para encargarse de él, pero tiene que moverse deprisa antes de que tengan tiempo de adaptarse.

No lo hacen, o al menos no muy bien. Hiro pasa entre dos de los demonios de seguridad y se dirige a una pared del cubo. Llega hasta ella, choca y se detiene. Los demonios de seguridad se han girado y lo persiguen. Saben dónde está, o el ordenador se lo dice, pero no pueden hacerle nada. Como los demonios porteros del Sol Negro, en cuya creación participó Hiro, para agarrar a alguien tienen que aplicar las reglas básicas de la física de avatares. Al ser Hiro invisible, hay poca cosa que agarrar. Pero si están bien escritos quizá tengan formas más sutiles de hacerle algo, así que no hay tiempo que perder. Hinca la katana en la pared del cubo y la sigue a través de la pared, hasta el otro lado.

Esto es un truco muy viejo. Está basado en un fallo de programación que descubrió años atrás mientras adaptaba las reglas de combate con espada al software del Metaverso. Su hoja no tiene la capacidad de hacer un agujero en la pared, que significaría cambiar de modo permanente la forma del edificio de otra persona, pero sí la de atravesar cosas. Los avatares no pueden hacer eso. Ése es el objetivo de una pared en el Metaverso: es una estructura que no permite que los avatares la atraviesen. Pero como cualquier otra cosa del Metaverso, esa regla no es más que un protocolo, un acuerdo que los diversos ordenadores aceptan seguir. En teoría, no hay forma de saltárselo. Pero en la práctica depende de la habilidad de varios ordenadores para intercambiar información de forma muy precisa, a alta velocidad y justo en los momentos adecuados. Y cuando estás conectado al sistema con un enlace por satélite, como lo está Hiro desde la Almadía, se producen retrasos mientras la señal llega hasta el satélite y rebota de vuelta. Es posible sacar partido de esos retrasos, si te mueves con rapidez y no miras atrás. Hiro atraviesa la pared sujeto al mango de su katana cortalotodo.

El territorio de Rife es un espacio vasto y brillantemente iluminado, ocupado por formas elementales de colores primarios. Es como estar metido en un juguete educativo diseñado para enseñar geometría de sólidos a niños de tres años: cubos, esferas, tetraedros, poliedros, conectados con una telaraña de cilindros, líneas y espirales. Pero salido totalmente de control, como si todos los mecanos y las piezas de Lego jamás fabricados se hubiesen conectado entre sí siguiendo un esquema largo tiempo olvidado.

Hiro lleva el tiempo suficiente en el Metaverso para saber que, a pesar de la brillante y alegre apariencia de esa cosa, es, de hecho, tan simple y tan utilitaria como un cuchillo del ejército. Es la representación gráfica de un sistema. Un sistema grande y complejo. Las formas geométricas deben de representar ordenadores, o nodos centrales de la red mundial de Rife, o franquicias de las Puertas Perladas, o cualquier otro tipo de oficina local y regional de que dispon-

ga Rife en alguna parte del mundo. Si trepase a la estructura y se adentrase en esas formas brillantes, Hiro probablemente sería capaz de descubrir parte del código que controla la red de Rife. Y a lo mejor podría hackearlo como ha sugerido Juanita.

No tiene sentido trastear con algo que no se entiende. Podría tirarse horas con un fragmento de código para descubrir que es el software que controla los depósitos automáticos de agua de los baños del Instituto Bíblico Rife. Hiro sigue moviéndose, estudiando la maraña de formas, intentando descubrir una pauta. Sabe que se ha abierto paso hasta la sala de calderas del mismísimo Metaverso. Pero no tiene ni idea de qué busca.

El sistema, comprende, consta en realidad de varias redes distintas que ocupan el mismo espacio. Hay un revoltillo extremadamente complicado de finas líneas rojas, millones de ellas, que cruzan de aquí para allá entre millares de pequeñas bolas rojas. Hiro supone, aunque sin pruebas, que se trata de la red de fibra óptica de Rife, con sus innumerables oficinas y nodos dispersos por todo el mundo. También hay unas cuantas redes menos complejas en otros colores, que quizá representen líneas coaxiales, como las que se usan para la televisión por cable, e incluso líneas telefónicas de voz.

Hay también una red tosca, pesada, de color azul. Está compuesta por un reducido número, menos de una docena, de grandes cubos azules. Están conectados entre sí, pero a nada más, mediante inmensos tubos azules; los tubos son transparentes y en su interior Hiro distingue haces de conexiones más pequeñas de varios colores. Hiro ha tardado en darse cuenta de todo esto porque los cubos azules están casi tapados, rodeados por pequeñas bolas rojas y otros nodos, como árboles ocultos entre el kudzu. Parece tratarse de una anticuada red de algún tipo, anterior a las otras, con sus propios canales interiores, sobre todo primitivos como los teléfonos. Rife ha conectado a ella sus propios sistemas de alta tecnología en montones de sitios.

Hiro maniobra hasta poder ver mejor uno de los cubos azules, espiando a través de la maraña de líneas que han crecido a su alrededor. El cubo azul tiene una gran estrella blanca en cada una de sus seis caras.

—Es el Gobierno de los Estados Unidos —dice Juanita.

—Donde los hackers acuden a morir —añade Hiro. El mayor, y el menos eficiente, productor de software del mundo.

Hiro y T.A. han comido montones de comida basura en muchos tugurios de Los Ángeles: donuts, burritos, pizza, sushi, de todo; y T.A. siempre habla de su madre y de lo terrible que es para ella trabajar para los Feds. La disciplina. Las pruebas con el detector de mentiras. El hecho de que, con todo lo que trabaja, no tiene ni la menor idea de qué está haciendo el gobierno en realidad.

Para Hiro también ha sido siempre un misterio, pero así es el gobierno. Se inventó para hacer cosas de las que la industria privada no quería encargarse, lo que significa que probablemente no haya motivo para hacerlas; y uno nunca sabe qué están haciendo ni por qué. Por tradición, los hackers han mirado las fábricas de software del gobierno con horror, intentando olvidar que esa mierda haya existido jamás.

Pero tienen millares de programadores, que trabajan doce horas al día debido a algún retorcido sentido de la lealtad personal. Sus técnicas de ingeniería del software, aunque horribles y crueles, son muy sofisticadas. Deben de haber estado metidos en algo.

—Juanita...

—¿Sí?

—No me preguntes por qué, pero creo que el gobierno ha estado desarrollando un gran proyecto de software para L. Bob Rife.

—Tiene sentido —dice Juanita—. Tiene una relación de amor-odio con sus programadores: los necesita, pero no confía en ellos. El gobierno es la única organización en la cual confiaría para escribir algo importante. ¿De qué se tratará?

—Espera —dice Hiro—. Espera.

Está a un tiro de piedra de un gran cubo azul que hay al nivel del suelo. Los demás cubos se conectan con él. Junto al

cubo hay aparcada una moto, dibujada en color pero apenas mejor que si fuese en blanco y negro: grandes pixels irregulares y una paleta de colores limitada. Tiene un sidecar. Junto a ella está Cuervo.

Lleva algo en los brazos. Es otra construcción geométrica sencilla, un largo y suave elipsoide azul de alrededor de un metro de longitud. Por su forma de moverse, Hiro cree que Cuervo acaba de extraerlo del cubo azul; lo transporta hasta la motocicleta y lo introduce cuidadosamente en el sidecar.

—El Gran Pedo —dice Hiro.

—Exactamente lo que temíamos —dice Juanita—. Es la venganza de Rife.

—En dirección al anfiteatro, donde están reunidos casi todos los hackers. Rife pretende infectarlos a todos a la vez. Quiere quemarles la mente.

64 La bomba lógica. La liberación de Hiro y Juanita en el helipuerto.

Cuervo ya está en la moto. Si Hiro lo persigue a pie, quizá lo alcance antes de que llegue a la Calle.

O quizá no. Y en ese caso. Cuervo estara de camino al Centro a decenas de miles de kilómetros por hora mientras Hiro aún intenta llegar hasta su moto. A esa velocidad, si Hiro pierde a Cuervo de vista, lo habrá perdido para siempre.

Cuervo arranca la moto y maniobra cuidadosamente a través de la maraña, hacia la salida. Hiro echa a correr todo lo deprisa que lo llevan sus piernas invisibles, en dirección a la pared.

La atraviesa un instante después y corre hacia la Calle. Su minúsculo avatar invisible no puede manejarla, así que vuelve a adoptar la apariencia normal, salta sobre la moto y da media vuelta. Al mirar atrás ve a Cuervo conducir hacia la Calle, con la bomba lógica despidiendo un fulgor azulado, como el agua pesada de un reactor nuclear. Aún no ha visto a Hiro.

Es su oportunidad. Desenvaina la katana, apunta la moto hacia la de Cuervo y acelera hasta unos cien kilómetros por hora. No tiene sentido ir demasiado deprisa; la única forma de matar el avatar de Cuervo es cortarle la cabeza. Atrepellarlo con la moto no surtirá ningún efecto.

Un demonio de seguridad corre hacia Cuervo agitando los brazos. Cuervo alza la vista, ve a Hiro abalanzarse sobre él, y acelera. La espada corta el aire tras la cabeza de Cuervo.

Demasiado tarde; Cuervo ya debe de haberse largado. Pero al volverse, Hiro lo ve en medio de la Calle. Se ha estrellado con uno de los soportes de la vía del monorraíl, esa perenne irritación para los motociclistas de alta velocidad.

—¡Mierda! —gritan ambos al unísono.

Cuervo gira, se encara en dirección al Centro y acelera mientras Hiro se lanza a la Calle tras él haciendo lo mismo. Poco después, ambos corren hacia el Centro a algo así como ochenta mil kilómetros por hora. Hiro va unos centenares de metros detrás de Cuervo, pero lo distingue con claridad: las luces de la calle se han fundido en un suave haz doble de color amarillo, y Cuervo resplandece en medio como una tormenta de color de ínfima calidad y pixels sobredimensionados.

—Si puedo cortarle la cabeza, están acabados —dice Hiro.

—Lo sé —responde Juanita—, porque si matas a Cuervo, se desconecta del sistema y no puede volver a conectarse hasta que los demonios sepultureros se hayan deshecho de su avatar.

—Y yo controlo a los demonios sepultureros, así que me basta con matar a ese cabrón una sola vez.

—Cuando sus helicópteros lleguen a tierra firme tendrán mejor acceso a la red; podrán hacer que entre alguien más en el Metaverso y se haga cargo —avisa Juanita.

—No. Porque Tío Enzo y Mr. Lee los esperan en tierra. Tienen que conseguirlo durante la próxima hora, o jamás lo harán.

65 La cabina telefónica. T.A. y el extintor. Galaxia giratoria

T.A. despierta de repente. No se ha dado cuenta de que se quedaba dormida. El golpeteo de las palas del rotor la ha acunado. Está hecha polvo de cansancio; seguro que es por eso.

—¿Qué coño le pasa a mi red de comunicaciones? —está berreando L. Bob Rife.

—No responde nadie —dice el piloto ruso—. Ni en la Almadía, ni en Los Ángeles, ni en «Jiuston».

—Entonces, ponme con LAX por teléfono —dice Rife—. Quiero coger un reactor hasta Houston. Moveremos el culo hasta el campus y averiguaremos qué está pasando.

El piloto trastea con el panel de control.

—Problema —dice.

—¿Qué?

—Alguien está jodiendo el teléfono. Nos están interfiriendo —dice el piloto, sacudiendo la cabeza con impotencia.

—Quizá yo pueda conseguir una línea —dice el Presidente. Rife le lanza una mirada que significa «claro, gilipollas».

—¿Alguien tiene unas monedas? —grita Rife. Frank y Tony se miran sorprendidos—. Tendremos que aterrizar y llamar por teléfono desde la primera puta cabina que veamos.

—Se echa a reír—. ¿No es increíble? ¿Yo, usando un teléfono?

Un instante después T.A. mira por la ventana y se sorprende de ver nada menos que tierra, y una autovía de dos carriles que serpentea por una cálida playa. Es California.

El helicóptero se frena, aproximándose al suelo, y empieza a seguir la autopista. En su mayor parte está libre de plástico y luces de neón, pero antes de que pase mucho rato encuentran una corta franja de gueto de franquicias, construido a ambos lados de la carretera en un sitio donde ésta se aleja un poco de la playa.

El helicóptero aterriza en el aparcamiento de un Buy'n'Fly. Por fortuna está casi vacío y no cortan ninguna cabeza. Un par de jóvenes juegan con videojuegos en el interior, y apenas levantan la vista ante la sorprendente visión del helicóptero. T.A. se alegra; le da verguëenza que la vean en compañía de este aburrido grupo de viejales. El helicóptero se detiene, con el motor al ralentí, mientras L. Bob Rife salta fuera y corre hacia el teléfono atornillado a la fachada.

Estos tíos han cometido la estupidez de ponerla en el asiento que está junto al extintor de incendios. No hay motivo para que no se aproveche de ello. Lo arranca del soporte y casi con el mismo movimiento le quita el pasador de seguridad y aprieta el gatillo, apuntando en dirección a te cara de Tony.

No ocurre nada.

—¡Joder! —grita T.A., y se lo lanza, o más bien lo empuja hacia él. Tony se estaba inclinando hacia delante para agarrarla por la muñeca, y el impacto del extintor en el rostro es suficiente para quitarle un poco las

ganas de actuar. Eso le da tiempo a T.A. para sacar las piernas del helicóptero.

Todo está saliendo mal. Lleva un bolsillo abierto, y mientras medio cae medio rueda fuera del helicóptero la llave del extintor se engancha en ese bolsillo y la frena. Cuando logra liberarse. Tony ya ha reaccionado y, ahora a cuatro patas, intenta cogerla del brazo.

Logra evitarlo. Echa a correr por el aparcamiento. Al fondo le cierra el paso el Buy'nFly, y por los lados la alta verja que separa este lugar de un Templo NeoAcuariano en un lado y de una franquicia del Gran Hong Kong de Mr. Lee en el otro. La única forma de escapar es salir a la ca rretera... al otro lado del helicóptero. Pero el piloto, Frank y Tony ya han saltado al exterior y le bloquean la salida.

El Templo NeoAcuariano no le va a servir de ayuda. Si ruega y suplica, quizá la incluyan en los manirás de la próxima semana. Pero el Gran Hong Kong de Mr. Lee es otra historia. Corre hasta la verja y comienza a escalarla. Dos metros y medio de valla metálica coronada de alambre de púas. Pero el mono debería protegerla. Más o menos.

Llega hasta media altura, y entonces unos brazos rechonchos pero fuertes la rodean por la cintura. Se acabó su suerte. L. Bob Rife la levanta apartándola de la valla, y sus pies y brazos se agitan inútilmente en el aire. Rife retrocede de espaldas un par de pasos y la lleva de nuevo hacia el helicóptero.

T.A. vuelve la vista hacia la franquicia de Hong Kong. Estuvo cerca.

Hay alguien en el aparcamiento. Un Korreo que abandona el trasiego de la autopista y se lo toma con calma.

—¡Eh! —grita T.A. Pulsa el botón de la solapa del mono, que adquiere de inmediato brillantes colores azul y naranja—. ¡Eh! ¡Soy korreo! ¡Me llamo T.A.! ¡Estos maníacos me han secuestrado!

—Guau —dice el korreo—, qué putada. —Luego le pregunta algo, pero con el zumbido de las aspas del helicóptero no puede oírlo.

—¡Me llevan a LAX! —grita T.A. tan alto como puede. Pero Rife la lanza de cara al interior del helicóptero. El aparato despega, minuciosamente vigilado por la nube de antenas del techo del Gran Hong Kong de Mr. Lee.

En el aparcamiento, el korreo observa el despegue del helicóptero. Es guay, y tiene un montón de armamento.

Pero los tíos del helicóptero estaban maltratando a esa chica cosa mala. El korreo extrae el teléfono móvil de la funda, conecta con el Centro

de Mando de RadiKS, y pulsa un gran botón rojo. Está avisando de una Emergencia.

Dos mil quinientos korreos están reunidos en las riberas forradas de hormigón del río Los Ángeles. Abajo, en el cauce del río, Vitaly Chemobyl y los Desastres Nucleares atacan la mejor parte de su próximo sencillo, «Avería en las varillas de control». Varios korreos aprovechan la banda sonora para patinar arriba y abajo por las riberas del río; sólo Vitaly, en vivo, puede lograr que su adrenalina brote con tanta fuerza como para que patinen sobre una rampa empinada a ciento treinta kilómetros por hora sin dejarse los piños en el hormigón.

Y de repente, la oscura masa de fans de los Desastres Nucleares se convierte en una galaxia giratoria de color naranja rojizo; han aparecido dos mil quinientas estrellas. Es una visión alucinante, y al principio piensan que es un nuevo truco visual de Vitaly y sus ingenieros de imágenes. Es como si todo el mundo encendiese el mechero, pero más brillante y mucho más organizado; todos los korreos bajan la vista a su cinturón y ven una luz roja que parpadea en el teléfono móvil. Al parecer, un pobre patinador ha lanzado una señal de Emergencia.

En una franquicia del Gran Hong Kong de Mr. Lee a las afueras de Phoenix, la Criatura Rata número B-782 se despierta.

Fido se ha despertado porque esta noche los perros están ladrando. Siempre hay ladridos, aunque la mayoría de las veces suenan muy lejos. Fido sabe que los ladridos lejanos no son tan importantes como los cercanos, así que a menudo sigue durmiendo pese a oírlos.

Pero, a veces, un ladrido lejano lleva un sonido especial que inquieta a Fido, y no puede evitar despertarse.

El ladrido que oye ahora mismo es uno de ésos. Llega de muy lejos, pero es apremiante. Un buen perrito está muy enfadado. Está tan enfadado que sus ladridos se han extendido a todos los demás perritos de la jauría.

Fido lo oye ladrar y también se pone nervioso. Unos desconocidos malos se han acercado mucho al patio de un perrito bueno. Iban en una cosa voladora. Tenían montones de armas.

A Fido no le gustan las armas. Un desconocido con un arma le disparó una vez y le hizo daño. Luego vino la chica simpática y lo ayudó.

Estos desconocidos son extremadamente malos. Cualquier perrito bueno en su sano juicio querría hacerles daño y echarlos. Al escuchar los ladridos, ve el aspecto que tienen y oye los ruidos que hacen. Si alguno

de esos desconocidos tan malos se acerca a este patio, él se enfadará muchísimo.

Después, Fido nota que los desconocidos malos están persiguiendo a alguien. Sabe que le están haciendo daño por la forma en que ella se mueve y por cómo suena su voz. ¡Los desconocidos malos están haciendo daño a la chica que lo quiere!

Fido se enfada más de lo que nunca se había enfadado, incluso más que cuando el hombre malo le disparó hace mucho tiempo.

Su trabajo es mantener a los forasteros malos fuera de este patio. Es lo único que tiene que hacer.

Pero es aún más importante proteger a la chica simpática que lo quiere. Eso es más importante que cualquier otra cosa. Y nada puede detenerlo. Ni siquiera la verja.

La verja es muy alta. Pero él recuerda que hace mucho tiempo saltaba cosas que eran más altas que su cabeza.

Fido sale de su caseta, dobla las largas patas bajo el cuerpo y salta sobre la verja que rodea su patio incluso antes de recordar que no puede saltarla. La contradicción no lo preocupa; como perro que es, la introspección no es uno de sus puntos fuertes.

El ladrido se está extendiendo a otro sitio lejano. Todos los perritos buenos que viven en ese sitio distante reciben el aviso de estar a la espera de los desconocidos malos y de la chica que quiere a Fido, porque van a ir a ese lugar. Fido lo ve en su mente. Es grande y amplio y plano y muy abierto, como un lindo campo para perseguir frisbis. Tiene montones de cosas grandes que vuelan. Alrededor hay varios patios donde viven perritos buenos.

Fido oye los ladridos de respuesta de esos perritos. Sabe dónde están. Muy lejos. Pero se puede llegar allí por las calles. Fido conoce muchísimas calles. Le basta con correr por una, y sabe dónde está y adonde se dirige.

Al principio, la única huella que deja B-782 de su paso es un rastro de chispas danzarinas en el centro del gueto de franquicias. Pero en cuanto llega a una zona recta de la autopista, comienza a dejar más pruebas: una rociada de vidrio azul de seguridad que se extiende hacia afuera en franjas paralelas desde los cuatro carriles de la autopista, al saltar de sus marcos las ventanillas y los parabrisas de los automóviles y salir despedidos por el aire como la estela de una lancha motora.

Como parte de la política de buenos vecinos de Mr. Lee, las Criaturas Ratas están programadas para no romper jamás la barrera del sonido en áreas pobladas, pero Fido tiene demasiada prisa para preocuparse por la política de buenos vecinos. A la mierda la barrera del sonido. Bienvenido sea el ruido.

66 El arponero aleutiano

—Cuervo —pide Hiro—, deja que te cuente una historia antes de matarte.

—Adelante —contesta Cuervo—. El recorrido es muy largo. Todos los vehículos del Metaverso tienen teléfono. Hiro ha llamado al Bibliotecario para que le busque el número de Cuervo. Avanzan en fila a través de la negra superficie del planeta imaginario, aunque Hiro le está ganando terreno a Cuervo, metro a metro.

—Mi padre estuvo en el Ejército en la Segunda Guerra Mundial. Mintió respecto a su edad para poder ir. Lo tuvieron en el Pacífico de explorador. Acabaron por capturarlo los japoneses.

—¿Y qué?

—Que lo llevaron a Japón y lo metieron en un campo de prisioneros. Había un montón de americanos, y también algunos británicos y chinos. Y un par de tipos que no sabía de dónde eran. Parecían indios. Hablaban un poco de inglés, pero hablaban mejor el ruso.

—Eran aleutianos —dice Cuervo—. Ciudadanos estadounidenses. Pero nadie había oído hablar de ellos. Casi nadie sabe que los japoneses conquistaron territorio de los Estados Unidos durante la guerra: varias islas del extremo del archipiélago de las Aleutianas. Habitadas por mí pueblo. Se llevaron a los dos aleutianos más importantes y los metieron en campos de prisioneros en Japón. Uno de ellos era el alcalde de Attu, la más alta autoridad civil. El otro era aún más importante, al menos para nosotros. Era el arponero jefe de nuestra nación.

—El alcalde enfermó y murió —dice Hiro—. Su sistema inmunitario no estaba preparado. Pero el arponero era un cabrón muy resistente. Se puso enfermo varias veces, pero sobrevivió. Fue a trabajar al campo con los demás prisioneros, cultivando comida para el ejército. También fue cocinero, encargado de preparar el aguachirle que tomaban tanto prisioneros como guardias. Era muy reservado. Todos lo evitaban porque olía fatal. Su cama apestaba los barracones.

—Estaba cocinando veneno de acónito para ballenas, con hongos y otras substancias que había encontrado en el campo y que ocultaba entre la ropa —continúa Cuervo.

—Además —sigue Hiro—, estaban cabreados con él porque una vez rompió una ventana de los barracones y entró aire frío durante todo el invierno. En cualquier caso, un día, después del almuerzo, los guardias enfermaron terriblemente.

—Puso veneno para ballenas en el guiso de pescado —dice Cuervo.

—Los prisioneros ya estaban trabajando en los cultivos, así que cuando los guardias empezaron a ponerse enfermos los llevaron de vuelta a los barracones, porque no podían vigilarlos mientras se retorcían por el dolor de estómago. Y, dado lo avanzado de la guerra, no era sencillo conseguir refuerzos. Mi padre iba el último en la fila de prisioneros. Y el aleutiano iba justo delante de él.

—Cuando los prisioneros cruzaban una zanja de riego —explica Cuervo—, el aleutiano se lanzó al agua y desapareció.

—Mi padre no sabía qué hacer —sigue Hiro—, hasta que oyó gruñir al vigilante que iba en retaguardia. Al volverse vio que tenía el cuerpo atravesado por una lanza de bambú. Había salido de no se sabe dónde. Y el aleutiano no aparecía. Luego otro guardia cayó con la garganta cortada, y allí estaba el aleutiano, tomando impulso para arrojar otra lanza que derribó a otro guardia más.

—Había estado fabricando arpones y los había escondido bajo el agua en las zanjas — dice Cuervo.

—Entonces mi padre comprendió —continúa Hiro— que estaba condenado. Dijese lo que dijese, creerían que había participado en un intento de fuga, y le cortarían la cabeza de un tajo. Así que, pensando que ya puestos mejor cargarse a un par de enemigos antes de que lo matasen, cogió la pistola del primer guardia caído, saltó a la zanja para cubrirse y mató a dos guardias que se habían acercado a investigar.

—El aleutiano corrió hacia la valla —dice Cuervo—, que era una cosa frágil hecha de bambú. En teoría fuera había un campo de minas, pero cruzó sin ningún problema. O tuvo suerte o bien las minas, si las había, estaban muy separadas.

—No se habían preocupado de poner un perímetro de seguridad muy estricto —dice Hiro—, porque Japón es una isla, así que, aunque alguien escapase, ¿adonde podría ir?

—Un aleutiano sí podría escapar —explica Cuervo—. Podría llegar a la costa más cercana y fabricarse un kayak. Luego salir a mar abierto y recorrer la línea costera de Japón, y después ir cabalgando las olas de una isla a la siguiente, hasta volver a las Aleutianas.

—Cierto —dice Hiro—; ésa es la parte que jamás entendí, hasta que el otro día te vi en mar abierto avanzando más deprisa que una lancha motora. Entonces lo comprendí todo. Tu padre no estaba loco. Tenía un plan perfectamente válido.

—Sí. Pero tu padre no lo comprendió.

—Mi padre siguió los pasos del tuyo para salir del campo de minas. Estaban libres, pero en Japón. Tu padre se dirigió hacia abajo, hacia la costa. Mi padre quería subir, irse a las montañas, imaginando que quizá pudiera sobrevivir allí aislado hasta que acabase la guerra.

—Era una idea estúpida —dice Cuervo—. Japón tiene una densidad de población muy alta. No hay ningún sitio donde pasar inadvertido.

—Mi padre ni siquiera sabía qué era un kayak.

—La ignorancia no es una excusa —dice Cuervo.

—El hecho de que discutieran, sobre lo mismo que discutimos ahora, fue la causa de su ruina. Los japoneses los pillaron en una carretera a la salida de Nagasaki. Ni siquiera teman esposas, así que les ataron las manos a la espalda con cordones de botas y los hicieron arrodillarse en la carretera, vueltos el uno hacia el otro. Luego el teniente se sacó la espada de la vaina. Era una espada antigua; el teniente pertenecía a una oigullosa familia de samurais, y la única razón por la que estaba destacado en Japón era que al principio de la guerra casi le habían volado una pierna. Alzó la espada sobre la cabeza de mi padre.

—Emitió un sonido vibrante al cortar el aire —dice Cuervo—, que le hizo daño a mi padre en los oídos.

—Pero no llegó a descender.

—Mi padre vio el esqueleto de tu padre arrodillado ante él. Fue lo último que vio en su vida.

—Mi padre estaba mirando en dirección opuesta a Nagasaki —dice Hiro—. Quedó temporalmente cegado por la luz; se arrojó hacia adelante y apretó el rostro contra el suelo para expulsar esa luz terrible de sus ojos. Luego todo volvió a la normalidad.

—Pero mi padre estaba ciego —dice Cuervo—. Oía a tu padre luchar con el teniente, sin poder intervenir.

—Era la pelea de un samurai medio ciego y con una pierna, armado con una katana, contra un hombre fuerte y saludable con los brazos atados a la espalda —cuenta Hiro—. Bastante interesante, y bastante justa. Mi padre ganó. Y ése fue el final de la guerra. Unas semanas más tarde llegaron las tropas de ocupación. Mi padre volvió a casa, dio tumbos

por ahí durante un tiempo y al final tuvo un hijo en los setenta. El tuyo también.

—Amchitka, mil novecientos setenta y dos —dice Cuervo—. Vosotros, cabrones, tirasteis dos bombas nucleares sobre mi padre.

—Comprendo la intensidad de tus sentimientos —dice Hiro—. Pero, ¿no crees que ya te has vengado lo suficiente?

—Jamás es suficiente —replica Cuervo.

Hiro lanza la motocicleta hacia delante y se acerca a Cuervo, blandiendo la katana. Pero Cuervo, que lo ha estado vigilando por el retrovisor, se echa hacia atrás y para el golpe; lleva en la mano un gran cuchillo. Luego reduce la velocidad casi por completo y se lanza entre dos soportes. Hiro pasa de largo, frena demasiado, y apenas vislumbra una imagen fugaz de Cuervo pasando a toda velocidad por el otro lado del monorraíl; cuando consigue acelerar y cruzar al otro lado. Cuervo ya ha vuelto a pasar al lado contrario.

Se dedican a ese juego durante un tiempo. Recorren la Calle trazando un zigzagueante dibujo entrelazado, mientras saltan de un lado a otro del monorraíl. El juego es muy sencillo. Lo único que Cuervo necesita es que Hiro se estrelle contra un pilar. Se detendrá al instante. Cuervo desaparecerá, fuera del rango visual, e Hiro no tendrá forma de seguirlo.

El juego es más fácil para Cuervo que para Hiro, pero Hiro es mejor en ese tipo de cosas que Cuervo. Eso lo convierte en un duelo bastante igualado. Hacen eslalon bajo la vía del monorraíl a velocidades que oscilan entre los cien y los cien mil kilómetros por hora; a su alrededor, urbanizaciones comerciales, laboratorios de alta tecnología y parques de atracciones se extienden hacia la oscuridad. El Centro está ante ellos, tan alto y tan brillante como la aurora boreal que se alzase sobre las negras aguas del mar de Bering.

67 El rescate de T.A.

El primer magnarpón chasquea contra el vientre del helicóptero mientras viajan a baja altura sobre el Valle. T.A. más que oírlo lo siente; conoce tan bien su dulce impacto que puede percibirlo como uno de esos sismochismes que detectan terremotos ocurridos en el otro lado del planeta. Luego, media • docena más golpean en rápida sucesión, y T.A, tiene que contenerse para no inclinarse a mirar por la ventana. Claro. El vientre del helicóptero es una muralla sólida de acero soviético. Los arpones se agarrarán como pegamento. Si siguen volando lo

bastante bajo para que los arponeen..., cosa que tienen que hacer para mantener el helicóptero fuera del radar de la Mafia. Oye el chasquido de la radio en la cabina.

—Elévate, Sasha, estás pillando parásitos.

T.A. mira por la ventana. El otro helicóptero, el pequeño de aluminio, vuela junto a ellos, un poco más alto, y sus ocupantes miran por las ventanas, observando el pavimento bajo ellos. Excepto Cuervo, que sigue conectado en el Metaverso.

Mierda. El piloto lleva el helicóptero a mayor altura.

—Perfecto, Sasha, los has perdido —dice la radio—. Pero te cuelgan varios arpones de las tripas, así que ten cuidado y no te enganches con nada. Esos cables son más resistentes que el acero.

Es todo lo que T.A. necesita. Abre la puerta y salta del helicóptero.

O, al menos, esa sensación tienen sus ocupantes. En realidad, al saltar se agarra a un asidero y queda colgando de la puerta abierta, mirando hacia el vientre del helicóptero. Hay un par de arpones colgados; diez metros más abajo, ve los mangos al final de los cables, ondulando al viento. Al mirar por la puerta abierta no oye a Rife pero lo ve, sentado junto al piloto y haciéndole señales: ¡Bájalo, baja!

Que es lo que ella había imaginado. Eso de ser rehén funciona en los dos sentidos. Ella no le sirve de nada a Rife a menos que la tenga, y en una pieza.

El helicóptero empieza a perder altitud, dirigiéndose hacia las franjas gemelas de loglo que señalan la avenida que hay bajo ellos. T.A. se balancea adelante y atrás en la puerta, hasta que consigue enganchar uno de los cables de los arpones con el pie.

— Lo siguiente va a doler un montón, pero el resistente tejido del mono debería impedir que perdiese demasiada piel. Y la visión de Tony abalanzándose sobre ella, intentando agarrarla por la manga, refuerza su tendencia natural a no pensarse las cosas demasiado. Suelta una de las manos de la puerta del helicóptero, agarra el cable del arpón, lo enrolla varias veces alrededor de un guante, y se deja ir soltando la otra mano.

Tenía razón. Duele un montón. Al balancearse bajo el vientre del helicóptero, lejos del alcance de Tony, algo cruje en su mano; probablemente algún huesecillo. Pero logra enrollarse el cable alrededor del cuerpo como hizo Cuervo cuando la bajó del barco, y, aunque quemándose, se desliza de forma controlada hasta el extremo.

Es decir, hasta el mango. Se lo sujeta al cinturón para no tener que preocuparse por caerse y luego se mueve de un lado para otro durante un minuto eterno hasta que logra liberarse totalmente del cable y no estar enrollada en él, sólo colgando por la cintura, dando vueltas y vueltas sin control entre el helicóptero y la calle. Luego agarra el mango de nuevo con las dos manos y lo suelta del cinturón de forma que vuelve a quedar colgada de los brazos, que era el objetivo final de todo el ejercicio. Al girar ve el otro helicóptero sobre ella, y un poco más arriba vislumbra rostros que la espían y sabe que todo esto está siendo transmitido por radio a Rife.

Sin duda. El helicóptero reduce la velocidad a la mitad y pierde algo de altura.

Pulsa otro control y suelta todo el carrete hasta el final, cayendo seis metros más en un único y terrorífico instante. Ahora sobrevuela la autopista a tres o cuatro metros del suelo y a unos setenta kilómetros por hora. Los carteles y logotipos pasan a sus lados como meteoritos. Aparte de un enjambre de korreos, el tráfico está despejado.

El helicóptero de RARO se aproxima peligrosamente, y T.A. mira un momento hacia arriba, y ve a Cuervo observándola a través de la ventana. Durante un momento se ha puesto el visor sobre la frente. Tiene una mirada en el rostro que hace comprender a T.A. que no está enfadado con ella. La ama.

T.A. suelta el mango y cae.

Al mismo tiempo, activa el disparador manual del collar cervical y diminutos cartuchos de gas detonan en puntos estratégicos de su cuerpo, poniéndola en modo Michelín. El cartucho más grande se dispara en su nuca como un M-80, desplegando el cuello del mono y convirtiéndolo en una bolsa de gas cilindrica que se eleva y le rodea la cabeza por completo. Otros airbags aparecen alrededor de su torso y su pelvis, protegiendo con mimo la columna vertebral. Sus articulaciones ya están protegidas por el armagel.

Todo eso no significa que la caída no duela. No ve nada a causa del airbag que le protege la cabeza, por supuesto, pero se siente rebotar al menos diez veces. Se desliza varios centenares de metros y al parecer rebota en varios coches; puede oír el chirrido de sus neumáticos. Por fin choca de culo contra un parabrisas y queda repantigada encima de los asientos delanteros; el coche gira y choca contra la medianera. El

airbag se deshincha en cuanto se detiene todo movimiento, y ella se lo arranca de la cara.

Le zumban los oídos o algo así. No oye nada. Quizá se haya roto los tímpanos al activarse los aírbags.

O quizá se trate del gran helicóptero, que tiene un talento natural para hacer ruido. Se arrastra hasta el capó del coche, sintiendo bajo ella los trocitos de vidrio de seguridad que trazan arañazos paralelos en la pintura.

El gran helicóptero soviético de Rife está ahí, flotando a unos seis metros sobre la avenida; ya ha acumulado al menos una docena más de arpones. Los ojos de T.A. siguen los cables hasta el nivel del suelo y ve que los korreos están tensándolos; esta vez no piensan soltar.

Rife sospecha algo, y el helicóptero gana altura, levantando a los korreos de sus patines. Pero pasa un camión de remolque que arrastra tras de sí a un ejército de korreos: al menos un centenar de ellos cuelgan del pobre, y al cabo de unos instantes todos los magnarpones están en el aire y al menos la mitad de ellos se adhieren al blindaje metálico al primer intento. El helicóptero se bambolea hacia abajo hasta que todos los korreos vuelven a tocar el suelo. Veinte más lanzan los arpones y los clavan; los que no lo han conseguido se agarran a los arpones de otros korreos para añadir peso. El helicóptero intenta elevarse varias veces, pero es como si estuviese atado al asfalto.

Comienza a bajar. Los korreos se alejan en todas direcciones, de modo que el helicóptero aterriza en medio de un haz radial de cables de arpón.

Tony, el tipo de seguridad, desciende por la puerta abierta, moviéndose con lentitud, cruzando de puntillas la maraña de cables, pero de alguna forma consigue conservar intactos su equilibrio y su dignidad. Se aleja del helicóptero hasta que sale del alcance de las palas de rotor, saca una Uzi de la cazadora y dispara una corta ráfaga al aire.

—¡Dejad en paz el helicóptero de una puta vez! —grita.

Los korreos, en su mayor parte, obedecen. No son estúpidos. Y T.A. está ahora a salvo en el suelo, así que la misión está cumplida y la Emergencia finalizada, y no hay razón para molestar más a los tipos del helicóptero. Sueltan los arpones del vientre del aparato y recogen los cables.

Tony mira a su alrededor y ve a T.A., que camina directamente hacia el helicóptero. Se mueve torpemente porque tiene el cuerpo dislocado.

—¡Vuelve a subir al helicóptero, zorra afortunada! —dice Tony. T.A. recoge el mango de un arpón que nadie se ha molestado en enrollar. Pulsa el botón que desactiva el electroimán y la cabeza se suelta del blindaje. Luego lo enrolla hasta que entre el mango y la cabeza queda poco más de un metro de cable suelto.

—Leí algo sobre un tipo llamado Ahab —dice T.A., haciendo girar el arpón sobre la cabeza—. Se le enrolló el cable del arpón en lo que quería arponear. Fue una gran metedura de pata.

Suelta el arpón. Contempla cómo éste atraviesa el plano de las aspas, cerca del centro, y el cable irrompible se enrolla alrededor de los delicados componentes del eje del rotor, como un garrote en el cuello de una bailarina. A través del parabrisas del helicóptero ve reaccionar a Sasha, que acciona interruptores y tira de palancas frenéticamente, soltando una larga retahila de maldiciones en ruso. El mango del arpón sale despedido de la mano de T.A. y vuela hacia el rotor como si éste fuese un agujero negro.

—Supongo que, igual que otros, no sabía cuándo había llegado el momento de abrir la mano —dice. Luego se da la vuelta y se aleja del helicóptero. Oye tras de sí el ruido de varios trozos de metal moviéndose en sentido equivocado, chocando entre sí a gran velocidad.

Rife lo ha comprendido hace mucho. Corre por medio de la autovía, con una ametralladora en una mano, en busca de un coche que requisar. Sobre ellos, el helicóptero de RARO revolotea y observa; Rife lo mira y le indica con un gesto que siga.

—¡A LAX! ¡Vete al aeropuerto! —le grita.

El helicóptero dibuja una última órbita sobre la escena, observando cómo Sasha apaga el arruinado helicóptero de combate, cómo los furiosos korreos doblegan y desarman a Tony, Frank y el Presidente, cómo Rife se cruza en mitad del carril izquierdo y obliga a pararse a un coche de Pizzas Cosa Nostra y hace salir al conductor. Pero Cuervo no mira ninguna de esas cosas. Está mirando a T.A. desde la ventanilla. Y mientras el helicóptero se inclina por fin hacia delante y acelera perdiéndose en la noche, él sonríe y le hace un gesto de aprobación con el pulgar. T.A. se muerde el labio y le devuelve el saludo con la mano. Y así termina su relación, con un poco de suerte para siempre.

T.A. le toma prestada la plancha a un asombrado patinador y se impulsa hasta el otro lado de la calle, al Buy'nFly más cercano, para llamar a su madre y que la lleve a casa.

68 Hiro y Cuervo

Hiro pierde a Cuervo a pocos kilómetros del Centro, pero a esas alturas ya no importa; se lanza hacia la plaza y empieza a orbitar el anfiteatro a alta velocidad: una valla de estacas de un solo hombre. Cuervo se aproxima un momento después. Hiro abandona su órbita y se lanza derecho' hacia él; chocan como caballeros de un torneo medieval. Hiro pierde el brazo izquierdo y Cuervo una pierna. Los miembros caen al suelo. Hiro suelta la katana y usa el brazo que le queda para desenvainar el wakizashi, que de todos modos es más adecuado para enfrentarse al cuchillo largo de Cuervo. Corta el paso a Cuervo cuando éste está a punto de caer en picado por encima del borde del anfiteatro, y lo empuja a un lado; la inercia de Cuervo lo aleja varios cientos de metros en un instante. Hiro lo persigue siguiendo su ruta más probable —se conoce este territorio como Cuervo las corrientes de las Aleutianas— y pronto recorren las estrechas calles del distrito financiero del Metaverso a toda velocidad, lanzándose estocadas y convirtiendo en rodajas a cientos de avatares elegantes que se cruzan en su camino por accidente.

Pero no logran alcanzarse con las armas. Van demasiado deprisa y los blancos son demasiado pequeños. Por el momento Hiro está teniendo suerte: ha contagiado a Cuervo la excitación del combate, empujándolo a luchar. En realidad. Cuervo no necesita enfrentarse a él. Le resultaría muy fácil volver al anfiteatro sin preocuparse de matar antes a Hiro.

Y al fin se da cuenta. Envaina el cuchillo y se mete en un callejón entre dos rascacielos. Hiro lo sigue, pero cuando llega al pasaje, Cuervo no está.

Hiro sobrevuela el borde del anfiteatro a más de trescientos kilómetros por hora y surca el espacio en caída libre sobre las cabezas de un cuarto de millón de hackers que vitorean salvajemente.

Todos conocen a Hiro. Es el tipo de las espadas. Amigo de David. Y parece que, como contribución personal al concierto benéfico, ha decidido escenificar un combate a espada con un gigantesco demonio de aspecto temible que conduce una

motocicleta. No cambien de canal: esto promete ser la hostia.

Aterriza sobre el escenario y rebota hasta detenerse junto a su moto. Aún funciona, pero aquí abajo no sirve de nada. Cuervo está a diez metros, sonriéndole burlón.

—Bombas fuera —dice Cuervo. Con una mano saca del sidecar el reluciente elipsoide azul y lo deja caer en el centro del anfiteatro. Se rompe como un huevo; en su interior brilla una luz. La luz comienza a crecer y tomar forma.

La multitud enloquece de entusiasmo.

Hiro corre hacia el huevo. Cuervo le corta el paso. Cuervo no puede caminar, porque ha perdido una pierna; pero aún puede usar la moto. Ha desenvainado el cuchillo, y las dos hojas se encuentran sobre el huevo, que se ha convertido en el vórtice de un cegador y ensordecedor tomado de luz y sonido. Formas coloreadas, achatadas debido a la inmensa velocidad a que se mueven, salen disparadas del centro y toman posición sobre sus cabezas mezclándose en una imagen tridimensional.

Los hackers deliran. Hiro sabe que en estos momentos el Cuadrante Hacker del Sol Negro debe de estar vaciándose. Todos se apretujan para salir y correr por la Calle hasta la plaza para no perderse el fantástico espectáculo de luz, sonido, espadas y brujería de Hiro.

Cuervo intenta apartar a Hiro. En la Realidad funcionaría, dada la inmensa fuerza de Cuervo, pero todos los avatares son igual de fuertes a menos que se hayan hackeado, así que Cuervo le da un poderoso empujón y desenfunda el cuchillo para poderle cortar el cuello a Hiro mientras se aleja de él volando; pero Hiro no se aleja volando. Espera a tener un hueco y le corta a Cuervo la mano del cuchillo. Luego, por si acaso, le corta también la otra. La multitud grita de placer.

—¿Cómo se para esa cosa? —dice Hiro.

—Ni idea —responde Cuervo—. Yo sólo soy el repartidor.

—¿Tienes la más mínima idea de lo que acabas de hacer?

—Sí. Satisfacer el sueño de toda mi vida —dice Cuervo con una inmensa sonrisa relajada—. Le he soltado un buen petardazo a América.

Hiro le corta la cabeza. La muchedumbre de hackers condenados se pone de pie, vitoreando.

Luego se hace el silencio, porque Hiro ha desaparecido bruscamente. Ha cambiado a su avatar invisible y diminuto. Flota en el aire sobre los fragmentos rotos del huevo; la gravedad lo lleva hacia el centro.

—SnowScan —murmura para sí mientras cae. Es el programa que escribió mientras mataba el tiempo en el bote salvavidas. El que detecta el Snow Crash.

Ya que Hiro Protagonist ha abandonado el escenario, los hackers vuelven su atención hacia la estructura gigante que ha brotado del huevo. Toda esa tontería de la pelea a espadas debe de haber sido una presentación algo excéntrica, el típico estilo chiflado de Hiro para llamar la atención. El espectáculo de luz y sonido es la atracción principal. El anfiteatro se está llenando rápidamente; miles de hackers llegan de todas partes: corriendo por la Calle desde el Sol Negro, saliendo de las grandes torres de oficinas donde tienen sus sedes las grandes empresas de software, conectándose con el Metaverso desde todos los puntos de la Realidad mientras el rumor de esta extravagancia se extiende por la red de fibra óptica a la velocidad de la luz.

El espectáculo de luces está diseñado como si su autor hubiese tenido en cuenta que habría quien llegase tarde. Como los buenos espectáculos de fuegos artificiales, tiene un falso climax tras otro, y cada uno es mejor que el anterior. Es tan vasto y complicado que nadie logra ver más del diez por ciento; podrías tirarte un año mirándolo una y otra vez y descubriendo cosas nuevas.

Es una estructura de un kilómetro de altura, compuesta por imágenes de dos y tres dimensiones, entrelazadas en el espacio y en el tiempo. Tiene de todo. Películas de Leni Riefenstahi. Las esculturas de Miguel Ángel y los inventos de Leonardo da Vinci hechos realidad. Pilotos de la Segunda Guerra Mundial con aviones que zumban de aquí para allá, revoloteando sobre la multitud, disparando y ardiendo y estallando. Escenas de un millar de películas clásicas, que fluyen y se funden en una única historia vasta y compleja.

Pero con el tiempo empieza a simplificarse y estrecharse hasta formar una brillante columna de luz. Llegados a este punto, es la música la que marca el espectáculo: un latido grave y un profundo y amenazador ostínato que indica bien a las claras que hay que seguir mirando, que todavía no ha llegado lo mejor. Todos siguen mirando. Con fervor religioso.

La columna de luz fluye hacia arriba y hacia abajo, transformándose en una figura humana. Cuatro, en realidad: desnudos femeninos apoyados hombro con hombro, mirando hacia fuera, como cariátides. Cada una de ellas lleva en las manos algo largo y estilizado: un par de tubos.

Un tercio de millón de hackers clava la vista en las mujeres, que se alzan imponentes sobre el escenario, levantando los brazos sobre la cabeza y desenrollando cuatro pergaminos, cada uno de los cuales se convierte en una plana pantalla de televisión del tamaño de un campo de fútbol. Desde los asientos del anfiteatro, las pantallas prácticamente bloquean el cielo; es lo único que se ve.

Al principio las pantallas están vacías, pero finalmente brota la misma imagen en las cuatro a la vez. La imagen es un texto que dice:

SI ESTO FUESE UN VIRUS YA ESTARÍAS
MUERTO POR SUERTE NO LO ES
EL METAVERSO ES UN LUGAR
PELIGROSO ¿ESTÁS BIEN PROTEGIDO?
LLAMA A SEGURIDAD HIRO
PROTAGONIST Y ASOCIADOS LA PRIMERA
CONSULTA ES GRATIS

69 La Mafia

—Esto es una de esas tonterías high-tech que probamos en Vietnam y que jamás funcionaban —se queja Tío Enzo.

—Comprendo cómo se siente, pero la tecnología ha mejorado mucho desde entonces —dice Ky, el supervisor de vigilancia de Industrias de Seguridad Ng. Ky habla con Tío Enzo mediante una radio equipada con auriculares; su furgoneta, llena de equipo electrónico, se esconde a

quinientos metros de distancia en las sombras próximas a un almacén de carga de LAX—. Estoy controlando todo el aeropuerto, y todas las rutas de aproximación, con una pantalla tridimensional en el Metaverso. Por ejemplo, sé que las chapas de identificación que normalmente lleva en el cuello ya no están. Y sé que lleva un kongpavo y ochenta y cinco kong-centavos en el bolsillo izquierdo. Y que tiene una navaja de afeitar en el otro bolsillo. Y parece bastante buena.

—No subestime la importancia de un buen afeitado —dice Tío Enzo.

—Lo que no entiendo es por qué lleva un monopatín.

—Para compensar a T.A. por el que perdió en el MOGRE —dice Tío Enzo—. Es una historia muy larga.

—Señor, tenemos un informe de uno de nuestros fransulados —comunica un joven teniente ataviado con una cazadora de la Mafia, que cruza corriendo la pista de estacionamiento con un walki talki en la mano. No es realmente un teniente; a la Mafia no le gusta usar rangos militares. Pero, por alguna razón. Tío Enzo lo llama para sus adentros «el teniente»—. El segundo helicóptero se posó en el aparcamiento de un supermercado a unos quince kilómetros de aquí, esperó al coche de la pizzería, recogió a Rife y volvió a despegar. Ahora viene de camino hacia aquí.

—Envía a recoger el automóvil y dale un día libre al conductor. El teniente parece algo sorprendido de que Tío Enzo se preocupe de un detalle tan nimio. Es como si el Jefe fuese por las autopistas recogiendo basura o algo así. Pero asiente respetuosamente, tras haber aprendido algo: los detalles son importantes. Se aleja y se pone a hablar por radio.

Tío Enzo tiene serias dudas sobre ese muchacho. Es un tipo de traje y corbata, apropiado para dirigir la burocracia a pequeña escala de un fransulado de Nova Sicilia, pero carente de la flexibilidad que tiene T.A., por ejemplo. Un ejemplo clásico de lo que va mal en la Mafia de hoy en día. La única razón por la que el teniente está hoy aquí es lo deprisa que está cambiando la situación y, naturalmente, por todos los hombres excelentes que han perdido en el Kowloon.

—T.A.ha llamado a su madre y le ha pedido que vaya a buscarla —dice Ky volviendo con la radio—. ¿Quiere escuchar la conversación?

—No a menos que tenga importancia táctica —replica Tío Enzo con alegría. Una cosa más que puede tachar de su lista; estaba preocupado

por la relación entre T.A. y su madre y había pensado hablar de eso con ella.

El reactor de Rife aguarda, con los motores en marcha, a la espera de desplazarse hasta la pista de despegue. En la cabina hay un piloto y un copiloto. Hasta hace media hora eran empleados leales de L. Bob Rife. Luego pudieron contemplar cómo a los esbirros de Rife estacionados en el hangar les volaban la cabeza, les cortaban la garganta o simplemente cómo dejaban las armas en el suelo y se rendían. Ahora el piloto y el copiloto han jurado lealtad eterna a la organización de Tío Enzo. Podría haberlos sacado de allí y haberlos sustituido por sus propios pilotos, pero así es mejor. Si Rife lograse de algún modo llegar hasta el avión, reconocería a sus pilotos y creería que todo va bien. Y el hecho de que los pilotos estén solos en la carlinga sin supervisión directa de la Mafia servirá para poner de relieve la gran confianza que Tío Enzo ha depositado en ellos y en el juramento que han hecho. Incrementará su sentido del deber. Y hará aumentar el desagrado de Tío Enzo en caso de que decidan romper ese juramento. Tío Enzo no alberga duda alguna sobre la lealtad de los pilotos.

Está menos satisfecho con el resto de los preparativos; ha habido que improvisar. El problema, como siempre, es la imprevisible T.A. No esperaba que saltase de un helicóptero en marcha y escapase de L. Bob Rife. En otras palabras, se había preparado para negociar su entrega algo después, cuando Rife se la hubiese llevado a su cuartel general, en Houston.

Pero ya no hay rehenes, así que Tío Enzo piensa que es importante detener a Rife ahora, antes de que vuelva a sus dominios de Houston. Ha ordenado un realineamiento a gran escala de las fuerzas de la Mafia, y en estos momentos docenas de helicópteros y unidades tácticas recalculan el rumbo a toda prisa, en un intento de convergir en LAX lo más rápidamente posible. Pero mientras tanto, Enzo está allí con un reducido destacamento de su guardia personal y el técnico de vigilancia de la organización de Ng.

Han cerrado el aeropuerto. Ha resultado fácil: para empezar han cruzado furgonetas en todos los accesos, y después han subido a la torre de control y han anunciado que en unos cuantos minutos va a comenzar la guerra. Ahora, LAX está más silencioso de lo que probablemente haya estado jamás desde que se construyó. Tío Enzo oye claramente el

suave romper de las olas en la playa, a un kilómetro de distancia. Casi se está bien aquí. Aunque hace demasiado calor.

Tío Enzo coopera con Mr. Lee, lo cual significa trabajar con Ng, y Ng, aunque muy competente, tiene una debilidad por la tecnología que le inspira desconfianza. Preferiría un solo soldado de zapatos lustrosos, armado con una nueve, que un centenar de los aparatos y unidades de radar portátiles de Ng.

Cuando llegaron pensó que habría un amplio espacio abierto en el cual enfrentarse a Rife, pero resulta que todo está abarrotado. Sobre la pista de estacionamiento hay aparcados varias docenas de jets y helicópteros de empresa. Al lado hay una serie de hangares privados, cada uno con su aparcamiento vallado que contiene varios automóviles y vehículos auxiliares. Y están bastante cerca de los depósitos donde se almacena la reserva de combustible del aeropuerto. Eso significa que del suelo brotan montones de tuberías, estaciones de abastecimiento y cachivaches hidráulicos. Tácticamente, la zona tiene más en común con la selva que con el desierto. Las pistas de estacionamiento y las de despegue y aterrizaje son, por supuesto, mucho más parecidas al desierto, pero tienen zanjas de drenaje en las que podrían esconderse varios hombres, así que una analogía más adecuada sería la de la guerra en las playas de Vietnam: una amplia zona despejada que bruscamente se convierte en una selva. No es el terreno que elegiría Tío Enzo.

—El helicóptero se aproxima al perímetro del aeropuerto —dice Ky.

—¿Todo el mundo en su puesto? —pregunta Tío Enzo volviéndose hacia el teniente.

—Sí,señor.

—¿Cómo lo sabes?

—Todos han informado hace unos minutos.

—Eso no significa nada. ¿Y qué pasa con el coche de la pizzería?

—Bueno, señor, pensé que podía dejarlo para más tarde...

—Tienes que aprender a hacer más de una cosa a la vez. El teniente se da la vuelta, avergonzado y temeroso.

—Ky —dice Tío Enzo—, ¿algo interesante en nuestro perímetro?

—Nada en absoluto —dice Ng.

—¿Y algo sin interés?

—Lo normal, unos cuantos técnicos de mantenimiento.

—¿Y cómo sabes que son técnicos de mantenimiento y no soldados de Rife

disfrazados? ¿Has comprobado sus identificaciones?

—Los soldados llevan armas de fuego, o al menos cuchillos. El radar demuestra que estos hombres no. Q.e.d.

—Estoy intentando que nuestros hombres informen de su situación —dice el teniente—

. Parece que hay un problema con la radio.

—Déjame contarte una historia, hijo —dice Tío Enzo rodeándole los hombros—. Desde el primer momento que te vi, supe que me resultabas familiar. Y por fin he comprendido que me recuerdas a alguien que conocí: un teniente que durante un tiempo fue mi oficial superior en Vietnam.

—¿En serio? —dice el teniente, emocionado.

—Sí. Era joven, brillante, ambicioso, culto, y con buenas intenciones. Pero tenía ciertas deficiencias. Una obstinada incapacidad para comprender los fundamentos de nuestra situación. Una especie de bloqueo mental, digamos, que hacía que quienes servíamos bajo su mando experimentásemos la más profunda frustración. Durante un tiempo fue una situación delicada, no voy a negarlo.

—¿Y cómo acabó la cosa. Tío Enzo?

—Acabó bien: un día decidí pegarle un tiro en la nuca. Los ojos del teniente se agrandan, y su rostro parece paralizado. A Tío Enzo no le da ninguna lástima: si la caga, puede morir gente.

Por los auriculares de la radio del teniente llega una ráfaga de palabras.

—Eh, Tío Enzo —dice en voz muy baja, con reticencia.

—¿Sí?

—¿Había preguntado por el coche de la pizzería?

—Sí.

—No está allí.

—¿No está?

—Parece ser que cuando aterrizaron para recoger a Rife, un hombre bajó del helicóptero y se marchó en el automóvil.

—¿Y adonde se dirigió?

—No lo sabemos, señor. Sólo teníamos un observador en la zona, y siguió a Rife.

—Quítate los auriculares —ordena Tío Enzo—. Y apaga el walki taiki. Vas a necesitar los oídos.

—¿Los oídos?

Tío Enzo se agazapa y cruza apresuradamente el pavimento hasta situarse entre un par de pequeños reactores. Deja el monopatín en el suelo sin hacer ruido. Luego se desata los cordones y se quita los zapatos. Se quita también los calcetines y los mete en los zapatos. Saca la navaja del bolsillo, la abre y se raja las perneras de los pantalones desde el dobladillo hasta la ingle, luego tira del material hacia arriba y lo corta. De lo contrario, el tejido rozaría el vello de las piernas al caminar y haría ruido.

—¡Dios mío! —dice el teniente, dos o tres aviones más allá—. ¡Al ha caído! ¡0h. Dios, está muerto!

70 La caída de Cuervo

Por el momento Tío Enzo se deja la chaqueta puesta, porque es oscura y porque está forrada de raso y es relativamente silenciosa. Trepa al ala de uno de los aviones para que nadie pueda agacharse y verle las piernas desde el suelo. Se acuclilla en el extremo del ala, abre la boca para oír mejor, y escucha con atención.

Al principio, lo único que oye es un sonido irregular de salpicadura que antes no estaba ahí, como agua que gotease de un grifo que han dejado medio abierto. El sonido parece proceder de un avión cercano. Teme que pueda tratarse de queroseno que se filtra hasta el suelo como parte de un plan para volar toda esta parte del aeropuerto y librarse del enemigo de un golpe. Se deja caer al suelo en silencio, rodea con precaución un par de aeroplanos contiguos, deteniéndose a cada metro para escuchar, y por fin lo ve: uno de sus soldados está clavado al fuselaje de aluminio de un Learjet con una larga lanza de madera. La sangre brota de la herida, fluye por los pantalones y gotea desde los zapatos, salpicando en el asfalto.

Tío Enzo oye a sus espaldas un grito breve que se transforma en una brusca exhalación gaseosa. Ha oído ese sonido antes: es un hombre a quien le acaban de cortar la garganta con un cuchillo afilado. Sin duda, el teniente.

Le queda poco tiempo para moverse con libertad. Ni siquiera sabe a qué se enfrenta y tiene que averiguarlo, así que corre hacia el lugar de donde procedía el grito, moviéndose rápidamente de un reactor a otro, manteniéndose agachado y a cubierto.

Ve un par de piernas que se mueven al otro lado del fuselaje de un avión. Tío Enzo está cerca de la punta del ala. Apoya las manos en ella, empuja hacia abajo con todo su peso y la suelta.

Funciona: el reactor se inclina sobre los amortiguadores. El asesino cree que Tío Enzo se ha subido al ala, así que se sube a la otra y espera con la espalda apoyada en el fuselaje, con intención de tenderle una emboscada a Enzo cuando intente pasar por encima.

Pero Enzo sigue en el suelo. Corre en silencio hacia el fuselaje con los pies descalzos, se agacha para pasar por debajo y se levanta navaja en mano. El asesino. Cuervo, está justo donde Enzo ha supuesto.

Pero Cuervo empezaba a sospechar; se ha levantado para mirar sobre el techo del fuselaje, de forma que su cuello queda fuera de alcance. Enzo está mirándolo a la altura de las piernas.

Es mejor ser prudente y sacar partido de lo que se tiene, que apostar a lo grande y arriesgarse a meter la pata, así que, justo cuando Cuervo se vuelve para mirarlo, Enzo se adelanta y le corta el tendón de Aquiles del pie izquierdo.

Mientras gira para protegerse, algo lo golpea con fuerza en el pecho. Tío Enzo baja la vista y se sorprende al ver un objeto transparente que le sobresale del lado derecho de la caja torácica. Alza la vista y se encuentra el rostro de Cuervo a diez centímetros del suyo.

Tío Enzo retrocede apartándose del ala. Cuervo esperaba caer sobre él, pero en vez de eso choca contra el suelo. Enzo vuelve a acercarse, blandiendo la navaja, pero Cuervo, sentado en el hormigón, ha sacado un segundo cuchillo. Lanza una estocada contra el interior del muslo de Tío Enzo, alcanzándolo en parte; Enzo se aparta a un lado para alejarse de la hoja, desviando el ataque, y termina haciendo un corte pequeño pero profundo en el hombro de Cuervo. Cuervo le aparta el brazo antes de que Enzo pueda lanzarse de nuevo a buscar la garganta.

Tío Enzo está herido y Cuervo también, pero Cuervo ya no puede correr más que él; es hora de aprovechar un poco la situación. Enzo se aleja, aunque cuando se mueve un dolor terrible le recorre el costado derecho. Algo lo golpea en la espalda; nota un dolor agudo sobre un riñón, pero sólo un momento. Al volverse ve cómo se rompe sobre el pavimento un trozo de vidrio ensangrentado. Cuervo se lo ha lanzado, pero sin la fuerza de un brazo que lo empuje, no ha tenido impulso suficiente para atravesar el tejido antibalas, y ha caído.

Cuchillos de vidrio. No le extraña que Ky no pudiese detectarlos con el radar milimétrico.

Mientras se pone a cubierto bajo otro avión, su sentido del oído queda abrumado por la aproximación de un helicóptero.

Es el helicóptero de Rife, que aterriza sobre la pista a unas decenas de metros del reactor. El retumbar de las palas del rotor y el viento que levantan parecen penetrar el cerebro de Enzo. Cierra los ojos para protegerse del aire y pierde el equilibrio; no tiene ni idea de dónde está hasta que choca contra el suelo cuan largo es. El pavimento está tibio y resbaladizo; Enzo comprende que está perdiendo mucha sangre.

Ve que, al otro lado del hangar, Cuervo se dirige hacia la aeronave, cojeando de manera terrible, con una pierna prácticamente inutilizada. Por fin se rinde y se limita a saltar a la pata coja sobre la pierna intacta.

Rife ha descendido del helicóptero. Cuervo y Rife hablan; Cuervo gesticula señalando a Enzo. Rife asiente, y Cuervo se vuelve mostrando unos dientes blancos y brillantes. No es un gesto de burla sino una sonrisa de emoción por lo que le espera. Avanza a saltos en dirección a Tío Enzo, sacando de la chaqueta otro cuchillo de vidrio. El hijoputa debe de llevar un millón.

Va a por Enzo, y él no puede ni ponerse de pie sin desmayarse. Mira a su alrededor y no ve nada excepto un monopatín y unos zapatos y calcetines caros a unos seis metros de distancia. No puede ponerse de pie, pero puede arrastrarse como un marine, así que se . impulsa sobre los codos mientras Cuervo se aproxima dando saltos sobre una pierna.

Se reúnen en un pasaje abierto entre dos reactores adyacentes. Enzo está tirado boca abajo, apoyado sobre el monopatín. Cuervo permanece de pie, agarrándose con una mano al ala de un avión; el cuchillo de vidrio centellea en la otra. Enzo ve ahora el mundo en un blanco y negro difuminado, como a través de una terminal barata del Metaverso; es lo que describían sus amigos en VÍetnam poco antes de morir desangrados.

—Espero que hayas rezado tus oraciones —dice Cuervo—, porque no hay tiempo para llamar a un cura.

—No hace falta —dice Tío Enzo, y pulsa el botón del monopatín en cuya etiqueta se lee «Proyector de Onda de Choque Sintonizada de Cono Estrecho RadiKS».

La conmoción casi le arranca la cabeza. Tío Enzo, si sobrevive, jamás volverá a oír bien. Pero lo despeja un poco. Levanta la cabeza de la tabla y ve a Cuervo atontado, con las manos vacías; un millar de diminutos fragmentos de vidrio llueven desde su chaqueta.

Tío Enzo se vuelve sobre la espalda y agita la navaja en el aire.

—¿Te apetece un afeitado? —dice—. A mí me gustan a navaja.

71 Perrito salvador

Rife ya ha visto bastante. Le encantaría quedarse a ver el desenlace, pero es un hombre ocupado; quiere salir de aquí antes de que el resto de la Mafia y Ng y Mr. Lee y los demás gilipollas vengan a por él con misiles buscadores de calor. Y no hay tiempo para esperar a que el cojo Cuervo vuelva a saltos. Le hace un gesto al piloto levantando el pulgar y emprende la subida de las escalerillas de su reactor privado.

Se hace de día. Una muralla de ondulantes llamas anaranjadas se eleva silenciosamente de los depósitos de combustible a más de un kilómetro de distancia, como un crisantemo a cámara rápida. Su incontrolado crecimiento es una floración tan vasta y compleja que Rife se detiene en la escalerilla para contemplarla.

Una gran perturbación atraviesa las llamas, dejando una huella rectilínea en la luz, como un rayo cósmico que atraviesa una cámara de burbujas. La simple fuerza de su paso deja tras de sí una onda de choque que se distingue perfectamente en las llamas, un brillante cono en expansión cien veces mayor que la oscura fuente que lo origina desde el ápice: una cosa negra semejante a una bala sobre cuatro patas que se agitan a demasiado velocidad para resultar visibles. Es tan pequeña y tan veloz, que L. Bob Rife no sería capaz de verla si no fuese porque se dirige directamente hacia él.

Está abriéndose camino sobre la gran maraña de cañerías que lleva el combustible hasta los reactores, saltando algunos obstáculos, clavando las garras metálicas en otros, desgajándolos con el impulso explosivo de sus patas, prendiendo fuego a su contenido con las chispas que saltan cada vez que sus pies tocan el suelo. Se agazapa sobre las patas, salta treinta metros hasta la parte superior de un depósito semienterrado, lo usa como pista de lanzamiento para trazar otro largo arco sobre la verja metálica que separa la zona de los depósitos del aeropuerto, y luego adopta una carrera de zancadas largas, constantes, poderosas, acelerando a través del perfecto plano geométrico de la pista de despegue, perseguido por una lengua de fuego que se extiende perezosamente desde el centro de las llamas, y que forma espirales al ser arrastrada por las corrientes de la onda de choque de la Criatura Rata.

Algo le dice a L. Bob Rife que debe apartarse del reactor, que está cargado de queroseno. Da media vuelta y en parte salta y en parte baja

las escaleras, moviéndose con torpeza porque no está mirando al suelo sino a la Criatura Rata.

La Criatura Rata, apenas una cosita oscura próxima al suelo, visible sólo en virtud de la sombra que proyecta contra las llamas y por la lluvia de chispas blancas que hacen saltar sus patas contra la calzada, corrige levemente el rumbo.

No se dirige al reactor, sino a él. Rife cambia de idea y sube corriendo las escaleras de tres en tres. La escalerilla se dobla y se balancea bajo su peso, recordándole la fragilidad del reactor.

El piloto no ha perdido detalle, así que no espera a recoger la escalerilla para soltar el freno y dirigir el avión hacia la pista, alejando el morro de la Criatura Rata. Acelera, volcando casi el reactor sobre un ala al hacer un giro muy cerrado, y pone el motor al máximo en cuanto ve la línea central de la pista de despegue. Ahora sólo pueden mirar hacia delante y a los lados. No ven lo que los persigue.

T.A. es la única persona que ve lo que ocurre. Le ha resultado fácil atravesar la seguridad del aeropuerto gracias a su pase de korreo, y ahora se desliza sobre la pista de estacionamiento cerca de la terminal de carga. Desde ahí tiene una vista excelente de casi un kilómetro de pista, y lo ve todo: el avión ruge por la pista, cerrando la puerta mientras acelera y lanzando pálidas llamas azules por las toberas de los motores, intentando conseguir velocidad suficiente para despegar, y Fido lo persigue como un perro tras un cartero gordo, da un tremendo salto en el aire, convirtiéndose en un misil Sidewinder, y se abalanza de cabeza contra el motor izquierdo.

El reactor estalla a tres metros del suelo, atrapando a Fido, a L. Bob Rife y a sus virus en su pura llama esterilizadora.

¡Qué encanto!

Se queda un rato contemplándolo todo: la llegada de los helicópteros de la Mafia, médicos que saltan con botiquines y bolsas de sangre y camillas, soldados de la Mafia que se meten a toda prisa entre los reactores privados como en busca de alguien, un automóvil de reparto de pízzas arranca en un aparcamiento con un chirrido de neumáticos, y un coche de la Mafia se lanza en su persecución.

Pero al cabo de un rato la cosa se vuelve aburrida, así que patina hasta la terminal principal, impulsándose ella sola casi todo el trayecto, aunque logra arponear un camión de combustible durante un rato.

Mamá la espera en su estúpido cochecito, junto a la recogida de equipajes de United, como habían quedado por teléfono. T.A. abre la puerta, tira el patín en el asiento trasero y se mete dentro.

—¿A casa? —pregunta mamá.

—Sí, parece buena idea.

FIN